



La ciencia de la economía política

Henry George

traducción directa del inglés por Baldomero Argente

Índice

- [La ciencia de la economía política](#)

- [Preliminares](#)

- [Prólogo del traductor](#)

- [Nota preliminar](#)

- [Prólogo del autor](#)

- [Introducción general](#)

- [Libro primero](#)

Concepto de la Economía Política

- [Introducción al libro primero](#)

- [Capítulo I](#)

Los tres factores del mundo

- [Capítulo II](#)

El hombre, su lugar y sus poderes

- [Capítulo III](#)

Cómo se extienden los poderes del hombre

- [Capítulo IV](#)
Civilización.-Su concepto
- [Capítulo V](#)
Origen y génesis de la civilización
- [Capítulo VI](#)
Del saber y del desarrollo del saber
- [Capítulo VII](#)
De la secuencia, consecuencia y leyes de la naturaleza
- [Capítulo VIII](#)
Del saber propiamente llamado ciencia
- [Capítulo IX](#)
La economía llamada Economía Política
- [Capítulo X](#)
De los elementos de la Economía Política
- [Capítulo XI](#)
De los deseos y satisfacciones
- [Capítulo XII](#)
La ley fundamental de la economía política
- [Capítulo XIII](#)
Procedimientos de la Economía Política
- [Capítulo XIV](#)
La Economía Política como ciencia y como arte
- [Libro II](#)
La naturaleza de la riqueza
 - [Introducción al libro segundo](#)

- [Capítulo I](#)
Confusiones acerca del concepto de la riqueza
- [Capítulo II](#)
Causas de la confusión acerca del concepto
- [Capítulo III](#)
Lo que Adam Smith significa por riqueza
- [Capítulo IV](#)
Los fisiócratas franceses
- [Capítulo V](#)
Adam Smith y los fisiócratas
- [Capítulo VI](#)
Influencia de Adam Smith en la economía política
- [Capítulo VII](#)
Estériles tanteos para determinar lo que es riqueza
- [Capítulo VIII](#)
Derrumbamiento de la Economía Política universitaria
- [Capítulo IX](#)
Riqueza y valor
- [Capítulo X](#)
Valor en uso y valor en cambio
- [Capítulo XI](#)
Valor económico-su verdadero concepto y su medida última
- [Capítulo XII](#)

El valor en cambio se refiere realmente al trabajo

- [Capítulo XIII](#)

El denominador del valor

- [Capítulo XIV](#)

Las dos fuentes del valor

- [Capítulo XV](#)

Concepto de la riqueza en Economía Política

- [Capítulo XVI](#)

Génesis de la riqueza

- [Capítulo XVII](#)

La riqueza llamada capital

- [Capítulo XVIII](#)

Porque la Economía Política estudia sólo la riqueza

- [Capítulo XIX](#)

Confusiones éticas acerca de la riqueza

- [Capítulo XX](#)

De la permanencia de la riqueza

- [Capítulo XXI](#)

La relación del dinero con la riqueza

- [Libro tercero](#)

La producción de la riqueza

- [Capítulo I](#)

El significado de producción

- [Capítulo II](#)

Los tres modos de producción

- [Capítulo III](#)

Población y subsistencias

- [Capítulo IV](#)

La pretendida ley del rendimiento decreciente en agricultura

- [Capítulo V](#)

Del espacio y del tiempo

- [Capítulo VI](#)

Confusión de la ley del espacio con la agricultura

- [Capítulo VII](#)

La relación del espacio con la producción

- [Capítulo VIII](#)

La relación del tiempo con la producción

- [Capítulo IX](#)

Cooperación. Sus dos medios

- [Capítulo X](#)

Cooperación. Sus dos clases

- [Capítulo XI](#)

La función del cambio en la producción

- [Capítulo XII](#)

Función de la competencia en la producción

- [Capítulo XIII](#)

De la demanda y la oferta en la producción

- [Capítulo XIV](#)

Orden de los tres factores de la producción

- [Capítulo XV](#)

El primer factor de la producción: «tierra»

- [Capítulo XVI](#)

El segundo factor de la producción: trabajo

- [Capítulo XVII](#)

El tercer factor de la producción: capital

- [Libro IV](#)

La distribución de la riqueza

- [Introducción al libro IV](#)

- [Capítulo I](#)

Concepto de la distribución

- [Capítulo II](#)

Naturaleza de la distribución

- [Capítulo III](#)

La percepción común de la ley natural en la distribución

- [Capítulo IV](#)

La verdadera diferencia entre las leyes de la producción y las de la distribución

- [Capítulo V](#)

De la propiedad

- [Capítulo VI](#)

Causas de la confusión acerca de la propiedad

- [Libro V](#)

Moneda.-El medio de cambio y la medida del valor

- [Introducción al libro V](#)

- [Capítulo I](#)

Confusiones acerca de la moneda

- [Capítulo II](#)

El concepto común de la moneda

- [Capítulo III](#)

Medio de cambio y medida del valor

- [Capítulo IV](#)

La función del crédito en los cambios

- [Capítulo V](#)

Génesis de la moneda

- [Capítulo VI](#)

Las dos clases de moneda

La ciencia de la economía política

Henry George

Pero no debe esperarse ningún gran adelanto en las ciencias, especialmente en su parte práctica, a menos que la Filosofía natural preceda a las ciencias particulares; y además, a menos que estas ciencias particulares sean a su vez sometidas a la Filosofía natural. Por falta de ello, la Astronomía, la óptica, la Música, muchas artes mecánicas y, lo que parece más extraño aun, la Filosofía moral y civil y la Lógica, se levantan poco sobre sus cimientos y sólo desfloran la variedad y superficie de las cosas, o sea: porque después de que estas ciencias particulares se han formado y separado, no han continuado siendo nutridas por la Filosofía natural, que tiene que comunicarles su fuerza y desarrollo; y, en consecuencia, no ha de

admirar que las ciencias no prosperen cuando están separadas de sus raíces. -*Bacon, Novum Organum.*

A August Lewis, de New York, y a Tom L. Johnson, de Cleveland, Ohio, quienes espontáneamente, y sin indicación ni conocimiento míos, me proporcionaron el vagar necesario para escribirla, les dedico afectuosamente lo que en este sentido es su obra.

H. G.

△▽

Preliminares

△▽

Prólogo del traductor

Las doctrinas económicas de Henry George van transformando rápidamente, no sólo la vida política y social de cada uno de los países que se apellidan cultos, sino los fundamentos mismos de la civilización contemporánea al través de la legislación. Dos libros recientemente publicados constituyen un resumen de los testimonios que comprueban este aserto, resumen bastante para persuadir a los más incrédulos o a los más ignorantes. El primero se titula *Land Values Taxation In Practice*, escrito por uno de los más fervientes y capaces georgistas, Max Hirsch, el autor insigne de *Democracy versus Socialisme*, e impresa en Australia el año 1910. El otro, se titula: *L'Impôt sur la rente foncière*, por Amic, y acaba de ver la luz en Francia. El autor de este último, que bajo un pseudónimo se encubre, no solamente no es georgista, sino que desconfía de que los problemas y vaticinios hechos por los fieles seguidores de la doctrina

de Henry George lleguen a prevalecer alguna vez en el mundo. Pero los hechos son los hechos, más fuertes que todas las prevenciones, más evidentes que todos los augurios. Y en uno y otro trabajo se recogen todas aquellas iniciativas de carácter legislativo o gubernativo que, en el correr de algunos años, han sido llevadas a la práctica bajo la inspiración de las doctrinas económicas de Henry George hasta las fechas respectivas de la publicación de ambos libros.

Y según el resultado que la vida misma acusa, en aquellos distintos parajes, de historia y costumbres también diversas, de circunstancias y medios naturales diferentes, donde se ha hecho la aplicación de estas fórmulas de reforma fiscal, que son el comienzo y el agente indispensable de la verdadera reforma social, las deducciones que de la lectura de esos dos libros se desprenden pueden sintetizarse principalmente, en estas dos: primera, cada año señala una visible progresión en las iniciativas de orden legal encaminadas a llevar a la práctica las doctrinas económicas de Henry George; segunda, en todas partes, lo mismo allí donde la aplicación ha sido defectuosa y entremezclada con otras fórmulas financieras y económicas, como Alemania, que donde las aplicaciones revisten los caracteres de estricto rigor lógico inherente a las doctrinas georgistas, como en el Canadá, los efectos han sido tan beneficiosos que quienes a nombre de las colectividades que las disfrutaban han hablado, pueden declarar terminantemente, que sus pueblos no volverán a los antiguos sistemas de tributación y que las predicciones hechas por los propagandistas se han cumplido.

¿Cuáles son esas doctrinas de las que su autor pudo decir, a los pocos años de exponerlas, que nunca en sus sueños había entrado la esperanza de una tan rápida difusión por el mundo? Henry George las

ha desenvuelto, examinando el problema social, en diferentes obras. La más grande de todas ellas es *Progreso y miseria*, racionalmente una desde el principio al fin, cada una de cuyas partes es tan vigorosa que de ellas ha podido decir Tolstoi, que no hay sino dos medios de combatirlas: falsearlas o ignorarlas. Una de las derivaciones de su doctrina económica, la referente al intercambio mercantil, es analizada hasta agotarla en el libro *¿Protección o libre cambio?*, complemento de *Progreso y miseria*. Fueron éstas, como las demás obras que, comenzando en *La cuestión de la tierra*, terminan en *Un filósofo perplejo*, libros de combate. Y hacía falta a la propaganda de esas doctrinas otra obra donde, sin el ardor de la polémica, se desarrollara didácticamente las verdades fundamentales de la ciencia económica cuya derivación y aplicación a la realidad florece en lo que es realmente la obra total de Henry George: una filosofía social. Este libro, fruto de los trabajos del insigne apóstol durante sus últimos tiempos, está escrito y publicado; es el que se titula *La ciencia de la economía política*, cuya traducción ofrezco hoy al lector.

Acaso porque esta exposición era la más necesaria, *La ciencia de la economía política* es el libro de Henry George que menos se ha traducido. De *Progreso y miseria* se han hecho ediciones en todos los idiomas del mundo, desde el inglés en que se escribió originalmente hasta el japonés y el chino; mas aun, acaso es la única obra de este carácter que se ha traducido al idioma de los ciegos. Pero *La ciencia de la economía política* no ha sido traducida a ninguno de los idiomas latinos: ni al francés, ni al español, ni al italiano, ni tampoco a ninguno de los lenguajes orientales.

En el cúmulo de las obras que abarrotan las voluminosas bibliografías, pudiera excusarse esta omisión, siempre extraña, si no

fuese acompañada de otra muy significativa. En la inmensa mayoría de los modernos tratados de «Economía Política» aquéllos que sirven de texto para la enseñanza de las nuevas generaciones, apenas se habla de Henry George; mas cuando, por excepción, se refieren a él, se alude, exclusivamente a *Progreso y miseria*, omitiendo toda referencia a *La ciencia de la economía política*. Y así se explica que hombre del saber inmenso de Costa, acaso el único escritor español que, en sus referencias a las doctrinas de Henry George, no ha sido infiel atribuyéndole lo que nunca aquél dijo, y hasta lo que expresa y terminantemente reprobó como ocurre en algunos de los libros de texto que se estudian en la propia Universidad de Madrid,-al resumir la doctrina georgista en su magno libro *Colectivismo agrario en España* invoca sólo el testimonio de *Progreso y miseria*, sin acordarse, sin duda por desconocerla, de la obra fundamental: *La ciencia de la economía política*.

Y es, que refiriéndose a *Progreso y miseria* puede presentarse a Henry George, única y exclusivamente como un reformador Político o al menos como un innovador social que, aspirando a hacer colectivo el uso de la tierra, se confunde, parcialmente, con la inmensa multitud de escritores socialistas, y, de paso, puede negársele la condición de economista, según escritores pseudo-cultos han hecho repetidas veces durante estos años en que, con motivo de la transformación inglesa, no ha sido lícito ignorar la existencia de las doctrinas de aquel gran hombre. Pero exhumando *La ciencia de la economía política*, ese título de economista no se le puede negar, y es visible la vituperable maniobra, la deliberada superchería de sustraer en la enseñanza de los conocimientos económicos, las doctrinas de aquél que en la teoría fundamental de esta ciencia, cualquiera que sea el grado de asentimiento que los creyentes en otras escuelas le otorguen, tiene

que respetarse como una vigorosa personalidad, como un original pensador a quien el curso de los años, el movimiento de las multitudes y las tendencias de la vida social van otorgando favorable sanción.

Esta omisión no carece de motivo; hay dos razones para ella; una, la íntima convicción de que la Economía Política, fraguada en el siglo XIX, ha fracasado plenamente en sus conclusiones y en sus pronósticos. Incongruente en sus doctrinas, inmoral en la inmensa mayoría de sus dogmas, no sólo resulta impotente para remediar aquellos males de carácter social cuyo alivio se propuso, sino que los agrava hasta el punto de que, no por una reflexión gradualmente elaborada, sino por un grito de la conciencia, la multitud, espíritus escogidos y, hombres vulgares, la rechaza y condena unánimemente. Y sin embargo, sobre los dogmas principales de esa Ciencia Económica está fundada la actual vida social. Sus doctrinas acerca de la riqueza, del valor y de la distribución, muy especialmente en lo relativo al salario, y al intercambio, son el armazón de la política económica de los Estados modernos y el cimiento del edificio social en todo el mundo civilizado. El fracaso de la doctrina económica acarrea el fracaso de la vida social y de la civilización; de los males de ésta es responsable aquélla. La voz de Henry George se alza en nombre de una ciencia más luminosa y lógicamente forjada, para establecer la relación entre las úlceras sociales y los errores económicos; da carácter científico a la condenación que sobre la economía universitaria ha recaído; y junto a los viejos cánones amparadores de la injusticia, sustentadores del privilegio, justificadores de la expoliación, bandera del vasto latrocinio que tiene por teatro la vida social, levanta una nueva doctrina económica distinta, sobre la riqueza, el valor y la distribución, el salario y el intercambio, que no sólo concuerda estrictamente con aquella ley inmutable que es

superior a la voluntad y a los intereses humanos: la ley moral, principio y norma inexcusable de todo sano vivir social, sino que evidencia cuales son los errores cometidos, cuales los caminos para remediarlos, y de qué manera natural y lógica las sociedades pueden ascender hasta un grado de sanidad y de justicia que permita el desarrollo de una nueva y más alta civilización. *La ciencia de economía política* de Henry George, encierra pues, toda una política de acción frente a la cual estarán constantemente la injusticia y el privilegio, y que a su lado hallará la miseria y el desamparo injustos. Sus enemigos son poderosos; y, concertados por el común interés, han hecho lo posible por combatirla hasta ahora con el silencio; en adelante, emplearán otras armas; pero su acción será ineficaz, porque *La ciencia de la economía política* expuesta por Henry George, tiene el privilegio de la verdad, a la que basta el ser discutida para vencer.

El primer esfuerzo de Henry George es levantar de nuevo la «Economía Política» a la dignidad de ciencia, de la cual había sido depuesta, aunque conservando el nombre, por los modernos tratadistas. Entre éstos, y muy especialmente entre los alemanes, que con singular predilección la han cultivado, la ciencia de la «Economía Política» es un torpe amasijo de hechos sin nexos que los una, sin racional trabazón que los encadene, contradictorios entre sí muchas veces, amañados de manera que de ellos se pueda hacer aquellas deducciones que mejor convengan con prejuicios aceptados, con teorías admitidas o con los intereses a cuyo servicio están los expositores. De ahí la exaltación que en estos últimos tiempos se ha hecho de la utilidad de las estadísticas. La obra estadística, labor puramente burocrática, no sólo es subalterna respecto de la ciencia sino que, las más veces, es dañosa para ésta. Bien puede

sospechase que las apologías calurosas de las estadísticas que en los modernos tiempos suelen hacerse, no llevan otro fin que encubrir la pobreza de razonamientos o disimular la falacia de éstos. La Ciencia, no es obra de estadísticas ni resultado de hechos: la Ciencia, que es el conjunto de verdades alcanzadas en un orden por la mente humana, es obra de razón. Los hechos podrán comprobar sus deducciones, servirle de ejemplos; pero ni son los materiales con que la ciencia se levanta, ni pueden, aunque se los agrupe y se los ilumine, usurpar el puesto que a la obra de la razón, deduciendo lógicamente, corresponde. Por eso, toda Economía fundada sobre hechos está sujeta a las vicisitudes del tiempo y del lugar, cambiando a medida que la realidad se transforma y modificándose según las aportaciones de nuevas cifras o datos influyan sobre ella; mientras que una verdadera ciencia es permanente en todo tiempo y lugar, sólo modificable por la obra de nuevos raciocinios que evidencie errores en las premisas o extravíos en la deducción. Y este es el carácter distinto de *La ciencia de la economía política* de Henry George frente a los indigestos e inútiles tratados con que, usualmente, se pretende enseñar Economía Política.

La pieza maestra de la doctrina económica de Henry George, es la teoría del valor, tan clara y evidente que basta exponerla para aceptarla como axiomática, y ante cuya luz huyen en tropel las innumerables confusiones que, las falsas teorías del valor tradicionalmente aceptadas y las más modernas de Marx y de la Escuela Austriaca arrojan sobre los espíritus cuando se las contrasta con los hechos. La distinción entre valor de producción y valor de obligación es inapreciable como germen de toda una doctrina de reforma social: porque, excluyendo del carácter de riqueza todo valor de obligación, señala inequívocamente en qué consiste la verdadera

prosperidad de un pueblo, reduce a muy pocas y sencillas las ideas que ese proceso tiene que asociar para orientarse seguramente en este problema, y allana el camino para percibir sin sombras cómo todo el problema social es meramente un problema de distribución y cómo la distribución de la riqueza tiene sus cánones naturales, por cuya pendiente se llega de un modo natural e insensible a la convicción clara de que la miseria y los dolores sociales tienen por origen la perturbación que actos o leyes de los hombres introducen en esas leyes naturales de la distribución.

Sería labor imposible enumerar en este prólogo todas aquellas nuevas doctrinas que Henry George introduce en la ciencia económica. Damos a la estampa la primera versión de este libro admirable. Su lectura, debe recomendarse, no a los especialistas de estas materias tan sólo, ni siquiera a los hombres públicos cuyos aciertos dependen principalmente de las claras concepciones que acerca de los fenómenos económicos, resortes del desarrollo de la civilización, tengan, sino a todos los hombres conscientes, porque la materia económica es de tal índole, que no hay ciudadano alguno que no formule a diario sus criterios acerca de problemas en ella comprendidos; y aquellos criterios, en los regímenes de opinión, que predominan en todos los pueblos gobernados más o menos democráticamente, son los que, en último término, determinan las resoluciones del poder público y afianzan aquellos errores que, cuidadosamente fomentados por los intereses injustos, son obstáculos hasta ahora decisivos para una labor de reforma y florecimiento.

Baldomero argente.

Nota preliminar

Este libro, comenzado en 1891, al regresar de un viaje de propaganda por Australia y de una excursión por el mundo, surgió del propósito, largo tiempo acariciado por el autor, de escribir un libro de texto, que presentara concisamente los principios de una Economía Política verdadera. Este «Compendio de Economía Política» establecería directamente, en forma didáctica, los principios fundamentales de lo que aquél consideraba exacta e indiscutible ciencia, relegando su discusión a una obra posterior y más extensa.

Sin embargo, antes de seguir adelante, el autor advirtió la dificultad de establecer sencillamente los principios, mientras existieran tantas confusiones sobre el significado de los vocablos. Se vió obligado, por consiguiente, a cambiar su plan y ofrecer primero el libro más extenso, que reconstruyera la «Economía Política» y examinara y explicara tanto la terminología como los principios; y que, comenzando por lo primero, estudiara el nacimiento y desarrollo parcial de esta ciencia en manos de sus fundadores hace un siglo, mostrando de este modo, el gradual bastardeamiento que había experimentado y su definitivo abandono por los profesores titulados, acompañándolo con un balance de la difusión de esta Ciencia, fuera e independientemente de las escuelas, en la filosofía de la realidad que ahora comienza a cundir por el mundo con el nombre de «Impuesto único».

Poco después de que este libro estuviera en marcha, el autor lo interrumpió para escribir un folleto en respuesta a la Encíclica papal (*La condición del trabajo*, 1891) y más tarde lo volvió a interrumpir para escribir un libro examinando la adjuración de Mr. Herbert Spencer, de sus ideas sobre el problema de la tierra (*Un filósofo perplejo*, 1892). Salvo estas interrupciones y algunos circunstanciales escritos de

periódico y revista, conferencias y discursos políticos, consagró a esta obra continuamente su gran entendimiento, hasta que comenzó la campaña electoral para el cargo de Mayor (en New York), hacia cuyo final le sobrevino la muerte, en 29 de Octubre de 1897.

Si *La ciencia de la economía política* hubiera sido enteramente terminada conforme el plan de su autor, tendría un extenso Libro V, sobre la moneda, y la naturaleza y funciones del Salario, Interés y Renta hubieran sido plenamente estudiadas en el Libro IV; pero la obra, según quedó, estaba, a juicio de su autor, completa en lo esencial, y las partes interrumpidas, para citar las propias palabras de aquél, pocos días antes de su muerte, «indicaban la dirección en que mi (su) pensamiento se orientaba».

El prefacio del autor es fragmentario. Lleva en el manuscrito una fecha en lápiz, «Marzo, 7, 1894», y se transcribe aquí de una apretada escritura utilizada por él en los borradores de sus libros.

Aparte de poner los sumarios en cuatro capítulos iniciales (indicados con notas al pie), de la adición de un índice y de la corrección de unos pocos errores de pluma notorios, el libro se presenta aquí tal como lo dejó el autor, deseando los discípulos de éste que la obra saliera a luz sin que otras manos la tocaran.

Henry George, hijo.

New York, 1 de Febrero de 1898.

Prólogo del autor

En *Progreso y miseria* rehíce la «Economía Política» en aquellos puntos que a la sazón lo necesitaban. Las impugnaciones han servido sólo para demostrar la solidez de las ideas allí expuestas.

Pero *Progreso y miseria* no abarcaba todo el campo de la Economía Política y su carácter fue, necesariamente, más de amplia polémica que de índole constructiva. Para hacer más entonces, necesitaba disponer de tiempo. Tampoco lo creí necesario. Pues, aun cuando reconocía la magnitud de las fuerzas que se revolverían contra la sencilla verdad que yo trataba de esclarecer, pensé que, consiguiendo *Progreso y miseria* despertar cierto interés, habría siquiera algún catedrático de Economía Política que, comprobando las ignoradas verdades que yo trataba de sacar a luz, aceptaría aquella parte de la verdad ya comprendida y asentada.

Los años transcurridos desde la publicación de *Progreso y miseria*, los he consagrado a la propaganda de las verdades enseñadas allí, por medio de libros, folletos, artículos de revista, trabajos de periódico, conferencias y discursos, con tan grande éxito que no sólo supera a lo que hace quince años podía yo haber esperado obtener en ese plazo, sino que me dan motivo para creer que de todos los hombres de quienes yo he oído que intentaron una obra tan grande contra desigualdades tan hondas, he sido el más favorecido en el propósito de despertar el pensamiento.

No sólo donde se habla la lengua inglesa, sino en todas partes del mundo están surgiendo hombres que llevarán hasta su final triunfo el gran movimiento que *Progreso y miseria* comenzó. La obra magna no está hecha, pero está comenzada y no se interrumpirá jamás.

La noche en que yo concluí el capítulo final de *Progreso y miseria* sentí que había respondido a las dotes que la Naturaleza me confiara; me sentí más plenamente satisfecho, más profundamente agradecido que si todos los reinos de la tierra hubieran sido puestos a mis pies; y aunque los años han justificado, no obscurecido, mi fe, aún me queda algo por hacer.

Pero la reconstitución de la Economía Política no ha sido hecha. Así, he pensado que lo más útil que podía hacer para extender tanto como pudiera la obra de propaganda y dirigir prácticamente el movimiento, es escribir este libro.

△▽

Introducción general

Razón de este libro

Trataré en este libro de presentar, en forma clara y sistemática, los principios fundamentales de la Economía Política.

La posición que adoptaré no es la de un maestro que define lo que debe creerse, sino mejor la de un guía, que señala lo que mirando se ve. Lejos de pedir al lector que me crea ciegamente, le instaré a que no acepte afirmación de la que pueda dudar y a que no adopte conclusión alguna que no esté certificada por su propia razón.

Digo esto, no en hipócrita descargo mío, ni en ocioso cumplimento para el lector, sino a causa de la naturaleza y condiciones actuales de la Economía Política.

De todas las ciencias, la Economía Política es la que tiene más importancia práctica para los hombres civilizados de hoy. Porque es la ciencia que trata de la naturaleza de la riqueza y de las leyes de su producción y distribución; es decir, de las materias que absorben la mayor parte del pensamiento y esfuerzo de la mayoría de nosotros: el ganarse la vida. Comprende en sus dominios casi todas aquellas inquietantes cuestiones que alientan en el fondo de nuestra política y nuestra legislación, de nuestras teorías sociales y de gobierno y aun, en mayor medida de lo que puede suponerse a primera vista, de nuestras filosofías y religiones. Es la ciencia a que corresponde resolver los problemas que, al terminar la centuria de mayor desenvolvimiento material y científico que el mundo vio hasta ahora, ennegrecen el horizonte futuro en todos los países civilizados: la única ciencia que puede hacer a nuestra civilización capaz de sustraerse a la catástrofe que ya la amenaza.

Sin embargo, aún siendo extraordinaria la importancia práctica de la Economía Política, quien hoy quiera formar claro y seguro concepto de lo que ésta verdaderamente enseña, ha de lograrlo por sí propio. Porque no existe un conjunto de verdades aceptadas, ni consenso de autoridades reconocidas que aquél pueda admitir sin discusión. En cualquiera otra rama del saber, llamada propiamente ciencia, el investigador puede encontrar ciertos fundamentos admitidos por todos y no discutidos por ninguno de cuantos la profesan, fundamentos que puede aceptar confiadamente para incorporarles las indagaciones y experiencias de su tiempo. Pero en la Economía Política no puede encontrar esto aun, a pesar del largo tiempo que se cultiva y de la multitud de sus profesores. Si acepta la enseñanza de un escritor o de una escuela, la encontrará negada por otros escritores y otras escuelas. Esto sucede, no sólo en los problemas más complejos y

delicados, sino en las cuestiones iniciales. Aun en materias análogas a las que en otras ciencias han sido ya asentadas desde hace tiempo, aquél que hoy busca reglas de unánime aceptación en la Economía Política, encuentra un caos de opiniones discordantes.

Verdaderamente, tanto distan los primeros principios de ser admitidos con unanimidad, que todavía es materia de ferviente discusión si la protección o el librecambio contribuyen más a la prosperidad; un problema que en la Economía Política debe ser tan susceptible de respuesta exacta, como en la hidrodinámica el problema de si un barco debe ser más ancho que largo o más largo que ancho.

No se debe esto a falta de estudio detenido. No sólo no hay asuntos tan amplia y frecuentemente discutidos como los pertenecientes al dominio de la Economía Política, sino que en cada Universidad y Colegio hay ahora un profesor de esta ciencia, cuyo especial cometido es estudiarla y enseñarla. Pero, en ninguna parte hay incongruencias y confusiones tan ostensibles como en los escritos de estos hombres, ni nada tan adecuado para producir la impresión de que no hay ni puede haber una verdadera ciencia de la Economía Política.

Pero aunque esta discordancia demuestra que aquél que realmente quiera conocer por si propio la Economía Política, no puede confiar en la autoridad ajena, nada hay en ella que aleje la esperanza de que quien quiera utilizar su propia razón investigando honradamente la verdad, puede llegar a conclusiones firmes y claras.

Porque es visible que el motivo de que la Economía Política esté y haya de estar en litigio, consiste en su suprema importancia práctica y

en que ésta ha estorbado el desarrollo de un conjunto de opiniones aceptadas y seguras.

En las condiciones actuales del mundo civilizado, la gran lucha entre los hombres es por la posesión de la riqueza. ¿No sería poco razonable esperar que la ciencia que trata de la producción y distribución de la riqueza se eximiera del influjo de esta lucha? Macaulay ha dicho bien, que si el discutir la fuerza de gravitación afectara a cualquier gran interés pecuniario, el más notorio de los hechos no estaría admitido aún. ¿Qué pues, podemos esperar que ocurra en la enseñanza de una ciencia que afecta directamente al más poderoso de los «intereses constituídos», que trata de la renta, salarios e intereses, de los impuestos y aranceles, de los privilegios, exenciones y subvenciones, de la circulación monetaria, arrendamientos y deudas públicas, de las ideas en que se fundan las asociaciones obreras y de los argumentos con que se defienden las asociaciones de capitalistas? La verdad económica, en las condiciones actuales no tiene que vencer, únicamente, el obstáculo de la indolencia o la rutina; está en su esencia sujeta a las supresiones y distorsiones producidas por el influjo de los más poderosos y vigilantes intereses. No solamente tiene que hacer su camino; tiene que permanecer constantemente en guardia. No puede ser confiada con seguridad a un escogido núcleo de hombres, por la misma razón que el hacer las leyes y administrar los negocios públicos tampoco se puede confiar de ese modo.

Hoy, singularmente, es cierto que todas las grandes cuestiones políticas son, en su raíz, problemas económicos. Así se ha introducido en el estudio de la Economía Política el mismo perturbador elemento que, petrificando a los hombres en el estudio de la Teología, escribió

con sangre una larga página en la historia del mundo, y que, por lo menos una vez, influyó hasta en el estudio de la Astronomía impidiendo que se admitiera el movimiento de la Tierra alrededor del Sol hasta mucho después de estar demostrado. La organización de los partidos políticos, el ansia de lucha y poder nacen de aquél, y los fuertes prejuicios que infunde son siempre hostiles a la indagación y admisión de la verdad.

Y aunque los Colegios y Universidades e instituciones similares están organizados aparentemente para la cuidadosa investigación y honrada proclamación de la verdad, no se hallan ni pueden hallarse exentos de las influencias que perturban el estudio de la Economía Política y se encuentran especialmente imposibilitados, en las condiciones actuales, para un leal y adecuado examen de esta ciencia. Porque en las presentes condiciones sociales del mundo civilizado, nada es más claro que el que hay una profunda y general injusticia en la distribución de la riqueza, si no en su producción. El oficio de la Economía Política es descubrirla y una explicación verdaderamente leal, y honrada de esta ciencia, tiene que conseguirlo.

Pero cualquiera que la injusticia sea, los Colegios y las Universidades, según se hallan constituidos al presente, no pueden, por ley de su propia naturaleza, descubrirla o declararla. Porque sea cual fuere la naturaleza de esa injusticia, la clase rica, tiene, relativamente al menos, que aprovecharse de ella, y esta es la clase cuyas opiniones y deseos dominan en los Colegios y Universidades. Mientras la esclavitud era todavía fuerte, en vano mirábamos a los Colegios y Universidades y órganos prestigiosos de educación y opinión en nuestros Estados del Sur; eso nos ocurre en esta materia, con el Norte; para el reconocimiento de la injusticia de las condiciones

sociales presentes, miraremos en vano a esos manantiales en busca de una sincera exposición de la Economía Política. Quienquiera que acepte una cátedra de Economía Política, tiene que hacerlo bajo la implícita condición de que no encontrará,

realmente, lo que es misión profesional suya buscar⁽¹⁾.

En esta dificultad externa y no en dificultad alguna inherente a la Economía política en sí misma reside la razón de que hoy, después de todos los esfuerzos que, desde que escribió Adam Smith, han sido consagrados a su investigación o a su investigación supuesta, aquél que verdaderamente quiera saber lo que ella enseña, no pueda encontrar un sólido conjunto de doctrinas indiscutidas que aceptar confiadamente; y de que pueda dirigirse a los Colegios y a las Universidades con la certidumbre de que cualesquiera que sean las otras verdades que pueda encontrar, esa no la encontrará allí.

Sin embargo, si la Economía Política es la única ciencia que no puede ser tranquilamente dejada a los especialistas, la única ciencia de la que es necesario a todos saber algo, es también la ciencia que los hombres vulgares pueden estudiar con mayor facilidad. No requiere instrumentos, ni aparatos, ni aprendizaje especial. Los fenómenos que investiga no necesitan ser recogidos en los laboratorios o en las bibliotecas; nos rodean y constantemente tropezamos con ellos. Los principios que la constituyen son verdades de las cuales todos nosotros tenemos conciencia y sobre las cuales, en los asuntos cotidianos, fundamos constantemente nuestros raciocinios y nuestros actos. Y sus procedimientos, que consisten principalmente en el análisis, requieren sólo cuidado para distinguir lo que es esencial de lo que es meramente accidental.

Proponiendo a mis lectores que me acompañen en este intento de averiguar los principios fundamentales de la Economía Política, no les pido que piensen en materias sobre las cuales no hayan discurrido nunca antes, sino únicamente que piensen en ellas de modo escrupuloso y sistemático, porque todos nosotros tenemos alguna especie de Economía Política. Los hombres pueden, decorosamente, confesar ignorancia de la Astronomía, la Química, la Geología, la Filología y realmente tener la convicción de su ignorancia. Pero pocos hombres se declaran sinceramente ignorantes en Economía Política. Aunque admitan y aun proclamen su ignorancia, realmente no creen en ella. Hay muchos que dicen que nada saben de Economía Política, muchos que verdaderamente no saben lo que significan esos términos. Sin embargo, estos mismos hombres sostienen a la vez y con absoluta confianza, opiniones sobre asuntos que pertenecen a la Economía Política, tales como las circunstancias que afectan a los salarios, precios y beneficios; los efectos de los Aranceles, la influencia de la maquinaria, la función y naturaleza propias de la moneda, la razón de los «malos tiempos» y «buenos tiempos», y así sucesivamente. Porque los hombres que viven en sociedad, que es el natural modo de vivir de los hombres, han de tener cierta clase de teorías político-económicas, buenas o malas, justas o injustas. La manera de asegurarse de que estas teorías son exactas y, si no lo son, de sustituirlas por las doctrinas verdaderas, es hacer esta sistemática y cuidadosa investigación que me propongo realizar en este libro.

Mas para una investigación como esta se requiere una cosa tan necesaria, una cosa de tan primordial y constante importancia que no será excesivo ningún apremio ni ninguna presteza con que incite al lector a tenerla. Es que al emprender el estudio de la Economía

Política, nos aseguremos, ante todo y a cada paso, del verdadero significado de las palabras que empleemos, de manera que cuando las utilicemos tengan siempre para nosotros el mismo significado.

Las palabras son los signos o instrumentos con que comunicamos nuestros pensamientos a otros, hablando o escribiendo. El único modo de que podamos comunicarnos con otro por el lenguaje, es asignar de común acuerdo un significado a las palabras. Y, para entenderse con exactitud, es necesario que cada uno asigne precisamente el mismo significado al mismo vocablo. Dos hombres pueden mirar al Océano desde el mismo sitio e insistir sinceramente uno en que hay tres buques a la vista, mientras el otro insiste con igual sinceridad en que solo hay dos, si el uno usa la palabra buque en su sentido general de embarcación capaz de navegar y el otro la usa en su sentido técnico de un navío con tres palos, de aparejo cuadrado. El uso de palabras con significados que difieren en algo, es singularmente peligroso en las discusiones filosóficas.

Pero las palabras son más que medios por los que comunicamos nuestros pensamientos. Son también signos o instrumentos con los cuales nosotros mismos pensamos, los rótulos de los frascos de botica en los cuales almacenamos las diversas ideas con las que nos ponemos en contacto mentalmente, con frecuencia, sólo por el rótulo. Así no podemos pensar con precisión a menos que en nuestros propios pensamientos utilicemos las palabras con exactitud. El no hacer esto es una gran causa de la generación y persistencia de los errores económicos.

En todos los estudios es importante que atribuyamos significados concretos a los términos empleados. Pero es singularmente

importante en la Economía Política. Porque, en otros estudios, la mayor parte de las palabras empleadas, como términos propios de ellos, son peculiares de este estudio. Los términos usados en Química, por ejemplo, lo son únicamente en la Química. Esto hace más pesado en sus comienzos el estudio de la Química, porque el estudiante tiene que familiarizarse con las nuevas palabras. Pero se ahorran dificultades subsiguientes, porque no usando estas palabras más que en la Química, su significado no se desvía por otro uso del sentido concreto que, propiamente, poseen en Química.

Pero los términos usados en Economía Política no son vocablos reservados a ella. Son palabras de uso diario que las necesidades de la vida cotidiana hacen que constantemente pronunciemos y oigamos con significación diferente del económico. Al estudiar Economía Política, al discurrir sobre cualquiera de sus problemas, es absolutamente necesario dar a términos como riqueza, valor, capital, tierra, trabajo, renta, interés, salarios, moneda y otros, un significado preciso, y usarlos únicamente en éste, un significado que siempre difiere, y en algunos casos difiere mucho, del significado vulgar. Pero no solamente estamos acostumbrados en primer término a usar estas palabras en su significado corriente; sino que, aun después de que les hemos dado un significado concreto como vocablos político-económicos, tenemos que continuar, en el lenguaje y la lectura corrientes, empleándolos y aceptándolos en su sentido ordinario.

De aquí nace para la Economía Política una propensión a la confusión de ideas por falta de exactitud en el empleo de los términos. El poco cuidadoso de éstos, no puede dar un paso sin caer en dicha confusión y aun el habitualmente cuidadoso, está expuesto a caer en la confusión si en cualquier momento relaja su vigilancia. Los más

eminentes escritores de Economía Política ofrecen ejemplos de esto, confundiéndose ellos y sus lectores por el empleo impreciso de un vocablo. Para preservarse de este peligro es necesario ser cuidadoso al comenzar, y continuar siéndolo. Por consiguiente, trataré en este libro de definir cada término a medida que aparezca y después, cuando lo use como término económico, procuraré emplearlo en ese preciso significado, y no en otros.

Definir una palabra es separar lo que incluye de lo que no incluye, hacer en nuestro pensamiento tan claros y bien dibujados como puedan serlo, sus confines, de modo que siempre encierre la misma cosa o cosas y no que una vez contenga más y otras menos.

Así, comenzando por el principio, permitidme considerar la naturaleza y fin de la Economía Política, de la cual podemos ver el origen y el significado, lo que incluye y lo que excluye. Si en esto pido al lector que ahonde más de que suelen habitualmente los escritores de Economía Política, no piense que me desvíe del asunto. El que quiere construir un elevado edificio de ladrillos y piedra que, contra toda violenta conmoción, permanezca firme y a plomo, cavará, para cimentarlo, hasta la roca sólida.

¿Repugnaremos la fatiga de poner los cimientos de una gran ciencia sobre los cuales tanto debe reposar?

En nada es tan prudente como en la Filosofía el que seamos «como un hombre que construye una casa y cava hondo y pone los cimientos sobre una roca».

Libro primero

Concepto de la Economía Política



Introducción al libro primero

La primitiva, y a mi juicio suficiente definición de la Economía Política, es: «la ciencia que trata de la naturaleza de la riqueza y de las leyes de su producción y distribución». Pero como esta definición no parece haber sido nunca plenamente entendida y admitida por los maestros acreditados en Economía Política, y durante los últimos años ha sido abandonada por los que ocupan los puestos de profesores oficiales en todas nuestras Universidades y Colegios, permitidme, empezando por el principio, que tratemos de ver por nosotros mismos exactamente lo que es la Economía Política.



Capítulo I

Los tres factores del mundo
Exponiendo los componentes de todo lo que percibimos

Significado de factor, de filosofía; y del mundo. Lo que llamamos espíritu.-Lo que llamamos materia.-Lo que llamamos energía.-Aunque los tres quizá sean originalmente uno, tenemos que separarlos mentalmente.- Prioridad del espíritu.

La palabra factor, en el uso comercial, significa uno que actúa como agente de otro. En Matemáticas, significa una de las cantidades que, multiplicadas entre sí, dan un producto. De aquí que, en Filosofía,

que puede ser definida como la indagación de la naturaleza y relaciones de las cosas, la palabra factor sea denominación adecuada para los elementos que producen un resultado o para las categorías en que el análisis nos permite clasificar estos elementos.

En el mundo -uso el vocablo en su sentido filosófico de conjunto o sistema de cosas, de las cuales tenemos conocimiento y de las que nosotros mismos somos parte- podemos distinguir, por el análisis, tres elementos o factores:

I. Lo que siente, percibe, piensa, quiere; que para distinguirlo, llamamos inteligencia, o alma o espíritu.

II. Lo que tiene volumen o peso, y extensión o forma; que para distinguirlo llamamos materia.

III. Lo que, actuando sobre la materia, produce movimiento, que para distinguirlo, llamamos impulso, o fuerza o energía.

En realidad, no podemos conocer directamente la energía aparte de la materia; no hay materia sin algunas manifestaciones de la energía; ni inteligencia o espíritu separados de la materia y del impulso. Porque aun cuando nuestra propia conciencia pueda darnos testimonio de nuestra naturaleza esencialmente espiritual o de lo que a veces tomamos como prueba directa de nuestra pura existencia espiritual, la misma conciencia, sin embargo, comienza en nosotros solamente después de que ha comenzado ya nuestra vida corporal, y la memoria, única por la cual podemos reconstituir conscientemente el pasado, tarda aún más en aparecer. Puede ocurrir que esto que llamamos materia sea tan sólo una forma de la energía; y acaso que lo que llamamos energía no sea más que una manifestación de lo que

llamamos inteligencia, o alma o espíritu. Y aun algunos han sostenido que todo procede de la materia y de sus poderes inherentes. Sin embargo, aunque de hecho no podamos separarlos y aunque tal vez sean en su origen uno solo, nos vemos obligados a distinguirlos en el pensamiento como tres elementos independientes, separables, que con sus acciones y reacciones crean el mundo, según éste se presenta a nuestra percepción.

Partiendo de esto, afirmamos que lo que siente, percibe, piensa y quiere viene antes en el orden de prioridad, por que es lo que está primero en nuestra conciencia y porque sólo al través de ello tenemos conciencia de lo demás que existe. En esto, como nuestra conciencia atestigua, está la iniciativa de todos nuestros impulsos y movimientos, en toda la extensión de lo que nuestras conciencia y memoria iluminan, y en todos los casos en que podemos trazar la génesis de algo hasta sus comienzos encontramos que principia en el pensamiento y el deseo.

Tan clara, tan indisputable es la prioridad de este elemento espiritual, que donde quiera y cuando quiera los hombres han tratado de darse cuenta del origen del mundo, siempre han llegado a suponer un gran espíritu o Dios. Porque, aun cuando hay doctrinas ateas, todas han esquivado el problema del origen y supuesto que el mundo siempre ha existido.

△▽

Capítulo II

El hombre, su lugar y sus poderes

Exponiendo nuestras relaciones con el planeta, y las cualidades que nos permiten extender nuestro conocimiento de él y nuestros poderes sobre él

Primer conocimiento del hombre respecto de su morada.-Cómo crece este conocimiento y lo que saben acerca de aquélla los hombres civilizados de ahora.-La distinción esencial entre el hombre y los demás animales.-En ésta reside su poder de producir y progresar.

Nosotros despertamos a la conciencia para encontrarnos a nosotros mismos revestidos de carne y en compañía de otros seres semejantes, permaneciendo sobre lo que nos parece una superficie plana. Encima de nosotros, cuando las nubes no lo ocultan, el Sol luce durante el día y la Luna y las estrellas durante la noche. Probablemente, los primeros hombres supieron de cuál es este lugar y de nuestras relaciones con él poco más que lo ofrecido directamente a nuestra conciencia, poco más que lo sabido por los animales; e, individualmente, nosotros podríamos saber poco más por nosotros mismos. Pero las observaciones y reflexiones de muchos hombres sucesivos, acumuladas y sistematizadas, permiten a los hombres de la civilización moderna saber y casi ver con los ojos del pensamiento cosas para las cuales los sentidos no iluminados por la razón están ciegos.

A la luz de estos conocimientos acumulados, nos vemos nosotros a nosotros mismos, colonos constantemente reemplazados de la superficie de esta esfera giradora que da vueltas en torno de una mayor y más luminosa esfera, el Sol, cercada por todas partes de abismos de espacio, a los cuales nosotros no podemos ni encontrar ni

concebir límites. A través de este inconmensurable espacio, giran miríadas de cuerpos luminosos, de la naturaleza de nuestro Sol, circundados, según confiadamente podemos inferir del hecho conocido de que así ocurre a nuestro Sol, por cuerpos menores y no luminosos que en aquéllos tienen sus centros de revolución.

Nuestro Sol, uno, y muy distante de ser el mayor de los innumerables orbes similares, es el centro de luz, calor y revoluciones de ocho principales satélites (que, a su vez, tienen satélites, también), y, además, de un indefinido número de cuerpos más pequeños que conocemos como asteroides y demás cuerpos errantes llamados cometas. De estos principales satélites del Sol, el tercero en punto a distancia y el cuarto en dimensiones, es nuestra Tierra. Está en constante movimiento en torno del Sol y en constante revolución sobre su propio eje, mientras su satélite, la Luna, también girando sobre su propio eje, está en constante movimiento alrededor de la Tierra. El Sol mismo, girando también sobre su propio eje, está, con todos los cuerpos que de él dependen, en constante movimiento alrededor de algún punto del Universo, probablemente también movable, que los astrónomos aún no han podido determinar.

Así, pues, nosotros nos encontramos sobre la superficie de un globo aparentemente fijo, pero realmente en constante movimiento de tantas clases que sería imposible con nuestro presente saber trazar un diagrama indicativo de sus verdaderos movimientos a través del espacio hacia algún punto; un globo, amplio para nosotros y, sin embargo, como un grano de arena comparado con los cuerpos y espacios del Universo de que forma parte. Nos encontramos sobre la superficie de este globo incesantemente en movimiento como pasajeros que, perdido el sentido, sin saber cómo ni cuándo, se

despertaran de pronto en la cubierta de un barco moviéndose sin que ellos supieran donde y que vieran a distancia barcos parecidos respecto de los que sólo pudieran inferir o conjeturar si estaban o no habitados. Lo inconmensurablemente grande está fuera de nosotros, y cerca y por bajo de nosotros lo inconmensurablemente pequeño. El microscopio revela infinitos no menos estupendos para nuestro pensamiento que los revelados por el telescopio.

Tenemos, pues, abismo sobre abismo en torno nuestro, confinados en el fondo de este océano aéreo que envuelve la superficie de este globo moviente. En él vivimos y respiramos y estamos constantemente sumergidos. Si nuestros pulmones cesaran de aspirar y expeler este aire, o disminuyera su presión sobre nuestros cuerpos, pereceríamos.

Pequeño como parece nuestro globo a la luz de la Astronomía, no es realmente el conjunto del globo lo que nosotros habitamos, sino sólo una parte de su superficie. Sobre esta superficie sólida, los hombres sólo han logrado, con el mayor esfuerzo y valor, ascender algo menos de siete millas; debajo, en nuestras más profundas minas, los pozos no alcanzan una milla. Así, los extremos límites de profundidad y de altura en que los hombres pueden aventurarse circunstancialmente, aunque no vivir permanentemente, son apenas ocho millas. En números redondos, el globo tiene 8.000 millas de diámetro. Así, la cáscara de una manzana tenuamente pelada no da idea de la relativa delgadez, en la dimensión perpendicular, de la zona en que el hombre está confinado. Y tres cuartas partes de la superficie del globo, en su confluencia con el aire, están cubiertas por agua, sobre la cual, aunque el hombre puede pasar, no puede residir; mientras que considerables partes de lo que aún resta son inaccesibles por el hielo. La línea de la temperatura que debemos

conservar es como un puente de la tenuidad de un cabello. Los investigadores nos hablan de temperaturas de millares de grados sobre cero y millares de grados bajo cero. Pero el cuerpo del hombre debe mantenerse en el nivel constante de una fracción de 98°(Fahrenheit) por cima de cero. Una elevación o disminución de siete grados de este nivel y aquél perece. Con la elevación o disminución permanente de unos pocos grados en la temperatura media de la superficie del globo sería éste inhabitable para nosotros.

Y del mismo modo que en torno nuestro, todo, aun lo que parece más firme, está en continuo cambio y movimiento, lo estamos nosotros mismos. Nuestros cuerpos son en realidad como la llama de un mechero de gas, que tiene una forma continua y concreta; pero sólo como la manifestación de los cambios en una corriente de partículas que se reemplazan y que desaparecen al momento en la corriente que prosigue. Lo que en nosotros es real y distintivo, es aquello a que podemos dar un nombre, pero que no podemos explicar ni definir fácilmente, lo que da a la materia cambiante y al movimiento fugitivo el aspecto y la forma de un hombre. Pero nuestros cuerpos y nuestras propias facultades físicas, como la forma y poder de una llama de gas, son únicamente manifestaciones transitorias de aquella materia indestructible y aquella energía eternamente impulsora de que el Universo está hecho en cuanto es tangible para nosotros. Suprímase el aire que a cada instante penetra en nuestros pulmones y cesamos de vivir. Suprímase el alimento y la bebida que nos sirven del mismo modo que el carbón y el agua a la máquina de vapor y, con la misma certeza, aunque más lentamente, se seguirá igual resultado.

En todo esto, el hombre se parece a los demás animales que, juntamente con él, habitan la superficie de la tierra. Físicamente es tan

sólo como un animal, estrechamente enlazado con la animalidad, en cuyas especies está zoológicamente clasificado, en forma, estructura y necesidades primarias. Fuera el hombre solo un animal y no sería más que un animal inferior. La Naturaleza no le ha dado las facultades y las armas que permiten a otros animales obtener fácilmente su alimento. Ni tampoco le ha dado la vestidura que protege a aquéllos. Careciera como aquéllos de la facultad de proporcionarse un vestido artificial, y el hombre no podría existir en muchas de las regiones que ahora habita. Sólo podría vivir en las más benignas y uniformes partes del globo.

Pero el hombre es más que un animal. Aunque en condiciones físicas no sobrepuje a éste en nada y en algunas cosas esté por bajo de otros animales, en condiciones intelectuales es lo bastante superior para sobresalir entre las especies de aquéllos y hacerse señor y dueño de todo para tomar verdaderamente, sobre todo lo visible, «el cetro y la corona de las cosas». Y lo que indica, acaso, más claramente, el profundo abismo que lo separa de los demás animales es que es el único animal productor, o extractor, y, en este sentido, creador. En esto reside la diferencia que señala la distinción entre el más elevado de los animales y el más bajo de los hombres, distinción no de grado, sino de especie, la cual, aunque el hombre esté eslabonado con los animales, justifica la declaración de las Sagradas Escrituras, de que el hombre fue hecho a semejanza del Supremo Hacedor.

Considerad esta distinción: no sabemos de raza alguna de hombres tan baja que no coseche frutos o vegetales o domestique y alimente animales; que no cueza el alimento; que no forje armas; que no construya habitaciones; que no se fabrique vestidos; que no se

adorne a sí propio o alhaje su morada con utensilios; que no muestre por lo menos los rudos principios del dibujo, pintura, escultura y música. En ninguna de las especies de la naturaleza animada que están bajo el hombre hay ni la más leve indicación de una facultad análoga. Ningún animal, excepto el hombre, encendió nunca fuego, o coció su alimento, o hizo una herramienta o forjó un arma.

Verdad es que las ardillas esconden nueces; que los pájaros fabrican nidos; que los castores obstruyen las corrientes; que las abejas construyen celdas en las que almacenan la miel que extraen de las flores; que las arañas tejen redes; que una especie de hormigas dicese que ordeñan insectos de otra clase; todo esto es verdad, como también es verdad que hay pájaros cuya melodía supera la mejor música del salvaje y que, a especies inferiores al hombre, la Naturaleza prodiga atavíos que, en gusto como en brillantez, sobrepujan a los adornos del hombre primitivo.

Pero en todo esto no hay nada que guarde parentesco con las facultades que en estas cosas despliegan los hombres. Lo que hace el hombre lo hace reflexivamente, acomodando conscientemente los medios a los fines. Lo hace adaptando, imaginando, experimentando y copiando; por esfuerzo tras esfuerzo y ensayo tras ensayo. Lo que hace y sus modos de hacerlo varían con el desenvolvimiento individual y social, con el tiempo, lugar y circunstancias y con lo que ve a otros hacer. Pero las ardillas esconden sus nueces; los pájaros, conforme a su especie, construyen sus nidos y en el tiempo debido obligan a sus polluelos a volar; los castores construyen sus diques; las abejas almacenan su miel; las arañas tejen y las hormigas organizan sus sociedades sin que intervenga la reflexión, sin ensayar o copiar o progresar. Estas cosas no las hacen como inventores que han

descubierto cómo hacerlo; ni tampoco como discípulos o imitadores o copistas. Las hacen, el primero tan bien como el último; indefectible e inalterablemente; no olvidando nada y no progresando en nada. Las hacen no por la razón, sino por el instinto, por un impulso inherente a su naturaleza que los empuja sin perplejidad ni probaturas por su parte a ir hasta ese punto, pero no les da facultad para ir más lejos. Hacen esto como el pájaro canta o el perro ladra, como la gallina empolla sus huevos o el pollo se abre el camino rompiendo la cáscara para picotear en el suelo.

La Naturaleza provee a todos los seres vivientes inferiores al hombre, infundiendo en ellos ciegos y fuertes impulsos que, en el tiempo y sazón adecuados, los compelen a hacer lo que es necesario que hagan. Pero al hombre no le da más que impulsos instintivos como los que impulsan la madre a proporcionar al niño recién nacido su alimento y al niño a mamar. Con excepciones como esta, niega al hombre su asistencia directiva y lo deja entregado a sí propio. Porque en aquél va naciendo y mirando al mundo una más alta facultad, una facultad que lo separa del bruto tan clara y tan ampliamente como el animal lo está del idiota; una facultad que encierra en sí la potencia de producir, de hacer, de dar el ser a las cosas; una facultad que observa los testimonios de la Naturaleza con la misma curiosidad con que un aprendiz puede avizorar una obra maestra, y que preguntará por qué las estaciones se suceden y los vientos soplan y cómo han sido colocados el Sol y las estrellas; una facultad que, en sus principios, carecerá del acierto y rapidez del instinto, pero que aunque de grado infinitamente más bajo debe, no obstante, en cierto modo, de estar emparentada con Aquél de quien todas las cosas proceden.

Cuando esta facultad a que llamamos razón, surge en el hombre, la Naturaleza le retira la luz del instinto y lo deja entregado a sus propios recursos para que se eleve o caiga, para que se encumbre sobre el bruto o se hunda más abajo. Porque, como las Escrituras Hebreas han dicho, sus ojos están abiertos y el bien y el mal están ante él. La posibilidad de caer y no menos la posibilidad de elevarse, aun los fracasos y errores y perversidades del hombre, señalan su lugar y facultades; entre los brutos no hay embriaguez, ni vicios antinaturales, ni despilfarro de esfuerzo en la prosecución de resultados dañosos, ni torpes matanzas entre los de la misma especie, ni necesidad en medio de la abundancia. Podemos concebir seres de forma humana que, como esos animales, mostraran estar regidos por tan claros y fuertes instintos que entre ellos no hubiera tampoco posibilidad de tales perversiones. Sin embargo, tales seres no serían hombres, carecerían del carácter esencial y de los más altos poderes humanos. Ajustándose perfectamente a este ambiente podrían ser felices de un modo. Pero lo serían, como el puerco saciado es feliz. El deleite de hacer, el goce de llegar al resultado, la gloria de crear ¿cómo podrían existir para tales seres? Que el hombre sea moldeado por su ambiente revela su cualidad más alta. En él reside lo que aspira y aspirará siempre.

Dotado de razón y privado o casi privado de instinto, el hombre difiere de los demás animales en que es un productor. Como aquéllos, por ejemplo, necesita alimentarse. Pero mientras los animales obtienen su alimento tomando lo que encuentran y están así limitados por lo que hallan existente ya, el hombre puede alcanzar su alimento haciéndolo venir a la existencia. Así, está capacitado para obtener alimento con más grande variedad y en mayor cantidad. La cantidad de pastos limita el número del ganado salvaje; el conjunto de sus

presas limita el número de los carniceros; pero el hombre hace surgir pastos y granos y frutos donde no crecían antes; alimenta animales que él se come. Y lo mismo ocurre con la satisfacción de todas sus necesidades y el cumplimiento de todos sus deseos. Por el uso de sus facultades animales, el hombre apenas podría hacer una jornada diaria tan larga como la de un caballo o un perro; apenas podría cruzar una corriente anchurosa. Mas por virtud de las facultades que hacen de él «el productor», recorre hoy continentes y océanos con una presteza, una seguridad y facilidad que ni aun los pájaros de más poderoso vuelo y de más veloces alas podrían emular.

△▽

Capítulo III

Cómo se extienden los poderes del hombre

Exponiendo que por el uso de la razón los hombres se integran en un organismo social o cuerpo económico

Extensión de los poderes del hombre en la civilización.-No es debida al progreso individual, sino al Social.-El «Leviathan» de Hobbes.-El Mayor Leviathan.-Esta capacidad para el bien es también capacidad para el mal.

El hombre, en tanto en cuanto lo conocemos, en el presente o en el pasado, es siempre un hombre, diferenciándose de los demás animales en lo mismo, sintiendo las mismas necesidades esenciales, moviéndose por los mismos esenciales deseos y poseyendo las mismas esenciales facultades.

Sin embargo, entre el hombre en el más bajo salvajismo y el hombre en la más elevada civilización, ¡cuán grande es la diferencia de aptitud para satisfacer estas necesidades y deseos por el uso de aquellas facultades! En alimento, en vestido, en guarida; en herramientas y armas; en facilidad para el movimiento y el transporte; en medicina y cirugía; en música y artes representativas; en la amplitud de su horizonte; en la extensión y exactitud de los conocimientos puestos a su servicio, el hombre que puede disfrutar libremente las ventajas de la civilización contemporánea es como un ser de más alta categoría comparado con el hombre vestido de pieles o desnudo, cuya habitación era una cueva o una tosca choza, cuya mejor herramienta era un trozo de pedernal, cuya embarcación era un leño ahuecado, cuyas armas eran el arco y las flechas y cuyo horizonte estaba limitado, en cuanto al pretérito, por las tradiciones de tribu y, en cuanto al presente, por las montañas o las playas de su inmediato hogar y por la bóveda que parecía cerrarse sobre él.

Pero si analizamos cómo se ha conseguido esta extensión de los poderes humanos para lograr, y fabricar, y saber y hacer, veremos que viene, no de cambios en el individuo, sino de la reunión de poderes individuales. Consideremos uno de esos vapores que ahora cruzan el Atlántico, a un andar superior a quinientas millas diarias. Consideremos la cooperación de los hombres en la acumulación de los conocimientos, en la adquisición de destreza profesional, en la extracción de los materiales, en la ideación y arreglo de la magna estructura total; consideremos los *docks*, los almacenes, las ramificaciones del comercio, la correlación de los deseos, alcanzando a Europa y América y extendiéndose hasta los mismos confines de la tierra, que entraña la carrera regular de uno de estos barcos al través del Océano. Sin esa cooperación, tales vapores no serían posibles.

No hay nada que demuestre que los hombres que hoy construyen y manejan tales barcos son un ápice superiores en cualidades físicas o mentales a sus antepasados, cuyos mejores barcos eran una lancha para la pesca hecha de mimbres y pieles.

El enorme progreso que estos barcos significan no es un progreso de la naturaleza humana, es un progreso de la sociedad, debido a la más amplia y más completa unión de los esfuerzos individuales para la consecución de fines comunes.

Considerar de qué manera se ha realizado cada uno de los muchos y grandes avances del hombre civilizado sobre el salvaje es ver que se ha conseguido y únicamente ha podido conseguirse, ensanchando la cooperación del esfuerzo individual. Las facultades del hombre no alcanzan verdaderamente su plenitud cuando se llega a la madurez, como ocurre con el animal; sino que, las más elevadas de aquéllas al menos, son capaces de seguir desenvolviéndose hasta que viene con la edad el decaimiento físico, cuando no hasta el borde de la sepultura. Sin embargo, aun entre los mejores, los poderes individuales del hombre son pequeños y su vida corta. ¿Qué adelanto sería posible si los hombres estuvieran aislados entre sí y cada generación separada de la siguiente los diecisiete años que lo están las generaciones de la langosta? Lo poco que tales individuos pudieran lograr durante sus vidas se perdería con ellos. Cada generación tendría que empezar desde el mismo punto que la precedente. Pero el hombre es más que un individuo; es también un animal social, formado y adaptado para vivir y cooperar con sus semejantes. En este plano de desenvolvimiento social es donde se efectúa el gran desarrollo de la cultura y facultades humanas.

La mezquindad con que podemos alcanzar aptitud para cuidarnos de nosotros mismos y las cualidades dependientes de nuestras más altas dotes implican una correlación de individuos que continúa y extiende las relaciones familiares más allá de los límites que éstas alcanzan entre otras especies animales. Y además de esta relación las necesidades comunes, percepciones similares y deseos análogos actuando entre las criaturas dotadas de razón y desarrollando el lenguaje, conducen a una cooperación de esfuerzos que, aun en sus formas más primitivas, da al hombre poderes que le colocan por cima de las bestias y que tienden a incorporar a los individuos en un cuerpo social, en una entidad más amplia, que tiene una vida y carácter propios y continúa su existencia, aunque sus componentes cambian, exactamente como la vida y las características de nuestro cuerpo continúan, aunque los átomos de que se halla compuesto estén separándose de él y siendo reemplazados constantemente.

En este cuerpo social, en esta amplia entidad de que los individuos son los átomos, es donde se consigue la extensión del poder humano que señala el avance de la civilización. El crecimiento de la civilización es fruto de esta cooperación y del aumento del conjunto de conocimientos así obtenidos y acumulados.

Acaso podré señalar mejor lo que significo, con un ejemplo:

El famoso discurso en que el filósofo inglés Hobbes, durante la revolución contra la tiranía de los Stuardos, en el siglo XVII, quiso dar el amparo de la razón a la doctrina del poder absoluto, de los reyes, se titula «Leviathan». Comienza así:

«La Naturaleza, el Arte mediante el cual Dios ha hecho y gobierna el mundo es imitado también por el arte del hombre, como. en muchas

otras cosas, de tal modo que se puede construir un animal artificial... Porque por el arte es creado ese gran Leviathan llamado sociedad o Estado, en latín *civitas*, que no es, sino un hombre artificial, aunque de mayor estatura y fuerzas que el natural para cuya protección y defensa se crea; y en el cual la soberanía es un alma artificial, en cuanto da vida y movimiento a todo el conjunto; los magistrados y otros funcionarios de la judicatura y del poder ejecutivo, articulaciones artificiales; los premios y castigos, por los cuales, discerniéndolos la soberanía, cada articulación y miembro es impulsado a cumplir su deber, son los nervios que hacen lo mismo que en el cuerpo natural; la prosperidad y riquezas de todos los miembros particulares son las fuerzas; el *salus populi*, la felicidad del pueblo, su objeto; los consejeros que lo sugieren y comunican todas aquellas cosas que le es necesario saber, son la memoria; la equidad y las leyes, una razón y una voluntad artificiales; la concordia, la salud; la rebeldía, la debilidad; y la guerra civil, la muerte. Finalmente, los pactos y convenios por los cuales las partes de este cuerpo político que fueron creadas al principio, permanecen juntas y unidas se parecen a aquel *fiat* o al 'hagamos al hombre' pronunciado por Dios en la Creación».

Sin detenernos ahora en ulteriores comentarios sobre las analogías señaladas por Hobbes, hay, a mi juicio, en el sistema o disposición con que el hombre se integra en la Vida social por el esfuerzo para satisfacer sus deseos materiales -integración que aumenta a medida que la civilización avanza- algo que sugiere la idea de un hombre gigantesco formado por la unión de individuos más fuerte y claramente que una integración simplemente política.

Este Mayor Leviathan es a la estructura política o a la sociedad consciente lo que las funciones corporales inconscientes son a las actividades conscientes. No se crea por pactos y convenios; crece como los árboles crecen, como el hombre mismo crece, por virtud de leyes naturales inherentes a la humana naturaleza y a la constitución de las cosas; y las leyes que a su vez obedece, aunque puedan ver retardadas o torcidas sus manifestaciones por la acción política, son asimismo absolutamente independientes de ésta y ajenas a toda división política.

Este natural sistema o arreglo, este acomodamiento de los medios a los fines, de las partes al todo y del todo a las partes en la satisfacción de los materiales deseos de los hombres viviendo en sociedad es el que, en el mismo sentido en que hablamos de economía del sistema solar, constituye la economía de la sociedad humana, o lo que en inglés llamamos economía política. A medida que las unidades humanas, individuos o familias, van ocupando su puesto como partes integrantes de este ser más elevado, de este Mayor Leviathan, decimos que esto que llamamos civilización principia y avanza.

Pero en esto, como en otras cosas, la capacidad para lo bueno es también la capacidad para lo malo y, los prejuicios, supersticiones, creencias erróneas y costumbres perjudiciales, pueden ser perpetuados de la misma manera, trocando lo que es la mayor potencia para el avance en el mayor obstáculo, y engendrando la degradación en las propias posibilidades de elevación. Y conviene recordar que las posibilidades de degradación y decaimiento parecen tan claras como las posibilidades de progreso. En ninguna raza y en ningún lugar ha sido continuo el avance del hombre. En el tiempo

presente, al par que la civilización europea progresa, la mayoría del género humano parece estacionaria o regresiva. Y aunque aun los más bajos pueblos de quienes tenemos noticia parecen haber avanzado en algunas cosas respecto de lo que suponemos que ha sido la primitiva condición humana, es, sin embargo, verdad al propio tiempo que, en otras cosas, manifiestan también decadencia y que aun los pueblos que más han progresado parecen en algunas cosas estar por bajo de lo que nosotros imaginamos más bien haber sido el original estado del hombre.

△▽

Capítulo IV

Civilización.-Su concepto

Exponiendo que la civilización consiste en la integración de los hombres en el organismo social o cuerpo económico

*Indecisiones acerca de lo que es civilización.-Cita de Guizot.-
Concepto derivado y original.-La civilización y el Estado.-Por qué una palabra que se refiere a lo precedente y mayor ha sido tomada de lo relativo a lo subsiguiente y menor.*

La palabra civilización es de común uso. Pero se emplea con vagos y diferentes significados que referimos a las cualidades o resultados atribuidos a la cosa, mejor que a la cosa en sí misma, cuya existencia o posibilidad suponemos así.

A veces nuestra prueba expresa o implícita de la civilización consiste en los métodos industriales o en el dominio de las fuerzas

naturales. A veces en la extensión y difusión de la cultura. A veces en la suavidad de las costumbres y en la justicia y benignidad de las leyes e instituciones. A veces podría sospecharse que usamos la palabra como los chinos, cuando clasifican como bárbara a toda la Humanidad que está más allá del «reino central de las flores». Y está señalada también en la sátira que nos habla de cómo unos hombres que se habían extraviado en el desierto, exclamaron al fin cuando llegaron a una prisión: «Gracias, Dios mío, por lo menos, estamos en la civilización». Esta dificultad para determinar con exactitud lo que es la civilización, no es exclusiva del lenguaje común, sino que la han experimentado los mejores escritores de este asunto. Así, Buckle, en los dos grandes volúmenes de la introducción general a su *Historia de la civilización en Inglaterra*, que su inesperada muerte no le permitió completar, nos da su opinión acerca de qué depende la civilización, qué influye sobre ella, qué la promueve o la retarda; pero no se aventura a decir lo que es la civilización. Y así Guizot, en su *Historia general de la civilización en la Europa contemporánea*, dice de la civilización, misma:

«Es tan general en su naturaleza, que puede difícilmente ser medida; tan complicada que difícilmente puede ser desentrañada; tan encubierta que difícilmente se la puede discernir. La dificultad de definirla o de relatar su historia es manifiesta y reconocida; pero su existencia, sus méritos para ser descrita y relatada no son menos ciertos y manifiestos».

Sin embargo, de seguro que es posible fijar el significado de una palabra tan común y tan importante; determinar la cosa de que proceden las cualidades que atribuimos a la civilización. Esto es lo que procuraré, no sólo porque tendré ocasión futura de emplear la palabra,

sino por la luz que el esfuerzo que realicemos en este punto puede arrojar sobre la naturaleza de la Economía Política.

La palabra civilización viene del latín *civís*, ciudadano. Su significado inicial es la manera o condición en que los hombres viven juntos como ciudadanos. Ahora bien, las relaciones de unos ciudadanos con otros ciudadanos, que son en el supuesto pacíficas y amistosas, implican mutuas obligaciones, mutuos derechos y mutuos servicios, y nacen de la relación de cada ciudadano con un todo del cual cada uno es una parte integrante. Este conjunto, de cuya convivencia proceden las relaciones de los ciudadanos recíprocamente, es el cuerpo político o sociedad política que denominamos Estado y que, inducido por la analogía entre él y el cuerpo humano, Hobbes comparó a un hombre más grande y más fuerte, forjado por la integración de los hombres individuales, llamado Leviathan.

Sin embargo, no es esta relación política, sino una relación análoga, la que va envuelta en esta palabra civilización; una relación más honda, más amplia y más íntima que la relación del ciudadano al Estado, y anterior a esta.

Hay una relación entre lo que llamamos civilización y lo que llamamos Estado, pero en ella la civilización es el antecedente y el Estado el consecuente. La aparición y el desenvolvimiento del cuerpo político, el Estado organizado, el Leviathan de Hobbes, es el signo de la civilización ya existente. No es la civilización en sí misma, sino que implica y supone la civilización.

Y del mismo modo, el carácter del Estado, la naturaleza de las leyes e instituciones que lo rigen y dominan, indican el carácter de la

civilización sobre que reposa. Porque aun cuando la civilización es una condición general y hablamos del género humano como civilizado, semicivilizado o no civilizado, reconocemos, sin embargo, diferencias individuales en las características de un Estado o las características de un hombre. Hablamos de civilización antigua y civilización moderna; de civilización asiática y de civilización europea, de civilizaciones egipcia, asiria, china, india, azteca, peruana, romana y griega como cosas separadas, con parecido general entre sí, como los hombres lo tienen con otros hombres, pero cada una señalada por características individuales como las que distinguen a un hombre de otro hombre. Y cuando las consideramos en sus grandes divisiones o en sus divisiones menores, la línea entre esto que llamamos civilizaciones no es la línea de separación entre los cuerpos políticos. Los Estados Unidos y el Canadá, o los Estados Unidos y la Gran Bretaña son entidades políticas separadas y, sin embargo, su civilización es la misma. El hacer a la Reina de Inglaterra Emperatriz de la India, no sustituye la civilización inglesa a la civilización índica en Bengala ni la civilización índica a la civilización inglesa en Yorkshire o Kent.

El cambio de nacionalidad implica el cambio de ciudadanía, pero en sí mismo no entraña cambio de civilización. La civilización es evidentemente una relación más honda que las relaciones del cuerpo político, como los impulsos inconscientes del cuerpo yacen bajo los impulsos conscientes.

Ahora bien, como las relaciones de los ciudadanos proceden esencialmente de las relaciones de cada ciudadano con un conjunto - el cuerpo político, o Leviathan, de que forma parte,- ¿no resultará claro, si meditamos sobre esto, que las relaciones del hombre

civilizado proceden de sus relaciones con lo que he llamado el cuerpo económico, o mayor Leviathan? Este cuerpo económico, o cuerpo industrial, el cual se desarrolla por la cooperación de los hombres para subvenir a sus necesidades y satisfacer sus deseos, es lo que realmente constituye esto que llamamos civilización. A esto es a lo que se atribuyen las cualidades por las cuales tratamos de distinguir lo que significamos por civilización. La mejor manera de representárnoslo es, verdaderamente, a mi juicio, a semejanza de un hombre más amplio y mayor que surge de la cooperación de los hombres individuales para satisfacer sus deseos, y constituye, después de la evolución que se corona apareciendo el hombre mismo, un nuevo y al parecer ilimitado campo de progreso.

Este cuerpo económico o mayor Leviathan siempre precede y siempre está en los cimientos del cuerpo político o Leviathan. El cuerpo político o Estado, es realmente un retoño del cuerpo económico; de hecho, uno de sus órganos cuya necesidad y aparición surgen de la aparición y crecimiento de aquel cuerpo económico y con éstos. Y de esta relación de dependencia respecto del cuerpo económico, nunca llega a estar exento el cuerpo, político.

¿Por qué, pues, puede preguntarse, tomamos para lo mayor y lo precedente una palabra que sacamos de lo menor y subsiguiente y encontramos en la palabra civilización, que expresa una analogía con el cuerpo político, la palabra que nos sirve como nombre para el cuerpo económico? La razón de esto vale la pena de anotarse, porque dimana de un importante principio del desarrollo del saber humano. Nosotros no siempre percibimos primero las cosas que vienen primero en el orden natural. Así como los ojos humanos miran hacia fuera, no hacia dentro, así el pensamiento, igualmente limitado, es apto para

observar la superestructura de las cosas antes de que observe lo que está en los cimientos.

El cuerpo político es más ostensible a nuestros ojos y, por decirlo así, mete más bulla en nuestros oídos que el invisible y silencioso cuerpo económico del cual aquél procede y del cual depende. Así, en el desenvolvimiento intelectual del género humano, aquél y sus relaciones son percibidas más pronto y reciben nombres más temprano que el cuerpo económico. Y las palabras que han venido así a formar parte de nuestro bagaje mental, nos suministran después, por sus analogías, las palabras necesarias para expresar el cuerpo económico y sus relaciones cuando, mediante un posterior desarrollo intelectual, llegamos a percibir las. Así es que aunque la cosa «civilización» tiene que preceder en el orden natural al cuerpo político o Estado, sin embargo, cuando en el desarrollo del conocimiento humano llegamos a percibir esta cosa, para significarla a ella y a sus relaciones, tenemos que tomar palabras ya en uso como expresivas del cuerpo político y de sus relaciones.

Sin continuar ahora más allá el curso de la historia del pensamiento que radica en el significado de las palabras, veamos de qué manera se efectúa la integración de los hombres en un cuerpo económico y cómo se desarrolla éste.

△▽

Capítulo V

Origen y génesis de la civilización

Exponiendo la naturaleza de la razón, y cómo impele al cambio, por el cual se desarrolla la civilización

La razón es la facultad de establecer relaciones causales.-Análisis y síntesis.-Semejanzas y diferencias entre el hombre y los demás animales. -Poderes que la percepción de las relaciones causales da.- Aspectos morales de la civilización.-Pero comienzan con el cambio y aumentan mediante éste.-La civilización es relativa y existe en lo espiritual.

El hombre es un animal; pero un animal más algo más, el divino destello que le diferencia de los demás animales, que le permite convertirse en un hacedor y que llamamos razón. Denominarla destello divino es emplear una acertada figura retórica porque parece algo análogo -si no es realmente una forma más baja del mismo,- al poder a que tenemos que atribuir el origen del mundo, y, como la luz y el calor, irradia y caldea.

La cualidad esencial de la razón parece residir en el poder de descubrir la relación de causa a efecto. Este poder en uno de sus aspectos, en el que va desde el efecto a la causa, tomando como si dijéramos, las cosas separadamente para ver de qué modo han podido juntarse, es llamado análisis. En otro de sus aspectos, en el que va desde la causa al efecto juntando las cosas, por decirlo así, para ver lo que resulta de ellas, lo llamamos síntesis. En ambos aspectos la razón entraña, a mi juicio, el poder de representar las cosas en el pensamiento y hacer de este modo lo que podríamos llamar experimentos mentales.

Quienquiera que se tome la molestia (y si tiene tiempo encontrará placer en ello), de ponerse en amistosas e íntimas relaciones con un perro, un gato, un caballo, un puerco o aun mejor, puesto que estos

animales aunque tienen cuatro miembros semejantes a los nuestros carecen de manos, con un inteligente mono, encontrará muchas cosas en las que nuestros *pobres amigos* se nos parecen, o por mejor decir, nos parecemos a ellos.

Dicho hombre encontrará en esos animales, por lo menos, vestigios de todos los sentimientos humanos, amor y odio, esperanza y miedo, orgullo y vergüenza, deseo y remordimiento, vanidad y curiosidad, generosidad y codicia. Algunas veces ofrecerán indicios hasta de nuestros pequeños vicios y de nuestros gustos adquiridos. Cabras que mascan tabaco Y que gustan beber un trago, son conocidas en los barcos de vela, y perros a los que agrada ir en coche y les gusta acudir a los fuegos, en tierra. *Bummer* y su cliente *Lázaro* fueron tan bien conocidos como cualquier bípedo de San Francisco hace treinta y cinco o cuarenta años. Y hasta que los disecaron cuidadosamente, tuvieron su puesto libre en las comidas, en las fiestas y en los espectáculos públicos. Cuando yo era muchacho, compré en Calcuta un mono que durante todo el camino de retorno al hogar, recostaba su cabecita junto a la mía cuando yo dormía y preservaba mi cara de los insectos que infestaban el viejo barco, atrapándolos con sus manos y machucándolos con sus mandíbulas. Cuando llegué a mi casa, sintió tantos celos de un hermanito mío, que tuve que dárselo a una señora que no tenía hijos. Y mis hijos tenían en New-York una monita que les habían enviado del Paraguay, a la cual queríamos tanto todos que, cuando murió, parecía como si hubiéramos perdido un miembro de la familia. Conocía mis pasos antes de que llegara a la puerta al volver a casa y, cuando me abrían, corría a mí encuentro para hacerme caricias, más prolongadas cuanto más larga había sido mi ausencia. Saltaba del hombro del uno al del otro en la mesa; distinguía exactamente entre los que habían sido

buenos para ella y los que la ofendían. Tenía toda la curiosidad atribuida a su sexo entre los hombres y la vanidad más divertida. Pugnaba por atraer la atención de los visitantes y mostraba celos si un chico distraía a aquéllos. A la hora de que pasaran los escolares se colocaba en una ventana y hacía monerías para divertirlos, gustando con delicia de sus alabanzas y aplausos cuando saltaba de baranda en baranda y se colgaba de la cola, columpiándose.

Cualquiera que observe los animales conoce fácilmente cuanta *naturaleza humana* hay en ellos. Habitualmente nosotros intimamos más con los perros y ¿quién que habitualmente haya intimado con un noble perro no ha simpatizado con el pueril deseo de enterrarlo decorosamente y rezar por él? O ¿quién por lo menos, cuando ha visto el pobre cadáver rígido del animal, podría, a pesar de la usual filosofía, que reserva la vida futura exclusivamente para el hombre, refrenar la momentánea esperanza de que cuando le llegue el tiempo de cruzar el oscuro río se encontraría a su leal amigo en la otra orilla? Y ¿podemos decir: *No*? El título por el cual millones de hombres prefieren invocar el nombre sagrado no es el de *Todopoderoso*, sino el de *El Más Misericordioso*.

Una de las más profundas diferencias entre el hombre y los animales inferiores es la que caracteriza al hombre como un animal insaciable. Sin embargo, no estoy seguro de que ésta sea una diferencia original, una diferencia esencial, de género; por el contrario, mientras más lo medito, más me inclino a pensar que esto es una consecuencia de hallarse provisto el hombre de la cualidad de la razón que a los animales falta, más que una diferencia original en sí misma.

Porque, por una parte vemos que los hombres, cuando se hallan en condiciones que eliminan la esperanza de mejora, llegan a estar casi, si no entera, tan estúpidamente contentos con satisfacciones no mayores que las logradas por sus padres, como lo están los simples animales. Y, por otra parte, vemos que, en cierta medida al menos, los deseos de los animales crecen a medida que se presenta oportunidad de satisfacerlos. Dad a un caballo un terrón de azúcar, y tomará a vosotros para buscarlo de nuevo, aunque en su estado natural no aspire más que al forraje. Los glotones perros falderos, cuyos miembros salen por fuera de los cálidos abrigos, en las espléndidas avenidas ciudadanas, durante el invierno, parecen disfrutar de esos vestidos aunque jamás hayan descifrado el misterio de cómo se obtienen, sabiendo únicamente cómo se ponen. Llegan a necesitar el delicado alimento, servido en platos, sobre suaves alfombras, mientras los perros callejeros luchan por ruines piltrafas. Sé de un gato montés que vive en los árboles mientras las hojas son verdes, pero que, cuando éstas se marchitan y caen, busca el hogar del labrador. El gordo gatito blanco que descansa enroscado sobre la blanda silla, junto a la estufa en el *hall* y que se esponjará y ronroneará con satisfacción cuando le acaricie la cabeza y le pase la mano por el lomo al pasar cerca de él, hace apenas unas semanas que se deslizó en la casa; pero ahora que encuentra allí su bienestar no se contenta con menos que la blanda cama y el cálido asiento. Y el lanudo perro que ama igualmente permanecer en un barco y vigilar el agua chapoteando en ella, me dejaría admirado si no necesitara una lancha delicadamente calafateada una vez que supiera cómo conseguirla. Aun el hombre está contento con lo mejor que puede obtener hasta que comienza a vislumbrar que puede alcanzar otra cosa mejor. Conozco una hermosa mujer que para ir al baile o a la ópera se pone

una diadema condal de piedras preciosas y necesita una escarapela en los sombreros de sus aurigas y escudos en las guarniciones de sus carruajes, y que os diría que un tiempo su mayor anhelo, fue tener un barreño nuevo y una hornilla mejor.

Mientras mejor conocemos a los animales más difícil nos es trazar una clara divisoria mental entre ellos y nosotros, salvo en un aspecto, en el cual podemos ver una clara y profunda distinción. Esto de que los animales carecen y que los hombres tienen, es la facultad de enlazar el efecto con la causa y de la causa inferir el efecto. Entre los animales esta carencia está compensada, en cierta medida, por más sutiles percepciones de los sentidos y más agudas intuiciones, a las que llamamos instinto. Pero la línea que los separa de nosotros es, sin embargo, ancha y profunda. La memoria, que los animales comparten con el hombre, les permite en parte volver a hacer lo que antes aprendieron; buscar aquello en que encontraron placer, y esquivar aquello en que hallaron dolor. Seguramente, tienen algún modo de comunicar sus impresiones y sus sentimientos a otros de su especie, lo cual constituye un lenguaje rudimentario, mientras que sus más agudos sentidos y sus más penetrantes intuiciones les sirven en algunos casos en que los hombres fracasarían. Sin embargo, ni aun en los más sencillos casos han mostrado aptitud para hacer *una deducción*, y los más astutos y sagaces de ellos pueden ser engañados y burlados por las trampas que el hombre más simple, reflexionando un momento, hubiera descubierto en su camino. [\(2\)](#)

¿No es en esta facultad de deducir o de prever, facultad de indagar las relaciones causales, donde encontramos la esencia de lo que llamamos razón, cuyo disfrute constituye la inequívoca diferencia, no de grado, sino de especie, entre el hombre y los brutos y permite a

aquél, aunque su semejante en el plano de la existencia material, asumir el señorío y dominio sobre todos ellos?

He aquí la verdadera chispa de Prometeo, el verdadero don a que las Escrituras Hebreas se refieren cuando dicen que Dios creó al hombre a su propia imagen, y el medio por el cual, entre todos los animales, nosotros venimos a ser el único animal progresivo. Aquí está el germen de la civilización.

Este poder de relacionar el efecto con la causa y la causa con el efecto, es el que hace inteligible el mundo para el hombre; el que le permite comprender la conexión de las cosas que le rodean y los aspectos de las cosas que hay encima y bajo él; vivir, no sólo en el presente, sino escrutar el pasado y prever el futuro; distinguir no sólo lo que percibe por medio de los sentidos, sino las cosas de que los sentidos no pueden hablar; descubrir, como a través de nieblas, un poder del cual el propio mundo y todo lo que contiene ha de proceder; saber que él mismo seguramente morirá, pero también creer que después de esto vivirá otra vez.

Es el poder de descubrir las relaciones causales lo que te permite producir el fuego y la luz; cocer el alimento; fabricarse otros vestidos que la piel con que la Naturaleza le reviste; construir habitaciones mejores que los árboles y las cuevas que la Naturaleza le ofrece, fabricar herramientas; forjar armas; enterrar semillas que han de brotar otra vez con más abundante vida; domesticar y alimentar animales; utilizar en su servicio las fuerzas de la Naturaleza; hacer del agua un camino; navegar contra el viento y elevarse por la fuerza que hace caer las cosas; y, gradualmente, cambiar la miseria, la ignorancia, y la

obscuridad del estado salvaje por la riqueza, la cultura y la luz que provienen del esfuerzo asociado.

Todos estos progresos sobre el plano animal y todo lo que implican y sugieren nacen inicialmente del poder que hace posible al hombre atar y desatar un nudo apretado, cosa que los animales no pueden hacer; que hace imposible que caiga en un lazo en forma de cuatro como los conejos y los pájaros caen, o permanecer impotente como un toro o un caballo que tuviera enrollada la cuerda de su cabezal en una estaca o un árbol, ignorando hacia donde tirar para libertarse. Este poder es el de discernir la relación entre causa y efecto.

Medimos la civilización de varios modos, porque tiene varios aspectos o lados; varias líneas, a lo largo de las cuales el general progreso que la palabra significa se manifiesta, como la cultura, el poder, la riqueza, la justicia y la piedad. Pero es en este último aspecto en el que, a mi juicio, se usa más comúnmente el vocablo. Lo vemos si consideramos que lo opuesto a civilizado es salvaje o bárbaro. Ahora bien, salvaje y bárbaro se refieren en el común sentir e implican no tanto condiciones materiales como morales y son sinónimos de feroz o cruel, o inclemente o inhumano. Así, el aspecto de la civilización más vivamente percibido por el pensamiento vulgar es el de un más exacto sentido de la justicia y un más benévolo sentimiento entre hombre y hombre. Y hay una razón para eso. Aunque una creciente solicitud por los derechos de los demás y una creciente simpatía hacia los otros no es todo el contenido de la civilización, es una expresión de su aspecto moral. Y como lo moral se refiere al espíritu, este aspecto de la civilización es el más alto, y realmente debe suministrar el más verdadero signo de general progreso.

Sin embargo, para el punto del cual procede primariamente el progreso general y para la manera como los hombres individualmente se incorporan al conjunto económico u hombre mayor, debemos mirar más bajo. Permitidme que investigue la génesis de la civilización.

Único agraciado con el poder de relacionar la causa y el efecto, el hombre es, entre todos los animales, el sólo productor en el verdadero sentido del vocablo. Es un productor aun en el estado salvaje, y trataría de producir aun en un mundo donde no hubiera otro hombre. Pero la misma facultad de la razón que hace de él el productor, lo hace también, donde el cambio es posible, un comerciante. Y siguiendo esta línea del cambio es como el organismo económico surge y se desenvuelve y como se forjan primariamente todos los progresos de la civilización.

Pero aunque la producción hubo de comenzar con el hombre, y la primera pareja humana, al aparecer en el mundo, tuvo que usar desde el principio, según fundadamente podemos inferir, para la satisfacción de sus necesidades, un poder esencialmente diferente, en clase, al empleado por los animales, no pudieron llegar al uso de más altas formas de este poder hasta que su número creció. Con este incremento del número dio principio la cooperación de los esfuerzos para la satisfacción de los deseos. Estimulados primero por las afecciones naturales, se elevarían sobre el plano donde éstas bastan, para iniciar o continuar la cooperación mediante esta cualidad de la razón que faculta al hombre para ver lo que el animal no puede ver: que, trocando lo que deseamos menos por lo que deseamos más, se obtiene un total aumento en la satisfacción.

Así, por virtud del mismo poder de discernir las relaciones causales que lleva al hombre primitivo a construir instrumentos y armas, los deseos individuales de los hombres, buscando su satisfacción por medio del cambio con sus semejantes, operarían como los microscópicos engarces que convierten la lana en fieltro, uniendo a los individuos en una mutua cooperación que los soldaría como miembros interdependientes de un organismo más extenso, más amplio y más fuerte que el hombre individual, el primero y Mayor Leviathan, que yo he llamado el cuerpo económico.

Con el principio del cambio o comercio entre los hombres, este cuerpo económico comienza a formarse, y con sus comienzos se inicia la civilización. Los animales no desarrollan la civilización porque no comercian. El simulacro de civilización que observamos entre algunos de ellos, como las hormigas y las abejas, proviene de un plano más bajo que el de la razón: del instinto. Aunque tal organización es más perfecta en sus comienzos, porque el instinto no necesita aprender de la experiencia, carece de todo poder progresivo. La razón puede vacilar y caer; pero entraña posibilidades de una progresión infinita.

Como el comercio comienza en diferentes lugares y proviene de diversos centros, exportando las materias comerciales que relacionan a los hombres entre sí, a través de sus necesidades o deseos, diferentes cuerpos económicos comienzan a formarse en distintos lugares, cada uno con características que los distinguen, las cuales, como las características del rostro y la voz del individuo, son tan tenues que sólo pueden ser apreciadas relativamente, y que son aun mejor para reconocidas, que para expresadas. Estas varias civilizaciones, cuando sus márgenes tropiezan, unas veces se

oprimen, otras se mezclan, se confunden y otras se oponen una a otra conforme a una vitalidad que depende de su masa y grado y de la manera con que su yuxtaposición se efectúa.

Acostumbramos a hablar de ciertos pueblos como no civilizados y de otros como civilizados o plenamente civilizados; pero, en realidad, el uso de tales vocablos es meramente relativo. Para encontrar un pueblo totalmente incivilizado necesitamos encontrar un pueblo en el cual no haya cambio o comercio. Tal pueblo no existe, y que sepamos, jamás ha existido. Para encontrar un pueblo plenamente civilizado tenemos que encontrar un pueblo en el cual el cambio o comercio sea absolutamente libre, y que haya alcanzado el más pleno desenvolvimiento al que los deseos humanos puedan conducir. Desgraciadamente tampoco existe tal pueblo.

Estudiar la historia de la civilización, con sus pausados principios, sus largos períodos de quietud, sus repentinos relámpagos de progreso, sus fracasos y retrocesos me llevaría más lejos de lo que me propongo. Algo de esto puede encontrar el lector en la última parte de *Progreso y miseria*, Libro X, titulada *La ley del progreso humano*. Lo que deseo consignar aquí es en qué consiste, esencial y primariamente, la civilización.

Pero debe recordarse esto: ni aquello de que nosotros hablamos como de civilizaciones diferentes, ni tampoco lo que llamamos civilización en abstracto o con carácter general, tiene existencia en lo material ni se relaciona directamente con los ríos y montañas o con las divisiones de la superficie terrestre. Su existencia está en lo mental o espiritual.

Capítulo VI

Del saber y del desarrollo del saber

Exponiendo que el saber se desarrolla por la cooperación y que ésta se efectúa en la sociedad

La civilización implica mayor saber. -Este beneficio proviene de la cooperación. -El saber incommunicable llamado aptitud. -El saber comunicable habitualmente llamado cultura. -La relación del saber sistematizado con los medios de conservar la cultura, con la aptitud y con el cuerpo económico. -Ejemplo de la Astronomía.

Comparando al hombre en el estado civilizado con el hombre en su estado primitivo, he insistido más en el aumento del poder para satisfacer los deseos materiales, porque tales aumentos son más notorios. Sin embargo, como el pensamiento precede a la acción, la ventaja esencial que aquél revela tiene que consistir en el saber. Que el transatlántico de vapor reemplace al árbol ahuecado, el gran edificio moderno a la primitiva cueva, revelan un mayor saber utilizado en tales construcciones.

Considerar la naturaleza de este avance en la cultura es ver que no se debe al progreso en las facultades intelectivas individuales, sino a una más extensa y amplia cooperación de los poderes del individuo, al crecimiento de este conjunto de conocimientos que es una parte o, por mejor decir, un aspecto de la integración social a que he llamado el cuerpo económico. Si pudiéramos separar los individuos cuyo saber

correlativo y combinado se manifiesta en el transatlántico o en la gran construcción moderna, es dudoso que sus conocimientos aislados bastaran para más que las construcciones y los instrumentos del salvaje.

El saber adherido a un individuo es lo que llamamos *destreza*, que consiste en saber cómo regir los órganos que responden directamente a la voluntad consciente de manera que conduzcan a los resultados apetecidos. El que, en los años maduros, ha aprendido por primera vez a hacer algo, por ejemplo, a montar en bicicleta, sabe cuán pausada y penosamente se adquiere tal saber. Al principio, cada pierna y cada pie, cada brazo y cada mano, para no hablar de los músculos del pecho y del cuello, parece que necesitan una dirección aparte, dirección que la mente no puede dar tan rápida y ordenadamente como es necesario para impedir que el aprendiz caiga o tropiece con aquello que quería evitar. Pero a medida que el esfuerzo continúa, el conocimiento de como se dirigen esos músculos pasa del dominio de lo consciente al de lo subconsciente, viniendo a formar parte de lo que algunas veces llamamos la memoria de los músculos, y la correlación necesaria se incorpora al deseo de llegar al resultado, esto es, se hace automática. Durante algún tiempo, aun después de que se ha aprendido a sostenerse y a imprimir movimiento a las ruedas, el esfuerzo necesario es tan grande y la atención se encuentra tan absorbida en esto, que no se puede ni mirar a la derecha ni a la izquierda ni fijarse en el camino. Pero con la continuación del esfuerzo, el saber adquirido por el adecuado movimiento de los músculos, se deposita tan plenamente en la memoria subconsciente que, al fin, el aprendiz puede montar fácilmente, entregarse a otros pensamientos y darse cuenta de las

personas y del paisaje. Su saber, fatigosamente adquirido, se ha convertido en destreza.

Lo mismo ocurre cuando se aprende a usar una máquina de escribir. Al principio, tenemos que buscar y golpear con esfuerzos separados la llave de cada distinta letra. Pero a medida que este saber toma su puesto en la memoria subconsciente, sólo tenemos que pensar la palabra y, sin una dirección consciente posterior, los dedos, según vamos necesitando las letras, golpean sus llaves.

Así es como se obtiene toda destreza. Podemos verlo en el niño. Podemos ver cómo va adquiriendo gradualmente la destreza para hacer cosas de las que nosotros nos habíamos olvidado que las aprendimos a hacer del mismo modo. Cuando una criatura viene al mundo, parece que no sabe más que gritar. Pero por grados, y evidentemente de igual modo que tantos de nosotros, ya cincuentones, aprendemos a montar en bicicleta, aquélla aprende a mamar, a reír, a comer, a emplear sus ojos, a coger y sostener las cosas, a sentarse, a estar de pie, a andar, a hablar y, más tarde, a leer, a escribir, a contar, y así sucesivamente en todas las clases y grados de la destreza.

Ahora bien, por lo mismo que la destreza es aquélla parte del saber más adscripta al individuo, viniendo a ser como una parte de él, es también, el saber que más tiempo se retiene y el que no puede ser comunicado de uno a otro o sólo transmitido en muy corto grado. Podéis darle a un hombre reglas generales sobre la manera de montar en bicicleta o de emplear una máquina de escribir; pero la destreza necesaria para hacer cualquiera de ambas cosas sólo puede adquirirla por la práctica.

En cuanto a esta parte del saber, por lo menos, es claro que los progresos de la civilización no implican aumento alguno en la facultad del individuo para adquirir conocimientos. No sólo el estudio de la antigüedad nos muestra que en las artes cultivadas por los hombres de hace miles de años, eran aquéllos tan hábiles como los hombres de hoy, sino que lo mismo observamos en nuestras relaciones con los que reputamos los más auténticos salvajes, y el negro australiano arrojará un *boomerang* de tal manera que provoque el asombro de hombres civilizados. Por otra parte, el europeo aprenderá, practicando lo suficientemente, a arrojar el *boomerang* o a ejercer cualquiera de las otras artes de los salvajes tan hábilmente como éstos; y tribus salvajes en las que el caballo y las armas de fuego han sido introducidas primero por los europeos se convierten en tribus de excelentes jinetes y de los más expertos tiradores.

No es en la destreza, sino en el saber que puede ser transmitido en lo que el hombre civilizado manifiesta su superioridad sobre el salvaje. Esta parte del saber, a la cual se reserva usualmente dicho vocablo, como cuando hablamos de *saber y destreza*, consiste en el conocimiento de la relación de unas cosas con otras cosas externas y puede entrañar, aunque no siempre ni necesariamente, un conocimiento de la manera de modificar esas relaciones. Este saber, por lo mismo que concierne al gobierno de los órganos que directamente responden a la voluntad consciente, no se encuentra tan adherido al individuo como la destreza, sino que debe considerarse más como una conquista del órgano de la memoria consciente que como una cualidad del propio individuo. Aunque está sujeto a desaparecer con la debilidad o los yerros de dicho órgano, es, en cambio, transmisible.

Ahora bien, éste es el saber que constituye el conjunto de conocimientos que tan vastamente se acrece con el progreso de la civilización. Conservándose en la memoria, es transmisible por el lenguaje y del mismo modo que el desarrollo del idioma lleva a la adopción de medios para recordar el lenguaje, aquél se hace capaz de perdurar más permanentemente y de ser más amplia y fácilmente transmisible en monumentos, manuscritos, libros y cosas análogas.

Esta aptitud para acumular y transmitir el saber por otros y mejores medios que el de la memoria y la palabra individuales, que se alcanza con la incorporación del individuo al cuerpo social o cuerpo económico, es por sí misma un enorme adelanto en el progreso de la suma de los conocimientos; pero la ventaja en otros aspectos, que proviene de una mayor y más estrecha integración de los individuos en el hombre social, es mayor todavía. De los conocimientos sistematizados, probablemente uno de los primeros es el que llamamos Astronomía. Considerad el primer observador de las estrellas que, sin otros instrumentos de observación que sus simples ojos y sin medios de recordar, salvo su memoria, velando noche tras noche, comunica en refranes los movimientos de los cuerpos celestes. ¡Cuán poco hasta de su propia capacidad para adquirir y conservar el conocimiento puede aplicar a la conquista de tal saber! Porque hasta que la civilización ha pasado de sus primeros períodos, el saber y la aptitud exigidas por la satisfacción de sus necesidades materiales, tienen que disminuir muy seriamente la energía que puede consagrar a la adquisición de cualquier otro conocimiento.

Comparemos con tal observador de las estrellas al astrónomo que vela ahora en uno de los grandes observatorios modernos. Considerad el gran horizonte del saber y de la habilidad de los

experimentos, la meditación y el esfuerzo implicados por la existencia del propio edificio con todos sus aparatos mecánicos; los grandes lentes, los enormes telescopios tan fácilmente ajustados; los delicados instrumentos para medir el tiempo, el espacio y la temperatura; las tablas logarítmicas y los complicados mecanismos para efectuar los cálculos; la lista de las observaciones ya hechas y los atlas celestes que pueden ser consultados; los medios de comunicación por telégrafo y por teléfono con otros observadores en distintos lugares, todo lo que ahora caracteriza un observatorio bien montado, y los medios y procedimientos para asegurar la comodidad y la ausencia de toda distracción del observador mismo. Considerar todo esto, es comenzar a comprobar cuanto contribuye la cooperación de otros hombres hasta al trabajo de individuos tan especializados como el que vigila las estrellas.

△▽

Capítulo VII

De la secuencia, consecuencia y leyes de la naturaleza

Exponiendo el verdadero significado de secuencia y de consecuencia
y por qué hablamos de leyes naturales

Coexistencia y sucesión.-Secuencia y consecuencia.-Causas en series.-Sus nombres.-Nuestro conocimiento directo es del espíritu.-La percepción más sencilla de la relación causal.-Extensiones de ésta.-La investigación causal no se satisface hasta que llega al espíritu.-Y encuentra o presume la intención.-Primeros testimonios de esto.-Por qué tenemos que suponer un espíritu superior.-Testimonios de una intención.-La palabra Naturaleza y su contenido de voluntad o espíritu.-La palabra Ley.-La frase ley natural.

Si todo nuestro conocimiento de las relaciones de las cosas en el mundo externo llega a nosotros primeramente por la experiencia y al través de los sentidos, o es parte de un saber del que tenemos conciencia intuitivamente y que corresponde a nuestra naturaleza humana como dote original suya, es asunto sobre el cual los filósofos discuten y, probablemente, discutirán siempre. Pero no necesitamos entrar en tales discusiones casi enteramente verbalistas. Para lo que nos atañe, las distinciones que habitualmente se hacen acerca de las percepciones y el lenguaje corriente, nos bastará.

El hombre tiene primeramente noticia, en los fenómenos que se le ofrecen, de dos clases de relaciones. Unas cosas coinciden con otras, y otras cosas siguen a otras. Estas dos clases de relaciones son las que llamamos relaciones de coexistencia y relaciones de sucesión o secuencia. Como lo que permanece no atrae nuestra atención tanto como lo que cambia, es probable que la primera de estas dos relaciones de que nos percatamos sea la de sucesión. La luz viene con la aparición de los cuerpos luminosos del firmamento y la obscuridad con su desaparición. La noche sucede al día y el día a la noche; la primavera al invierno y el verano a la primavera; la hoja al botón, y el viento y la lluvia al cielo encapotado. La proximidad al fuego es seguida por una sensación grata cuando nos aproximamos a él lo suficiente y por una sensación penosa si nos aproximamos demasiado. El comer ciertas cosas es seguido por la satisfacción; el comer otras cosas por el dolor.

Pero advertir la relación de las cosas en sucesión no satisface al hombre. La cualidad esencial de la razón, la facultad de discernir las

relaciones causales le lleva a preguntar por qué una cosa sigue a otra y a suponer o buscar en la relación de secuencia una relación de consecuencia.

Permitidme fijar el significado de estas dos palabras; porque aun escritores habitualmente cuidadosos suelen emplear a veces una cuando realmente se necesita la otra, lo cual induce a confusión de ideas donde la precisión es necesaria.

El significado propio de la secuencia es *lo que sigue o sucede*; el significado propio de consecuencia es *lo que se sigue de*. Decir que una cosa es secuencia de otra, es decir que la una tiene respecto de la otra una relación de sucesión o de venir después. Decir que una cosa es consecuencia de otra, es decir que la una tiene con la otra una relación no meramente de sucesión, sino de sucesión necesaria, la relación especial del efecto a la causa.

Ahora bien, de las secuencias que nosotros advertimos en la naturaleza externa algunas son variables, es decir, no siempre siguen a lo que se da como su antecedente, mientras que otras son invariables; es decir, siempre siguen a lo que se da como antecedente suyo. A estas invariables secuencias que impropriamente llamamos consecuencias les damos un título de conexión causal entre lo que percibimos como efecto y lo que suponemos causa, llamándolo ley natural. Qué significamos por esta frase es asunto demasiado importante para dejarlo en la incertidumbre y confusión con que se trata en las obras de Economía corrientes. Permitidme, pues, antes de principiar a emplear la frase, que procure descubrir cómo ha venido al uso, cosa de la que podemos darnos plena cuenta.

Cuando, partiendo de lo que percibimos como efecto o consecuencia, comenzamos a buscar la causa, acontece en los más de los casos, que pronto vemos que la primera causa que nosotros encontramos con relación al fenómeno, es en sí misma un efecto o consecuencia de un antecedente que respecto de ella es causa. Así nuestra indagación de la causa comienza otra vez, llevándonos de un eslabón a otro eslabón en la cadena causal, hasta que llegamos a una causa que podemos considerar como capaz de poner en movimiento la serie cuyo particular resultado es el efecto o consecuencia.

En una serie de causas, lo que nosotros percibimos como causa inicial se llama unas veces *causa primera* y otras *última causa*; mientras que la *causa final* que tiene el significado de propósito o intento, permanece aún oculta.

Este uso de nombres aparentemente opuestos para la misma cosa, puede embrollar al principio a otros como antes me confundió a mí. Pero se explica cuando recordamos que lo que es primero y lo que es último en una cadena o serie, depende del fin a que nos encaminamos. Así, cuando procedemos desde la causa al efecto, la causa inicial viene primero y acostumbramos a llamarla *causa primaria*; pero cuando marchamos del efecto para buscar la causa, como habitualmente ocurre, porque sólo podemos reconocer la causa como tal causa cuando penetra en nuestra conciencia, la causa inmediata al resultado viene primero y la llamamos *causa próxima*.

Lo que percibimos como causa inicial, se encuentra en lo último y lo llamamos *última* o *causa eficiente*, o allí donde presumimos una voluntad inteligente, que todo lo origina, la *causa final*, y aquéllas que

se encuentran entre ambos extremos de la cadena, son denominadas unas veces, *causas secundarias* y otras *intermedias*.

Ahora bien, el único medio por el cual podemos esperar descubrir lo que para nosotros es todavía desconocido, es razonar hacia esto desde lo que conocemos. Lo que nosotros conocemos más directa e inmediatamente es lo que en nosotros siente y quiere, lo que, para distinguirlo de nuestros propios órganos, partes y facultades, llamamos el Yo; lo que nos distingue a nosotros mismos del mundo externo y que está incluido en el elemento o factor del mundo que en el capítulo primero llamamos *espíritu*.

El hombre mismo, en su forma externa y tangible al menos, está comprendido en la Naturaleza, aun en lo que, cuando hacemos la distinción entre subjetivo y objetivo, llamamos naturaleza externa. Su cuerpo no es más que una parte de la, para nosotros indestructible, materia; y la fuerza que contiene y a través de la cual puede modificar las cosas externas es sólo una parte de la, para nosotros indestructible, energía, que existía en la Naturaleza antes de que el hombre viniera y que permanecerá, sin disminuir ni aumentar, después de que aquél se vaya. Del mismo modo que yo no he traído al mundo ni materia ni energía, sino que desde el tiempo de mi primera existencia tangible como germen o célula he utilizado simplemente la materia y la energía ya existentes, así nada me llevaré cuando parta. Al morir, aunque mi cuerpo sea sepultado, o quemado, o sumergido en los abismos del mar, la materia que le da forma y la energía que le comunica su movimiento no cesarán de existir, sino que continuarán existiendo y actuando en otras formas y en otras expresiones.

Lo que realmente distingue al hombre de la naturaleza externa, lo que parece venir al mundo con la aurora de la vida y marcharse con la muerte, es aquello cuya identidad conocemos como el Yo a través de todos los cambios de la materia o del movimiento. Esto es lo que, no sólo recibe las impresiones que le son transmitidas por los sentidos, sino que, por el uso de la facultad que llamamos imaginación, se contempla a sí propio, como uno puede mirar su propio rostro en un espejo. De este modo, el Yo puede discurrir, no sólo acerca de los fenómenos del mundo externo, como presente a él a través de los sentidos, sino también sobre nuestra propia naturaleza, sus facultades y sus actividades y considerar al mundo externo e interno como un conjunto constituido, no solamente por materia y energía, sino también por espíritu.

Cualquiera duda que alguien pueda admitir o declarar que admite, sobre la existencia de lo que hemos llamado espíritu, puede provenir, únicamente, a mi juicio, de una confusión en las palabras. Porque la única cosa de que cada cual está completamente cierto, es que *existe*, y a través de esta seguridad de nuestra propia existencia, inferimos la certidumbre de toda otra existencia. La más sencilla relación causal que percibimos es la que encontramos en nuestra propia percepción. Me rasco la cabeza, me golpeo la pierna, y siento los efectos. Bebo, y mi sed es apaciguada. Aquí tenemos, tal vez, la más estrecha conexión entre la consecuencia y la causa. La sensación de la cabeza, de la pierna o del estómago, que aquí es la consecuencia transmitida a través de los sentidos a la conciencia, encuentra en las directas percepciones de la misma conciencia, la causa: un acto de la voluntad. O al revés: el consciente ejercicio de la voluntad de hacer tales cosas produce a través de los sentidos una percepción del resultado. Cómo se realiza esta conexión, no lo

podemos decir realmente. Cuando llegamos a este punto, el pensador es tan ignorante como el salvaje. Sin embargo, salvajes o sabios, todos nosotros lo conocemos, porque sentimos la relación en tales casos entre la causa y el efecto.

Yendo más lejos del punto donde causa y efecto son percibidos a la vez por la conciencia, llevamos la noción, así derivada, a la explicación de fenómenos en los cuales, sólo la causa o el efecto, uno de ambos nada más, va más allá de la conciencia. Arrojo una piedra a un pájaro y cae. Este resultado, la caída del pájaro, se hace presente en mí, indirectamente a través de mi sentido de la vista y, después, cuando lo recojo, por mi sentido del tacto. El pájaro cae porque la piedra le hirió. La piedra le hirió por el impulso que le imprimió el movimiento de mi mano y de mi brazo, y el movimiento de mi mano y de mi brazo obedecen al acto de mi voluntad, conocido directamente por mí, a través de la conciencia. Lo que percibimos como causa inicial de una serie, llamémosla causa primaria o final, es siempre para nosotros causa o razón suficiente del particular resultado. Y este punto de la causación, en el cual nos damos por satisfechos, es el que implica el elemento espíritu, el ejercicio de la voluntad. Porque es propio de la naturaleza de la razón humana, no contentarse hasta que puede llegar a algo concebido como actuando en sí propio y, no simplemente como una consecuencia de algo que le es antecedente, y a la cual consideramos así como causa del resultado o consecuencia de donde partió la investigación. Así, en nuestro ejemplo, dejando los eslabones intermedios en la cadena de la causalidad y procediendo de una vez desde el resultado a la última causa o razón suficiente, decimos habitualmente, que el pájaro cae porque yo le herí, esto es, porque yo ejercité de un modo eficaz la voluntad de herirle.

Pero conozco por mi conciencia que en mí, el ejercicio de la voluntad, procede de un motivo o deseo; y racionando, desde lo que yo conozco para explicar lo que quiero descubrir, explico los actos similares en los demás, por los deseos análogos.

Así, si un hombre le rompe la cabeza a otro golpeándole con un garrote, o procura su muerte más gradualmente, dándole un veneno lento, sentiremos que se burlan de nosotros y agravian a nuestra inteligencia si al preguntar la causa de la muerte nos dicen que es porque un garrote le ha pegado o porque ha dejado de respirar. No estaremos satisfechos hasta que sepamos qué voluntad ha puesto en acción las causas próximas del resultado: ni siquiera esto nos satisfaría completamente. Después de que sepamos el cómo, preguntaremos el por qué, el propósito o motivo que ha empujado a este acto de la voluntad. Y hasta que tengamos alguna respuesta de esto, no nos sentiremos completamente satisfechos.

Y así, algunas veces acortamos el camino de nuestra explicación causal prescindiendo de la voluntad y hablando del deseo, que empuja al ejercicio de la voluntad, como causa de un efecto. Veo a otro pasear, o correr, o trepar a un árbol, y por lo que sé de las causas de mis propios actos, reconozco en aquél el ejercicio de la voluntad empujada por el deseo, la tangible manifestación de un propósito, y digo: aquél pasea, o corre, o trepa al árbol porque desea obtener, hacer o evitar algo. Así, cuando vemos que el pájaro vuela, el pez nada, y el topo mina el suelo, reconocemos en sus actos propósitos análogos, el ejercicio de la voluntad empujada por el deseo.

Ahora bien, este motivo, o intento, o propósito, o deseo de alcanzar un fin, los cuales constituyen una causa eficiente para obrar, fue

reconocido por Aristóteles y por los lógicos y metafísicos que le han sucedido como una causa propiamente, y causa inicial, y ha sido llamada en su terminología, la *causa final*. El uso de este vocablo, sin embargo, se ha limitado ahora a la idea del propósito o intento en la mente del Ser Supremo, y la doctrina de las *causas finales*, ahora completamente fuera de moda, se entiende como la doctrina que, como última o final explicación de la existencia y orden del mundo, trata de descubrir el propósito o designio del Creador. Razonar desde el supuesto de lo que ahora llamamos *causa final*, hasta la existencia de un Creador inteligente, se llama el *argumento teológico*, y aquéllos que disfrutan de boga en la moderna filosofía lo ven con recelo si no con desdén. No obstante, el conocimiento del propósito o intento como una causa final o inicial, se encuentra todavía en la lógica sencilla que llena el lenguaje vulgar de la gente corriente con *por qué*s.

¡Cuán temprana y cuán fuerte es la disposición a buscar la causa en el ejercicio de la voluntad empujada por el deseo, se revela en la charla de los niños, en el *folklore* y en los Cuentos de Hadas! Nosotros, al principio, estamos propicios a atribuir, aun a lo que después sabemos que son cosas inanimadas, el ejercicio de la voluntad y el estímulo de deseos como los que encontramos en nuestra propia conciencia y a decir, no en lenguaje figurado, sino como declaración de causas, que el sol sonrío y las nubes amenazan y el viento sopla por este o el otro propósito y con esta o con la otra intención.

Y, en los principios de tales declaraciones, encontraremos el elemento moral que pertenece únicamente al espíritu. ¿Qué madre no ha calmado a su hijo amenazando o pretendiendo azotar la perversa silla o la malvada piedra que fueron la causa de que su pequeñuelo tropezara, y no ha tenido la pequeña mente del niño en encantado

silencio con historias de animales que hablaban y árboles que pensaban? Pero cuando miramos más de cerca, vemos que en los animales no existe la facultad de la razón, ni la voluntad en la silla y la piedra. Sin embargo, todavía, buscando la causa tras el efecto y no satisfechos de haber encontrado la causa hasta que llegamos al espíritu, descansamos un momento refiriendo los efectos que no podemos enlazar con la voluntad de los hombres o de animales, a suposiciones de voluntad en formas suprasensibles y así, satisfacemos el anhelo de la razón por descubrir la causa, poblando ríos, montañas, lagos, árboles y estaciones de espíritus y genios, hadas y duendes, ángeles y demonios y dioses especiales.

Sin embargo, en éste y a través de esta etapa del pensamiento humano, crece la percepción de un orden y correlación en las cosas, que nosotros podemos comprender sólo suponiendo unidad de voluntad y designio del conjunto de un sistema u orden que lo abarca todo y que personificamos como Naturaleza, y de un gran Yo, del ejercicio de cuya voluntad proceden todas las cosas visibles e invisibles y que es la primera de todas las causas iniciales. En cualquiera dirección, el esfuerzo de la razón para buscar la causa de lo que percibe lleva a esto al pensamiento reflexivo.

El pájaro vuela, porque desea volar. En esta voluntad o deseo del pájaro encontramos la última causa o razón suficiente para satisfacernos en cuanto concierne a esa acción. Pero, probablemente, jamás ha vivido un hombre, y seguramente ningún niño que, viendo el fácil deslizarse de los pájaros a través de los caminos abiertos en el aire, no haya sentido el deseo de hacer lo mismo. ¿Por qué el hombre no vuela también cuando desea volar? Contestamos que mientras la estructura corporal de los pájaros les permite la satisfacción del deseo

de volar, la estructura del cuerpo del hombre no se lo permite. Pero ¿cuál es la razón de esta diferencia? Aquí llegamos a una región donde no podemos seguir encontrando la causa del resultado del deseo individual. Buscando todavía la voluntad como la única explicación final de la causa, nos vemos obligados a suponer una más alta y más amplia voluntad o espíritu que ha dado al pájaro una estructura corporal y al hombre otra.

O tomemos al hombre mismo. El niño grita porque desea gritar, y ríe porque desea reír Pero el que los dientes comiencen a salir en la edad adecuada, ¿es por qué desee tener dientes? En un sentido, sí. Cuando sus dientes comienzan a salir, comienza a necesitar dientes o por lo menos comenzará pronto a necesitar dientes para adaptar a su estómago los alimentos más sólidos que requerirá. Pero en otro sentido, en el que estamos discutiendo, en el sentido verdadero, no. La necesidad de dientes, cuando comienzan a salir, no es una necesidad del niño, tal como es, sino una necesidad del niño tal como será en lo futuro, cosa totalmente distinta en cuanto a la conciencia concierne. El niño que todavía está mamando no necesita dientes en el sentido de desear dientes más que el adulto puede necesitar arrancárselos, sólo por arrancárselos. El brotar los dientes no es agradable, sino penoso. Probablemente más desagradable y más peligroso que el sacárselos por mano de un dentista moderno. Claramente, no es la voluntad del niño la que puede explicar la salida de los dientes, ni tampoco puede explicarse por la voluntad de la madre. Ésta puede desear que los dientes del niño salgan, pero no puede dar eficacia a su voluntad por procedimientos más eficaces que el frotar las encías del niño. Ni la madre más sabia puede auxiliarle, sino sajándolas, si están seriamente hinchadas. Para encontrar una causa suficiente de este efecto nos vemos obligados a suponer una

voluntad más alta y un propósito más alto que los del hombre; una voluntad consciente, de cuyo primer principio la voluntad misma, necesita, como lo ha menester todo.

Las cosas que muestran más claramente la adaptación de los medios a los fines de modo que podamos de una vez comprender su génesis y adivinar su causa, son cosas hechas por el hombre, tales como casas, vestidos, armas, adornos, máquinas; en una palabra, lo que llamamos producciones humanas. Éstas, en cuanto muestran la adaptación de los medios a los fines, tienen un inequívoco carácter. El surgir de una pieza de paño, o de un broche, o cinta o lazo, o los residuos y fragmentos de un manjar cocido, fueron una prueba tan exacta como segura de la presencia del hombre sobre la supuesta Isla desierta donde Robinson Crusoe desembarcó. Entre todos los seres de que nuestros sentidos nos dan noticia, el hombre es el único que tiene en sí propio la facultad de adaptar los medios a los fines conscientemente.

Sin embargo, tan pronto como el hombre mira en torno suyo encuentra en el mundo mismo indicios de la facultad análoga de adaptar los medios a los fines que caracterizan sus propias obras. De aquí que, reconociendo en la suma de las cosas perceptibles, excluido él, o mejor su esencial principio o Yo, pero incluido no solamente su cuerpo, sino también su mecanismo mental, un sistema o conjunto de partes relacionadas, personifica esto en el pensamiento y lo llama Naturaleza.

Sin embargo, aunque nosotros personificamos esto, que es nuestra concepción del mayor de los sistemas y le damos en nuestro idioma inglés género femenino, es, a mi juicio, como los marineros

personifican un buque o el mecánico una locomotora. Es decir, la general percepción de la suma de partes relacionadas o sistema que llamamos Naturaleza, no abarca la idea de la voluntad originaria o primera o final causa de todo. Esto lo percibimos como algo esencialmente distinto de la Naturaleza, aunque animando la Naturaleza, y recibe otro nombre, Gran Espíritu, o Creador, o Dios. Aquéllos que sostienen que la Naturaleza es todo, que no hay nada encima o debajo o superior a la Naturaleza lo hacen, a mi juicio, confundiendo dos distintas concepciones, y usan la palabra Naturaleza significando lo que usualmente se distingue por la palabra Dios.

Todos nosotros, verdaderamente, usamos con frecuencia la palabra Naturaleza movidos por la necesidad de denominar lo que sentimos que es innominable, en el sentido de algo que está fuera de nuestra comprensión y, por consiguiente, fuera de nuestro poder de definición. Sin embargo, creo que, no solamente la más universal, sino la más clara y, por tanto, la mejor percepción del género humano distingue realmente lo que llamamos Naturaleza de lo que llamamos Dios, lo mismo que distinguimos el barco u otra máquina que personificamos, de la voluntad que reconocemos como ejercida para originarla y darle ser y que, en su principio, en su idea, es la de Pope:

«Todas las cosas no son más que partes de un estupendo conjunto cuyo cuerpo es la Naturaleza y Dios el alma».

De esta concepción de la Naturaleza como expresando o como animada por la más alta voluntad, derivamos, creo, el término *Ley de la Naturaleza*.

Encontramos aquí otro ejemplo de la aplicación a las ideas mayores de nombres sugeridos por otras menores. En su primitivo significado, la palabra ley se refiere a la voluntad humana y es el nombre dado a un mandato o regla de conducta impuesta por un superior a un inferior, como por el soberano o el Estado a sus súbditos. Al principio, la palabra ley, se refiere indudablemente sólo a la ley humana. Pero cuando en un posterior desenvolvimiento intelectual, los hombres llegan a advertir invariables coexistencias y secuencias en las relaciones de las cosas externas, se ven obligados, por la necesidad mental de que hablamos, a suponer como causa una voluntad superior a la voluntad humana; y adaptando la palabra que aplican para la más alta expresión de la voluntad humana, las llaman leyes de la Naturaleza.

Todos sabemos que a una invariable relación de las cosas, de la cual, en último análisis, sólo podemos afirmar que *siempre es así*, la llamamos ley de la Naturaleza. Pero aunque usamos esta frase para expresar el hecho de una relación invariable, sugerimos algo más que esto. El término en sí mismo, implica la idea de una voluntad causal. Como John Stuart Mill, adiestrado en el análisis desde la infancia y desde la infancia exento de propensiones teológicas, dice:

«La expresión *ley de la Naturaleza* es generalmente empleada por los hombres de ciencia, como una especie de referencia tácita al original sentido de la palabra ley, a saber: la expresión de la voluntad de un superior, que en este caso es el rector del universo».

Así, pues, cuando encontramos en la Naturaleza ciertas invariables secuencias, cuya causa excede el poder de la voluntad, atestiguadas por nuestra propia conciencia -como, por ejemplo: que las piedras y

las manzanas siempre caen hacia la tierra; que el cuadrado de una hipotenusa es siempre igual a la suma de los cuadrados de su base y de la perpendicular; que los gases siempre se mezclan en ciertas definidas proporciones; que un polo del imán siempre atrae lo que el otro siempre repele; que el huevo de un pájaro sometido a cierto grado de calor, durante cierto tiempo, produce un pollo, que después se vestirá con un plumaje de cierta clase y color; y el huevo de otro pájaro, bajo las mismas condiciones, produce un pollo de diferente clase; que en un cierto período de la infancia aparecen los dientes y después se debilitan y se caen; así sucesivamente, a través de la lista de invariables secuencias que éstas sugieren- decimos, porque es realmente todo lo que podemos decir, que estas secuencias son invariables porque pertenecen al orden o sistema de la Naturaleza, o, en una palabra, que son *leyes de la Naturaleza*.

El perro y el buey algunas veces parecen meditar sobre algo. Si ellos pudieran, realmente, preocupar sus cerebros con estos asuntos, o expresar sus ideas con palabras, probablemente dirían que tales secuencias son invariables y se detendrían aquí. Pero el hombre es impelido, por hallarse dotado de razón, a buscar, tras el efecto la causa. Porque, que una cosa no puede provenir de nada, y que cada consecuencia implica una causa, yace en los mismos cimientos de nuestra percepción causal. Negar o ignorar esto, sería cesar de razonar; cosa que en cierto modo no podemos dejar de hacer, más que podríamos cesar de respirar.

Así, sea civilizado o inculto el hombre, es compelido por una necesidad mental a buscar la causa bajo los fenómenos que comienza realmente a considerar, y sea cual fuere la causa intermedia que encuentre, no puede contentarse hasta que alcance la voluntad y

encuentre o presuma la intención. Esta necesidad es universal en la humana naturaleza, porque pertenece a aquella cualidad o principio de razón que esencialmente, distingue al hombre del bruto. La noción de que

«El pagano en su ceguera
reverencia la madera y la piedra».

proviene de la real ignorancia del pretendido conocimiento. Bajo la creencia del salvaje en fetiches, amuletos, encantos y sortilegios, se esconde el reconocimiento del espíritu, y los fenómenos que han cristalizado en grotescas formas de religión, constituyen en su base la idea de una voluntad original que los escritores hebreos expresan en su clara sentencia: «En el principio Dios creó el Cielo y la Tierra».

La razón, al ascender desde el efecto a la causa, tiene que llegar a tal identificación de una voluntad o espíritu antes de darse por satisfecha. Más allá de esto, la razón no puede ir. ¿Por qué ciertas cosas siempre coexisten con otras cosas y algunas cosas siempre siguen a otras cosas? El musulmán, contestará: «Es la voluntad de Dios». El hombre de nuestra civilización occidental, responderá: «Es una ley de la Naturaleza». La frase es distinta, pero la respuesta igual.

△▽

Capítulo VIII

Del saber propiamente llamado ciencia

Exponiendo que la ciencia trata sólo de las leyes de la naturaleza y que en la economía política, corriente, se ha olvidado esto

Verdadero significado de Ciencia.-Investiga leyes naturales, no leyes humanas.-Distinción entre ambas.-Su confusión en la Economía Política corriente.-Cita del Compendio de Economía Política de Masón y Lalor.-Absurdo de esta confusión.-Turgot, acerca de la causa de tales confusiones.

Ciencia es una palabra de la cual se abusa mucho ahora, cuando los aficionados de toda clase a una especial rama del saber se llaman a sí propios científicos, y toda clase de especulación mal comprobada se llama ciencia; sin embargo, tiene una buena definición, un significado propio que puede fácilmente retenerse en el pensamiento. Literalmente, la palabra ciencia significa conocimiento, y cuando la usamos para distinguir una especial clase de conocimientos, tendrá el significado de *el conocimiento*, esto es, el más alto y más profundo conocimiento. Ésta es, verdaderamente, la idea que adscribimos a la palabra. En su propio y concreto significado, ciencia no abarca todo conocimiento o cualquier conocimiento, sino aquel conocimiento por el cual o en el cual los resultados o fenómenos se relacionan con lo que presumimos que es su causa o razón suficiente, y que llamamos ley o leyes de la Naturaleza.

Así como el conocimiento que llamamos destreza es aquella parte del saber que se adhiere lo más estrechamente posible al individuo, siendo retenido en la memoria subconsciente y por tanto, es casi o completamente incomunicable; así, por el contrario, la ciencia, propiamente llamada así, es aquella parte del saber más adscripto a la más alta facultad, la razón, que se retiene en la memoria consciente y, por esto es más fácil y completamente comunicable a través de la

facultad de hablar, en la cual, la razón encuentra mejor medio de expresión, y de las artes que son extensión y complemento del lenguaje, como la escritura, la imprenta y análogas. Algunas aptitudes pueden adquirirlas hasta los animales. Perros, cabras, monos y osos amaestrados son cosa corriente y hasta se ha exhibido lo que se llamaba, pulgas amaestradas. Pero es imposible enseñar a un animal la ciencia, puesto que los animales carecen de la facultad causal, por la cual únicamente puede adquirirse la ciencia. En la juventud, cuando las articulaciones son más flexibles y los músculos más dúctiles, es cuando la destreza puede adquirirse más fácilmente. Pero es en los años que traen la mente contemplativa, cuando podemos apreciar más y adquirir mejor la ciencia. Y así la superioridad de la civilización, aunque no implica acrecentamiento de la destreza, entraña extensión de la ciencia. Lo que se llama propiamente ciencia nada tiene que ver con las leyes humanas, a no ser como un fenómeno que se somete a examen para descubrir su causa en la ley natural.

Así, puede haber una ciencia de la jurisprudencia y una ciencia de la legislación, como puede haber una ciencia de la gramática, del lenguaje, o de la estructura mental o de sus operaciones. Pero el objeto de tales ciencias propiamente llamadas así, es siempre descubrir las leyes de la Naturaleza en que las leyes, costumbres y modo de pensar humanos tienen su origen, las leyes naturales que residen en el fondo, que afectan permanentemente no sólo a todas las externas manifestaciones de la voluntad humana, sino a los internos afectos de esta voluntad misma.

Las leyes humanas están hechas por el hombre y participan de todas sus debilidades y fragilidades. Deben ser reforzadas por penas subsecuentes y anejas a su violación. Tales penas se llaman

sanciones. A menos que su violación vaya acompañada por una penalidad, ningún mandato de cuerpos legislativos o príncipes soberanos es ley. Faltando la sanción, es meramente la expresión de un deseo, no una declaración de la voluntad. Las leyes humanas son acatadas sólo por el hombre y no por todos los hombres ni en todos los tiempos y lugares, sino sólo por algunos hombres, a saber: por los hombres que viven en el tiempo y lugar donde el poder político que las impone es capaz de aplicar las sanciones. Y ni siquiera por todos estos hombres, sino generalmente sólo por una muy pequeña parte de ellos. Limitados a las circunscriptas áreas que llamamos divisiones políticas, aun con éstas están fluctuando y cambiando constantemente.

Las leyes naturales, en cambio, pertenecen al natural orden de cosas, a este orden en el cual y por el cual, no sólo el hombre mismo, sino todo lo que es, existe. No tienen sanción en el sentido de pena impuesta por su violación y aplicada como consecuencia de esa violación; no pueden ser violadas. El hombre no puede resistir o torcer una ley natural más que puede construir un mundo. Son acatadas, no sólo por todos los hombres, en todos los tiempos y lugares, sino también por todas las cosas animadas e inanimadas, y su imperio se extiende no sólo sobre y a través del conjunto de la tierra, de la cual somos usufructuarios, que constantemente se renuevan, sino sobre y a través del conjunto del sistema del cual aquélla es una parte y tan lejos como la observación y la razón pueden iluminarnos, sobre y al través del conjunto del Universo visible e invisible. En cuanto alcanzamos a ver por la observación y por la razón, no sabemos de cambio o sombra de mudanza en ellas, sino que son las mismas ayer, hoy, mañana; porque son expresión no de una mudable voluntad humana, sino de la inmutable voluntad de Dios.

Insisto otra vez en la distinción entre leyes de la Naturaleza y leyes del hombre, porque es de absoluta necesidad al comenzar el estudio de la Economía Política que la incrustemos firmemente y la retengamos con claridad en el pensamiento. Esta necesidad es la más indispensable puesto que encontraremos en prestigiosos tratados de Economía, confundidas leyes de la Naturaleza y leyes del hombre en lo que llaman aquéllos leyes de la Economía Política.

No es preciso hacer muchas citas, para demostrar la confusión, que se puede ver tomando las obras de Economía aprobadas por Colegios y Universidades, que estén a mano. Mas, para que hable por sí mismo lo que en tales instituciones modernas suele pasar por Ciencia de la Economía Política, haré una sola cita.

Utilizo para este propósito el mejor libro que puedo encontrar, el cual expone en forma sistemática las enseñanzas de los economistas profesionales; uno que, a mi juicio, es superior en esto a la *Economía Política para principiantes* de Mrs. Millicent Garrett Fawcett, que en el tiempo en que Yo escribí *Progreso y miseria*, me pareció el mejor de los compendios de las enseñanzas económicas corrientes que yo conocía. Es el *Compendio de Economía Política en 16 definiciones y 40 proposiciones* por Alfred B. Masón y Juan J. Lalor (Chicago, A. C. McClurg y Ca)⁽³⁾. Mrs. Masón y Lalor, que desde entonces han probado ser hombres de capacidad, inauguraron en 1875, cuando escribieron el compendio, un curso universitario de Economía Política y un subsiguiente estudio de las autoridades aceptadas, y su compendio ha sido prolijamente reproducido y ampliamente utilizado en los establecimientos de enseñanza. He aquí la primera de sus 16 definiciones y la explicación de ella:

Definición primera: «Economía política es la ciencia que enseña las leyes que regulan la Producción, Distribución y Cambio de la riqueza».

«Todas las cosas de este mundo están regidas por leyes. Las leyes humanas son las hechas por el hombre. Todas las demás, son leyes naturales. Una ley que provee a la educación de los niños en las escuelas, es una ley humana. La ley por la cual los niños crecerán, si viven, hasta convertirse en hombres y mujeres, y lentamente decaerán y morirán al fin, es una ley natural. Una manzana cae de un árbol y la Tierra se mueve en torno del Sol, obedeciendo a leyes naturales. Las leyes que regulan la producción, distribución y cambio de la riqueza, son de ambas clases. Las más importantes de ellas son, sin embargo, naturales».

En esto, los Sres. Masón y Lalor, esclarecen hábilmente la esencial diferencia entre ley natural y ley humana. Pero la manera de estar mezcladas ambas como leyes económicas, recuerda el examen de un muchacho de Filadelfia, más instruido en coger pescados y cazar ranas, que en Lindley Murray. A la pregunta «enumeración y definición de los nombres» la respuesta era:

«Los nombres son tres en número, y algunas veces más. Hay nombres propios, nombres comunes y 'nombres sangrientos'⁽⁴⁾, y otros nombres. Los nombres propios, son los nombres más propios; pero los nombres comunes son los más comunes. Los 'nombres sangrientos', son los más gordos. Los otros 'nombres', no son buenos».

A pesar de lo ridícula que es esta confusión de la ley humana y la ley natural, y de lo absurda que es una definición que deja a uno el que adivine lo que se significa por *leyes*, este pequeño compendio da

concretamente lo que en tratados de más pretensiones se procura explicar, y esto aun en los más sistemáticos Y cuidadosos de todos, como más adelante tendré ocasión de demostrar.

Sólo entendiendo implícitamente que por ley se significa la ley natural, podemos decir: «todas las cosas de este mundo son regidas por leyes». Decir, como dice el resumen de Economía Política universitario de que he tomado la cita, que la Economía Política es la ciencia que enseña las leyes, unas naturales y otras humanas, que regulan la producción, distribución y cambio de la riqueza, es como decir que la Astronomía es la ciencia que enseña las leyes, unas leyes de la materia y del movimiento y otras bulas de los Papas o acuerdos del Parlamento, que regulan el movimiento de los astros y cometas.

El absurdo de esto no es tan fuertemente ostensible en los tratados voluminosos de que se deriva, como en dicho compendio, porque la atención del lector está en aquéllos confundida por la absoluta carencia de arreglo lógico y abrumada por un diluvio de cuestiones inoportunas, que hacen la más difícil tarea y, para la mayoría de los lectores, tarea completamente desesperada determinar lo que realmente significa, tarea que habitualmente abandonan los lectores corrientes con una secreta sensación de sonrojo por su propia incapacidad para seguir a tan profundos y sabios hombres que parecen moverse fácilmente en lo que ellos no logran entender. Los tratados de lo que pasa por ciencia de la Economía Política en nuestras escuelas, contienen, verdaderamente en su mayor parte, algunas cosas que, en realidad, pertenecen a la ciencia. Pero en su mayor parte, lo que propiamente pertenece a la ciencia está, en la literatura de la Economía Política escrita desde Turgot, confundido y anegado por aquello de que Turgot hace cien años hablaba como de

un arte, el arte exclusivamente «de aquéllos que logran obscurecer las cosas que son claras para los entendimientos sin prejuicios».

Lo que éste, verdaderamente gran francés de la décima octava centuria, dijo, merece ser citado, porque de ello se encuentra abundantes y continuos ejemplos en los escritos de los profesores de Economía Política de la centuria décimo novena y, especialmente, en los más recientes:

«Este arte consiste en no comenzar nunca por el principio, sino en arrojarse al asunto con todas sus complicaciones, o con algunos hechos que, son sólo una excepción sin importancia, aislada, remota, o simplemente colateral, que no pertenece a la esencia de la cuestión y que, en manera alguna, conduce a su solución... Como una geómetra que tratando de los triángulos, principiara por los triángulos blancos, como los más sencillos, para tratar después de los triángulos azules, después de los rojos, y así sucesivamente».

Si la Economía Política es una ciencia -y, si no lo es, apenas merece el tiempo que un hombre culto le dedique- debe acomodarse a la regla de las ciencias y buscar en la ley natural las causas del fenómeno que investiga. Con la ley humana, salvo para suministrar ejemplos y ofrecer materia a sus investigaciones, nada tiene que ver, como ya he dicho. Se refiere a lo permanente, no a lo transitorio; a las leyes de la Naturaleza, no a las leyes del hombre.

△▽

Capítulo IX

La economía llamada Economía Política
Exponiendo el concepto, unidad y objeto de la Economía Política

La palabra Economía.-La palabra Política.-Origen de la frase Economía Política y sus confusiones.-No se refiere al cuerpo político, sino al cuerpo económico.-Sus unidades y el sistema o estructura de que trata.-Su objeto.

La palabra Economía, derivada de dos palabras griegas, *casa* y *ley*, que reunidas significan el manejo o arreglo de la parte material del hogar o asuntos domésticos, equivale en su más común acepción, a lo opuesto al despilfarro. Economizamos dinero, o tiempo, o fuerza o materia, cuando nos arreglamos de manera que conseguimos un resultado con el más pequeño dispendio. En un más amplio sentido, su significado es el de un sistema o arreglo o adaptación de los medios a los fines o de las partes a un todo. Así, hablamos de la economía celeste; de la economía del sistema solar; de la economía de los reinos vegetal o animal; de la economía del cuerpo humano, o, en una palabra, la economía de algo que implica o sugiere la adaptación de los medios a los fines, la coordinación de las partes al todo.

Como hay una economía de asuntos individuales, una economía del hogar, una economía de la granja, o del taller, o del ferrocarril, cada una relativa a la adaptación de los medios a los fines en dicha esfera, por la cual se evita el despilfarro y se obtienen mayores ventajas con menos dispendios, así hay una economía de la actividad de las sociedades en que viven los hombres civilizados, una economía que se refiere principalmente a la adaptación o sistema, por el cual son satisfechas las necesidades materiales, o a la producción y distribución de la riqueza.

La palabra política, dice relación al cuerpo de ciudadanos o Estado, al cuerpo político, a las cosas que caen dentro del objetivo y acción de la sociedad o Gobierno; a la vida pública.

Economía Política es, por consiguiente, una clase especial de Economía. En el significado literal de las palabras es aquella clase de economía que se relaciona con lo colectivo o Estado, que se refiere, más al conjunto social, que a los individuos.

Pero la comodidad que nos impulsa a abreviar una frase larga, nos ha llevado a usar frecuentemente la palabra *económico*, cuando se significa *político-económico*, de tal suerte, que podemos usualmente hablar de literatura, o principios o términos de Economía Política diciendo: *literatura económica*, o *principio económico* o *término económico*. Algunos escritores, en verdad, parecen haber reemplazado con el término *económico*, el de Economía Política. Pero sobre esto, el lector debe estar en guardia, porque se ha utilizado para hacer que pase por Economía Política lo que, realmente, no es Economía Política, como después demostraré.

Adam Smith, quien al final de la pasada centuria dio al estudio de lo que ha sido llamado desde entonces Economía Política impulso tan vigoroso que es considerado, no sin justicia, como su padre, tituló su gran libro *Indagación acerca de la naturaleza y causa de la Riqueza de las Naciones*, y lo que nosotros llamamos *Economía Política*, lo llaman los alemanes *Economía Nacional*.

Ningún vocablo tiene importancia si concretamente entendemos lo que significa. Pero en la frase *Economía Política* y en la de *Economía Nacional*, tanto como en la de *Riqueza de las Naciones*, se desliza

una sugestión que, y de hecho con frecuencia, impide la clara percepción del campo que propiamente comprende.

El uso de la frase *Economía Política* comenzó en un tiempo en que no se había distinguido claramente entre ley natural y ley humana, en que lo llamado por mí el cuerpo económico se confundía generalmente con lo que de un modo propio se llama cuerpo político, y cuando era opinión común en Europa, aun entre hombres cultos, que la producción y la distribución de la riqueza debían ser reguladas por la acción legislativa del soberano o del Estado.

Dícese que el primero que usó la frase fue Antonio de Montchretien, en su *Tratado de Economía Política*, publicado en Rouen, Francia, 1615. Pero si no la inventaron, la pusieron en circulación unos ciento treinta o ciento cuarenta años después, aquellos franceses, expositores del sistema natural o del natural orden, que hoy pueden ser mejor definidos como los primeros partidarios del Impuesto único. Usaron el término *Economía Política* para distinguir de la política la rama del saber a que se consagraban y por la que se llamaron, a sí propios, Economistas. Adam Smith usa el término hablando sólo de *esta secta* compuesta de *unos pocos hombres de gran cultura y sinceridad en Francia*. Pero aunque estos Economistas fueron desterrados y han sido casi olvidados, de su noble y generoso sistema permanece, sin embargo, esa frase, y desde el tiempo de Adam Smith se ha hecho de general uso para expresar -aceptando la más común y a mi juicio suficiente definición- aquella rama del saber que trata de la naturaleza de la riqueza y de las leyes de su producción y distribución.

Pero la confusión con la política, que los franceses de quienes Adam Smith habla, trataban de esclarecer adoptando la frase *Economía Política*, aún continúa y de hecho induce a ella la frase misma, que parece a primera vista adecuada para transmitir la impresión de una particular clase de política mejor que de una especial clase de economía. La palabra política tiene un significado que se relaciona con el gobierno civil, con el ejercicio de la soberanía humana por la legislación o la administración, sin referirse a aquellas invariables secuencias que llamamos leyes naturales. Un territorio que se diferencia de otros territorios por lo que concierne al poder de establecer leyes locales y obligar a su obediencia, lo llamamos una división política, y a las divisiones políticas más amplias, en las cuales se reconoce la más alta soberanía, las llamamos Naciones. Es, por consiguiente, importante retener en el pensamiento que las leyes de que primordialmente trata la Economía Política no son relaciones humanas o leyes civiles, sino leyes naturales, y que no se refiere a las divisiones políticas más de lo que se refiere a las leyes mecánicas, a las leyes ópticas o a la ley de gravitación.

La Economía Política no se refiere directamente al cuerpo político, sino al cuerpo social o conjunto industrial que yo he llamado cuerpo económico; no a la colectividad de que un hombre se hace miembro tributando o aceptando el homenaje a un príncipe, potentado o república; sino a la colectividad de que se hace miembro por el hecho de vivir en un Estado o sociedad, en el cual cada uno no consigue satisfacer todas sus necesidades materiales por sus propios esfuerzos directos, sino que la satisfacción, de algunas de ellas al menos, la obtiene mediante la cooperación de otros. El hecho de participar en esta cooperación no le hace ciudadano de un particular Estado, le hace un hombre civilizado, un miembro del orbe civilizado, una unidad

en ese cuerpo económico, con el que nuestras distinciones políticas de Estados y Naciones no tienen más relación que las distinciones de color con las de forma.

La unidad de la vida humana es el individuo. Desde nuestro primer instante de consciencia o, al menos, desde nuestro primer recuerdo, nuestro más profundo sentimiento es que lo que reconocemos como *Yo* es algo distinto de todas las demás cosas y el sumergimiento efectivo de su individualidad en otras individualidades, por cercanas y queridas que sean, es algo que no podemos concebir. Pero la más baja unidad de que la Economía Política trata, comprende frecuentemente la familia con el individuo. Porque aunque los individuos aislados pueden existir durante algún tiempo, es sólo en condiciones antinaturales. La vida humana, según nosotros la vemos, comienza con la conjunción de individuos, y aun durante algún tiempo después del nacimiento, la existencia sólo puede continuar bajo condiciones que hacen al nuevo individuo dependiente y sujeto a individualidades predecesoras; al paso que requiere para su más pleno desenvolvimiento y sus más altas satisfacciones, la unión de individuos en una unidad económica.

Aunque, pues, al tratar de la materia objeto de la Economía Política será conveniente hablar de las unidades y tendremos ocasión de referirnos a ellas como individuos, debe entenderse que este término no significa, necesariamente, personas separadas, sino que abarca, como si fueran uno, a aquéllos que se encuentran juntos por necesidades de la vida familiar, teniendo, conforme a nuestra frase, *una sola bolsa*.

Una economía. de la unidad económica, no sería una Economía Política, y las leyes de que trata no serían las que conciernen a la Economía Política; serían las leyes de la conducta personal o familiar. Una economía del individuo o de la familia, estudiaría la producción de la riqueza, sólo en cuanto se refiere a la producción de tales unidades. Y aunque tuviera que tomar en cuenta las leyes físicas relativas a la Agricultura y a la Mecánica, no trataría en absoluto de la distribución de la riqueza, en sentido económico, puesto que toda proporcionalidad en riqueza obtenida entre los miembros de dicha familia sería regulada por las leyes de la vida individual o familiar y no por ley alguna de la distribución de los resultados obtenidos por los esfuerzos del conjunto social.

Pero cuando en el curso natural del crecimiento humano y del desenvolvimiento económico, las unidades establecen tales relaciones que la satisfacción de los deseos materiales es alcanzada por los esfuerzos conjuntos, comienzan a aparecer las leyes que la Economía Política procura descubrir.

El sistema o régimen por el cual, en tales condiciones materiales, las satisfacciones son alcanzadas y obtenidas, puede ser toscamente comparado a una máquina dispuesta por combinados esfuerzos y produciendo resultados de conjunto que finalmente son divididos o distribuidos en satisfacciones individuales, máquina parecida a un viejo molino al cual los individuos arrojan separadamente medidas de grano y del cual reciben en cambio, en harina, no el grano mismo que cada uno ha puesto, ni siquiera su exacta equivalencia, sino su equivalencia menos lo desquitado por la molienda.

O para poner un ejemplo más exacto. Los sistemas o regímenes, que son la materia que la Economía Política se propone estudiar, pueden ser comparados a aquel sistema o régimen por el cual el organismo corporal se nutre. La más baja unidad de la vida animal, en cuanto nosotros podemos ver, es la simple célula, que absorbe y asimila su propio alimento, satisfaciendo así directamente lo que podemos denominar sus propios deseos. Pero en aquellas más altas formas de la vida animal, de que el hombre es tipo, han sido reunidas miríadas de células constituyendo partes conexas y órganos que ejercitan diferentes y complejas funciones que se traducen en procurarse, digerir y asimilar el alimento que, nutriendo cada separada célula, mantiene el organismo entero. El cerebro y el estómago, las manos y los pies, los ojos y las orejas, los dientes y los cabellos, los huesos, los nervios, las arterias y las venas y aun menos las células de que todas esas partes están compuestas, no se alimentan a sí propios. Bajo la dirección del cerebro, lo que las manos, ayudadas por las piernas, asistidas por el sentido del tacto, se procuran, es llevado a los labios, masticado por los dientes, conducido por la garganta al alambique del estómago; donde, con la ayuda de los intestinos, es digerido y, convirtiéndolo en un fluido que contiene todas las substancias nutritivas, es oxigenado por los pulmones, e, impelido por la bomba del corazón, hace un completo circuito por el cuerpo a través de un sistema de arterias y venas, en el curso del cual cada parte y cada célula toman el alimento que requieren. Ahora bien, lo que la sangre es para el cuerpo físico, es la riqueza, como después veremos más completamente, para el cuerpo económico. Y así como, según veremos donde lo entendamos, una descripción de la manera cómo la sangre es producida y distribuida en el cuerpo físico implicaría casi, si no completamente, una descripción de la entera constitución física del

hombre con todas sus facultades y funciones y de las leyes que rigen sus operaciones, así veremos que lo que entraña o comprende la Economía Política, y la ciencia que trata de la producción y distribución de la riqueza, es casi, si no completamente, el conjunto del cuerpo social, con todas sus partes, facultades y funciones y las leyes bajo las cuales opera.

El objeto de la Economía Política sería explicado a grandes rasgos si dijéramos que es la ciencia que enseña cómo se ganan la vida los hombres civilizados. Por qué esta idea está suficientemente expresada en la producción y distribución de la riqueza, lo veremos más plenamente después; pero hay una distinción en cuanto a lo que se llama ganarse la vida, que merece ser notada aquí.

No tenemos sino que mirar a los hechos existentes para ver que hay dos medios de que los hombres (es decir, algunos hombres), puedan satisfacer sus materiales deseos de cosas no ofrecidas libremente por la Naturaleza.

El primero de esos dos medios, es trabajar o prestar servicios.

El segundo, es robar o imponer servicios.

Pero sólo hay un camino por el cual el hombre (es decir, los hombres en general, o todos los hombres) puedan satisfacer sus deseos materiales: trabajar o prestar servicios.

Porque es manifiestamente imposible que los hombres en general, o todos los hombres, o en realidad nadie, sino una pequeña minoría de hombres, puedan satisfacer sus deseos materiales, robando, ya que está en la naturaleza de las cosas, que el trabajar o prestar

servicios es el único camino por el cual, la material satisfacción de los deseos puede obtenerse o producirse primariamente.

El ladrón no produce nada; únicamente altera la distribución de lo que ya ha sido producido.

Por consiguiente, aunque el robo fuera honrado por una economía individual o por la economía de una división política, y con cualquiera propiedad que un ladrón triunfante que ha fundado iglesias, colegios y bibliotecas y asilos, pueda ser tratado en tales economías como un bienhechor público y hablarse de él como Antonio de César:

«Ha traído muchos cautivos a Roma
con cuyos rescates llenó el general sus arcas»

una verdadera ciencia de la economía política no puede tomar en cuenta el robo, salvo en cuanto sus varias formas tuerquen la natural distribución y, por tanto, estorban la natural producción de la riqueza.

La Economía Política tampoco tiene que ver con el carácter de los deseos cuya satisfacción se persigue. Ninguna relación tiene con los motivos originales que impelen a la satisfacción material de los deseos, ni tampoco con la final satisfacción que es el término y meta de dicha acción. Es, por decirlo así, como la ciencia de la navegación que atañe a los medios por los cuales un barco puede ser llevado desde un punto a otro del Océano, pero no pregunta si ese barco es pirata o un barco misionero, ni cuáles son los fines que pueden inducir a sus pasajeros a ir de un lugar a otro, ni si esos fines serán o no satisfechos al llegar. La Economía Política no es ciencia moral o ética, ni siquiera ciencia política. Es la ciencia del sustento y nutrición del cuerpo político.

Aunque los tratados de moral o ciencia ética pueden arrojar, incidentalmente, poderosa luz sobre la Economía Política, y darle cimiento más vigoroso, la materia propia de ésta no es explicar las diferencias entre lo justo y lo injusto, ni persuadir a uno con preferencia a otro. Y, aun cuando no está en la misma vía de lo que se pudiera llamar el lado del *pan y manteca* de la política, trata directamente sólo de las leyes naturales que rigen la producción y distribución de la riqueza en el organismo social, y no de la legislación del cuerpo político o Estado.

△▽

Capítulo X

De los elementos de la Economía Política

Exponiendo cómo tiene que proceder la economía política y qué relaciones procura descubrir

Cómo entender un sistema complejo.-El objetivo de un sistema como éste, es el que la Economía Política procura descubrir.-Estas leyes, leyes naturales de la naturaleza humana.-Los dos elementos admitidos por la Economía Política.-Son distinguidos sólo por la razón.-La voluntad humana afecta al mundo material sólo mediante leyes naturales.-Aquella es el factor activo en todo lo que la Economía Política trata.

Para entender una máquina compleja, el mejor medio es ver primero cual es el principio y cual el fin de sus movimientos, dejando el pormenor hasta que hayamos dominado sus ideas generales y

comprendido su objeto. De esta manera vemos más fácilmente sus relaciones de las partes entre sí y con el objeto del conjunto y fácilmente llegamos a entender los más minuciosos movimientos y aplicaciones que, sin la clave de la intención, nos hubieran tenido apuradamente perplejos.

Cuando la bicicleta era todavía una curiosidad, aun en las ciudades de Inglaterra y de los Estados Unidos, un misionero americano de un punto muy remoto, recibió, de un antiguo amigo, sin que lo acompañara la carta que debía ir con el regalo, una de estas máquinas; que, para economía en el transporte, fue remitida desmontada. Cómo acomodar las diversas partes, fue un oscuro problema, porque ni el misionero ni nadie a quien pudiera consultar podían al principio imaginarse para qué servía aquello, y sus conjeturas tendieron a todo menos a la verdad; hasta que al fin, la montura le sugirió una explicación con tan satisfactorio éxito que cuando meses después, otro barco trajo la carta enviada, el misionero ya paseaba por la fatigante arena de la playa, sobre su máquina.

Del mismo modo, un salvaje inteligente, colocado en una gran colmena industrial de nuestra civilización, ante cualquiera enorme fábrica, palpitando y chirriando con el movimiento en apariencia independiente de los pistones y ruedas y correas y brazos, llegaría a ver pronto, sin más guía que su observación y su razón el qué, el cómo y el porqué del conjunto, como un mecanismo sistemático para utilizar la fuerza obtenida por la transformación del carbón en vapor en convertir cosas como seda o algodón, en mantas, piezas de tela o cintas.

Ahora bien, la razón, que nos permite entender la obra del hombre tan pronto como descubrimos el fin que la origina, también nos hace interpretar la naturaleza poniendo una intención análoga en la Naturaleza. La pregunta infantil «¿para qué es esto?» «¿Cuál es su propósito o designio?» es la llave maestra que nos permite dar vuelta a la cerradura que esconde los misterios naturales. De esta manera se han hecho todos los descubrimientos en el campo de las ciencias naturales y éste será el mejor camino para la investigación que comenzamos. El complejo fenómeno de la producción y distribución de la riqueza en la complicada organización de la civilización moderna, sería para nosotros un rompecabezas, como lo revelan muchos confusos y confundidores libros escritos, si comenzáramos, como si dijéramos, por el medio. Pero si buscamos los primeros principios y seguimos sus líneas fundamentales de manera que comprendamos el armazón de sus relaciones, se hará fácilmente inteligible.

El inmenso conjunto de movimientos por los cuales es producida y distribuida la riqueza en la civilización, considerados en bloque como materia de la Economía Política, constituye un sistema o mecanismo mucho más grande, aunque sea análogo, que el sistema o mecanismo de una gran fábrica. Con el propósito de entender las leyes de la Naturaleza que aquéllos atestiguan y obedecen, permitidme rehuir la confusión que indudablemente surgiría de comenzar por el medio, y que siga el procedimiento presentado en el ejemplo, el único procedimiento científico.

Estos movimientos, tan varios en sus modos y tan complejos en sus relaciones, a los cuales se refiere la Economía Política, evidentemente se originan en el ejercicio de la voluntad humana empujada por el deseo; sus medios son los materiales y las fuerzas

que la Naturaleza ofrece al hombre y las leyes naturales a que aquéllos obedecen; su fin y propósito es la satisfacción de los materiales deseos del hombre. Si procuramos representarnos cuanto podamos, los diferentes movimientos que abarca la producción y distribución de la riqueza en la moderna civilización -recogiendo y acumulando, separando y combinando, cavando y plantando, panificando y haciendo servicios, tejiendo y tiñendo, cosiendo y lavando, aserrando y cepillando, moliendo y forjando, moviendo y trasplantando, comprando y vendiendo- veremos que todo lo que se procura hacer es en algún modo cambiar de lugar, forma o relación la materia o fuerza suministrada por la Naturaleza, de la manera que satisfaga mejor los deseos humanos.

Así, los movimientos de que trata la Economía Política, son acciones humanas que tienen por objeto alcanzar satisfacciones materiales. Y las leyes que le toca descubrir, no son las leyes manifestadas en la existencia de los materiales o fuerzas de la Naturaleza que el hombre así utiliza, ni tampoco las leyes que hacen posible su cambio de lugar, forma o relaciones, sino las leyes de la propia naturaleza del hombre, que afectan a su propia acción en el intento de satisfacer sus deseos, originando tales cambios.

El mundo, según es percibido por la razón humana puede ser resuelto por esta razón, como hemos visto, en tres elementos o factores: espíritu, materia y energía. Pero como esos tres últimos elementos se juntan en lo que llamamos Naturaleza, el mundo, mirado a la luz de la Economía Política, tiene por elementos originarios: hombre y Naturaleza. De éstos, el elemento humano, es la iniciativa o factor activo, el que principia o actúa primero. El elemento Naturaleza es el factor pasivo, el que recibe la acción y responde a ella. De la

interacción de estos dos procede cuanto concierne a la Economía Política, es decir: todos los cambios que la acción del hombre puede originar en lugar, forma o condición de las cosas materiales para acomodarlas lo mejor posible a la satisfacción de sus deseos.

Entre las cosas materiales que vienen a la existencia por la acción del hombre y aquéllas que vienen a la existencia por ministerio de la Naturaleza únicamente, la diferencia es tan clara para la razón humana como la diferencia entre una montaña y una pirámide, entre lo que eran las costas y playas del lago Michigan, cuando las carabelas de Colón surcaron por primera vez las playas del Mar Caribe y la asombrosa ciudad blanca, cerca de la cual, en 1893, las reproducciones de aquellas carabelas anclaron por regalo de España. Sin embargo, esa diferencia esquiva nuestros sentidos y sólo puede ser percibida por la razón.

Cualquiera puede distinguir, de una ojeada, por así decirlo, entre una pirámide y una montaña, una ciudad y un bosque. Pero, no por los sentidos sin asistencia de la razón. Los animales, cuyos sentidos son aún más agudos que los nuestros, parecen incapaces de hacer tales distinciones. En los actos del perro más inteligente no se encontrarán indicios de que reconozca diferencia ninguna entre una estatua y una piedra, una plantación de tabaco indiana y el tocón de un árbol. Y ahora son fabricadas y vendidas cosas, respecto de las cuales, se requiere un perito para decir si son productos del hombre o productos de la Naturaleza.

Porque la cosa esencial que en último análisis distingue al hombre de la Naturaleza, en el plano material que es cognoscible por los sentidos, sólo puede aparecer en la envoltura y forma de la materia.

Cualquiera que sea lo que el hombre haga, tiene que sacar su substancia de una materia preexistente; cualquiera movimiento que realice tiene que salir de un preexistente depósito de energía. Quitado al hombre todo lo que aporta la Naturaleza externa, todo lo que pertenece al factor económico tierra, ¿qué le quedará? Algo que no es perceptible por los sentidos, aunque es el último recipiente de la causa final de las sensaciones; algo que no tiene forma o substancia, ni poder directo en o sobre el mundo material; pero que es, sin embargo, el original impulso que emplea al movimiento para moldear la materia en la forma deseada y a lo cual hemos de mirar como origen de la pirámide, la carabela, los palacios industriales de Chicago y las innumerables maravillas que contienen.

No deseo elevarme, ni siquiera referirme más de lo necesario a aquellos magnos problemas del ser y el génesis, donde la luz de la razón parece faltarnos y trocarse el crepúsculo en tinieblas. Pero debemos coger el hilo por su principio si aspiramos a abrirnos el camino a través de una enredada madeja. Y las fatales confusiones en que caen aquéllos que no comienzan por el principio, pueden verse en las obras de Economía corriente que tratan del capital como si fuera el factor original de la producción, el trabajo como si fuera un producto, y la tierra como si fuera un simple elemento de la Agricultura, algo sobre lo cual ha de pastar el ganado y sobre lo que hayan de crecer los granos y las hortalizas.

Realmente no podemos considerar el principio de las cosas, en cuanto una Economía Política está obligada a referirse a él, sin ver que, cuando el hombre vino al mundo, la suma de energía no aumentó, ni se añadió materia, y que así tiene que ser hoy. Todos los cambios que el hombre realiza en el mundo material, nada añaden ni

nada sustraen al conjunto de la materia y la energía. Simplemente originan cambios en el lugar y las relaciones de lo que ya existe; y la primera y siempre indispensable condición para que haga algo en el mundo material, y aun de su propia existencia en éste, es el acceso a su materia y fuerzas.

En cuanto podemos ver, es universalmente verdad que la materia y la energía son indestructibles y que la forma en que nosotros las percibimos no son más que trasmutaciones de la fuerza que antes tenían; que lo inorgánico no puede pasar por sí mismo a lo orgánico, que la vida vegetal sólo puede venir de la vida vegetal, y la vida animal de la vida animal, y la vida humana de la vida humana. A pesar de todas las especulaciones sobre este asunto, jamás hemos podido enlazar el origen de una especie bien determinada con otra especie concreta. Sin embargo, la manera en que nosotros encontramos los órdenes de existencia, superpuestos y relacionados, nos indica designios o pensamientos, algo de lo cual tenemos el primer vislumbre sólo en el hombre. De aquí que, aun cuando podamos explicar el mundo de que nos hablan nuestros sentidos, por un mundo del que nuestros sentidos no nos hablan, un mundo al cual Platón llamaba vagamente ideas, o del cual nosotros vagamente hablamos como espíritu, sin embargo, nos vemos obligados, cuando buscamos la causa inicial, para huir la negación, a suponer una primera o causal idea o espíritu, un productor de todo o creador, para lo cual, nuestro breve vocablo, es Dios.

Pero encierra lo que sabemos. En el hombre la voluntad consciente, lo que siente, razona, proyecta e inventa, de un modo que no podemos comprender, está revestida de forma material. Viniendo así a dirigir parte de la energía almacenada en nuestro cuerpo físico y

aprendiendo, como podemos ver en la infancia, el manejo de brazos, piernas y otros pocos órganos, esta voluntad consciente procura, a través de aquéllos, apoderarse de la materia y fijar por el trabajo, cambiando su lugar y forma, otros depósitos de energía. La locomotora, rodando con su largo tren de carbón, o mercancías, o pasajeros, no es en todo lo que manifiesta a nuestros sentidos, sino una nueva forma de lo que previamente existía. Cualquier cosa del tren que podamos ver, oír, tocar, gustar, pesar, medir o sujetar a experiencias químicas, existía antes de que el hombre fuese. Lo que ha aportado la materia y el movimiento preexistentes a la forma y función de máquina y tren es lo que aprisionado en el cerebro del ingeniero aprieta su garganta, lo mismo que extiende los brazos del pequeñuelo hacia la luna y hace que el niño fabrique pellas de lodo. Esta voluntad consciente, buscando la satisfacción de sus deseos por la alteración de las formas materiales, es el primario poder causal, el factor activo en el conjunto de relaciones de que la Economía Política trata. Y aunque, cualquiera que sea su origen, esta voluntad es en el mundo que conocemos un elemento original, sólo puede actuar de cierta manera y está sujeta en esta acción a ciertas uniformes secuencias que denominamos leyes de la Naturaleza.

△▽

Capítulo XI

De los deseos y satisfacciones

Exponiendo la extensión e importancia del campo de la Economía Política

La acción nace del deseo y busca la satisfacción.-Orden de los deseos.-Deseos o necesidades.-Deseos subjetivos y objetivos.-Deseos materiales e inmateriales.-La jerarquía de la vida y de los deseos.

Todas las acciones humanas -al menos todas las acciones conscientes y voluntarias- son impelidas por los deseos y tienen por fin, su satisfacción. Puede ser el deseo de obtener algo o de evitar algo, como el de obtener alimento o disfrutar de un perfume grato, o esquivar el frío o el calor o un olor infecto; un deseo de satisfacer o proporcionar placer a otros, o un deseo de hacerle daño o proporcionarle penas. Pero sea positivo o negativo, físico o mental, benéfico o nocivo, el deseo es tan invariablemente el antecedente de la acción, que cuando nuestra atención es solicitada por algún acto humano, nos encontramos perplejos si no comprobamos el deseo antecedente o motivo; y desde luego comenzamos a buscarlo seguros de que tiene con el acto la relación de causa a efecto.

Tan ciertos estamos en verdad de esta notoria relación causal entre la acción y el deseo que, cuando no podemos encontrar, al menos con alguna admisible hipótesis, un deseo antecedente del que el acto es expresión, no creemos que la acción se realice, por lo menos no creemos que sea una acción voluntaria, consciente, sino que presumimos, conforme a la vieja fraseología, que el hombre está poseído por alguna voluntad humana o extrahumana, o, según la frase moderna, que está demente. Porque tan incomprensible es la acción consciente voluntaria sin un deseo antecedente, que repudiaremos el testimonio de otros y aun el testimonio de nuestros propios sentidos antes de creer que un acto consciente puede realizarse sin motivo.

Y como el deseo es el impulsor y la satisfacción del deseo es el fin o propósito de toda humana acción; todo lo que el hombre procure

hacer, obtener o esquivar, puede ser comprendido en un término, como satisfacciones o satisfacciones del deseo.

Pero de ese deseo y de sus satisfacciones correspondientes, unos son más primarios o fundamentales que otros, y sólo cuando estos deseos están satisfechos es cuando los otros nacen y se hacen sentir. Así, el deseo de aire es quizá el más fundamental de los deseos humanos. Sin embargo, su satisfacción bajo las condiciones normales es tan fácil que, habitualmente, no tenemos conciencia de ello; es, en efecto, un deseo latente, más que un deseo actual. Pero que a uno le falte aire y, el deseo de obtenerlo se convierte, inmediatamente, en el más fuerte de los deseos, acallando por el momento los demás. Así ocurre con otros deseos, tales como el de alimento y bebida, cuya satisfacción es necesaria para mantener la vida y la salud y para evitar el daño y el dolor, deseos que nos son comunes con los animales. Estos primarios deseos son como si yacieran bajo o fueran el cimiento de multitud de deseos que nacen en el hombre cuando aquéllos están satisfechos. Porque mientras los deseos de los demás animales parecen, comparativamente hablando, pocos y fijos, los deseos del hombre son aparentemente ilimitados. Es, en verdad, el animal insaciado; sus deseos bajo las condiciones normales van creciendo con su poder de satisfacerlos, sin límite asignable. De la misma manera que distinguimos entre lo necesario y lo superfluo, así distinguimos, frecuentemente, lo que llamamos exigencia o necesidad de aquello de que hablamos simplemente como deseo. Los deseos cuya satisfacción es necesaria para mantener la vida y evitar el mal o el dolor, aquellos deseos, en una palabra, más cercanos al plano animal, acostumbramos a llamarlos *exigencias* o *necesidades*. Por lo menos esta es la idea primaria, aunque de hecho, hablemos frecuentemente de necesidades o exigencias en relación con el usual

nivel de comodidad que llamamos razonable y que, en gran parte, es cuestión de costumbre. Y así, por más que la satisfacción de los deseos de cierta clase es el fin y el propósito de todo acto humano, reconocemos, aunque vagamente, una diferencia en su relativa importancia cuando decimos que el fin o el propósito del esfuerzo humano es subvenir a las necesidades y satisfacer los deseos.

El hombre no puede existir sin deseos, ni siquiera en su organismo animal. Y aquellas filosofías orientales, de las cuales la de Schopenhauer es una versión occidental, que enseñan que el sabio buscará la extinción de todo deseo, también enseñan que su consecución sería la cesación de la existencia individual que aquéllos consideran en sí misma un mal. Pero de hecho, a medida que el hombre se desarrolla, levantándose a un plano más alto, sus deseos, infaliblemente, crecen, si no en número, al menos en calidad, haciéndose más altos y extensos en su objetivo y propósito.

Ahora bien, de los deseos humanos y de su satisfacción correspondiente, unos pueden ser subjetivos, esto es: referentes al espíritu del individuo o sujeto pensante; los otros objetivos, es decir referentes al mundo externo, al objeto de sus pensamientos. Y, por otra distinción, puede decirse de unos que son inmateriales, esto es, relativos a las cosas no cognoscibles por los sentidos, por ejemplo: ideas y sentimientos, y otros materiales, esto es, relativos a las cosas que son cognoscibles por los sentidos o sean, materia y energía.

Hay una diferencia entre estas dos distinciones, pero prácticamente no es grande. Un deseo subjetivo, como cuando yo deseo más amor, más cultura o más felicidad por y en mi propio pensamiento, es siempre un deseo inmaterial. Pero no se sigue de aquí que un deseo

objetivo sea siempre un deseo material, puesto que yo puedo desear mayor amor, o cultura o felicidad, por y en el espíritu de otro. Sin embargo, debemos recordar: 1.º Que mucho de lo que nos inclinamos a considerar inmaterial parece serlo únicamente porque las palabras que usamos envuelven una abstracción puramente ideal de las cualidades respecto de las cosas que califican, y sin las cuales aquéllos no pueden existir como cosas realmente concebidas. Amor, saber o felicidad presuponen quien ame, sepa o sienta, como la blancura presupone una cosa que sea blanca. 2.º Que mientras cualidades como el amor, el saber o la felicidad pueden ser predicados del objetivo pensamiento de cosas inmateriales, sin embargo, normalmente al menos, nosotros no podemos conocer tales cosas inmateriales, o sus estados, o condiciones sino a través de lo material. Privados de los sentidos de la vista, oído, tacto, gusto y olfato, puertas a través de las cuales el Yo adquiere conciencia del mundo material, ¿cómo por un medio normal, podremos saber del amor, de la cultura, de la felicidad o de la existencia de nada semejante? Salvo que haya algún medio directo por el cual el espíritu pueda tener conocimiento del espíritu -camino que acaso esté abierto cuando los de la materia, por las puertas de los sentidos, se cierran,- la exclusión de la materia es, por tanto, una práctica exclusión de lo objetivo.

Hablo de esto con el fin de demostrar cómo el campo de los deseos materiales, que es lo que abarca la esfera de la Economía Política, comprende casi todos los deseos y satisfacciones humanas. Y cuando consideramos como lo subjetivo está mezclado en el hombre con lo objetivo, lo espiritual con lo material, la importancia de los deseos y satisfacciones materiales para el conjunto de la vida humana es aun más clara. Porque aun cuando nos vemos obligados a

reconocer como íntima esencia del hombre algo que no es material, sin embargo, este espíritu o alma, según en esta vida lo conocemos, está encarcelado y aprisionado en la materia. Aunque la existencia subjetiva sea posible sin el cuerpo, el Yo, como nosotros lo conocemos, privado de contacto con la materia a través de los sentidos, estaría condenado a lo que podríamos considerar una solitaria prisión.

Así como la vida vegetal está edificada, por decirlo así, sobre la existencia inorgánica, y el animal puede ser considerado como una planta semoviente más un espíritu animal; así el hombre es un animal, más un alma humana o poder razonador. Y, aunque por razones que he indicado, somos llevados, cuando pensamos en el primitivo origen, a considerar al más alto elemento que conocemos como el elemento original somos, sin embargo, irresistiblemente compelidos a pensar de esto como si hubiéramos puesto los cimientos antes de levantar el edificio. Ésta es la profunda verdad de la idea de evolución que todas las teorías sobre la Creación han admitido y tienen que admitir, pero que no debe confundirse con la noción materialista de la evolución que durante los últimos años se ha popularizado entre los pensadores superficiales. La más osada imaginación jamás soñó que el primero que vino a la vida fue el hombre, después los animales, más tarde las plantas, en seguida la tierra y finalmente las fuerzas y elementos. En la jerarquía de la vida, tal como la conocemos, lo más alto está edificado sobre lo más bajo en categoría, y es como la cima a la base. Y así, en el orden de los deseos humanos, lo que llamamos necesidades vienen primero y son de la mayor importancia. Los deseos que trascienden de los deseos del mero animal pueden nacer y buscar satisfacción, sólo cuando los deseos que nos son comunes con los animales están satisfechos. Y aquéllos que propenden a

considerar aquella rama de la Filosofía que se refiere a la satisfacción de las necesidades materiales y especialmente al modo como los hombres son alimentados, vestidos y guarecidos, como una ciencia secundaria e innoble, son como un general tan absorto en el orden y movimiento de sus fuerzas, que olvidara enteramente el abastecerlos, o como un arquitecto que creyera el adornar una fachada más importante que asentar los cimientos.

△▽

Capítulo XII

La ley fundamental de la economía política

Exponiendo que la ley de que parte la «Economía Política» es la de que el hombre procura satisfacer sus deseos con el menor esfuerzo

El esfuerzo seguido por la fatiga.-El hecho de que los hombres procuran satisfacer sus deseos con el menor esfuerzo.-Significado y analogía.-Ejemplos en cosas triviales.-Es una ley natural y la ley fundamental de la Economía Política.-Sustitución del egoísmo por este principio.-Cita de Buckle.-La Economía Política, no requiere tal supuesto.-La necesidad del trabajo no es un azote.

El único medio de que el hombre satisfaga sus deseos es la acción.

Ahora bien, la acción, si continúa bastante en un sentido para convertirse realmente en esfuerzo, en consciente despliegue de esfuerzos, produce en la conciencia un sentimiento de repugnancia o fatiga. Esto proviene de algo más profundo que el agotamiento de la energía en lo que llamamos trabajo físico; porque cualquiera que lo ha

observado sabe que se puede estar echado en la más confortable posición y por la mera fatiga de estar pensando, sin mover conscientemente un músculo, cansarse, como si se estuviese cortando leña, y que el mero choque o conflicto e involuntarias o espontáneas ideas o sentimientos, o su continuación en una dirección, pronto acarrea una extrema fatiga.

Pero cualquiera que sea su última causa, el hecho es que el trabajo, el intento de la voluntad consciente de realizar sus materiales deseos, es siempre, cuando continúa durante algún tiempo, en sí mismo, pesado y fastidioso. Y provenga de este hecho solo o de este hecho enlazado con alguna de nuestras percepciones intuitivas, o fundado sobre ellas, el hecho posterior, atestiguado a la vez por la observación de nuestros sentimientos y acciones, y por la observación de los actos de otros, es que los hombres buscan satisfacer sus deseos con el menor esfuerzo.

Esto, naturalmente, no significa que siempre lo consiga, como la ley física de que el movimiento tiende a persistir en línea recta no significa que los cuerpos que se mueven siempre sigan esa línea. Pero significa la analogía mental de la ley física de que el movimiento busca la línea de menor resistencia, que los hombres al procurar la satisfacción de sus deseos, siempre buscan el camino que, bajo las condiciones existentes, físicas sociales y personales, les parece implicar el menor gasto de esfuerzo.

Quien desee ver esta disposición de la naturaleza humana manifiesta en las cosas triviales, sólo tiene que observar al viandante en una calle repleta o a los que entran o salen de una casa frecuentada. Advertirá, y acaso le divierta, cuán ligero es el obstáculo

o apariencias de obstáculo que desvía los pasos de aquéllos, y verá este principio observado por santos y pecadores, por «el hombre perverso que camina hacia el pecado» y por «el Buen Samaritano que se dirige a obras de misericordia».

Que proceda esto de la experiencia de lo fatigoso del trabajo o del deseo de evitarlo, o, apoyándolo en algo más hondo, tenga su fuerza en algún innato principio de la constitución humana, esta tendencia de los hombres a buscar la satisfacción de sus deseos con el mínimo del esfuerzo, es tan universal e indefectible que constituye una de aquellas invariables secuencias que denominamos leyes de la Naturaleza y desde las cuales podemos seguramente discurrir. Esta ley de la Naturaleza es la ley fundamental de la Economía Política, la ley central de la cual puede sacar con certeza sus deducciones y explicaciones y en verdad aquélla por la cual únicamente se hace posible la Economía Política. Ocupa el mismo lugar en la esfera de la Economía Política que la ley de la gravitación en la Física. Sin ella no podría reconocerse un orden, y todo sería caos.

Sin embargo, el no haber percibido claramente que esta es la ley fundamental de la Economía Política, ha conducido a muy serios y trascendentales errores en cuanto a la naturaleza de la ciencia, y ha impedido, realmente, a pesar de los victoriosos asertos y de las afirmaciones de sus maestros acreditados, que ocupase en el concepto popular el lugar de una verdadera ciencia, y conservara en los centros docentes el crédito que un tiempo ganó. Porque el principio de que los hombres siempre buscan la satisfacción de sus necesidades con el menor esfuerzo, fue sustituido en aquéllos, desde el tiempo en que la Economía Política comenzó a llamar la atención de los hombres pensadores, por el principio del egoísmo humano. Y con

la afirmación de que la Economía Política sólo toma en cuenta los sentimientos egoístas de la naturaleza humana, han sido eslabonadas, como leyes de la *Economía Política*, otras aseveraciones tan infundadas.

Para demostrar cuán completamente ha prevalecido la idea de que el cimiento de la Economía Política es la afirmación del humano egoísmo, no me detendré a citar textos de los escritores acreditados sobre la materia ni siquiera de aquéllos que han hecho de tal idea una razón de sus repugnancias hacia la Economía Política y la han llamado con justicia *la ciencia sombría*, como Carlyle, Dickens o Ruskin. Elijo para este propósito un escritor que, aun cuando aceptó plenamente lo que en su época (1857-60) era la Economía Política ortodoxa, estimandola como «única materia inmediatamente relacionada con el arte del Gobierno, que ha sido elevada a la categoría de ciencia» y era muy conocedor de su literatura, sin embargo, no se refiere a ella como un polemista sino como un historiador del desarrollo del pensamiento.

El juicio de Buckle sobre la Economía Política era que ésta prescindía de todo sentimiento que no fuera el del egoísmo. En su *Indagación sobre la influencia ejercida por la religión, la literatura y el Gobierno*. (Volumen I, capítulo V, de su: *Historia de la civilización en Inglaterra* dice: que en la *Riqueza de las Naciones*, que considera como «el libro más importante, probablemente, que se ha escrito jamás», Adam Smith «generaliza las leyes de la riqueza, no partiendo de los fenómenos de la riqueza ni de datos estadísticos, sino de los fenómenos del egoísmo, haciendo así una aplicación deductiva de un conjunto de principios mentales a un conjunto de hechos económicos».

Y, en su *Examen del intelecto escocés durante la centuria XVIII* (Volumen II, capítulo VI), vuelve con más detenimiento sobre el mismo asunto. Adam Smith, dice, escribió dos grandes libros con un intervalo de diecisiete años. En ambos empleó el mismo método, aquella forma deductiva «que procede por una artificiosa separación de hechos en sí mismos inseparables». En el primero de aquellos libros, la *Teoría de los sentimientos morales*, «ha acotado el campo de la indagación, excluyendo de ella toda consideración del egoísmo como un principio primario y admitiendo únicamente su gran antagonista, la solidaridad». En el segundo, la *Riqueza de las Naciones*, que Buckle considera parte correlativa del gran sistema de Smith, aún mayor que la precedente, Smith, por el contrario, «afirma que el egoísmo es el principio director de los asuntos humanos, lo mismo que en su obra precedente había afirmado que lo era la solidaridad». O como Buckle, a continuación, dice:

«Aquél supone siempre, que el gran motor de todos los hombres, todos los intereses y todas las clases, en todos los tiempos y países, es el egoísmo. El poder opuesto de la simpatía lo elimina completamente, apenas recuerdo un ejemplo en que siquiera asome la palabra en el curso de su obra. Su afirmación es que cada hombre sigue exclusivamente su propio interés, o lo que él imagina ser su interés... En este camino, Adam Smith cambia completamente la premisa que ha afirmado en su obra primera. Aquí hace al hombre, naturalmente, egoísta; anteriormente lo había hecho, naturalmente, altruista. Aquí lo considera persiguiendo la riqueza por fines sórdidos y por los más mezquinos disfrutes personales; anteriormente lo representa mirando a los sentimientos de otros y con el propósito de obtener su simpatía... En la *Riqueza de las Naciones*, no se habla más de este espíritu de concordia y simpatía. Tales máximas admirables

son enteramente olvidadas, y los negocios del mundo son regulados por principios diferentes. Ahora aparece que la bondad y el afecto no tienen influencia sobre nuestras acciones. Verdaderamente, Adam Smith apenas admite la humanidad corriente en su teoría de los motivos. Si un pueblo emancipa a sus esclavos, es prueba, no de que aquel pueblo está influido por altas consideraciones morales, ni de que su simpatía es excitada por la crueldad ejercida sobre aquellas infelices criaturas. Nada de esto. Tales inducciones sobre la conducta son imaginarias, no tienen importancia real. Todo lo que prueba la emancipación es que los esclavos eran pocos en número, y, por consiguiente, cortos en valor. De otra manera no hubieran sido emancipados.

Así, por consiguiente, mientras en su primer libro atribuye los diferentes sistemas morales al poder de la simpatía, en este libro los adscribe enteramente al poder del egoísmo».

Esta afirmación, tan bien establecida y defendida por Buckle, de que la Economía Política prescinde de cuanto no sean sentimientos egoístas del género humano, ha continuado prevaleciendo en la Economía Política acreditada hasta este tiempo, cualesquiera que hayan sido los efectos sobre el pensamiento común de los ataques dirigidos contra aquélla por quienes no formulando sus objeciones de una manera lógica y coherente, han podido hablar como psicólogos, pero no como economistas. Sin embargo, por muy generalmente que los escritores de Economía Política hayan podido suponer que la afirmación del egoísmo universal sea el principio fundamental de la Economía Política, y cualquiera que sea el crédito que hayan dado a esta suposición sus lectores, una Economía Política verdadera, no requiere tal afirmación. El postulado primario sobre el cual se levanta y

del cual se deriva toda ella, no consiste en que todos los hombres son regidos únicamente por motivos egoístas o que sus propósitos están regidos únicamente por egoístas motivos; es que todos los hombres buscan la satisfacción de sus deseos, sean cuales fueren estos deseos, con el menor esfuerzo. Esta ley fundamental de la Economía Política es, como las demás leyes naturales, en cuanto nos afecta, suprema. El egoísmo o altruismo de nuestros deseos no le afecta más que a la ley de gravitación. Es, simplemente, un hecho.

La fatiga o cansancio que inevitablemente acompaña a todo continuado esfuerzo, induce primeramente al hombre a considerar la necesidad de trabajar, para producir, como un castigo impuesto a nuestro linaje por una divinidad ofendida. Pero, a la luz de la moderna civilización, podríamos decir que lo que aquéllos consideraban una maldición, es en realidad el impulso que ha conducido a las más enormes dilataciones del poder del hombre en sus relaciones con la Naturaleza. Tan verdadero es esto, como que el bien y el mal no están en las cosas externas ni en las leyes de su acción, sino en la voluntad o espíritu.

△▽

Capítulo XIII

Procedimientos de la Economía Política

Exponiendo la naturaleza de los métodos de investigación que pueden emplearse en la Economía Política

*Escuela deductiva e inductiva.-Cita de la New American
Ciclopedia.-Triunfo de los induccionistas.-El método de inducción y el
método de deducción.-Procedimiento de la hipótesis.-Relación de*

Bacon con la inducción.-Verdadero error de los deduccionistas y la equivocación de los induccionistas.-Cita de la Enciclopedia de Lalor.-Resultado del triunfo de los induccionistas.-Una verdadera ciencia de la Economía Política, tiene que seguir el método deductivo.-Cita de los Elementos de Lógica inductiva de Davis.-Doble garantía de los verdaderos postulados de la Economía Política.-Procedimiento del experimento mental o imaginativo.

Un equivocado concepto de la ley fundamental sobre la cual está basada una ciencia, tiene que conducir a extravíos y confusiones, al intentar desarrollarla.

En el caso de la Economía Política, el resultado de la afirmación de que su principio fundamental es el egoísmo humano, se manifiesta en las disputas y confusiones en cuanto a su procedimiento adecuado. Aquéllas comenzaron pronto, en cuanto se declaró a la Economía merecedora de la atención de las instituciones docentes, y es un aspecto perceptible y creciente de la literatura económica durante sesenta o setenta años. Adam Smith y los más eminentes sucesores suyos, siguieron el procedimiento deductivo. Pero al instante comenzó a discutirse si el método inductivo no era el más adecuado. Teniendo de su lado el peso de la autoridad, los defensores del método deductivo o *escuela antigua* de Economía Política, como se les comenzó a llamar, sostuvieron durante algún tiempo su posición, aunque obligados por las incongruencias del sistema que trataban de sostener, a hacer deducciones perjudiciales y concesiones que les debilitaban; mientras sus adversarios, denominados con varios

nombres, pero generalmente conocidos por el de economistas inductivos o de la *nueva escuela* ganaron fuerza.

De lo que yacía bajo esta contienda, que fue verbal en gran parte, y en la que hubo confusiones de ambos lados, tendré ocasión de hablar después; pero acerca de cómo se hallaba planteada en el mundo universitario al comienzo de la década séptima de nuestro siglo, citaré parte del artículo *Economía Política* en la *New American Cyclopedia* (1861) que, como escrito por un adversario de la escuela ortodoxa (Henry Carey Baird), con evidente deseo de ser enteramente imparcial, mostrará mejor, a mi juicio, la situación en aquel tiempo, que cualquiera otra cita que pudiera yo encontrar:

«El gran progreso así hecho en la Economía Política» ha sido lento e inseguro, y apenas hay en la totalidad de su dominio ni una doctrina, ni siquiera la definición de una palabra importante que sea universalmente, ni siquiera generalmente aceptada sin discusión... Entre todas sus discordias y desacuerdos, es posible dividir a los economistas en dos amplios grupos: los que tratan la materia como una ciencia deductiva, 'en la que todas las proposiciones generales son hipotéticas en el más estricto sentido de la palabra', y aquéllos que la tratan por el método inductivo o baconiano. De la primera escuela son todos los economistas ingleses, y los más de aquéllos de la Europa continental que han conquistado reputación. Entre los representantes de la segunda, Henry C. Carey y sus discípulos son los más salientes.»⁽⁵⁾

Así, en 1861, el método deductivo, aun a juicio de un afiliado a la escuela opuesta, todavía predominaba en el mundo universitario. Pero ahora, próxima a terminar la centuria, ha perdido tan enteramente su

puesto, que, en cuanto yo puedo ver, no hay ahora ninguna escuela renombrada o universidad en ninguna parte, en que los profesores oficiales de lo que se reputa Economía Política sean adeptos del que fue llamado el procedimiento deductivo.

Sin embargo, este triunfo de los defensores de lo que se llama método inductivo sobre la opinión docente es, en realidad, el triunfo de un conjunto de confusiones sobre otro haz de confusiones, en el cual el elemento determinante ha sido la vaga presunción de que la antes prestigiosa Economía Política, no era una verdadera Economía Política. Donde un nuevo conjunto de confusiones lucha contra un viejo conjunto de confusiones, la victoria ha de pertenecer finalmente y durante algún tiempo al nuevo, porque sobre el viejo recae la tarea de defender lo indefendible; mientras que el nuevo tiene, durante algún tiempo, sólo la fácil tarea del ataque. Lo que esta pasajera fase del pensamiento económico demuestra realmente es la absoluta confusión en que el conjunto de la Economía Política clásica ha caído por falta de cuidado acerca de los principios fundamentales. En mi sentir, quienes dijeron que el método deductivo era el procedimiento adecuado para la Economía Política, tenían razón en cuanto a esto, pero no en cuanto a los principios de que hacían deducciones; mientras que aquéllos que luchaban por los métodos inductivos estaban equivocados en esto, pero tenían razón en cuanto a las flaquezas de sus adversarios.

Respecto del curso de lo que se ha llamado la ciencia de la Economía Política y la destructora revolución que ha experimentado en los últimos años, tendré ocasión de hablar en el próximo libro. Aquí me limito a esclarecer simplemente lo que acaso sea una duda del

lector acerca de los procedimientos progresivos de la verdadera ciencia.

La razón humana tiene dos caminos para alcanzar la verdad. El primero es discurrir desde lo particular a lo general en una línea ascendente, hasta que, por fin, llega a una de aquellas invariables uniformidades que llamamos leyes de la Naturaleza. Este método se denomina inductivo o *a posteriori*, pero cuando hemos alcanzado aquello que estamos seguros de que es una ley de la Naturaleza y como tal, verdadero en todos los tiempos y lugares, se abre ante nosotros un método más fácil y más poderoso para alcanzar la verdad, el método de discurrir en línea descendente de lo general a lo particular. Este es el método que llamamos deductivo o método *a priori*. Porque sabiendo cual es la ley general, la invariable secuencia que llamamos ley de la Naturaleza, sólo tenemos que descubrir que una particular le está sometida para saber la verdad en el caso de esta secuencia particular.

En la relación de prioridad los dos procedimientos se hallan en el orden en que los he nombrado: la inducción es el procedimiento primero o primordial, que aplica la razón humana a la investigación de los hechos, y la deducción el segundo o derivado. En cuanto la razón abarca, la inducción tiene que proporcionar los hechos de los cuales nosotros deducimos. La deducción puede sólo fundarse firmemente sobre lo que ha sido suministrado a la razón por la inducción, y cuando la validez de este primer paso es discutida, tenemos que emplear la inducción para probarla. Ambos métodos son adecuados para la cuidadosa investigación de lo que llamamos científico: la inducción, en sus períodos preliminares, cuando se busca la ley de la Naturaleza; la deducción cuando se ha descubierto esta ley y es dable

así proceder directamente desde lo general a lo particular, sin necesidad del más fatigoso, y, por decirlo así, más áspero procedimiento de la inducción, salvo para comprobar las conclusiones. Hay un ulterior método de investigación que consiste en una combinación de aquellos dos primordiales procedimientos de la razón, y que ha sido efficacísimo para el descubrimiento de la verdad en la ciencia física. Cuando nuestras inducciones indican la existencia de una ley natural, de modo que nos sea dable adquirir sospecha o indicio de cómo puede comprobarse, hacemos un experimento dando por supuesta la existencia de tal ley y procedemos a ver cuáles hechos encajan en las deducciones que hagamos de ella: es el método del experimento deductivo o hipótesis.

Del método inductivo se habla a veces, como en el último párrafo citado, como de un método *baconiano*, y se ha empleado el gran nombre de Bacon libérrimamente para autorizar lo que los defensores de la *nueva escuela de Economía Política* han llamado el procedimiento inductivo. Pero cualquiera que haya sido su originalidad en sus clasificaciones y sistemas, Bacon no inventó el método inductivo. Por este método la razón del hombre ha permitido a éste desde el principio percibir las leyes de la Naturaleza que después ha utilizado como fundamentos de la deducción. Así es como debe de haber percibido lo que acostumbramos a considerar como las más sencillas uniformidades de la Naturaleza, tales como que, después de un intervalo, una luna nueva sigue a la vieja; que el sol después de inclinarse aparentemente hacia el Sur, durante cierto tiempo, vuelve otra vez hacia el Norte; que el fuego quema y el agua apaga el fuego. Lo que hizo Bacon no fue inventar o descubrir el método inductivo, sino formular algunas reglas para su aplicación y aplicarlas para la investigación en los campos del saber, de donde durante mucho

tiempo había estado expulsado por una ciega confianza en la autoridad, por una falsa presunción de que los hombres más sabios que antes habían sido, habían enseñado todo lo que merecía la pena de saberse sobre ciertas materias y que, para los que venían después, no quedaba que hacer otra cosa sino deducir de las premisas que sus predecesores habían establecido.

Donde se necesitaba realmente la aplicación del procedimiento inductivo, a lo que ahora las nuevas ideas llaman la Economía Política *clásica*, era en la probanza de las premisas de que partían sus deducciones y el esclarecimiento de lo que no tiene mejor garantía que la predisposición a utilizar la Economía Política como justificante de los actuales sistemas sociales. No era necesario reemplazar el método deductivo donde éste era aplicable. Porque el método deductivo, cuando se aplica a dilatar lo que ya ha sido válidamente establecido, constituye el más poderoso medio de extender el conocimiento que la mente humana puede utilizar.

Al usar el método deductivo, después de haber establecido sus premisas, la Economía Política clásica no se equivocaba. El error que hace inseguro su conjunto yace más hondo todavía; está en las inducciones insuficientes sobre que reposan aquellas premisas. Pero en vez de dirigirse hacia aquellas brechas existentes en las premisas aceptadas, las varias escuelas de economistas clasificadas como inductivas, han negado que hubiese ningún principio general que pudiera con certeza servir de base para la deducción. Así, si se les formulan preguntas como «entre el librecambio o la protección ¿cuál es mejor para promover la prosperidad general? o ¿cuál es el mejor sistema de arrendamiento de la tierra? o ¿cuál es el mejor sistema de impuestos? o ¿cuáles son los límites de la intervención gubernamental

en la actividad económica o en la regulación de las asociaciones del trabajo?» no pueden dar ninguna respuesta general. Sólo pueden decir que una cosa será mejor en un lugar y tiempo, y otra en otro lugar y tiempo, por lo que el asunto únicamente puede ser dilucidado mediante investigaciones especiales. En otras palabras, para citar la frase del profesor James, de la Universidad de Pensilvania, un adepto de la «nueva escuela» (artículo «Economía Política» en la *Enciclopedia de ciencia política, Economía Política e Historia de los Estados Unidos*, de Lalor, 1884), han combatido «la teoría que busca leyes naturales permanentes en lo económico y que considera la natural condición de la ilimitada libertad personal como la única justificable, sin mirar a las exigencias especiales de los tiempos y naciones».

El resultado, por consiguiente, del triunfo de los «induccinistas» sobre los «deduccinistas», en los órganos acreditados de enseñanza económica ha sido destruir en la nueva Economía Política hasta la apariencia de coherencia que tenía en la *vieja*, y convertirla en un conglomerado de doctrinas inconexas y de especulaciones sin comprobación que sólo sus profesores pueden presumir de entender, y respecto de las cuales pueden discutir y disputar con cualquiera con la cómoda holgura que resulta de la ausencia de todo principio común aceptado.

Pero me parece claro que si la Economía Política puede ser llamada completamente ciencia, tiene que ser como una ciencia, o sea que, desde el momento en que las leyes de la Naturaleza de que depende son descubiertas, sigue el método deductivo, utilizando la inducción sólo para comprobar las conclusiones así obtenidas. Porque los fenómenos comprendidos en sus dominios son demasiados vastos

y demasiado complejos para abrigar ninguna esperanza de ordenarlos y relacionarlos por la inducción directa.

Tomaré una cita del último libro de texto elemental de lógica que conozco, *Elementos de Lógica inductiva* del profesor Noah K. Davis (Harper Bros., New York, 1893), Pág. 197.

«El gran objeto del científico es obtener por inducciones rígidas las leyes de la Naturaleza, y seguirlas por rígidas deducciones hasta sus consecuencias. Una ciencia plenamente inductiva al principio se transforma, tan pronto como una ley ha sido probada, en más o menos deductiva y, a medida que progresa, elevándose a más altas y más amplias, pero menos numerosas inducciones, los procesos deductivos aumentan en número e importancia hasta que llega a ser propiamente, no una ciencia inductiva, sino deductiva. Así, la hidrostática, la acústica, la óptica y la eléctrica, llamadas comúnmente ciencias inductivas, han pasado, bajo el dominio de las matemáticas, de ciencias inductivas a deductivas, y la mecánica tiene una historia semejante. La mecánica celestial fundada en los «Principios» de Newton es principalmente inductiva, y convertida en la «Mecánica celestial» de Laplace es principalmente deductiva. Siguiendo este último procedimiento, ha multiplicado su materia y alcanzado su actual y elevada perfección. En todas las ciencias naturales se efectúa una revolución lentamente progresiva. Bacon cambió el método de aquéllas de deductivo en inductivo, y ahora, rápidamente, se va volviendo del inductivo al deductivo. La tarea de la lógica es buscar y regular esos métodos».

Ahora bien, la ley de la Naturaleza que constituye el postulado de una verdadera ciencia de la Economía Política no es, como

erróneamente se ha supuesto, que los hombres son invariable y universalmente egoístas. Como cuestión de hecho, esto no es verdad. Ni podemos sustraer al hombre todas las cualidades que no son el egoísmo, para convertirlo, en cuanto objeto de nuestro razonar sobre materias económicas, en lo que se ha llamado *el hombre económico*, sin convertirlo realmente en un monstruo, no un hombre.

La ley natural que realmente es el postulado de una verdadera ciencia de Economía Política, es que el hombre siempre busca la satisfacción de sus deseos con el menor esfuerzo, sean éstos deseos egoístas o altruistas, buenos o malos.

De que esto es una ley natural tenemos la más alta garantía posible, más amplia en efecto, que la que podemos tener de ninguna ley de la naturaleza externa, como, por ejemplo, la ley de la gravitación. Porque las leyes de la naturaleza externa sólo pueden ser percibidas objetivamente. Pero esta ley de la Naturaleza, «que los hombres buscan la satisfacción de sus deseos con el menor esfuerzo», la podemos ver a la vez subjetiva y objetivamente. Puesto que el hombre mismo está comprendido en la Naturaleza, podemos subjetivamente percibir la ley de la Naturaleza, de que el hombre busca la satisfacción de sus deseos con el menor esfuerzo, por una inducción derivada de la conciencia de nuestros propios sentimientos y un análisis de nuestros propios motivos de acción; mientras que objetivamente podemos también alcanzar la misma ley por una inducción derivada de la observación de los actos de otros.

Procediendo desde una ley natural así doblemente asegurada, el método adecuado de una Economía Política que haya de ser realmente una ciencia por su exacta percepción de una ley

fundamental, es el método de deducción de esa ley, el método de proceder desde lo general a lo particular, porque éste es el método que nos permite alcanzar resultados incomparablemente mayores, Abandonar este método y recurrir al que *las nuevas luces* de la Economía Política parecen realmente significar por inducción, sería como desdeñar las reglas de la Aritmética y tratar de averiguar, por indagaciones directas en todas las partes del mundo, cuánto hace un número añadido a otro, y cuál sería el cociente de una suma dividida por sí misma.

Así, en lo fundamental, la ciencia de la Economía Política requiere el método deductivo, empleando la inducción para sus pruebas. Pero en nuestras más comunes investigaciones, su instrumento más útil es una forma de hipótesis que puede ser llamada experimento mental o imaginativo⁽⁶⁾, por el que podemos separar o eliminar condiciones imaginativamente y comprobar así la acción de principios conocidos. Este es un común. método de razonar familiar a todos nosotros desde nuestra infancia. Es el gran instrumento de la Economía Política y, para usarlo, sólo tenemos que cuidarnos de la exactitud de lo que afirmamos como principios.

△▽

Capítulo XIV

La Economía Política como ciencia y como arte

Exponiendo que la Economía Política es ciencia propiamente y el significado que tendría si se hablara de ella como arte

Ciencia y arte.-Tiene que haber una ciencia de la Economía Política, pero no arte propiamente dicho.-Cuál tendría que ser el

*objetivo de un arte de la Economía Política.-Arte blanco y arte negro.-
Proceso de investigaciones posteriores.*

Entre los economistas se discute mucho, no sólo acerca del método adecuado para la Economía Política sino también sobre si debe llamarse ciencia o arte. Hay unos que la han denominado ciencia y otros arte, y algunos que hablan a la vez de ciencia y arte. Otros hacen substancialmente la misma división, en Economía Política abstracta, teórica o especulativa de un lado, y Economía Política concreta, o preceptiva, o reguladora o aplicada, de otro.

Esto, sin embargo, casi no merece que lo tratemos, puesto que las razones para considerar ciencia mejor que arte a una verdadera Economía Política, ya las hemos dado. Sólo es necesario observar que cuando el conocimiento sistematizado puede dividirse como algunas veces lo es, en dos ramas, ciencia y arte, la distinción adecuada entre ellas es que una se refiere a lo que llamamos leyes de la Naturaleza y otra a la manera cómo podemos nosotros mismos utilizar esas leyes naturales para alcanzar los fines deseados.

Aquella primera rama del conocimiento, claro está, es en Economía Política, la primaria y más importante. Sólo cuando conocemos las leyes naturales de la producción y distribución de la riqueza, podemos prever los resultados de los arreglos y regulaciones que las leyes humanas establecen. Y a la manera que quien desea entender y tratar las enfermedades y los accidentes del organismo humano, principiará acertadamente por estudiarlos en nuestras condiciones normales, observando la posición, relación y funcionamiento de los órganos en un estado de perfecta salud, así cualquier estudio de las faltas,

aberraciones y daños que sobrevienen en la Economía de las sociedades, se realiza mejor después de estudiarlas en sus condiciones naturales y normales.

Puede discutirse sobre si ya es una ciencia la Economía Política, es decir, si su conocimiento de las leyes económicas naturales es ya bastante extenso y bien dirigido para merecer el título de ciencia. Pero entre aquéllos que reconocen que el mundo en que vivimos es en todas sus esferas gobernado por leyes, no puede discutirse la posibilidad de tal ciencia. Y así como sólo puede haber una ciencia de la Química, una ciencia de la Astronomía y una ciencia de la Fisiología, que, en la medida en que realmente son ciencias, tienen que ser verdaderas e invariables, así, aunque pueda haber varias opiniones, varias enseñanzas, varias hipótesis, o en una ambigua e impropia, pero tan extraordinariamente común acepción de la palabra, varias teorías de Economía Política, sólo puede haber una ciencia. Y ésta en la medida en que realmente es una ciencia, es decir, en la medida en que nosotros verdaderamente hemos descubierto y relacionado las leyes naturales que caen bajo de nuestro dominio, tiene que ser verdadera e invariable, en todos los tiempos y lugares. Porque vivimos en un mundo donde los mismos efectos siguen siempre a las mismas causas y donde nada es caprichoso, salvo que lo sea esto que dentro de nosotros desea, quiere y elige. Pero esto mismo, en el hombre, que parece, en cierta medida al menos, independiente de la naturaleza externa conocida por nuestros sentidos, sólo puede manifestarse conforme a las leyes naturales y sólo puede realizar sus propósitos externos, utilizando dichas leyes.

Cuando hayamos constituido la ciencia de la Economía Política - cuando hayamos descubierto y relacionado las leyes naturales que

rigen la producción y distribución de la riqueza,- estaremos en situación de ver los efectos de las leyes y costumbres humanas. Pero no me parece que un conocimiento del efecto que las leyes naturales de la producción y distribución de la riqueza originen en las tendencias de las leyes, costumbres y esfuerzos humanos, pueda ser llamado propiamente arte de la Economía Política, o que el saber, propiamente clasificado bajo la frase Economía Política, pueda dividirse, como algunos escritores han intentado hacer, en una ciencia y en un arte. Hay una ciencia de la Astronomía que tiene sus aplicaciones en artes como las de la navegación y la agrimensura; pero no un arte de la Astronomía. Hay una ciencia de la Química, que tiene sus aplicaciones en muchas artes, pero no un arte de la Química. Y de igual modo, la ciencia de la Economía Política, encuentra sus aplicaciones en la política y en sus varias subdivisiones. Pero difícilmente puede hablarse de estas aplicaciones como constitutivas de un arte de la Economía Política.

Sin embargo, si preferimos, como algunos han hecho, hablar de la Economía Política a la vez como ciencia y como arte, el arte de la Economía Política será el arte de conseguir la mayor producción y la más equitativa distribución de la riqueza, el arte cuyo objeto es abolir la miseria y el miedo a la miseria, y poner al más pobre y al más débil del género humano a salvo de la dura lucha por la vida. Porque si hay un arte de la Economía Política tiene que ser el noble arte cuyo objeto sea el bien de todos los miembros de la comunidad económica.

Pero lo mismo que cuando los hombres creen en la magia, sostienen que hay una magia blanca y otra magia negra, un arte que trata de aliviar los padecimientos y hacer bien, y otro arte que utiliza el saber para fines egoístas y malos, así a esta luz puede decirse que

hay una Economía política blanca y una Economía Política negra. Cuando el conocimiento de las leyes de la producción y distribución de la riqueza es utilizado para enriquecer a unos pocos a expensas de los muchos, o cuando se utiliza un prestigioso conocedor de estas leyes para sostener una injusticia, u obscureciendo los criterios, para impedir o dilatar su reforma, tal arte de la Economía Política, verdadero o aparente, es, en realidad, un arte negro. Este es el arte de que habló el gran Turgot.

Por nuestra parte, habiendo visto la naturaleza y objeto de la Economía Política, para la cual he adoptado la más antigua definición -la ciencia que investiga la naturaleza de la riqueza y las leyes de su producción y distribución,- permitidme seguir ese orden procurando descubrir: primero, la naturaleza de la riqueza; segundo, las leyes de su producción, y tercero, las leyes de su distribución. Cuando hagamos esto, habremos alcanzado todo lo necesario para una verdadera ciencia de la Economía Política, según yo la entiendo. No nos es necesario considerar lo relativo al consumo de la riqueza; ni en verdad, según después demostraré, una verdadera Economía Política, tiene nada que ver con el consumo, contra lo que han supuesto muchos de los economistas menores.

△

Libro II

La naturaleza de la riqueza

Las definiciones son la base de los razonamientos sistemáticos.-
Aristóteles.

La confusión por el lenguaje de todas aquellas cosas que están separadas por la Naturaleza, es la madre de todo error.-Hooker.

Bacon nos dio la sensación de la vacuidad de la filosofía aristotélica. Smith, de igual manera, nos hizo percibir la falsedad de todos los sistemas de Economía Política precedentes; pero el segundo no levantó el edificio de esta ciencia, como el primero no creó la Lógica... Por consiguiente, todavía no estamos en posesión de un tratado definitivo sobre la ciencia de la Economía Política, en el cual los frutos de una amplia y perseverante observación estén referidos a principios generales, que puedan ser aceptados por todo espíritu reflexivo; de una obra en la que estos resultados sean bastante completos y bien dispuestos para apoyarse recíprocamente y que, por cualquiera y en todos los tiempos, pueda ser estudiada con utilidad.-J. B. Say, 1803.

Podemos citar como ejemplo de dichos iniciados, pero aún incompletos, descubrimientos de la gran *Riqueza de las naciones*, por Adam Smith, obra que aún es y será siempre la de un explorador y el único libro de Economía Política que despliega su genio ante toda clase de lector inteligente. Pero entre los especialistas y las escuelas, esta obra de genio, que conmovió toda Europa en su día, es abandonada en las bibliotecas como anticuada y superada por los más pequeños y obtusos hombres, que han roto su sistema en pedazos y nos ofrecen ahora los fragmentos como una ciencia cuyos principios fundamentales están en su mayoría aún en discusión.

Profesor (griego) J. P. Maraffi.-«La actual posición de la Egiptología». *Nineteenth Century*, Agosto, 1894.

Introducción al libro segundo

Puesto que la Economía Política es la ciencia que trata de la naturaleza de la riqueza y leyes de su producción y distribución, nuestro primer paso es fijar el significado que propiamente atribuimos en esta ciencia a sus vocablos principales.

En primer término, demostraré la necesidad de una indagación eliminadora, mostrando la confusión que desde el tiempo de Adam Smith hay en tales vocablos, y la absoluta incoherencia en que la Economía Política universitaria, ha caído ahora, respecto de ellos. Después trataré de precisar las causas de esta confusión. Esto nos conducirá al estudio del desenvolvimiento económico, y a falta de una inteligente historia de la Economía Política en nuestra bibliografía, procuraré trazar brevemente su curso, desde el tiempo de Adam Smith y sus predecesores los economistas franceses llamados fisiócratas, hasta el virtual abandono de ella en las enseñanzas de las escuelas y universidades inglesas y americanas del tiempo presente.

Después de ver que el único punto relativo a la riqueza sobre el cual concuerdan los economistas profesionales es el del valor, y que sus confusiones en cuanto a la riqueza proceden en gran parte de sus confusiones en cuanto al valor, trataré de determinar el verdadero significado del término valor. Fijado éste, podremos fijar el exacto significado y relación del término riqueza y procederemos a hacerlo.

Aunque en este libro veremos que consagro muchos capítulos a un asunto que los tratadistas precedentes han tratado en unas pocas líneas, cuando, como ocurre con muchos de ellos, no lo han ignorado

en absoluto, estoy seguro de que el lector encontrará al fin en la facilidad y certidumbre con que podrá realizar las subsiguientes indagaciones, amplia recompensa de la solicitud puesta al principio.

△▽

Capítulo I

Confusiones acerca del concepto de la riqueza

Exponiendo el fracaso de la economía política corriente para definir la riqueza y las confusiones que de ello se siguen, las cuales culminan en el abandono de la economía política por sus maestros profesionales

La riqueza es el vocablo primario de la Economía Política.- Aceptación común de la palabra.- Ambigüedades más notorias en Economía Política. -Adam Smith, no explícito.- Crecientes confusiones de los escritores que le sucedieron.- Sus definiciones.- Muchos no intentan definirla.- Proposición de Perry para abandonar el vocablo.- Marshall y Nicholson.- El fracaso en la definición del término lleva al abandono de la Economía Política.- Esto, disfrazado bajo la palabra económico.- El propósito expresado por Macleod. -Resultados para la Economía Política.

El fin de la ciencia de la Economía Política es, como hemos visto, la investigación de las leyes que rigen la producción y distribución de la riqueza en la vida social o civilizada. Al comenzar su estudio, nuestro primer paso es, por consiguiente, ver cuál es la naturaleza de la riqueza de las sociedades o colectividades, determinar exactamente

qué significamos por la palabra riqueza, cuando la empleamos como un término de Economía Política.

Pocas palabras hay en más corriente uso que la palabra riqueza y en el sentido general que basta para las necesidades ordinarias todos sabemos qué significamos con ella. Pero al definir este significado con la precisión necesaria en Economía Política, de tal modo que se determine lo que está y lo que no está propiamente comprendido en la idea de riqueza según la Economía Política tiene que considerarla, los más de nosotros, aunque usemos la palabra frecuente y fácilmente en el pensamiento y lenguaje ordinarios, caemos en la indecisión y la perplejidad.

No es extraño. En realidad, es el natural resultado de transferir a una más amplia economía un término que estamos acostumbrados a usar en una economía más concreta. En nuestro pensamiento y lenguaje corrientes, refiriéndonos, como es frecuente, a los asuntos cotidianos y a las relaciones de los individuos con otros individuos, la economía a que habitualmente nos referimos y que con más frecuencia tenemos en la mente, es la economía individual, no la Economía Política, la economía cuyo terreno es el de la unidad, no la Economía cuyo terreno es el del conjunto u organismo social, el Mayor Leviathan, de origen natural, de que antes hemos hablado.

El primitivo significado de la palabra riqueza es el de plenitud o abundancia; el de posesión de cosas que llevan a una cierta clase de prosperidad o bienestar. Salud, fuerza y riqueza, expresan tres clases de prosperidad o bienestar. La salud se refiere a la constitución o estructura orgánicas, y expresa la idea del bienestar con relación al organismo físico o mental. La fuerza se refiere al vigor de las

facultades naturales, y expresa la idea del bienestar con respecto a la aptitud para el esfuerzo. La riqueza se refiere al dominio de cosas externas que satisfacen los deseos, y expresa la idea de bienestar con respecto a la posesión o propiedad. Ahora bien, así como la salud social significa algo diferente de la salud individual, y las fuerzas sociales algo diferente de la fuerza individual, así la riqueza social o la riqueza de la sociedad, el mayor hombre o Mayor Leviathan, del cual los individuos que viven en la civilización, son componentes, tiene que ser algo distinto de la riqueza del individuo.

En una economía, la del individuo o unidad social, se considera riqueza todo aquello cuya posesión tiende a dar opulencia o dominio de cosas externas que satisfagan deseos a su poseedor individual, aun cuando implique el arrebatarse dichas cosas a otros individuos. Pero en la otra economía, la del conjunto u organismo social, no puede ser considerado como riqueza nada que no aumente el caudal del conjunto. Por consiguiente, algo que puede ser considerado como riqueza desde el punto de vista individual, puede no serlo desde el punto de vista de la sociedad. Un individuo, por ejemplo, puede ser rico en virtud de obligaciones que le sean debidas por otros individuos; pero tales obligaciones no pueden constituir parte de la riqueza de la sociedad, que abarca a la vez al deudor y al acreedor. O un individuo puede aumentar su riqueza por el robo o el despojo, pero la riqueza del conjunto social, que comprende al robado y al ladrón, al perdidoso lo mismo que al ganancioso, no puede aumentarse así.

No es extraño, por consiguiente, que hombres acostumbrados al uso de la palabra riqueza en su sentido ordinario, sentido en el cual nadie puede impedir su continuo uso, caigan, a menos que pongan gran cuidado, en confusiones cuando tienen que usar la misma

palabra en su sentido económico. Pero lo que sí parece extraño es que esa incertidumbre, perplejidad y confusión, en cuanto al significado del término económico *riqueza*, sea aún más ostensible en los escritos de los economistas profesionales acreditados por los colegios y universidades y otras instituciones docentes, con títulos especiales que les autorizan para dar lecciones a sus conciudadanos sobre materia económica, y que haya estadísticos profesionales, que con grandes columnas de cifras intentan justipreciar el conjunto de la riqueza de los Estados y naciones, que parecen en su mayor parte no tener ni sospecha de que lo que puede ser riqueza para un individuo, puede no serlo para una sociedad [\(7\)](#).

Adam Smith, considerado como el fundador de la moderna ciencia de la Economía Política, no es muy claro o enteramente lógico, en cuanto a la verdadera naturaleza de riqueza de las naciones o riqueza en sentido económico. Pero, desde su tiempo, las confusiones de que aquél adolece en vez de haber sido disipadas por los escritos de quienes en nuestras escuelas y colegios son conocidos como economistas [\(8\)](#), han empeorado progresivamente hasta el punto de que los últimos y más concienzudos de dichos tratados han desistido de todo intento de definirla.

En *Progreso y miseria* (1879) demostré la completa confusión en cuanto a la riqueza, en que han caído los profesores universitarios de Economía Política, juntando varias y contradictorias definiciones de su subtérmino capital, dadas por prestigiosos escritores de Economía [\(9\)](#). Aunque tuve que fijar el significado del término principal, riqueza, para fijar el significado del subtérmino capital a que inmediatamente hube de referirme, la confusión de los economistas acreditados «no ha mejorado muy deprisa», la «revolución económica» que, mientras

tanto, ha expulsado de sus cátedras a los profesores de Economía Política ortodoxa, para dar puesto a los llamados *austriacos* o de otros semejantes profesores *de lo económico*, sólo ha conducido a hacer más obscura la confusión. Permitidme, por consiguiente, para exponer del modo más visible la confusión existente entre los economistas universitarios, en cuanto al término primario de la Economía Política, juntar las definiciones del término económico, *riqueza*, que pueda encontrar en los escritores de economía representativos y autorizados desde Adam Smith hasta ahora, poniéndolos por orden cronológico, en cuanto sea posible.

J. B. Say.-Divide la riqueza en natural y social, y aplica el último término a cuanto es susceptible de cambio.

Malthus.-Aquellas cosas materiales que son necesarias, útiles o agradables a los hombres.

Torrens.-Artículos que poseen utilidad y son producidos por algún esfuerzo voluntario.

McCulloch.-Aquellos artículos o productos que tienen valor en cambio y que son necesarios, útiles o agradables al hombre.

Jones.-Objetos materiales voluntariamente apropiados por el hombre.

Rae.-Todo lo que yo puedo encontrar sobre esta materia en sus *Nuevos principios de Economía Política* (1833) es que «los individuos se hacen ricos por la adquisición de la riqueza previamente existente; las naciones por la creación de la riqueza que antes no existía».

Senior.-Todas aquellas cosas, y sólo aquellas cosas, que son transferibles, limitadas en la oferta y producen directa e indirectamente placer, o impiden pena... Salud, fuerza y cultura y las demás facultades del cuerpo o del espíritu adquiridas nos resultan ser artículos de riqueza.

Vethake.-Todos los objetos, así materiales como inmateriales, que tienen utilidad, excepto los no susceptibles de ser apropiados, y los suministrados gratuitamente por la Naturaleza. Por riqueza de una sociedad o nación se significa toda la riqueza poseída por las personas que la componen, sean individuales o jurídicas.

John Stuart Mill.-Todas las cosas útiles y agradables que poseen valor en cambio, o, en otras palabras, todas las cosas útiles y agradables, excepto aquéllas que pueden obtenerse en la cantidad deseada, sin trabajo o sacrificio.

Fawcett.-Puede definirse la riqueza diciendo que consiste en toda mercancía que tiene un valor en cambio.

Bowen.-Conjunto de todas las cosas materiales o inmateriales que contribuyen a la comodidad y deleite, y que son objeto de frecuente contrato y venta.

Jevons.-Lo que es: 1º. transferible, 2º. limitado en cantidad, 3º. útil.

Mason y Lalor, 1875.-Cualquier cosa por la que puede darse algo en cambio.

Leverson.-Las cosas necesarias y confortables para la vida producidas por el trabajo.

Shadwell.-Todas las cosas cuya posesión proporcionan placer a alguien.

Macleod.-Todo lo que puede ser comprado, vendido o cambiado, o cuyo valor puede medirse en dinero... La riqueza no es más que derechos comerciáveis.

De Laveleye.-Todo lo que responde a las necesidades racionales de los hombres. Un servicio útil y un objeto útil, son igualmente riqueza... Riqueza es lo que es bueno y útil, un buen clima, caminos bien conservados, mares abundantes en pescados, son indiscutiblemente riqueza para una comarca, y, sin embargo, no pueden comprarse.

Francisco A. Walker.-Todas las cosas de valor y nada más.

Macvane.-Todos los objetos materiales, útiles y agradables que poseemos o tenemos derecho a usar y disfrutar sin pedir el consentimiento de otra persona. La riqueza es de dos clases: riqueza natural y riqueza producida por el trabajo.

Clark.-Usualmente se emplea la palabra riqueza para significar: primero, un bienestar comparativo resultante de la material posesión, y, segundo, y por traslación, la posesión misma. La riqueza, pues, consiste en los elementos constitutivos de la prosperidad relativa en el ambiente material del hombre. Es objetiva para el usuario, material, útil y apropiable.

Laughlin.-Define la riqueza material como algo que satisface una necesidad; no puede ser obtenida sin sacrificar algún esfuerzo, y es transferible; pero también habla de riqueza inmaterial, sin definirla.

Newcomb.-Aquello por cuyo disfrute pagan dinero las gentes. La destreza y habilidad para los negocios o el saber que permite a sus poseedores contribuir al disfrute de otros, incluyendo los talentos del autor, la habilidad del hombre de negocios, el saber del abogado, la maestría del médico, son considerados riqueza cuando usamos el vocablo en su acepción más extensa.

Bain.-Una mercancía es materia elaborada con el designio de responder a una demanda o necesidad definida; y riqueza es, sencillamente, la suma total de las mercancías.

Ruskin.-Este brillante ensayista y crítico de arte, apenas puede ser clasificado como un economista político aceptado en las escuelas, y me abstengo de dar su definición de la riqueza, que, de otra suerte, tendría aquí su lugar adecuado. Pero su obra *Hasta este último* (1866), se compone de cuatro ensayos de Economía Política y los brillantes relámpagos de verdad moral, que éstas como otras de sus obras contienen, han conducido a muchos de sus admiradores a considerarle como un profundo economista. Es lo que se quiera, menos un lisonjeador de la «moderna *soi-disant* ciencia» como él la llama, a la cual reprocha, que al paso que se declara ciencia de la riqueza, no puede decirnos qué es riqueza. En el prefacio de dichos ensayos, dice:

«El verdadero propósito de estos escritos, su significado central y su intención, es dar por primera vez, a mi juicio, en Inglaterra, una definición lógica de la riqueza, definición absolutamente necesaria para una base de la ciencia económica».

Estará bien, por consiguiente, sin afirmar que Ruskin sea, en manera alguna, representante de la Economía Política universitaria, a

la cual compara con una Astronomía incapaz de decir qué es una estrella, dar su definición. Esta definición, para usar sus propias palabras, es: «la posesión de artículos útiles que podemos usar». O como dice después: «La posesión de lo utilizable, por el utilizador».

El reunir estas definiciones de riqueza de los economistas ha costado gran trabajo, pero lo mismo se advierte en los omitidos. El hecho es que muchos de los más reputados escritores de Economía Política, como, por ejemplo, Ricardo, Chalmers, Thorold Rogers y Cairnes, no intentan dar una definición de la riqueza. Lo mismo debe decirse de los dos volúmenes de Carlos Marx titulados, *Capital*; también, de los dos volúmenes de la misma materia de Böhm-Bawerk, que también han sido traducidos al inglés, y que son muy citados por la ahora dominante escuela de Economía Política universitaria, conocida por austriaca. Y aunque bastantes de los escritores que no intentan definir la riqueza, hablan mucho de ella, lo que dicen es demasiado difuso e incoherente para citarlo o condensarlo. Hay muchos que, sin decirlo, participan evidentemente de la opinión francamente expresada por el profesor Perry en sus *Elementos de Economía política* (1866).

«La palabra riqueza ha sido la plaga de la Economía Política. Es el pantano donde han nacido las más de las nieblas que han obscurecido todo su campo. Por su ambigüedad y la variedad de asociaciones que promueve en los diferentes espíritus, es totalmente inadecuada para ningún propósito científico. Es asimismo casi imposible de definir, y, por consecuencia, no puede ser útil en la definición de ninguna otra cosa... El significado de la palabra riqueza no ha sido determinado aún, y si la Economía Política ha de esperar a que se haga como un preliminar, la ciencia jamás será

satisfactoriamente construida... Pueden pensar, y hablar, y escribir y discutir los hombres hasta el día del Juicio final; pero hasta que usen las palabras con exactitud y signifiquen la misma cosa con la misma palabra, alcanzarán relativamente escasos resultados y harán cortos progresos. Y precisamente en esto encontramos la primera gran razón del escaso progreso realizado hasta ahora por esta ciencia. Trata de usar, con fines científicos, una palabra que ninguna manipulación ni explicación podría hacer adecuada para ello. Afortunadamente no es necesario usar esta palabra. Emancipándose de la palabra riqueza, en cuanto a término técnico, la Economía Política se ha librado de un estorbo, y sus movimientos son ahora relativamente libres».

Para hacer esta enumeración de definiciones tan exactamente representativas como fuera posible, he deseado incluir la del profesor Alfredo Marshall, profesor de «Economía Política de la Universidad de Cambridge (Inglaterra), y cuyos *Principios de Economía Política* (de los cuales sólo se ha publicado el primer volumen en 1890, con 800 páginas en 8.^o), parece ser la obra de Economía más extensa y pedagógicamente la mejor presentada que se ha publicado en Inglaterra.

No puede decirse de él, como de muchos escritores economistas, que no ha intentado decir lo que entiende por riqueza, porque si busca uno el índice, encuentra un capítulo entero. Pero ni en este capítulo, ni en ninguna otra parte, se puede encontrar un párrafo, aunque sea largo, que pueda citarse como una definición del significado que atribuye al término riqueza. El único aproximado es éste:

«Toda riqueza consiste en cosas que satisfacen las necesidades directa e indirectamente. Toda riqueza, por consiguiente, consiste en bienes, pero no toda clase de bienes son estimados como riqueza».

Pero esta distinción entre bienes estimados riqueza y bienes no estimados riqueza, que a juicio de uno debería seguir, el lector la busca en vano. Sólo encuentra que el profesor Marshall le da a elegir clasificando los bienes en externos-materiales-transferibles, bienes externos-materiales-no-transferibles, bienes externos-personales-transferibles, bienes externos- personales-no-transferibles, y bienes interno-personales-no-transferibles, o también en bienes materiales-externo-transferibles, bienes materiales-externo-no-transferibles, bienes personales-externo-transferibles, bienes personales-externo-no-transferibles y bienes personales-interno-no-transferibles. Mas en cuanto a qué clase de esos bienes son llamados riqueza y cuáles no, el profesor Marshall no da al lector la más mínima indicación, a menos que sea capaz de encontrarla en el *Volkswirtschaftslehre* de Wagner, al cual el lector es remitido al final del capítulo, como libro que arroja mucha luz sobre la relación entre el concepto económico de la riqueza y el concepto jurídico de los derechos de propiedad privada. Puedo transmitir la impresión producida en mi espíritu por los repetidos esfuerzos para descubrir lo que el profesor de Economía Política de la gran Universidad inglesa de Cambridge sostiene que se considera riqueza, con sólo decir que parece comprender en ella todas las cosas de los cielos, de la tierra y de las aguas que pueden ser útiles o deseadas por el hombre individual o colectivamente, incluyendo al hombre mismo con todas sus capacidades naturales o adquiridas, y que todo lo que yo puedo afirmar de un modo absoluto, porque es lo único en que he podido encontrar una afirmación directa, es que «para

muchas cosas tenemos que considerar al Tamesis como parte de la riqueza de Inglaterra».

La misma absoluta incongruencia, aunque acaso menos trabajada, ofrece el profesor S. Shield Nicholson, catedrático de Economía Política en la gran Universidad escocesa de Edimburgo, cuyos *Principios de Economía Política* aparecieron, en un primer tomo (menos voluminoso que la mitad del profesor Marshall), en 1893, y hasta ahora, 1897, no ha sido continuado. Buscando en el índice la palabra riqueza se encuentra, nada menos que quince referencias, de las cuales, la primera es «concepto vulgar de» y la segunda «concepto económico de». Sin embargo, en ninguna de ellas, ni en todo el volumen, aunque se examine por entero, puede encontrarse nada que se parezca a una definición de la riqueza; lo único que se parece a una afirmación directa, es la observación incidental (página 404) de que «la tierra es, en general, el más importante factor en el inventario de la riqueza nacional» proposición que, lógicamente, es tan falsa como la de que debemos considerar al Tamesis parte de la riqueza de Inglaterra.

Ahora bien, riqueza es el objeto o nombre dado al asunto fundamental de la Economía Política, la ciencia que investiga las leyes de la producción y distribución de la riqueza en la sociedad humana. Es, por consiguiente, el término económico de primaria importancia. A menos que sepamos lo que es riqueza ¿cómo podemos esperar descubrir cómo se procura y distribuye? Sin embargo, después de un siglo de cultivar esta ciencia, con profesores de Economía Política en cada centro docente, la pregunta, ¿qué es riqueza? no encuentra en ellos una contestación cierta; aun a preguntas como «la riqueza ¿es material o inmaterial? o ¿es algo externo al hombre o incluye al

hombre y sus atributos?» no encontramos una respuesta indiscutida. No hay ni siquiera un consenso de opinión. Y en los últimos y más presuntuosos tratados académicos, el esfuerzo para lograrlo ha sido virtualmente, cuando no concretamente, abandonado, y el significado económico de riqueza reducido al de algo que tiene valor para la unidad social.

Claro está que la impotencia para definir la materia capital o término fundamental tiene que ser fatal para toda ciencia que se intente; porque acusa la carencia de lo que es primariamente esencial en una verdadera ciencia. Y la repulsa, aun por aquéllos que se consagran a su estudio y enseñanza, ha hecho ya que la enseñanza de la Economía Política se escape de las manos de las acreditadas instituciones de enseñanza.

Este hecho no será ostensible al lector, porque está oculto para él bajo un cambio en el significado de la palabra.

Desde que el término vino a nuestro lenguaje procedente del griego, la palabra propia para expresar la idea y relación con la Economía Política es *económico político*. Pero esto es un término demasiado largo y demasiado ajeno al genio sajón de nuestra lengua madre, para que se repita frecuentemente. Y así, la palabra *económico* ha venido a ser de uso corriente en Inglaterra para expresar esta idea. Tenemos razón, por consiguiente, para suponer, y de hecho generalmente lo suponemos, cuando por primera vez oímos hablar de ello, que las obras ahora escritas por los profesores de Economía Política en nuestras Universidades y escuelas tituladas *Elementos de lo Económico, Principios de lo Económico, Manual de lo Económico*, etc., son tratados de Economía Política. No

obstante, su examen demuestra que, muchos de ellos al menos, no son en realidad tratados sobre la ciencia de la Economía Política, sino tratados a los cuales sus autores harían mejor llamándolos ciencia de los cambios o ciencia de las cantidades cambiables. Esto no es lo mismo que Economía Política, sino una cosa completamente distinta, una ciencia estrechamente aliada con las matemáticas ⁽¹⁰⁾. En esto no hay necesidad de distinguir entre lo que es riqueza para la unidad, y lo que es riqueza para el conjunto, y las cuestiones morales que tienen que encontrarse en una verdadera Economía Política pueden ser fácilmente eludidas por aquéllos a quienes parezca embarazoso.

Un nombre adecuado para esta ciencia totalmente diferente, que los profesores de Economía Política de tantas universidades y centros docentes, de ambos lados del Atlántico han substituido ahora a la ciencia que oficialmente se supone que explican, sería el de *Cataléctica* como proponía el arzobispo Whately, o el de *Plutología*, propuesto por el profesor Hern, de Melbourne; pero no lo es ciertamente el de *Económico*, porque éste, por un largo uso, está identificado con el de Economía Política.

La razón del cambio de título de Economía Política por *Económico* y el significado de éste que se percibe en los escritos de los profesores de Economía Política recientes, es francamente expresado por Macleod (volumen I, capítulo VII, sección undécima, *Ciencia de lo económico*), así:

No proponemos ningún cambio en el nombre de la ciencia. Las frases Economía Política y Ciencia Económica o Económico, pertenecen todas al uso vulgar, y parece mejor prescindir del nombre que conduce a una mala interpretación y que parece relacionarse con

lo político, y preferir otro que define más claramente su naturaleza y extensión, que ofrece más analogía con los nombres de otras ciencias. Prescindiremos, por consiguiente, de aquí en adelante, de usar el término Economía Política, y usaremos el de Económico. Económico, pues, es simplemente la ciencia de los cambios y del comercio en su más amplia extensión, y en todas sus formas y variedades; algunas veces es llamada la ciencia de la riqueza o teoría del valor. La definición de la ciencia que ofrecemos, es:

«Económico es la ciencia que trata de las leyes que rigen la relación de las cantidades cambiables».

Ahora bien, las leyes que gobiernan las relaciones de las cantidades cambiables son leyes como « $2 + 2 = 4$; $4 - 1 = 3$; $2 \times 4 = 8$; $4 - 2 = 2$ »; y sus derivaciones.

El sitio adecuado para tales leyes, en una honrada clasificación de las ciencias, está en las leyes aritméticas o leyes matemáticas, no en las leyes económicas. Y el fin de los ocupantes de las Cátedras de Economía Política, al aprovecharse del uso vulgar que ha hecho lo *económico* abreviación de *político económico* para hacer pasar su *Ciencia de lo económico* como ciencia de la Economía Política, es esencialmente tan inmoral como el ardid del irlandés de la anécdota que procuraba engañar a sus copartícipes con la fórmula: «Dos de aquí para vosotros dos, y también dos de aquí para mí». A este punto ha llegado la Economía Política académica, menos de un siglo después de que Say felicitara a sus lectores por el establecimiento de la primera cátedra de Economía Política en la Universidad.

El profesor Perry, escribiendo hace treinta años, pensaba que emancipándose de la palabra riqueza como término técnico, la

Economía Política daría un salto y sus movimientos se harían relativamente libres. En lo que sabemos de las cátedras de Economía Política en los centros docentes de ambos lados del Atlántico, el salto se ha dado de verdad, con el resultado que vigorosamente pinta el aumento de libertad de movimientos que provendría de cortarle la cola a la cometa de un muchacho. Sin el freno de un objetivo principal, la Economía Política se ha marchado del mundo, y la ciencia del valor que se enseña en su lugar no tiene contestación que dar a las cuestiones que el profesor Perry consideraba completamente resueltas en el tiempo en que escribía.

△▽

Capítulo II

Causas de la confusión acerca del concepto

De la riqueza exponiendo la verdadera dificultad que rodea la definición económica de la riqueza

Efecto de la esclavitud sobre la definición de la riqueza.-Influencias análogas existentes ahora.-John Stuart Mill sobre los espejismos dominantes.-Génesis del absurdo proteccionista.-Poder de los intereses particulares para moldear la opinión pública.-De la injusticia y del absurdo, y del poder de los intereses particulares para extraviar la razón.-Un ejemplo de Mill acerca de cómo las opiniones aceptadas pueden cegar a los hombres.-Efecto de la aceptación de una incongruencia sobre un sistema filosófico.-Significado de una frase de Cristo.-Influencia de una clase beneficiada por el robo, manifestada en el desarrollo de la Economía Política. -El arzobispo Whately pone el carro delante de los caballos.-El poder de un gran interés pecuniario

para influir en el pensamiento sólo puede terminar suprimiendo ese interés.-Demostración de esto en la esclavitud americana.

El desdén del mundo clásico por la Economía Política ha sido atribuido por los economistas modernos a que la esclavitud hacía que el trabajo fuese mirado como cosa degradante [\(11\)](#).

Pero en esto un más poderoso y directo influjo de la esclavitud para impedir el cultivo de la Economía Política se ha desconocido.

Salvo acaso el crucificado fomentador de una rebelión servil, la única clase en que un filósofo del antiguo mundo hubiera podido dar un grito que trajera su nombre y sus enseñanzas hasta nosotros, era la clase rica, cuyas riquezas consistían principalmente en sus esclavos. Porque en cualquier período social en que el privilegio y la riqueza estén inicuamente distribuidos, lo que Jefferson dijo de Jesús [\(12\)](#) tiene que ser verdad respecto de todas enseñanzas morales y económicas: «todos los instruidos de su país, atrincherados en su poder y riquezas, le fueron adversos, temerosos de que la obra de Aquél socavara sus privilegios».

La primera pregunta que una Economía Política sistemática tiene que contestar, es ¿qué es riqueza? Esta pregunta, en un estado social en que las clases directoras eran universalmente dueñas de esclavos, era demasiado delicada para que cualquier filósofo de prestigio la planteara francamente. Aun más astutos, entre aquéllos, no podían hacer más que decir, los con el gigante intelectual Aristóteles, que «riqueza es todo aquello que puede ser medido por dinero» o, con el jurisconsulto romano Ulpiano, que riqueza es «todo lo que puede ser

comprado o vendido». Partiendo de esto-el mismo punto al que está llegando ahora nuestra Economía Política moderna otra vez en los corrientes tratados académicos,-aunque puede haber Economía de la Hacienda, Economía del Comercio y Economía de la Agricultura (había muchas economías como éstas entre los griegos y los romanos, y su economía agrícola hasta enseñaba cómo los esclavos debían ser vendidos en cuanto la edad o la enfermedad comienzan a disminuir el trabajo que se les puede arrancar), no hubo, no podía haber Economía Política.

Pero esta imposibilidad de distinguir entre lo que puede ser riqueza para el individuo y lo que es riqueza para la sociedad que ha impedido el desarrollo de una ciencia de la Economía Política donde, lo mismo en el antiguo que en el moderno mundo, la propiedad de los seres humanos ha sido elemento tan importante en la riqueza de las clases pudientes, no ha cesado enteramente de manifestarse con la abolición de la esclavitud corporal. Aun los hombres que han visto que había una conexión entre la incapacidad de los incansables y profundos pensadores del mundo clásico para desenvolver una Economía Política y su aceptación de la esclavitud, no se han dado cuenta de que en su propia exposición de la Economía Política estaban influidos inconscientemente por una influencia análoga retardataria y extraviadora. La esclavitud corporal es sólo uno de los medios por los cuales los individuos se hacen ricos, sin que haya aumento en la general riqueza y, a medida que en la civilización moderna ha perdido aquélla su influencia, la han reemplazado otros medios para conseguir el mismo fin. Pero donde quiera que la sociedad esté dividida entre muy ricos y muy pobres, por cualquier causa, la pregunta primaria de la Economía Política «¿qué es riqueza?» tiene que ser muy delicada

para los hombres influidos sensible o insensiblemente por los sentimientos, u opiniones de las clases dominantes.

Porque en tales condiciones sociales, mucho de lo que comúnmente pasa por riqueza ha de ser realmente robo legalizado, y nada puede ser más ofensivo para aquéllos que disfrutan del robo, que llamarlos por su verdadero nombre.

Y en las notas preliminares a sus *Principios de Economía Política* John Stuart Mill dice:

«Ocurre, frecuentemente, que la universal creencia en una etapa del género humano -creencia de la cual nadie, sin un extraordinario esfuerzo de genio y de valor, puede en ese tiempo libértarse- viene a ser para la edad siguiente de tan palpable absurdo, que la única dificultad consiste en imaginar cómo tal cosa puede haber parecido nunca creíble. Esto ha acontecido con la doctrina de que el dinero es sinónimo de riqueza. Esta idea parece demasiado absurda para ser juzgada opinión seria. Aparece como una de las más rudimentarias quimeras infantiles, inmediatamente corregidas por la palabra de una persona adulta. Pero nadie está seguro de que hubiera escapado al error si hubiera vivido en el tiempo en que prevalecía».

Nadie puede asegurarlo verdaderamente.

Sin embargo, es un error comparar el absurdo del sistema mercantil o proteccionista a las rudimentarias quimeras infantiles. Jamás ha sido éste su origen o su fuerza. En el menudo comercio de piedras y cajitas que se realiza entre los chicos de la escuela, ningún muchacho ha imaginado nunca que mientras más dé y menos reciba en tal cambio, será mejor para él. Ningún pueblo primitivo, en ninguna

parte, ha sido tan estúpido que supusiera que podía aumentar su riqueza gravándose a sí propio. Cualquier muchacho que pudiera entender la proposición, vería que un dólar de oro no puede valer más que un dólar de cualquier otra cosa, tan fácilmente como vería que una libra de plomo no puede ser más pesada que una libra de pluma. Tales ideas no son quimeras de la infancia. Su nacimiento, su fuerza, su persistencia, como podemos ver claramente en los países nuevos de América y Australia, donde han aparecido y cobrado fuerza, después de Adam Smith, son debidas a la formación de particulares intereses en la restricción artificial del comercio como un medio de aumentar la riqueza individual a expensas de la riqueza general.

El poder de un interés especial, aunque adverso al interés general, para influir sobre el pensamiento común hasta hacer que las mentiras pasen por verdades, es un gran hecho, sin el que ni la historia política de nuestro tiempo y pueblo, ni la de otros tiempos y pueblos, puede entenderse. Un número de individuos, relativamente pequeño, unidos en una virtual, no necesariamente formal, solidaridad de pensamiento y acción por algo que los haga individualmente ricos sin aumentar la riqueza general, puede ejercer una influencia enteramente desproporcionada con su número. Un interés particular de esta clase es al interés general de la sociedad, como un ejército disciplinado a una masa desordenada. Gana en intensidad y energía por su especialización y en la riqueza que toma del haber general encuentra poder para forjar la opinión. El vagar y la cultura, y las circunstancias y condiciones que hacen respetables acompañan a la riqueza, y la aptitud intelectual es atraída por ella. Por otra parte, aquéllos que padecen la injusticia que toma de los muchos para enriquecer a los pocos, se hallan por esto mismo privados de tiempo para pensar y de la oportunidad la educación y la gracia necesarias, para dar a su

pensamiento expresión aceptable. Son necesariamente los *iletrados*, los *ignorantes* y los *vulgares*, inclinados por la misma conciencia de su debilidad, a buscar para que los dirijan y guíen a aquéllos que tienen la superioridad que la posesión de la riqueza puede dar.

Ahora bien, si lo examinamos, la injusticia y el absurdo son simplemente distintos aspectos de la falta de lógica. Aquello que ante la recta razón es injusto, tiene que ser absurdo ante la recta razón. Pero una injusticia que empobrece a los más para enriquecer a los menos, cambia el centro del poder social y domina así los órganos sociales y los instrumentos de opinión y de educación. Creciendo en fuerzas y aceptada por aquéllos sobre quienes actúa, sólo necesita continuar existiendo para llegar a ser al fin tan sólida y arraigada, no en la mente humana, sino en las opiniones, creencias y hábitos espirituales que tomamos, como tomamos nuestra lengua materna, del ambiente social que nos rodea, que no se perciba su injusticia y absurdo, sino que parezca aún a los filósofos, parte obligada del orden natural, contra lo cual es tan inútil si no tan impío luchar como contra la constitución de los elementos. Aun el más alto don, el don de la razón está en sus beneficios al hombre sujeto a su uso y las mismas cualidades mentales que nos permiten descubrir la verdad, pueden ser extraviadas para fortificar el error, y lo son siempre cuando un interés particular antisocial adquiere el dominio de las funciones sociales relativas al pensamiento y a enseñanza.

En esto se halla la explicación del hecho de que, volviendo la vista a lo que conocemos de la historia humana, en todas partes encontraremos lo que para nosotros son los más palpables absurdos, incrustándose en la mente humana, como indiscutibles verdades:

naciones enteras, adscriptas a las más absurdas supersticiones, humillándose ante semejantes, frecuentemente ante idiotas o viciosos, a quienes la imaginación ha convertido en representantes de la deidad; grandes masas, fatigándose, padeciendo, extenuándose para que aquéllos cuyos zapatos besan puedan vivir ociosa y fastuosamente. Sea dónde y cuándo fuere que haya pasado por verdad lo que vemos hoy que es un palpable absurdo, podemos ver, si lo examinamos bien, que ha sido siempre porque tras ello «se ha ocultado algún interés particular poderoso, y porque el hombre ha esquivado la pregunta de los niños.

Esta es la naturaleza humana. El mundo es tan nuevo para nosotros cuando llegamos a él; nos vemos tan impelidos en toda circunstancia a confiar en lo que nos dicen, más que en lo que nosotros mismos podamos descubrir; lo que vemos que es la opinión común y respetada de otros, tiene para nosotros tal peso, casi irresistible, que resulta posible a un interés particular usurpando el dominio de la enseñanza, hacer que lo negro nos parezca blanco y lo injusto, justo.

Nadie, verdaderamente, puede asegurar que él hubiera escapado al error, por absurdo que sea, que alguna vez ha prevalecido entre los hombres, si hubiera vivido cuándo y dónde era aceptado. Por muy atrás que miremos, la naturaleza humana no ha cambiado y no tenemos sino que mirar en torno para ver cómo hoy mismo opera el gran agente que da a la mentira apariencias de verdad.

Del hecho de que habla John Stuart Mill, en lo citado relativo a la doctrina de que el dinero es sinónimo de riqueza- el hecho de que una opinión aceptada pueda cegar aún a hombres capaces y valerosos,- él

mismo, en el mismo libro y casi en el mismo párrafo, da inconscientemente un ejemplo, por la timidez con que trata la cuestión de la naturaleza de la riqueza, cuando va más allá de lo que Adam Smith había ya demostrado, a saber: que no es sinónima de dinero. Reconoce, en efecto, que lo que es riqueza para un individuo, no lo es forzosamente para la sociedad o nación y, definitivamente, establece, o mejor concede, que las deudas, aun las deudas públicas, no son parte de la riqueza social. Pero la manera de hacerlo, es significativa; dice:

«La cancelación de la Deuda no sería destrucción de riqueza, sino transferencia de ella; una injusta sustracción de riqueza a ciertos miembros de la sociedad en provecho del Gobierno o de los contribuyentes».

La superflua palabra *injusto* muestra la tendencia. Y aun este reconocimiento de que la Deuda no puede ser riqueza, en el sentido económico, es olvidada en la posterior definición de riqueza. Tan verdaderamente fuerte era John Stuart Mill, quien me parece a mí un modelo de honradez intelectual bajo la influencia de las ideas habituales en su tiempo y clase, que aun cuando ve con perfecta claridad que la riqueza que viene a los individuos por razón de su monopolio de la tierra, llega a ellos realmente a través de la fuerza y del fraude, sin embargo, al parecer, jamás ha sospechado que la tierra no fuese parte de la riqueza nacional. Ni tampoco parece haber sospechado siquiera que los habitantes de un país, puesto que han sido privados de ella por la fuerza, puedan recobrar lo que él dice que es su derecho natural. En toda la historia de los absurdos muertos, no hay cláusula más vigorosamente atestiguadora del poder de la opinión aceptada para ocultar el absurdo, que esta suya:

«La tierra de Irlanda, la tierra de cada país, pertenece a los habitantes de ese país. Los individuos llamados propietarios, no tienen derecho, ante la moral y ante la justicia, más que a la renta o compensación por su valor en venta».

Esto es, sencillamente, decir que la propiedad de la tierra de Irlanda da al pueblo, que es su propietario ante la ley moral, el derecho de comprarla a aquéllos que no son moralmente los propietarios.

¿Qué es lo que oculta a este sagaz lógico y radical pensador el patente absurdo de decir que los individuos llamados propietarios no tienen derecho a la tierra, sino aquello que es suma y expresión de todos los derechos comerciables a la tierra: la renta?

Cualquiera que examine sus escritos, verá que es su previa aceptación de ciertas doctrinas, doctrinas con las cuales, una sucesión de individuos ingeniosos han tratado de dar apariencias de armazón lógico a una Economía Política substancialmente defectuosa, y que se parece al artificioso sistema de ciclos y epiciclos con que la ingenuidad de los astrónomos anteriores a Copérnico trataba de demostrar el movimiento de los cuerpos celestes.

Cuando una substancia extraña, por ejemplo, una bala, se introduce en el cuerpo humano, el sistema físico, tan pronto como desespera de expulsarla, dirige sus esfuerzos a concertarse con esa materia extraña, frecuentemente con tales resultados, que al final, la incomodidad no es advertida. El robusto, el vigoroso hombre con quien acabo de hablar y al que compararía a un toro si no fuera por la inteligencia de su rostro, ha llevado durante mucho tiempo una bala

bajo su piel; y hemos visto muchos hombres vivir durante años con balas en el cerebro.

Lo mismo ocurre con los sistemas filosóficos. Cuando en un sistema filosófico es aceptada una incongruencia, las facultades de sus profesores trabajan por adaptar las otras partes del sistema a esta incongruencia, frecuentemente con tales resultados, que hemos visto sistemas filosóficos conteniendo incongruencias fatales, alcanzar aceptación durante muchas generaciones. Porque la mente del hombre es aun más plástica que el cuerpo humano y, la imaginación humana, que es el principal elemento de elaboración de un sistema filosófico, suministra una linfa más sutil que la ofrecida por la sangre al organismo corpóreo.

Verdaderamente el artificio y confusión por los cuales se hace tolerable a un sistema filosófico una incongruencia, por la razón misma de que aquéllos no pueden ser entendidos sino por quienes han sometido sus mentes a una especial carrera de obstáculos, se convierte a sus ojos en una prueba de superioridad, satisfaciendo una vanidad semejante a la del contorsionista que ha aprendido penosamente a caminar un pequeño trecho sobre sus manos en vez de hacerlo sobre sus pies y a retorcer su cuerpo en antinaturales e innecesarias posiciones o a la del procurador o abogado, que han aprendido también penosamente análogas trampas del lenguaje.

Y así como tolerar el organismo físico mucho tiempo un cuerpo extraño como una bala, un tumor o una dislocación, hace por razón de los esfuerzos que el sistema ha realizado para reconciliarlo con las demás partes y funciones, más difícil removerlo o remediarlo, así el tolerar en un sistema filosófico una incongruencia, hace su eliminación

o remedio mucho más difícil para aquéllos que tienen inclinada su mente hacia el sistema, al cual, hombres ingeniosos han adaptado la incongruencia que para aquéllos que abordan la materia desde sus primeros principios, y que si tienen más que aprender, tienen menos que olvidar. Porque es verdad, como Bacon dijo: «Un baldado en el camino recto puede vencer a un corredor en el torcido. No sólo eso; cuanto más veloz sea el corredor que ha torcido su camino, más atrás le dejará el otro».

Esto, a mi juicio, es lo que se significa en la concisa, pero profunda filosofía de Cristo, por frases como la de que el reino del Cielo o el reino de la justicia, aunque revelado hasta a los niños es ignorado por los que se creen sabios y prudentes, y, que lo que la gente vulgar oía gustosamente era locura para escribas y fariseos. La historia de las opiniones aceptadas en cada tiempo y lugar abunda en ejemplos de este principio.

No es a las quimeras de la infancia donde tenemos que acudir para explicar la fuerza de los absurdos largo tiempo dominantes. Michelet (*El Pueblo*), dice con verdad: «Ningún absurdo consagrado hubiera arraigado en el mundo si el hombre no hubiese callado ante las objeciones de los niños».

Pero no nos apartemos del asunto. Es evidente que la existencia de una clase poderosa cuyas rentas no dejarían de ser perjudicadas por el reconocimiento del hecho de que aquello que los hace individualmente ricos, no es una parte de la riqueza de la sociedad, sino solamente robo, tiene que haber atajado el primer paso desde el comienzo del cultivo de la Economía Política en los tiempos modernos, o sea la de terminación de en qué consiste la riqueza de la

sociedad con algo análogo a las dificultades que impidieron su desarrollo en los tiempos clásicos. Y al desarrollarla, especialmente después de haberse encargado de esa tarea las escuelas y universidades, que, constituidas como lo están, son singularmente accesibles a la influencia de las clases ricas, es evidente que los esfuerzos de los hombres instruidos para dar apariencias de lógica a un sistema de *Economía Política* desprovisto de una clara y precisa definición de la riqueza, tuvieron que envolver el asunto en grandes perplejidades y ayudar poderosamente a impedir que apareciese la necesidad de una definición de la riqueza.

Esto es, precisamente, lo que hemos visto al examinar los diferentes conatos de definición de la riqueza en sentido económico, y consignar las crecientes confusiones a que ha aportado, culminando en la aceptación de un significado común de la palabra riqueza, algo que tiene valor en cambio, como la única acepción que puede darse del vocablo científico, y el consiguiente abandono de la posibilidad de una ciencia de la Economía Política.

El arzobispo Whately, en el capítulo sobre los términos ambiguos, adicionado a sus *Elementos de Lógica*, dice hablando de una de las ambigüedades de la palabra riqueza, la que conduce al uso de *riqueza* como sinónimo de *dinero*:

«Los resultados han sido el fraude, el dolor y la miseria dentro; la discordia y la guerra, fuera. Ha hecho a las naciones considerar la riqueza de sus clientes como manantiales de pérdidas, no de provecho, y un mercado ventajoso, una maldición en vez de una bendición. Induciéndolos a rehusar aprovecharse de las peculiares ventajas del clima, suelo o industria, poseídas por sus vecinos, ha

forzado a éstos, en gran medida, a desarrollar las propias; ha contribuido durante siglos, y acaso durante siglos seguirá contribuyendo, a retardar el adelanto de Europa, más que todas las demás causas juntas».

En esto, el arzobispo, aunque famoso como lógico, «pone el carro delante de los caballos».

Éstos no son los efectos de la confusión de un vocablo. La confusión del vocablo es uno de los efectos de la influencia que ejercen sobre el pensamiento los intereses particulares, que, en sus esfuerzos para dar riqueza al individuo a expensas de la riqueza general, han hecho esto y lo siguen haciendo.

Ni puede este poder de un gran interés pecuniario para influir en el pensamiento, y especialmente en el de aquellos círculos sociales cuyas opiniones son más respetadas, ser suprimido, sino aboliendo su causa: la disposición social e instituciones que dan poder para obtener riqueza sin ganarla. El interés pecuniario, en la propiedad de esclavos, nunca fue muy grande, en los Estados Unidos. Pero dominó de tal manera el pensamiento del conjunto del país, que en los principios de la guerra civil, la palabra *abolicionista* era hasta para el bueno, bondadoso e inteligente pueblo del Norte, una expresión que significaba algo vil y despreciable. Y cualquiera otro que hubiera podido ser el resultado de la guerra, si el interés pecuniario hubiese continuado adscrito al mantenimiento de la esclavitud, hubiera seguido influyendo en la opinión. Pero tan pronto como el influjo del interés esclavista desapareció por la emancipación de los esclavos, este poder sobre la opinión se desvaneció. Ahora ningún predicador, profesor o político, ni siquiera en el Sur, pensaría reclamar o defender

la esclavitud, y en Boston, donde difícilmente escapó al motín, se alza la estatua de William Lloyd Garrison.

△▽

Capítulo III

Lo que Adam Smith significa por riqueza

Exponiendo cuán esencialmente difiere la concepción primaria de la riqueza, de Adam Smith, de lo que ahora sostienen sus sucesores

Significación del título Riqueza de las Naciones.-Su origen manifestado en la referencia de Smith a los fisiócratas.-Su concepción de la riqueza en su introducción.- Objeción de Malthus y de Macleod.- La primitiva concepción de Smith es la dada en Progreso y miseria.- Sus confusiones subsecuentes.

Si considerando las crecientes vaguedades de los economistas profesionales en cuanto a la naturaleza de la riqueza, comparamos el gran libro de Adam Smith con los tratados posteriores, podremos observar, en su mismo rótulo, algo habitualmente inadvertido, pero realmente muy significativo. Adam Smith no propone una indagación acerca de la naturaleza y causas de la riqueza, sino «una indagación acerca de la naturaleza y causas de la *Riqueza de las Naciones*».

Las palabras que he subrayado aquí son el título descriptivo del libro. Éste es conocido, no como *Indagación de Adam Smith* o *Riqueza, de Adam Smith*, sino como *Riqueza de las Naciones*, de Adam Smith. Sin embargo, estas palabras limitativas *de las Naciones* parecen haber sido poco advertidas y menos entendidas

por los escritores que, en creciente número, y casi durante un siglo, han tomado este gran libro como base para sus disquisiciones y supuestos progresos. Sus afirmaciones parecen ser que es la riqueza en general, o la riqueza sin limitación, la que Adam Smith trata y la que constituye el asunto propio de la Economía Política y que si aquél quiere significar algo con sus palabras determinantes *de las Naciones*, se refiere a divisiones políticas tales como Inglaterra, Francia, Holanda, etc.

Alguna justificación superficial proporciona acaso a esta opinión el hecho de que una de las partes de la *Riqueza de las Naciones*, libro III, se titula *De los diferentes progresos de la opulencia en diferentes Naciones* y que en ella se hace referencia, por vía de ilustración, a varios Estados antiguos y modernos. Pero que en su elección de las palabras limitativas *de las Naciones* como indicadoras de la clase de riqueza cuya naturaleza y causas se propuso indagar, Adam Smith se refiere a otra cosa que a las divisiones políticas del género humano llamados Estados o Naciones, está suficientemente claro.

Aunque, como he dicho, no es muy concreto ni enteramente consecuente en su uso del término riqueza, es cierto, sin embargo, que, lo que significaba por *la riqueza de las naciones*, cuya naturaleza y causas se proponía indagar, era algo esencialmente distinto de lo que se significa por riqueza en el uso ordinario de la palabra, la cual incluye como riqueza todas las cosas que pueden hacer rico al individuo considerado aparte de los demás individuos. Aquella clase de riqueza, cuya producción aumenta y cuya destrucción disminuye la riqueza de la sociedad como un conjunto, o del género humano colectivamente, es lo que él quiso distinguir de la palabra *Riqueza* en su sentido común e individual por las palabras limitativas *de las*

Naciones, en el significado no de las mayores divisiones políticas del género humano, sino de las sociedades u organismos sociales.

En el cuerpo de *Riqueza de las Naciones*, aparece otra vez la frase que proporcionó a Adam Smith el título para su labor de diez años. En el libro IV, hablando de aquellos miembros de *la república de las letras francesas*, que en su tiempo se llamaron y fueron llamados *economistas*, pero que desde entonces han sido distinguidos de otros economistas reales o supuestos con el nombre de fisiócratas ⁽¹³⁾, escuela que puede distinguirse mejor como de los *single-taxers* del siglo XVIII, dice (las cursivas son mías):

«Esta secta, en sus obras, que son muy numerosas y que tratan, no sólo de *lo que es propiamente llamado Economía Política o de la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, sino de todas las ramas del sistema social, sigue completa, implícitamente y sin ninguna variación sensible, las, doctrinas de Mr. Quesnay».

Este reconocimiento del hecho de que, no la riqueza en el vago y común sentido de la palabra, sino lo que es riqueza para las sociedades consideradas como conjuntos o como él lo llama, *La riqueza de las Naciones*, es la materia capital de lo que se llama propiamente Economía Política, manifiesta el origen del título que Adam Smith escogió para su libro. Pensó indudablemente, llamarla Economía Política, pero sea por la conciencia de que su obra era incompleta, o por la modestia de su real grandeza, prefirió finalmente el título menos presuntuoso, que expresaba, a su juicio, la misma idea *Indagación acerca de la naturaleza y causas de la riqueza de las Naciones*.

Se ha reprochado mucho a Adam Smith que no define lo que entendía por riqueza. Pero esto ha sido exagerado. En el propio párrafo primero de la introducción a su obra, explica así lo que entendía por riqueza de las naciones, el único sentido de la palabra riqueza que «lo que propiamente se llama Economía Política», tiene que considerar:

«El trabajo anual de cada nación es el caudal que originalmente le proporciona todas las cosas necesarias y convenientes para la vida que aquélla consume anualmente, y que consiste siempre, o en el inmediato producto de ese trabajo, o en lo que se compra con ese producto a otras naciones».

Otra vez, en la última cláusula de esa introducción, habla de «la riqueza efectiva, el anual producto de la tierra y el trabajo de la sociedad». Y en otras diversas partes del libro habla también de esta riqueza de la sociedad, o riqueza de las naciones o riqueza efectiva, como el producto de la tierra y el trabajo.

Lo que entendía por producto de la tierra y del trabajo no era, naturalmente, el producto de la tierra más el producto del trabajo, sino el producto resultante de ambos; esto es, el resultado del trabajo, factor activo de toda producción, ejercido sobre la tierra, factor pasivo de toda producción, de tal manera que la adapte (tierra o materiales) a la satisfacción de los deseos humanos. Malthus, secundado por McCulloch y una larga serie de comentaristas de Adam Smith, objetan a su definición que «comprende todos los productos inútiles de la tierra lo mismo que los apropiados y disfrutados por el hombre». Y de igual modo Macleod, un escritor reciente, cuya habilidad para decir con claridad lo que necesita decir hace de sus *Elementos de lo*

Económico, a pesar de sus defectos esenciales, un libro saliente entre los escritos económicos, arguye que si «el producto anual de la tierra y el trabajo, separadamente o asociados, es riqueza, serán, pues, los productos inútiles de la tierra tan riqueza como los más útiles, la zizaña como el trigo. Si un buzo extrae una perla del fondo del mar, la concha de la ostra es tan 'producto de la tierra y el trabajo', como la perla misma. De igual modo, si se saca de una mina una pepita de oro o un diamante, la ganga en que está envuelto y que se extrae con ellos, es tan 'producto de la tierra y el trabajo' como el oro o el diamante; e innumerables ejemplos de esta clase pueden ser citados».

La comunicación del pensamiento por el lenguaje sería completa, si se pudiera pedir a Adam Smith que explicara que el producto del trabajo significa aquello para cuya obtención es ejercitado el trabajo, no lo que incidentalmente está obligado a remover en el proceso necesario para obtenerlo. Sin embargo, los más de los reproches por su fracaso en decir lo que entiende por riqueza, no tienen mejor base que estas objeciones.

En verdad, cualquiera que busque el significado evidente de la palabra que aquél usa, verá que lo que Adam Smith entendía por *Riqueza de las Naciones*, o riqueza, en la acepción en que la estudia, «lo que se llama propiamente Economía Política», es en realidad lo que, en el capítulo de *Progreso y miseria*, titulado *El significado de los vocablos* (libro I, capítulo II), se da como significado propio del término económico, o sea, «los productos naturales que han sido obtenidos, trasladados, combinados, separados o de cualquier otro modo modificados por el esfuerzo humano para adaptarlos a la satisfacción de los humanos deseos».

A través de la primera y más importante parte de su obra, ésta es la idea que Smith tiene constantemente en el pensamiento y a la que constantemente se refiere, al atribuir toda producción de riqueza al trabajo. Pero habiendo alcanzado esta idea de la naturaleza de la riqueza sin haber definido claramente sus relaciones con otras ideas, que aún yacían en su espíritu, cayó en la confusión subsiguiente de clasificar también como riqueza las cualidades personales y las deudas.

△▽

Capítulo IV

Los fisiócratas franceses

Exponiendo quiénes fueron los primeros expositores de una verdadera ciencia de la Economía Política y lo que sostenían

Quesnay y sus discípulos.-Las grandes verdades que vislumbraron y la causa de la confusión en que cayeron.-Esto sirvió para desacreditar el conjunto de su sistema, pero no realmente lo esencial.- Fueron, verdaderamente, librecambistas.-La escasa justicia que todavía se les hace.-Referencia a ellos en Progreso y miseria.- Afirmación de Macleod acerca de la doctrina de aquéllos sobre el orden natural.-Su concepción de la riqueza.-Su día de esperanza y su caída.

Quienes primero expusieron en los tiempos modernos algo parecido a una verdadera ciencia de Economía política, o mejor dicho (puesto que las verdades sociales, aunque pueden ser obscurecidas o

ignoradas durante algún tiempo, han tenido que ser vistas siempre desde el origen de la sociedad humana), los hombres que prorrumpieron en un clamor bastante vigoroso y bastante amplio para que llegaran sus nombres y sus escritos hasta nuestros tiempos, fueron los filósofos franceses de quienes Adam Smith habla en el párrafo antes citado como la secta en que «todos siguieron implícitamente y sin ninguna variación sensible» las doctrinas de M. Quesnay.

Francisco Quesnai o Quesnay, según usualmente se escribe su nombre, filósofo francés que, como McCulloch dice: «se distinguía tanto por la sutileza y originalidad de su entendimiento, como por la integridad y sencillez de su carácter», nació el 4 de Junio de 1694, veintiocho años antes que Adam Smith, en Merey, a unas diez leguas de París. Habiendo comenzado su vida dedicándose a las labores manuales de una granja, careció de las ventajas, o como frecuentemente resulta en parte para los hombres, de las desventajas de una educación académica. Con mucho trabajo aprendió por sí mismo a leer, fue aprendiz de un cirujano y al final comenzó a practicar por sí mismo, en Mantes, donde adquirió algunos recursos y se puso en relación con Marshal de Noailles, quien habló de él a la reina, la cual, a su vez, lo recomendó al rey. Finalmente, se estableció en París, compró la plaza de médico del rey, y el monarca lo nombró su primer médico. Absteniéndose de las intrigas de la corte, profesó sincero respeto a Luis XV, con quien, como su médico primero, se hallaba en estrecho contacto personal. El rey le hizo noble, le dio un blasón y le asignó habitación en Palacio llamándole cariñosamente su pensador e hizo que sus libros fueran impresos en la imprenta real. Y en torno de él, en sus habitaciones del palacio de Versailles, este *pensador del rey* acostumbró a reunir un grupo de hombres

eminentes, quienes se unieron a él con el propósito más grande que la mente humana puede concebir: nada menos que establecer la libertad y suprimir la miseria entre los hombres, por la conformidad de las leyes humanas con el orden natural establecido por el Creador.

Estos hombres vieron lo que frecuentemente se ha olvidado en las complejidades de una alta civilización y que, sin embargo, es tan claro como la luz meridiana para quien considere los primeros principios. Vieron que no hay sino un manantial de donde todos los hombres puedan sacar lo que sea menester para satisfacer sus necesidades materiales, la tierra, y que no hay sino un medio por el cual la tierra pueda proveer a sus deseos: el trabajo. Vieron, por consiguiente, que toda riqueza efectiva, todo lo que constituye o puede constituir parte de la riqueza de la sociedad, en conjunto, o de la riqueza de las naciones, es el resultado o producto de la aplicación del trabajo a la tierra.

No sólo alcanzaron este primer principio, en el cual ha de fundarse toda verdadera economía, aun la de una tribu salvaje, o un individuo aislado, sino que alcanzaron el principio central de una verdadera Economía Política. Es éste el principio de que el natural desenvolvimiento del organismo social, por el que los hombres se integran en la sociedad, crea un fondo que es la natural provisión para las necesidades naturales de aquel organismo, un fondo que no sólo es suficiente para todas las necesidades materiales de la sociedad, y puede ser tomado con tal fin, verdadero destino suyo, sin privar al individuo de lo que, justamente le pertenece; sino que ha de ser tomado so pena de los más graves daños a los individuos y los más funestos desastres para el Estado.

Y este fondo, Quesnay y sus discípulos, lo denominaron el *produit net*, el producto neto, o excedente, o remanente. Lo llamaron así, evidentemente, porque lo vieron sólo como algo que permanecía adscrito, por así decirlo, al dominio de la tierra, después de que todos los gastos de producción que se resuelven en compensaciones por el ejercicio del trabajo individual son pagados. Lo que ellos verdaderamente significaban por el *producto neto*, es precisamente lo que propiamente se designa en Inglaterra por la palabra renta, cuando la usamos en el especial sentido o significado técnico que ha adquirido desde los tiempos de Ricardo, como vocablo de Economía Política. Producto neto es realmente un término mejor que renta, en cuanto no es susceptible de confusión con una palabra que constantemente se usa en otro sentido; Y John Stuart Mill, probablemente sin pensar en los fisiócratas, se aproxima mucho a la idea que los guió al elegir el vocablo, cuando habla de renta económica como de «el incremento no ganado del valor de la tierra».

Que Quesnay y sus asociados vieron la enorme importancia de este producto neto o «incremento no ganado», para el cual nuestro término económico es renta, lo demuestra su proposición práctica, el *impôt unique* o impuesto único. Por éste significaban ellos exactamente lo que sus modernos defensores entienden ahora: la abolición de todos los impuestos sobre la producción, el cambio o la posesión de la riqueza en cualquier forma y el acudir para los ingresos públicos a la renta económica; el producto neto o sobrante; el (para el individuo) incremento no ganado, adscrito a la tierra, dondequiera el progreso social atribuye a una particular parcela ventajas para su usuario, con respecto a las que puedan obtenerse sobre la tierra que cualquiera puede utilizar libremente.

Vislumbrando el verdadero significado y destino del producto neto, o renta económica, se desplegó ante los fisiócratas un verdadero sistema de Economía Política, un sistema de orden armonioso y de resultados bienhechores. Encontraron la clave sin la cual no es posible ninguna verdadera ciencia de la Economía Política; por haber rehusado aceptarla la Economía académica que ha sucedido a Adam Smith, es por lo que, después de casi una centuria de cultivo, durante la cual ha permanecido en la triste situación de *ciencia siniestra*, yace ahora en declarada incapacidad y abandono.

Pero extraviados por una defectuosa observación y por prejuicios que han prevalecido largo tiempo después de ellos y que en gran parte aún prevalecen (asunto al cual después me referiré más ampliamente), los fisiócratas dejaron de observar que lo que ellos llamaban el producto neto o sobrante, y lo que nosotros llamamos ahora renta económica o incremento no ganado, se adhiere a la tierra cualquiera que sea su uso. Buscando en la ley natural alguna explicación de lo que indudablemente suponían todos ser el hecho, y del cual no conozco ninguna contradicción franca hasta que se escribió *Progreso y miseria*, a saber: que la Agricultura es la única ocupación que da al propietario un producto neto, o sobrante, o incremento no ganado (renta) además de los gastos de producción, aquéllos, no sin lógica, dadas las circunstancias, establecieron una marcada diferencia entre la Agricultura que hace surgir cosas, y las ocupaciones mecánicas o mercantiles que se limitan a cambiar las cosas de forma, lugar o dueño, como la explicación que ellos buscaban. Esta diferencia consiste en el uso que la Agricultura hace del principio generador o reproductivo de la Naturaleza.

Este supuesto hecho, y lo que les parecía su racional explicación, o sea el peculiar uso hecho por la Agricultura del principio de crecimiento y reproducción que caracteriza todas las formas de la vida vegetal y animal, los fisiócratas lo expresaron en su terminología, denominando a la Agricultura la única ocupación productiva. Consideraron las demás ocupaciones, aunque útiles, como estériles o infecundas, tanto más cuanto que, bajo el hecho supuesto, tales ocupaciones no dan nacimiento a un producto neto o incremento no ganado, sino que meramente devuelven al general fondo de riqueza o producto bruto, el equivalente de lo que han tomado de ella, cambiando la forma, lugar o propietario de las cosas materiales ya existentes.

Ésta fue su grande y fatal equivocación que ha sido utilizada eficazmente para desacreditar el conjunto de su sistema. Sin embargo, no era realmente una equivocación vital. Es decir, no alteraba sus proposiciones prácticas. Los discípulos de Quesnay insistían en que la Agricultura, en la cual incluían los pesquerías y minas, es la única ocupación productiva, o, en otras palabras, la sola aplicación del trabajo que aumenta la suma de riqueza, mientras que las manufacturas y el comercio, aunque útiles, son estériles, porque se limitan a cambiar la forma y lugar de la riqueza sin acrecentar su suma. Sin embargo, no proponían restricciones o dificultades ningunas para las ocupaciones así estigmatizadas. Por el contrario, eran lo que los llamados librecambistas ingleses que han seguido a Adam Smith, jamás han sido: librecambistas en el pleno sentido del vocablo. En su proposición práctica, *el impuesto único*, propusieron el único medio por el cual el principio del libre comercio puede ser llevado hasta su conclusión lógica: la libertad, no solamente del comercio, sino de todas las demás formas y modos de producción, dándole plena

libertad de acceso al elemento natural, que es esencial para toda producción. Fueron los autores del lema que en el uso inglés de la frase *laissez faire*, «dejad solas las cosas», ha sido tan recortada y falseada; pero que en sus labios era *laissez faire, laissez aller* «franquear los caminos y dejad las cosas solas». Dícese que esto proviene del grito que en los torneos medioevales servía de señal para el combate. El lema inglés, que yo considero más cercano al espíritu de la frase francesa, es *un campo igual y ningún favor*.

Porque entre todos los modernos filósofos fueron, no sólo los primeros, sino los únicos verdaderos librecambistas, he dedicado a la memoria de Quesnay y a sus discípulos mi *¿Protección o Librecambio?* (1895), diciendo:

«Llevando así la indagación más allá del punto donde Adam Smith y los escritores que le siguieron se han detenido, creo que he despojado a la espinosa cuestión arancelaria de sus mayores dificultades, y que he esclarecido el camino para decidir una polémica que, de otra suerte, sería interminable. Las conclusiones así alcanzadas llevan la doctrina del librecambio desde la menguada forma en que ha sido enseñada por los economistas ingleses, a la plenitud con que fue sostenida por los predecesores de Adam Smith, aquellos ilustres franceses de donde proviene el lema *laissez faire*, y que, cualesquiera que hayan sido las confusiones de su terminología y los defectos de sus procedimientos, alcanzaron una verdad central que los librecambistas posteriores han ignorado».

Estos *economistas franceses*, ahora más concretamente conocidos como fisiócratas o *single taxers*, sostuvieron lo que es probablemente la mayor de las verdades entre todas sus opiniones sobre filosofía y

política; pero la sostuvieron a través de percepciones curiosamente extraviadas. Fue para ellos, sin embargo, como un arco iris, visto a través de nubes. No vieron el pleno trazo de la majestuosa curva y trataron de compensar su falta de visión con una confusa y confundidora terminología. Pero lo que ellos vieron les sirvió de orientación y percibieron que se puede confiar en las leyes naturales allí donde los intentos de ordenar el mundo por medio de leyes humanas fracasarían seguramente. Sin embargo, nada muestra mejor la importancia de una teoría correcta para el progreso de la verdad contra la resistencia de poderosos intereses especiales, que la completa derrota de los fisiócratas. Su error teórico ha bastado para impedir o, mejor dicho, para proporcionar un pretexto suficiente para impedir que fueran estudiadas la justicia y facilidad de su propuesta práctica.

No conozco ningún escritor inglés acerca de los fisiócratas o de sus doctrinas, que parezca haberlos entendido o tener siquiera un vislumbre de que la verdad que yace bajo su teoría de que la Agricultura es la única ocupación productiva, es una percepción de lo que después ha sido conocido como teoría ricardiana de la renta, llevada más lejos de lo que lo hizo Ricardo, hasta sus lógicos resultados; pero percibida como Ricardo mismo parece haberla percibido, sólo en sus relaciones con la Agricultura.

En *Progreso y miseria*, después de haber puntualizado lo que yo creo que es el sencillo, y, sin embargo, soberano remedio contra la continuación de la universal miseria en medio del progreso material, en el capítulo titulado *Referencias y objeciones* (libro VIII, capítulo IV), digo de los fisiócratas:

«De hecho, que la renta debe ser, a la vez, en el terreno de la conveniencia y de la justicia, el peculiar objeto del impuesto, está contenido en la aceptada doctrina de la renta, y puede encontrarse en embrión en las obras de todos los economistas que han aceptado la ley de Ricardo. Que esos principios no hayan sido llevados hasta sus necesarias conclusiones, como lo he hecho yo, proviene evidentemente de la resistencia a perjudicar o agravar los enormes intereses adscritos a la propiedad privada de la tierra y de las falsas teorías con respecto a los salarios y a las causas de la miseria que han dominado el pensamiento económico.

Pero ha habido una escuela de economistas que percibieron plenamente lo que es claro a la natural percepción de los hombres, cuando no están influidos por la costumbre; que la renta de la Propiedad común, la tierra, debe ser apropiada para el servicio común. Los economistas franceses de la última centuria, acaudillados por Quesnay y Turgot, propusieron exactamente lo que yo he propuesto: que sean abolidos todos los tributos, excepto uno, sobre el valor de la tierra. Como yo conozco la doctrina de Quesnay y sus discípulos sólo de segunda mano, al través de los escritores ingleses, no puedo ver hasta qué punto sus ideas peculiares acerca de que la Agricultura sea la única aplicación productiva, etc., son percepciones erróneas o simples peculiaridades de terminología. Pero acerca de la proposición en que su teoría culmina, estoy cierto de esto: que vieron la fundamental relación entre la tierra y el trabajo que después se ha obscurecido y que llegaron a la verdad práctica, aunque acaso al través de una serie de razonamientos defectuosamente expresados. Las causas que ponen en manos del propietario un «producto neto», no son explicadas por los fisiócratas mejor que se explica la succión de la bomba, por la hipótesis de que la Naturaleza aborrece el vacío;

pero el hecho en sus relaciones prácticas con la Economía social fue reconocido, y el beneficio que resultaría de la libertad perfecta dada a la industria y al comercio por la sustitución de todos los impuestos que gravan y desvían la aplicación del trabajo por un tributo sobre la renta, fueron vistos, indudablemente, tan claramente por ellos, como por mí. Una de las cosas que más deben lamentarse en la Revolución Francesa, es que soterró las ideas de los economistas, precisamente cuando iban ganando fuerza entre las clases pensadoras, y al parecer comenzaban a influir en la legislación fiscal.

Sin conocer nada de Quesnay, ni de sus doctrinas, he alcanzado yo la misma conclusión práctica por un camino que no puede discutirse, y la he basado en cimientos que no pueden ser impugnados por la Economía Política aceptada».

La mejor referencia inglesa de las doctrinas fisiocráticas que yo conozco ahora, es la dada por Henry Dunning Macleod, en sus *Elementos de lo Económico* (1881). Éste parece no tener noción de la verdad que yace en la raíz de un error que ha sido causa de que los grandes servicios de aquélla sean olvidados, y que en un ulterior libro procuraré tener oportunidad de explicar más plenamente. Para él es sencillamente incomprensible cómo hombres de la capacidad de los fisiócratas pudieran sostener que un país no podía ser enriquecido por el trabajo de los artesanos y por el comercio. Denomina esto una de aquellas aberraciones de la inteligencia humana, que sólo pueden ser admiradas y no explicadas. Pero aun cuando les niegue el honor de ser los fundadores de la ciencia de la Economía Política, declara que, a pesar de sus errores, «tienen títulos de gloria imperecedera en la historia del género humano» y da con sus propias palabras un

extracto de sus doctrinas, del cual (libro I, capítulo V, sección 3.^a),
tomo lo siguiente:

«El Creador ha colocado al hombre sobre la tierra con la evidente intención de que la raza prospere, y hay ciertas leyes físicas y morales que conducen en el más alto grado a asegurar su conservación, aumento, bienestar y progreso. La correlación entre estas leyes físicas y morales es tan estrecha, que si una de ellas es mal entendida por la ignorancia y la pasión, las otras lo son también. La naturaleza física o materia tiene con el género humano tanta relación como el cuerpo con el alma. De aquí la perpetua y necesaria relación del bien y del mal, físico y moral, recíprocamente. La justicia natural es la conformidad de las leyes y acciones humanas con el orden natural, y este conjunto de leyes físicas y morales existió antes que toda institución positiva entre los hombres. Y al par que su observancia produce los más altos grados de prosperidad y bienestar entre los hombres, la no observancia o transgresión de ellas es la causa de los grandes males que afligen al género humano.

Si tal ley natural existe, nuestra inteligencia es capaz de percibirla, porque si no sería inútil y la sabiduría del Creador hubiera faltado. Como, por consiguiente, estas leyes son instituidas por el Ser Supremo, todos los hombres y todos los Estados tienen que regirse por ellas. Son inmutables e irrefragables y las mejores posibles; por tanto, son necesariamente las bases del más perfecto gobierno y la regla fundamental de todas las leyes positivas, que tienen por único fin sostener el orden natural, evidentemente el más ventajoso para la raza humana.

Siendo el objeto evidente del Creador la preservación, aumento, bienestar y progreso de la especie, el hombre recibe necesariamente desde su origen, no sólo inteligencia, sino instintos conformables con ese fin. Cada uno se siente dotado con el triple instinto del bienestar, de la sociabilidad y de la justicia. Comprende que el aislamiento del bruto no es adecuado a su doble naturaleza, y que sus necesidades físicas y morales le impulsan a vivir en la sociedad de sus iguales, en un estado de paz, buena voluntad y concordia.

También reconoce que otros hombres, teniendo las mismas necesidades que él, no pueden tener menos derechos que él, y, por consiguiente, se inclina a respetar esos derechos, de manera que los demás hombres puedan cumplir análogas obligaciones hacia él.

Estas ideas -el fruto de este examen, la necesidad del trabajo, la necesidad de la sociedad y la necesidad de la justicia,- implican otras tres: libertad, propiedad y autoridad, que son los tres términos esenciales de todo orden social.

¿Cómo puede el hombre comprender la necesidad del trabajo para obedecer al irresistible instinto de su preservación y bienestar, sin concebir al mismo tiempo que el instrumento del trabajo, las cualidades físicas e intelectuales con que le ha dotado la Naturaleza, le pertenecen exclusivamente, sin percibir que es dueño y absoluto propietario de su persona, que ha nacido y permanece libre?

Pero la idea de libertad no puede surgir en la mente sin asociarse con la idea de propiedad, en ausencia de la cual, la primera únicamente representaría un derecho ilusorio, sin objeto. La libertad que el individuo tiene de adquirir por el trabajo cosas útiles, supone necesariamente la de conservarlas, disfrutarlas y disponer de ellas sin

reserva, y también la de legarlas a su familia, que prolonga su existencia indefinidamente. Así, la libertad concebida de esta manera se convierte en propiedad, que puede ser concebida en dos aspectos con relación a los bienes muebles sobre la tierra, que es la fuente de donde tiene que extraerlas.

Al comienzo, la propiedad fue principalmente mueble; pero cuando el cultivo de la tierra fue necesario para la preservación, aumento y mejora de la raza, se hizo necesaria la individual apropiación del suelo, porque ningún otro sistema es tan adecuado para sacar de la tierra toda la masa de cosas útiles que puede producir; y, en segundo término, porque la constitución colectiva de la Propiedad produciría muchas dificultades en cuanto al reparto de los frutos, dificultades que no se presentan con la división de la tierra, por la cual los derechos de cada uno son fijados de una manera clara y definida. La propiedad de la tierra es, por consiguiente, la consecuencia necesaria y legítima de la propiedad personal y mueble. Cada hombre tiene centralizado en él, por las leyes de la Providencia, ciertos derechos y obligaciones; el derecho de disfrutar hasta lo sumo de su capacidad y la obligación de respetar iguales derechos en otros. El perfecto respeto y protección de los derechos y obligaciones recíprocos, conduce la producción a su más alto grado y a la obtención de la suma mayor de disfrutes materiales.

Los fisiócratas, pues, consideraban la absoluta libertad o propiedad como el derecho fundamental del hombre, libertad personal, libertad de opinión y libertad de contratar o comerciar; y la violación de éstas, como contraria a las leyes de la Providencia, y, por consiguiente, la causa de todo mal humano. La primera publicación de Quesnay, el *Derecho Natural*, contiene una indagación, acerca de estos

derechos naturales, y posteriormente, en otra titulada *Máximas generales del Gobierno económico en un reino agrícola*, trata de establecer en una serie de treinta máximas o principios generales fundamentales, el conjunto de las bases de la economía social. La vigésima tercera de ellas declara que una nación no experimenta pérdidas comerciando con el extranjero. La vigésima cuarta declara la falsedad de la doctrina de la balanza mercantil. La vigésima quinta dice: 'Dejad que la plena libertad del comercio sea mantenida, porque la regulación del comercio interno y externo más segura, más verdadera, más provechosa para la nación y para el Estado, consiste en la plena libertad de la competencia'. En estas tres máximas que Quesnay y sus discípulos desarrollaron, estaba contenida la total impugnación del sistema existente de 'Economía Política'; y a pesar de ciertos errores y defectuosas soluciones, tienen indiscutibles títulos para ser considerados como los fundadores de la ciencia de la 'Economía Política'».

La riqueza, en el sentido económico de la riqueza de las sociedades o riqueza de las naciones, Macleod lo extiende al Estado, consistía, para los fisiócratas exclusivamente, en cosas materiales sacadas de la tierra -fuente de todas las cosas materiales para el hombre- mediante el ejercicio del trabajo, y que poseen valor en cambio o cambiabilidad; carácter que reconocían como esencialmente diferente y no necesariamente asociado con el valor en uso o utilidad. Que el hombre no puede crear ni aniquilar materia, lo repiten una y otra vez en frases como éstas: «El hombre nada puede crear» y «nada puede salir de la nada». Aquéllos, expresamente excluyen de la categoría de riqueza la tierra misma y el trabajo mismo y todas las capacidades, poderes y servicios personales y se adelantaron mucho a su tiempo derivando la cualidad esencial de la moneda de su uso

como medio de cambio e incluyendo todas las leyes de la usura en las restricciones que ellos suprimirían.

Que estos hombres surgieran en Francia y, casi en el mismo palacio del Rey absoluto, y precisamente cuando la dinastía borbónica estaba próxima a su caída, es una de las más grandes paradojas en que la Historia abunda. Jamás, ni antes ni después, brilló en la noche del despotismo tan clara luz de libertad.

Fueron extraviados por la idea -la única posibilidad efectiva de llevar a vías de hecho sus opiniones bajo las circunstancias existentes en su tiempo- de que el poder de un Rey, cuyo predecesor había dicho «el Estado soy yo» podía ser utilizado para vencer el poder de otros intereses especiales y dar la libertad y la abundancia a Francia y, al través de Francia, al mundo.

Tuvieron su día de esperanza y casi pudo parecerles asegurado el triunfo cuando en 1774, tres meses antes de la muerte de Quesnay, Turgot fue nombrado Ministro de Hacienda de Luis XVI, y comenzaron a franquear los caminos aboliendo las restricciones que ahogaban la industria francesa. Pero se apoyaron en una caña. Turgot, fue removido. Sus reformas fueron paralizadas. La insufrible miseria de las masas, de la que tanto se había ocupado demostrando que era enteramente incompatible con el orden natural, las precipitó en la locura de la gran revolución. Los fisiócratas fueron sepultados. Muchos de ellos perecieron en la guillotina, en la prisión o en el destierro. En la reacción que los excesos de aquella revolución produjeron en todas partes entre los más influyentes por el pensamiento, la propiedad y el poder, los fisiócratas fueron recordados

sólo por su desafortunada equivocación al considerar la agricultura como la única ocupación productiva.

Francia honrará algún día, entre las más nobles, la centuria que le ha dado los nombres de Quesnay, Gournay, Turgot, Mirabeau, Condorcet, Dupont y sus discípulos, como en Inglaterra tendremos comprensibles resúmenes si no traducciones de sus obras. Pero, probablemente porque Francia ha sentido hasta ahora menos que las naciones inglesas teutónicas y escandinavas la influencia de la nueva filosofía del orden natural, mejor conocida como doctrina del Impuesto Único, las enseñanzas de aquellos hombres parecen, al presente, prácticamente olvidadas aun en Francia.,

△▽

Capítulo V

Adam Smith y los fisiócratas
exponiendo las relaciones entre Adam Smith y los fisiócratas

Smith y Quesnay.-La Riqueza de las Naciones, y las ideas fisiocráticas.-Juicio de Adam Smith sobre los fisiócratas.-Su ceguera para apreciar el Impuesto Único.-Su prudencia.

En la excursión que entre 1764 y 1766, después de renunciar a su cátedra de Filosofía moral, en Glasgow, para acompañar como tutor al joven duque de Buccleuch, hizo Adam Smith por el Continente, conoció a Quesnay y algunos de los hombres de «gran cultura y sinceridad» que miraban «al pensador del rey» con una admiración no inferior a la de cualquiera de los antiguos filósofos hacia los fundadores de sus respectivos sistemas. Y fue, mientras estuvo en

París, un frecuente y bien recibido visitante en los departamentos de palacio, donde, ajeno a las diversiones e intrigas de la más espléndida y corrompida corte de Europa, que bullía bajo el suelo de sus habitaciones, este notable grupo discutía cuestiones del más alto y más permanente interés para el género humano.

Éste tuvo que ser un fructuoso período para la vida intelectual de Adam Smith. Durante este tiempo, el casi desconocido tutor escocés, notable entre sus escasas relaciones por sus accesos de abstracción, tuvo que ocuparse mentalmente en el libro que diez años después fue el principio de una fama que, durante más de una centuria, lo ha puesto a la cabeza de los filósofos de la «Economía» y en el primer rango de los hombres permanentemente ilustres de su generación.

A este libro se dedicó inmediatamente después de su regreso del Continente, en el vagar que le permitía la amplia pensión que los tutores del duque convinieron en que continuara hasta que obtuviese un provechoso destino oficial. El duque mismo, al llegar a su mayor edad y entrar en posesión de sus Estados, parece que no hizo ningún esfuerzo para librarse de aquel pago por la obtención de un destino para el hombre a quien siempre continuó mirando con respeto y cariño, pues, indudablemente, pensó que los deberes de aquél, aunque casi nominales, pudieran de algún modo limitar su libertad de consagrarse a su gran obra. Y cuando publicada al fin, la *Riqueza de las Naciones*, su autor fue nombrado por Lord North comisionado de las aduanas en Escocia.-destino que parece haber sido debido a la gratitud del primer ministro, por las ideas que este libro le sugirió en cuanto a nuevas fuentes de tributación, más que por ninguna presión del interés de Buccleuch, y que elevó el estudiante de sencillas costumbres a una relativa opulencia,- el duque persistió en no hacer

cambio alguno en su pensión, sino que continuó dándosela durante toda la vida.

«El liberal y generoso sistema» de los economistas franceses no podía dejar de encontrar poderoso eco en un hombre de las condiciones de Adam Smith, y la *Riqueza de las Naciones* es amplio testimonio de la profundidad del juicio que aquél expone, diciendo: que este sistema, «con todas sus imperfecciones, es quizá la más inmediata aproximación a la verdad hasta ahora publicada sobre Economía política». Su intención primitiva fue verdaderamente, como consigna su amigo y biógrafo, el profesor Dugald Stewart, dedicar a Quesnay el fruto de sus diez años de trabajo. Pero el filósofo francés murió en 1774, dos años antes de que saliera a luz la gran obra del escocés. Por eso apareció ésta sin ninguna indicación de un propósito que, si hubiera sido manifestado, habría menoscabado, tal vez seriamente, su utilidad por el absurdo prejuicio que pronto nació contra los fisiócratas a causa del estallido de la Revolución francesa.

La semejanza de las opiniones expresadas en esta obra con las sostenidas por los fisiócratas, ha sido, sin embargo, advertida por todos los críticos, y lo mismo por parte de los adversarios que de los defensores, no se ha escatimado indicación de que Adam Smith siguió a aquéllos. Pero aunque fuera hombre bastante culto para apropiarse cualquiera idea que le pareciera plausible, no hay motivo para no, considerar aquellas opiniones como originales de Adam Smith. La agudeza para la observación y el análisis, el vigor imaginativo y la sólida cultura que caracterizan la *Riqueza de las Naciones*, se manifiestan en la *Teoría de los sentimientos morales* escrita antes de que Adam Smith dejara la Universidad de Glasgow y de que recibiera la invitación para acompañar al joven aristócrata en su viaje. Se

manifiesta igualmente en su trabajo sobre la formación de las lenguas, y en sus estudios sobre los principios que regulan y dirigen la indagación filosófica, según se manifiestan en la historia de varias ciencias, que habitualmente se publican con aquella obra. Aparece en la *Teoría de los sentimientos morales* que Adam Smith meditaba un libro como la *Riqueza de las Naciones*, y no hay razón para suponer que, si no hubiera conocido a los fisiócratas, este libro habría sido esencialmente distinto.

Es un error, al que están sujetos los críticos que son meros compiladores, pensar que los hombres tienen que plagiarse unos a otros para ver las mismas verdades o caer en idénticos errores. La verdad es, en efecto, una relación entre las cosas, la cual se ve independientemente, porque existe independientemente. El error es quizá más adecuado para indicar transmisiones de pensamiento a pensamiento; sin embargo, aun este alcanza habitualmente su fuerza y su permanencia merced a equivocaciones que en sí propias tienen independientemente verosimilitud. Las relaciones de las estrellas que aparecen en el Norte, a las cuales llamamos El Cucharón, u Osa Mayor, o las que en el Sur denominamos Cruz Austral, son vistas por todos los que observan el cielo estrellado, aunque sean varias las denominaciones con que los hombres las conocen. Y la idea de que el Sol gira en torno de la Tierra, es un error en el que el testimonio de los sentidos puede hacer que todos los hombres, separadamente, caigan, hasta que el primer testimonio de los sentidos es rectificado por la razón aplicada a más amplias observaciones.

Y en lo sustancial, yo he seguido las opiniones de Quesnay y de sus discípulos más de cerca que Adam Smith, quien los conoció personalmente. Pero en mi caso no hubo, ciertamente, derivación de

aquéllos. Recuerdo bien el día en que deteniendo mi caballo sobre una altura que dominaba la bahía de San Francisco, la respuesta vulgar de un carretero que pasaba, a una pregunta vulgar, cristalizó como por un relámpago mis pensamientos embrionarios dándoles cohesión, y yo allí, desde entonces, reconocí el orden natural -una de aquellas impresiones que hacen a quienes las han sentido que puedan después de ellas apreciar lo que místicos y poetas han llamado la «visión extática».- Sin embargo, en aquel tiempo, yo nunca había oído hablar de los fisiócratas, ni leído siquiera una línea de Adam Smith.

Más tarde, con la gran idea del orden natural en mi mente, imprimí un folleto, *Nuestra Tierra y Política de la Tierra*, en el cual sostuve que todos los impuestos debían caer sobre el valor de la tierra sin tener en cuenta sus mejoras. Habiéndome encontrado casualmente en una calle de San Francisco con un abogado, A. B. Douthitt, nos detuvimos a charlar y me dijo que lo que yo proponía en mi folleto era lo que los economistas franceses habían propuesto cien años antes.

He olvidado muchas cosas, pero el sitio donde yo oí esto, y los acentos y actitud del hombre que me lo dijo, están fotografiados en mi memoria. Porque cuando habéis vislumbrado una verdad que quienes os rodean no ven, uno de los más profundos placeres es oír que otros también la han visto. Esto es exacto siempre aun en el caso de que aquellos otros hayan muerto años antes de que nacierais. Porque las estrellas que vemos hoy, cuando las miramos, estaban ahí para ser vistas cientos y miles de años hace. Ellas centellean. Los hombres vienen y van en sucesivas generaciones, semejantes a las generaciones de hormigas.

Este placer de una común apreciación de la verdad no aceptada corrientemente todavía, tuvo que sentirlo Adam Smith en sus relaciones con los fisiócratas. Por mucho que difieran, hay todavía mucho más que le es común en sus pensamientos. Él era un librecambista como ellos, aunque quizá no tan lógico y avanzado. Y aunque difiriendo en temperamento y más aún, en circunstancias, ambos coincidían en luchar contra lo que, en aquel tiempo, debían parecer insuperables dificultades.

El conocimiento y admiración de Adam Smith hacia los fisiócratas debe, al fin, haber afectado a su pensamiento y expresión, unas veces por absorción y otras acaso por reacción. Pero sean cuales fueren sus ideas económicas originales y las adquiridas consciente o inconscientemente de aquéllos, lo cierto es que su Economía Política, substancialmente, es el sistema del orden natural proclamado por aquéllos.

Lo que Adam Smith entendía por riqueza de la naciones es, en la mayoría de los casos y siempre que procede con lógica, las cosas materiales producidas de la tierra por el trabajo, necesarias o convenientes para la vida humana, el *producto* total de la sociedad, empleando la palabra producto como expresión de suma de resultados materiales, en la misma acepción que cuando hablamos de productos agrícolas, o productos manufacturados, del producto de las minas, de las Pesquerías o de la caza. Ahora bien, esto es lo que los fisiócratas significaban por riqueza, o, como algunas veces lo denominaban, el producto bruto de la tierra y del trabajo.

Pero este es también, como después veremos, el significado primario o inicial de la palabra riqueza en su uso vulgar. Y cualquiera

que lea las *Consideraciones relativas a la primera formación de las lenguas* de Smith, publicado primitivamente con sus *Sentimientos morales* en 1759, verá, en su manera de enlazar las palabras con sus primitivos empleos, que, en cuanto pensara en ello, reconocería que el original y verdadero significado de la palabra riqueza es el de cosas necesarias y convenientes a la vida humana, creadas por el ejercicio del trabajo sobre la tierra.

La diferencia entre Smith y los fisiócratas es esta:

Los fisiócratas, por su parte, claramente establecen y sostienen firmemente que nada que no tenga existencia material o no sea producido de la tierra, puede ser incluido en la categoría de riqueza de la sociedad. Adam Smith, sin embargo, con ostensible descuido, cae algunas veces en la incongruencia de clasificar las cualidades y obligaciones personales como riqueza. Debe atribuirse esto, probablemente, al hecho de que lo que a él le pareció posible realizar era mucho menos de lo que se propusieron los fisiócratas. La tarea a que se consagró, principalmente la de demostrar lo absurdo y lo inconveniente del sistema mercantil o proteccionista, era bastante difícil para hacer que relativamente prescindiera de las especulaciones que iban más allá. Al desaprobando la noción corriente de que la riqueza de las naciones consiste en los metales preciosos, su cuidado respecto de lo que es y lo que no es riqueza, disminuyó. Coincide con los fisiócratas en condenar los esfuerzos de los Gobiernos para estorbar el comercio, pero se detuvo donde aquéllos continuaron la idea de libertar toda producción de impuestos o restricciones, hasta convertirla en una proposición práctica, cayendo en notorio error. Ni propuso el impuesto único, ni cayó en la equivocación de declarar la agricultura única ocupación productiva. Que hay un orden natural lo

vio él, y que nuestras percepciones de la justicia se conforman con este orden natural, también lo vio; pero que envuelto en este orden natural, existe una provisión para las materiales necesidades del progreso social, no parece haberlo visto nunca.

Si el fracaso de Adam Smith, para descubrir la gran verdad que los «economistas» franceses percibieron, aunque «como al través de un vidrio, confusamente», se debió a su errónea manera de establecerla o a alguno de aquellos prejuicios de la mente individual que parecen anular con respecto a algunos puntos las facultades de percepción de aquélla, no hay medio, que yo sepa, de determinarlo. Adam Smith vio que los fisiócratas se equivocaban al considerar las industrias y el comercio ocupaciones estériles, pero no vio la verdadera respuesta a la objeción de aquéllos, la respuesta que hubiera mostrado a la luz de una verdad más amplia aquella parte de verdad por aquéllos equivocadamente percibida. La respuesta que les da en el libro IV, capítulo IX de la *Riqueza de las Naciones*, apenas pudo ser enteramente satisfactoria para el propio. En ella no se aventuró a sostener que el trabajo de los artesanos, manufactureros y comerciantes, sea tan productivo de riqueza como el trabajo de los agricultores. Únicamente sostiene que aquél no puede ser considerado como completamente estéril, y que «la renta de un país comerciante y manufacturero, tiene que ser siempre, siendo iguales las demás cosas, mucho mayor que la de otro sin comercio o industrias», porque «una más pequeña cantidad de producto facturado sirve para adquirir una gran cantidad de producto bruto». Que él realmente consideraba la Agricultura, por lo menos, como la más productiva de las ocupaciones, se muestra directamente en otros lugares de su gran libro.

Y hay una parte de esta respuesta extremadamente infeliz y enteramente fuera del usual temperamento de su autor. Nadie mejor que Adam Smith pudo ver la falacia de comparar a un filósofo que declara que el cuerpo político prosperaría más bajo condiciones de perfecta libertad y de perfecta justicia, con un médico que «imaginara que la salud del cuerpo humano podía ser preservada únicamente por un cierto y preciso régimen de dieta y de ejercicio». Y que recurriera a un ejemplo cuya eficacia depende de una *suppressio veri* como ésta, para explicar o asentar su disentimiento con un hombre a quien tanto estimaba como Quesnay, revela una latente incertidumbre. Por la cualidad y la índole de su entendimiento juntamente, Smith parecía el último de todos los hombres llamados a emplear semejante argumento a menos que desesperara de hallar otro mejor.

Hay pasajes, en la *Riqueza de las Naciones*, en que Adam Smith detiene su indagación tan súbitamente que demuestra su resistencia a aventurarse en un terreno que las clases poseedoras estimarían peligroso. Pero en nada de lo que dejó (precisamente, antes de su muerte, destruyó todos los manuscritos que no quería que fuesen publicados), hay señal de que le preocupara el esfuerzo de los fisiócratas por explicar la gran verdad que ellos veían con defectuosa percepción. Aquél, claramente percibió que, «el producto del trabajo constituye la natural recompensa o salario del trabajo» y que la apropiación de la tierra es lo que priva al trabajador de su natural recompensa. Pero, evidentemente, en el fenómeno de la renta, nunca vio más sino que los propietarios, como todos los hombres, gustan de cosechar donde no sembraron. Pasa sobre el gran asunto de las relaciones de los hombres con la tierra en que habitan, como si la apropiación por unos pocos de lo que la Naturaleza proporciona para domicilio y almacén de todos, tuviera ahora que ser aceptada como

parte del orden natural. Y verdaderamente, en su tiempo y circunstancias, así tenía que parecerle.

Aun cuando Adam Smith viera el lugar del Impuesto Único en el orden natural, como el medio natural, de subvenir a las necesidades naturales de las sociedades civilizadas, la prudencia tenía que advertirle que su indagación no podía ser llevada tan lejos. Me refiero, no solamente a aquella prudencia del individuo, que impelió a Copérnico a aplazar hasta después de su muerte la publicación de su descubrimiento acerca del movimiento de la Tierra en torno del Sol; sino a aquella prudencia del filósofo que, con el deseo de hacer cuanto pueda por la verdad y la justicia en su tiempo, le impedía adelantar mayor parte de la verdad de la que su época podía recibir.

En aquel período del siglo XVIII en que los fisiócratas imaginaron que estaban próximos al triunfo de su gran reforma, y Adam Smith escribía penosamente su *Riqueza de las Naciones*, había una gran diferencia entre las circunstancias de Francia y Escocia.

Amparados por la amistad de un Rey cuya dinastía había reducido los grandes señores feudales a servidores y cortesanos; procurando por el aforismo «campesinos pobres, reino pobre; reino pobre, pobre rey», utilizar el más fuerte poder del Estado para la mejora de los más abatidos; acariciando la esperanza de que la emancipación del hombre tiene que ser realizada por el corto y real camino de conquistar la mente y la conciencia de un joven y afectuoso soberano, los filósofos franceses tenían algunas probabilidades de hacerse oír en su defensa del impuesto único. Pero del otro lado del canal, los «intereses territoriales» ahítos con el despojo de la Iglesia y de la Corona, y de los campesinos y de los Municipios, reinaban

soberanamente. Atacar de frente este supremo poder un solitario hombre de letras, hubiera sido una locura.

Que Adam Smith, aunque hombre resuelto, poseía a la vez la prudencia del hombre y la prudencia del filósofo, se demuestra por el hecho de que se las arregló para hacer lo que hizo sin despertar en mayor grado la ira de los defensores de las injusticias establecidas. Cualquier espíritu inteligente que lea la *Riqueza de las Naciones*, la encuentra llena de sentimientos radicales, un arsenal del que los amantes de la libertad y la justicia pueden todavía sacar armas para la victoria que hace falta ganar. Sin embargo, su autor era un profesor de colegio, acompañante de viaje de un Duque, tenía una lucrativa posición oficial y murió siendo Lord rector de la Universidad de Glasgow.

Hasta el tiempo presente, al menos, el escocés triunfó donde el francés fracasó. Es aquél y no Quesnay quien ha llegado hasta nosotros como el padre de la «Economía Política».

Esta posición es reconocida aún por economistas que difieren de lo que ellos imaginan que es la escuela de aquél. Así, el profesor James, de la Universidad de Pensilvania, perteneciente a la «nueva escuela», dice de Adam Smith: en el artículo *Economía Política* en la Enciclopedia de Lalor, 1884:

«Todas las teorías y desenvolvimientos de las edades precedentes culminan en él; todas las líneas de desarrollo en las edades sucesivas parten de él. Su obra se publicó hace cien años y todavía no se ha producido un segundo libro que pueda ser comparado con aquél en originalidad e importancia. La historia posterior de la ciencia es, principalmente, la historia de los esfuerzos para ensanchar y ahondar

los cimientos echados por Adam Smith, para hacer más alto y sólido su edificio».

Por esta razón es por lo que tomo la *Riqueza de las Naciones* de Adam Smith, como el gran hito en la Historia de la «Economía Política».

△▽

Capítulo VI

Influencia de Adam Smith en la economía política

Exponiendo lo que la *Riqueza de las Naciones* realizó y el curso del sucesivo desenvolvimiento de la economía política

Adam Smith, un «filósofo» que se dirigió a los ilustrados, y cuyos ataques al mercantilismo encontraron favor principalmente en los poderosos propietarios.-No enteramente libre de sospechas de radicalismo, aunque perdonado por sus afinidades con los fisiócratas.-Esfuerzos de Malthus y de Ricardo para dar respetabilidad a la Ciencia.-La lucha contra las leyes sobre granos reveló los verdaderos beneficiarios de la protección, pero pasó por una victoria del librecambio y robusteció mucho la incoherente ciencia.-Confianza de sus defensores universitarios.-Fe de Say en el resultado de la enseñanza de la «Economía Política» en los Centros docentes.-Confianza de Torrens.-Incapacidad de otros países para seguir el ejemplo de Inglaterra.-Cairnes duda del efecto de hacer de aquélla un estudio universitario.-Su sagacidad probada por el posterior derrumbamiento de la Economía de Adam Smith.-La verdadera razón.

Adam Smith no era un propagandista o un político como los fisiócratas. Era simplemente un filósofo que se dirigió primordialmente a una clase pequeña, acomodada e ilustrada, cuya simpatía y sentimientos estaban identificados con el orden social existente y utilizó un poder que requiere el disfrute de tiempo y la concurrencia de oportunidades para culminar en acción, un poder que los hombres de negocios solían al principio estimar en poco.

Cuando se publicaron en San Francisco, en una edición del autor los primeros escasos ejemplares de mi *Progreso y miseria*, un gran propietario (el último general Beale, propietario del Tejón Ranch, y después ministro de los Estados Unidos en Austria), se dirigió a mí para expresarme el placer con que lo había leído como un desahogo intelectual. Decía que se había sentido en libertad de saborearlo, porque para hablarme con el desembarazo de una franqueza filosófica, estaba cierto de que jamás oirían hablar de mi obra aquéllos en quienes yo deseaba que influyese.

Del mismo modo, pero en mucho mayor grado, la corta clase que al principio podía tener únicamente conocimiento de la *Riqueza de las Naciones* podía disfrutar de su grandeza, como un desahogo intelectual que ensanchó el círculo del pensamiento. A pocos de ellos inquietó temor alguno de sus últimos efectos sobre determinados intereses. En aquel tiempo no existía todavía una prensa popular y libros de esta clase, se dirigían sólo a las «capas superiores». La Cámara de los Comunes, nominal representación de los no privilegiados de la Gran Bretaña, estaba compuesta de elegidos por los grandes propietarios territoriales; y la oligarquía que dominaba en las Islas Británicas, era realmente más fuerte que las clases análogas bajo la monarquía absoluta de Francia. Sólo pocos años antes de la

publicación de la *Riqueza de las Naciones* había sido abolido en Escocia el derecho del señor territorial de foso y arco, esto es, de vida y muerte, no como cuestión de justicia, sino mediante compra por razones dinásticas; y los trabajadores en las minas de carbón y en las salinas, eran aún virtualmente esclavos porque se les había negado rotundamente el derecho del *habeas corpus*.

Adam Smith eludió provocar la hostilidad de los intereses territoriales. Y volviendo el lado agresivo de la nueva ciencia contra el sistema mercantil, según denominó lo que después ha sido conocido como sistema proteccionista, antes que hostilidad encontró favor en las clases ilustradas, las únicas clases a las cuales, en aquel tiempo, podía dirigirse un libro como el suyo. Tales clases, bajo las condiciones existentes en la Gran Bretaña, estaban propicias para sentir desprecio mezclado de cólera, contra los comerciantes que comenzaban a aspirar a compartir el poder y el puesto de los «nativos dueños del suelo». Así, la indignación con que él hablaba de cómo «las ruines artes del defraudador comerciante son erigidas en máximas políticas para conducir un gran Imperio» y con qué comparaba «la caprichosa ambición de los reyes y ministros», «la violencia e injusticia de los directores de la humanidad, para las cuales, apenas, la naturaleza de los negocios humanos difícilmente puede proporcionar remedio», con «los impertinentes celos, la fundamental rapacidad y el espíritu monopolizador de los comerciantes e industriales, que ni son ni deben ser directores del género humano», no podía dejar de despertar una singular simpatía en el espíritu de quienes intelectual y políticamente dominaban la Gran Bretaña. Éstos no advirtieron la suave manera como aquél exponía que la «superioridad de nacimiento» es sólo «una antigua superioridad de fortuna» ⁽¹⁴⁾, y como atribuía la diferencia entre el filósofo y el mozo

de cuerda, a la diferencia entre las circunstancias en que aquéllos habían sido colocados.

Sin embargo, con el estallido de la Revolución Francesa, el radicalismo de la *Riqueza de las Naciones* no pasó enteramente inadvertido. Una nota adicionada por Dugald Stewart, en 1810, a la segunda edición de la biografía de Adam Smith, leída antes en la Real Sociedad de Edimburgo, en 1793, daba como razón de que aquél, en la primera edición, se hubiera limitado a una idea mucho más vaga de *Riqueza de las Naciones* de la que se había propuesto, ésta:

«La doctrina del librecambio era presentada como una tendencia revolucionaria; y algunos, que primeramente se jactaron de su intimidad con Mr. Smith y de su celo por la propagación de su sistema liberal, comenzaron a titubear acerca de la conveniencia de someter a las discusiones de los filósofos, el arcano de la política del Estado y la impenetrable visión de las edades feudales».

Y Willam Playfair, en su edición anotada de la *Riqueza de las Naciones*, Londres, 1805, creyó necesario excusar la simpatía de Smith por los fisiócratas, declarando que «el hecho real es que el doctor Smith, lo mismo que muchos de los economistas, ignoraba el secreto perteneciente a la secta, que, «pretendiendo simplemente reducir a la práctica la tabla económica, trabajaron silenciosamente por derribar los tronos de Europa». Esta ignorancia, puesto que era compartida al mismo tiempo por «un Monarca de tan eminente capacidad y penetración» como el Gran Federico de Prusia, puede ser perdonada, a juicio de Playfair, al doctor Smith. Y perdonada le fue. O mejor dicho, las objeciones hechas al doctor Smith a cuenta de su radicalismo, atrajeron tan escasa atención que, sólo rebuscando en la

olvidada literatura, puede encontrarse algunos vestigios de ellas. El hecho más importante es que Adam Smith, comenzando el estudio de la Economía Política, en un plano inferior al de los fisiócratas, encontró menor resistencia y su libro logró una tan permanente solicitud por la nueva ciencia, que su continuación hasta nuestro tiempo, se deriva propiamente de él, como su fundador, mejor que de aquéllos.

En 1798, cinco años después de que Stewart leyera su biografía de Smith ante la Real Sociedad de Edimburgo y ocho años después de que el autor de la *Riqueza de las Naciones*, lamentando con su último aliento haber hecho tan poco, fuera a reposar en la Colegiata de Edimburgo, el clérigo inglés, Malthus, expuso su famosa teoría sobre la población. Desde entonces ésta, como una «necesidad largo tiempo sentida», tomó puesto en el cristalizado sistema de Economía Política, a que Smith había dado forma y que, no obstante su falta de una clara y concreta definición de la riqueza, no era incompatible con el espíritu de las instituciones docentes que pronto comenzaron a hacer de la enseñanza de la Economía Política una función de sus facultades oficiales. Pocos años después de Malthus vino Ricardo a corregir errores en que Smith había caído acerca de la naturaleza y causas de la renta y a formular la verdadera ley de la renta; pero hizo esto cimentándolo sobre el hecho de que la renta crece en la medida en que las necesidades de una población creciente fuerzan al cultivo hacia tierra cada vez menos productiva o a puntos cada vez menos productivos de la misma tierra.

Así, la teoría de los salarios, en que Adam Smith cayó, cuando temeroso de las radicales conclusiones a que conducía, abandonó, repentinamente, su exacta percepción de que, «el producto del trabajo constituye la natural recompensa o salarios del trabajo», para

considerar que el patrono suministra con su capital los salarios a sus trabajadores, juntamente con la teoría de que la tendencia de la población es a aumentar más deprisa que las subsistencias, y la noción de la teoría de la renta, como resultante de la aplicación del esfuerzo a una tierra cada vez menos productiva, con lo que se imaginó que era su corolario, «la ley de la productividad decreciente en la Agricultura» se convierte en la doctrina cardinal. Este encadenamiento y apoyo recíproco en lo que pronto llegó a ser el aceptado sistema de Economía Política, como deducido de la *Riqueza de las Naciones*, evitó eficazmente todo peligro de que el estudio de las leyes naturales de la producción y distribución de la riqueza pudiera ser peligroso para los poderosos. Porque de esta manera se hizo que la Economía Política proporcionara una supuesta demostración científica de que el intenso contraste en las condiciones materiales de los hombres que nuestra adelantada civilización presenta no resulta de la injusticia y errores de la ley humana, sino de la inmutable ley de la Naturaleza, los decretos del Espíritu creador y sustentador de todo.

Lejos de significar amenaza para los grandes intereses particulares, una Economía Política pervertida así, pronto encuentra su puesto junto a un cristianismo adulterado de modo parecido, para tranquilizar la conciencia del rico y contener el descontento del pobre. Los libros de texto y las enseñanzas de los cuales las percepciones de Adam Smith referentes a la natural igualdad de los hombres fueron eliminadas, vinieron a ser verdaderamente la «Ciencia siniestra». Sostuvieron sus admiradores que bastaba conocerla suficientemente para convencer hasta a las «clases más bajas» que las cosas eran como debían ser, salvo quizá que no debía permitirse que «el espíritu monopolizador de los comerciantes e industriales» y las «ruines artes

de los degradados traficantes» se erigieran en máximas de la intervención del Gobierno en la vida económica.

Así, cuando el sistema de Economía Política expuesto por Adam Smith, comenzó a llamar la atención de los pensadores e frustrados, no encontró las resistencias con que habría tropezado si los intereses particulares amenazados por él hubieran sido realmente los de las crecientes clases de comerciantes e industriales. Por otra parte, los giros aparentes de su lado agresivo contra los comerciantes e industriales, impidieron a los poderosos intereses territoriales percibir plenamente las relaciones de aquélla con su monopolio, hasta que el sistema ganó la fuerza de la autoridad de una filosofía aceptada.

Ahora bien, el curso del desenvolvimiento social en el mundo civilizado generalmente, pero en especial en la Gran Bretaña, en la era del vapor que siguió inmediatamente a Adam Smith, fue aumentarse enormemente el relativo peso social de las clases mercantiles e industriales. Pero cuando, cincuenta años después de la muerte de Adam Smith, lo que él llamó sistema mercantil vino a la política por la agitación para derogar las leyes de granos, no fue entre los comerciantes e industriales, sino entre los intereses territoriales donde este sistema encontró su más vigorosa defensa. La derogación de las leyes sobre los granos fue obtenida contra la denodada resistencia de los propietarios, por una alianza de industriales y comerciantes con las clases trabajadoras, hostigadas por amargos descontentos y crecientes aspiraciones. Pero no triunfó hasta que fue evidente para los más reflexivos, que si la agitación seguía, sería posible que llegaran a una indagación del derecho por el cual unos pocos individuos, llamados propietarios, reclamaban la tierra de las Islas Británicas como propiedad suya.

La verdad es que los comerciantes e industriales, en cuanto tales, no son los últimos beneficiados por el sistema proteccionista, y que los intereses mercantiles sólo pueden aprovecharse de éste cuando se amparan tras algunos especiales monopolios. Esto se ha demostrado en los Estados Unidos, donde los propietarios de terrenos carboníferos, minas, bosques y tierras azucareras, han constituido el núcleo de las fuerzas políticas que han llevado la protección a sus monstruosos términos actuales.

La derogación de las leyes inglesas sobre granos pasó en la Gran Bretaña por una victoria del librecomercio en toda la extensión en que éste pueda realizarse. Y en los círculos académicos de ese país y de los Estados Unidos, y al través del mundo civilizado que recibió su impulso intelectual de Inglaterra, crecieron grandemente las esperanzas de los economistas profesionales.

Así, fortalecida por este poderoso impulso, continuó creciendo -con la sanción y por el impulso de una serie de hombres capaces y colocados en lugares de autoridad, cuyos esfuerzos se consagraron a suavizar dificultades y disimular incongruencias,- un acreditado sistema de Economía Política que encuentra su expositor más ampliamente aceptado en J. Stuart Mill, y alcanzó acaso su mayor autoridad en los círculos académicos cerca o poco antes del centenario de la publicación de *Riqueza de las Naciones*. Sin embargo, se halla tan falto de coherencia como la imagen que Nabucodonosor vio en sus sueños. Contiene muchas verdades efectivas, bien estudiadas. Pero iban mezcladas con errores que no resisten el análisis. Los esfuerzos para definir su objeto capital, la riqueza, y el subtérmino de riqueza, capital, la hacen mucho más indefinida y confusa que Adam Smith la había dejado. Y jamás intenta presentar

reunido lo que da como leyes de la distribución de la riqueza, porque se apreciaría, de una ojeada, su falta de relación.

Esta Economía Política no llegó a aposentarse en el conocimiento vulgar, y fue considerada, aun por hombres habitualmente inteligentes, como una ciencia académica y esotérica. Pero se habló de ella por sus profesores con la mayor confianza, como de una ciencia segura, y la creencia de aquéllos en su triunfo aumentó grandemente.

Desde el comienzo, hasta bien pasada la mitad de la centuria XIX, el espíritu de los expositores autorizados de la Economía Política que buscaban su entronque con los cimientos echados por Adam Smith, era optimista y confiado. Creían que habían fabricado una verdadera ciencia, la cual sólo necesitaba desenvolverse para ser universalmente aceptada.

En lo que se imprimió como introducción a la primera edición americana del *Tratado de Economía Política* de Juan Bautista Say ⁽¹⁵⁾, que fue traducida al inglés y circuló ampliamente en ambos lados del Atlántico, viniendo a ser, durante largo tiempo, en los Estados Unidos al menos, acaso la más popular de las exposiciones de la ciencia que Adam Smith había fundado, Say señala ciertas dificultades con que la Economía Política tiene que tropezar: «Que las opiniones en Economía Política, no sólo son mantenidas por vanidad, sino por los intereses egoístas incorporados al mantenimiento de un vicioso estado de cosas»; que «se encuentran escritores que poseen la lamentable facultad de redactar folletos y aun volúmenes enteros de materias que, según su propia confesión, no entienden»; y que «tal es la indiferencia del público, que éste prefiere admitir las afirmaciones que le hagan, a molestarse investigándolas». Pero continua:

«Todo, sin embargo, anuncia que esta ciencia hermosa y más útil que ninguna otra, se va ensanchando con creciente rapidez. Desde que se ha percibido que no se cimienta sobre hipótesis, sino que está fundada sobre la observación y la experiencia, su importancia ha sido sentida. Ahora es explicada donde quiera se ama la cultura. En las Universidades de Alemania, de Escocia, de España, de Italia y del Norte de Europa han sido establecidas cátedras de 'Economía Política'. En adelante, esta ciencia será enseñada, en ellas con todas las ventajas de un estudio regular y sistemático. Mientras la Universidad de Oxford sigue sus viejos y trillados caminos, hace algunos años que Cambridge ha establecido una cátedra para difundir los conocimientos de esta nueva ciencia. Se han dado en Ginebra y en varios otros sitios cursos de lecciones, y los comerciantes de Barcelona han fundado, a sus expensas, una cátedra de 'Economía Política'. Se considera ahora como parte esencial de la educación de los príncipes, y aquéllos que son llamados a esta distinción tienen que avergonzarse de ignorar sus principios. El emperador de Rusia ha deseado que sus hermanos, los grandes duques Nicolás y Miguel, sigan un curso de estudios de esta materia bajo la dirección de M. Storch. Finalmente, el gobierno de Francia se ha honrado a sí propio estableciendo en este Reino, bajo la sanción de la autoridad pública, la primera cátedra de 'Economía Política'».

Este optimismo, en cuanto a lo que realizaría el estudio regular y sistemático de la «Economía Política», prevaleció durante largo tiempo en todos los escritos económicos. Aun cuando era necesario admitir que la unanimidad, que confiadamente se esperaba, no venía, ésta se hallaba siempre camino de llegar.

Así, el coronel Torrens, en la introducción a su *Ensayo sobre la producción de riqueza*, decía en 1821:

«En el progreso del entendimiento humano tiene, necesariamente, que preceder al período de unanimidad, un período de controversia entre los cultivadores de cualquier rama de la ciencia. Respecto de la 'Economía Política', el período de la controversia está pasando y rápidamente se aproxima el de la unanimidad. Dentro de veinte años apenas existirá duda alguna acerca de sus principios fundamentales».

Con la gran derrota de la protección en 1846, la confianza de los economistas se hizo aún mayor. Pero las predicciones de que el ejemplo de la Gran Bretaña, aboliendo las tarifas protectoras, sería rápidamente seguido en todo el mundo civilizado, predicciones fundadas sobre el supuesto de que esta parcial victoria de la libertad había sido obtenida por el progreso de una inteligente Economía Política, no se realizaron; y alentada por acontecimientos políticos tan magnos, como la gran lucha entre los Estados americanos y la guerra franco-alemana, una onda de reacción en favor de la protección pareció cubrir casi todo el mundo, salvo la Gran Bretaña.

Y mientras en todo el mundo universitario, de los países de lengua inglesa al menos, el triunfo de la oposición de Adam Smith al principio del sistema mercantil parecía haber establecido firmemente una aceptada ciencia de la *Economía Política*, y las cátedras para su enseñanza formaban indispensable elemento de todo Instituto de educación, las palpables incongruencias que le habían sido adheridas, comenzaron a manifestarse más y más.

En 1856, el profesor J. E. Cairnes, pronunciando en la Universidad de Dublín sobre el Whately Foundation, una serie de conferencias,

después impresas bajo el título *Carácter y método lógico de la Economía Política*, citó lo que él llamó la infortunada profecía de Torrens, hecha en 1821, de que el período de controversia había pasado y que el de unanimidad se aproximaba rápidamente y que, veinte años más tarde, apenas existiría alguna duda respecto de los principios fundamentales de la Economía Política. El profesor Cairnes lo recuerda solamente para afirmar que las cuestiones fundamentales «son todavía vehementemente discutidas, no sólo por los semi-sabios y aficionados, de quienes puede esperarse siempre que discutan, sino por los cultivadores profesionales y los expositores autorizados de la ciencia» y, que:

«Lejos de haber pasado el período de controversia, parece que apenas está comenzado; controversia, a mi juicio, no sólo respecto de las proposiciones de importancia secundaria y de las aplicaciones prácticas, de las doctrinas científicas (porque tal controversia sólo es un testimonio de la vitalidad de una ciencia y es la necesaria condición de su progreso), sino controversia respecto de los fundamentales principios que yacen en la raíz de sus razonamientos y que se consideraban definitivos cuando escribía el coronel Torrens».

Cairnes continúa con un pasaje que, en cuanto expresa la opinión de un profesor prestigioso de Economía Política, acerca de los efectos del establecimiento de cátedras, de las cuales Say, una generación antes, había esperado tanto, y de las cuales, hasta nuestro propio tiempo, tanto continuaron y continúan esperando los que no saben nada mejor, merece citarse:

«Cuando la Economía Política no tenía nada que la recomendara al conocimiento público, sino sus propios e intrínsecos testimonios,

ningún hombre se declaraba economista sin haber estudiado antes concienzudamente y dominado sus principios elementales; y nadie que se declaraba economista discutía un problema económico sin referirse constantemente a los aceptados axiomas de la ciencia. Pero cuando el inmenso triunfo del libre comercio dio una prueba experimental de la justicia de aquellos principios en que los economistas se fundaban, se realizó un notorio cambio en el modo de conducir las discusiones económicas, y en la clase de las personas que se adhirieron a la causa de la Economía Política. Muchos hay que se titulan a sí propios economistas, sin que se hayan tomado nunca la molestia de estudiar los principios elementales de la ciencia; y algunos acaso, cuya capacidad no les permite apreciar sus verdades; al paso que aun aquéllos que han dominado sus doctrinas, en su anhelo de granjearse un auditorio popular, pronto abandonaron el verdadero campo de la ciencia, a fin de encontrar para ella en los hechos y resultados del libre comercio una defensa más popular y vigorosa. Fue como si los matemáticos, para atraer nuevos adictos a sus filas, consintieran abandonar el método del análisis y cimentar la verdad de sus fórmulas sobre la correspondencia de los almanaques con las predicciones astronómicas. El severo y lógico estilo que caracteriza a los cultivadores de la ciencia en la primera parte de la centuria, ha sido cambiado para acomodarse al diferente carácter del auditorio a quien los economistas se dirigen ahora. Las discusiones de Economía Política han ido asumiendo constantemente un carácter cada vez más estadístico; se acude ahora a los resultados en vez de acudir a los principios; las reglas de la aritmética son sustituidas por cánones del razonamiento inductivo; hasta el verdadero método de investigación ha sido olvidado, y la Economía Política parece en peligro de sufrir el destino de Atalanta».

A la hora actual, claramente puede verse que los peores augurios de Cairnes están más que realizados. En vez de haber transcurrido el período de controversia, se ha abierto realmente desde entonces y apenas ha comenzado. La acelerada tendencia desde su tiempo, como en el período del cual él habló, ha sido apartarse de la uniformidad, no aproximarse a ella; la controversia se ha hecho incoherente y lo que aquél imaginaba ser la ciencia de la Economía Política, ha sido destruido en las manos de sus propios profesores.

Pero aunque Cairnes advirtió el verdadero designio de una tendencia que los más de sus contemporáneos no entendían, y vio el verdadero efecto de estudiar la Economía Política con el fin de llenar cátedras y escribir libros, no vio la verdadera causa que más pronto y con más alcance de lo que pudo imaginarse, ha dado soberbia realidad a su más que semi-retórica predicción. El motivo de la confusión constantemente creciente de la Economía Política académica, está en la ineptitud de la llamada ciencia, para definir su materia, sujeto u objeto fundamental. La estadística no puede ayudarnos a buscar una cosa hasta que nosotros sepamos qué es lo que necesitamos encontrar. Retornaría la torre de Babel. Los hombres que procuran desenvolver una ciencia de la producción y distribución de la riqueza sin determinar primero qué es lo que significan por riqueza, no pueden entenderse entre ellos, ni entenderse a sí propios.

△▽

Capítulo VII

Estériles tanteos para determinar lo que es riqueza

Exponiendo la oposición a la economía universitaria antes
de *Progreso y miseria*

Carácter ilógico de Riqueza de las Naciones.-Asertos de Derecho natural.-Spence, Ogilvie, Chalmers, Wakefield, Spencer, Dove, Bisset.-Vagas admisiones del Derecho natural.-La protección no crea una Economía Política en Inglaterra, pero sí en otras partes.-Alemania y la Economía Política proteccionista en los Estados Unidos.- Divergencia de las escuelas.-Trade-unionismo socialista.

La *Riqueza de las Naciones* alcanzó gran boga por sus salientes cualidades y su prudencia para esquivar el antagonismo de los propietarios. Se formó un núcleo en torno del cual pudieron juntarse las clases cultas, presumiendo que enseñaban una ciencia de la Economía Política, sin chocar seriamente con ningún interés poderoso. Lo que Smith hizo, después de todo, fue huir, forjar un sistema que dejaba indeterminados los principios cardinales. Demostró cuán grandemente la división del trabajo aumenta la productividad de éste, y sin atreverse a ir demasiado lejos, probó que dejar al trabajo en libertad, aumentaría el producto anual. Volvió, en una palabra, el lado agresivo de la ciencia contra el sistema proteccionista, o como él lo denominaba, mercantil, buscando así una economía política que contenía una especie de libre cambio, el cual no rechazaba seriamente los impuestos sobre el trabajo y sobre los productos del trabajo, como medio de obtener ingresos para el Gobierno.

Smith no dijo, realmente, lo que es riqueza o su subtérmino capital, ni tampoco esclareció la división del total producto entre el factor humano y el factor natural, ni osó demostrar cual es la causa y el remedio de la miseria. En la Economía Política, tal como él la dejó, no

había axiomas, nada que se relacionara y sostuviera recíprocamente; pero tal era su genio y prudencia y su adaptabilidad a la índole de su tiempo, que él encontró camino donde habían fracasado más profundos pensadores, y sobre los cimientos que él echó comenzó a levantarse una Economía Política. Malthus, dando apariencia científica a un error que se conformaba con las impresiones populares, y Ricardo, dando forma a una científica interpretación de la renta, pronto suministraron lo que pasó por axiomas, uno de los cuales está equivocado y el otro estaba errado o, al menos, inadecuadamente establecido. Cuanto entre ellos mediaba, se abandonó.

Sin embargo, tal era la sensación de que debía haber una Economía Política, y tan agradable para las clases directoras era lo que se les ofrecía como tal, que principiaron a multiplicarse las cátedras para el estudio de ella. Fueron, naturalmente, ocupadas por hombres que enseñaban lo que habían aprendido, con la constante presión de las clases dominantes en todos los colegios, unas clases que, cualesquiera que fuesen los defectos de la Economía Política, estaban dispuestas a aceptar las cosas existentes como el mejor orden de cosas posible y a recibir con intensa oposición todo radical cambio que provocase una verdadera discusión. Y como casi todos los profesores de *Economía Política* se consideraban obligados a escribir un libro de texto, o al menos a hacer algo que diese razón de su existencia, hubo muchos que volvieron a su antiguo campo y surgieron pequeñas diferencias, pero no discutieron nada de donde pudiera surgir un debate vital. Y en un estado social en el cual los muchos son pobres y los pocos son ricos, cualquiera conato de crear una verdadera Economía Política, si era advertido, habría inevitablemente ocasionado grandes debates.

Así, de hecho, la Economía Política, como la enseñaban los maestros, profesores e investigadores científicos, era, para la clase que ha hecho de la tierra una propiedad suya exclusivamente, una doctrina muy cómoda. Aplicaban la doctrina de «dejad las cosas solas», sin ninguna indicación acerca del problema de cómo las cosas vienen al ser. Era, como dijo Clement C. Biddle, el traductor americano de Say, «la doctrina liberal que ha dado los más activos, más generales y más provechosos empleos a la industria y al comercio de cada país, proporcionando a su dirección y aplicación la más perfecta libertad *compatible con la seguridad de la propiedad*». Acerca de lo que constituye propiedad no se discutió. Y si alguien no miraba demasiado de cerca y no prescindía de las costumbres de los tiempos, en las más avanzadas naciones europeas no podía discutirse. ¿Propiedad? Pues propiedad es, naturalmente, lo susceptible de ser apropiado. Cualquier necio sabe esto.

Ni después de la caída del ministerio Peel, en vez de precederla, surgió cuestión alguna sobre la sanción de la propiedad. La esclavitud inglesa desapareció en sus últimas formas antes de que comenzara la centuria XIX, y aunque la cuestión de la propiedad de los esclavos en las colonias tropicales, y finalmente en los Estados Unidos del Sur, era adecuada, si continuaba discutiéndose, para plantear aquel más amplio problema, éste no conmovió el espíritu popular. Así fue resuelta un día, en las colonias indemnizando a los propietarios de esclavos a expensas públicas, y en los Estados Unidos por medio de la guerra.

La cuestión de la propiedad no se ha planteado nunca realmente en Inglaterra hasta después de que la publicación de *Progreso y miseria* comenzó a llamar la atención sobre ella. Pero esta atención

que despertó ha sacado a luz desde entonces algunos concretos trabajos que muestran, como he dicho, que las doctrinas de los fisiócratas franceses hubieran sido acogidas hospitalariamente en la Gran Bretaña, si realmente hubiera sido posible en aquel tiempo hacerlas conocer.

Así H. M. Hyndman, ha encontrado en el Museo Británico una conferencia de Tomás Spence, dada ante la Sociedad de Filosofía de Newcastle en 8 de de Noviembre de 1775, un año antes de la publicación de *Riqueza de las Naciones* y por la cual la sociedad, como Spence consignó, le hizo el «honor» de expulsarle. En esta conferencia Spence declara que todos los hombres «tienen un derecho tan igual y justo a la tierra como el que tienen a la libertad, el aire o la luz y el calor del sol», y propuso lo que ahora vuelve a ser llamado «Impuesto Único»: que el valor de la tierra sea tomado para todos los gastos públicos y abolidos todos los demás impuestos, cualesquiera que sean su clase y naturaleza. Esbozó un brillante cuadro de lo que la Humanidad sería si fuese adoptada esta sencilla, pero la más radical reforma. Pero tan contrario era esto a los deseos de todos los que entonces tenían autoridad, que su propuesta fue enteramente olvidada hasta que la han exhumado de su sepultura más de una centuria después.

De igual modo, en 1889, D. C. Maldonald, un *single-tax*, y procurador de Aberdeen, sacó de la biblioteca de abogados de Edimburgo, y del Museo Británico, en Londres, ejemplares de un libro impreso en 1782 por Willian Ogilvie, profesor de humanidades en el Colegio Real de Aberdeen, titulado: *Ensayos sobre el derecho de propiedad sobre la tierra con relación a sus fundamentos en la ley de la Naturaleza, su actual determinación por las leyes civiles de Europa*

y las reglas por las cuales puede ser más beneficiosamente restituida a las más humildes capas del género humano. El profesor Ogilvie, aunque no hace referencia a más autoridad que la de Moisés, tenía evidentemente algún conocimiento de los fisiócratas, y del modo más terminante declara que la tierra es un *patrimonio nativo que todo ciudadano conserva todavía*. Defiende la tributación sobre la tierra con la total abolición de los demás impuestos, aunque, como si desesperara de tan radical reforma, propone algunos paliativos, tales como acensuamientos para las actuales colonias, arriendos, etc. Indudablemente vio la absoluta imposibilidad de luchar bajo las condiciones entonces existentes, porque parece probable que su libro no fue publicado nunca y que sólo se imprimieron unas cuantas copias para uso privado del autor.

Entre los escritores de los primeros treinta años del siglo, universitariamente aceptados, hay dos que parecen haber tenido algunos vislumbres de la verdad percibida por los fisiócratas de la relación entre la tierra y el trabajo, aunque de un modo curiosamente torcido. El doctor Chalmers, que fue un profesor de Teología de la Universidad de Edimburgo y un ardiente malthusiano, sostuvo que los propietarios pagan finalmente todos los impuestos sobre el trabajo, y pretendía que se conservaran algunos feudos (que él consideraba como retenidos por el Estado para fines benéficos). Aboliría, por fin, todos los demás, y las rentas del Estado serían obtenidas, finalmente, del valor de la tierra. Esto, pensaba, sería más sencillo y mejor y ahorraría muchas discusiones, «librando a los Gobiernos del odio a los impuestos que tanto perjudica a la causa del orden y de la autoridad». Era un firme defensor de la primogenitura, opuesto a cuanto estimulara la división de la tierra y quería que el país disfrutara el espectáculo de una noble y espléndida aristocracia, de la cual las

ramas segundas serían sustentadas con plazas, por lo menos, de 1000 libras al año en los servicios públicos. Y aunque él haría pagar a los propietarios todos los impuestos, pensaba que era sano y conveniente que aquellos propietarios poseyeran la influencia política también. Porque «los dueños del suelo, repetimos, son natural y propiamente, los dueños del poder». Chalmers era un buen ejemplo del serpentino espíritu de tantos ministros escoceses. Después figuró en la derrota del Kirk por el movimiento del Libre Kirk. Sin embargo, a pesar de su adulación, no consiguió popularizar el impuesto único entre la aristocracia británica, la cual luchó contra la derogación de las leyes de granos todo el tiempo que pudo. Como economista pasó casi enteramente al olvido.

Otro curioso ejemplo de la perversión de la doctrina sobre las relaciones entre la tierra y el trabajo, fue dado por Eduardo Gibbon Wakefield, quien visitó este país en sus días más democráticos, en el primer cuarto de siglo, cuando el natural resultado de nuestra inconsciente aceptación de que la tierra y la verdadera propiedad son riquezas análogas, y nuestro deseo de poner en primer lugar al propietario de tierra, comenzaba a mostrar plenamente sus efectos. Fue impresionado por la diferencia entre la sociedad que aquí se desarrollaba y aquélla a que estaba acostumbrado; y apreciando todas las cosas desde el punto de vista de los habituados a mirar el resto del género humano como creado en beneficio de ellos, supuso que la gran desventaja social y económica de los Estados Unidos, era «la escasez de trabajo». Con esto enlazó la rudeza de la clase superior, su falta de aquellos refinamientos, disfrutes y delicadezas de vida comunes a la aristocracia de Inglaterra. ¿Cómo podría un caballero inglés emigrar a un país donde tendría actualmente que lustrarse sus propias botas, y donde nadie puede contar con una constante fuerza

de trabajo pronta a aceptar como una merced cualquiera oportunidad de desempeñar los más serviles y degradantes servicios? Vio, como Adam Smith, antes que él, lo había visto, que esta «escasez de trabajo» proviene de la baratura de la tierra, donde la vasta área del dominio público estaba abierta para la colonización a precios nominales. Sin la menor duda acerca de que la tierra está hecha para los propietarios y que los trabajadores existen con el designio de proporcionar oferta de trabajo a las clases superiores, deseó que las nuevas comarcas que Inglaterra tenía aún que colonizar, fuesen social, política y económicamente, nuevas Inglaterras, y sin detenerse en el más mínimo proceso especulativo, anheló producir en estos nuevos países tal saludable «escasez de empleo» que proporcionara trabajo barato y abundante desde el primer momento de la colonización. Para ello proponía que la tierra no fuese dada, sino vendida al inmigrante, a lo que él llamaba un precio suficiente, un precio bastante alto para hacer que los trabajadores trabajasen para otros hasta haber adquirido los fondos necesarios para pagar un precio por lo que la Naturaleza ofrece sin dinero y sin precio. Proponía que el dinero recibido por el Estado en razón de esto, fuese consagrado a pagar el pasaje de convenientes y escogidos inmigrantes. Esto daría desde el principio dos clases de inmigrantes para colonizar los grandes y vastos países que Inglaterra todavía conservaba, especialmente en Australia y Nueva Zelanda: la mejor clase, que pagaría sus propios gastos y compraría al Gobierno su tierra, la cual tendría desde el principio un valor, y la clase socorrida que, siendo elegida entre los mejores trabajadores del viejo mundo, tendría desde luego aptitud para proporcionar todo el trabajo exigido. Así el nuevo país donde este plan fuese adoptado ofrecería desde el principio al mismo tiempo que salarios más altos aún que en Inglaterra

para hacer que los trabajadores, especialmente si eran solicitados, desearan ir allí, el aliciente para una clase rica y culta de una «razonable» y fácil oferta de trabajo, y los eximiría de las penalidades cuya necesidad ha hecho a los Estados Unidos tan repulsivos a las «mejores» clases de ingleses.

Este plan era muy atractivo para las más ricas e influyentes clases de ingleses relacionadas o preocupadas con la emigración a las nuevas colonias, y fue finalmente adoptado por la corporación correspondiente para poblar la Australia Occidental y, posteriormente, las otras colonias australianas. Pero ni aun sus obvias inducciones influyeron nunca en la enseñanza de la Economía Política.

En 1850, aparecieron en Inglaterra dos obras que aun cuando ninguna de ellas provenía de las filas de los economistas clásicos, eran ambas preludios de una próxima petición de una Economía Política que tomara en consideración los intereses de las masas. Una de ellas estaba escrita por Herbert Spencer, entonces joven y desconocido, y se titulaba *Estática Social o las condiciones esenciales para la felicidad humana especificadas y la primera de ellas desenvuelta*. El capítulo noveno de este libro, «El derecho al uso de la tierra» es una terminante negativa de lo que los economistas de la escuela de Smith han supuesto confiadamente que no podía ser discutido, la validez de la propiedad de la tierra. No atrajo la atención en Inglaterra, haciéndose referencia a él en la *British Quarterly Review*, sólo en 1876, cuando sus obras sociológicas comenzaron primero a dar que hablar. Fue, sin embargo, reimpressa en los Estados Unidos en 1864 con una nota del autor, y cuando cerca de 1877, Appleton y Compañía, de New York, se hicieron editores americanos

de los escritos filosóficos de aquél, imprimieron ésta con las demás obras y fortalecida por ellas entró en la circulación.

Ésta era la única obra de esa clase que yo conocía cuando escribí *Progreso y miseria* y en *Un filósofo perplejo* (1892), he dado una completa referencia de ella y de la artificiosa repudiación y final retractación de M. Spencer de lo que había dicho, negando la propiedad de la tierra.

En el mismo año (1850), apareció en Londres *La teoría de la progresión humana y natural probabilidad de un reino de justicia*. Era anónima y estaba dedicada a Víctor Cousin, de Francia. El argumento de *La teoría de la progresión humana*, es que hay una probabilidad del reinado de la justicia sobre la tierra o milenium anunciado por las escrituras proféticas. Uno de sus postulados primarios es la inspiración de la Biblia y la divinidad del fundador de la Religión cristiana, que, a su juicio, está en el presbiterianismo escocés, al cual trata como la verdadera religión, siendo a sus ojos todas las demás, falsas. Pero aunque adepto de la doctrina de la caída del hombre, que es por naturaleza vil y perverso, es un evolucionista creyente en el natural y necesario adelanto del género humano por el progreso de la cultura, o para usar su frase, por el progreso de las creencias correctas en el orden natural y en la necesaria secuencia de las ciencias, hacia el reinado de la justicia, en el cual se desenvolverá el reinado de la benevolencia.

Los elementos de las creencias correctas, según él los enuncia (pág. 94), son:

- 1.º La Biblia.

2.º Puntos de vista exactos sobre los fenómenos de naturaleza física.

3.º Una filosofía exacta sobre las operaciones mentales.

Las tres cosas que empareja como causa y efecto respectivamente, comprensivas de las condiciones de la sociedad, Son (pág. 120):

Cultura y libertad.

Superstición y despotismo.

Infidelidad y anarquía.

Y las cuatro proposiciones que mejor dan idea del objeto de su obra y del curso de sus pensamientos, son (pág. 160):

1.º Sobre la segura palabra de la profecía divina anticipamos un reino de la justicia sobre la tierra.

2.º Que un reino de la justicia implica necesariamente que cada hombre estará en un tiempo futuro en posesión de todos sus derechos en el mundo.

3.º Que la historia de las sociedades civilizadas nos muestra que la progresión del género humano, en el aspecto político, es desde la diversidad de privilegios hacia la igualdad de derechos.

4.º Que un hombre sólo puede tener un privilegio despojando a un hombre o a muchos otros de una parte de sus derechos. Y, por consecuencia, un reino de la justicia, consistirá en la destrucción de todo privilegio y en la restitución de todo derecho.

Estas proposiciones están desarrolladas en veintiuna proposiciones fundamentales y doce subproposiciones; pero todas están contenidas en las cuatro primeras. La décima subdivisión de la proposición vigésima y la vigésima primera proposición en conjunto merecen, sin embargo, ser citadas para dar una idea del carácter del hombre y de su pensamiento:

«...La cultura tiene necesariamente que producir cambio como el calor necesariamente produce cambio, y donde la cultura se hace más y más perfecta, más y más extensa, más y más generalmente difundida, tienen que realizarse necesariamente cambios en la misma razón y dirección hacia un nuevo orden social y una mejorada condición del hombre sobre el globo. Dondequiera, pues, que los intereses injustos de las clases dominantes son requeridos para franquear el progreso de la cultura, y aquellas clases dominantes perentoriamente rehúsan permitir que la condición de la sociedad sea mejorada, la espada es el instrumento que la cultura y la razón se ven obligadas a usar. Porque no es posible, no está dentro de los límites de la elección humana, que el progreso social pueda ser detenido permanentemente cuando el entendimiento de las masas ha superado en saber a aquellas proposiciones, respecto de las cuales la presente condición social es sólo la realización.

21. Nosotros afirmamos, finalmente, que la adquisición, la ordenación científica y la general difusión del saber suprimirán necesariamente el error y la superstición y mejorarán continuamente la condición de los hombres sobre el globo hasta que su condición definitiva sea la mejor que las circunstancias de la tierra permitan. En este terreno nosotros suscitamos (lo que en otras hábiles manos será asunto de no pequeño interés, especialmente) la natural probabilidad

de un milenio basado sobre la clasificación de las ciencias, Sobre los pasados progresos del hombre y sobre la calculada evolución de los futuros progresos humanos. Sólo indicaremos el esbozo de este asunto y creemos, sin titubear, que cualquiera que lo mire a su verdadera luz verá desde luego cómo la asociación de la cultura y de la razón tienen que regenerar la tierra y suscitarán un período de universal prosperidad que el divino Creador ha prometido graciosamente, y cuya natural probabilidad sostenemos nosotros que está dentro de los cálculos de la razón humana».

El libro al cual, en lo que yo conozco, se parece más en asunto, designio y conclusiones *La Teoría del Progreso humano* es la Estática social de Herbert Spencer, publicada el mismo año aunque evidentemente sin conocimiento recíproco. Ambos parecen tener escasa noticia de los escritores de Economía Política y hacen ligera referencia a ellos: Spencer se refiere en un sitio a Smith, Mill y Chalmers, mientras que Dove no cita más autoridad que Moisés. Ambos tratan extensamente el mismo asunto y ambos llegan substancialmente a las mismas conclusiones prácticas; ambos afirman la misma gran doctrina de los derechos naturales del hombre, que es la esencia de la democracia jeffersoniana y la piedra de toque de la verdadera reforma; ambos declaran la supremacía de una ley más alta que las resoluciones humanas, y ambos creen en un proceso evolutivo que levantará los hombres a más altas y más nobles condiciones. Ambos expresan claramente y bien los postulados fundamentales del *single tax* y ambos son, naturalmente, absolutos librecambistas. Spencer consagra más espacio a la cuestión de la tierra, y prueba más minuciosamente la incompatibilidad de la propiedad privada de la tierra con la ley moral y declara la justicia y necesidad de apropiarse la renta para ingresos públicos sin decir nada respecto del modo;

mientras que Dove se detiene más espacio en la maldad y estupidez de los aranceles, sisas y demás modos de sacar los ingresos de los impuestos sobre los productos del trabajo, y claramente indica el impuesto como el método para apropiarse la renta para fines públicos. Pero aunque el inglés agnóstico tenía que mirar al calvinista escocés como quien yace todavía en una superstición completamente extracientífica, hay un aspecto en el cual el vigor y el valor del pensamiento de Dove resplandecen por cima del de Spencer. Spencer, después de demostrar la absoluta nulidad de toda posible demanda de propiedad privada sobre la tierra, llega a decir que la reasunción, por el género humano en conjunto, de sus derechos sobre el suelo, tiene que tropezar con grandes dificultades; que si tuviéramos que tratar con las partes que primitivamente robaron a la raza humana su herencia, no sería muy difícil el asunto; pero que infortunadamente, los más de nuestros actuales propietarios, son hombres que directa o indirectamente han dado por sus propiedades una equivalente riqueza honradamente ganada y que «estimar y liquidar justamente las reclamaciones de éstos, es uno de los más intrincados problemas que la sociedad tendrá que resolver algún día».

Pero el presbiteriano ortodoxo rehúsa enteramente doblar la rodilla ante Baal con la más leve concesión. Aunque no es más claro que Spencer en la demostración de que los propietarios, como tales, no tienen derecho alguno, no hay en su libro una sola palabra donde se admitan de ningún modo sus reclamaciones. Por el contrario, declara que la esclavitud es un robo de hombres, y que los veinte millones de libras de indemnización dados por el Parlamento británico a los colonos de la India occidental por la emancipación de sus esclavos, fue un acto de injusticia y de opresión para las masas británicas, y (pág. 139) añade:

«Ningún hombre en el mundo y ninguna sociedad en el mundo pueden tener jamás derecho a gravar a un trabajador con el propósito de indemnizar a un ladrón de hombres; y, aunque la medida esté ya pasada y ejecutada, dudamos mucho de que algunos casos análogos no sean puestos en claro por las masas de la nación antes de que pasen muchos años sobre la cabeza de los ingleses. Cuando la cuestión de la propiedad de la tierra llegue a una discusión concreta se pensará poco en la indemnización».

Sin embargo, ni en Inglaterra ni en los Estados Unidos, donde parece que fue publicada, en Boston, una edición a expensas del Senador Sumner, alcanzó Dove atención ninguna y jamás oí hablar de él hasta después de la publicación de *Progreso y miseria*, cuando en Irlanda en 1882, fui obsequiado con un ejemplar por Carlos Eason, jefe de la sucursal en Dublín de la gran casa editora de Smith e Hijos.

En 1854 apareció otro libro de Patricio Eduardo Dove, que el autor de la *Teoría del progreso humano* titulaba *Los elementos de ciencia política*, en dos libros: primero, sobre el Método, segundo, sobre la Doctrina. Y en 1856 apareció un tercer libro, *La lógica de la Fe Cristiana*, que era una disertación sobre el escepticismo, el panteísmo, el argumento *a priori*, el argumento *a posteriori*, el argumento intuitivo y la revelación, también con su nombre como autor y con una dedicatoria a Carlos Sumner, Senador de los Estados Unidos, quien, sin conocimiento de aquél, había procurado una reedición del primer libro de Dove, en Boston, movido indudablemente por sus vigorosas palabras sobre la esclavitud.

En 1859 apareció en Londres *La fuerza de las naciones* por Andrés Bisset, quien después (1877), ha publicado: *La Historia de la lucha por*

el Gobierno parlamentario en Inglaterra, reseña de las tentativas sistemáticas de las familias de Plantagenet, Tudor y Stuart, para esclavizar al pueblo inglés, y que principalmente se ocupa de la tentativa de Carlos I, la resistencia a éste y su final ejecución. *La fuerza de las naciones* llama la atención muy sugestivamente sobre el hecho de que las posesiones feudales estaban condicionadas por el pago de renta o de especiales servicios al Estado y así, la ensalzada abolición de lo que eran obligaciones feudales por el Parlamento largo significó para los terratenientes ahorro de servicios, cuyo pago, medido por los actuales precios, bastaría para satisfacer los gastos totales de Inglaterra, y esos servicios fueron arrojados sobre la tributación general; de entonces data la Deuda nacional inglesa.

Estos libros han tenido muy poco influjo sobre la Economía política, y algunos de ellos salieron de la imprenta sin producir absolutamente ningún efecto perceptible. Es probable que haya otros que añadir a los que yo he mencionado, y es seguro que hay algunos, circunstancialmente impresos, que contienen irregular y espasmódicamente algún aspecto de la idea formulada en las líneas de Wat Tyler:

Quando Adán cavaba y Eva hilaba.
¿Quién era, allí caballero?

Algún vislumbre de lo absurdo de la idea de que una pequeña fracción del género humano estuviese predestinada a comer y comer espléndidamente sin trabajar, y otra, y la mayor porción, a no hacer más que trabajar para que aquéllos pudieran comer y ser obligados a recibir como una merced la oportunidad de hacerlo, circula con relampagueos intermitentes al través de la literatura de la reforma. Pero en la Economía política, tal como existía en 1880, todas estas

discusiones eran omitidas, y lo más que se podía encontrar en cualquiera de los escritores admitidos en las escuelas, era una tímida insinuación de que tiene que admitirse algunas veces que el futuro incremento del valor de la tierra, no ganado, pertenece a la sociedad, proposición que, aunque no tiene importancia alguna, por cuanto los propietarios pueden vender fácilmente la tierra de modo que ningún incremento no ganado sea ostensible, hizo que John Stuart Mill, que le dio algún asenso, fuese mirado torvamente por algunos como un temible radical.

La lucha para la abolición de las leyes de granos en Inglaterra no condujo a ningún desenvolvimiento de una economía política proteccionista. Se escribieron muchos libros y folletos en favor de la protección, pero eran simplemente llamamientos a los viejos modos de pensar y a los vulgares prejuicios, y las fuerzas favorables a la abolición prevalecieron. En otras partes, sin embargo, ocurrió cosa distinta. En el Continente las condiciones bajo las cuales alcanzó su victoria el librecambio en Inglaterra faltaron. Dividido en naciones hostiles, abrumadas con demandas de ingresos, el sistema mercantil tenía un cimiento práctico que no podía ser removido por las semimedidas de sus adversarios ingleses y el relámpago de esperanza que provino del tratado anglo-francés negociado entre Cobden y Napoleón III, fue destruido por las tremendas luchas que siguieron a la caída del último. En Alemania, el estallido del sentimiento nacional que siguió a la guerra con Francia y a la unificación de los Estados alemanes, hizo nacer una escuela de economistas germanos, quienes enseñaron una economía nacional en que, bajo varios nombres, tales como romántico, inductivo y nacional, fue defendido el proteccionismo.

Cuando se hizo la paz entre Inglaterra y los Estados Unidos, después de la guerra de la Independencia, los comisionados americanos recibieron instrucciones para concertar el completo librecambio entre los dos países. Fracasaron en esto tropezando con el sentimiento proteccionista que prevalecía en la Gran Bretaña en aquella época. Cuando los artículos de la Confederación dejaron su puesto a la Constitución, la necesidad de un independiente origen de rentas encontró el fácil procedimiento de establecer un arancel federal sobre las producciones extranjeras, aunque se garantiza el librecambio. entre los Estados; y el crecimiento de los intereses egoístas, causado por una demanda siempre creciente de mayores rentas y derivado de ella, levantó un fuerte partido en favor de la protección, que hizo su camino cuando dividiendo al país en dos secciones la cuestión de la esclavitud puso a los Estados en que el proteccionismo dominaba en posesión del gobierno, por la secesión del Sur. Este interés buscó su garantía en un sistema de economía política, y lo encontró en los esbozos de los economistas alemanes y en los escritos de Henry C. Carey, de Filadelfia, cuya teoría, en muchos aspectos, difiere de la filosofía inglesa, especialmente en su defensa de la protección. En América, esta tendencia proteccionista de la Economía Política tuvo su jefe en la Universidad de Pensilvania, y el apoyo de un poderoso partido en que las ideas de Jefferson fueron contradichas por las de Hamilton; mientras en la Gran Bretaña, las obras de Carlyle y el curso de los estudios y desarrollos modernos han popularizado en los centros escolares la escuela alemana.

Entre las escuelas, sin embargo, había una divergencia que comenzó a revestir grandes proporciones a medida que el resultado de la lucha contra las leyes de granos comenzó a manifestarse en la realización de todo lo que cualquiera de sus defensores osó proponer.

Esto tomó forma en una discusión sobre el valor, que tendía a afirmar el hecho de que la admisión de que algunas cosas inmateriales sean riqueza, destruía la posibilidad de excluir de esta categoría cualquier cosa inmaterial que tuviera valor y, por consecuencia, que la riqueza, en sentido general, es lo único que tiene que considerar la economía política, que es realmente una ciencia de los cambios. Con los esfuerzos de Jevons, Macleod y otros, comenzó a abrirse camino esto, emparentado, naturalmente, con las escuelas históricas, inductiva, socialista y demás escuelas proteccionistas dimanadas de las enseñanzas continentales. En vez de trabajar por una mayor rectitud y sencillez, se hizo realmente de la Economía Política una ciencia oculta en la cual nada era cierto, y cuyos profesores, alegando una superior cultura, podían defender lo que les pluguiese.

Durante la centuria otra forma de proteccionismo se ha ido desarrollando, iniciada en Inglaterra, pero conquistando adeptos en todas partes. Como las otras, no reconoce diferencia entre la tierra y los productos del trabajo, considerándolo todo como riqueza y encaminada principalmente a luchar por la mejora en las condiciones del trabajo. Reconociendo a los trabajadores como una clase naturalmente separada de los patronos, patrocina la unión de los trabajadores en asociaciones, y reclama en beneficio de éstos la intervención del Estado para imponer restricciones, limitar las horas y servir sus intereses por varios caminos a expensas de las clases primariamente patronales. El espíritu alemán, culto, burocrático e incomprensible, puso esto en forma de lo que pasa por un sistema, en los grandes volúmenes de Carlos Marx titulados *Capital*, escritos en Inglaterra en 1867, pero publicados en alemán y no traducidos al inglés hasta después de su muerte en 1887. Sin distinguir entre productos naturales y productos del hombre, Marx sostiene que hay

dos clases de valor -valor en uso y valor en cambio- y que al través de cierta alquimia del comprar y vender, el capitalista que alquila hombres para convertir las primeras materias en productos, obtiene un mayor valor del que él da. De esta proposición económica de Marx (difícilmente puede ser llamada teoría) u otras análogas, han sido derivados sistemas políticos con escasas diferencias entre ellos, después convertidos en plataformas políticas.

Bajo el nombre de socialismo, nombre que todos esos movimientos han conseguido al fin apropiarse, son abarcados esos diversos sistemas. Algunas veces oímos hablar de «socialismo científico» como algo que será establecido, digámoslo así, por aclamación o por disposiciones del Gobierno. En esto hay una tendencia a confundir la idea de ciencia con la de algo puramente convencional o político, un esquema o propuesta, no una ciencia. Porque ciencia, como previamente expliqué, es algo que se refiere a las leyes naturales, no a los propósitos del hombre, algo relacionado con lo que siempre ha existido y siempre tiene que existir. El socialismo no toma en cuenta las leyes naturales ni busca o se esfuerza en ser gobernado por ellas. Es un arte o sistema convencional como cualquier otro sistema político o de gobierno, mientras que la Economía Política es una exposición de ciertas e invariables leyes de la naturaleza humana. La propuesta que el socialismo hace, es que la colectividad o Estado asuma el manejo de todos los medios de producción, incluyendo la tierra, el capital y el hombre mismo; la supresión de toda competencia y la agrupación del género humano en dos clases: los directores, recibiendo órdenes del Gobierno y actuando por medio de la autoridad gubernamental, y los trabajadores, de quienes todo tiene que provenir, incluso los directores mismos. Se propone conducir el género humano al socialismo del Perú, pero sin hacerlo descansar sobre la voluntad o

poder divinos. El moderno socialismo, en efecto, carece de religión y su tendencia es atea. Está más desprovisto de todo principio central o director que ninguna filosofía de las que conozco. El género humano está aquí; ¿cómo?, no lo explica, y tiene que proceder a fabricar un mundo por sí mismo tan desordenadamente como el que Alicia encontró en Wonderland. No hay sistema de derechos individuales por el que pueda definir la extensión de la libertad correspondiente al individuo o al que pueda encaminarse el Estado restringiéndola. Y mientras el individuo no tenga un principio que le guíe, es imposible que la sociedad misma lo tenga. Que tal sistema pueda ser llamado ciencia y gane adeptos, se explica sólo por la «fatal facilidad de escribir sin pensar», que la culta aptitud alemana para estudiar los detalles sin principios directores les permite y por el número de puestos que tal burocrática organización proporcionaría. Sin embargo, a causa de la represión gubernamental y de su admisión de las ideas de los *trade union*, aquél ha hecho gran camino en Alemania y ha logrado considerable asiento en Inglaterra.

Esta es la situación de las cosas al comenzar la octava década de la centuria, cuando la Economía política inglesa, la única Economía con pretensiones de ciencia, recibió de una más nueva y más libre Inglaterra, lo que ha resultado sangre fatal.

△▽

Capítulo VIII

Derrumbamiento de la Economía Política universitaria

Exponiendo la razón, la acogida y el efecto de *Progreso y miseria* sobre la economía política

Progreso y miseria. -*El preferir los profesores abandonar la «ciencia» antes que transformarla radicalmente, acarrea el derrumbamiento de la Economía universitaria.* -*La Enciclopedia británica.* -*La Escuela austriaca que ha sucedido a la clásica.*

En Enero de 1880, precedida en 1879 por una edición del autor, en San Francisco, apareció mi *Progreso y miseria*, que fue seguida, en el mismo año, por una edición inglesa y otra alemana y, en 1882, por ediciones baratas, a la vez en Inglaterra y en los Estados Unidos. La historia del libro es sucintamente esta: vine a California por vía marítima a principios de 1858, y llegué a ser articulista de periódico. En 1869 fui al Este para asuntos periodísticos, regresando a California a principios del verano de 1870. John Russell Young, era en este tiempo director de la *New York Tribune*, y escribí para él un artículo sobre *Los chinos en la costa del Pacífico*, asunto que había comenzado a llamar la atención allí, adoptando el aspecto popular entre las clases trabajadoras de la Costa contrario a la ilimitada inmigración de aquella gente. Deseando conocer lo que la Economía Política tiene que decir acerca de las causas de los salarios, fui a la Biblioteca de Filadelfia, estudié la *Economía Política* de John Stuart Mill, y acepté sus conclusiones sin discutir las, fundando mi artículo en ellas. Este artículo llamó la atención, especialmente en California, y un ejemplar enviado por mí a John Stuart Mill, me granjeó una carta de alabanzas.

Cuando estuve en el Este, el contraste del lujo y la necesidad que vi en New York me impresionaron, y volví al Oeste con la sensación de que tenía que haber una causa de ello y, que si era posible, yo la

encontraría. Dando vueltas al asunto en mi pensamiento, en medio de mis continuas y apremiantes ocupaciones, encontré al fin la causa en considerar la tierra como propiedad, y en un folleto que pude escribir en un intervalo de vagar: *Nuestra tierra y política de la tierra* (San Francisco, 1870 lo expuse. Se vendió como un millar de ejemplares; pero vi que para llamar la atención había que realizar el trabajo más ampliamente, y absteniéndome de todo intento de imprimirlo en el Este hasta conocerlo mejor, me consagré con otros a la publicación (Diciembre 1871), de un periodiquito diario en San Francisco, que ocupó mi atención, aunque nunca olvidé mi principal propósito, hasta Diciembre de 1875, en que habiéndome enredado en una deuda con un rico (el Senador John P. Jones), de quien habíamos tomado un préstamo a instancia suya, me quedé sin un penique. Pedí al gobernador (Irwin) a quien yo había defendido, un puesto que me dejara vagar para consagrarme a mi ya completamente pensada obra. Me dio lo que tenía mucho de sinecura y ya ha sido abolido: el puesto de inspector oficial de los mecheros de gas. Esto, al mismo tiempo que me daba bastante para vivir, aunque irregularmente, me dejaba holgado espacio. Procuré dedicarlo a mi plan largo tiempo acariciado, y después de algún tiempo invertido en escribir y hablar, con intervalos de lectura y estudio, salió *Progreso y miseria*, en una edición del autor, en Agosto de 1879.

En este libro traté la misma cuestión que me tenía perplejo. Planteando el universal problema en un capítulo de introducción, encontré que la explicación que de él daba la Economía Política aceptada era que los salarios salen del capital y tienden constantemente al nivel más bajo en que el trabajo consiente en vivir y reproducirse, porque el aumento en el número de trabajadores tiende, naturalmente, a seguir y exceder cualquier aumento en capital.

Examinando esta doctrina en el libro primero, compuesto de cinco capítulos, titulados *Salarios y capital*, demostré que estaba fundada sobre errores y que los salarios no salen del capital existente, sino que son producidos por el trabajo. En el libro segundo, *Población y subsistencia*, consagré cuatro capítulos a examinar y reprobear la teoría malthusiana. En el libro tercero, *Las leyes de la distribución*, demostré (en ocho capítulos), que las que se dan como tales leyes no son armónicas y procedí a demostrar cuáles son realmente las leyes de la renta, el interés y los salarios. En el libro cuarto (cuatro capítulos), probé que el efecto del progreso material es aumentar la proporción del producto que va a la renta. En el libro quinto (dos capítulos), expuse que esto es la causa primaria de los paroxismos de la crisis industrial y de la persistencia de la miseria entre la riqueza creciente. En el libro sexto, *El remedio* (dos capítulos), mostré la ineficacia de todos los remedios para la crisis industrial, no siendo una medida que dé a la comunidad el beneficio del aumento de renta. En el libro séptimo (cinco capítulos), examiné la justicia; en el octavo (cuatro capítulos), la exacta relación y práctica aplicación de este remedio; y en el libro noveno (cuatro capítulos), discutí sus efectos sobre la producción, sobre la distribución, sobre los individuos y clases, y sobre la organización social y la vida; así como en el libro diez (cinco capítulos), presenté brevemente la gran ley del progreso humano y demostré la relación de lo que yo proponía con esta ley. La conclusión (un capítulo), *El problema de la vida individual*, está consagrada al problema que surge en el corazón del individuo.

Esta obra era el más extenso y minucioso examen que se había hecho de la Economía Política, abarcando, en menos de seiscientas páginas, la totalidad del asunto que estimé necesario explicar y reconstituyendo completamente la Economía Política. No pude hallar

quien imprimiese mi libro, salvo mi antiguo consocio en San Francisco, William. M. Hinton, quien se dedicaba a negocios de imprenta y que tuvo suficiente fe en mí para hacer los moldes. Vendí esta edición del autor, en San Francisco, a buen precio, que casi pagó los moldes, y envié copias a los editores de New York y Londres, ofreciéndome a proporcionarles los moldes. Hechos los gastos más pesados, Appleton y Compañía, de New York, aceptaron su impresión, y, aunque entonces no pude encontrar editor inglés, antes de un año de que saliera la primera edición, Kegan Paul, Trench y Compañía, emprendieron su publicación en Londres. Al mismo tiempo, y antes de la publicación de este libro, di en San Francisco una conferencia que condujo a la constitución de la «Unión para la reforma agraria de San Francisco», el primero de muchos movimientos análogos que se sucedieron.

Progreso y miseria ha sido, en resumen, la obra económica de mayor éxito publicada nunca. Sus razonamientos nunca han sido atacados victoriosamente, y en tres continentes ha iniciado movimientos cuyo triunfo práctico sólo es cuestión de tiempo. Sin embargo, aunque la economía política clásica ha sido derrotada, no lo ha sido, como a su tiempo predije, porque ninguno de sus profesores defiende lo que yo descubrí; sino que una nueva y enteramente incongruente economía política la ha reemplazado en las escuelas.

Entre los adeptos a la economía clásica, que han venido proclamándola como ciencia, no se ha hecho desde los tiempos de Smith ningún esfuerzo para determinar lo que es riqueza, no se ha intentado decir lo que constituye propiedad ni hacer correlativas y armónicas las leyes de la producción y distribución, hasta que se lanzó a ello un hombre nuevo, sin cultura ni títulos académicos, en los más

remotos límites de la civilización, para emprender la reconstrucción de una ciencia, reconstrucción que comienza a hacer su camino y a llamar la atención. ¿Qué valían sus sagaces y laboriosos estudios si podían ser así ignorados, y si quién jamás había penetrado en un colegio, sino cuando intentó enseñar a los profesores los fundamentos de su ciencia, uno cuya educación era la vulgar, cuya *alma mater* había sido la proa de un barco y la imprenta, llegaba así a probar la inconsistencia de lo que ellos habían enseñado como ciencia? No había que pensar en ello. Y así, aunque unos pocos de esos economistas profesionales llegaron a decir algo acerca de *Progreso y miseria*, algo salpicado de equivocaciones, la mayoría prefirió descansar sobre sus posiciones oficiales, en las cuales estaban garantidos por los intereses de las clases dominantes y tratar como cosa desdeñable un libro que circulaba a millares en los tres grandes países de idioma inglés y que había sido traducido a los más importantes idiomas modernos. Así, los profesores de Economía Política, aparentaron rechazar las sencillas enseñanzas de *Progreso y miseria*, absteniéndose de reprobar o discutir lo que aquél había establecido y tratándolo con un desdeñoso silencio.

Si aquellos profesores universitarios hubieran admitido francamente los cambios propuestos por *Progreso y miseria*, algo del edificio que ellos construían pudiera haber sido conservado. Pero eso no está en la naturaleza humana.

No tenían sólo que aceptar a un hombre nuevo sin preparación académica, sino admitir que la verdadera ciencia era accesible a quien quisiera buscarla, y podía ser continuada satisfactoriamente sobre la mera base de la igualdad en los derechos y en los privilegios. No sólo hubiera hecho inútil la mayor parte del saber que ellos habían

adquirido laboriosamente, y que constituía su título para las distinciones y los honores, sino que los hubiera convertido a ellos y a su ciencia en adversarios de los tremendos intereses pecuniarios, vitalmente relacionados con la justificación de las injustas disposiciones que les dan a aquéllos su poder. El cambio en criterios que esto hubiera implicado habría sido el más revolucionario que jamás se ha hecho, implicando una mudanza de extraordinario alcance en toda la constitución de la sociedad, cambio, como difícilmente se hubiera imaginado antes, y nunca ha sido realizado de una vez; porque la abolición de la esclavitud corporal era nada, comparada en sus efectos, con el transcendental carácter de la abolición de la propiedad privada de la tierra. Así los profesores de Economía Política, teniendo la sanción y el apoyo de las escuelas, prefirieron, y lo prefirieron naturalmente, reunir sus diferencias destacando aquello en que antes habían insistido como esencial, y enseñando una jerga incomprensible para los hombres corrientes, bajo el supuesto de enseñar una ciencia oculta que requiere un gran estudio de lo escrito por numerosos ilustrados profesores de todo el mundo y conocimiento de lenguas extrañas. Así la Economía Política de las escuelas, según se enseñaba, fracasó enteramente, y tal como se estudiaba en las escuelas, tendió al proteccionismo y a la doctrina germánica y al supuesto de que era una ciencia recóndita, de la cual quien no tuviera la preparación universitaria era incompetente para hablar, y sobre la cual sólo un hombre de gran cultura y saber podría expresar su opinión.

El primer indicio de cambio se dio en la *Enciclopedia británica*, la cual, en su volumen XIX de la novena edición, impresa en 1886, suprimió el artículo dogmático sobre la ciencia de la Economía Política que había sido inserto en las ediciones anteriores, y, consignando que

la Economía Política se hallaba realmente en un estado de transición, por lo cual no era oportuno tratarla dogmáticamente, lo sustituyó por un artículo sobre la ciencia de la Economía Política, escrito por el profesor J. K. Ingram, quien procuró revisar cuanto se había escrito acerca de esto y cuyo trabajo fue inmediatamente reimpresso en un volumen en octavo con una introducción del profesor E. J. James, de la Universidad de Pensilvania, la institución docente que capitanea el proteccionismo americano.

Esta confesión de que la vieja Economía Política había muerto, estaba escrita en el estilo del «buen Dios, buen diablo», o histórico, y consistía en una noticia de los escritores sobre Economía Política desde los más antiguos tiempos, al través de una primera, una segunda y una tercera fase moderna, hasta la fase viniente o histórica.

Adam Smith era situado a la cabeza de la tercera escuela moderna: el sistema de libertad natural. Entre los predecesores de Smith se cuenta a los fisiócratas franceses, cuya fórmula de un impuesto único sobre el valor de la tierra, es referido a su doctrina sobre la productividad de la Agricultura y la esterilidad de las manufacturas y el comercio, «que fue rechazada por Smith y otros, y desapareció con la doctrina sobre la cual estaba fundada»; y el propio Smith es tratado como una respetable «antigualla», cuyas enseñanzas tienen ahora que ceder el paso a un más amplio criticismo y al más extenso conocimiento de la Escuela histórica. Son citados, con inacabable profusión, escritores de Francia, España, Alemania, Italia y naciones del Norte, pero no hay la menor referencia al hombre o al libro que estaba ejerciendo más influencia sobre el pensamiento, y encontrando más compradores que todos los demás juntos, ejemplo

seguido hoy en los prolijos cuatro volúmenes del *Diccionario de Economía Política*, editado por R. H. Inglis Palgrave.

Esta acción era bastante. Las Enciclopedias y Diccionarios impresos desde entonces han seguido el ejemplo de la Británica. Chambers, que fue el primero en imprimir una nueva edición revisada, y Johnson's, que la continuó, concluyéndola en 1896, suprimieron lo que ellos habían previamente escrito en cuanto a la enseñanza de la Economía Política en artículos por el estilo de los de la Británica, mientras los nuevos diccionarios dan plaza reiteradamente a la jerga introducida como términos económicos.

En cuanto a la Universidad de Pensilvania, la gran autoridad del proteccionismo americano docente, puede decirse que pronto relegó a un puesto secundario a su profesor de Economía Política, Robert Ellis Thompson, un escocés que, hasta ese tiempo, enseñaba la mejor justificación científica del proteccionismo que podía hacerse, y colocó en su lugar al profesor E. J. James, ya dicho, y consagró toda su influencia y sus recursos a enseñar la protección por el método histórico e inductivo anglicanizado, bajo un nuevo, aunque raramente mencionado nombre. La nueva ciencia habla de «ciencia de lo económico» y no de Economía Política; enseña que no hay leyes naturales que rijan eternamente, y preguntado si el librecambio o la protección benefician, si los *trust* son buenos o malos, declina el dar una categórica respuesta, y replica que esto sólo puede decidirse respecto de un tiempo y lugar particulares y por una investigación histórica de cuanto se ha escrito acerca de ellos. Como esta indagación tiene que encomendarse, naturalmente, a los profesores y hombres cultos, permite a los profesores de «lo económico», que casi universalmente han ocupado los puestos creados para profesores de

Economía Política, decretar a su gusto sin asomos de reglas o axiomas que los embaracen. Como esto por sí propio conduce a una aquiescencia para las opiniones o intereses de las clases ricas, dominantes en todas las escuelas, la Universidad de Pensilvania, adscrita a los intereses del proteccionismo sólo para renta, fue la primera en encontrarlo, pero ha sido rápida y generalmente seguida.

La indagación que yo he podido hacer en las obras y escritos, recientemente publicados, de los profesores autorizados de esta ciencia, me ha convencido de que ese cambio ha sido general en todas las escuelas, a la vez en Inglaterra y en los Estados Unidos. Tan general es ese lenguaje universitario, que puede decirse ahora que la ciencia de Economía Política, según la fundó Adam Smith, y fue autorizadamente enseñada hasta 1880, ha sido ya abandonada enteramente haciéndose referencia a sus maestros como maestros de «la Escuela clásica» de Economía Política, ya anticuada.

Lo que la ha reemplazado se denomina usualmente la escuela austriaca no por otra razón, que yo sepa, que la de que «vacas lejanas tienen largos cuernos». Si contiene algunos principios soy completamente incapaz de hallarlos. El investigador es remitido habitualmente a las obras incomprensibles del profesor Alfredo Marshall, de Cambridge, Inglaterra, cuyo primer volumen de sus *Principios de lo Económico*, con 764 páginas, publicado en 1891, todavía no ha sido acompañado por el segundo; a las voluminosas obras de Eugenio W. B. Böhm-Bawerk, profesor de Economía Política, primero en Innsbruck y después en Viena, *Capital e interés La teoría positiva del capital*, traducida por el profesor William Smart de Glasgow; o a la *Introducción a la teoría del valor, conforme a los sistemas de Menger, Wieser y Böhm-Bawerk*, del profesor Smart, o a

un grupo de obras alemanas escritas por hombres de quien aquél jamás ha oído hablar, y cuyos nombres ni siquiera puede pronunciar.

Esta pseudociencia saca su nombre de un idioma extranjero y usa, para sus términos, palabras adaptadas del alemán, palabras que no tienen lugar ni significado en un libro inglés. Está, en verdad, admirablemente calculado para servir los designios de aquellos poderosos intereses dominantes en las escuelas bajo nuestra organización, que temen a una sencilla y comprensible Economía Política, y que desean, vagamente, que los pobres muchachos sometidos a ellos por sus profesores, resulten incapaces de pensar sobre las cuestiones económicas. Nada hay que recuerde tanto lo que Schopenhauer dice («Parerga y Paralipomena») de las obras del filósofo alemán Hegel, como lo que han escrito los profesores, y los volúmenes para mutua admiración que aquéllos publican en serie:

«Si se quiere convertir a un joven brillante en tan estúpido que resulte incapaz de todo pensamiento efectivo, el mejor medio será recomendarle un diligente estudio de esas obras. Porque el acoplamiento monstruoso de palabras que realmente se destruyen y contradicen entre sí, causa al espíritu tal vano tormento por el esfuerzo para descubrir el significado, que al fin se paraliza exhausto, con su capacidad de pensar tan completamente destruida, que desde aquel instante las frases sin sentido cuentan para él como pensamientos».

Ésta es la situación a que todos los profesores que yo conozco han llevado la Economía Política en la enseñanza de las escuelas.

Capítulo IX

Riqueza y valor

Exponiendo por qué razón se estudia la naturaleza del valor antes que la de la riqueza

El punto de acuerdo en cuanto a la riqueza.-Ventajas de partir de este punto.

Hemos visto la absoluta confusión que existe entre los economistas en cuanto a la naturaleza de la riqueza, y hemos explicado suficientemente sus causas y resultados. Permitidme ahora volver nuevamente sobre el problema que nos ocupa y que debe ser esclarecido para que podamos avanzar sobre un terreno firme: ¿Cuál es el significado de riqueza como término económico?

La falta de exactitud y de lógica en cuanto a la naturaleza de la riqueza de las naciones que inició Adam Smith, ha producido, en manos de sus autorizados continuadores, una confusión tanto peor cuanto que la única proposición relativa a la riqueza en la cual podemos decir que todos los economistas concuerdan es que toda riqueza tiene valor. Mas acerca de si todo lo que tiene valor es riqueza, y cuáles formas de valor son riqueza y cuáles no, hay las más grandes divergencias. Y si consideramos las definiciones dadas en los libros prestigiosos sobre el término riqueza o sobre el subtérmino de riqueza, capital, veremos que las confusiones en cuanto a la naturaleza de la riqueza que hemos expuesto parecen proceder de las confusiones acerca de la naturaleza del valor.

Es completamente posible, a mi juicio, fijar el significado del término riqueza sin determinar primero el significado del término valor. Esto hice en *Progreso y miseria*, donde mi propósito, al definir el significado de riqueza, era fijar el significado del subtérmino de aquélla, capital, para ver si es o no verdad que los salarios se sacan del capital. Pero como en el presente libro, por ser un tratado sobre el conjunto de la Economía Política, será necesario tratar independientemente de la naturaleza del valor, conducirá, en mi sentir, a presentar un más ordenado y conciso sistema el considerar la naturaleza del valor antes de proceder definitivamente a considerar la naturaleza de la riqueza.

Y puesto que los espíritus que han sido obscurecidos por las confusiones admitidos pueden ser abiertos fácilmente a la verdad, puntualizando en qué consisten esas confusiones y cómo se originan, este modo de proceder a la determinación de la naturaleza de la riqueza por medio de un examen de la naturaleza del valor, tendrá la ventaja de encontrar en el camino las confusiones, en cuanto al valor, que en el entendimiento de quienes estudian la Economía universitaria, acarrea perplejidades acerca de la idea de la riqueza.

△▽

Capítulo X

Valor en uso y valor en cambio

Exponiendo los dos sentidos del valor; cómo ha sido ignorada la distinción y su verdadera eficacia y razón para limitar el vocablo económico a uno de dichos sentidos

*Importancia del vocablo valor.-Significado original de la palabra.-
Sus dos sentidos.-Nombres adoptados por Smith para ellos.-Utilidad y
deseabilidad.-Juicio de Mill acerca de Smith.-Completa ignorancia de
la distinción en la escuela austriaca.-Causa de esta confusión.-La
capacidad de uso no es utilidad.-La distinción de Smith es real.-El
doble uso de una palabra en el lenguaje vulgar debe ser esquivado en
la Economía Política.-Valor intrínseco.*

El vocablo valor es de la más fundamental importancia en Economía Política; tanto que algunos escritores de Economía Política la han denominado ciencia de los valores. Sin embargo, al estudiar el significado y naturaleza del valor, llegamos a lo más vivo y ardiente de la discusión económica, punto que, desde el tiempo de Adam Smith hasta el presente, ha estado envuelto en crecientes confusiones y sometido a interminables controversias. Examinémoslo cuidadosamente, aunque por el momento pueda parecer esto un trabajo innecesario, porque es un punto desde el cual, divergencias aparentemente livianas, pueden finalmente falsear conclusiones acerca de extremos de la mayor importancia práctica.

El significado original y más amplio de la palabra valor, es el de precio o apreciabilidad, que implica y expresa la idea de estima y consideración.

Pero nosotros estimamos unas cosas por sus cualidades o por los usos a que directamente podemos aplicarlas, al paso que estimamos otras por lo que podemos obtener en cambio de ellas. Nosotros no distinguimos la clase o motivo de aprecio en nuestro uso de la palabra estima, ni tampoco es necesario hacerlo en nuestro empleo corriente

de la palabra valor. El sentido en que se emplea la palabra valor, cuando no está expresado por las palabras asociadas con ella o por el contexto, es indicado suficientemente para las necesidades usuales por las condiciones o naturaleza de las cosas a que se atribuye ese valor. Así, la sola palabra valor, tiene en el idioma inglés usual dos sentidos distintos. Uno es el de aptitud para ser usada una cosa o utilidad, como cuando hablamos del valor del Océano para el hombre, el valor del compás en la navegación, el valor del tratamiento antiséptico en la cirugía, o cuando pensando en los méritos de la producción mental, sus cualidades de utilidad para el lector o para el público, hablamos del valor de un libro.

El otro sentido, completamente distinto, aunque derivado de la palabra valor, es el que usualmente y en la mayoría de los casos, aun de la Economía Política, se define suficientemente como cambiabilidad o poder de comprar, como cuando hablamos del valor del oro como superior al valor del hierro, o de un libro con rica encuadernación como más valioso que el mismo libro con encuadernación sencilla, o del valor de un derecho de propiedad intelectual, o de una patente, o de la disminución del valor del acero por el procedimiento Bessemer, o del aluminio por los progresos que ahora se aplican a su extracción.

El primer sentido de la palabra valor, que es el de la capacidad de uso, la cualidad que una cosa puede tener de satisfacer directamente las necesidades humanas, fue denominado por Adam Smith «valor en uso».

El segundo sentido de la palabra valor, que es el de precio de transferencia o mercantil, la cualidad que una cosa tiene de satisfacer

indirectamente los deseos humanos cambiándola por otras cosas, fue denominado por Adam Smith «valor en cambio».

Las palabras de Adam Smith, son (libro I, capítulo IV):

«La palabra 'valor', debe observarse, tiene dos diferentes significados; unas veces expresa la utilidad de algún objeto particular, y otras el poder de comprar otras mercancías que la posesión de dicho objeto confiere. Uno puede ser llamado 'valor en uso'; el otro 'valor en cambio'. Las cosas que tienen el mayor valor en uso frecuentemente tienen muy poco o ningún valor en cambio, y, por el contrario, aquéllas que tienen el mayor valor en cambio frecuentemente tienen poco o ningún valor en uso. Nada es más útil que el agua, pero con ella apenas se comprará nada; apenas se dará nada en cambio de ella. Un diamante, por el contrario, tiene escaso 'valor en uso', pero frecuentemente, se dará una gran cantidad de mercancías en cambio de él».

Estos dos términos adoptados por Adam Smith como el mejor medio de expresar los dos distintos sentidos de la palabra valor, tomaron puesto desde luego en la terminología económica aceptada y desde su tiempo se han empleado generalmente.

Pero aunque los términos de la distinción empleados por él han sido aceptados desde el principio, no ha ocurrido eso con la distinción en sí misma. Desde el comienzo, sus continuadores y comentaristas insinuaron dudas acerca de su realidad, declarando que no podía tener valor en cambio nada de que no hubiera demanda; que la demanda implica algún género de utilidad o capacidad de uso, y que, por consiguiente, lo que tiene valor en cambio ha de tener también valor en uso, y que Adam Smith fue inducido a la confusión por una

tendencia a introducir distinguos morales en una ciencia que no sabe nada de distinciones éticas. Esta opinión ha sido aceptada por los economistas políticos generalmente, y en cuanto yo conozco, universalmente [\(16\)](#).

Así, John Stuart Mill (a quien cito como el mejor expositor de la Economía Política universitaria aceptada hasta el tiempo en que la escuela austriaca o psicológica, vino a ser el «hado» de los confundidos profesores) comenzó el tratado del valor consignando que «el más pequeño error sobre este asunto inficiona con errores correlativos todas nuestras demás conclusiones, y que cualquiera vaguedad o niebla en nuestros conceptos sobre ello crea confusión e incertidumbre en lo restante» Y continúa así (*Principios de Economía Política*, Libro III, capítulo III. Sección 1ª.):

«Tenemos que comenzar restableciendo nuestra terminología. Adam Smith, en un pasaje citado con frecuencia, se ha referido a la más notoria ambigüedad de la palabra «valor»; la cual, en uno de sus sentidos, significa utilidad, y en otro, poder de compra; en su propio lenguaje, valor en uso y valor en cambio. Pero (como Mr. De Quinzey ha hecho notar) al ilustrar ese doble significado, el propio Adam Smith cayó en otra ambigüedad. Las cosas (dice él), que tienen el mayor valor en uso frecuentemente tienen poco o ningún valor en cambio, lo cual es verdad puesto que lo que puede ser obtenido sin trabajo o sacrificio carecerá de precio cualesquiera que sean su utilidad o inutilidad. Pero añade, que las cosas que tienen el mayor valor en cambio, como un diamante, por ejemplo, pueden tener poco o ningún valor en uso. Emplea la palabra 'uso', no en el sentido que a la Economía Política concierne, sino en aquel otro sentido en que uso es opuesto a deleite. La Economía Política no tiene nada que ver con la

estimación comparativa de los diferentes usos en el juicio de un filósofo o de un moralista. El uso de una cosa, en la Economía Política, significa la capacidad de satisfacer un deseo o servir a un propósito. Los diamantes tienen esta capacidad en alto grado, y si no la tuvieran carecerían de precio. El valor en uso, o, como Mr. De Quinzey lo llama, 'teleológico', es el límite extremo del valor en cambio. El valor en cambio de una cosa puede ser parte, en cuanto a un conjunto, de su valor en uso; pero que pueda exceder jamás al valor en uso, implica contradicción; supondría que alguien daría por poseer una cosa más que el máximo valor en que él mismo lo apreciaría como medio de satisfacer sus inclinaciones.

La palabra 'valor', cuando se usa sin aditamento, significa siempre, en Economía Política, valor en cambio».

He aquí un extraño arreglo de la fraseología. Permitidme entresacar sus afirmaciones. Son: que Adam Smith se equivocaba al decir que las cosas que tienen el mayor valor en cambio, como un diamante, pueden tener poco o ningún valor en uso, porque el uso de una cosa, en Economía Política, que no sabe nada de estimación moral de los usos, significa su capacidad para satisfacer un deseo o servir un propósito, capacidad que los diamantes tienen en alto grado y que, si carecieran de ella, no tendrían ningún valor en cambio (carecerían de precio). Valor en uso es el más alto («el extremo límite de») valor en cambio posible. El valor en cambio de una cosa no puede superar nunca al valor en uso de ella. Suponer lo opuesto implicaría una contradicción: que alguien daría por poseer una cosa más que su máximo valor en uso para él («valor que aquél le asigna como un medio de satisfacer sus inclinaciones»).

En esto hay una completa identificación del valor en uso, utilidad o usabilidad, con el valor en cambio, cambiabilidad o poder de compra. ¿Qué queda de las demás afirmaciones de Mill, hechas en el mismo párrafo? Si Adam Smith se equivocaba al decir que el valor en cambio de una cosa puede ser mayor que su valor en uso, ¿cómo puede ser exacto decir que el valor en cambio de una cosa puede ser menor que su valor en uso? ¿Si el valor en uso es el más alto límite del valor en cambio, no es necesariamente el límite más bajo? Si los diamantes derivan su valor en cambio de su capacidad para satisfacer un deseo o servir un propósito, ¿no ocurre lo mismo con las legumbres? Si valor en cambio significa meramente valor en uso, ¿por qué distingue Stuart Mill entre los dos sentidos de la palabra valor, el de utilidad y el de poder de compra? ¿Por qué nos dice que la palabra valor, cuando es empleada sin aditamento, significa siempre, en Economía Política, valor en cambio? ¿Por qué conserva una distinción donde no hay diferencia real?

En esta identificación de utilidad con «desiredness» (que he citado de Mill, meramente por vía de ejemplo, porque comenzó inmediatamente después de Adam Smith y estaba bien arraigada en la Economía Política corriente mucho antes de Mill, como él propio declara diciendo en el primer párrafo de su *Tratado de los valores*: «Felizmente, nada queda en las leyes del valor que tenga que esclarecer un escritor presente o futuro: la teoría de esta materia está completa») está el principio de aquella teoría del valor que lo hace surgir de la utilidad marginal, y de la cual Jevons fue el primer expositor inglés y que ha sido llevada a su completo desarrollo por lo que se conoce como escuela austriaca o psicológica. Esta escuela, suprimiendo toda distinción entre valor en uso y valor en cambio, hace del valor sin distinción una expresión de la intensidad del deseo,

atribuyéndolo a un origen puramente mental o subjetivo. En esta teoría, la intensidad del deseo del comedor de pan por comer pan fija la utilidad extrema o marginal del pan. Éste fija también la utilidad del producto del que el pan está hecho -harina, leche, levadura, leña, etc.,- y de los instrumentos empleados para hacerlo -hornos, palas, etc.,- y también de las materias naturales usadas para fabricar estos productos y, finalmente, de la tierra y el trabajo.

Pero todo este complicado amontonamiento de confusiones se engendra, como hemos visto en Mill, en un negligente empleo de las palabras. Nada verdaderamente puede mostrar con más vigor la necesidad del cuidado en cuanto al uso de las palabras en la Economía Política, que procuré inculcar al lector en la introducción de esta obra, que el espectáculo ofrecido aquí por el autor del más completo tratado de Lógica que hay en idioma inglés, cayendo en un error vital en aquello que él declara que es la cuestión más fundamental de Economía Política, no llegando a percibir la distinción en el significado de dos palabras corrientes. Sin embargo, con suficiente claridad está aquí la causa de que Mill acepte lo que muchos pensadores inferiores a Adam Smith han creído que era una corrección al gran escocés. El eje de su argumento es que la capacidad de «un uso», en el sentido de satisfacer un deseo o servir un propósito, es idéntico a la utilidad. Pero no es así. Cualquier chico aprende, mucho antes de echar los dientes, que la capacidad de uso no es la utilidad. He aquí, por ejemplo, un diálogo como cualquiera que haya ido a una escuela primaria a la antigua o se haya mezclado, siendo muchacho, con muchachos, tiene que haber oído una y otra vez:

Primer muchacho.-¿Cuál es el uso de ese a1filer torcido que estás curvando?

Segundo muchacho.-¿Cuál es el uso? Su uso es ponerlo en el asiento de algún compañero justamente cuando vaya a sentarse y hacerlo saltar y gritar, y oír al maestro encargar el orden, mientras estás estudiando afanosamente tu lección, sin que nadie sepa que es lo que ocurre.

Ciertamente este es un uso ¿pero le atribuiría cualquiera, sino un chico de la escuela, utilidad a dicho uso?

Igualmente, los anillos de la nariz de algunos salvajes, el tatuaje de otros y de los marineros; el apretarse las cinturas las mujeres civilizadas; los monstruosos armadijos con que las damas elegantes europeas se componían los cabellos en la última centuria; los miriñaques durante una parte de ésta; las crueles distorsiones practicadas en los pies de las niñas de clases elevadas en China, son todos usos, pero ¿implican, por consiguiente, utilidad?

También los anillos comprados en Rusia por Drummond y Dalziel, cuando fueron enviados a Escocia por Carlos II para forzar al Episcopado a que entrara en los Pactistas, tenían «un uso». Las ruedas que los ingleses apresadores de los barcos de la Armada española dijeron haber encontrado en aquellos navíos, dedicadas, según creyeron, al designio de convertir protestantes ingleses a la verdadera fe de Roma, tenían también la capacidad de satisfacer un infernal deseo. Tenían incuestionablemente, en aquel tiempo, valor en cambio, y en verdad que, si todavía existen, tendrán ahora valor en cambio, porque pueden ser compradas para los museos, y no sé cómo en aquel tiempo podía haber sido rechazado, o si aún existen,

podría ahora rehusárseles un lugar en alguna categoría de artículos de riqueza. Pero, ¿son artículos útiles? Nadie puede decir eso ahora. Hubo, es verdad, en aquel tiempo alguna gente que hubiera podido afirmar su utilidad. Pero considérese el supuesto único bajo el cual podía alegarse esa utilidad, para puntualizar una distinción esencial entre el significado de utilidad y el de mera capacidad de uso. Las argollas y ruedas de tortura sólo podían haber sido consideradas útiles sobre la hipótesis de que la salvación eterna del hombre, su exención de infinitas torturas, dependía de su aceptación de ciertas creencias teológicas, y, por consiguiente, que la extirpación del cisma y la herejía, aun por el uso de torturas temporales, conducía al verdadero bienestar y a la final felicidad de la generalidad de la especie humana.

Considerar esto, es ver que lo que constituye realmente la idea esencial de utilidad, esto es, de aquella cualidad de una cosa que Adam Smith designaba como utilidad o valor en uso, es, no la capacidad de cualquier uso, sino la capacidad de uso en la satisfacción de los deseos naturales, normales y generales de los hombres.

Y en esto Adam Smith, siguiendo a los fisiócratas, reconocía una distinción que él no creó y que las confusiones de las ideas económicas corrientes no pueden extirpar; una distinción que no viene de las sutilezas de los filósofos o moralistas, sino que se funda sobre las percepciones comunes del entendimiento humano, la distinción entre cosas que en sí mismas, o en sus empleos, conducen al bienestar y felicidad, y cosas que en sí mismas o en sus usos implican estériles esfuerzos o perjuicios y dolores al fin. La capacidad de satisfacer algún deseo, aunque fuere inútil, vicioso o cruel, es verdaderamente todo lo que se necesita para la cambiabilidad o valor

en cambio. Mas para dar utilidad o valor en uso, se necesita algo más, y es la capacidad de satisfacer, no cualquier deseo posible, sino aquellos deseos que llamamos necesidades o exigencias, y que, cayendo más bajo en el orden de los deseos, son sentidas por todos los hombres [\(17\)](#).

Valor en uso y valor en cambio pueden ser, y lo son frecuentemente, atribuidos a las mismas cosas y de hecho, indudablemente, la gran mayoría de cosas que tienen valor en cambio tienen también valor en uso. Pero esta conexión no es necesaria y las dos cualidades no tienen relación ninguna entre sí. Una cosa puede tener valor en uso en el más alto grado, y, sin embargo, tener muy poco valor en cambio, o ninguno. Una cosa puede tener valor en cambio en muy alto grado y escaso o ningún valor en uso. El aire tiene el mayor valor en uso, puesto que sin aire no podemos vivir un minuto. Pero esta suprema utilidad no le da valor en cambio. El Bambino de Roma, o la túnica sagrada de Treves, podían probablemente ser cambiadas, como otros venerados objetos análogos lo fueron en su tiempo por enormes sumas; pero el valor en uso del uno es el de una muñeca infantil de cera, el del otro el de unos harapos viejos. Las dos cualidades de valor en uso y valor en cambio son tan esencialmente diferentes y no relacionables, como el peso y el color, aunque algunas veces hablemos nosotros de pesados grises o ligeros azules, como en el lenguaje corriente empleamos la palabra valor ya para expresar una de dichas cualidades o ya la otra. La cualidad de valor en uso, es una cualidad intrínseca o inherente adherida a la cosa en sí misma y que le da aptitud para satisfacer necesidades humanas. No puede tener valor en uso si no tiene aquélla, y en la medida en que la tenga, cualquiera que sea su valor de cambio. Y su valor en uso es el mismo, ya se pueda obtener mucho a cambio de ella o ya «nadie la

apetezca». La cualidad de valor en cambio, por el contrario, no es intrínseca o inherente.

Hay, es cierto, un especial sentido, en el que, conforme al uso, hablamos en ciertos casos de valor intrínseco, asignándolo a aquella parte del valor que procede enteramente de la estimación del hombre, y donde en realidad no puede existir valor inherente o intrínseco. Los casos en que hacemos esto, son casos en que deseamos distinguir entre el valor en cambio que una cosa puede tener en una más alta o más valiosa forma, y el valor en cambio que quedaría en ella aunque se la redujera a una más baja o menos valiosa forma. Así, un ánfora de plata o una moneda de plata de los Estados Unidos perderían valor en cambio si se los convirtiera en lingotes; o un grifo o un ancla de un barco perderían valor en cambio si se los convirtiera en lingotes. Sin embargo, retendrían el valor en cambio del metal con que están fabricados. De este valor en cambio que permanecería en una más baja forma es del que acostumbramos a hablar como «valor intrínseco». Pero empleando este término, siempre recordaremos su sentido meramente relativo. El valor en sentido económico, o valor en cambio, realmente nunca puede ser intrínseco. Se refiere, no a una propiedad de la cosa en sí misma, sino a una estimación que de ella hacen los hombres: al esfuerzo y fatiga que algunos hombres padecerían por adquirir la posesión de ella, o a la suma de otras cosas que cuesten esfuerzo y fatiga que darían por ella.

Ni hay en el pensamiento humano ninguna medida común para la utilidad y la cambiabilidad. Que estimemos más una cosa por las cualidades intrínsecas que le comunican utilidad, o por su cualidad extrínseca de conseguir otras cosas en cambio, depende de las circunstancias.

Un osado compatriota atravesó recientemente el mar desde las costas de Noruega hasta los Estados Unidos en un bote de dieciséis pies. Supongamos que viniera a New York, y uno de nuestros multimillonarios, a usanza de las Mil y Una Noches, le dijera: «Si quiere usted hacer un viaje bajo mi dirección, puede usted repostar su bote a mis expensas con lo que quiera escoger en New York sin mirar su coste». ¿De qué lo colmaría? Esto no se puede contestar con una sola palabra, puesto que dependería enteramente del sitio donde el millonario le exigiera ir. Si sólo tenía que cruzar el Norte Rever desde New York a Jersey Cit., desdeñaría el valor en uso y amontonaría lo que tuviera más alto valor en cambio, en relación a su volumen y peso: oro, diamantes, papel moneda. Para llevar la mayor cantidad posible de esto, dejaría fuera muchas cosas con valor en uso de que podía prescindir durante una hora o dos, hasta velas superfluas, áncoras, sondas, compases, un trozo de alimento y un sorbo de agua. Pero si tenía que cruzar el Atlántico otra vez, su primer cuidado sería por las cosas útiles para el manejo de su bote y el sustento y comodidad de su propia vida durante los largos meses de peligro y de soledad que habrían de transcurrir antes de que esperase llegar otra vez a tierra. Miraría al valor en uso prescindiendo del valor en cambio. Si no había perdido la prudencia, que se requiere indispensablemente no menos que la audacia para hacer semejante excursión, es indudable que preferiría llevar su peso en agua fresca a tomar un sencillo diamante o una pieza de oro, y preferiría otra lata de bizcocho o de carne en conserva, al último paquete de billetes de miles de dólares que pudiera poner en su lugar.

Adam Smith tenía razón. La distinción entre valor en cambio y valor en uso es esencial. Es tan clara, verdadera y necesaria que, como hemos visto, John Stuart Mill, no podía dejar de reconocerla

parcialmente en el instante mismo en que la eliminaba por completo, y los últimos economistas que han llevado la confusión expresada por aquél a su punto de mayor embrollo, se ven también compelidos a reconocerla en el momento en que trasponen el círculo de sus incomprensibles palabras. A pesar de todos los esfuerzos para confundirlo y olvidarlo, «valor en uso», «valor en cambio», conservan aún su puesto en la terminología económica. Los términos, en sí propios, quizá no son los más felices que se pudo elegir. Pero han sido tan empleados hasta ahora, que sería difícil reemplazarlos. Sólo es preciso hacer lo que Adam Smith apenas pudo pensar que fuese necesario: puntualizar lo que realmente significan. Aquél los tomó, en efecto, del lenguaje vulgar, y aún conservan sobre cualquier término económico la ventaja de ser inteligibles para la generalidad.

En el lenguaje corriente, la sola palabra valor, como ya hemos dicho, basta habitualmente para expresar ya el valor en uso ya el valor en cambio. Porque la acepción en que se emplea está indicada generalmente con bastante claridad, ya por el contexto, ya por la situación o naturaleza de la cosa de que se habla. Pero en los casos en que no hay tal indicación, o en que la indicación no es suficientemente clara, el uso de la palabra valor suscitará desde luego una duda equivalente a «¿habla usted de valor en uso o de valor en cambio»?

Si un hombre me dice: «este es un perro valioso, ha salvado a un niño que se estaba ahogando», yo sé que el valor de que habla, es valor en uso; pero si dice: «este es un perro valioso, su hermano costó cien dólares», entiendo que habla de valor en cambio. Mas cuando dice tan sólo: «es un perro valioso», generalmente hay alguna indicación que me permite comprender a qué sentido del valor se

refiere. Si no hay ninguna y me interesa lo bastante para preocuparme, le haré preguntas tales como «¿por qué? o ¿cuánto?»

En los razonamientos económicos, sin embargo, el peligro proveniente de usar una palabra que expresa dos distintas y a menudo contrarias ideas, es mucho mayor que en el lenguaje usual, y si hay que conservar la palabra, una de sus acepciones debe de ser abandonada. De los dos significados de la palabra valor, el primero, o sea el de valor en uso, no afecta o afecta sólo incidentalmente a la Economía Política, mientras que el segundo, el de valor en cambio, es evocado continuamente porque este es el valor de que la Economía Política trata. Para ahorrar el uso de palabras y al mismo tiempo esquivar riesgos de equivocaciones y confusiones, es beneficioso, por consiguiente, restringir el uso de la palabra valor como vocablo económico a la acepción de valor en cambio, como hizo Adam Smith, y como se ha practicado generalmente desde su tiempo, y prescindir del empleo de la palabra valor sola, en el sentido de valor en uso, sustituyéndola cuando sea ocasión de expresar la idea de valor en uso y el contexto inmediato no muestre claramente la limitación del significado ya por la frase completa, «valor en uso», ya por alguna otra palabra como usabilidad o utilidad. Eso es lo que procuraré hacer en esta obra, empleando de aquí en adelante el término valor sólo como expresivo de la potencia adquisitiva o «valor en cambio».

△

Capítulo XI

Valor económico-su verdadero concepto y su medida última

Exponiendo cómo el valor en cambio ha sido considerado una relación de proporción, y la ambigüedad a que ha llevado esto

La concepción de valor como una relación de proporción.-Es realmente una relación con el esfuerzo.-Adam Smith percibió esto.- Sus razones para aceptar la frase valor en cambio.-Su confusión y la de sus continuadores.

Valor, como término económico, significa, como hemos visto, lo que, distinguiéndolo del otro sentido de la palabra valor, se conoce como valor en cambio o cambiabilidad. Y cuando la use sin añadidura me limitaré en adelante a este exclusivo significado.

Pero ¿de dónde procede esta cualidad de valor en cambio o cambiabilidad? Y ¿con qué podremos medirlo?

En cuanto a esto, los tratados corrientes de Economía Política dicen que el valor, la cualidad o poder de cambio, es una relación entre cada cosa cambiante y todas las demás cosas cambiantes. Así, dícese, no puede haber general aumento o decrecimiento de valores desde el instante en que lo que una cosa gana en poder de cambio, otra u otras tienen que perderlo, y lo que una pierde otra u otras tienen que ganarlo. En otras palabras. Siendo la relación del valor una relación de términos o proporción, cualquier cambio en un término tiene que implicar cambios inversos, en otros términos, puesto que la suma total de los miembros de los términos no puede aumentar ni disminuir. Puede haber aumento o disminución de valor en una o más cosas comparada con otra o más cosas, pero no aumento o disminución de todos los valores a la vez. Todos los precios, por ejemplo, pueden aumentar o disminuir, porque el precio es una relación de cambiabilidad entre todas las demás cosas cambiantes y una particular cosa cambiante, el dinero, y aumento o disminución de

precio (mayor o menor cambiabilidad de otras cosas por dinero), implica correlativamente decrecimiento o aumento de la cambiabilidad del dinero por otras cosas. Pero aumento o disminución de valor en general (esto es, de todos los valores) es una contradicción de términos.

Esta opinión tiene apariencias de plausible. Sin embargo, examinándola, se ve que hace al valor dependiente del valor sin posibilidad de medida excepto arbitraria y relativamente, comparando un valor con otro; que deja la idea del valor aletargada, por decirlo así, en huelga, sin conexión o punto de partida fijo equivalente al que establecemos para las demás cualidades de relación y sin el cual es imposible ninguna clara idea de relación.

Así, cualidades como la dimensión, la distancia, la dirección, el color, la consanguinidad y demás análogas, sólo nos son comprensibles e inteligibles por referencia a un punto de partida fijo, al cual y no a ninguna otra cosa que tenga igual cualidad se hace la referencia. La dimensión y la distancia, por ejemplo, son comprendidas e inteligiblemente expresadas en relación con ciertas medidas de extensión, tales como la fanega, el pie, el metro, los diámetros de la tierra o los diámetros de la órbita terrestre. La dirección, como una relación con los radios de una esfera, que, partiendo de un punto central abarcan todas las direcciones posibles; el color, como una relación con el orden en que son recibidas ciertas impresiones al través de los ojos humanos; la consanguinidad, como una relación de sangre con la sangre primitiva a que se hace referencia, como entre padres e hijos; y así sucesivamente.

Ahora bien, ¿no tiene igualmente la idea de valor algún punto de partida fijo por el cual se haga comprensible e inteligible, como la tienen las demás ideas de relación?

Ciertamente que la tienen. De donde realmente nace la idea de valor, no es de la relación de cada cosa valuable con las demás cosas que tienen valor, sino de la relación de cada cosa valuable con algo que es la fuente y medida natural de todo valor: concretamente, el esfuerzo humano, con todo su cortejo de molestias y cansancio.

Adam Smith vio esto, aunque no lo tuvo constantemente presente, como le aconteció con otras cosas que vio claramente un instante, como al través de un desgarrón en nubes que después volvieron a cerrarse. En el primer párrafo del capítulo V, Libro I, *Riqueza de las Naciones*, dice:

«Cada hombre es rico o pobre, según el grado en que puede disponer de cosas necesarias, comodidades o deleites de la vida humana. Pero después que la división del trabajo ha cundido por todas partes, es muy pequeña la porción de aquéllos que cada hombre puede proporcionarse por su propio trabajo. La mayor parte de ello tiene que provenir del trabajo de otra gente, y aquél será rico o pobre, según la cantidad de dicho trabajo de que pueda disponer o que pueda comprar. El valor de cada mercancía, por consiguiente, para quien la posee y que no se propone usarla o consumirla por sí mismo, sino cambiarla por otras mercancías, es igual a la cantidad de trabajo que le permite comprar o disponer. El trabajo, por tanto, es la verdadera medida del valor cambiante de todas las mercancías.

El verdadero precio de cada cosa, lo que verdaderamente cuesta cada cosa al hombre que necesita adquirirla es la fatiga y molestias de

adquirirla. Lo que cada cosa vale realmente para el hombre que la ha adquirido y que necesita disponer de ella o cambiarla por alguna otra cosa, es el esfuerzo y molestia que dicha cosa puede ahorrarle a él mismo y que puede arrojar sobre otras gentes. Lo que se compra con dinero o con mercancías, es comprado por el trabajo, lo mismo que lo que adquirimos por el esfuerzo de nuestro propio cuerpo. Ese dinero o esas mercancías, en realidad, nos ahorran ese esfuerzo. Contiene el valor de una cierta cantidad de trabajo que cambiamos por lo que suponemos en aquel momento que contiene el valor de una cantidad igual. El trabajo fue el primer precio, el original dinero que se pagó por todas las cosas. No es por oro o plata, sino por trabajo por lo que toda la riqueza del mundo es comprada originalmente; y su valor, para quienes la poseen y necesitan cambiarla por otras producciones, es precisamente igual a la cantidad de trabajo que le permita adquirir o de que disponer.

Riqueza, como dijo Mr. Hobbes, es poder. Pero la persona que adquiere o hereda una gran fortuna, no adquiere necesariamente o hereda ningún poder político, ni civil ni militar. Su fortuna puede acaso proporcionarle los medios de adquirir ambos, pero la mera posesión de esa fortuna no le transmite necesariamente ninguno de ellos. El poder que la posesión le confiere inmediata y directamente es el poder de compra; un cierto imperio sobre todo el trabajo o sobre todo el producto del trabajo que está en el mercado. Su fortuna es mayor o menor precisamente en proporción de la extensión de este poder; o de la cantidad de trabajo de otros hombres, o, lo que es lo mismo, de producto del trabajo de otros hombres que le permite comprar o de que disponer. El valor en cambio de todas las cosas tiene que ser siempre precisamente igual a la extensión de este poder que confiere a su propietario».

Esto es perfectamente claro si atendemos sólo al significado que Adam Smith asigna a las palabras que usa algunas veces negligentemente. El sentido en que emplea la palabra trabajo es el de esfuerzo, con su inseparable secuela de fatiga y molestia. Lo que significa por precio, es el coste en fatigas y molestias, como en efecto explica incidentalmente [\(18\)](#), y por riqueza significa evidentemente los productos o resultados tangibles del humano esfuerzo. Lo que dice es que el valor es el equivalente de la fatiga y molestias del esfuerzo, y que su medida es la suma de fatiga y molestias que se ahorraría el propietario o que le permite, cambiándolo, inducir a otros a que se tomen por él.

Y repite esta afirmación un poco más abajo en el mismo libro:

«Cantidades iguales de trabajo en todos los tiempos y lugares, puede decirse que son de igual valor para el trabajador. En su habitual estado de salud, fuerza e inteligencia, en el grado corriente de técnica y destreza, tienen siempre que alcanzar la misma porción de comodidad, libertad y felicidad. El precio que paga tiene que ser siempre el mismo, cualquiera que sea la cantidad de bienes que reciba en cambio. De éstos, efectivamente, unas veces puede comprar una mayor y otras una menor cantidad, pero lo que varía es el valor de ellos. En todos los tiempos y lugares está caro lo que es difícil proporcionarse o lo que cuesta mucho trabajo adquirir, y está barato lo que se obtiene fácilmente o con muy poco trabajo. Sólo el trabajo, por consiguiente, no varía nunca en su propio valor, por lo que es, exclusivamente, la última y verdadera medida por la cual puede ser estimado y comparado en todos los tiempos y lugares el valor de todas las mercancías. Este es su precio real; el dinero es su precio nominal tan sólo... El trabajo, por tanto, evidentemente, es la única

medida universal así como la única medida exacta del valor, o el único tipo mediante el cual podemos comparar los valores de diferentes mercancías en todos los tiempos y en todos los lugares».

¿Cómo es que Adam Smith, cuando necesitó una frase que expresara el segundo sentido de la palabra valor, no adoptó una frase que pusiera de resalto el fundamental significado del valor en este sentido, por ejemplo, «valor en fatiga», o «valor en esfuerzo», o «valor en trabajo», sino que en vez de ello escogió la frase «valor en cambio», que se refiere directamente sólo a un significado secundario y derivado?

Las razones las da él mismo en lo que sigue inmediatamente al primero de los párrafos que he citado:

«Pero aunque el trabajo sea la medida real del valor cambiante de todas las mercancías, el valor no es estimado habitualmente por aquél. Con frecuencia es difícil determinar la proporción entre dos diferentes cantidades de trabajo. El tiempo invertido en dos clases de obra diferentes no determinará siempre por sí sólo esta proporción. Los diferentes grados de sufrimiento soportado y de ingenio tienen que tomarse igualmente en cuenta. Puede haber más trabajo en una hora de penosa labor que en dos horas de fácil ocupación, o en una hora de aplicación a una tarea cuyo aprendizaje haya costado diez años de labor, que en un mes de trabajo en un empleo corriente y fácil. Pero no es sencillo encontrar una medida exacta del sufrimiento o del ingenio. Al cambiar, en efecto, las diferentes producciones de distintas clases de trabajo, una por otra, ambas se hacen recíprocas concesiones. Son justipreciadas, sin embargo, no por una medida exacta, sino por los regateos y ajustes del mercado, conforme a esta

clase de tosca igualdad, que, aun no siendo exacta, es, sin embargo, suficiente para llevar adelante los negocios de la vida ordinaria.

Cada mercancía, además, es más frecuentemente cambiada por otras mercancías y de este modo comparada con ellas que con el trabajo. Es más natural, por consiguiente, estimar su valor cambiante por la cantidad de alguna otra mercancía que por la del trabajo con que se puede comprar. La mayor parte de la gente, además, entiende mejor lo que se expresa por una cantidad de una determinada mercancía, que por una cantidad de trabajo. El uno es un sencillo y palpable objeto, el otro es una noción abstracta, que, aunque sea suficientemente inteligible, no es tan enteramente natural y obvia».

Hay dos razones aducidas para la elección del término valor en cambio, que denotan cómo Adam Smith vio con perfecta aunque sólo momentánea claridad, lo que realmente significa «valor en esfuerzo» o, en la fraseología- que usa, «valor en trabajo».

El primero y es de fuerza, es que el término «valor en cambio» era ya familiar, y sería mejor entendido al hacer la distinción que él deseaba destacar la diferencia entre valor en sentido económico. y «valor en uso».

La segunda, que indica una confusión en el pensamiento del filósofo -la rapidez con que las nubes ocultaron la estrella que acababa de ver,- es que para medir la fatiga y las molestias del esfuerzo, no imaginó más que el tiempo de su aplicación, lo cual, como vio exactamente, sólo podía medir la cantidad y no la calidad; es decir, la duración, no la intensidad. No vio el hecho notorio de que si la fatiga y molestias del esfuerzo evitado son la medida del valor, correlativamente, pues, el valor tiene que ser la medida real de la

fatiga y molestias de dicho esfuerzo, y que ese algo que él aparentemente buscaba -una cosa material o un atributo, que, como la yarda en medidas de longitud o una unidad de peso para medir las masas, midiera independientemente de «los regateos del mercado» la fatiga y molestias del esfuerzo,- no se encuentra, porque no puede existir, ya que la única posibilidad de tal medida reside en «los regateos del mercado». Porque desde el momento en que la fatiga y molestias que constituyen la resistencia al esfuerzo son sentimientos subjetivos que no pueden ser objetivamente apreciados hasta llevarlos por medio de su influencia sobre la acción al campo de lo objetivo, no hay manera de medirlos sino por el estímulo que inducirá a los hombres a padecerlos trabajando, el cual sólo puede ser determinado por la competencia o por «los regateos del mercado».

Así, por una razón buena y otra mala, Adam Smith escogió, a fin de expresar el sentido económico de la palabra valor, la frase «valor en cambio». Sería demasiado decir que hizo una mala elección, sobre todo, si se considera su época y el principal propósito que perseguía, que fue demostrar lo absurdo de lo que se llamaba en su tiempo sistema mercantil, y después ha sido rebautizado como sistema proteccionista. Pero la ambigüedad que entraña la frase «valor en cambio» ha sido un obstáculo en la Economía Política, desde su tiempo hasta ahora, y realmente de la ambigüedad escondida en la frase que él escogió ha sido víctima el propio Adam Smith, o quizá, mejor, deberá decirse que la ambigüedad de la frase le permitió conservar las confusiones que había ya en su pensamiento, salvo cuando en el párrafo que acabamos de citar las barrió momentáneamente, sólo para recaer en ellas de nuevo. Se advertirá que, en esos párrafos, Smith distingue claramente entre trabajo y mercancías, significando evidentemente por mercancías las cosas

producidas por el trabajo, y que parece claramente que entiende por riqueza los productos del trabajo. Pero en otros lugares incurre en la confusión de hablar del trabajo mismo como de una mercancía, y de clasificar cualidades personales, tales como actividad, maestría, cultura, etc., como artículos de riqueza; exactamente, como en el capítulo VIII, ve claramente y establece correctamente el origen y la naturaleza verdaderos de los salarios, cuando dice: «El producto del trabajo constituye la natural recompensa o salarios del trabajo», sólo para abandonarlo casi inmediatamente y considerar en seguida los salarios como si salieran del capital del patrono.

Adam Smith no fue nunca incitado a revisar, ni a considerar de nuevo las afirmaciones de su gran libro en cuanto a la naturaleza del valor, porque las discusiones sobre este asunto surgieron después de su muerte. Sus sucesores en Economía Política han sido, con pocas excepciones, no hombres de pensamiento original, sino los meros imitadores, compiladores y espigadores que usualmente siguen a una gran obra del genio. Sin mirar más lejos han aceptado la frase empleada por aquél, «valor en cambio», no sólo en igual sentido que aquél la aceptó, como un nombre conveniente, a causa de su más fácil inteligencia, para una cualidad, sino como expresión de la naturaleza de esa cualidad. Así, la explicación de Adam Smith de la relación esencial del valor con el ejercicio del trabajo, ha sido ignorada virtualmente, si no completamente. Y en vez de mirar más allá de la cambiabilidad para encontrar una explicación de la naturaleza del valor, estos economistas continuadores han sido disuadidos y extraviados, no sólo por ciertos hechos no entendidos, tales como el hecho de que muchas cosas con valor no se originan en el trabajo, y por conceptos erróneos, como el de considerar el trabajo mismo como una mercancía, sino por el reconocimiento grandemente eficaz,

aunque indudablemente, en la mayoría de los casos, muy vago del hecho del peligro que se seguiría para las instituciones sociales existentes de una indagación demasiado minuciosa sobre el fundamental principio del valor. Se ha malgastado un mundo de ingenio y se han escrito monstruosos libros, cuya lectura abrumaría a un hombre y haría vacilar su razón si tratara de entenderlos, para resolver el problema de la naturaleza fundamental del valor en cambio. Sin embargo, no han dado por resultado sino enormes amasijos de confusiones, por la buena y suficiente razón de que la esencia o fundamento de lo que llamamos valor en cambio no reside en manera alguna en la cambiabilidad, sino en algo de que nace esa cambiabilidad: la fatiga y molestias inherentes al esfuerzo.

Permitidme probar, aunque sea a grandes rasgos, esto en el capítulo siguiente, porque en esta determinación del significado de un vocablo, se entrañan las más vitales y trascendentes derivaciones económicas.

△▽

Capítulo XII

El valor en cambio se refiere realmente al trabajo

Exponiendo que el valor no proviene de la cambiabilidad, sino la cambiabilidad del valor, el cual es una expresión del ahorro de trabajo implicado por su posesión

Raíz de la suposición de que la suma de valores no puede aumentar o disminuir.-La idea fundamental de proporción.-No podemos realmente concebir el valor de este modo.-La Confusión que nos produciría el imaginarlo.-La tácita suposición y la resistencia a

examinar el contenido de la noción corriente.-Un experimento imaginativo demuestra que el valor se refiere al trabajo.-Hechos comunes que prueban esto.-El supuesto corriente, un sofisma de intermedios inclasificados.-Varios sentidos de «trabajo». -Esfuerzo positivo y esfuerzo negativo.-Reconstitución de la proposición referente al valor.-Del deseo y de su medida.-Relación causal del valor con la cambiabilidad.-Experimento imaginativo que demuestra cómo puede existir el valor donde el cambio es imposible.-Valor y expresión de esfuerzo ahorrado.

En el supuesto de que valor económico no es meramente lo que hemos encontrado cómodo llamar valor en cambio, sino que en realidad es cambiabilidad -una cualidad del poder por el cual el propietario de una cosa valiosa puede, transfiriendo su propiedad a cualquier otro, obtener de éste, por una transferencia análoga, la propiedad de otra cosa valiosa- el valor es considerado como procedente del valor y existiendo en un círculo del cual cada parte tiene que tener una relación de proporción o miembro con las demás partes. Es esto lo que da una apariencia axiomática a la proposición de que, aunque puede haber aumento o disminución en algunos valores, esto siempre ha de implicar disminución o aumento inversos en algunos otros valores, y de aquí que el aumento o disminución de todos los valores o de la suma de valores es imposible. Si valor es realmente una relación de proporción, esto, en verdad, es evidente por sí mismo.

Pero ¿es el valor realmente una relación de proporción o miembro?
¿Cuál es la idea fundamental de proporción o de miembro? ¿No es la

de relación de las partes de un conjunto a ese conjunto? Cuando nosotros usamos una frase como esta: «un octavo», significamos la relación de una parte representada por una de las ocho iguales porciones de un todo representado por la unidad. Cuando decimos diez por ciento, significamos la relación de una parte representada por diez de cien porciones iguales de un conjunto representado por cien. Así la validez de proposiciones como $\frac{1}{8} + \frac{1}{8} = \frac{1}{4}$; $0'153 + 0'147 = 3$; ó $4 : 8 :: 6 : 12$; ó $5\% + 4\% = 9\%$, depende de las relaciones de la proporciones indicadas con un conjunto o totalidad que es la suma de todas las proporciones posibles. Que no pueden aumentar o disminuir todas las proporciones, se sigue del axioma de que un conjunto es igual a la suma de sus partes.

Pero si el valor es una relación de proporción o miembro ¿cuál es el conjunto que supone? ¿Cómo expresaremos esta totalidad? O ¿por qué cálculos fijaremos las relaciones de sus partes, los innumerables y continuamente cambiantes artículos de valor? ¿No podríamos lo mismo tratar de pensar o expresar la relación de cada uno de los cabellos de nuestra cabeza con la suma de los cabellos en todas las cabezas de la Humanidad?

La verdad es que no podemos concebir el valor de esta manera, ni realmente tratamos de hacerlo, y la más ingeniosa y complicada de las tentativas hechas para dar algo parecido a un cimiento sólido y coherencia lógica a la teoría dominante de que el valor no es en realidad más que la cambiabilidad, sólo ha conseguido mostrar más claramente su completa impotencia. Así, la última y más trabajada de estas tentativas, la de la escuela austriaca o psicológica, que en los años recientes ha sido tan generalmente aceptada en las Universidades y Colegios de los Estados Unidos y de Inglaterra, y que

deriva el valor de lo que ella denomina «utilidad marginal», es un intento de emular en los razonamientos económicos las fábulas contadas por los juglares de las Indias Orientales, que lanzando un ovillo al aire, cogen con él un hilo más recio, después un cable y, finalmente, una escala por la cual ascienden hasta perderse de vista y después bajan otra vez.

Porque cualquiera que camine al través de las perplejidades de su razonamiento, encontrará que los adeptos de esta escuela derivan el valor del lingote de hierro, por ejemplo, y aun del mineral de hierro en la vena, del deseo de los consumidores para pagar por un más alto y más trabajado producto, en cuya producción entra el hierro, derivándose este deseo de una mental estima por parte de los consumidores de la utilidad de esos productos para ellos. Así, tan sencillamente como en las fábulas de los juglares indios es ignorada la ley de la gravitación, aquéllos ignoran la ley que en la Economía Política es lo que la de gravitación en la física, la ley de que los hombres buscan la satisfacción de sus deseos con el menor esfuerzo, una ley de la cual procede el hecho universal de que en el cambio nadie pagará por una cosa más de lo que se vea obligado a pagar.

Los minuciosos intentos para eslabonar el valor con la utilidad y la utilidad con el deseo individual o percepción, para encontrar una base a la idea de valor, sólo demuestra que no hay fundamento en la suposición de que el valor procede de la cambiabilidad, y de que sólo puede ser relativo a otros valores. La plausibilidad de esta suposición procede de la confusión en el uso de una sencilla palabra.

De todas las palabras de uso vulgar que hay en el idioma inglés, la palabra *thing* (cosa) es la más amplia. Incluye cuanto puede ser objeto

del pensamiento, un átomo o un universo; un hecho o una quimera; lo que viene a la conciencia a través de los sentidos y lo que puebla y construye nuestros sueños; lo que el análisis no puede separar más y lo que no tiene más coherencia que un hábito verbal o un error. Pero algunas veces olvidamos esta comprensibilidad de la palabra o no la tenemos bastante presente en el pensamiento y usamos frases como «todas las cosas» o «cualquier cosa», cuando realmente sólo tenemos en el pensamiento cosas de una clase determinada.

Cuando nosotros deseamos probar la proposición de que el valor es una relación de cambiabilidad entre cosas valiables, usualmente procedemos a hacer un experimento mental con unas pocas cosas valiables, porque sería imposible hacerlo con todas y fastidioso el intentarlo. Las cosas escogidas para este experimento suelen ser, como el examen y la observación muestran y como es evidente en los escritos de los economistas, las conocidas más generalmente y las más comúnmente cambiadas, trocando lo particular en general cuando es menester, por medio de la fórmula, expresa o implícita, «y otras cosas valiables». Así, por ejemplo, imaginamos el dinero, o lo más extensamente conocido como representación del dinero, una moneda de oro, y nos decimos:

«He aquí una moneda de oro. ¿Por qué tiene valor? Porque puede ser cambiada por trigo, quincalla, artículos de algodón y otras cosas valiosas. Si no pudiera ser cambiada por ellas no tendría valor, y la medida de su valor es el valor del trigo, la quincalla, los artículos de algodón y demás cosas por las que puede cambiarse. Si la relación de cambiabilidad se altera de modo que por la misma pieza de oro se pueda obtener más trigo, quincalla, artículos de algodón y otras cosas valiables, el valor del oro sube y el de las otras cosas valiables baja.

Si la relación de cambiabilidad se altera de modo que la pieza de oro se cambie por menor cantidad de dichas cosas, el valor del oro cae y el de las otras cosas sube. Así nosotros trocamos el punto de vista del examen, tomando a su vez el trigo, la quincalla o los artículos de algodón, como representativos de un particular ejemplo de valor y el oro como representación de las demás cosas valubles, y viendo que su valor depende de la relación de cambio de la misma manera que el del oro en nuestro primer experimento deducimos que el valor es verdaderamente una relación de cambiabilidad y que ésta es su principio y su fin.

Así, que el valor depende del valor, y nace del valor y sólo puede ser medido por el valor -esto es, por la selección de algún particular artículo que tenga valor, con el cual puede ser medido relativamente y empíricamente el valor de los demás artículos,- nos parece perfectamente claro, y aceptamos la doctrina de que no puede haber aumento o disminución general en los valores como una nueva aplicación del axioma de que un conjunto es igual a la suma de sus partes, y consecuentemente que todas sus partes no pueden jamás aumentar ni disminuir al mismo tiempo. El habitual uso del dinero como una común medida del valor, contribuye a impedir la comprobación del hecho de que estamos razonando dentro de un círculo vicioso.

Creo haber expresado correctamente el curso del razonamiento que hace tan plausible el derivar de la cambialidad el valor. Naturalmente, no quiero decir que nunca se haya tomado en cuenta el trabajo. A menudo es mencionado expresamente y siempre es incluido como cosa valuble en la categoría de cosas valubles o cambiables. Pero el peso de este análisis se hace reposar siempre sobre cosas

como las que he citado, cosas resultantes del esfuerzo del trabajo; mientras que se pasa muy ligeramente sobre el trabajo incluyéndolo en las otras «cosas valiables» y sin que la atención se fije nunca en él.

Además, me inclino a pensar que siempre acecha en este análisis - que en realidad es un examen del valor relativo de los productos del trabajo,- el tácito supuesto de que la cantidad de las cosas valiables (consideradas como producto del trabajo) existentes en el preciso momento del examen es una cantidad fija, de modo que no puede haber cambio entre aquéllos que poseen cosas valiables (esto es, productos del trabajo) y aquéllos que poseen cosas no valiables (esto es, que no son productos del trabajo). Este es, a mi juicio, el caso aun allí donde se da al valor del trabajo un lugar en la categoría de los valores considerados, porque lo que reputados economistas, desde Smith, han llamado el «valor del trabajo», es en realidad el valor de los productos del trabajo pagado a los trabajadores en salarios que, habitualmente, se ha supuesto que proceden de una cantidad fija en un momento dado: capital. Y, por otra parte, ha sido impedido todo riguroso análisis de la naturaleza del valor por la universal disposición de los economistas, indiscutida realmente hasta que se publicó *Progreso y miseria*, a no desentrañar la naturaleza del valor de la tierra, y suponer prácticamente, lo cual en realidad es el supuesto general, que es del mismo origen que el valor atribuido a cosas como oro, trigo, quincalla, artículos de algodón, o análogos productos del trabajo.

Que se necesitan dos para hacer un cambio, tan exactamente como «es menester dos para pelearse», es claro. Pero que el valor en las manos de una persona no entraña necesariamente, como implícita

o expresamente se enseña en las obras de Economía, la existencia de valor en las manos de otros, puede verse por otro experimento imaginativo.

Imaginemos alguna remota y todavía no descubierta isla, donde los hombres viven aún como, según el relato bíblico, vivían nuestros primeros padres antes del pecado, tomando su alimento de los inexhaustos árboles, apagando su sed en amplias y adecuadas fuentes, durmiendo envueltos por el aire embalsamado y sin sospecha de vestido ni siquiera delantales de hoja de higuera. El poder de trabajar lo poseerían, naturalmente, como Adán y Eva lo poseían desde el principio; pero del esfuerzo en sí mismo y de las fatigas que implica, podemos imaginarlos tan ignorantes como Adán y Eva se supone que se hallaban en su primer estado. En esta isla, claramente, no habría valor. Sin embargo, si se llevaran allí artículos valuosos ¿perderían necesariamente su valor? ¿No podrían ser adquiridos éstos más que por donativo y no sería posible cambiarlos?

Imaginemos ahora que un barco conteniendo mercancías tales que tentaran el deseo de una gente primitiva, llegara a la vista de esa Isla y anclara. ¿Sería imposible el cambio entre la gente del barco y los isleños por carecer éstos de algo que tuviera valor? De ninguna manera. Aunque no bastara otra cosa, el ofrecimiento de brillantes vestidos y espejos tentaría seguramente a las Evas si no también a los Adanes, y aunque no lo hubieran ejercitado nunca antes, los isleños ejercitarían su facultad de trabajar para colmar el barco de frutos, nueces, o conchas o cualesquiera otros productos naturales de la isla que su esfuerzo pudiera procurarles, o para remar hasta la playa de manera que se pudiera calafatear, o llenando y transportando sus pipas de agua. Nada de valor había en la Isla antes de que llegara el

barco. Sin embargo, los cambios que realizados de este modo se verificarían dando valor a cambio de valor; por parte de los isleños el valor, que antes no existía, vendría a la existencia por la conversión de su poder de trabajo al través del esfuerzo en riqueza o servicios. Habría así lo que muchos de nuestros economistas dicen que es imposible, un general aumento de valores. Aun cuando supusiéramos que los isleños tornasen a su primer fácil modo de vivir cuando sus visitantes partiesen, todavía subsistirían en la isla, donde antes no había valor, algunas cosas con valor, y este valor permanecería adherido a dichas cosas hasta que fueran destruidas, o mientras tanto que el deseo que incitó a algunos de los isleños a dar trabajo en cambio de ellas permaneciera. Por otra parte, el valor que el barco condujera no sería ciertamente menor que el valor que contenía a la llegada, y muy probablemente sería mucho mayor.

Esto ilustra la manera de originarse el valor que se adhiere al mayor número de las cosas valubles. No quiero decir que este sea el camino por donde hizo su primera aparición el valor entre los hombres, sino que es el procedimiento que ahora origina el valor adscripto a lo que se llama propiamente artículos de riqueza. No quiero decir, como Adam Smith dijo, que «toda la riqueza del mundo fue originalmente adquirida por el trabajo»; quiero decir que es, por el trabajo, por lo que ahora se adquiere.

Nada, en verdad, puede ser más claro que esto. Aun en el más rico de los países civilizados, los últimos compradores de la mayor masa de cosas valubles no son aquéllos que tienen en depósito las cosas valubles que pueden dar en cambio. La mayoría de la gente de toda sociedad civilizada está compuesta por lo que llamamos clases trabajadoras, que viven casi literalmente de la mano a la boca, y que

tienen en poder suyo, de una vez, poca o prácticamente ninguna riqueza. Sin embargo, ellos son los compradores de la gran masa de artículos de valor. ¿De dónde viene el valor que ellos cambian por el valor que ya está en forma concreta? ¿No proviene de la conversión de su poder de trabajo, al través del esfuerzo, en valor? ¿No es el cambio que constantemente se está realizando, cambio de la potencialidad de trabajo o poder de trabajo bruto, por poder de trabajo que mediante esa transferencia se ha convertido ya en valor? En frase vulgar, cambian su trabajo por mercancías.

¿Cómo se concilia este hecho -el hecho de que la gran masa de cosas valubles pasa a las manos de aquéllos que no tienen valor que dar por ellas salvo en cuanto hacen valioso lo que antes carecía de valor, y son consumidas por ellos, comiéndoselas, bebiéndoselas, quemándolas o gastándolas,- con la teoría de que el valor es una relación de cambiabilidad entre cosas valubles y que no puede haber general aumento o decrecimiento de valores? ¿No es enteramente falsa la teoría? ¿No tiene que haber un constante aumento de valores que compense la constante destrucción de valor y que, a pesar de ésta, permita el crecimiento del conjunto de valores que vemos efectuarse en los países progresivos? ¿Y en los tiempos en que la capacidad para convertir el trabajo en valores está refrenado por lo que llamamos paro forzoso, y gran número de trabajadores están ociosos no hay claramente una disminución de la suma de valor, un general decrecimiento en los valores, comparada con los tiempos en que hay lo que llamamos «abundancia de trabajo» y la gran mayoría de ellos está trabajando, convirtiendo en valor su poder de trabajo por medio del esfuerzo?

La verdad es que las teorías corrientes sobre el valor han nacido de los esfuerzos de hombres inteligentes para dar una apariencia de lógica a enseñanzas levantadas sobre fundamentales incoherencias. Permitidme señalar lo que la hace plausible, la falacia que la inclusión del trabajo entre «las demás cosas valiables» implica, cuando el verdadero punto esencial del análisis está en los relativos valores de cosas como oro, trigo, quincalla o artículos de algodón, cosas que son productos del trabajo. Es un error que nuestra costumbre de hablar de compra, venta y cambio de trabajo, y nuestra costumbre de pensar acerca del valor del trabajo como pensamos del valor del oro, del trigo, de la quincalla o de los artículos de algodón, sustrae a nuestra atención, pero que en realidad es un error del género, denominado por los viejos lógicos «el error de los intermedios inclassificados».

Venimos a otro ejemplo del cuidado en el uso de los vocablos necesario en Economía Política. Por la palabra «trabajo» significamos unas veces el poder de trabajar, como cuando hablamos del esfuerzo del trabajo, o del trabajo ocioso o despilfarrado. Otras veces significamos el acto de trabajar, como cuando hablamos de las molestias o fatigas del trabajo, o de los resultados o productos de él. Otras veces significamos los resultados del trabajo, como ocurre en la mayoría o en todos los ejemplos en que hablamos de comprar, vender o cambiar trabajo, cuando la verdadera cosa comprada, vendida o cambiada, es el resultado del trabajo, esto es, riqueza o servicios. Y otras veces, finalmente, significamos las personas que hacen el trabajo, o las personas que tienen el poder o el deseo de trabajar.

Es claro que el trabajo, en la primera de las mencionadas acepciones de la palabra, la de poder o capacidad de trabajar, no es una cosa cambiable y no puede entrar en una categoría de valores.

Reside en el cuerpo del individuo y no puede ser tomada de este cuerpo y transferida o otro más de lo que podría serlo la vista o el oído, la prudencia, el valor o el saber. Yo puedo aprovecharme del saber de otros, de su valor o de su prudencia, de su oído o de su vista, induciéndolo a que los ejercite en mi beneficio, y también puedo aprovecharme de la capacidad del trabajo de otro, persuadiéndole a que la emplee en mi servicio o a que produzca cosas. Pero, para mí, el poder de trabajar, ni él puede darlo, ni yo recibirlo. Son los resultados de su ejercicio lo que puede ser transferido; pero el poder en sí mismo es intransferible, y, por consecuencia, incambiable.

Ahora bien, el no guardar en la mente estos diferentes sentidos de la palabra trabajo, el no distribuir el vocablo, como los lógicos dirían, tuerce la indagación acerca de si la causa del valor se encuentra en el trabajo. Porque desde el momento en que se piensa del trabajo en algunos sentidos como algo que tiene valor en cambio, el vocablo, sin distinguir entre sus varias acepciones, está en disposición de pasar en nuestro pensamiento a la categoría de las cosas cambiables por oro, trigo, quincalla o artículos de algodón u «otros productos del trabajo»; y así se engendra inconscientemente el problema.

Pero cuando comprobamos que en cualquiera otro sentido de la palabra podemos decir que el trabajo es una cosa valuable, debemos excluir cuidadosamente la acepción de poder de trabajo o capacidad para trabajar, y se esclarece una confusión que ha hecho de la busca de la verdadera naturaleza de lo que llamamos valor en cambio, un estéril círculo vicioso. Porque desde el momento en que no existe valor en el poder del trabajo, sino que este valor aparece cuando el poder toma forma tangible mediante el esfuerzo, la relación fundamental del valor tiene que ser una relación con el esfuerzo.

Pero una relación con el esfuerzo, ¿en qué sentido? ¿Una relación positiva con el esfuerzo o una relación negativa?

Supongamos que cambio oro por plata. En esto doy algo positivamente, y recibo algo positivamente. Entrego oro y adquiero plata. La otra parte entrega plata y adquiere oro. Pero, cuando cambio oro por esfuerzo o fatiga, ¿entrego oro y adquiero fatiga, y el otro pierde fatiga y adquiere oro? Claramente no. Ninguno necesita esfuerzo o fatiga; todos necesitamos quedarnos sin ella. No es esfuerzo, en un sentido positivo, el objeto del cambio, sino esfuerzo en un sentido negativo; no es esfuerzo dado o impuesto, sino esfuerzo ahorrado o esquivado; o, para usar la forma algebraica, la relación de la cualidad de valor no es más esfuerzo, sino menos esfuerzo. Valor, en una palabra, es equivalente a la economía de esfuerzo o fatiga, y el valor de una cosa es la suma de fatiga que la posesión de dicha cosa ahorrará a su poseedor, o le permitirá, para usar la frase de Smith, «arrojar sobre otra gente» por medio del cambio. Así, no es la cambiabilidad lo que da valor, sino el valor el que da cambiabilidad. Porque desde el momento en que sólo por el esfuerzo se puede satisfacer los deseos humanos (los apetitos o impulsos que pueden ser satisfechos sin esfuerzo no llegan al grado de deseo), todo lo que puede dispensar a su propietario de la fatiga o molestias del esfuerzo en la satisfacción del deseo, adquiere por ello cambiabilidad.

Formulemos la proposición de otra manera:

La teoría corriente es que cuando una cosa se hace cambiabile, y porque se hace cambiabile se convierte en valuable. Mi afirmación es que la verdad es precisamente lo contrario, y que cuando una cosa se hace valuable, y porque se hace valuable, viene a ser cambiabile.

No es la fatiga y molestias que una cosa *ha* costado lo que le da valor. Puede haber costado mucho y, sin embargo, no valer nada. Puede no haber costado nada y, sin embargo, valer mucho. Es la fatiga y molestias que otros desean *ahora* directa o indirectamente ahorrar al propietario de ella, en cambio de esta cosa, proporcionándole las ventajas de los resultados del esfuerzo, al mismo tiempo que le dispensan de la fatiga y molestias que son el acompañamiento necesario del esfuerzo. Que yo haya obtenido un diamante, por ejemplo, mediante años de penosa fatiga o simplemente recogéndolo del suelo -movimiento que apenas puede ser llamado esfuerzo, puesto que en sí mismo no es más que la satisfacción de una curiosidad que no implica molestias- nada tiene que ver con su valor. Éste depende de la suma de fatiga y molestia que otros se tomaron en beneficio mío a cambio de él; o de la suma de aquéllas de que ellos me dispensarán en la satisfacción de mis deseos, dándome en cambio cosas por las cuales otros padecerán fatiga y molestias.

Lo que puede tenerse sin la fatiga y molestias del esfuerzo carece de valor. Aquello, con respecto a lo cual el deseo de poseerlo no es bastante fuerte para inducir a la fatiga y molestias del esfuerzo, tampoco tiene valor. Pero toda cosa valiosa tiene este valor, sólo dónde, cuándo y en el grado en que su posesión satisfará por medio del cambio sin esfuerzo por parte del poseedor, un deseo que impela al esfuerzo.

En otras palabras, el valor de una cosa es la suma de trabajo y obra que su posesión ahorrará al poseedor.

El deseo en sí mismo, que es el estímulo del esfuerzo, no puede ser medido, como la más reciente escuela de pseudos economistas

intenta vanamente medirlo. Es una cualidad o afecto del espíritu o Yo individual que, siendo en su naturaleza subjetivo, no puede ser medido objetivamente hasta que pasa, mediante la acción, al campo de la existencia objetiva. Aun en el individuo no es una cualidad o afecto fijo, sino que se parece más a la iluminación producida por una movable linterna, que cuando cae sobre un objeto en el paisaje enfocado deja a otro en la sombra. Todo lo que podemos decir de ello es que tiene una cierta escala u orden de aparición, de modo que cuando los más primitivos deseos que llamamos necesidades o apetitos son satisfechos, otros deseos aparecen; o cuando aquéllos se vuelven a encender, otros desaparecen.

Pero el deseo impele a la acción como lo que llamamos energía o fuerza impele al movimiento. Y así como no podemos medir el deseo en sí mismo más de lo que podemos medir la fuerza en sí misma, podemos medir aquél de la misma manera que medimos la energía o fuerza: por la resistencia que vencerá. Ahora bien, de igual modo que la resistencia al movimiento es inercia, probablemente resoluble en gravitación y afinidades químicas, así la resistencia a la satisfacción del deseo es la fatiga y molestias del esfuerzo. Esto es lo expresado y medido por los valores.

Repitémoslo: desde el momento en que el deseo de satisfacciones materiales es universal entre los hombres, y que el único medio de obtener de la Naturaleza esas satisfacciones es el esfuerzo, que los hombres tratan siempre de esquivar, todo lo que satisfaga el deseo sin obligar al esfuerzo, es, por esta razón, deseado en sí mismo, no por sus usos, sino porque proporciona los medios de satisfacer otros deseos y así se convierte en cambiante donde quiera que la existencia de otros que no sean su dueño haga posible el cambio. Normalmente,

al menos, valor y cambiabilidad están así siempre asociados y son aparentemente idénticos. Pero en la relación causal el valor viene primero. Es decir, que no es cierto, como los economistas han enseñado erróneamente desde el tiempo de Adam Smith, que una cosa vale porque es cambiable. Por el contrario, es cambiable porque vale. El cambio es de hecho la mutua transferencia de valores. De todas las restantes cualidades de las cosas, el valor es la única cualidad que el cambio toma en cuenta.

Un ligero empleo de un experimento imaginativo esclarecerá que lo que llamamos valor en cambio, no depende, en realidad, de la cambiabilidad, sino que puede existir cuando el cambio es imposible.

Robinson Crusoe, durante su período de aislamiento, no podía hacer cambio porque no había nadie con quien pudiera cambiar, y sólo la esperanza de ser alguna vez descubierto y salvado, pudo impelerle a recoger sus conchas de nácar. Sin embargo, aunque esta esperanza se debilitó, no es cierto que su estimación de las diferentes cosas que poseía estuviera enteramente fundada sobre su utilidad para él, y que él no percibiera la relación que nosotros llamamos valor en cambio. Aun cuando la esperanza de ser salvado alguna vez hubiera desaparecido enteramente de su pensamiento, algo esencialmente igual al valor en cambio se introduciría en su pensamiento por la duda de si obtener o economizar una de dos o más cosas. De varias cosas igualmente útiles para él que pudiera encontrar en los restos de su barco o en la playa en condiciones que solo le permitieran procurarse una, o de varias cosas igualmente útiles para él que estuvieran amenazadas por un diluvio o una incursión de salvajes, es evidente que «almacenaría» aquella cuyo reemplazo representara para él un mayor esfuerzo. Así, en una isla tropical, su

estimación de una cantidad de harina que sólo podía reemplazar cultivando, cosechando y moliendo el grano, sería mucho mayor que la de una igual cantidad de plátanos que podría reemplazar sólo con recogerlos y transportarlos; pero en una isla más al Norte esta estimación de valor relativo sería invertida.

Y del mismo modo todas las cosas que para obtenerlas o conservarlas le impusieran fatiga asumirían en su espíritu una relación de valor distinta e independiente de su utilidad, una relación fundada sobre el mayor o menor esfuerzo que su posesión le permitiera ahorrarse en la satisfacción de sus deseos.

Esta relación es la que reside en el origen del valor en sentido económico o valor en cambio. En último análisis, el valor no es más que una expresión del esfuerzo ahorrado.

Para resumir:

Valor en cambio, o valor en el sentido económico, es el precio del esfuerzo. Es la cualidad adscrita a la propiedad de las cosas de dispensar del esfuerzo necesario para conseguir la satisfacción del deseo induciendo a otros a realizarlo. Las cosas valen en proporción a la suma de esfuerzo de que se dispondrá cambiándolas; y serán cambiadas unas por otras en esa proporción.

El valor de una cosa en un tiempo y lugar dados es la mayor suma de esfuerzo que alguien dará a cambio de ella. Pero como los hombres procuran siempre satisfacer sus deseos con el menor esfuerzo, éste es la menor cantidad de él por el cual puede obtenerse una cosa análoga por otro procedimiento.

Mas aunque valor significa siempre la misma cualidad, la de disponer de esfuerzo en la satisfacción del deseo, hay, sin embargo, varias fuentes de las cuales proviene esta cualidad. Pueden ser ampliamente divididas en dos: el que nace de la fatiga y molestias implicadas por la producción y el que se origina en la obligación de padecer fatiga y molestias en beneficio de otro. El no tomar en cuenta esta diferencia en las fuentes del valor es causa de gran perplejidad.

△▽

Capítulo XIII

El denominador del valor
Exponiendo lo que es valor y sus relaciones

Qué es valor.-La prueba del valor real.-El valor referido sólo al deseo humano.-Esta percepción es la raíz de la escuela austriaca.- Pero su medida tiene que ser objetiva.-De qué manera el coste de producción actúa como medida del valor.-Deseo de cosas análogas y de cosas esenciales.-Aplicación de este principio.-Su relación con el valor de la tierra.

Valor en el sentido económico o valor en cambio es, como hemos visto, precio de cambio. Es una cualidad adherida a la propiedad de las cosas de dispensar del esfuerzo necesario para conseguir la satisfacción del deseo induciendo a otros a que lo realicen a cambio de aquéllas. Las cosas valen en proporción a la suma de esfuerzo de que permitirán disponer, y se cambiarán entre sí en esta proporción.

El valor de una cosa, en cualquier tiempo y lugar, es pues, la mayor suma de esfuerzo que alguien dará en cambio de ella, y puesto que

los hombres procuran satisfacer sus deseos con el menor esfuerzo, éste es, o siempre tenderá a ser, la menor cantidad de él por la que tal cosa puede ser obtenida de otro modo.

Naturalmente, esto no es decir que su valor es cualquier cosa por la cual se cambie. En transacciones individuales y singularmente desusadas, el punto en que cualquier particular cambio se realiza puede variar considerablemente. pero que nuestra idea de valor supone un punto normal y que este punto realmente existe, puede verse en el lenguaje vulgar. Así hablamos frecuentemente del cambio de cierta cosa que ha sido comprada por menos o por más de su valor. Ahora bien, en esto, a que nos referimos como a un real o verdadero valor, distinto en la hipótesis del valor en el cambio particular, significamos algo más concreto que el valor acostumbrado o habitual, porque éste, como en nuestros tiempos vemos, está sujeto, con respecto a cosas particulares, a considerables y no infrecuentes cambios. Lo que verdaderamente significamos por este valor real y lo que es su verdadera prueba, lo indicamos cuando intentamos demostrar que una cosa ha sido cambiada por más o menos de su valor. Decimos que una cosa ha sido cambiada por menos de su valor, *porque* alguien daría más por ella. O que una cosa lo ha sido por más de su valor *porque* alguien hubiera dado la misma cosa con remuneración menor. Y así, de lo que nosotros juzgamos el punto del valor real, o actual equivalencia, hablamos como de valor en el mercado, de la vieja idea del mercado o lugar de reunión de aquéllos que desean hacer cambios y en donde la competencia o los regateos del mercado alcanzan la más alta demanda o la más alta oferta en las transacciones mercantiles. Y cuando deseamos precisar el valor exacto de una cosa, la ofrecemos en subasta o de cualquier otro modo la sujetamos a ofertas competidoras.

Así digo justificadamente que el valor de una cosa en un tiempo y lugar es la mayor suma de esfuerzo que alguien dará en cambio de ella, o, para estimarlo en otro aspecto, que es la menor suma de esfuerzo por la cual alguien la enajenará.

El valor es así una expresión que, cuando se la usa en su propio sentido económico de valor en cambio, no tiene relación directa con ninguna cualidad intrínseca de las cosas exteriores, sino sólo con los deseos del hombre. Su elemento esencial es subjetivo, no objetivo; es decir, reside en el pensamiento o espíritu del hombre y no en la naturaleza de las cosas externas al espíritu o pensamiento humanos. No hay testimonio material del valor. Si una cosa es valuable o no, o cual es su grado de valor, no podemos decirlo realmente por sus dimensiones, forma, color u olor, ni por ninguna otra cualidad material, excepto en la medida en que tales circunstancias nos permitan inferir en cuanto pueden otros hombres estimarla. Porque el punto de equivalencia o ecuación que nosotros expresamos o presumimos cuando hablamos del valor de una cosa es un punto en que el deseo de obtenerla, en un espíritu, contrabalancea en sus efectos sobre la acción el deseo de retener, en otro espíritu, de tal modo que la cosa misma pueda pasar en cambio desde la posesión de un hombre al poder de otro por mutuo consentimiento.

Ahora bien, el hecho de que la percepción del valor nace de un sentimiento del hombre y no tiene en su raíz relación ninguna con el mundo externo -hecho que ha sido muy ignorado en los tratados y exposiciones de economistas prestigiosos,- es lo que yace en el fondo de las grotescas confusiones que, bajo el nombre de escuela austriaca de Economía Política, se han apoderado tan fácilmente en los últimos

años de la enseñanza en la mayoría de las Universidades y Colegios del mundo de lengua inglesa.

Sintiendo vagamente que hay algún error en la teoría aceptada del valor, han tomado la verdad de que el valor no es una cualidad de las cosas sino una afección del espíritu humano por las cosas, e intentado, a riesgo de fatales consecuencias para los antiguos hitos del idioma inglés, definir, clasificar y medir el valor por medio de lo que es y siempre será lo subjetivo, es decir, perteneciente al Yo individual.

El defecto de todo ello es que principian por un final equivocado. Lo subjetivo es en sí mismo incomunicable. Un sentimiento, mientras subsiste meramente como sentimiento, sólo puede ser conocido y medido por quien lo siente. Tiene que venir de alguna manera a lo objetivo al través de la acción, para que otro pueda apreciarlo o medirlo de algún modo. Aun cuando nosotros mismos podamos medir la fuerza de un deseo, mientras es meramente sentimiento, no podemos hacer que nadie lo entienda adecuadamente hasta mostrarlo en sí mismo por la acción.

El valor tiene, naturalmente, su origen en el sentimiento del deseo. Pero la única medida del deseo que puede darse es pariente del bárbaro y rápido modo de medir penas, que en un funeral proponía un hombre, diciendo: «Compadezco a la viuda hasta cinco dólares; ¿cuánto es el resto de compasión que a usted le queda? «Ahora bien, lo que el valor determina no es cuánto se desea una cosa, sino cuánto quiere dar más alguien por ella; no el deseo en sí mismo, sino lo que los antiguos economistas han llamado demanda efectiva: es decir, el deseo de poseer, acompañado por la capacidad y voluntad de dar en pago.

Así es que no hay otra medida del valor entre los hombres que la competencia o el regateo del mercado, punto que merece ser tomado en consideración por aquellos bondadosos reformadores que tan ligeramente proponen abolir la competencia.

No es nunca la suma de trabajo empleado para producir una cosa lo que determina su valor, sino que lo es siempre la suma de trabajo que se dará en cambio de ella. Sin embargo, hablamos propiamente del valor de ciertas cosas como determinado por el coste de producción. Pero el coste de producción a que nos referimos, no es el gasto de trabajo empleado en producir la cosa idéntica, sino el gasto de trabajo que ahora sería necesario para producir una cosa análoga: no lo que ha costado la cosa misma, sino lo que costaría ahora una cosa igual.

El deseo de obtener que induce a los hombres a sufrir la fatiga es, salvo raros casos, no el deseo de una cosa idéntica, sino el de una cosa análoga. Así, un deseo de trigo no es un deseo de ciertos particulares granos de trigo sino un deseo de trigo en general o de trigo de cierta clase. Así, un deseo de vestidos, de cuchillos, de vasos, etc., es, salvo en muy raros casos, no un deseo de determinadas cosas particulares idénticas, sino un deseo de cosas análogas. Ahora bien, el valor de una cosa en un tiempo y lugar dados es la mayor suma de trabajo que alguien dará (o hará que otros den) en cambio de ella. Pero como los hombres siempre buscan la satisfacción de sus deseos con el menor esfuerzo, la mayor suma de trabajo que alguien dará por una cosa análoga en cualquier tiempo y lugar, tiende siempre a ser la menor suma de trabajo por la cual tal cosa puede ser obtenida de otro modo.

Así, el punto de ecuación entre deseo y satisfacción, o como usualmente decimos, entre demanda y oferta, tiende en el caso de artículos que pueden ser producidos por el trabajo al coste de producción, es decir, no lo que ha costado la producción de la cosa sino el coste actual de la producción de cosas semejantes. Permaneciendo el deseo, cualquier aumento en la suma del trabajo que ha de ser empleado para obtener cosas análogas, fabricándolas, tiende a aumentar el valor de las cosas existentes, y cuanto tiende a disminuir el coste por el que se obtienen cosas semejantes haciéndolas, tenderá a deprimir el valor de las cosas existentes.

Pero hay algunos casos en que el deseo de un producto del trabajo no es deseo de cosas análogas, sino de una cosa particular y determinada. Así, cuando aquel gran genio y gran pícaro Sir Walter Scott se llevó un vaso para vino en el que Jorge IV había bebido, fue para satisfacer un deseo, no de un vaso semejante, sino de aquel particular vaso que había sido honrado con los labios de la realeza. Cuando tal deseo es sentido sólo por una persona o una unidad económica, como cuando yo o mi familia apreciamos una silla, una mesa o un libro que perteneció en un tiempo a alguien a quien amamos, nuestra valuación es análoga al valor en uso y no afecta a su valor económico o valor en cambio, salvo acaso porque nos haga repugnar el separarnos de él por su verdadero valor en cambio. Pero cuando más de una persona o unidad tienen ese deseo, que es el caso cuando la posesión de un objeto determinado constituye lujo, adquiere un valor en cambio que no está limitado por el coste de producción de una cosa similar. Así, un cuadro original de un maestro muerto o un ejemplar auténtico de la antigua edición de un libro, que ahora no puede ser reproducido idénticamente por ninguna suma de

esfuerzo, puede tener un valor no limitado por el coste de producción, y elevarse al punto a que el sentimiento o el lujo lleven al deseo.

Los casos que he expuesto para ilustrar el principio, tienen sólo pequeña aplicación práctica, aunque están llamando continuamente la atención y toda teoría del valor debe comprenderlos. Pero el principio mismo tiene las más amplias y las más importantes aplicaciones que rápidamente crecen en importancia con el desarrollo de la civilización. El valor adherido a la tierra con el desenvolvimiento de la civilización es un ejemplo del mismo principio que rige en el caso de un cuadro de Rafael o Rubens, o de un mármol de Elgin. La tierra, que en sentido económico abarca todos los elementos naturales para la vida, no tiene coste de producción. Estaba aquí antes de que el hombre viniera, y aquí continuará en cuanto nosotros podemos prever después de que aquél se haya ido. No es producida. Fue creada.

Y fue creada y todavía existe en tal abundancia, que aun ahora excede mucho de la disposición y poder del género humano para usarla. La tierra, en cuanto tierra, o tierra en general -elemento natural necesario para la vida humana y la producción,- no tiene más valor que el aire como aire. Pero la tierra en especial, esto es, la tierra de una particular clase o en una particular localidad, puede tener un valor tal como el que atribuimos a un particular vaso de vino o a un particular cuadro o estatua; un valor que, no refrenado por la posibilidad de producción, no tiene otro límite que la fuerza del deseo de poseerla.

Esta adscripción de valor a la tierra en especial es decir, tierra en localidades particulares con respecto a la población no es solamente uno de los más salientes rasgos del progreso de la moderna

civilización, sino que es, como demostraré después, una consecuencia de la civilización, comprendida enteramente dentro del orden natural y que proporciona, acaso, la prueba más concluyente de que el designio de este orden es la igualdad de los hombres. Si es llevado por justas leyes civiles hacia su natural desenvolvimiento, la fuerza del deseo de usar tierra particular no puede nunca convertirse en deseo de usar tierra en general, y jamás puede llegar hasta el punto de deprimir los salarios compeliendo a los trabajadores a dar por el uso de la tierra una parte de lo que es la natural y justa ganancia de su trabajo. Pero donde la tierra está monopolizada y la salida de la población hacia tierras no monopolizadas es obstruida por restricciones legales o condiciones sociales, el deseo de usar tierra particular puede fundarse sobre el deseo de usar tierra en general o tierra como elemento natural, y su fuerza, medida del único modo que podemos medir la fuerza de un deseo, por la voluntariedad a padecer fatiga y molestias por su disfrute, puede llegar a ser, cuando se eleve a su plena expresión, nada menos que la fuerza del deseo por la vida misma, porque la tierra es el indispensable factor previo para la vida, y «todo cuanto el hombre tenga lo dará por su vida».

Pero en todo caso, el valor de la tierra, consistente en la suma de esfuerzo que aquéllos que tienen el poder de dar o rehusar el consentimiento para su uso pueden exigir de aquéllos que deseen usarla, es en su naturaleza una obligación de prestar servicios más bien que un cambio de servicios.

△▽

Capítulo XIV

Las dos fuentes del valor

Exponiendo que hay un valor de producción y también un valor de obligación

Valor que no implica aumento de riqueza.-Valor de obligación.-De la esclavitud.-La definición económica de riqueza es imposible sin admitir esta diferencia en el valor.-Confusión de Smith y resultado.-Necesidad de la distinción.-Valor de producción y valor de obligación.-Uno y otro dan la cualidad esencial de disponer de esfuerzo.-La obligación en una deuda.-Otras obligaciones.-El valor de la tierra es el más importante de todas las formas de valor de obligación.-La propiedad de la tierra equivale a la propiedad de los hombres.-Significado común de valor en cambio.-Verdadera relación con el esfuerzo.-El último cambio es por trabajo.-Adam Smith tenía razón. -Claridad que arroja esta teoría del valor.

Llegamos ahora a un punto de mucha importancia. Porque en este capítulo deseo puntualizar el error de que han nacido las confusiones que a tanta perplejidad han llevado a quienes estudian la Economía Política acerca de los términos valor y riqueza.

En la totalidad de las obras de Economía, se supone usualmente, si no invariablemente, que la conversión del poder de trabajo por medio del esfuerzo en servicios o riqueza es el único procedimiento por el que se origina el valor.

Sin embargo, lo que ya hemos visto es bastante para mostrarnos que no es así.

No es el esfuerzo que una cosa ha costado en el tiempo que pasó lo que le da valor, sino el esfuerzo de que su posesión nos dispensará en el tiempo futuro, porque, aun siendo inmediato, estrictamente es futuro. Así, el valor puede ser creado por el mero asentimiento a rendir el esfuerzo, o por la imposición de tales obstáculos a la satisfacción del deseo que se haya de necesitar un mayor esfuerzo para alcanzar dicha satisfacción. De igual modo, el valor de algunas cosas puede ser aumentado o algunas veces producido acaso sin la producción de riqueza efectiva y hasta con la destrucción de verdadera riqueza.

Por ejemplo: yo puedo convenir con otro un cambio, pero sin consumir en presente más que una parte del cambio pleno y sustituyendo la otra parte por un convenio u obligación de completarlo en lo futuro. Es decir, yo puedo dar o recibir cosas que tengan valor actual en cambio de una obligación de entregar trabajo o los resultados o representaciones del trabajo en un tiempo futuro, definido o indefinido. O ambos podemos cambiar obligaciones análogas. Las obligaciones así creadas pueden, y frecuentemente ocurre, suponer, desde luego, valor y hacerse cambiables por esfuerzo o resultados de esfuerzo. O un Gobierno o Compañía de depósito puede emitir obligaciones de la misma clase en forma de bonos o resguardos que pueden desde luego asumir un valor dependiente, como en el caso de un individuo, de la fuerza de la creencia de que las obligaciones serán seguramente redimidas, independientemente de cualquier cálculo de pago u obligación.

En todo esto no hay aumento de riqueza, pero hay creación de valor -un valor que nace de obligación y depende enteramente de la esperanza, pero que, sin embargo, es un valor,- una cantidad

cambiable cuya posesión nos permite disponer por medio del cambio de otras cosas valederas.

U otro caso: supongamos que los descubridores de la isla del Edén que hemos imaginado, fuesen del mismo género que los descubridores españoles de América, y en vez de inducir a los isleños a trabajar para ellos, excitando sus deseos de nuevas satisfacciones, los hubieran obligado a trabajar azotándolos o matándolos si rehusaban. Los descubridores hubieran podido llevarse así, como los conquistadores españoles se llevaron, lo que fácilmente, cambiándolo por esfuerzo en otras partes del mundo, tendría allí gran valor: no sólo metales y piedras preciosas, maderas y especias, sino los indígenas mismos. Porque llevándoselos a cualquier país donde la facultad de obligarlos a trabajar fuera transferible por la ley civil estos seres humanos tendrían valor, exactamente como la facultad de exigirles servicios en sus islas nativas lo tendría.

Ahora bien, en la Economía individual, que sólo toma en cuenta las relaciones del individuo con otros individuos, no hay diferencia entre esas dos clases de valor. Que un individuo tenga el poder de exigir esfuerzo de otro, porque él ha aumentado la suma general de cosas, o simplemente porque tiene el poder de exigir a otros esfuerzo, no entraña diferencia para él o para ellos. En ambos casos él obtiene y los otros dan.

Pero en Economía Política, que es la Economía de la sociedad o del conjunto, sí hay gran diferencia. El valor de una clase -el valor que constituye una adición al depósito común- implica una adición a la riqueza de la comunidad o conjunto, y así es riqueza en el sentido económico político. El valor de la otra clase -el valor que consiste

simplemente en el poder de un individuo para demandar esfuerzo a otro individuo,- no añade nada al depósito común. Todo su efecto es una nueva distribución de lo que ya existe en el depósito común y, en el sentido económico político, no es riqueza en manera alguna.

En el desenvolvimiento de la Economía Política desde Adam Smith, estas dos y totalmente distintas clases de valor se han confundido en una sola palabra. Smith lo esquivó reconociendo como valor lo que aumenta la riqueza, pero después, con visible descuido, incluyó como valor lo que añade riqueza al individuo pero no añade nada a la riqueza de la sociedad. Esto se enlazó con la idea común de que la riqueza de la sociedad es la suma de la riqueza de los individuos, y permitió que fuese incluido como riqueza económico política todo lo que tenía valor para el individuo. Asocióse como riqueza con la disposición de las clases pudientes a dar sanción moral a cuanto constituyera su superioridad, y así ha sido perpetuado por economistas tras economistas.

Pero era imposible considerar como de una y la misma clase al valor que aumenta la riqueza de la sociedad y al valor que no la aumenta, y, a pesar de ello, dar una definición económico política de la riqueza. Este, por consiguiente, ha sido el punto en el cual la Economía Política fundada por Adam Smith ha estado constantemente batida por el oleaje. No podía haber Economía Política sin definir la riqueza, y no se puede definir la riqueza hasta que se ha reconocido una distinción entre las dos clases de valor.

Esta dificultad pudo haber sido esquivada al principio dando a las dos clases de valor nombres separados. Pero la palabra valor se ha usado durante tanto tiempo para ambos que lo mejor que puede hacer

la ciencia de la Economía Política ahora es distinguir entre una clase de valor y la otra.

Esto, por consiguiente, es necesario intentarlo. Lo mejor que yo puedo hacer es considerar el valor no como de una, sino como de dos clases.

Por una clara distinción, los varios modos como el valor puede originarse, comprenden: 1.º el valor que viene del ejercicio del trabajo, de modo que ahorre esfuerzo futuro para obtener la satisfacción del deseo, y 2.º el valor que viene de la adquisición de poder por parte de algunos hombres para exigir u obligar al esfuerzo a otros, o lo que es lo mismo, de la imposición de obstáculos a la satisfacción del deseo que hacen necesario más esfuerzo para producir la misma satisfacción.

El valor que nace del primer modo puede denominarse «valor de producción» y el del segundo «valor de obligación», porque la palabra obligación es la mejor que encuentro para expresar todo lo que puede imponer la entrega de esfuerzo sin retorno o pago de esfuerzo.

El valor, en sentido de valor en cambio, el único sentido en que puede usarse propiamente en Economía Política, puesto que éste ha sido fijado ahora por el uso, es de una y la misma cualidad, a la manera que el agua que fluye por el cauce del Nilo o el Mississipi es una y la misma corriente, Pero así como distinguimos las fuentes de estas aguas en Nilo blanco y Nilo azul o el Mississipi alto, el Missouri, el Ohio, etc., así tenemos que distinguir, en cuanto al origen, entre valor de producción y valor de obligación. El mero reconocimiento de que hay tal diferencia en los orígenes del valor hará, por sí mismo, mucho para aclarar la Economía Política, sacándola del obscuro

laberinto en que el trabajo de un siglo la ha arrojado al final de la centuria XIX.

Pero al mismo tiempo que se hace esta distinción, debe recordarse que el carácter esencial del valor es siempre el de equivalencia del esfuerzo en la satisfacción del deseo. El valor de una cosa, en una palabra, es la suma de fatiga y molestias que ahorra a su poseedor (como en el caso de Crusoe) o (como en los casos usuales) que otros desean tomarse a cambio de ella. No es necesariamente la fatiga y molestias que el comprador se avenga a padecer por sí propio, sino la fatiga o molestias que él tiene el poder de exigir o inducir a otros a padecer y de que puede, por consiguiente, dispensar al vendedor en el logro de su deseo. Tengan como quiera esta cualidad, ya por valor de producción, ya por valor de obligación, las cosas tienen valor cuando, mientras, y en la medida en que ellas compren la exención de la fatiga y molestias en la obtención del deseo.

Que «deuda es esclavitud», no es sólo una expresión metafórica. Es literalmente verdad en esto: que deuda envuelve, aunque sea en grado limitado, la misma obligación que la esclavitud de dar esfuerzo sin recompensa, como ocurre en la esclavitud. Cuando bajo la forma de cambio yo recibo servicios o mercancías de otro, pidiéndole que aplace el recibo, por su parte, de lo que, según los términos expresos o explícitos de nuestro cambio, había de entregarle en compensación, asumo una obligación, aunque probablemente de alcance determinado y con sanciones limitadas, para entregarle trabajo o los resultados del trabajo, sin ninguna recompensa de su parte en la medida en que se conviene. Tal deuda puede ser una mera deuda de conciencia que aquél no tenga medios de probar, o medios de hacerla efectiva aunque pudiera probarla; o puede ser una mera deuda de

honor, que es el nombre que damos a las deudas garantidas por lazos morales pero que las leyes civiles pueden rehusar ayudarnos a cobrar; o pueden ser atestiguadas por otras personas o documentos, o por la entrega de determinadas cosas en prenda; o por el asentimiento de otros a pagarlas, si yo no lo hago, como en el caso de cheques negociables. Pero aunque todo esto puede afectar a la facilidad con que yo pueda disponer de mi obligación para con otro, y del valor que yo pueda obtener en pago de ello, el principio esencial de estas diferentes formas de obligación es el mismo. Es el mismo en cuanto lo constituye la obligación de entregar esfuerzo, como la que daba su valor cambiante a los esclavos, y que de hecho es el tipo de todas las deudas de obligación.

La frase «valor de obligación» comprende también un inmenso conjunto de valores negociables por los bancos, bolsas, compañías de crédito, o adquiridos por particulares y que son comúnmente conocidos como obligaciones o hipotecas. Pero basta una pequeña reflexión para ver cuántas otras cosas tienen valor, que realmente es valor de obligación. Todas las deudas y reclamaciones de cualquier clase, sean lo que llaman los abogados «acciones» o meras deudas de honor o fidecomisos no reconocidos por ley, todos los privilegios especiales y franquicias, patentes, y los intereses benéficos conocidos como «buena voluntad», en la medida en que tienen valor, sólo tienen valor de obligación. El valor de los esclavos, donde existe la esclavitud -y hace sólo unos cuantos años el valor de los esclavos en los Estados Unidos se estimaba en números redondos en 3.000 millones de dólares,- es notoriamente un valor de obligación que nace, no de la producción, sino de la obligación impuesta al esclavo de trabajar para su amo. Otro tanto acontece con el valor de las pensiones públicas y los rendimientos de empleos y puestos provechosos cuando son

objeto de ajustes y ventas, lo que todavía ocurre en muchos casos en Inglaterra y lo que recelo que sucede en mayor extensión aun en los Estados Unidos, aunque subrepticamente, como habitualmente se hace en China, donde la venta de cargos públicos ha subsistido durante siglos.

En los periódicos ingleses se puede leer todavía, de vez en cuando, noticias de venta de patronazgos de cura de almas. El valor en cambio que tienen es, naturalmente, de obligación. Pocos años atrás había iguales noticias para la venta de cargos en el ejército y en la armada. Estas no eran más que supervivencias de un precedente y acaso más claro sistema de nombramientos. El valor que tenían era notoriamente un valor de obligación. Y lo mismo se efectúa bajo más modernas formas, como los derechos dados por las tarifas protectoras, por los honorarios que se devengan en el servicio civil, por las franquicias, por las patentes y formas «de buena voluntad». Todas estas cosas sólo tienen valor de obligación.

Entre los valiosos derechos de los grandes terratenientes de los tiempos feudales estaba el de arrendar los mercados, el de tener exclusivamente palomares, el de suceder en ciertos casos en la propiedad de los colonos, el de moler el grano, el de acuñar moneda, el de recaudar impuesto sobre balsas, etc. El valor de aquellos derechos es patentemente valor de obligación. Pero el que se hayan incorporado insensiblemente al solo derecho de exigir una renta por el uso de la tierra, es prueba de que el valor de este derecho -el derecho, según se llama, de propiedad privada de la tierra- es en realidad un valor de obligación.

Esta manera de dar un valor adicional a cosas ya existentes o de producir un valor en cosas que no pueden tener otra existencia tangible que un acto de pensamiento, una promesa verbal, un billete, una ley parlamentaria, una decisión de un tribunal, o un hábito o costumbres comunes, es claramente de origen y naturaleza distinta que los procedimientos por los cuales nace el valor del empleo del trabajo en producción de riqueza o servicios, e imperiosamente necesitamos para distinguirlos un nombre que los clasifique. Como la palabra obligación concuerda mejor con las costumbres existentes, y expresa mejor el carácter común del elemento distinto de la producción que da valor, hablo de valor de obligación a diferencia del valor de producción. Porque el carácter común de todo lo que aquí he dicho de ello es que su posesión faculta al poseedor para mandar u obligar a otros a entregarle esfuerzo sin devolución de esfuerzo por parte de él. Este poder para disponer del trabajo sin retorno de trabajo, constituye, para la otra parte, una obligación y esto es lo que da el valor.

Así, una promesa verbal, un cheque, un pagaré o cualquier otro instrumento deudor, una renta vitalicia, una póliza de seguros, cosas que frecuentemente tienen valor, derivan este valor del hecho de que expresan una obligación concreta, indeterminada o meramente contingente de entregar esfuerzo al poseedor o suscriptor sin reciprocidad. Así el valor puede aumentar algunas veces aun por la destrucción de cosas valiosas, como la Compañía holandesa de las Indias Occidentales mantenía el valor de las especias en Europa, destruyendo grandes cantidades de especias en las islas donde se producían; o cómo nuestros aranceles proteccionistas hacen ciertas cosas en los Estados Unidos más caras de lo que serían en otro caso imponiendo multas y castigos por su importación en el país; o cómo

las huelgas que recientemente hemos visto en Australia, en Inglaterra y en América, pueden aumentar el valor del carbón o de otros productos; o cómo una tormenta que ocasiona grandes pérdidas en extensas áreas de la cosecha de granos, puede aumentar el valor del grano; o cómo una guerra que disminuye la oferta del algodón en Inglaterra, puede aumentar el valor del algodón allí.

Todos estos aumentos de valor son de «valor de obligación», que no pueden afectar a la general suma de riqueza más de lo que le afectaría lo que Jack gane a Tom jugando a las cartas.

Pero la más importante de estas adiciones al valor que no aumenta la riqueza se encuentra indiscutiblemente en el valor de la tierra, la forma de valor de obligación que en el avance del género humano hacia la civilización tiende más rápidamente a aumentar, y que en el mundo moderno quizá ha revestido ya más importancia relativa que la que tuvo la esclavitud alguna vez en el antiguo mundo. En Inglaterra o en los Estados Unidos, o en cualquier otro país de civilización grandemente desarrollada, esta importancia es ya tan magna que el valor en venta de la tierra iguala al valor en venta de todas las mejoras y toda la propiedad mueble, en una palabra, de todo el «valor de producción»; y al mismo tiempo es lo único que el natural progreso de la sociedad, en síntesis, todos los progresos de cualquier clase tienden a aumentar constantemente. Sin embargo, este valor no es una parte de la riqueza, en sentido económico. No tiene, en cuanto concierne al individuo, ninguna de las sanciones morales de la propiedad. Justamente no pertenece a ningún individuo o individuos, sino a la sociedad misma. Considerada por el vulgo como la más alta forma y el verdadero tipo de la riqueza, la tierra en realidad, no es riqueza para el economista.

Y esta es la razón de que ni Adam Smith ni quienes le han sucedido, aunque muchos de ellos hayan diferido en lo secundario, hayan reconocido el verdadero carácter y la doble naturaleza del valor. Porque reconocer esto es venir a la conclusión de los fisiócratas, de que la tierra, en sentido económico, no es riqueza. Y esto implica una revolución, aunque para la sociedad una revolución beneficiosa, mayor que la que nunca ha visto mundo.

Sin embargo, es perfectamente claro. Vayamos con el pensamiento a nuestra imaginaria isla del Edén y supongamos que sus descubridores, en vez de convertir en mercancía a los habitantes mismos, han hecho, de una vez, lo que los misioneros americanos van haciendo gradualmente en las Islas Haway: declararse a sí mismos propietarios de la tierra de la isla y, con fuerza para sostener su declaración por los castigos, prohibir a todo isleño arrancar una hoja de un árbol o beber de una fuente, sin su permiso. La tierra, antes sin valor, se convertiría de repente en valuable, porque los isleños, no teniendo otra cosa que dar, se verían obligados a entregar esfuerzo o los productos del esfuerzo por el privilegio de continuar viviendo.

Y que esta cualidad adscrita a las cosas, la de comprar por el cambio la exención de fatiga y molestias en la consecución del deseo, es lo que comúnmente se significa por valor en cambio lo demostrará un ligero análisis. «El valor de una cosa es exactamente lo que podéis obtener por ella», es frase corriente entre los hombres que jamás se han calentado la cabeza con la Economía Política y que concisamente expresan el concepto del valor. Una cosa carece de valor cuando nada se puede obtener en cambio de ella, y tiene valor cuando, mientras y en el grado en que puede ser cambiada por otra cosa o cosas.

Pero no todas las cosas que tienen valor pueden ser cambiadas por otras cosas que tengan valor. Yo no puedo, por ejemplo, cambiar un millón de dólares de quesos por un edificio de un millón de dólares. ¿Cuál, pues, es la única cosa por la cual todas las cosas que tienen un valor han de cambiarse directa o indirectamente? Ignoramos esta pregunta, porque habitualmente pensamos del valor en términos del dinero, el cual nos sirve como un medio para el cambio de todos los valores, y porque estamos predispuestos a pensar del trabajo como de una cosa valuable, sin distinguir los diferentes sentidos en que usamos la palabra. Pero si precisamos la pregunta, veremos que todas las cosas que tienen valor, tienen que cambiarse finalmente por esfuerzo humano, y que en esto es en lo que consiste el valor. Hay algunas cosas valubles que no se pueden cambiar prontamente y a veces es prácticamente imposible cambiarlas por esfuerzo; por ejemplo, una ecuatorial telescópica, una locomotora, un barco de vapor, un pagaré o cheque de gran suma, un billete o letra de cambio de mucha cuantía. Pero derivan su valor del hecho de que pueden ser cambiadas por cosas que a su vez pueden ser cambiadas por esfuerzo.

El dinero mismo deriva su aptitud para servir como un medio o instrumento de cambio del hecho de que, de todas las cosas, es la más prontamente cambiabile por esfuerzo, y perdería enteramente su valor si cesara de ser cambiabile por esfuerzo. Esto lo hemos visto en los Estados Unidos en el caso de la circulación fiduciaria continental y en el caso de los billetes de Bancos de Estado quebrados, y en el caso de la circulación fiduciaria de la Confederación. Así el valor termina como principia, con el poder de disponer de esfuerzo, y es siempre medido por ese poder.

Otra vez, como antes, encontramos que Adam Smith tenía razón en el claro aunque fugitivo vislumbre que tuvo de la naturaleza del valor. Valor, en sentido económico, no es una mera relación de cambiabilidad entre cosas valiables que, salvo relativamente, como entre una cosa particular y otra cosa particular, no puede aumentar ni disminuir. La relación efectiva del valor es con el esfuerzo humano o mejor con la fatiga y molestias, que son los inseparables compañeros del esfuerzo, y el verdadero y absoluto valor de una cosa, el que lo hace comparable con el de cualquiera o todas las demás cosas, en todos los tiempos y lugares, es la dificultad o facilidad de adquirirla. Vale mucho lo que es difícil de obtener; vale poco lo que es fácil de lograr; al par que lo que puede tenerse sin esfuerzo y aquello por lo que nadie se decidirá a padecer esfuerzo, carece en absoluto de valor. La baratura o bajo valor es el resultado de la abundancia; la carestía o alto valor, el resultado de la escasez. La una significa que las satisfacciones del deseo pueden ser obtenidas con poco esfuerzo; la otra que sólo pueden serlo con mucho. Así puede haber general aumento o disminución de valor tan clara y verdaderamente como puede ser general la escasez o general la abundancia.

El reconocimiento de esta sencilla teoría del valor nos permitirá esclarecer con facilidad y certeza muchos puntos que han tenido perplejos a los economistas que la ignoraron, y que son, para los estudiantes de esa ciencia, obstáculos que los hacen dudar de si es posible una verdadera ciencia de la Economía Política. A su luz resultan claros todos los fenómenos del valor y del cambio, y se ve que no son más que aplicaciones de aquella fundamental ley del espíritu humano que impele a los hombres a buscar la satisfacción de sus deseos con el menor esfuerzo.

Todo lo que aumente los obstáculos naturales o artificiales para la satisfacción del deseo, por parte del último usador o consumidor de las cosas, compeliéndolo así a disipar más esfuerzo o padecer más fatiga y molestias para obtener aquellas cosas, aumenta su valor; todo lo que disminuya el esfuerzo que tiene que emplear o la fatiga y molestias que debe padecer, disminuye el valor. Así, las guerras, los aranceles, los piratas, la inseguridad pública, los monopolios, los impuestos y restricciones de todas clases que hacen más difícil la satisfacción del deseo de ciertas cosas, aumentan el valor de éstas, y los descubrimientos, inventos y progresos que disminuyen el esfuerzo requerido para obtener las cosas en satisfacción del deseo, disminuyen su valor.

Aquí podemos ver, de una vez, la clara solución de una cuestión que ha tenido perplejos y aún los tiene a muchos espíritus: la cuestión de si el aumento artificial de los valores, hecho por las restricciones gubernativas, beneficia o no a la colectividad. Cuando consideramos el valor como una simple relación de cambiabilidad entre cosas cambiables, puede discutirse. Pero cuando vemos que su relación es con la fatiga y molestias que ha de padecer el último usador para la satisfacción de su deseo, no hay materia de debate. La escasez puede a veces ser beneficiosa al interés relativo de unos pocos, pero la abundancia lo es siempre para el interés general.

△▽

Capítulo XV

Concepto de la riqueza en Economía Política

Exponiendo cómo el valor de producción es riqueza en Economía Política *Riqueza según*

se la determinó en Progreso y miseria.-Proceso seguido por la Economía Política universitaria.-Método inverso de esta obra.-La conclusión es la

misma.-Razón de la tendencia a considerar todo valor como riqueza.- Significado metafórico.-Contrasentido y equívoco.-Significado metafórico de riqueza.-Su significado esencial.-Su uso para expresar la cambiabilidad.-Uso análogo del dinero.-El ordinario significado directo es el significado propio de la riqueza.-Su uso en la Economía individual y en la Economía Política.- Lo que se significa por aumento de riqueza.-Riqueza y trabajo.-Sus factores: Naturaleza y hombre.-La riqueza es su resultante.-De Adam Smith.-Peligro de traer a la Economía Política una acepción adecuada en la Economía individual.-Ejemplo del «dinero».-«Riqueza actual» y «riqueza relativa».- «Valor de producción» y «valor de obligación».-La lengua inglesa no tiene una palabra para designar un artículo de riqueza.- «Mercancías».-De los «bienes».-Por qué no hay singular en inglés.-Tentativa para formarlo suprimiendo la «s» y jerga anglo germana.

Estamos ahora en disposición de fijar el significado de riqueza como término económico.

En *Progreso y miseria*, que deseé abreviar todo lo posible y donde mi principal propósito era fijar el significado de la palabra capital, establecí el significado de la palabra riqueza directamente como «productos naturales obtenidos, trasladados, combinados o modificados por el trabajo humano para adaptarlos a las satisfacciones humanas». Así la definieron también, según yo lo entiendo, los fisiócratas, quienes llegaron substancialmente a la misma conclusión. Pero los economistas políticos universitarios, en vez de descubrir por sí mismos o recoger mi indicación, continuaron por el camino que había, esquivado Adam Smith, al decir, por fin, lo que era riqueza. Continuaron discutiendo la palabra valor, confundida en sus varios sentidos igualmente, de tal modo, que no sólo no han llegado a una conclusión en cuanto al verdadero significado de riqueza, sino que han acabado por destruir en la actualidad la Economía Política misma.

Así la confusión en que después de más de cien años de cultivo han caído los tratadistas de Economía Política en cuanto al significado de su término principal -confusión que en realidad es aún mayor que en el lenguaje ordinario, el cual no presume de exactitud en el uso de la palabra- se debe ostensiblemente a las confusiones en cuanto al significado del término valor. El desenvolvimiento académico de la Economía Política desde Adam Smith no sólo ha confundido la distinción entre valor en uso y valor en cambio, sino que ha atendido a ocultar la distinción vital entre las dos fuentes del valor en cambio: el que se origina en el almacenamiento de trabajo y el que se origina en lo que he llamado obligación, a menudo poder, desviado de la ley moral, para obligar al dispendio de trabajo.

Esta es la situación en que ahora se encuentra la Economía Política ortodoxa. No solamente no ha descubierto lo que es realmente su término principal, riqueza en sentido económico, sino que ha confundido otros términos de tal modo que dan muy escasa luz para la indagación.

En esta obra, por consiguiente, he adoptado un procedimiento distinto del empleado en *Progreso y miseria*. Encontrando necesario discutir el significado del vocablo valor en la amplia forma en que lo he hecho antes, y viendo que en la Economía Política corriente, el único punto en que las opiniones concuerdan es que toda riqueza tiene valor, he adoptado el método inverso al de *Progreso y miseria*, y en vez de comenzar por la riqueza he principiado por el valor. Comenzando con Adam Smith e indagando lo que significaba por valor, he encontrado que en el valor había incluidas dos cosas absolutamente diferentes, a saber: la cualidad de valor de producción y la cualidad de valor de obligación, una de cuyas clases de valor se

resuelve en riqueza, y la otra no. Ahora bien, el valor de producción, que es la única clase de valor que da riqueza, consiste en la aplicación del trabajo a la producción de riqueza que se añade al stock de riqueza común. La riqueza, por tanto, en Economía Política, consiste en los productos naturales obtenidos, trasladados, combinados o modificados por el trabajo humano, de modo que se adapten a las satisfacciones humanas. El valor de obligación, por otra parte, aunque un muy importante elemento del valor, no se resuelve en aumento del stock común o en producción de riqueza. Nada tiene que ver con la producción de riqueza, sino únicamente con la distribución de la riqueza, y su lugar adecuado está al tratar de ésta.

Así, por el camino adoptado en este libro, el de proceder analíticamente desde el valor, llegamos precisamente a la misma conclusión lograda en *Progreso y miseria*, donde procedimos directamente y por deducción; llegamos al resultado de que la riqueza, en el sentido económico político, consiste en substancias naturales obtenidas, trasladadas, combinadas o modificadas por el trabajo humano, de modo que se adapten a las satisfacciones humanas. Tales substancias son riqueza y siempre tienen valor. Cuando cesan de tener valor dejan, naturalmente, de ser riqueza.

Así, siguiendo el procedimiento adoptado en este libro, alcanzamos, en cuanto a la riqueza precisamente, la misma conclusión lograda por el método que adopté en mi obra precedente. Las ventajas de adoptar este método aquí, son que una conclusión lograda por los métodos familiares a los estudiantes de la Economía Política académica, difícilmente puede ser ignorada por éstos. Y que siguiendo este camino respecto del valor, se ha visto para el presente y el futuro mucho de lo que era necesario para un tratado completo

sobre la ciencia de la Economía Política, y que en otra clase de libro puede ser dispensado.

Deseo, por tanto, llamar particularmente la atención del lector hacia lo que hemos hecho aquí, sin que yo espere que nada de lo que podamos hacer, no acompañándolo o sucediéndolo un gran cambio en las condiciones generales, pueda modificar mucho la disposición manifestada por la tendencia de la Economía Política a que me he referido.

Como todo tiene su razón, lo mismo en el mundo mental que en el físico, hay una razón para esta tendencia a incluir en el término riqueza todo lo que tiene valor sin mirar al origen de ese valor. Nace inicialmente del deseo en quienes dominan los autorizados órganos de educación y opinión (que donde quiera que existe desigualdad en la distribución de la riqueza son ineludiblemente las clases ricas), de dar al derecho de propiedad exclusivamente legal, la misma sanción moral que ampara justamente al derecho de propiedad natural, o, por lo menos, de ignorar cuanto hubiera de poner de manifiesto que el reconocimiento de un derecho legal puede envolver la denegación de un derecho moral. Así como los defensores de la esclavitud corporal, y aquéllos que no querían agraviar a los esclavistas que hasta hace poco dominaban en los Estados Unidos, se vieron obligados a detener su análisis de la propiedad en la compra, afirmando que la compra de un esclavo implicaba el mismo derecho de propiedad que la compra de una mula o de una bala de algodón, así aquéllos que quieren defender la esclavitud industrial de hoy, o por lo menos, no agraviar al poder de la riqueza, se ven obligados a detener su análisis de la naturaleza de la riqueza en el valor, afirmando que cuanto tiene valor es, por consecuencia, riqueza, cayendo ellos y llevando a sus

discípulos a un abismo de confusiones acerca de la naturaleza de las cosas cuyas leyes se consagran a examinar.

Mas quien desee verdaderamente entender la Economía Política, ya no tiene dificultad para llegar a una clara y precisa determinación de la naturaleza de la riqueza, sea cual fuere el camino que elija para comenzar.

La potencia imaginativa, más aun que el poder de reconocer las semejanzas y diferencias, en que la percepción misma consiste, aplica siempre metafóricamente el significado primario o fundamental de una palabra de uso común, y por esto, más aun que por la adopción de nuevas raíces etimológicas, crece un idioma en abundancia, flexibilidad y belleza. Así, palabras como luz y obscuridad, brillo solar y lluvia, comer y beber, tienen múltiples aplicaciones por metáforas y similitudes en el lenguaje común. Hablamos de la luz de la esperanza, o de la luz que relumbra sobre un trono, o de la luz de los acontecimientos; de una intención obscura, o de un dicho obscuro, o de un entendimiento obscurecido; del resplandor del amor o de la prosperidad; o de una resplandeciente fisonomía; de una lluvia de proyectiles, o de una lluvia de infortunios, o de una lluvia de preguntas o epítetos; o de un barco comiéndose el viento, del orín comiéndose el hierro, o de un hombre comiéndose sus propias palabras; de una espada sedienta de sangre, o de un amor bebiendo en las miradas, palabras o acciones del amado. Pero tal uso de palabras en el lenguaje habitual no produce confusión en cuanto a su significado original y fundamental, de cuya esencia procede todo uso figurado de ellas. El humorismo del retruécano irlandés viene de nuestra inmediata percepción de la diferencia entre el significado recto y el significado figurado; y lo ofensivo del deliberado equívoco proviene de la

impertinente presunción implícita de que no percibimos rápidamente esa diferencia.

Ahora bien, en el lenguaje común, la palabra riqueza toma significado figurado lo mismo que las demás palabras de uso vulgar. Hablamos de una noche rica de estrellas, de un poeta rico de imágenes, de un orador rico de expresiones, de una mujer rica de pelo, de un estudiante rico de conocimientos o de la riqueza de recursos de un general, un estadista o un inventor; de un puerco espín rico de púas o de un oso rico de piel. Pero tales usos de la palabra riqueza no suscitan dificultad. Son meras expresiones metafóricas de abundancia. Pronto se llega, del mismo modo, a lo que se llama riqueza natural. Hablamos de mineral rico y mineral pobre, de tierra rica y pobre, de un país naturalmente rico y de un país naturalmente pobre; de una riqueza de bosques, o minas o pesquerías; de una riqueza de lagos o ríos, o de una riqueza de bellos paisajes. Pero cuando en tales usos de la palabra riqueza expresamos algo más que la abundancia, se expresa la idea de oportunidades naturales o de utilidad o de valor en uso, con lo cual la riqueza, en su sentido fundamental, nada tiene que ver. Con este significado fundamental o recto de la palabra riqueza, del cual nacen todos los usos figurados, está inextricablemente mezclada la idea de la producción humana. Cuanto existe sin obra del hombre, estaba aquí antes, y en lo que alcanzamos a ver estará aquí después de que aquél se haya ido; y cuanto contiene el hombre mismo, por bien que el uso figurado de la palabra riqueza pueda servir para expresar su abundancia o utilidad, no puede ser riqueza en el significado fundamental o recto de la palabra.

De igual modo, pronto el más común uso de la palabra riqueza es para expresar el poder de cambiabilidad o de disponer de esfuerzo. Según comúnmente se usa la palabra riqueza, cuando se aplica a lo poseído por un individuo incluye todo poder de compra, y realmente es en la mayoría de los casos sinónima de valor en cambio. Pero este uso de la palabra es realmente representativo, como el uso análogo que hacemos de la palabra dinero. Decimos que un hombre tiene tanto dinero, o tantos dólares o libras sin significar, ni nadie lo entiende así, que aquél tiene en posesión suya actualmente tanto dinero. Indicamos únicamente que aquél tiene lo que podría cambiar por tanto dinero. Tal uso representativo de la palabra dinero o de las unidades monetarias, no nos produce al cabo confusión, en los asuntos cotidianos, en cuanto al verdadero significado de la palabra. Si pedimos la explicación de lo que es dinero, nadie dirá que carneros y barcos, tierras y casas son dinero, aunque tenga la continua costumbre de hablar de la posesión de éstos como de la posesión de dinero.

Lo mismo ocurre con el uso común de la palabra riqueza. Se habla comúnmente como de riqueza de muchas cosas de las que todos sabemos que en manera alguna lo son en el verdadero y fundamental significado de la palabra.

Si cogéis un hombre de inteligencia corriente cuyas facultades de análisis no hayan sido enturbiadas por lo que en los centros docentes se llama enseñanza de la Economía Política, y le preguntáis qué entiende inicialmente por riqueza, encontraréis al fin, aunque sea necesario repetirle la pregunta para eliminar metáforas e imágenes, que la médula de su idea de riqueza es la de substancias o productos naturales cambiados de lugar, forma o combinación por el esfuerzo del

trabajo humano, de manera que se adapten o que se adapten mejor a la satisfacción de los deseos humanos.

Este es realmente el verdadero significado de riqueza, el significado de lo que yo he llamado «valor de producción». Es el significado al cual la palabra riqueza tiene que ser cuidadosamente limitada en Economía Política, porque la Economía Política es la economía de las sociedades o naciones. En la economía de los individuos, a la cual se refiere usualmente nuestro lenguaje ordinario, la palabra riqueza se aplica comúnmente a algo que tiene valor entre los individuos. Pero cuando la usamos como un término de Economía Política, la palabra riqueza tiene que limitarse a un significado mucho más concreto. Se habla comúnmente como de riqueza en las manos del individuo, de muchas cosas que al hacer la cuenta de la riqueza colectiva general no pueden estar incluidas. Se habla comúnmente como de riqueza, de cosas que tienen valor en cambio desde el momento que entre individuos o entre grupos de individuos representan el poder de obtener riqueza, pero no son verdaderamente riqueza, toda vez que su aumento o disminución no afecta a la suma total de la riqueza. Tales son las obligaciones, hipotecas, pagarés, billetes de Banco u otras estipulaciones para la transferencia de riqueza. Tales son las patentes que representan privilegios especiales, concedidos a unos y negados a otros. Tales eran los esclavos, cuyo valor representaba simplemente el poder de una clase para apropiarse las ganancias de otra clase. Tales son las tierras y demás oportunidades naturales, cuyo valor resulta del reconocimiento en favor de ciertas personas de un exclusivo derecho legal a su uso y al provecho de su uso, y que representan únicamente el poder dado así al mero propietario para pedir una parte de la riqueza producida por el uso. El aumento en el valor de las obligaciones, hipotecas, letras o

billetes de Banco, no puede aumentar la riqueza de una sociedad que comprende lo mismo a los que prometen pagar que a los que tienen títulos para recibir. El aumento en el valor de las patentes no puede aumentar la riqueza de una sociedad que abarca tanto a quienes se les niega privilegios especiales como a aquéllos a quienes les son concedidos. El cautiverio de una parte de sus habitantes no puede aumentar la riqueza de un pueblo, porque mientras más ganen los esclavizadores, más perderán los esclavizados. El aumento en el valor de la tierra no representa aumento en la común riqueza, porque cuanto los propietarios ganan por los más altos precios, lo pierden los arrendatarios o los últimos usufructuarios del suelo que tienen que pagarlo. Y todo este valor que en el pensamiento y lenguaje vulgares, en la legislación y en el derecho es indistinguible de la riqueza, podría, sin destrucción o consumo de nada más que unas gotas de tinta y un pedazo de papel, ser enteramente aniquilado. Por decreto del poder político soberano las deudas pueden ser canceladas, los privilegios abolidos o adquiridos por el Estado, los esclavos emancipados, la tierra restituida a la general propiedad usufructuaria del conjunto del pueblo, sin que la suma total de la riqueza sea disminuida de valor una pizca, porque cuanto unos perdieran, otros lo ganarían. No habría más destrucción de riqueza que lo que hubo de creación de ella cuando Isabel Tudor enriqueció a sus cortesanos favoritos por las concesiones de monopolios, o cuando Boris Godonoff hizo de los campesinos rusos una propiedad vendible.

Todos los artículos de riqueza tienen valor. Si pierden el valor cesan de ser riqueza. Pero no todas las cosas que tienen valor son riqueza, como erróneamente se enseña en las obras de economía corriente⁽¹⁹⁾. Sólo pueden ser riqueza aquellas cosas cuya producción aumenta el conjunto de la riqueza y cuya destrucción la disminuye. Si

consideramos cuáles son esas cosas y cuál es su naturaleza, no encontraremos dificultades para definir la riqueza.

Cuando hablamos de una sociedad que aumenta en riqueza, como cuando decimos que Inglaterra ha aumentado en riqueza desde el advenimiento de Victoria, o que California es ahora un país más rico que cuando era territorio mejicano, no significamos que haya allí más tierra o que los poderes naturales de la tierra sean mayores, porque la tierra es la misma y sus poderes naturales son los mismos. Ni tampoco significamos que haya más gente en el mismo territorio, porque cuando deseamos expresar esa idea hablamos de aumento de población. Ni tampoco significamos que las deudas o créditos poseídos por algunos de sus habitantes con relación a otros hayan aumentado. Sino que significamos que ha habido un aumento en ciertas cosas tangibles que tienen un valor proveniente de la producción, como edificios, ganado, instrumentos, máquinas, productos agrícolas, artículos manufacturados, barcos, vagones, muebles y otros análogos.

El aumento de tales cosas es aumento de riqueza; su decrecimiento, es disminución de riqueza; y la sociedad que, en proporción a sus miembros, tiene más de tales cosas es la sociedad más rica. El carácter común de estas cosas es el de substancias naturales o productos adaptados por el trabajo humano a la satisfacción de los deseos humanos.

Así, riqueza, en el sentido único en que este término puede ser usado en Economía Política, consiste en los productos naturales que han sido obtenidos, trasladados o combinados de modo que se adapten a la satisfacción de los deseos humanos. Es, en otras

palabras, trabajo impreso en la materia de tal modo que almacene en ésta, como el calor del sol está almacenado en el carbón, su facultad de proveer a los deseos humanos. Nada que la Naturaleza proporcione al hombre sin dispendio de trabajo es riqueza; ni tampoco el dispendio de trabajo se convierte en riqueza, a menos que dé un producto tangible que retenga el poder de proveer a los deseos; ni tampoco el hombre mismo, ni ninguna de sus capacidades, facultades o habilidades, ni ninguna obligación de rendir el trabajo o transmitir el producto del trabajo de uno a otro, forma parte de la riqueza. Naturaleza y hombre, o, en terminología económica, tierra y trabajo, son los dos factores necesarios en la producción de la riqueza. La riqueza es la resultante de su acción conjunta.

Y aunque Adam Smith no definiera en ninguna parte formalmente la riqueza, ocupado principalmente en demostrar que ésta no consiste exclusivamente en dinero o metales preciosos, y aunque incidentalmente cayera en confusión con respecto a esto, sin embargo, como puede verse en los párrafos antes citados de la *Riqueza de las Naciones*⁽²⁰⁾, esta era su idea de riqueza cuando la consideraba directamente: la idea de producto del trabajo, reteniendo todavía el poder, impreso sobre ella por el trabajo, de proveer a los deseos humanos.

Ahora bien, en nuestro común uso de la palabra riqueza, no distinguimos entre las varias clases de cosas que tienen valor, en cuanto al origen de este valor, sino que las juntamos bajo una sola palabra: riqueza, hablando de la suma de valor que un individuo puede tener a su disposición como de su riqueza y a veces como de su dinero. Este uso metafórico de la palabra es tan habitual en el

lenguaje común, que sería inútil oponerse a que siguiera en el uso vulgar.

Realmente, mientras tal uso de la palabra riqueza esté limitado al dominio de la Economía individual, a las relaciones de hombre a hombre, no resulta ningún daño. Pero, como dije en la introducción, de todas las ciencias, la Economía Política es la más ligada con el pensar de las muchedumbres. Todos los hombres que viven en sociedad tienen una especie de Economía Política, aun aquéllos que no la reconocen por tal nombre, y, por mucho que la ignoren, no hay nada en que tengan menos la sensación de su ignorancia. De esto viene el peligro de que el erróneo uso de una palabra en el dominio vulgar, donde no produce daño, pueda ser insensiblemente transferida a cuestiones económicas, donde el daño sería grande,

Un ejemplo: Nuestra común costumbre de estimar lo poseído en términos de dinero no produce daño alguno mientras se confina en la esfera de los asuntos individuales, que es donde ha surgido este uso. Cuando, unido estrechamente a la idea de individuo, hablamos de un hombre que posee o hace u obtiene tanto dinero, se entiende perfectamente bien, tanto por nosotros como por los demás, que no significamos realmente dinero, sino valor en dinero. Sin embargo, si pasamos insensiblemente al campo de la Economía Política, esta costumbre de hablar del valor en dinero como de dinero, dará enorme fuerza a lo que Adam Smith llamó el sistema mercantil de Economía Política, o lo que ahora se llama sistema proteccionista, un sistema que durante siglos ha moldeado la política de las naciones de civilización europea, y que aun ahora, después de más de un siglo de la publicación de *Riqueza de las Naciones*, continúa todavía influyendo en ella grandemente. Por esto y por otros errores que hay

arraigados en la esfera del pensamiento económico, por la costumbre de usar, comúnmente, la palabra dinero, como sinónima de valor en dinero, sería de desear que hubiera una palabra o frase en uso corriente que expresase la distinción, aunque no sea absolutamente necesaria, entre el dinero mismo y el valor en dinero.

El uso ocasional de una distinción semejante en el lenguaje vulgar entre riqueza y precio de riqueza, es aún más de desear. Hay más peligro de dañosas confusiones en la insensible transferencia a la esfera económica del vago uso de la palabra riqueza, que basta en la esfera individual, que el que hay en el caso similar de la palabra dinero. Y aunque los economistas ortodoxos, desde el tiempo de Adam Smith, están bastante advertidos de las confusiones que en la Economía Política introduce el tratar como sinónimos el dinero y el precio en dinero, y así, en cuanto su influencia ha alcanzado, han contribuido a evitar el daño de la transferencia de la palabra dinero del uso común al dominio económico; ahora, los más respetables colegios y universidades dan su sanción al uso del término económico riqueza, en un sentido que sólo una deliberada metáfora permite en el lenguaje vulgar.

Ahora bien, como nuestro uso metafórico de la palabra riqueza, en el sentido de precio de riqueza o valor, está tan profundamente arraigado, es de desear que en el uso vulgar, o al menos siempre que el lenguaje vulgar tienda a introducirse en los dominios de la Economía Política, como hace continuamente, distingamos entre riqueza verdadera y riqueza metafórica o representativa por el uso de palabras, como «riqueza actual»⁽²¹⁾, «riqueza relativa», significando por aquélla lo que es actualmente riqueza por ser producto del trabajo, y por la otra lo que no es riqueza en sí misma, aunque poseyendo

valor se cambiará por riqueza. Sin embargo, esto sería demasiado pedir, y creo que todo lo que puede lograrse distinguiendo claramente, como he tratado de hacerlo, es que hay dos clases de valor: uno el valor de producción, que aumenta la riqueza, y otro el valor de obligación, que no la aumenta.

La suma de riqueza en la sociedad civilizada consiste en cosas de muchas diferentes clases que tienen el común carácter de conservar almacenada, por decirlo así, la aptitud del trabajo para satisfacer los deseos. Sin embargo, no hay en inglés una sola palabra con qué expresar clara y concretamente la idea de un artículo de riqueza, ni el uso de los economistas ha adaptado todavía adecuadamente una única palabra para este significado, como término económico.

La palabra «mercancía» sirve en muchos casos. Pero al mismo tiempo que es difícil hablar de artículos de riqueza, tales como un ferrocarril, un puente, un edificio sólido o del resultado de drenar un campo como de una mercancía, hay otras cosas usualmente consideradas mercancía desde el momento en que tienen valor en cambio, que no son propiamente artículos de riqueza, tales como tierras, títulos de la Deuda, privilegios, hipotecas, licencias, etc.

La palabra «bienes», según comúnmente se la usa, también se aproxima a la idea de «artículos de riqueza», pero tiene circunstancias, si no limitaciones, que hacen su significado demasiado estrecho para expresar plenamente la idea. Y aunque ésta se deje a un lado como hace una amiga mía, la viuda del Superintendente de un Parque Zoológico del Oeste que, viniendo a New York con su marido, en la anual excursión que hace para comprar animales salvajes, habla jocosamente de recorrer tiendas en busca de «bienes para la

menagerie», le quedaría una dificultad insuperable. «Bienes», en el significado de artículos de riqueza, no tiene singular en inglés y es imposible hacérselo porque la forma singular de la misma palabra ya existe con un significado diferente. Mientras no podemos hablar de un «único bienes», menos aún podemos hacer un singular suprimiéndole la *s* a *goods*. Aunque el uso autorizara hablar de las existencias de un tratante en animales salvajes como de bienes, sería destruir el admitido uso de la palabra, hablar de un tigre, una hiena o un cobra-capello como de «un bien».

En su más general uso, «bien» es un adjetivo que expresa una cualidad que sólo puede ser pensada como atributo de una cosa. Como un nombre, «bien» no significa una cosa tangible, sino un estado o condición o cualidad del ser. Tratar de forzar ya un nombre de significado aceptado o un adjetivo en las mismas condiciones para que sea el singular de un nombre de significado totalmente distinto, es perjudicar a nuestra lengua inglesa, a la vez como vehículo del lenguaje inteligible y como instrumento de pensamiento preciso.

Las confusiones de pensamiento y de lenguaje a que el intento de crear por la fuerza un singular de la palabra «bienes» conduce, puede verse en los recientes textos universitarios de Economía Política, tales como el del profesor Marshall, de la Universidad de Cambridge, Inglaterra. Quien trate de descubrir lo que en aquéllos se significa por riqueza, tendrá que luchar con una jerga en la cual le será difícilísimo conocer su lengua madre, una jerga de términos como «bienes materiales» y «bienes inmateriales», «bienes internos» o «bienes externos», «bienes libres» y «bienes económicos», «bienes personales» y «bienes colectivos», «bienes transferibles» y «bienes no transferibles», con estallidos de cuando en cuando de frases

atronadoras, como «bienes externos materiales transferibles», «bienes internos no transferibles», «bienes materiales externos no transferibles» y «bienes personales externos transferibles», con sus respectivos singulares.

En inglés no hay singular de la palabra «bienes», y la razón es que no se necesita, desde el momento en que cuando necesitamos expresar la idea de uno solo de ellos o un artículo en un conjunto de bienes, es mejor emplear el nombre específico y hablar de una aguja, un ancla, una cinta o una manta, según los casos; y cuando yo quiera hablar de una de aquellas especies de riqueza sin referirme a su clase o de la forma plural de la misma idea, hablaré de un artículo o de artículos de riqueza.

△▽

Capítulo XVI

Génesis de la riqueza

Exponiendo cómo se origina la riqueza y qué es esencialmente

Motivo de esta indagación.-La riqueza proviene del esfuerzo estimulado por el deseo, pero no todo esfuerzo da por resultado riqueza.-Sencillos ejemplos de acción, y de acción que da por resultado riqueza.-«Cabalgando y atando».-Subdivisiones del esfuerzo que dan por resultado incrementos de riqueza.-La riqueza es, esencialmente, servicio almacenado y transferible.-Del servicio transferible.-La acción de la razón es tan natural, aunque no tan cierta y rápida, como la del instinto.-La riqueza es servicio impreso sobre la materia.-Ha de ser objetiva y tener forma tangible.

Tan absolutamente importante es que conozcamos precisa y ciertamente lo que es el principal factor de la Economía Política, riqueza, de modo que en adelante no podamos tener duda alguna acerca de ello sino que pueda confiar nuestra razón en lo que sepamos de la naturaleza de aquélla, que me propongo reforzar cuanto hemos dicho exponiendo precisamente cómo se origina la riqueza y qué es en esencia actualmente.

Riqueza es el resultado del humano esfuerzo. Pero no todo humano esfuerzo produce riqueza. No proviene esto meramente del fracaso e infortunio en la aplicación del esfuerzo a la producción de la riqueza, sino de que la producción de riqueza no es el único propósito del humano esfuerzo.

Todas las acciones humanas proceden del deseo y tienen su mira y su fin en la satisfacción del deseo. Pero si consideramos aquellas acciones de los hombres que se encaminan a las satisfacciones materiales, vemos que difieren en cuanto al camino por el que esa satisfacción es obtenida. En unos casos la satisfacción obtenida es directa e inmediata; en otros es indirecta y diferida.

Me pongo imaginativamente en el lugar de mi más remoto antecesor. Soy impulsado por el deseo que llamamos hambre o apetito o nace éste en mí por la vista de un árbol cargado de frutos. Alcanzo y como la fruta, y quedo satisfecho. O siento el deseo llamado sed y, llegando hasta una fuente, bebo, y quedo satisfecho. También la acción y la satisfacción se hallan en estos casos confinadas en la misma persona, y la relación entre ellas es directa e inmediata.

O bien, tengo a mi mujer conmigo. Ella siente los mismos deseos; pero no es bastante alta para alcanzar la fruta y no puede trepar al

árbol tan bien o ir con tanta facilidad a la fuente. Así, impelido por aquel primordial impulso que ordena que el deseo del hombre sea para la mujer no menos que el deseo de la mujer para el hombre, alcanzo la fruta que ella puede comer, y juntando mis manos le doy de beber. En este caso la acción corresponde a una sola persona; la satisfacción procedente de esta acción es obtenida por otra [\(22\)](#). De esta transferencia del resultado directo de la acción hablamos nosotros como de servicios prestados y recibidos.

Pero la conexión entre la acción y la satisfacción es todavía directa e inmediata, sin que la relación causal entre las dos tenga eslabón intermedio.

Estos dos ejemplos son tipos de la manera como muchas de nuestras acciones aportan a la satisfacción. Estos son los caminos por donde, en casi todos los casos, los animales satisfacen sus deseos. Si exceptuamos los animales que almacenan y enjambran, y los casos circunstanciales en que un animal de presa mata una víctima demasiado grande para comérsela de una vez, no hay nada en su acción que vaya más allá de la directa e inmediata satisfacción del deseo. El buey que ha pacido durante todo el día y el pájaro que lleva gusanos a sus pequeñuelos nada hacen para la satisfacción del deseo que ha de surgir mañana.

En casos tales no hay asomo de algo que llamemos riqueza. Y en un mundo donde todos los deseos humanos fueran satisfechos de este modo, directa e indirectamente, no habría riqueza, por grande que fuera la actividad del hombre, o por abundantes que fuesen los espontáneos dones de la Naturaleza para la satisfacción de los deseos de aquél.

Pero el hombre es un ser racional, que mira más allá del inmediato impulso del deseo y que adapta los medios a los fines. Un animal comería de los frutos o bebería de la fuente tan solo hasta la plena satisfacción de su deseo actual. Pero el hombre, previendo el retorno del deseo, puede, después de satisfacer sus deseos inmediatos, llevarse algo del fruto para asegurar una satisfacción semejante para mañana, o con una previsión aun mayor sembrar pepitas pensando en la satisfacción de futuros años, o, con la previsión de la satisfacción de la sed futura, puede ensanchar el manantial, ahuecar una vasija en la cual transportar agua o abrir un canal o construir un tonel. En tales casos la acción no se invierte en la directa e inmediata satisfacción del deseo, sino en hacer aquello que indirectamente y en lo futuro ayude a la satisfacción del deseo.

En estos casos hay algo que no existía en los casos anteriores y que, salvo entre los animales que almacenan, no tiene nada análogo en la vida animal⁽²³⁾. Este algo es riqueza. Consiste en sustancias o productos naturales cambiados de lugar, forma o combinación por el esfuerzo del trabajo humano de modo que se adapten mejor a la satisfacción de los deseos humanos.

El carácter esencial de la riqueza es el de la incorporación o almacenamiento en forma material de la acción dirigida a la satisfacción del deseo, de modo que esta acción obtenga una cierta permanencia, una aptitud para persistir durante cierto tiempo como en un depósito, de donde puede ser tomada, ya para la satisfacción del deseo, ya para cooperar a la satisfacción de un deseo que requiera todavía más esfuerzo.

Cuando dos hombres, deseando viajar por un determinado camino, no tienen entre ambos sino un solo caballo, éstos «cabalgan y atan» frecuentemente. Esto es, John cabalga avanzando durante cierto espacio, dejando a Jim que le siga a pie. Aquél ata entonces el caballo y continúa avanzando a pie. Cuando Jim llega allí, desata el caballo y a su vez cabalga hasta adelantar alguna distancia a John y, atando otra vez el caballo para que John pueda cogerlo, sigue adelante. Y así hasta que termina la jornada. En este atar el caballo para que pueda ser cogido y montado para seguir caminando, hay algo parecido al procedimiento por el cual el esfuerzo para la satisfacción del deseo es fijado o atado en riqueza, de la cual podrá aquél ser tomado para la satisfacción del deseo o con el propósito de que pueda ser llevado hacia adelante por un adicional esfuerzo hasta el punto en que sirva para satisfacer deseos que requieran esfuerzo mayor.

Así, para la satisfacción del deseo de comer pan tiene que emplearse el esfuerzo primero en producir el grano, después en cosecharlo, después en convertirlo en harina, después en transformar la harina en pan. En cada uno de estos estadios (y pueden ser subdivididos) hay un aumento de riqueza; es decir, alguna parte del esfuerzo requerido para llegar al punto en que se recogerá la satisfacción final ha sido realizado y es atado o almacenado en forma concreta, de tal modo que lo que se ha adelantado hacia el resultado final puede ser utilizado en cada uno de los restantes estadios del proceso. El grano es un artículo de riqueza que expresa el esfuerzo necesario para producirlo y cosecharlo, en tal forma que desde este punto se pueda continuar hacia la satisfacción del deseo, ya alimentando con él animales domésticos, ya convirtiéndolo en almidón o alcohol, etc., ya transformándolo en harina y fabricando pan. La harina, a su vez, es un artículo de riqueza que abarca el esfuerzo

necesario para la producción de grano, y el esfuerzo posterior requerido por la molienda; y el pan es un artículo de riqueza que comprende esto, y el esfuerzo adicional exigido por la panificación en una forma cuyo consumo (en este caso comiéndoselo) dará la satisfacción del deseo de que el pan es susceptible.

La idea de riqueza no puede ser reducida a la de satisfacción, puesto que aun cuando la intención y el resultado del esfuerzo es la satisfacción de un deseo por parte del que emplea este esfuerzo, hay un paso necesario e intermedio en el cual el empleo de esfuerzo reposa o es almacenado durante un intervalo en forma concreta y desde el cual puede ser dirigido, no solamente a la satisfacción del deseo del que realiza el esfuerzo, sino igualmente al de otro. Si hoy cojo yo fruta para la satisfacción del apetito de mañana, la satisfacción que obtenga cuando me la coma no será para mí el resultado directo de un esfuerzo, sino que recogeré mi satisfacción como resultado de un servicio: un servicio del cual yo mismo soy el directo beneficiario, pero que no sería menos verdaderamente un servicio en el caso de que mi mujer fuese la receptora de la satisfacción obtenida comiéndoselo.

Así, si yo quisiera expresar la idea de riqueza en su más amplia generalización, el término más comprensivo que podría elegir sería una palabra que expresara la idea de servicio sin limitación en cuanto al modo. La idea esencial de riqueza es realmente la de servicio incorporado a una forma material, y todo nuestro disfrute, cambio, donación u obtención de riqueza, es realmente, en su origen, el disfrute, cambio, donación u obtención de servicios, palabra que envuelve la posibilidad de distinguir de persona entre el que realiza el esfuerzo y la que recibe la satisfacción final, que es la meta de aquél.

Servicios de alguna clase son esenciales para la vida, de tal modo que puede dudarse de si aun en lo que el microscopio nos muestra de los más bajos rudimentos de la escala de la vida hay algo que venga a la vida y se mantenga en ella conteniéndose y bastándose a sí propio.

Pero la primera y más sencilla forma del servicio, aquélla en que el receptor obtiene más directamente la satisfacción derivada de la acción (y a la cual reservaremos el vocablo servicio para distinguirla), aunque es capaz de ser dada, recibida y cambiada, lo es solo dentro de muy estrechos límites, puesto que la acción se consume en dicho servicio directo y está concluida y hecha, mientras que la acción productora de riqueza no está consumida, sino almacenada o atada en una forma intermedia y material para ser consumida en la satisfacción cuando se necesita. En el servicio directo, el poder de la acción humana para satisfacer el deseo humano es como el poder de la electricidad en la bombilla de luz o en la chispa de la botella de Leyden. Pero en el servicio indirecto, por medio de la riqueza, la acción permanece no utilizada durante un tiempo en forma fácilmente cambiable, de la cual puede ser extraída para el uso, como el poder de la electricidad permanece en forma transportable y cambiable en una batería de acumuladores. Tan estrechos son realmente los límites del cambio de servicio directo por servicio indirecto que, aun cuando se realice algunas veces en nuestra más alta civilización, es claro que si fuera el único medio por el cual la acción de una persona puede ser utilizada para procurar satisfacción a otra, no podría existir nada semejante a lo que llamamos civilización ni en verdad creo que la vida humana, en cualquier etapa de las que conocemos, podría continuar.

Puedo embetunar vuestras botas conviniendo que en retorno me afeitéis, o satisfaceros contándoos un cuento a condición de que me

satisfagáis entonando un canto, y la posibilidad de tal cambio puede a veces ensancharse por el convenio de que, aunque os limpie las botas u os relate un cuento hoy, me afeitaréis o entonaréis un canto en un tiempo futuro, y que lo haréis para mí o para algún otro a quien pueda obsequiar haciendo que en mi lugar reciba el prometido servicio. Pero manifiestamente el cambio de servicios que puede efectuarse de este modo no es nada comparado con el cambio que se hace posible cuando el servicio está incorporado en forma concreta de riqueza, y puede pasar de mano en mano y usarse a voluntad en la satisfacción del deseo.

Por esta transmutación del trabajo en riqueza, el cambio, aun de aquellos servicios que no pueden ser convertidos en riqueza desde el momento en que tienen que rendirse directamente a la persona, se facilita mucho. Deseo, por ejemplo, de otro un servicio como el de transportar un saco o un mensaje, o el de llevarnos a mí y mis bagajes de un lugar a otro en coche, carro o tren. No hay servicio equivalente de mi parte deseado por aquéllos cuyo servicio apetezco, ni si lo hay puedo yo detenerme a prestárselo; mas por la intervención de la riqueza se hace posible la satisfacción del deseo por ambos lados, y el cambio se completa en el acto; aquéllos de quienes yo obtengo el servicio reciben de mí algún artículo de riqueza o representación de riqueza que ellos pueden dar en cambio por riqueza o por directos servicios de otros. Así, y sólo así es como se hace posible el gran conjunto de los cambios de servicios directos que se efectúa en la civilización. Verdaderamente, sin riqueza, es difícil ver como los hombres podrían aprovecharse unos de las facultades de los otros en una extensión mucho mayor que lo hacen los animales; pues que algunos animales cambian servicios, cualquiera que haya observado a los monos espulgándose los unos a los otros tiene que haberlo

comprobado. La riqueza es producida por el hombre, y, por consecuencia, no pudo haber riqueza en el mundo hasta después que el hombre vino; exactamente lo mismo que las abejas tienen que preceder a la miel que ellas hacen. Pero aunque el hombre no tenga instinto productor de riqueza como las abejas tienen instinto productor de miel, la razón lo reemplaza y el hombre produce riqueza tan natural y ciertamente como las abejas hacen la miel, tan natural y ciertamente que, salvo en condiciones antinaturales y transitorias, jamás se han encontrado hombres desprovistos de todas las formas de riqueza.

Siendo la idea esencial de riqueza la de esfuerzo impreso sobre la materia o poder de prestar servicios almacenados en forma concreta, hablar de riqueza inmaterial, como algunos economistas profesionales hacen ahora, es tan contradictorio en sus términos como lo sería hablar de un círculo cuadrado o de un cuadrado triangular. No puede ser realmente objeto de riqueza nada que no sea tangible a los sentidos. En el estricto sentido del término, no puede la riqueza incluir ninguna substancia natural, ni formas, ni poder, no modificados por el esfuerzo del hombre, ni ningún poder humano o capacidad para el esfuerzo. Hablar de riqueza natural o hablar de la destreza, cultura o energías humanas como comprendido en la riqueza es también una contradicción de términos.

△▽

Capítulo XVII

La riqueza llamada capital

Exponiendo lo que es realmente la riqueza llamada capital

Capital es una parte de la riqueza usada indirectamente para satisfacer el deseo.-Sencillo ejemplo del fruto.-La riqueza permite el

almacenamiento del trabajo.-El toro y el hombre.-El esfuerzo y sus poderes más altos.-Las cualidades personales no pueden ser realmente riqueza o capital.-El «tabou» y su forma moderna.- Opiniones corrientes sobre la riqueza y el capital.

Como hemos visto, no toda la riqueza se consagra a su consumo para la satisfacción del deseo. Gran parte de ella se dedica a la producción de otras formas de riqueza. La parte de riqueza dedicada así a la producción de otra riqueza es lo que se llama propiamente capital.

Capital no es cosa diferente de riqueza, no es sino una parte de riqueza que difiere de la otra riqueza únicamente en su empleo, que no es satisfacer directamente los deseos, sino satisfacerlos indirectamente asociándose a la producción de la otra riqueza.

He hablado de riqueza como el resultado concreto, la incorporación tangible, por el cambio originado en las cosas materiales, del trabajo encaminado a la satisfacción del deseo, sin que todavía haya alcanzado, o por lo menos alcanzado completamente, el punto de satisfacción, el consumo.

Ahora bien, si este resultado concreto del trabajo, la riqueza, es empleado, no en satisfacer directamente los deseos consumiéndola, sino en el propósito de obtener más riqueza, se convierte por este uso en lo que denominamos capital. Es riqueza consagrada, no al empleo final de la riqueza, la satisfacción de los deseos, sino apartada, por decirlo así, para pasar al través de otro estadio, por el cual puede

conseguirse mas riqueza y aumentar las posibilidades finales de satisfacerlas.

Para volver al más sencillo ejemplo que dimos en el capítulo que trataba de la riqueza: el hombre que, encontrando un árbol frutal recoge el fruto y se lo come, emplea su trabajo en la más directa y primitiva forma, la de satisfacer el deseo. Su deseo queda, por el momento, satisfecho, pero el trabajo que él ha empleado se disipa por completo; no queda ningún resultado que le ayude a la futura satisfacción del deseo.

Pero si no contento con la satisfacción del deseo presente se lleva parte del fruto adonde pueda más tarde obtenerlo más fácilmente, tiene, en este fruto ahorrado, un resultado concreto del empleo del trabajo. Su trabajo empleado en recoger y trasladar el fruto que conserva ha sido como si lo almacenara, como la energía puede ser almacenada fabricando un arco o afilando una piedra para utilizarla otra vez en lo futuro. Este trabajo almacenado -en este caso concreto, este fruto recogido y transportado- es riqueza y retiene este carácter de riqueza o de trabajo almacenado: 1.º hasta que es consumida aplicándose a la satisfacción del deseo; 2.º hasta que es destruida, por que se pudre, por los estragos de los insectos u otros animales o por cualquier otro cambio que desvanece su poder de contribuir a la satisfacción del deseo.

Pero el hombre que ha obtenido así la posesión de riqueza cosechando ese fruto y transportándolo a un lugar más conveniente puede utilizar de diferentes modos la potencia de éste para satisfacer el deseo. Permitidme suponer que divide esta riqueza, este fruto ahorrado, en tres porciones: una porción se la comerá cuando le

venga en gana; otra porción la dará a otro hombre en cambio de alguna otra forma de riqueza, y la tercera porción la sembrará a fin de poder en lo futuro satisfacer más fácil y abundantemente su deseo de tal fruto.

Las tres porciones son igualmente riqueza. Pero la primera es meramente riqueza; su uso es el uso final de toda riqueza: la satisfacción del deseo. La segunda y tercera porción no son riqueza simplemente: son capital; su empleo es el de obtener más u otra riqueza, que a su vez puede ser empleada en la satisfacción del deseo.

En otras palabras, todo capital es riqueza; pero no toda riqueza es capital. Capital es riqueza aplicada a la producción de más o de otra riqueza. Es trabajo almacenado que no se aplica por un paso posterior al último fin y propósito de todo trabajo, la satisfacción del deseo; sino a la producción de más riqueza por un posterior almacenamiento de trabajo.

Por medio del almacenamiento de trabajo que la producción de riqueza implica se hace posible al hombre cambiar el tiempo en que un esfuerzo dado será utilizado en la satisfacción del deseo, aumentando de este modo grandemente la suma de satisfacciones que un esfuerzo dado pueda proporcionarle. Y utilizando la riqueza como capital, que es llamar el pasado esfuerzo al servicio del esfuerzo presente, se capacita para concentrar el esfuerzo sobre un punto dado, y, en un tiempo dado, trayendo a ellos, como encarriladas, fuerzas de la Naturaleza que rebasan mucho el poder de aquéllas que la Naturaleza ha puesto a su disposición en el organismo humano.

Por ejemplo, la Naturaleza da al toro en su macizo testuz y en sus aguzados cuernos un arma ofensiva, por la cual el conjunto casi de las fuerzas de su organismo puede concentrarse sobre uno o dos puntos reducidos, utilizando de este modo el máximo de fuerza sobre el mínimo de resistencia. Aquélla no le ha dado al hombre armas como esas, porque sus puños cerrados, las más análogas a los cuernos del toro que sus recursos corporales le proporcionan, son un arma muy inferior. Pero convirtiendo su trabajo en capital en una lanza, encuentra el medio de concentrar casi todo el conjunto de su fuerza corporal sobre un punto más reducido aún que pueda hacerlo el toro, y dando a su trabajo y capital la forma de un arco, de una ballesta o de una honda, puede ejercitar en un instante la fuerza que le ha sido posible acumular durante más largos intervalos de tiempo; y, finalmente, como resultado de muchas transmutaciones de trabajo en capital, puede emplear en el rifle fuerzas químicas más potentes que ninguna de las fuerzas que las energías de su propio cuerpo ponen a su disposición.

Riqueza, en una palabra, es trabajo que se eleva a un más alto o segundo poder, almacenándose en formas concretas que le comunican cierta permanencia y permiten así utilizarlo para satisfacer los deseos en otros tiempos u otros lugares. Capital es trabajo almacenado que se eleva todavía a un más alto o tercer poder, empleándolo para ayudar al trabajo en la producción de nueva riqueza, o de más amplias satisfacciones directas del deseo.

Ha de observarse, asimismo, que siendo el capital una forma de la riqueza, es decir, riqueza usada con el propósito de ayudar al trabajo en la producción de más riqueza o de mayores satisfacciones, nada puede ser capital que no sea riqueza, y el término capital está sujeto a

todas las restricciones y limitaciones aplicadas al término riqueza. Las cualidades personales, como el saber, la destreza, la laboriosidad, son cualidades del trabajo y nunca pueden ser consideradas propiamente como capital. Aunque, en el lenguaje común, puede permitirse que se hable en sentido metafórico de tales cualidades como capital, significando de este modo que son susceptibles de proporcionar a su poseedor ventajas análogas a las que el capital da, sin embargo, transferir este uso metafórico del lenguaje al razonamiento económico es, como muchos voluminosos tratados atestiguan, ocasión de confusiones fundamentales.

Y así, aunque la posesión de esclavos, de privilegios especiales, de deudas públicas, de hipotecas o de créditos u otras cosas del género que hemos dicho al tratar de la falsa riqueza, pueden, en las manos de su poseedor individual, ser equivalentes a la posesión de capital, no pueden constituir parte del verdadero capital. Todas las deudas públicas del mundo no añaden lo más mínimo al capital del mundo: son incapaces de ayudar en una jota a la producción de riqueza, así como la mayor parte de lo que figura en nuestras estadísticas oficiales como capital invertido en ferrocarriles, etcétera, en realidad no es más que la inflación de la expectativa. Capital, en sentido económico, es una cosa tangible, material, materia cambiada de lugar, forma o condición, de modo que se adapte a los usos humanos y aplicada a ayudar al trabajo en la producción de riqueza o de satisfacciones directas.

Recurramos a nuestro sencillo ejemplo primero: Un reyezuelo de las islas Haway, en los tiempos de su antigua idolatría, descubriendo un árbol cargado de frutos, comió de su fruto y puso así el árbol bajo el *tabou*. Así podía obtener para sí propio ventajas equivalentes a las

que hubiera obtenido llevándose parte del fruto a un lugar más conveniente, porque privando a los demás de que recogiesen aquel fruto podía inducir a algunos a que se lo llevaran a cambio del privilegio de tomar parte de él. Pero el resultado no hubiera sido el mismo para la sociedad como un conjunto. Sus cortesanos podían obtener los frutos del trabajo, pero sólo apropiándose virtualmente el trabajo de otros.

Y del mismo modo, el descendiente de un misionero haitiano, que en la propiedad legal de la tierra encuentra el equivalente cristiano del antiguo poder pagano del *tabou*, puede en recompensa del privilegio de permitir a otros que apliquen trabajo a su tierra, obligarles a que le den riqueza o capital. La posesión de este poder, en cuanto a aquél concierne, es equivalente a la posesión de riqueza o capital, pero no así para la sociedad. No implica adición a la suma de la producción o al poder de futura producción. Implica solamente la facultad de afectar a la distribución de lo que por otros agentes ya ha sido producido.

El hecho de que parte de lo que realmente es riqueza es capital, y que lo que no es riqueza no es capital, es tan claro, que es paladinamente reconocido en el lenguaje usual, si atendemos al recto u original significado de las palabras. Como dije en *Progreso y miseria*, al hablar del capital (libro I cap. II «El significado de los términos»):

«Si los artículos de riqueza actual existentes en un tiempo y en una sociedad dados fuesen expuestos ante una docena de hombres inteligentes que nunca hubieran leído una línea de Economía Política, es indudable que no disentirían ni con relación a un solo artículo en cuanto a lo que debe ser considerado capital o no. El dinero que sus

propietarios retiren para emplearlo en sus negocios o para traficar, sería considerado, capital; el dinero apartado para su hogar o sus gastos personales, no lo sería. Aquella parte de la cosecha de un labrador destinada a la venta o a la siembra, o a pagar parte de los salarios en alimentos, sería estimada capital; la reservada para el uso de su propia familia, no lo sería. Los caballos y coches de un alquilador de carruajes, serían clasificados como capital; pero un tren poseído para deleite de sus propietarios, no lo sería. Así nadie pensaría en contar como capital los cabellos postizos sobre la cabeza de una mujer, o el cigarro en los labios de un fumador, o el juguete con que el niño está divirtiéndose; pero las existencias de un peluquero, de un estanquero o de un almacenista de juguetes, serían estimadas como capital sin vacilación. Un traje hecho por un sastre para venderlo se estimaría capital, pero no el traje que se hiciera para sí propio. Los alimentos en poder de un hostelero o de un fondista serían juzgados capital, pero no el alimento en la despensa de una madre de familia o en la fiambarrera de un trabajador. Los lingotes de hierro en las manos de un fundidor, un herrero o un comerciante, serían estimados capital, pero no los lingotes empleados como lastre en la bodega de un yate. El fuelle de un herrero, el telar de una fábrica, serían capital; pero no la máquina de coser de una mujer que sólo la emplea para usos propios; lo sería un edificio para alquilar, o empleado en negocios o fines productivos, pero no el propio hogar. En una palabra, creo que encontraríamos ahora como cuando Adam Smith escribió, 'que aquella parte del caudal de un hombre del cual éste espera recoger una renta, es llamado su capital'. Y omitiendo su infortunado desliz en cuanto a las cualidades personales y cualificando de algún modo su enumeración del dinero, es dudoso que pudiéramos hacer mejor lista de los diferentes artículos de capital que la hecha por

Adam Smith en el párrafo que en la parte anterior de éste capítulo he condensado.

Si después de haber separado así la riqueza que es capital de la que no lo es, buscamos la distinción entre las dos clases, encontraremos que no está en el carácter, capacidad o destino final de las cosas mismas donde vanamente se ha procurado buscarlas, sino que, a mi juicio, la encontraríamos en que estén o no en posesión del consumidor⁽²⁴⁾. Los artículos de riqueza que en sí mismos, en sus usos o en sus productos, todavía han de ser cambiados son capital. Los artículos de riqueza que se hallen en manos del consumidor, no lo son. Por consiguiente, si definimos el capital como *riqueza durante el cambio*, entendiendo que el cambio incluye no solamente el paso de una mano a otra, sino también todas las transmutaciones que se efectúan cuando las fuerzas reproductivas o transformadoras de la Naturaleza son utilizadas para el aumento de riqueza, comprenderemos, a mi juicio, todas las cosas que la idea general de capital comprende adecuadamente y excluirémos todo lo que no comprende. Bajo esta definición, a mi juicio, por ejemplo, caerían todos los instrumentos que son verdaderamente capital. Porque lo que hace que un instrumento sea un artículo de capital, o solamente un artículo de riqueza, es que sus servicios o usos hayan de ser cambiados o no. Así el torno de un fabricante empleado en hacer cosas que se han de cambiar, es capital; mientras que el torno que posee un aficionado, no lo es. Así la riqueza empleada en la construcción de un ferrocarril, una línea telegráfica pública, un ómnibus, un teatro, un hotel, etc., puede decirse que está situada en el proceso del cambio. El cambio no se efectúa de una vez, sino poco a poco, con un número indefinido de gente. Sin embargo, hay un cambio, y los «consumidores» del ferrocarril, del telégrafo, del

ómnibus, del teatro o del hotel, no lo son sus propietarios, sino las personas que de tiempo en tiempo hacen uso de ellos.

Ni es incompatible esta definición con la idea de que capital es aquella parte de la riqueza consagrada a la producción. Es idea demasiado angosta de la producción aquella que la confina a la simple fabricación de cosas. La producción abarca, no solamente el hacer las cosas, sino el llevarlas hasta el consumidor. El mercader o el almacenista es así tan verdaderamente productor como el fabricante o el agricultor, y sus existencias o capital se hallan tan consagrados a la producción como los de éstos. Pero no vale la pena de ahondar ahora en las funciones del capital, que podremos determinar mejor después. Ni tiene esto para la definición de capital que he propuesto importancia alguna. No estoy escribiendo un libro de texto, sino solamente procurando descubrir las leyes que rigen un problema social, y si el lector ha llegado a formarse idea clara de las cosas a que nos referimos cuando hablamos de capital mi propósito está logrado.

Pero antes de cerrar esta digresión, permitidme llamar la atención hacia algo que frecuentemente se olvida, a saber: que los términos 'riqueza', 'capital', 'salarios', y análogos, según se usan en Economía Política, son términos abstractos y que nada puede ser afirmado o negado de ellos con carácter general, que no pueda ser afirmado o negado de todo el género de cosas que representan. El no retener esto en el pensamiento ha conducido a muchas confusiones de ideas, y permite que falacias, en otro caso visibles, circulen como verdades notorias. Siendo la riqueza un término abstracto, la idea de riqueza, recuérdese, implica la idea de cambiabilidad. La posesión de riqueza en una cierta suma es potencialmente la posesión de cualquiera o de

todas las especies de riqueza que en el cambio le son equivalentes. Y, por consecuencia, lo mismo el capital.

△▽

Capítulo XVIII

Porque la Economía Política estudia sólo la riqueza

Exponiendo que la Economía Política, según se ha afirmado con razón, abarca todas las relaciones sociales de los hombres en las cuales es necesario indagar

La Economía Política no comprende todos los esfuerzos para la satisfacción de los deseos materiales; pero abarca la mayor parte de ellos, y es mediante el valor como se hace el cambio de servicios por servicios. -Su cometido y dominio.

La Economía Política ha sido definida, y, a mi juicio, suficientemente, como «la ciencia que trata de la naturaleza de la riqueza y leyes de su producción y distribución». El objetivo capital o materia fundamental de la Economía Política, es, por consiguiente, la riqueza. Ahora bien, como ya hemos visto, la riqueza no es el único resultado del esfuerzo humano, ni es verdaderamente el fin y propósito y causa final del humano esfuerzo. Este no se alcanza hasta que la riqueza se gasta y consume en la satisfacción del deseo. La riqueza, en sí misma, es de hecho como un estadio o un almacén en el camino que media entre el impulso del deseo y la satisfacción final; un punto en el cual el esfuerzo, caminando hacia la satisfacción del deseo, permanece durante algún tiempo almacenado en forma

concreta, y desde el cual puede partir para lograr la satisfacción que es su último propósito. Y hay esfuerzos encaminados a la satisfacción del deseo que no pasan al través de ninguna forma de riqueza.

¿Por qué, pues, la Economía Política, en sí misma, sólo se refiere a la producción y distribución de riqueza? ¿No es el objeto propio de esta ciencia la producción y distribución de satisfacciones humanas; y esta definición, al mismo tiempo que abarcaría la riqueza, como satisfacciones materiales mediante servicios materiales, no comprendería también los servicios que no toman forma concreta?

Mi respuesta es que no me he comprometido a poner los cimientos de una nueva ciencia, sino sólo a tratar de explicar y precisar una en la que ya se ha trabajado mucho. Deseo, por consiguiente, en cuanto alcance, seguir los viejos caminos y usar los términos habituales, apartándome sólo de ellos cuando conduzcan claramente al error, de lo cual hay en verdad sobrados ejemplos.

Y además de esto, creo que la reflexión nos muestra que un estudio de la producción y distribución de la riqueza comprenderá casi todo lo que se acostumbra a considerar producción y distribución de las satisfacciones.

Aunque la riqueza no abarque la totalidad de los esfuerzos para la satisfacción de los deseos materiales, contiene lo que en una sociedad muy civilizada constituye la mayor parte de aquéllos, y es, como si dijéramos el cruce o lugar de distribución donde se efectúa la transferencia de servicios no consagrados a la producción de riqueza, sino a la directa consecución de satisfacciones.

Así, el barbero, el cantante, el médico, el dentista, el actor, no producen riqueza, sino satisfacciones directas. Pero no sólo sus esfuerzos empleados de ese modo se consagran principalmente a procurarse riqueza, que ellos reciben en cambio de sus servicios, sino que todo cambio entre ellos mismos de servicios por servicios se efectúa por medio de la riqueza. Es decir, el actor no paga a su barbero con recitados, ni el cantante a su médico con notas, ni tampoco el barbero ni el médico pagan habitualmente con rasuramientos o cuidados médicos la satisfacción que reciben oyendo declamar o cantar. Cada uno de ellos, habitualmente, cambia sus servicios por riqueza o representación de riqueza, y ésta la cambian por los otros servicios que deseen. Así, en la sociedad civilizada, sólo en raros y excepcionales casos hay cambio directo de servicios por servicios. A esto podemos añadir que las leyes que rigen la producción y distribución de los servicios son esencialmente las mismas que aquéllas que rigen la producción y distribución de la riqueza. Por consiguiente, vemos que todos los fines de la Economía Política pueden lograrse, si sus investigaciones lo son de la naturaleza de la riqueza y de las leyes que rigen su distribución y producción.

La Economía Política tiene un cometido y dominio propios. No es ni puede ser la ciencia de todas las cosas; porque el día en que un sistema pudo abarcar el dominio total del saber humano ha pasado hace mucho tiempo, y tiene que alejarse aún más con el acrecentamiento de la cultura. Aun hoy, la ciencia política, aunque estrechamente conexiónada con la Economía Política, es, según yo la concibo, claramente distinta de ésta, sin hablar de las casi innumerables ciencias restantes que tratan de las relaciones del hombre con otros individuos y de los afines con que aquél está en contacto.

Capítulo XIX

Confusiones éticas acerca de la riqueza

Exponiendo cómo rico y pobre son correlativos y por qué Cristo simpatizó con los pobres

La legitimidad de la riqueza y la disposición a mirarla como sórdida y vil.-El verdaderamente rico y el verdaderamente pobre.-Son verdaderamente correlativos.-El recto sentido de las enseñanzas de Cristo.

En cuanto al deseo de riqueza en el sentido político-económico, según lo he expuesto, nada hay de sórdido o vil. La riqueza, por el contrario, es un objeto del deseo o del esfuerzo perfectamente legítimo. Obtenerla es sencillamente aumentar los poderes del individuo sobre la Naturaleza, y ser estimulado por el mismo deseo esencialmente noble de aumentar en todas direcciones nuestros poderes, o nuestro saber o de elevarnos en cualquier dirección sobre el nivel del mero animal, del cual partimos; además, nadie puede aumentar su propia riqueza en el usual sentido de aumentar el valor de producción, sin que al mismo tiempo haga algo beneficioso para todos los demás.

¿Cómo es, pues, que la riqueza es mirada tan recelosamente por nuestro sentido moral; que decimos que no la buscamos y aun la usamos de mala gana; que las más altas eminencias de nuestro más exquisito saber la miran despreciativamente, si no con repugnancia, y

que la Economía Política, que es la ciencia de la naturaleza, producción y cambio de la riqueza, es considerada generalmente como una ciencia egoísta y cruel?

Si abordamos esta cuestión plenamente tenemos que ahondar, a mi juicio, más aun que lo hemos hecho.

Hay una distinción sobre la cual nuestro examen de la riqueza y del valor pueden arrojar luz, la distinción que comúnmente se hace entre rico y pobre. Significamos por hombre rico, un hombre que posee muchas cosas que tienen valor, es decir, mucha riqueza o mucho poder de disponer de riqueza o servicios de otros. Y por hombre pobre significamos un hombre que posee poco o nada de tales cosas de valor. Pero, ¿cuál es la línea divisoria entre rico y pobre? No hay fronteras claramente reconocidas en el pensamiento vulgar, y a un hombre se le llama rico o pobre conforme al grado social en que estimamos que se encuentra. Entre los campesinos de Connemara, como en la canción, una mujer con tres bueyes será considerada rica; y entre los esquimales, según la fábula de Mark Twain, la posesión de unos pocos anzuelos de hierro puede ser prueba tan convincente de riqueza, como la profusión de brillantes de una dama cristiana entre los millonarios americanos. Hay zonas sociales en New York Cit. en las que no será reputado pobre ningún hombre que tenga medios de encontrar un albergue por la noche y un almuerzo por la mañana, y hay otros círculos en los cuales un Vanderbilt pudo decir que un hombre que sólo posea un millón de dólares puede, con economía, vivir tan confortablemente como si fuera rico.

Pero ¿no hay alguna regla cuya admisión nos permita decir con algo parecido a la precisión científica que este hombre es rico y aquel

hombre es pobre; alguna línea cuya posesión nos consienta distinguir con exactitud entre el rico y el pobre en todos los lugares y condiciones de la sociedad; una línea de natural, media o normal posesión, por bajo de la cual esté la pobreza en sus varios grados y por cima de la cual, en sus varios grados, la riqueza? Me parece a mí que tiene que haberla. Y, si reflexionamos, veremos que existe.

Si prescindimos un instante del estricto significado económico de servicio, por el cual se distingue fácilmente el servicio directo del servicio indirecto incorporado a la riqueza, podemos reducir todas las cosas que indirectamente satisfacen los deseos humanos a un solo término: servicio; exactamente, como reducimos las fracciones a un común denominador. Ahora bien, ¿hay o no una línea natural o normal de posesión o disfrute de servicios? Claramente la hay. Es la de la igualdad entre lo que se da y lo que se recibe. Este es el equilibrio que Confucio expresó en la áurea palabra de sus enseñanzas, que en inglés traducimos por «reciprocidad». Naturalmente, los servicios que un miembro de la sociedad humana tiene derecho a recibir de otros miembros son los equivalentes a aquéllos que él presta a los demás. Esta es la línea normal de la cual lo que llamamos riqueza y lo que llamamos pobreza tienen que partir. Aquél que puede exigir más servicios de los que necesita prestar, es rico; es pobre aquél que dispone de menos servicios de los que presta o desea prestar; porque en nuestra civilización contemporánea debemos advertir el hecho monstruoso de que, habiendo hombres que desean trabajar, no pueden encontrar siempre oportunidad para hacerlo. El uno tiene más de lo que debe tener, el otro tiene menos. Ricos y pobres son, pues, correlativos, recíprocamente; la existencia de una clase de ricos implica la existencia de una clase de pobres, y viceversa; y el lujo anormal de un lado y la carencia anormal de otro, tienen una relación

de necesaria secuencia. Para poner esta relación en términos de moral: los ricos son los ladrones, puesto que, por lo menos, son partícipes en los productos del robo; y los pobres son los robados.

Esta es la razón, a mi juicio, por la que Cristo, que no era en verdad un hombre de tan lenguaje confuso como algunos cristianos parecen creer que fue, siempre manifestó simpatía hacia el pobre y repugnancia hacia el rico. En su filosofía, era mejor ser robado que robar. En el reino de la justicia que Él predicó, ricos y pobres serán imposibles porque rico y pobre, en el verdadero sentido, son los resultados de la injusticia. Y cuando dijo: «Es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino del cielo», simplemente hizo en las formas hiperbólicas de la metáfora oriental una afirmación de hecho tan fríamente verdadera como la afirmación de que dos líneas paralelas no pueden encontrarse nunca.

La injusticia no puede vivir donde la justicia impera, y aun cuando el hombre pudiera lograrla, su riqueza -su poder de exigir servicios sin dar servicios- tiene por necesidad que desaparecer. ¡Si no puede haber pobres en el reino del cielo, claro está, que tampoco puede haber ricos!

Y del mismo modo es absolutamente imposible en este o en cualquier otro mundo concebible, suprimir la miseria injusta sin suprimir al mismo tiempo posesiones injustas. Esta es una frase dura para la amable sofistería filantrópica que, para hablar metafóricamente, gustaría alcanzar un buen sitio al lado de Dios sin irritar al demonio. Mas, a pesar de ello, es una frase verdadera.

Capítulo XX

De la permanencia de la riqueza

Exponiendo que los valores de obligación parecen realmente durar más que los valores de producción

Valor de producción y valor de obligación.-El uno material y el otro existente en lo espiritual.-Superior permanencia del espiritual.- Jactancia de Shakespeare.-Edificios de Mecenas y odas de Horacio.- Los dos valores ahora existentes.-Los privilegios y el valor de la tierra duran más que el oro y las piedras preciosas.-La destrucción con el progreso social.-Conclusiones de todo esto.

Al hacer la distinción entre valores de producción, que verdaderamente constituyen riqueza en Economía Política, y valores de obligación, que no son riqueza verdaderamente, y pueden, cuando más, ser clasificados como «riqueza relativa» en contraposición a la «riqueza efectiva», hay un importante, y para nuestro usual modo de pensar, una inesperada diferencia que mencionar entre ellos con relación a la permanencia y al efecto del progreso de la sociedad sobre su valor.

El valor de producción, o riqueza efectiva, consiste en cosas materiales. Estas cosas son, como si dijéramos, tomadas por el trabajo de los depósitos de la Naturaleza, y por virtud de su materialidad tienden a volver a aquellos depósitos desde el momento en que son tomados, exactamente como el agua tomada del Océano tiende a volver al Océano. El gran conjunto de la riqueza es, verdaderamente, producido con una intención de consumo que implica su inmediata destrucción. Y, aunque creo que podemos hablar

propiamente en diferente sentido del consumo de un libro leyéndolo, o de un cuadro o una estatua mirándolos, aún las partes no sujetas a una intencionada y casi inmediata destrucción, lo están a ésta por la obra de los elementos, por la desintegración mecánica y química, y, en último término, por su pérdida. Realmente, la mayor parte de las cosas materiales, si no todas en absoluto, después de haber sido traídas a la existencia, requieren el constante ejercicio del trabajo para mantenerlas en ella e impedir su retorno a los depósitos de la Naturaleza.

Pero aquellas cosas que tienen un valor que no procede del ejercicio del trabajo y que representan el poder dado por la ley, consentimiento o costumbres humanos de apropiarse los productos del esfuerzo, tienen su existencia real en el pensamiento o voluntad humanos, el elemento espiritual del hombre. El papel que utilizamos para conferirle, o proclamarlo o atestiguarlo, no son las cosas mismas, sino meras ayudas de la memoria. La esencia de una deuda no es la letra o el pagaré sino una obligación moral o un concierto mental; la esencia de un privilegio no es la carta escrita ni el ejemplar de una ley, sino la voluntad del soberano, que, teóricamente, se supone ser la voluntad de todos. La propiedad de la tierra no es el título de propiedad, sino la misma voluntad soberana o el supuesto consentimiento general.

Así como la parte espiritual del hombre -entendimiento, voluntad y memoria- continúa la misma mientras que la materia de que su cuerpo está compuesto continuamente se va transformando, así, una impresión mental conservada por la tradición, la creencia o la costumbre, en lo que podemos denominar la mentalidad social, puede permanecer mientras que los cambios físicos realizados por el hombre

desaparecen. Es probable que los más antiguos vestigios de la presencia del hombre sobre la tierra se encuentren en las palabras que todavía circulan, y que los cantos de la nodriza y los juegos de los niños antecedan a los más sólidos monumentos. No era falsa vanidad de Shakespeare la de que sus versos sobrevivirían al mármol y al bronce. Los edificios oficiales levantados por el poderoso primer ministro de Augusto César, no han servido para perpetuar su memoria; pero mucho más allá de lo que su mundo se extendió, el nombre de Mecenas vive todavía para nosotros en las odas de Horacio.

Ahora bien, del mismo modo, los valores que no pueden ser incluidos en la categoría de riqueza, constituyen una clase mucho más duradera que los valores que son propiamente incluidos. Nosotros, en la civilización contemporánea, generalmente limitamos el tiempo durante el cual las deudas, los pagarés u obligaciones semejantes del individuo pueden ser exigidas legalmente. Pero hay combinaciones por las cuales, un valor, que en realidad no es sino una obligación de entregar en lo futuro trabajo, puede continuar durante más largos períodos; al paso que muchos valores de naturaleza semejante, son considerados perpetuos, como ocurre en el caso de las deudas públicas, en el de algunos privilegios y con los derechos exclusivos a la tierra. Estos pueden conservar su valor íntegro, mientras el valor del gran conjunto de artículos de riqueza disminuye y desaparece.

¡Cuán poco de la riqueza que existía en Inglaterra hace doscientos años existe ahora! Y la parte infinitesimal que todavía existe ha sido conservada en la existencia solo con cuidados y fatigas constantes. Pero el caudal invertido en la Deuda pública de Inglaterra aún conserva su valor. De igual modo, las pensiones perpetuas

concedidas a sus favoritas y concubinas por los reyes de Inglaterra aún subsisten. Lo mismo ocurre con los patronatos, derechos de pesquería, mercado y otros privilegios especiales. Mientras que patentes como las de la Compañía New Rever, y el derecho al uso exclusivo de la tierra, en muchos sitios ha aumentado enormemente de valor. Estas cosas no han exigido cuidados o inquietudes para conservarlas. Por el contrario, han sido fuentes de continuos ingresos para sus propietarios, han permitido a sus propietarios exigir continuamente a generación tras generación de ingleses que padezcan fatigas e inquietudes en beneficio de ellos. Todavía su valor, esto es, su poder de continuar haciendo esto, permanece, no sólo íntegro, sino en muchos casos enormemente aumentado.

De todos los artículos de valor de producción, aquéllos que durante más tiempo retienen su cualidad de valiosos son los metales y piedras preciosas. En la moneda acuñada y en las joyas, pasando de mano en mano en los cambios de la civilización moderna, hay indudablemente algunas partículas del metal Y algunas piedras preciosas que tuvieron valor en la alborada de la historia y que lo han conservado desde entonces. Pero estas son raras y singularísimas excepciones. En cuanto podemos ver con alguna certidumbre, la cualidad del valor ha estado durante más tiempo y más constantemente adscrita a la propiedad de la tierra, que no es artículo de riqueza, que a ninguna otra cosa valuable. El pequeño pedazo de tierra situado en las laderas sabinas que Mecenas dio a Horacio, había sido indudablemente comprado y vendido y cambiado durante siglos antes de entonces y tiene, indudablemente, un valor hasta hoy. Y lo mismo, seguramente, ocurre con algunos de los solares de Roma. Al través de todas las mutaciones en las fortunas de la ciudad imperial, algunos de aquéllos han continuado, indudablemente, conservando un valor, unas veces

más bajo y otras veces más alto. Esta permanencia del valor es la que ha inducido a los abogados a denominar a la propiedad de la tierra, aunque en manera alguna es riqueza, propiedad real. Su valor permanece mientras la población continúa en ella y mientras las costumbres o leyes civiles garantizan los privilegios especiales de apropiarse el provecho que resulta de su uso.

Y entre los artículos de riqueza y las cosas de la índole de privilegios especiales, como las patentes y la propiedad de la tierra, que aun teniendo valor no son riqueza, hay todavía otra muy importante distinción que anotar. La general tendencia del valor adscrito a aquéllos es disminuir y desaparecer a medida que la sociedad progresa. La general tendencia del valor adscrito a los otros es aumentar.

Porque el progreso social, implicando aumento de población, extensión del comercio y mejoras de las artes, tiende continuamente, reduciendo el coste de producción, a disminuir rápidamente el valor del gran conjunto de artículos de riqueza ya en existencia, que tienen un valor de producción. En algunos casos el efecto del progreso social es, en verdad, destruir repentina y absolutamente estos valores. El valor de casi todos los productos del trabajo ha sido, en algunos años, reducido rápida y grandemente de ese modo, a la vez que el valor de mucha costosísima maquinaria ha sido, y todavía lo es, destruido por descubrimientos e invenciones y mejoras que hacen anticuado su empleo en la producción. Pero el crecimiento en la población y el aumento del poder productivo del trabajo acrecienta enormemente el valor de privilegios especiales como patentes y propiedad territorial en los caminos y centros de la vida social.

Por nuestro análisis se verá, como resulta de la observación, que la suma de riqueza existente en un tiempo dado, es mucho menor de lo que habitualmente se supone. La gran mayoría del género humano vive, no a cuenta de la riqueza almacenada, sino de su propio esfuerzo. La gran mayoría del género humano, aun en los países civilizados más ricos, deja el mundo tan desprovisto de riqueza como cuando entró en él.

Es el continuo empleo del trabajo lo que únicamente conserva la provisión de riqueza. Si el trabajo cesara, la riqueza desaparecería.

Y este hecho, el hecho de que el valor de mera obligación tiene una permanencia que no disfruta el valor de producción, al par que puede llevar a especulaciones demasiado profundas para que entremos en ellas ahora, y dar acaso la razón a aquéllos que dicen que el Universo material pudiera ser un mero reflejo y correspondencia del Universo moral y mental, y que, podemos encontrar la realidad, no en lo que llamamos vida, sino en lo que llamamos muerte; y al par que puede hacer comprensible la resurrección de los muertos, que a tantos ha tenido perplejos, se relaciona inmediatamente con muchas cosas a las cuales un estudio de la verdadera naturaleza y relaciones de la riqueza se aproxima, si es que no las toca íntimamente.

△▽

Capítulo XXI

La relación del dinero con la riqueza
Exponiendo que algún dinero es y alguno no es riqueza

Dónde trataremos del dinero.-Todavía no puede darse ninguna respuesta categórica a la pregunta de si el dinero es riqueza.-Algún dinero es y alguno no es riqueza.

La cuestión del dinero, en mi opinión, corresponde propiamente a este libro que trata de la naturaleza de la riqueza. Pero este asunto, en la época en que escribo, resulta tan complicado y contuso por las discusiones corrientes, sobre todo en los Estados Unidos, que para su completa dilucidación requiere tratarlo tan ampliamente que prolongaría demasiado este libro. Además, dichas discusiones corrientes acerca de lo que es y lo que debe ser dinero, envuelve principios que no encuentran su lugar propio en la discusión de la naturaleza de la riqueza, sino que serán tratados en los libros siguientes sobre la producción y la distribución. Por estas razones pospongo el pleno estudio del dinero hasta que las leyes de la producción y las leyes de la distribución hayan sido discutidas. Pero ahora, seguramente, se le ocurre al lector una pregunta, que debe ser contestada aquí; la pregunta: «el dinero ¿es riqueza?»

A esto no puede darse una contestación categórica por la razón de que, lo que llamamos propiamente dinero, es en el actual estado de la civilización, en todos los países, de clases esencialmente diferentes. Parte del dinero hoy en uso es riqueza, y parte no lo es. Parte, como, por ejemplo, el oro acuñado en los Estados Unidos e Inglaterra, es riqueza en la suma plena de su valor circulante. Parte, como la plata y el cobre y el bronce acuñado de los demás países, es riqueza, pero no riqueza en la plena extensión de su valor circulante. Mientras que alguno, como el papel moneda, que ahora constituye tan gran porción

del dinero del mundo civilizado, no es riqueza. Porque, como hemos visto, en sentido económico nada es riqueza sino en tanto que y en la medida en que el valor a ello adscrito es un valor de producción. El valor que nace de obligación no constituye parte de la riqueza de las naciones.

△

Libro tercero

La producción de la riqueza

△▽

Capítulo I

El significado de producción
exponiendo el significado y acepción adecuada de «producción»⁽²⁵⁾

La producción, una extracción de lo que antes existía.-Sus diferencias con la creación.-Producción de otras cosas que riqueza.-Comprende todos los estadios del llegar a ser.-Errores acerca de esto.

La palabra producción viene del latín *pro*, antes y *ducere*, sacar: y su literal significado es *sacar de*.

Producción, como vocablo de Economía Política, significa extracción por el hombre; traer a la existencia por el poder del hombre. No significa creación, cuyo propio sentido es traer a la existencia por un poder superior al del hombre, aquel único poder que, para escapar a la negación, nuestra razón se ve obligada a considerar causa final de todas las cosas.

De un sistema solar, de un mundo con todas las substancias y poderes que contiene, suelo, agua, aire, afinidades químicas, fuerzas vitales, invariables secuencias a las que llamamos leyes naturales, vegetales y animales en sus distintas especies en cuanto existen independientemente de la influencia modificadora del hombre, y del hombre mismo con sus facultades, necesidades e impulsos naturales, hablamos propiamente como creado. Cómo viene precisamente al ser, cuál es y dónde está el impulso original no podemos decirlo, y probablemente, en la esfera en que estamos confinados en esta vida, nunca podremos saberlo. Todo lo que podemos decir con certidumbre, es que no puede haber venido a la existencia por ningún poder humano; que existía antes que el hombre fuera y que constituye los materiales y fuerzas de los cuales la existencia de aquél depende, y sobre los cuales y en los cuales toda su producción está fundada. Puesto que no puede venir de lo que llamamos materia únicamente, ni de lo que aisladamente llamamos energía, ni tampoco de ninguna unión de estos dos elementos, tiene que proceder primariamente de aquel elemento original que en el más amplio análisis del mundo que la razón nos permite hacer distinguimos de la materia y energía como espíritu.

De nada que ha sido creado puede, pues, decirse en sentido económico político que es producido. El hombre no es un creador; no tiene poder para originar cosas, para hacer algo de la nada. Es un productor; esto es, uno que transforma, que extrae alterando lo que ya es. Todo su hacer cosas, su acción causal para que las cosas sean, es una extracción, una modificación en lugar o relaciones y en conformidad con leyes naturales que él no ha originado ni alterado de lo que ya se encuentra existente. Toda su producción tiene como su *substratum* o nexa lo que ya encuentra en el mundo, lo que existe

independientemente de él. Este *substratum* o nexo, el factor natural o pasivo sobre el cual y por el cual el factor humano o activo de la producción actúa, se llama, en términos de Economía Política, tierra.

Debe advertirse que cuando usamos como un término de Economía Política la palabra producción, tiene en algunos aspectos un significado mucho más estrecho y en otros más amplio del que frecuentemente, en el uso común, le atribuimos con bastante propiedad. Puesto que la producción de que la Economía Política trata primariamente es la producción de la riqueza, el término económico producción se refiere a ella. Pero es importante grabar en el pensamiento que la producción de la riqueza no es la única clase de producción.

Me he referido a este hecho antes, en el capítulo XVIII del libro II. Permitidme que hable de ello otra vez.

Limpio mis botas, rasuro mi faz, cojo un violín y toco en él, o empleo mi esfuerzo en aprender a hacerlo; escribo un poema, observo las costumbres de las abejas, o trato de que un amigo enfermo pase una hora más agradablemente leyéndole algo que excite y deleite su elevada naturaleza. De tales modos estoy satisfaciendo necesidades o deseos, cultivando facultades o aumentando conocimientos, ya para mí mismo, ya para otros. Pero no estoy produciendo riqueza. Y de igual modo aquéllos que en la cooperación de esfuerzos en que la civilización consiste se consagran a tales ocupaciones -limpiabotas, barberos, músicos, maestros, investigadores, cirujanos, nodrizas, poetas, sacerdotes- no toman parte, estrictamente hablando, en la producción de la riqueza. Sin embargo, podría engañarnos hablar de ellos como de no productores, sin cuidarnos de lo que realmente

significamos. Aunque no son productores de riqueza, son, sin embargo, productores, y a menudo productores de la más alta clase. Son productores de utilidades y satisfacciones, y no sólo son productores de aquello para lo cual la riqueza no es más que un medio, sino que indirectamente pueden ayudar a la producción de la riqueza misma.

En otro aspecto hay en esto algo que debe consignarse. En el lenguaje común, la palabra producción es empleada frecuentemente en un sentido que distingue el primer periodo de obtención de riqueza de los siguientes, y a los dedicados a los procesos primarios extractivos o formativos se les llama frecuentemente productores, para distinguirlos de los transportadores o comerciantes. Este uso de la palabra producción puede ser conveniente cuando deseemos distinguir entre funciones separables, pero debemos tener cuidado de no traerlo a nuestro habitual uso del término económico. En el significado económico de la palabra producción, el transportador o comerciante, o cualquiera otro dedicado a cualquiera subdivisión de aquellas funciones, está consagrado a la producción tan realmente como el primario extractor o fabricante. Un vendedor de periódicos o el dueño de un kiosco, por ejemplo, sería llamado, en el lenguaje común, distribuidor. Pero en terminología económica no hay distribuidor de riqueza, sino productor de riqueza. Aunque su participación en el proceso de la producción del periódico, hasta el último receptor, venga al final, no al principio, es tan productor como el fabricante de papel o el fundidor de tipos, el editor y compositor o impresor.

Porque el objeto de la producción es la satisfacción de los deseos humanos, es decir, el consumo, y este objeto no puede alcanzarse, es decir, la producción no está realmente completa hasta que la riqueza

es llevada al lugar donde ha de ser consumida y puesta a disposición de aquéllos que la deseen para su satisfacción.

Así, la producción de la riqueza en Economía Política incluye el transporte y el cambio. La distribución de la riqueza, por otra parte, no se refiere en la fraseología económica al transporte y al cambio sino, como veremos al tratar de esto, a la división de los resultados de la producción.

Este hecho ha sido ignorado por la gran mayoría de los economistas profesionales que, con pocas excepciones, tratan del cambio bajo el título de distribución de la riqueza en vez de darle su lugar propio bajo el título de producción de la riqueza.

△▽

Capítulo II

Los tres modos de producción

Exponiendo el carácter común, pero los diferentes modos de producción

*La producción implica cambio realizado por la voluntad consciente.-
Sus tres modos: 1.º Adaptando; 2.º Criando; 3.º Cambiando.-Este es
el orden natural de dichos modos.*

Toda producción resulta del esfuerzo humano sobre la naturaleza externa, y consiste en el cambio de lugar, condición, forma o combinación de los materiales naturales u objetos, de modo que se adapten o sean adaptados mejor a la satisfacción de los deseos humanos. En toda producción se hace uso de las fuerzas o potencias naturales, aunque en primer término la energía en el organismo

humano es sometida a la directa intervención de la consciente voluntad humana.

Pero la producción se realiza por diferentes caminos. Si repasamos con el pensamiento los ejemplos innumerables que podemos imaginar de los casos en que el esfuerzo del trabajo se traduce en riqueza, ya en aquellos estados primarios o extractivos de la producción, en que a lo que antes no era riqueza se le hace asumir este carácter, o en los posteriores o secundarios períodos en los que se adhiere un valor adicional o aumento de riqueza a lo que ya tenía el carácter de riqueza, encontramos que pueden agruparse en tres categorías o modos.

El primero de estos tres modos de producción, a los que la razón y la tradición juntas le dan la prioridad, es aquél en que, en los cambios que origina en las substancias y objetos naturales, el hombre hace uso únicamente de aquellas potencias y fuerzas naturales que podemos concebir como existentes o manifestándose por sí mismas en un mundo aun desprovisto de vida, o acaso pueda proporcionar un mejor ejemplo decir, en un mundo en el cual el principio generativo o reproductivo de la vida acaba de aparecer o se halla en tales condiciones que no es utilizable por el hombre. Esto comprendería todas las fuerzas y potencias naturales, como la gravitación, el calor, la luz, la electricidad, la cohesión, las atracciones y repulsiones químicas, en una palabra, todas las fuerzas y relaciones naturales que son utilizadas en la producción de riqueza por bajo del punto de incidencia de la fuerza vital generatriz.

Podría acaso imaginarse mejor tal separación de las fuerzas naturales, si nosotros nos representáramos a Robinson Crusoe

arrojado a una isla verdaderamente desierta o a una arenosa playa desnuda, en un barco abundantemente provisto de artefactos marinos, herramientas y alimentos, tan libres de la humedad y preservados de destrucción como incapaces de crecimiento o reproducción. También podemos, si lo preferimos, imaginar que el barco contiene un perro, una cabra o cualquier número de otros animales, con tal que no formen pareja de sexos. Verdaderamente, no podemos imaginar ni siquiera una arenosa playa desnuda en la cual no hubiera ninguna manifestación del principio generativo, insectos y vegetales, si no en las más bajas formas de la vida de peces y pájaros, pero podemos imaginar fácilmente que nuestro Robinson no entendía o no encontraba conveniente utilizar por sí propio tales manifestaciones del principio reproductivo. Aunque sin ningún uso del principio, por el cual se puede hacer que las cosas crezcan y aumenten, tal hombre podría producir riqueza puesto que, cambiando de lugar, forma o combinación lo que ya existe en su isla o en su barco, podría adaptarlo a la satisfacción de sus deseos. Así podría producir riqueza del modo que el Robinson Crusoe de De Foe, de cuya vida solitaria tanto hemos participado en imaginación, produjo riqueza cuando primeramente tomó tierra, trasladando las cosas deseables desde el barco náufrago a la tierra firme, antes de que llegasen las tormentas destructoras, y cambiando el lugar y forma de aquéllas de la manera más acomodada para su propósito, haciendo él mismo una cabaña, un bote, redes, velas, vestidos y demás. De igual modo pudo pescar peces, matar o cazar pájaros, capturar tortugas, coger huevos y convertir los materiales alimenticios que estaban a su disposición en manjares más apetecibles. Así, sin criar o alimentar nada, pudo sostener su vida con su trabajo hasta que la muerte o los salvajes u otro buque llegasen.

Para este modo de producción, que es mecánico en su naturaleza y consiste en el cambio de lugar, forma, condición o combinación de lo que ya existe, me parece a mí que el mejor vocablo es «adaptando».

Este es el modo de producción del pescador, del cazador, del minero, del fundidor, el refinador de azúcar, el mecánico, el manufacturero, el transportador y también el carnicero, desbravador de caballos o domesticador de animales que no son además criadores. Lo utilizamos cuando producimos riqueza sacando carbón del yacimiento y trasladándolo a la superficie de la tierra, y también cuando obtenemos un posterior aumento de riqueza llevando el carbón al lugar donde ha de ser consumido para la satisfacción del deseo humano. Usamos de este modo de producción cuando convertimos árboles en madera, o madera en tablas; cuando convertimos el trigo en harina, o el jugo de la caña o la miel en azúcar; cuando separamos los metales de las combinaciones en que se encuentra en los minerales, y cuando los unimos en nuevas combinaciones que nos dan la aleación deseable como en el latón, el metal de fundición, aluminio, bronce, etc., o cuando por los varios procesos de separación y recomposición producimos las fibras textiles y las convertimos en paños, velas, sacos, etc., o cuando damos a sus diversos materiales formas o combinaciones convenientes, construimos herramientas, máquinas, barcos o casas. Realmente, todo lo que en el más estricto sentido llamamos usualmente «hecho», o en más amplia escala, «manufacturado», es obtenido por la aplicación del trabajo conforme a este primer modo de producción: el modo «adaptando».

En el Noroeste, se habla, sin embargo, algunas veces de «fabricar trigo»; en el Oeste de «hacer cerdos», y en el Sur de «hacer algodón»

(la fibra), o «hacer tabaco» (la hoja). Pero en tal sentido local o especial, las palabras fabricar o hacer, son usadas como equivalentes de producción. El sentido no es el mismo, ni la acción sugerida es igual que cuando propiamente hablamos de fabricar harina o de hacer tocino, lienzo de algodón o cigarros. Admirables máquinas han sido, en verdad, construidas por el humano poder de adaptación, pero ninguna extensión de este poder de adaptación capacitará a aquél para construir una máquina que se alimente a sí propia y se reproduzca. Su poder de adaptar, extendido infinitamente, no le permitirá fabricar un solo grano de trigo que germine, o hacer un cerdo, un tallo de algodón o una hoja de tabaco. La producción de tales cosas está tan por cima del poder de adaptar del hombre como el «hacer un mundo» o «fabricar un sistema solar».

Hay, sin embargo, otro o segundo modo de producción. En éste, el hombre utiliza la fuerza vital o reproductiva de la Naturaleza para que le ayude en la producción de riqueza. Obteniendo vegetales, injertos, vástagos o semillas y plantándolas, capturando animales y alimentándolos, podemos, no sólo producir vegetales y animales en mayor cantidad de aquélla que la Naturaleza espontáneamente nos brinda, sino en muchos casos mejorar su cualidad de adaptabilidad para sus usos. Este segundo modo de producción, el modo por el cual podemos utilizar el poder vital o generativo de la Naturaleza, lo distinguiremos mejor del primero, a mi juicio, denominándolo «criando»; es el modo del labrador, del injertador, del florista, del colmenero, y, en ciertas extensiones al menos, el del cervecero y destilador.

Y junto al primer modo que hemos llamado «adaptando, y al segundo que hemos llamado «criando», hay además un tercer modo

por el cual los hombres civilizados producen riqueza. En el primer modo, hacemos uso de los poderes o cualidades inherentes a todas las cosas materiales; por el segundo, usamos los poderes o cualidades inherentes a todas las cosas vivientes, vegetales o animales; pero este tercer modo de producción consiste en la utilización de un poder, principio o tendencia, manifestado sólo en el hombre y perteneciente a él por virtud de su peculiar don de racionalidad: el de cambio o comercio.

Por su disposición y poder para el cambio al través de ellos, en lo cual difiere el hombre esencialmente de los demás animales, es como se realiza el progreso humano, como demostraré después. Sin embargo, no sólo es mediante el cambio como se hace posible utilizar en la producción los más altos poderes del factor humano y del factor natural juntamente sino que, a mi juicio, el cambio en sí mismo, origina un perceptible aumento en la suma de riqueza, y aun cuando nosotros pudiéramos ignorar la manera cómo el cambio extiende el poder de los otros dos modos de producción aquél constituirá por sí solo un tercer modo de producción.

En el cuento yanqui de los dos escolares tan inclinados al comercio, que cuando los encerraron en un cuarto hicieron dinero cambiando cuchilladas, hay una exageración de una verdad. Cada una de las dos partes, en un cambio, se propone ganar y, como regla general, gana algo que para ella vale más que aquello que da, es decir, que representa para ella un mayor poder de trabajo para satisfacer el deseo. Así hay en la transacción un actual aumento en la suma de riqueza, una actual producción de riqueza. Un buque mercante, por ejemplo, penetra en el mar Ártico y cambia anzuelos, arpones, pólvora y fusiles, cuchillos y espejos, lentes oscuros y

mosquiteros, por peletería. Cada una de las partes que cambia obtiene en retorno de lo que le cuesta un trabajo comparativamente menor, aquello que le costaría una mayor cantidad de trabajo alcanzar por cualesquiera otros modos de producción. Cada uno gana en ese acto. Eliminando el transporte, que pertenece al primer modo de producción, la riqueza reunida de ambas partes, la suma de riqueza del mundo, ha sido aumentada por el cambio mismo.

Este tercer modo de producción llamémoslo «cambiando». Es el modo del mercader o traficante, o del almacenista, o como el inglés que aún vive en Inglaterra lo llama, el tendero; y el de todos los auxiliares, incluyendo en gran medida los transportadores y sus auxiliares.

Por consiguiente, tenemos estos tres modos de producción:

Primero, «adaptando».

Segundo, «criando».

Tercero, «cambiando».

Estos modos van apareciendo y adquieren importancia en el desenvolvimiento de la sociedad humana en el orden enumerado. Se originan por el aumento de los deseos humanos con el acrecentamiento de los medios de satisfacerlos bajo la presión de la ley fundamental de la Economía Política: que el hombre procura satisfacer sus deseos con el menor esfuerzo. En el primitivo estadio de la vida humana, el modo más fácil de satisfacer los deseos es adaptar al uso humano lo que ya existe. En un posterior y más regular estadio, se descubre que ciertos deseos pueden ser satisfechos más fácil y plenamente utilizando el principio de desarrollo y reproducción,

como cultivando vegetales y alimentando animales. Y en un período todavía posterior de desenvolvimiento se hace notorio que ciertos deseos pueden ser mejor y más fácilmente satisfechos por el cambio, que utiliza el principio de cooperación más plena y poderosamente de lo que podría lograrse entre unidades económicas que no traficaran.

△▽

Capítulo III

Población y subsistencias

Exponiendo que la teoría de una tendencia de la población a aumentar más deprisa que las subsistencias ha sido examinada y condenada previamente

La teoría malthusiana.-Su discusión en Progreso y miseria.

Al proceder al estudio de las leyes de la producción de la riqueza, sería conveniente examinar, en primer término, cualquier ley natural, si la hubiere, que limitase las operaciones del hombre en la producción. En la teoría malthusiana, la Economía Política clásica ha sostenido que hay una ley natural que origina una tendencia en la población a aumentar más deprisa que las subsistencias. Esto, apareciendo como apareció en el período formativo de esta ciencia, fue realmente un baluarte de la Economía Política aceptada durante mucho tiempo y proporcionó a la riqueza una cómoda teoría para arrojar sobre el Creador la responsabilidad de todo el vicio, crimen y padecimientos provenientes de las injustas acciones de los hombres que constituyen la negra mancha de nuestra civilización del siglo XIX. Admitiendo con

la doctrina corriente que los salarios son determinados por la proporción entre capital y trabajo, obteniendo apoyo del principio vigorosamente sostenido en las discusiones corrientes acerca de la teoría de la renta de que, pasado un cierto punto, la aplicación del capital y el trabajo a la tierra da un rendimiento decreciente, y armonizando con la teoría del desarrollo de las especies por selección, llegó a tener suprema importancia y, durante mucho tiempo obtuvo, aun en los hombres bien dispuestos y equilibrados, una autoridad de la cual no pudo desembarazarse por sí misma. Pero en *Progreso y miseria* he consagrado a esto un libro entero, compuesto por cuatro capítulos. En éstos y en los siguientes he analizado la teoría, de modo que no es necesario razonar nuevamente acerca de ella, sino que puedo remitir a aquella obra mía a quienes deseen estudiar la naturaleza, desarrollo y reprobación de dicha teoría.

Como las dimensiones de aquella obra no me permitieron abarcar toda la Economía Política, sino sus más salientes puntos únicamente, ahora tendré que examinar aquí, porque no lo hice completamente en aquel libro, la doctrina de la ley del rendimiento decreciente en agricultura. Puesto que esta doctrina aún no ha sido discutida, que yo sepa, estará bien que lo haga aquí por entero.

△▽

Capítulo IV

La pretendida ley del rendimiento decreciente en agricultura
Exponiendo lo que es dicha pretendida ley

Cita de John Stuart Mill acerca de la importancia, relaciones y naturaleza de esta ley.-La reductio ad absurdum, por la cual se

prueba.-Afirmación de que es una falsa percepción de la ley universal del espacio.

Antes de entrar a tratar de la cooperación, es necesario considerar, para dejar despejado el camino, lo que desde el tiempo de Adam. Smith ha sido considerado en las obras fundamentales de Economía Política como la más importante ley de la producción y aun de toda la Economía Política. Es lo que se llama «la ley de la producción decreciente», o más plena y exactamente, «la ley del rendimiento decreciente en la agricultura». John Stuart Mill (*Principios de Economía Política*, libro I cap. XII, sección 2.^a) dice acerca de esto:

«Esta ley general de la industria agrícola es la proposición más importante de la Economía Política. Si esta ley fuera otra, casi todos los fenómenos de la producción y distribución de la riqueza serían otros de los que son».

Esta opinión acerca de la importancia de la «ley del rendimiento decreciente en la agricultura», palpita en las obras fundamentales de Economía Política y es defendida por los más recientes escritores profesionales, como el profesor Walker, de los Estados Unidos, y el profesor Marshall, de Inglaterra, así como por Mill y sus predecesores. Proviene de la relación de esta pretendida ley con los ordinarios conceptos acerca de la ley de la renta, y especialmente del apoyo que parece dar a la doctrina malthusiana de que la población tiende a superar a las subsistencias, apoyo al que se debe la prolongada aceptación de tal doctrina.

Así, como consecuencia necesaria de esta ley de los «rendimientos decrecientes de la agricultura», John Stuart Mill, dice en el libro I, cap. XIII, sección 2.^a. de sus *Principios de Economía Política*.

«En todos los países que han rebasado el período primitivo en los progresos de la agricultura, cada aumento en la demanda de subsistencias, ocasionado por el acrecentamiento de la población, disminuirá siempre a menos que haya una simultánea mejora en la producción la parte que en una división equitativa corresponderá a cada individuo... De esto resulta el importante corolario de que la necesidad de restringir la población no es, como creen muchas personas, peculiar a una condición de gran desigualdad de la propiedad. Un mayor número de personas, en ningún periodo de la civilización puede ser abastecido colectivamente tan bien como uno menor. La tacañería de la Naturaleza, no la injusticia de la sociedad, es la causa de los padecimientos que acompañan al exceso de población. Ni siquiera una injusta distribución de la riqueza agrava el mal, sino que, a lo sumo, es causa de que éste se sienta un poco antes. Es inútil decir que todas las bocas que el aumento del género humano trae a la existencia vienen con dos brazos. Las nuevas bocas necesitan tanto alimento como las viejas, y los brazos no producen tanto».

En cuanto a la ley misma de la cual se deducen confiadamente tan tremendas consecuencias -consecuencias que nos llevan al error de negar la justicia del Creador y suponer que el Supremo Espíritu es un tan menguado artífice que constantemente está haciendo lo que cualquier anfitrión humano se avergonzaría de hacer, -traer a su mesa más convidados de los que puede alimentar,- es expuesta así por Mill:

«Después de un cierto y no muy adelantado período en el progreso de la agricultura; tan pronto, en efecto, como el género humano se aplicó al cultivo con alguna energía y lo realizó con herramientas tolerables, la ley de la producción agrícola es que, en cualquier

período de habilidad o saber agrícolas, aumentando el trabajo, el producto no se aumenta en igual grado; duplicando el trabajo no aumenta el producto en igual grado, o, para expresar lo mismo en otras palabras: cada aumento del producto es obtenido por un aumento en la aplicación del trabajo a la tierra más que proporcional».

Con posterioridad se ha extendido esta ley «del rendimiento decreciente de la agricultura» a las minas y, en una palabra, a todas las industrias primarias o extractivas que dan el carácter de riqueza a lo que no lo era antes, pero no a aquellas industrias secundarias o derivadas que añaden un aumento adicional de la riqueza a lo que ya era riqueza. Así, puesto que la ley de la productividad decreciente en la agricultura no se aplica a las industrias secundarias, se supone que todo aumento de trabajo (y capital) aplicado a las manufacturas, por ejemplo, continuará dando un proporcionado y más que proporcionado rendimiento. Y como prueba concluyente y axiomática de esta ley de la «productividad decreciente» de la agricultura, se dice que si no existiera esta ley particular y ocurriera, por el contrario (como se supone que sucedería sin aquélla), el hecho de que la aplicación adicional del trabajo diera por resultado un proporcional aumento en la misma tierra, una sola granja bastaría para proporcionar todos los productos agrícolas requeridos para alimentar el conjunto de la población de Inglaterra o de los Estados Unidos, o de cualquier otro país, o naturalmente, de todo el mundo, por el mero aumento en la aplicación del trabajo.

Esta proposición parece haber sido aceptada por la generalidad de los economistas profesionales como una valedera *reductio ad absurdum*, y parece haber alcanzado la misma autoridad en el pensamiento vulgar que la proposición análoga de la doctrina

malthusiana de que si aumentando la población no encontrara crecientes dificultades para ganarse la subsistencia, el género humano llegaría en breve plazo a tal número que para hallar sitio tendrían que estar unos sobre otros.

Pero el análisis demostrará que este armazón lógico que los economistas han imaginado tan fuerte, y sobre el cual han edificado con tanta confianza, se basa en un completo error; que, en realidad, no hay ninguna ley especial de productividad decreciente aplicable a la agricultura o a las ocupaciones extractivas, o al uso de los agentes naturales, que son los varios modos con que los últimos escritores han expuesto algunas veces lo que escritores precedentes llamaban la ley de la productividad decreciente en la agricultura; y que, lo que han tomado equivocadamente como una ley especial de productividad decreciente, es, en realidad, una ley general, aplicable lo mismo a las manufacturas y al comercio que a la agricultura, siendo de hecho nada menos que la ley del espacio aplicable a toda existencia y movimiento materiales, tanto inorgánicos como orgánicos.

Esto aparecerá si consideramos la relación del espacio con la producción. Mas, para hacerlo completamente y franquear el paso a consideraciones que tendrán importancia en otras partes de esta obra, me propongo, primero, fijar el significado y naturaleza del espacio y del tiempo.

△▽

Capítulo V

Del espacio y del tiempo

Exponiendo que la razón humana es una, y que, tan lejos como pueda ir, hay que confiar en ella

Finalidad de esta obra.-De la Metafísica.-Peligro de concebir las palabras como cosas.-El espacio y el tiempo no son concepción de cosas, sino de relaciones de ellas.-No pueden tener, por tanto, principio y fin independientes.-El hábito verbal que favorece esta idea.-Cómo ha sido favorecida por los poetas y por los predicadores religiosos.-Cómo ha sido favorecida por los filósofos.-Kant.-Schopenhauer.-Misterios y antinomias que son realmente confusiones en el significado de las palabras.-La razón humana y la razón eterna.-Filósofos que son realmente malabaristas de las palabras.

Mi propósito en esta obra es explicar la ciencia de la Economía Política tan claramente que pueda ser entendida por cualquier hombre de capacidad corriente que le preste mediana atención. Deseo, por consiguiente, esquivar, en cuanto sea posible, todo lo que tenga sabor de metafísica. Porque la metafísica, que en su verdadero significado es la ciencia de las relaciones comprobadas por la razón humana, ha venido a ser, en manos de aquéllos que han asumido su enseñanza, un sinónimo de lo incomprensible, comunicando al pensamiento común la vaga noción de un reino por cima de los alcances de la razón ordinaria en el que el sentido común sólo puede aventurarse para retroceder amedrentado y abatido.

Sin embargo, para seguir hasta su raíz las confusiones contenidas en las enseñanzas económicas corrientes y despejar el campo a una Economía Política más congruente, es necesario fijar el verdadero significado de dos conceptos que pertenecen a la metafísica y que

están envueltos en confusiones que no sólo han perturbado las enseñanzas de la Economía Política, sino también las de la filosofía en su más alto sentido. Estos conceptos son los de espacio y tiempo.

Toda existencia material es en el espacio y en el tiempo. Por consiguiente, la producción de riqueza, que en todos sus modos consiste en causar por el esfuerzo humano cambios en el lugar o relación de las cosas materiales de modo que se adapten a las satisfacciones de los deseos humanos, implica a la vez espacio y tiempo.

Esto puede parecer un axioma, un hecho tan evidente por sí mismo que no necesita demostración. Pero se han malgastado muchas discusiones y se han originado muchas confusiones por no tener los economistas esto en el pensamiento. Por consiguiente, para levantarnos desde firmes cimientos, tenemos que ver con claridad qué es lo que verdaderamente se significa por espacio y por tiempo. Con esto venimos, en el mismo corazón de la metafísica, a un punto donde las enseñanzas de los que pasan por los más altos filósofos son las más vacilantes y las que más hacen vacilar.

Al preguntarnos a nosotros mismos lo que realmente significamos por espacio y tiempo debemos proceder con cuidado, porque hay el peligro de que el habitual uso de las palabras como instrumentos del pensar pueden conducir al error de tratar lo que ellas expresan como objeto del pensamiento o cosas, cuando realmente no son cosas, sino sólo las cualidades o relaciones de las cosas. Esta es una de aquellas fuentes de error que Bacon, en su clasificación simbólica, llamaba Ídolos del Foro. Aunque una palabra es una cosa, en el sentido de que su forma verbal puede ser un objeto de pensamiento, sin embargo,

ninguna palabra es cosa, en el sentido de representar a la mente lo que, aparte de la mera forma verbal, puede ser materia de pensamiento. Revestir en forma de palabras lo que los ojos y los oídos pueden distinguir de otras palabras, por más que en su significado impliquen contradicciones, no es hacer una cosa, que en sí misma y separadamente de su mera forma verbal, pueda concebirse. Dar un nombre a una forma de palabras que envuelvan contradicciones, es dar nombre a aquello que sólo se puede concebir verbalmente y que, en un sentido más profundo que éste, es una negación, es decir, una no cosa, o nada.

Sin embargo, esta es la trampa de mucho de lo que hoy pasa por la más profunda filosofía, como era la trampa de Platón y de mucho de lo que él puso en boca de Sócrates. Para lograrlo se inventa una palabra que signifique cualidades opuestas tal como «bajo-alto», o «cuadrado-redondo», o una frase sin significado imaginable, tal como una «cuarta dimensión del espacio». Para ello será más hábil emplear una lengua que, siendo extraña al uso vulgar, sea sugestiva para la enseñanza. El latín o el griego han sido empleados durante mucho tiempo para este fin, pero entre pueblos de idioma inglés, el alemán lo hace ahora lo mismo si no mejor, y aquéllos que a sí propios se llaman teósofos, han elegido el sanscrito o lo que ellos toman por sanscrito, muy satisfactoriamente. Ahora bien, si tenéis fama de superior penetración y persistís algún tiempo en aparentar que tratáis vuestra nueva palabra o frase como si realmente la hicierais objeto de pensar profundo, pronto encontraréis otros que se persuadirán a sí propios a creer que ellos también lo pensaban, hasta que, finalmente, si alcanza boga académica, los hombres bastante sinceros para decir que no la entienden serán desdeñados, considerándolos conciudadanos ignorantes cuya educación ha sido descuidada. Esta es, realmente, la

misma treta que se utiliza cuando os ponéis en la calle a mirar al cielo como si vierais algo desacostumbrado, hasta que se agrupa una multitud que mira también. Pero así se han hecho grandes reputaciones en filosofía.

Ahora bien, en verdad, cuando llegamos a analizar nuestras percepciones de espacio y de tiempo vemos que son concepciones, no de cosas existentes en sí mismas, sino de relaciones que las cosas existentes en sí mismas pueden tener una con otra, siendo el espacio una relación de extensión o lugar entre una cosa y las demás, tal como lejos o cerca, aquí o allí, y el tiempo una relación de sucesión entre una cosa y otra, como antes y después, ahora y luego. Para concebir el espacio tenemos necesariamente que pensar en la situación de dos puntos, y para hacer inteligible a nuestro pensamiento la relación de extensión entre ellos tenemos que imaginar también un tercer punto que pueda servir como una medida de esta relación. Para pensar del tiempo tenemos necesariamente que pensar dos puntos de aparición o desaparición, y para hacer inteligible a nuestra mente esta relación de secuencia entre ellos, tenemos que imaginar también un tercer punto que pueda servir de medida para esta relación.

Puesto que el espacio y el tiempo no existen, sino que son expresiones de relación recíproca entre otras cosas concebidas como existentes, no podemos pensar que aquéllos tengan principio ni fin, ni su creación o aniquilación, aparte de las cosas cuya relación expresan. Siendo el espacio una relación de extensión entre el sitio de dos cosas, y el tiempo una relación de sucesión entre cosas respecto de su aparición o duración, las dos palabras expresan propiamente relaciones que, como las relaciones de forma y número de que las

matemáticas tratan en sus dos ramas de Geometría y Aritmética, expresan una relación actual donde quiera que las cosas a que se refieren tienen existencia actual, y de una relación potencial donde quiera que las cosas a que se refieren tienen meramente existencia potencial. No podemos imaginar un cuándo o un dónde en que el conjunto no sea igual a la suma de sus partes o que alguna vez cese de serlo, o en que, las líneas y ángulos de un cuadrado no sean, o puedan dejar de serlo, iguales entre sí, o en que los tres ángulos de un triángulo no sean, o puedan dejar de ser, iguales a dos ángulos rectos. Ni tampoco podemos imaginar un cuándo o un dónde en que dos veces uno no hagan dos o puedan dejar de hacerlo, y en que dos veces dos no hagan o puedan dejar de hacer cuatro. Del mismo modo es enteramente imposible para nosotros imaginar un cuándo o un dónde en que el espacio y el tiempo puedan tener principio o fin aparte del principio o fin de las cosas cuya relación entre sí expresan aquéllas. Tratar de concebir el espacio y el tiempo sin suponer cosas cuyas relaciones entre sí son expresadas por aquéllos, es tratar de imaginar un cambio sin conexión con una substancia, es tratar de pensar una no cosa o nada: una negación de pensamiento.

Esto es perfectamente claro para nosotros cuando añadimos un artículo al nombre y hablamos de «un espacio» o «el espacio», o de «un tiempo» o «el tiempo», porque en tal modo de hablar, la relación de una cosa o conjunto de cosas, con otra cosa o conjunto de cosas es expresada por alguna preposición, como «de», «antes», «después» o «cuando». Pero cuando el nombre es usado sin el artículo y los hombres hablan de espacio y de tiempo en sí mismos sin una palabra de particularización o preposición de relación, las palabras tienen, en el uso de nuestro idioma inglés, el significado de todo el espacio o espacio en general, o todo el tiempo o tiempo en general. En este

caso, la costumbre de mirar las palabras como si denotaran cosas existentes en sí mismas, nos suele llevar a olvidar que espacio y tiempo sólo son nombres de ciertas relaciones en que las cosas están entre sí, y venimos a considerarlos como cosas que, en sí mismas y aparte de aquéllas cuya relación expresan, pueden llegar a ser objetos del pensamiento. Así, sin analizar los procesos, venimos a aceptar en nuestras mentes esas palabras desnudas como representativas de una clase de existencias materiales, bosquejando vagamente el espacio como una especie de atmósfera o éter en el que todas las cosas flotan y el tiempo como un curso siempre fluyente que arrastra todas las cosas.

Partiendo de este bosquejo mental, estamos prontos a suponer que, tanto el espacio como el tiempo, tienen que haber tenido un principio antes del cual no existía ni espacio ni tiempo, y han de tener límites, más allá de los cuales ni el espacio ni el tiempo puedan existir. Pero cuando nosotros procuramos imaginar estos comienzos o estos límites, pensamos en algo que, por el momento, suponemos que es el principio o lo más remoto de las cosas existentes. Sin embargo, por lejos que llevemos esta hipótesis, en el mismo instante vemos que puede ser llevada más lejos todavía. Pensar algo como lo primero implica la posibilidad de pensar algo como anterior a aquello respecto de lo cual nuestro momentáneo primero se convertiría en segundo. Pensar de una remotísima estrella en el universo material, implica la posibilidad de imaginar otra estrella más lejana todavía.

Así, en el esfuerzo para aprisionar tales concepciones materiales de tiempo y espacio, éstas, inevitablemente, se nos escapan. Al tratar de imaginar lo que únicamente son nombres para relaciones que las cosas tienen entre sí como si fueran cosas en sí mismas, llegamos a

un punto, no sólo de confusión, sino de negación: un conflicto de ideas absolutamente opuestas, parecido al que surgiría en la mente de los ignorantes por la pregunta del estudiante acerca de qué ocurriría si una fuerza irresistible tropezara con un cuerpo incommovible.

Ahora bien, este modo de emplear los nombres de espacio y tiempo sin artículo, como si pensáramos que significan cosas existentes en sí mismas, ha sido muy favorecido por los poetas, cuyo empleo de las palabras es necesariamente metafórico y libre. Y ha sido muy favorecido por los predicadores religiosos, cuyos esfuerzos para dar cuerpo a verdades espirituales tienden a la expresión poética y quienes han sido propicios en todos los tiempos a no distinguir entre la atribución al más alto poder de lo que trasciende de nuestro conocimiento y lo que es opuesto a nuestra razón, suponiendo que la repugnancia de la razón humana para aceptar las contradicciones a que dan el nombre de misterios prueba la debilidad de la razón.

Así, la costumbre de imaginar el espacio y el tiempo como cosas en sí mismas, y no meramente relaciones de cosas, ha sido general en la literatura religiosa, y en nuestra edad más impresionable oímos hablar de seres que no conocen espacio ni tiempo, y de cuándo y dónde en que el espacio y el tiempo no existen. Y como los niños retroceden ante el imposible intento de imaginar lo inimaginable, y luchan en vano para idear un cuándo o un dónde en que el espacio y tiempo no existen, o cesan de existir, son reducidos al silencio, diciéndoles que es impío tratar de medir con la limitada sonda de la razón humana, los infinitos abismos del pensamiento divino.

Pero la tendencia de los teólogos a encontrar un misterio insoluble en la contradicción que acompaña a la tentativa de concebir el espacio

y el tiempo, no como relaciones, sino como existencias independientes, ha sido acompañada o acaso precedida por los filósofos, quienes usando palabras sin sentido, y emitiéndolas como si realmente contuvieran ideas coherentes, han monopolizado lo que pasaba por superior penetración. Estos (o al menos los que de ellos han mirado a los teólogos con desagrado), no han llamado, es verdad, misterio divino al inevitable conflicto de ideas que surge cuando procuramos considerar mentalmente lo que en realidad es una relación como si fuera en sí mismo una cosa. Pero han admitido este conflicto como algo inherente, no a la confusión de palabras, sino a la debilidad de la razón humana, razón humana que ellos mismos pretenden elevar e instruir.

Kant, cuya admirable incomprendibilidad es un vigoroso ejemplo de lo que (ya fuese antes de él o a causa de él) parece haber llegado a ser una característica facilidad alemana para inventar palabras cómodas para el malabarismo filosófico, dignificó este supuesto necesario conflicto llamándolo «antinomia», cuyo término, sugiriendo en su derivación la idea de un conflicto de leyes, fue empleado por aquél para significar una contradicción existente en sí misma o mutua destrucción de conclusiones inevitables para la razón humana; algo que tiene que ser imaginado, por más que no puede imaginarse. Así, la palabra «antinomia», en la filosofía académica que ha seguido a Kant, reemplaza a la palabra «misterio» en la filosofía teológica, encubriendo la idea de una necesaria inconciliabilidad de la razón humana.

Kant, por ejemplo, nos dice, que espacio y tiempo son formas de la sensibilidad humana, lo cual, en cuanto yo puedo entenderlo, significa que nuestra naturaleza mental nos reviste de algo como lentes

coloreados; de modo que, cuando *nosotros* consideramos las cosas, éstas siempre se nos aparecen como existentes en el espacio y en el tiempo, pero que esto es meramente su apariencia para nosotros, y que las cosas en sí mismas, es decir, las cosas tal como realmente existen separadas de nuestra sensibilidad o de nuestra percepción de ellas, o como ellas pueden ser observadas por la «razón pura» (esto es, una razón aparte de la razón humana), en manera alguna existen en el espacio y en el tiempo.

En un pasaje que yo he citado ya, el mucho más legible Schopenhauer habla de la destrucción de la capacidad para pensar que resulta del laborioso estudio de una logomaquia compuesta con el monstruoso amontonamiento de palabras que se anulan y contradicen entre sí. Pero de esto, el propio Schopenhauer, con todo su vigor y brillantez, es un notable ejemplo. Su minucioso estudio de Kant le ha reducido evidentemente a la situación de espíritu de que él habla en que «frases huecas pasan por ideas». Toda su filosofía está fundada sobre la *Crítica de la razón pura*, de Kant, de la cual habla como «del más importante fenómeno aparecido en la filosofía desde hace doscientos años», y cuya completa comprensión declara aquél al principio y una y otra vez que es absolutamente necesaria para entender sus propias obras. Comparando los efectos de los escritos de Kant sobre el espíritu al que realmente se dirigen aquéllos, con el de la operación de las cataratas sobre un hombre ciego, añade:

«El objetivo de mi obra puede explicarse diciendo que he tratado de poner en manos de aquéllos en quienes se ha efectuado satisfactoriamente aquella operación un par de lentes adecuados para los ojos que han recobrado la vista, lentes para cuyo uso, aquella operación, es condición absolutamente necesaria».

Y al través de estos lentes de «La cuádruple raíz del Principio de razón suficiente» y la obra capital de la que ésta es preliminar, *El mundo como voluntad y representación*, Schopenhauer nos introduce en lo que parece a la razón natural como una especie de filosofía «Alicia en la tierra maravillosa». Si puedo entender a un hombre que parece tener un peculiar don de expresión lúcida siempre que se aplica a cosas inteligibles, y cuyos escritos están iluminados por muchas observaciones agudas y muchas reflexiones sagaces, este mundo, en el cual me encuentro y que desde lo exterior a mí es tan inmenso, tan variado, tan admirable, desde lo interior no es más que «yo, yo mismo», mi idea, mi representación mi voluntad; y el espacio y el tiempo únicamente existen en mi imaginación, apariencias impuestas a mí por las formas de mi conciencia. Miro, por ejemplo, un gatito, el cual poco a poco crece y tiene a su vez gatitos, y al mismo tiempo o en diferentes tiempos y lugares yo veo o recuerdo haber visto muchos gatos -gatos adultos, gatos jóvenes, gatos recién nacidos; negros, blancos, grises, manchados y jaspeados, en diferentes períodos de edad, desde gatitos cuyos ojos aún no están abiertos, hasta gatos decrepitos que han perdido sus dientes.- Pero, en realidad, en el interior de las cosas, por decirlo así, sólo hay un gato que existe siempre sin referencia al tiempo ni al espacio. Este gato eterno es la idea de un gato o gato idea, que se refleja en toda clase de formas en las facetas caleidoscópicas de mi percepción. Y, como con los gatos, ocurre con todas las cosas en que este infinito y variado mundo se presenta ante mí; planetas y soles, plantas y árboles, animales y hombres, materias y fuerzas, fenómenos y leyes. Todo lo que veo, oigo, toco, gusto, huelo o percibo de cualquiera otra manera, todo es miraje, representación, ilusión. Todo ello es la fábrica sin cimientos de una visión, las ineludibles fantasmagorías de la pesadilla,

que contiene necesariamente más dolor que placer, en que consiste esencialmente lo que llamamos vida; de la que, no obstante, quien sufra en ella no puede escaparse por el suicidio, puesto que sólo conseguirá volver a la vida en otra forma y substancia; pero de la que, el hombre verdaderamente sabio, tiene que buscar alivio, hundiéndose en la muerte sin desear morir; o en otras palabras, dominando la «voluntad de vivir», único camino que conduce a la meta final, la aniquilación o Nirvana, a que tiende últimamente toda vida.

Y esta filosofía de negación, este budhismo del siglo XIX sin los aspectos dulcificados de su prototipo asiático, que nos convierte en ratas cogidas en una ratonera enorme y reemplazan a Dios con un demonio glacial, es el resultado de la impresión producida sobre un espíritu poderoso y brillante, pero enfermo «por el afanoso estudio de una logomaquia fabricada con monstruosos amalgamamientos de trozos de frases que se anulan y contradicen entre sí», que lucha como por volver del revés la razón humana y considera a la luz de lo que es graduado de «razón pura» la superficie interior de las cosas.

El hecho es, que este aparentemente destructor conflicto de ideas que los teólogos llaman un misterio y los filósofos una antinomia -y que tiene que haber muchos de nuestros lectores, que, como yo mismo, recuerden haberse quebrado la cabeza en la infancia preguntándose lo que puede haber más allá de los límites del espacio y del tiempo, y qué había antes de que Dios existiera y qué habrá después de que el espacio y el tiempo hayan cesado,- no es en realidad un fracaso de la razón, sino una confusión en el significado de las palabras. Cuando recordamos que por espacio y tiempo no se significa realmente cosas que tengan existencia, sino ciertas relaciones recíprocas entre las cosas que existen, el misterio está

resuelto y la antinomia se disuelve en la percepción de una confusión verbal, una confusión de la misma clase de la que deja perplejos a los que tratan de imaginar a un mismo tiempo una fuerza irresistible y un cuerpo inmovible, dos términos que excluyéndose mutuamente no pueden existir juntos.

Hay un acertijo acerca del dicho de un niño, acertijo que algunas veces se propone entre las gentes jóvenes que juegan a prendas, y el cual, si no se ha oído antes, casi seguramente hace perder prenda a todos después de haber procurado dar toda clase de respuestas imposibles, porque su verdadera y única respuesta «el niño miente», es tan obvia que nadie pensaba en ella.

Podemos discretamente desconfiar de nuestro saber; y a menos que lo hayamos comprobado, desconfiar de lo que llamamos nuestro raciocinio; pero nunca desconfiar de la razón misma.

Hasta cuando hablamos de manías, vesanias o de dolencias mentales análogas como la pérdida de la razón, el análisis demostraría, a mi juicio, que no es la razón en sí misma la pérdida, sino aquellas facultades de percepción y recolección que perteneciendo a la estructura física de la mente se han debilitado o roto o dislocado de modo que las cosas de que la razón se ocupa son presentadas a ella imperfectamente o en indebido lugar o relación.

Ensayando cristales un óptico os pondrá lentes al través de los cuales veréis la llama de una vela arriba o abajo, a derecha o a izquierda de su verdadera posición, o como si fueran dos en vez de una. Así ocurre con las enfermedades mentales.

Y que las facultades con que la razón humana tiene que trabajar son limitadas y están sujetas a faltas y fracasos, nos lo dice nuestra razón misma tan pronto como comienza a examinar lo que encontramos en torno nuestro y procura mirar en nuestra propia conciencia. Pero la razón humana es la única razón que los hombres pueden tener, y suponer que en cuanto ésta puede ver claramente no ve la verdad, es en el hombre que tal supone no sólo imaginarse que posee algo superior a la razón humana, sino negar el valor de todos los pensamientos y reducir el mundo mental al caos. Comparada con la razón eterna que se manifiesta en las relaciones que llamamos leyes de la Naturaleza, nuestra razón humana es, ciertamente, limitada y estrecha; pero que aquéllas son una percepción y reconocimiento de esta razón eterna es acaso el hecho más profundo de nuestra certidumbre. No sospechando siquiera que esta tierra que parece a nuestras primeras percepciones tan firmemente quieta pudiera estar en constante movimiento, los hombres, durante mucho tiempo, no percibieron lo que un más severo y amplio uso de la razón nos muestra ahora: que la tierra gira en torno del sol y no el sol en torno de la tierra, y hablaban en su literal significado de la salida y puesta del sol. Pero acerca del fenómeno del día y de la noche y de que la causa próxima de estos fenómenos son las relaciones del sol con la tierra entre sí, no se engañaban.

En cuanto a los filósofos anteriores o posteriores a Kant, consagrados a tratar del espacio y del tiempo como meras condiciones de la percepción humana, cristales mentales, por decirlo así, que nos obligan a admitir relaciones que no existen en realidad, son meros malabaristas de las palabras que dan nombres como «lo absoluto», «lo incondicionado» «lo incognoscible» a lo que no puede

concebirse, y parten de ello para considerarlo como cosas y para razonar con ellas y a partir de ellas.

△▽

Capítulo VI

Confusión de la ley del espacio con la agricultura
Exponiendo la génesis de esta confusión

Qué es espacio.-Lugar en que el hombre está confinado.-La extensión es una parte del concepto tierra.-Se percibe por contraste.-El primer uso humano de la tierra es «adaptando».-El segundo y, durante mucho tiempo el más importante, es «criando».-El tercero, en el cual entra ahora la civilización, es «cambiando».-La Economía Política comienza en el segundo.-Y el modo «criando» atrae todavía preferentemente su atención.-La verdad y el error de los fisiócratas.-Los continuadores de Smith aunque esquivan el error de los fisiócratas ignoran su verdad; y con la aceptación de la teoría malthusiana y la aplicación de la teoría de Ricardo sobre la renta exclusivamente a la tierra agrícola, han caído, y continúan cayendo, en la costumbre de tratar la tierra y la renta como cosas agrarias solamente. -Dificultad del impuesto único en los Estados Unidos.

Las leyes de nuestro ser físico, sobre las cuales ya he llamado la atención (libro I, cap. II), nos confinan en los estrechos límites de aquella parte de la superficie de nuestra esfera en que el Océano de aire que la envuelve encuentra una faz sólida. Podemos aventurarnos transitoriamente un poco bajo la superficie sólida, en cavernas, bóvedas, pozos y túneles; un poco por cima de ella, sobre árboles,

torres o globos, o máquinas aéreas si llegan a construirse; pero con estas transitorias extensiones aéreas de nuestro albergue, que por sí propias requieren no sólo un uso preliminar sino un constante recurrir a la superficie sólida de la tierra, es en esta superficie sólida donde nuestra existencia y nuestra producción material están confinadas. Físicamente, somos animales terrestres, bebedores de aire y necesitados de luz, que para existir y producir necesitamos hallarnos sobre la superficie seca de nuestro globo. Y la percepción fundamental del concepto tierra -sea en el más amplio uso de la palabra, como aquel término de Economía Política que significa cuanto la Naturaleza externa ofrece para el uso del hombre, o en el más estricto sentido que la palabra usualmente tiene en el lenguaje común, en el que significa la superficie sólida de la tierra- es la de extensión; la de proporcionar base de sustentación o vivienda.

Pero una percepción fundamental no es siempre una percepción primera. El peso es una fundamental percepción del aire. Pero nosotros lo comprobamos sólo mediante el ejercicio de la razón, y han vivido muchas generaciones humanas sintiendo el peso del aire sobre cada parte de su cuerpo durante todos los segundos de su vida, desde el nacimiento hasta la muerte, sin haber comprobado que el aire pesaba. Se percibe por contraste. Lo que nosotros percibimos siempre, ni atrae la atención ni excita la memoria hasta que entra en contraste con la no percepción.

Aun en las ahora cortas travesías del Atlántico, los pasajeros se acostumbran de tal modo a la continua trepidación de las máquinas que llegan a no advertirla, pero se dan cuenta por el silencio cuando aquéllas se paran. El visitante de una fundición queda tan ensordecido que le parece imposible la conversación; pero los trabajadores de ella

se hablan los unos con los otros sin dificultad y encuentran penosa la conversación cuando vuelven otra vez al relativo silencio de la calle. En los últimos años, algunas veces yo «he comido con Lúculo» sin darme cuenta de lo que me ha dado a comer, mientras que hoy recuerdo el jamón y los huevos de mi primer almuerzo sobre un lanchón de canal tirado por caballos que iban trotando; qué gustosa galleta, comida en el intermedio de la centinela, mientras los marineros dormían sobre cubierta, he devorado; qué manjar de príncipe era la empanada en las raras ocasiones en que se mataba un cerdo o se arponeaba un puerco marino, y qué bueno estaba el pastel de ciruela que venía al castillo de proa sólo en los domingos y días de gran fiesta. Recuerdo, como si fuese hace una hora, que hablando conmigo mismo, más que con él, le decía a un marinero de Yorkshire en mi primer viaje: «deseo estar en casa para comerme un pedazo de empanada». Evoco su expresión y su tono, porque me avergonzaron, cuando me dijo: «¿Está usted seguro de tener un pedazo de empanada allí?» Inconscientemente, como la princesa de Francia que preguntaba por qué el pueblo que clamaba por pan no comía pastel, «hogar» estaba asociado en mi pensamiento con empanada de alguna clase -manzana o melocotón o sabrosa patata, o arándano o picadillo de carne,- dispuesto para tomarlo, y, por el momento, no pensé que en muchos hogares la empanada era un manjar tan raro como las ciruelas en nuestra comida marítima.

Así, aunque la cualidad fundamental de la tierra es la de proporcionar a los hombres sitio sobre el cual puedan estar o moverse o colocar las cosas, ésta no es la primera cualidad que advierte. Así como el colono en una selva donde cada pie de terreno tiene que ser desmontado para usarlo llega a mirar los árboles como un mal del que hay que librarse más que como la fuente de riqueza que en el avance

de la civilización viene a ser más tarde, así en aquel primitivo período de la evolución social que acostumbramos a considerar como la condición primaria del género humano, en el que el modo de emplear el trabajo en producir que más atrae la atención es el que hemos llamado «adaptando», la tierra será considerada rica o pobre conforme a su capacidad para dar rendimiento al trabajo empleado de este primer modo, los frutos de la caza.

En el inmediato período más elevado del desenvolvimiento social, en que el segundo modo de producción que hemos llamado «criando» comienza a asumir la mayor influencia en la vida social, la cualidad de la tierra que general y vigorosamente atrae la atención es la que la hace más útil a la agricultura, y la tierra será estimada rica o pobre conforme a su capacidad para responder al trabajo empleado en el alimento de animales y la producción de cosechas.

Pero en los estadios del desenvolvimiento social aun más altos en que está entrando lo que llamamos ahora mundo civilizado, comienza a otorgarse gran atención al tercer modo de producción que hemos llamado «cambiando», y la tierra viene a ser considerada rica o pobre conforme a su capacidad para rendir frutos al trabajo empleado en el tráfico. Este es ya el caso de nuestras grandes ciudades donde la tierra tiene un valor enorme, no por su capacidad para proporcionar animales salvajes al cazador, ni por su capacidad para rendir cosechas ricas al cultivador, sino por su proximidad a los centros de cambio. Que el desenvolvimiento de nuestra Economía moderna comienza en lo que era todavía, principalmente, el segundo período del desenvolvimiento social, cuando se miraba al uso de la tierra habitualmente en su aspecto agrícola, es, a mi juicio, la explicación de los curiosos modos de pensar acerca de la tierra que han prevalecido

en la literatura económica desde el tiempo de los fisiócratas, y, que aún continúan predominando en las Economías Políticas clásicas; modo de pensar que conduce a los escritores economistas a tratar la tierra como si fuera simplemente un lugar o substancia en el cual se críen vegetales y granos, y se alimente ganado.

Los discípulos de Quesnay vieron que en el conjunto de la producción de la riqueza en la civilización hay un incremento no ganado -factor que no puede atribuirse a las ganancias del trabajo o del capital- y dieron a este incremento de riqueza, no ganada en cuanto al individuo respecta, el nombre de producto neto o superproducto. Enlazaron con exactitud este producto no ganado o supervalía con la tierra, viendo que constituye para los propietarios de la tierra una renta o recompensa que queda en ellos después de que se ha pagado todo empleo de trabajo y toda inversión de capital en la producción. Pero cayeron en el error de suponer que, lo que verdaderamente en su tiempo y lugar era el más ostensible y principal uso de la tierra en la producción, la agricultura, era su único uso. Y encontrando en la agricultura, que cae dentro del segundo modo de producción, que he denominado «criando», el uso de un poder natural, el principio germinativo, esencialmente distinto de los poderes utilizados en aquel primer modo de producción que he denominado «adaptando», aquéllos, sin mirar más lejos, saltaron a la conclusión de que el incremento de la riqueza no ganado o *plusvalía neta*, proviene de la utilización de este principio. De aquí que consideraran la agricultura única ocupación productiva, e insistieran, a pesar de lo absurdo de ello, en que las manufacturas y el comercio nada añaden a la suma de riqueza que toman de aquélla, y que el agricultor o cultivador es el único productor efectivo.

Esta flaqueza en el pensamiento de los fisiócratas y la errónea terminología que les llevó a usar, desacreditaron al fin sus percepciones verdaderas y sus nobles doctrinas, amargas necesariamente para los poderosos intereses que aparentemente eran favorecidos por la injusticia social, hasta que surgieron con la publicación de *Progreso y miseria* los nuevos fisiócratas, los modernos *Single taxers* como ahora se llaman a sí mismos y como son llamados.

Pero los economistas que sucedieron a Adam. Smith, aunque esquivaron el error en que los fisiócratas habían caído, eliminaron también la gran verdad de la que había sido aquel una errónea percepción, y aceptando gustosamente el pretexto que la teoría malthusiana ofreció para arrojar sobre las leyes de Dios la responsabilidad de los padecimientos y vicios que fluyen de la miseria, cayeron y continúan con la costumbre de mirar la tierra únicamente en su aspecto agrícola, convirtiendo así lo que verdaderamente es la ley del espacio para toda producción en la supuesta ley de la producción decreciente en la agricultura. Aún Ricardo, que explicó con exactitud, aunque muy limitadamente, la ley de la renta, se mostró en todos sus argumentos y ejemplos incapaz de librarse de considerar la tierra como relacionada únicamente con la agricultura, y la renta sólo como renta agrícola. Y aunque en Inglaterra la relativa importancia de la agricultura ha declinado continua y rápidamente durante todo este siglo, la costumbre de considerar la tierra como un lugar o substancia para las operaciones agrícolas, subsiste. No solamente se enseña aún la ley de la producción decreciente de la agricultura como una ley especial de la Naturaleza en los más recientes libros que gozan de autoridad en Colegios y Universidades, sino que al hablar de tierra y

de renta, la mayor parte de los escritores ingleses tienen realmente en su pensamiento las tierras agrícolas y la renta agrícola.

Lo que es verdad de Inglaterra lo es también de los Estados Unidos, excepto en la medida en que se ha sentido la influencia del *Single tax*. Pero la mayor dificultad con que la propaganda del *Single tax* tropieza en los Estados Unidos, es la general idea, solícitamente alentada por aquéllos que mejor saben hacerlo, de que los trabajadores no agrícolas no tienen interés en la cuestión de la tierra, y que la concentración de impuestos sobre el valor de la tierra significa aumento de impuestos sobre los labradores. Todos los esfuerzos de los autorizados órganos de educación se han dirigido a sostener esta falsedad.

△▽

Capítulo VII

La relación del espacio con la producción

Exponiendo que el espacio se relaciona con todos los modos de producción

Siendo la materia cosa tangible, el espacio tiene que relacionarse con toda producción.-Esta relación se ve prontamente en la agricultura.-La concentración del trabajo en la agricultura llevada hasta cierto punto tiende a aumentar la producción, y, más allá de aquél, a disminuirla.- Pero es un error asignar esta ley a la agricultura o al modo «criando».-Se da en todos los modos y subdivisiones de dichos modos.-Ejemplos de la producción de ladrillos.-Del simple almacenamiento de ladrillos.-El hombre mismo requiere espacio.-La división del trabajo requiere espacio.-Uso intensivo y extensivo de la tierra.

Producción, en Economía Política, significa la producción de riqueza. La riqueza, como hemos visto, consiste en substancias materiales modificadas por el trabajo humano de modo que se adapten a la satisfacción de los deseos humanos. Por consiguiente, el espacio, que se relaciona con toda materia, tiene que relacionarse con toda producción.

Esta relación del espacio con toda la producción puede verse fácilmente en la agricultura, que está incluida en aquel modo de producción que hemos llamado «Criando». En ésta, la concentración del trabajo en espacio tiende, hasta cierto punto, a aumentar la productividad del trabajo; pero una vez alcanzado el mayor punto de productividad, toda posterior concentración del trabajo tenderá a que aquélla decrezca. Si Robinson Crusoe, teniendo toda una isla sobre la cual emplear su trabajo, hubiera plantado patatas poniendo cada esqueje a cien varas uno de otro, necesariamente habría despilfarrado tanto trabajo en plantar, cultivar y recoger la cosecha que la recompensa comparada con su esfuerzo sería muy pequeña. Obtendría mayor recompensa si hubiera concentrado su trabajo plantando sus patatas más próximas, y este aumento continuaría a medida que continuara ejercitando su trabajo en menor espacio hasta que sus patatas estuvieran demasiado apretadas y el desarrollo de unas perjudicara o impidiera el de otras. Y si continuaba el experimento llevándolo tan lejos que pusiera todos sus esquejes en un hoyo no obtendría más recompensa de la que hubiera alcanzado plantando una sola, y acaso, no obtuviera ninguna.

Esta ley del espacio en cuanto a la producción se observa, naturalmente, del mismo modo en el trabajo ejercitado conjuntamente, que en el trabajo empleado individualmente. Sobre un área dada, la aplicación del trabajo a la obtención de una cosecha o a la alimentación de animales, puede algunas veces aumentarse con ventaja, porque el esfuerzo de dos hombres produce más del duplo del esfuerzo de un solo hombre, el de cuatro hombres, más del duplo del esfuerzo de dos, y así sucesivamente. Pero este aumento de producción con el aumento de aplicación de trabajo a un área dada no puede seguir indefinidamente. Se alcanza un punto en el cual la posterior aplicación de trabajo en dicha área, aunque durante algún tiempo pueda dar como resultado un mayor conjunto de producción, rinde una producción menor relativamente, y, finalmente, se llega a un punto donde toda posterior aplicación del trabajo cesa de aumentar el resultado global.

Una equivocada apreciación de esta ley en su aplicación a la producción agrícola es la que ha llevado a formular y mantener en las doctrinas económicas lo que se llama la «ley de la productividad decreciente de la agricultura». Pero ésta no es peculiar de la agricultura ni del segundo modo de producción que he llamado «criando». Ciertamente que este modo de producción consiste en utilizar para ayuda del trabajo el poder de reproducción que caracteriza la vida, y que las cosas vivientes requieren para su crecimiento y expansión más espacio que las cosas desprovistas de vida. Las plantas que hacemos crecer requieren espacio bajo la superficie del suelo en que extender sus raíces y absorber ciertos elementos, y espacio sobre la superficie para extender sus ramas y beber aire y luz. Y los animales que alimentamos requieren espacio para sus movimientos indispensables. Pero aunque las exigencias espaciales

de las cosas vivientes pueden ser relativamente mayores que las de las cosas no vivientes, no son menos absolutas en un caso que en otro. Que dos cosas materiales no pueden existir en un mismo espacio no es menos verdad de los animales que de las acelgas, ni de las acelgas que de los ladrillos.

En cada forma o subdivisión de sus tres modos, el ejercicio del trabajo humano en la producción de riqueza requiere espacio; espacio no solamente para estar o permanecer, sino para moverse; espacio para los movimientos del cuerpo humano y sus órganos; espacio para el almacenamiento y cambio de lugar de las materias e instrumentos y productos. Esto es tan verdad del sastre, del carpintero, del mecánico, del comerciante o del empleado, como del labrador o cosechero, del pescador o del minero. Una ocupación puede requerir más anchura o mayores talleres o almacenes que otra, pero todas ellas requieren igualmente espacio e igualmente llegan a un punto en que cesa todo provecho de concentrar el trabajo en dicho espacio y en que toda posterior concentración ocasiona una proporcional disminución del producto, y, finalmente, una reducción absoluta. La misma ley, que primero aumenta y después disminuye el rendimiento, de la concentración del trabajo en el espacio, que los primeros exponentes de la doctrina del rendimiento decreciente en la agricultura dicen ser peculiar a esta ocupación, y que sus últimos expositores dicen aplicable a la agricultura y a la extracción de los agentes naturales limitados, tales como el carbón, se muestra en todos los modos de producción y tiene que continuar mostrándose aunque nosotros llegáramos a descubrir algún procedimiento de producir riqueza solidificando el aire atmosférico o el éter saturador de todo que algunos sabios modernos suponen. Porque esta pretendida ley del «rendimiento decreciente en la agricultura», no es nada más ni menos

que la ley espacial de la existencia material, cuya revocación o denegación es absolutamente imposible de imaginar.

Para ver esto, permitidme tomar un ejemplo de una clase de producción que difiere grandemente de la agricultura: la producción del ladrillo. El ladrillo se hace usualmente de greda, pero puede hacerse con otras sustancias inorgánicas, tales como arena, polvo de carbón, polvo de mármol, escorias, etc., y ninguna parte de su producción entraña uso alguno del principio de aumento que caracteriza la vida. Ni ninguna clasificación que no destruya, abarcando el conjunto de la tierra misma, la distinción, puede considerar ninguna de las sustancias utilizadas en la fabricación de ladrillos, como sustancias o agentes naturales limitados. La producción del ladrillo es claramente una de las formas de producción que aquéllos que defienden la doctrina del rendimiento decreciente en la agricultura o su ampliación a la doctrina de «los rendimientos decrecientes en el uso de los agentes naturales limitados», considerarán una forma de producción en la que se puede continuar aumentando indefinidamente la aplicación de trabajo sin disminuir los rendimientos.

Sin embargo, sólo tenemos que pensar en ello para ver que lo que llamamos ley de los rendimientos decrecientes en agricultura se aplica tan exactamente a la fabricación de ladrillos como a la producción de acelgas. Un hombre solo que haga un millar de ladrillos empleará mucho más trabajo si tiene que desparramar sus esfuerzos sobre una milla cuadrada o un acre cavando y cociendo la greda para hacer un ladrillo aquí, y otro a distancia. Su esfuerzo le dará mayor resultado si lo concentra más en espacio. Pero hay un punto en esta concentración en que el aumento de esfuerzo comenzará a disminuir

sus resultados proporcionales. En la misma área superficial requerida para la producción de un ladrillo podría producirse ventajosamente dos ladrillos. Pero esta concentración de trabajo en cuanto al espacio no puede continuar indefinidamente sin disminuir el rendimiento del trabajo y detener al fin la producción. Extraer la greda para un millar de ladrillos sin emplear más superficie terrestre que la necesaria para extraer la greda correspondiente a un ladrillo implicaría, aunque esto fuera posible, una pérdida enorme en la productividad del trabajo. Y de igual modo, si se intentara que un millar de hombres trabajasen en la fabricación de ladrillos sobre un área en la que sólo dos hombres pudieran trabajar con facilidad, el resultado sería, no sólo que el esfuerzo del millar de hombres no produciría quinientas veces lo que el esfuerzo de dos hombres, sino que no produciría nada absolutamente. Los hombres apretujados así se impedirían unos a otros trabajar.

O escojamos como ejemplo aquella parte de la producción de los ladrillos que entre todas requiere menos espacio: la que consiste en el simple almacenamiento de los ladrillos después de hechos, de modo que permita con facilidad recogerlos cuando sea necesario.

Dos ladrillos tienen que ocupar un espacio cúbico doble que el de un ladrillo. Pero si se colocan uno sobre otro, los dos no necesitan para descansar más área superficial que uno; al par que, como no se requiere por parte de un hombre de las condiciones ordinarias prácticamente más esfuerzo para arrojar o levantar dos ladrillos sobre la misma superficie que para uno, habrá un mayor provecho para la productividad del trabajo aplicándolo de esta manera al almacenamiento de ladrillos, que si se aplicara a colocarlos unos junto a otros en la superficie del suelo. Pero esta economía en el

almacenamiento de ladrillos no puede continuar indefinidamente. Aunque dos ladrillos puedan permanecer uno sobre otro sin requerir más superficie que la necesaria para que permanezca un solo ladrillo, esto no resulta exacto en cuanto a un millar de ladrillos, ni siquiera en cuanto a un ciento. Mucho antes de que el centenar de ladrillos estuviese colocado así, uno sobre otro, de manera que descansaran sobre la superficie necesaria para un solo ladrillo, la pila llegaría a ser tan inestable que se caería al menor choque o impulso del viento. Antes de apilar uno sobre otro diez ladrillos o media docena siquiera, aparecería evidente que toda posterior extensión de la perpendicular exigiría una mayor extensión de la base. Y aunque tal extensión de la base permitiera la solidez perpendicular, llegaría un punto finalmente, en que, aun continuando sólida la superficie, el peso de los ladrillos superpuestos aplastaría los ladrillos inferiores hasta pulverizarlos. Por consiguiente, no hay más posibilidad de almacenar indefinidamente ladrillos en un área dada que de cultivar indefinidamente acelgas en un área dada también.

Además, hasta cierto punto, que próximamente es la altura de la cintura de un hombre corriente, se requiere menos esfuerzo para colocar o retirar de su sitio el último ladrillo que el primero, o, en otras palabras, el trabajo hasta este punto es más productivo. Pero alcanzado este punto de mayor productividad, la productividad del trabajo comienza a declinar con toda posterior aplicación de trabajo sobre la misma área, hasta que se llega a la no productividad o falta de rendimiento. Ese punto de falta de rendimiento en toda posterior aplicación del trabajo en el almacenamiento de ladrillos sobre una área dada puede ser alejado por la invención y empleo de artefactos economizadores de trabajo, como la carreta y la máquina de vapor, pero no se puede impedir que se llegue a él. Hay un punto en la

aplicación del trabajo al almacenamiento de ladrillos sobre un área dada, trátase de un pie cuadrado o de una milla cuadrada, en que la aplicación de sucesivas «dosis de trabajo» (para usar la frase de los escritores que más minuciosamente se han ocupado de la supuesta ley de la productividad decreciente en la agricultura), tiene que dejar de dar rendimientos proporcionados y, en que dejará, finalmente, de producir rendimiento en absoluto.

Así, la ley del rendimiento decreciente que se ha considerado peculiar de la agricultura, se manifiesta tan plenamente en el simple almacenamiento de ladrillos, como en el crecimiento de una cosecha o en la alimentación de animales. Es tan exactamente verdad que todos los ladrillos que ahora se necesiten en los tres reinos no pueden ser almacenados sobre una sola yarda cuadrada, como que todo el alimento necesario en los tres reinos no puede ser producido en un sola área. El punto de la mayor eficacia o máxima productividad en la aplicación del trabajo a la tierra existe en todos los modos y en todas las formas de producción. Resulta ser, ni más ni menos, que la universal ley o condición de que toda existencia material y, por tanto, toda producción de riqueza requiere espacio.

Ni esta exigencia de la proporción en cuanto al espacio se refiere exclusivamente al material objeto de la producción; concierne igualmente al productor, al trabajo mismo. El hombre mismo es un ser material que requiere espacio para su existencia aun en la más pasiva condición, y mayor espacio aún para los movimientos necesarios al constante sustento de la vida y al empleo de sus facultades en la producción de la riqueza. El hombre puede, durante una hora o dos, como el auditorio de una conferencia o los asistentes a un espectáculo, permanecer apretado en un espacio poco mayor que el

necesario para estar de pie. Pero arrojar unos pocos más en tal estrechez significaría la enfermedad, la muerte, el pánico. Ni en el angosto espacio en que los hombres pueden permanecer tranquilamente durante un poco tiempo se podría vivir durante veinticuatro horas ni mucho menos sería posible ningún modo de producción de riqueza.

La división del trabajo permite la concentración de los trabajadores cuya particular coparticipación en la producción requiere comparativamente poco espacio, y construyendo casas de pisos en nuestras ciudades economizamos área superficial para proporcionar vivienda y lugar de trabajo por el mismo procedimiento que cuando almacenamos ladrillos uno sobre otro. Los progresos en las manufacturas del acero y, en la utilización del vapor y de la electricidad han aumentado mucho la altura a que tales edificios pueden ser elevados. Y ya tenemos en nuestras grandes ciudades americanas edificios de más de veinte pisos en que se realizan algunos géneros de producción. Pero aunque de este modo las exigencias del área superficial pueden ser atenuadas algo mediante el uso del área cúbica (y en los más elevados edificios de New York y Chicago la renta se calcula por el pie cúbico no por el cuadrado) esto es sólo posible en corta escala. El uso intensivo de la tierra que se manifiesta en los edificios de veinte pisos se hace posible de hecho por el uso extensivo de la tierra en torno mediante progresos en los transportes, y cada uno de estos monstruosos edificios erigidos disminuye la capacidad de las tierras cercanas Para fines análogos.

Capítulo VIII

La relación del tiempo con la producción

Exponiendo que todos los modos de producción se relacionan con el tiempo

Diferencia entre las percepciones de espacio y tiempo.-La una objetiva, la otra subjetiva.-De los espíritus y de la creación.-Toda producción requiere tiempo.-La concentración del trabajo en el tiempo.

Así como el espacio es la relación de las cosas en extensión, el tiempo es la relación de las cosas en sucesión.

Pero el tiempo, la relación de sucesión, parece ser cuando pensamos en ella, por decirlo así, más amplio que el espacio, la relación de extensión. Es decir, el espacio es una cualidad o atributo de lo que llamamos materia; y mientras concebimos cosas inmateriales que no teniendo extensión carecen de relación con el espacio, no podemos concebir ni aun las cosas inmateriales sin relación de secuencia.

Nuestra percepción del espacio es al través de nuestros sentidos, cuyas directas impresiones son inciertas y deficientes, pero que habitualmente comprobamos y corregimos dándoles cierto grado de exactitud por medio de otras impresiones de nuestros sentidos. Nuestra primera y más simple medida del espacio está en la impresión de distancia relativa producida al través de los ojos, o en el sentimiento del esfuerzo requerido para trasladarnos nosotros mismos o algunos otros objetos desde un punto a otro punto, como los pasos o el tiro de flecha, y esto franquea el camino a medidas más exactas,

como línea, pulgada, pie, milla, diámetro de la tierra o de la órbita terrestre. Es imposible ver como, privados de los sentidos que nos proporcionan el conocimiento de la materia, pudiéramos tener ninguna impresión o idea del espacio.

Pero nuestra impresión del tiempo no viene primariamente al través de los sentidos. Aunque la corriamos y la comprobemos y le demos alguna exactitud por medio de aquellos, hay una percepción del tiempo puramente subjetiva en nuestras impresiones mentales o pensamientos, los cuales no vienen todos a la vez, sino que se preceden o suceden uno a otro, teniendo entre sí una relación de sucesión. Por medio de esta sucesión de impresiones mentales es como adquirimos en primer término y directamente conciencia del tiempo. Pero aunque nuestras directas percepciones del espacio tienen que variar mucho, nuestras directas impresiones del tiempo han de ser más variables todavía, puesto que dependen de la rapidez e intensidad de las impresiones mentales. Puede parecernos que hemos vivido muchos años con la actividad intensa de una vertiginosa fantasmagoría y estar absolutamente inconscientes del paso del tiempo en un profundo letargo. Y aunque podemos imaginar que la impresión del espacio es muy diferente para un perezoso que para un galgo, pudiera ser que el breve día de un animáculo le parezca a éste tan largo, como un siglo de vida al longevo elefante.

Pero la razón permite al hombre obtener más exacta medida de la sucesión, mediante las uniformidades de los fenómenos naturales, tales como días o años, lunas o estaciones, y por la regularidad de los movimientos mecánicos, como en las clepsidras, cuadrantes o relojes.

El tiempo parece, en verdad, ser necesaria y en cierto grado, coincidente con todas las percepciones del espacio. Pero el espacio no parece necesario para el tiempo. Es decir, parece que somos capaces de imaginar un ser inmaterial, o una inteligencia pura, no limitada por las relaciones de extensión y sin necesaria consciencia de ellas, y así es como habitualmente imaginamos los espíritus incorpóreos, como los ángeles o los demonios, o los espíritus desincorporados, como los espectros. Pero realmente no podemos concebirlos así con respecto a las relaciones de sucesión. Podemos verdaderamente imaginarlos sin conocimiento ni conexión con nuestras medidas del tiempo, siendo para ellos un día como un millar de años, o un millar de años como un día, porque estas medidas son sólo relativas, como podemos ver por nosotros mismos. Pero también podemos ver que en el reino de los espíritus hay y tiene que haber la misma relación de precedencia y sucesión, de antes y después que en el reino de la materia, y que esta relación de secuencia o tiempo, es realmente más clara y más estrecha para aquella parte nuestra que tenemos que imaginar como nuestra parte inmaterial que la de extensión o espacio para nuestras partes físicas.

Habitualmente concebimos la creación, el lanzamiento a la existencia por un poder supremo y anterior al del hombre, como realizado de una vez por el divino «Fíat». Dios dijo, «hágase la luz: y la luz fue hecha». Pero, analizándolo, veríamos que en este modo de pensar consideramos más la acción mental que imaginamos inmaterial en sí misma -lo cual nuestra experiencia a cuanto se extiende y nuestra razón en cuanto alcanza, nos enseña que tiene que hallarse bajo toda expresión material,- que la expresión material misma. Todas las especulaciones y teorías acerca del origen del Cosmos, todas las religiones que son su expresión popular, conciben la aparición de los

fenómenos materiales en orden sucesivo y, por tanto, en el tiempo. Salvo su pueril medida del tiempo por días, las antiguas narraciones hebreas sobre la génesis del mundo material reconocen este necesario orden o secuencia tan plenamente como los sabios modernos, para cuyas casi tan vagas medidas los milenios son demasiado cortos. Y tan lejos como podemos ver, el pensamiento mismo es sucesivo y requiere tiempo, y su continuado ejercicio produce fatiga. De cualquier modo, me parece que si consideramos la esencia y no solamente la imperfecta expresión de la Escritura hebrea de que Dios creó en seis días los cielos y la tierra, y descansó el séptimo, esto entraña una verdad profunda: la verdad de que el esfuerzo mental como el físico requiere un período de descanso.

Pero prescindiendo de estas especulaciones, es exacto que toda producción de riqueza se realiza sucesivamente y requiere tiempo. El árbol tiene que ser aserrado antes de que pueda ser partido o convertido en tablas; las tablas tienen que ser curadas antes de utilizarlas en la construcción o convertirlas en artículos manufacturados de madera. El mineral tiene que ser extraído de la vena antes de que pueda ser fundido en hierro o transformado en acero o en cualquiera de los artículos manufacturados que, por sucesivos procedimientos, se fabrican con el hierro y con el acero. La semilla tiene que ser plantada antes de que pueda germinar; tiene que haber un considerable intervalo antes de que los tiernos tallos puedan aparecer en la superficie del suelo; un intervalo más largo aun antes de que puedan crecer y madurar y granar sucesivamente; el grano tiene que ser cosechado y recogido antes de ser convertido en harina o cambiado por el trabajo de esta forma en otras formas que satisfagan el deseo; todo lo cual, como la fermentación y la panificación, requiere tiempo. De igual modo, en el comercio, se

requiere tiempo aun para la concurrencia y expresión de las voliciones humanas que dan por resultado el acuerdo de cambiar y aun más tiempo para la transferencia efectiva de las cosas que completan el cambio. En una palabra, el tiempo es un elemento o condición necesario para todo ejercicio del trabajo en la producción.

Ahora bien, de este elemento o condición necesario para toda producción, tiempo, resultan consecuencias semejantes a las que resultan del elemento o condición necesario de toda producción, espacio. Es decir, hay una ley que gobierna y limita la concentración del trabajo en tiempo, como hay una ley que gobierna y limita la concentración del trabajo en espacio. Así, en todas las formas de la producción hay un punto hasta el cual la concentración del trabajo en el tiempo da un resultado mayor proporcionalmente; después del cual la posterior concentración del trabajo en el tiempo tiende a disminuir los resultados proporcionales, y finalmente a impedir todo resultado.

Así, hay cierto grado de concentración del trabajo en el tiempo (intensidad del esfuerzo), por el cual el individuo puede en cualquiera ocupación productora obtener el mayor resultado total. Pero si un hombre trabaja más afanosamente que esto, procurando concentrar más esfuerzo en un tiempo menor, su trabajo conducirá a la relativa y finalmente a la absoluta pérdida de productividad, principio que sirve de punto de apoyo a la fábula de la liebre y la tortuga.

Y así, si voy a un constructor y le digo: «¿en cuánto tiempo y a qué precio quiere usted edificarme tal y tal casa?»; éste, después de pensarlo, señalará un tiempo y un precio basado sobre aquél. Esta especificación del tiempo será esencial e implicará una cierta concentración del trabajo en el tiempo como el punto de mayor

resultado o menor coste. Esto lo vería yo pronto si, no discutiendo el precio, le pidiera que disminuyese considerablemente el tiempo. Si yo fuera un hombre como Beckford -el autor de *Vathek*, para quien Fonthill fue construido por bandas de trabajadores que iluminaban la noche con grandes hogueras- un hombre para quien el coste no fuera nada y el tiempo algo, podría obtener del constructor alguna reducción de tiempo en el que consintiera, contratándolo, construir la casa; pero sólo por un aumento grande de precio, hasta que, finalmente, se llegara a un punto en que no consentiría construir la casa en menos tiempo cualquiera que fuese el precio. Aquél diría: «Aunque pueda obtener ladrillos ya fabricados, madera ya preparada, escaleras, puertas, vidrieras, persianas, y cuanto puede obtenerse de las fábricas, y cualquiera que sea el número de hombres que ponga y por mucho que sea el despilfarro, la construcción de una casa requiere tiempo. No pueden ser excavados los sótanos, ni levantados los cimientos, construidos los muros, puestos los pavimentos, colocados los techos, ni los tabiques, los yesos, la fumistería, la pintura y el empapelado pueden hacerse a la vez, sino sólo uno tras otro, y a costa de tiempo lo mismo que de trabajo. Lo que me pide es imposible.

E igualmente, aunque la concentración del trabajo en la agricultura puede con eficacia decreciente apresurar hasta más allá del punto normal la madurez de los vegetales o frutos y aun de los animales, sin embargo, el punto de absoluta no productividad de posteriores aplicaciones del trabajo se alcanza pronto, y ninguna suma de esfuerzo humano, aunque se la aplique de algún modo que en lo futuro se invente, producirá el trigo desde la semilla hasta la espiga, o el pollo desde el huevo hasta la gallina clueca, en una semana.

La importancia en Economía Política del principio de que toda producción de riqueza requiere tiempo lo mismo que trabajo, la veremos después; pero el principio de que el tiempo es un elemento necesario en toda producción hemos de tenerlo en cuenta desde el primer instante.

△▽

Capítulo IX

Cooperación. Sus dos medios
Exponiendo los dos modos de cooperación

Cooperación es la unión de poderes individuales en la consecución de fines comunes.-Sus modos y sus análogos: 1.º La asociación del esfuerzo. 2.º La separación del es fuerzo.-Ejemplos de la construcción de casas, de las Compañías anónimas, etc.-La tripulación de un bote.-El principio manifestado en la arquitectura naval.-El canal de Erie.-La fabricación de pan.-La producción requiere espíritu consciente.-El mismo principio en el esfuerzo mental.-Lo que en un aspecto es separación en otro es concentración. -Amplitud de la concentración y de la especialización del trabajo en la civilización moderna-El principio de la maquinaria.-Comienzo y aumento de la división del trabajo.-Tres epígrafes de Adam Smith.-Mejor análisis.

Cooperación significa acción conjunta; la unión de esfuerzos para un fin común. En recientes escritos económicos, se ha usado tanto esta palabra en una acepción más estrecha que en el último Diccionario americano (el Standard), su significado en Economía Política se define: «Una unión de trabajadores o pequeños capitalistas

con el fin de fabricar, comprar o vender mercancías ventajosamente y procurar otros modos de beneficio mutuo; también, ampliamente, participación de beneficios».

Esto es la degradación de una palabra, degradación a la cual no podemos avenirnos en interés del idioma inglés y de la Economía Política, y, aun a riesgo de ser mal comprendidos por aquéllos que se han acostumbrado a asociarla con triviales sistemas de participación en los beneficios o supuestas «reconciliaciones» del capital y del trabajo, la usaré como un término económico en su pleno significado, entendiendo por cooperación la unión de los poderes individuales para alcanzar fines comunes que, como ya he dicho (libro I, capítulo V), es el medio por el cual se consigue el enorme aumento del poder humano que caracteriza la civilización.

Todo aumento en el poder productivo del hombre sobre aquél que la Naturaleza confiere al individuo, proviene de la cooperación de individuos. Pero son dos las formas de esta cooperación:

1.^a Por la combinación del esfuerzo. De este modo los individuos pueden realizar lo que excede del poder total del individuo.

2.^a Por la separación del esfuerzo. De este modo, el individuo puede realizar más de una vez lo que no requiere el pleno poder del individuo.

El primer modo de cooperación puede ser denominado la asociación del trabajo, aunque quizá el término más característico que pudiera emplearse para ello sería: la multiplicación del trabajo, ya que el segundo modo es bien conocido por la denominación que Adam Smith adoptó para él: «la división del trabajo».

El uno, la asociación del trabajo, es análogo a la aplicación en mecánica de aquel principio de la palanca por el cual grandes masas son movidas a una distancia más corta o en un tiempo más largo, como en el cabrestante. El otro, la división del trabajo, es análogo a la aplicación de aquel principio de la palanca por el cual masas más pequeñas son movidas a mayor distancia o en menos tiempo, como en el remo.

Por ejemplo: el primer modo de cooperación, la asociación del trabajo, permite a un número de hombres mover una roca o levantar un leño que sería demasiado pesado para cada uno de ellos separadamente. De este modo, los hombres se funden, por decirlo así, en un hombre más fuerte.

O para tomar un ejemplo tan común en los primeros días de la colonización americana que «leño rodante» se ha convertido en nombre de una fórmula legal: Tom, Dick, Harry y Jim, están construyendo unas junto otras, sus toscas casas en los claros del bosque. Cada uno abate sus propios árboles, pero los troncos son demasiado pesados para que un hombre los lleve a su sitio. Así, los cuatro, unen sus esfuerzos haciendo rodar primero los árboles de uno, hasta su sitio, después los de otro, hasta que los troncos pertenecientes a los cuatro se hallen colocados. El resultado es el mismo que si cada uno hubiese podido concentrar de una vez el esfuerzo que habría desplegado en cuatro veces diferentes. Ejemplos del mismo principio, en un estado social más complicado, se encuentran en la formación de las compañías anónimas: la unión de muchos pequeños capitales para realizar obras como la construcción de ferrocarriles, de barcos de vapor, erección de fábricas, etc., que requieren capitales mayores de los poseídos por un solo hombre.

Pero del mismo modo que resultan grandes ventajas de la posibilidad de que los individuos se concentren por la asociación del trabajo en un hombre mayor, por decirlo así, hay otras ocasiones y otras cosas en las cuales un individuo podría realizar más si pudiera dividirse a sí propio, como si dijéramos, en un número de hombres más pequeños.

Así, tripulando un bote, un hombre de extraordinaria fuerza sería igual a dos hombres que tuvieran la mitad de su fuerza únicamente en trabajos como el de remar, izar las velas más pesadas u otros análogos. En otras cosas, dos hombres de fuerza ordinaria podrían hacer más que un hombre de doble fuerza, porque mientras éste tendría que dejar de hacer una cosa para realizar otra, aquéllos podrían hacer las dos cosas a la vez. Así, mientras él tendría que echar el ancla para descansar, aquéllos podrían marchar sin detenerse, tripulando uno el bote mientras el otro dormía. Hubo un Rey, Alfonso de Castilla, celebrado por Emerson, que deseaba que los hombres pudieran concentrarse nueve en uno. Pero pronto se hubiera visto la pérdida de poder utilizable que hubiera resultado de esto. A menudo nos vemos asediados por solicitudes o deberes que no reclaman tanta fuerza como tiempo, hasta el punto de que se nos ocurra pensar: desearía dividirme en media docena. Lo que la división del trabajo hace, es permitir a los hombres dividirse a sí propios, por decirlo así, acrecentando de este modo enormemente su total eficacia.

Tomemos el ejemplo antes usado. Así como unas veces Tom, Dick, Harry y Jim, deseaban mover sus leños, otras veces necesitaba cada uno de ellos obtener algo de una aldea que dista dos jornadas. Satisfacer esta necesidad individual requeriría, pues, dos días de esfuerzo por parte de cada uno. Pero si va Tom únicamente,

desempeñando las comisiones de todos, y cada uno de los otros trabaja medio día para él, el resultado es que todos obtienen a expensas de medio día de esfuerzo por parte de cada uno lo que de otro modo hubiera exigido a cada cual dos días de esfuerzo.

De esta manera es como el segundo modo de cooperación, la separación del esfuerzo, o para continuar usando el término adoptado por Adam Smith y sancionado por un largo uso, la división del trabajo, economiza trabajo; esto es, permite la obtención de resultados iguales con menor esfuerzo o de mayores resultados con igual esfuerzo. Pero además de esta primaria economía de esfuerzo, surgen otras economías.

Permitidme ilustrar con una materia apartada de la Economía Política, el principio general de que proceden estas, ventajas. Nada, acaso, muestra mejor la flexibilidad del espíritu humano que la arquitectura naval. Sin embargo, desde la ruda canoa hasta el monstruoso acorazado en toda la infinita variedad de formas que los hombres han dado a los barcos destinados a surcar las aguas, subsiste un principio. Siempre hacemos el barco más largo que ancho. ¿Por qué lo hacemos así? Es que un barco al surcar las aguas tiene dos principales puntos de resistencia que vencer. Primero, el desplazamiento del agua por su proa, la resistencia que se manifiesta por el rizo u ondulaciones que se originan allí, y segundo, la reposición del agua por la popa, la resistencia manifestada por la succión o camino o estela que deja tras sí. Además tiene también que vencer la fricción lateral revelada si miramos desde la borda de un buque que se mueva en un agua tranquila por la línea de «agua muerta» o pequeños rizos de sus costados. Pero esta es relativamente ligera, comparada con la fuerza exigida por el desplazamiento y la reposición.

Cuando se comenzó a construir el canal Erie, se abrieron sus esclusas para acomodar barcos de cierta longitud. El ensanche de estas esclusas, de modo que admitiesen barcos de dobles dimensiones, se está haciendo ahora, pero aún no está terminado enteramente, de modo que, para pasar el canal entero, tiene que emplearse todavía los barcos más chicos. Cada uno de estos barcos, habitualmente, va arrastrado por dos caballos o mulas. Pero cualquiera que viaje por el ferrocarril tendido paralelamente a esta gran vía acuática, advertirá que, durante largo trecho, los barcos son remolcados a pares y unida estrechamente la proa del uno a la popa del que le precede, y que en vez de cuatro caballos para dos barcos se usan sólo tres. Lo que hace posible esta economía, es que el desplazamiento es realizado principalmente por el primero, y la reposición de los dos por el segundo. Como la fuerza adicional que se requiere para mover dos barcos en vez de uno no es así mucha más que la adicional fricción lateral, bastan tres animales en vez de cuatro. Si el barco estuviera construido de modo que encajaran uno en otro perfectamente, la economía sería aún mayor.

Ahora bien, lo que nosotros hacemos al construir un barco, es virtualmente colocar una sección transversal junto a otra sección transversal, de modo que el conjunto pueda ser movido con una resistencia de desplazamiento y reposición no mayor de la que se exigiría para mover una sola sección transversal. El principio es el mismo que el que nos llevaría, si tuviéramos que hacer pasar dos objetos al través de un muro, a pasar el segundo por el agujero que habría necesidad de hacer para el primero, en vez de hacer otro agujero. Por añadidura, el aumento de longitud sin aumento de anchura que resulta virtualmente de colocar la sección transversal una tras otra, permite la gradación o aguzamiento de la entrada y de la

salida, facilitando así que el desplazamiento y reposición se realicen en tiempo mayor o más gradualmente y con menor resistencia. Además, el hecho de que la superficie resistente no aumenta proporcionalmente al aumento de la capacidad cúbica, permite al barco grande adelantar al barco pequeño con el mismo gasto proporcional de fuerza, aunque se hallen contruidos con iguales líneas.

Ahora bien, estos principios, o por mejor decir, este principio, porque inicialmente no es más que uno, tiene sus análogos en la producción. Así como 10.000 toneladas pueden ser transportadas en un barco con mucha mayor rapidez o con menos gasto de fuerza que en 10.000 barcos de una tonelada cada uno; así la producción puede ser facilitada y economizada haciendo a la vez las cosas de la misma clase que hayan de hacerse.

Tomemos, por ejemplo la fabricación del pan. Fabricar un pan requiere la aplicación de una cierta suma de calor durante un cierto tiempo para cierta cantidad de masa. Elevar el calor hasta ese punto requiere cierto gasto de fuego; mantenerlo en este punto durante dicho tiempo, otro gasto de fuego, y cierta parte del calor se pierde en el enfriamiento de los hornos después de que el pan está cocido. Cocer un pan en un horno ordinario, requiere un gasto de fuego relativamente mucho mayor que el necesario para cocer, al mismo tiempo, tantos panes como el horno pueda contener, y un horno mayor cocerá más panes con un gasto de fuego proporcionalmente menor que un horno más chico, puesto que la pérdida de fuego sustraído a la tarea de cocer, es relativamente pequeña.

Y si una hornada es sustituida por otra hornada sin que el horno se enfríe, se hace también otra economía relativamente grande. Así, la concentración del trabajo en la cocción de pan origina una gran economía de trabajo en el solo concepto del fuego. Lo mismo ocurre en los demás conceptos.

La economía así obtenida por la concentración del trabajo, nace, no sólo de leyes físicas, sino de leyes mentales igualmente. Toda nuestra fabricación o realización de cosas, excepto aquéllas que pueden referirse al instinto, requieren, en primer lugar, el ejercicio del pensamiento consciente. Vemos esto en los niños cuando aprenden a andar, a hablar, a leer y escribir. Vemos esto como adultos cuando comenzamos a hacer cosas nuevas para nosotros, como hablar una lengua extranjera, escribir taquigrafía o usar una máquina de escribir o una bicicleta. Pero a medida que nosotros usamos las cosas una y otra vez, el esfuerzo mental es cada vez menor hasta que logramos hacerlo automáticamente y sin pensamiento consciente de cómo las hacemos.

Ahora bien, el resultado de lo expuesto, desde el punto de vista del conjunto u organismo industrial es la separación del esfuerzo o la división del trabajo en la producción de riqueza; es que el individuo hace menos cosas, pero las hace con más frecuencia. Desde el punto de vista del individuo es la concentración del esfuerzo o del trabajo; desde el punto de vista de las cosas que han de hacerse, envuelve también una análoga concentración en lugar y tiempo, consiguiendo así la economía de esfuerzo o aumento de eficacia del esfuerzo que, para volver a nuestro ejemplo, proviene de hacer una cosa tras otra y en mayor escala en vez de hacerlo una menor.

Así, cuando en vez de consagrarse cada individuo o cada familia a cazar, pescar, obtener vegetales, construir habitaciones y fabricar vestidos o herramientas, para la satisfacción de sus propias necesidades, unos se dedican a hacer una cosa y otros a hacer otras de las cosas requeridas para la satisfacción de las necesidades generales, lo que es separación de la función desde el punto de vista de la colectividad o conjunto total, es la concentración de las funciones en sus unidades, con lo cual se desenvuelven especiales aptitudes o vocaciones. Y, a medida que el organismo social crece por el aumento en número o por el ensanche del círculo de sus cambios o por ambas cosas, esta diferenciación de funciones entre sus unidades tiende constantemente a acrecentarse aumentando la eficacia de las facultades productivas del hombre hasta un grado al cual no podemos asignarle límite, y del cual sólo tenemos un débil anticipo en el maravilloso desarrollo en el poder productivo que tan vigorosamente caracteriza nuestra civilización moderna.

En la sociedad civilizada, donde la división del trabajo ha sido llevada muy lejos, estamos tan acostumbrados a ella, que nos sería difícil comprobar cuánto le debemos y cuán absolutamente distinta sería nuestra vida sin ella. Pero si procuramos pensar en aquello a que quedaríamos reducidos sin la división del trabajo, veremos cuán grande es la parte que juega en la producción de la riqueza; tan grande en verdad, que sin ella, el hombre tal como ahora lo conocemos, no podría existir. Tomad, por ejemplo, la provisión de vestidos. Si cada uno tuviera que hacer su propio vestido desde la materia prima, no podría tener nada mejor que hojas o pieles. Aun con todas las ventajas que la división del trabajo da para fabricar paños, agujas, hilo, botones, etc., imaginemos uno no habituado a ello, disponiéndose a hacer un traje. Pronto comprobaríamos cuán difícil es

hacer el primero. Cuánto más fácil y mejor se hace el segundo que el primero, el tercero que el segundo, y así sucesivamente, hasta que la profesión dejaría de exigir reflexión y se convertiría en automática. Cuando por medio de la división del trabajo, la fabricación de trajes se concentra tanto que los trajes de algunas docenas o veintenas de hombres Pueden hacerse a la vez, los individuos pueden consagrarse así exclusivamente a fabricar trajes con una economía grandemente aumentada. A medida que la concentración de manufacturas de trajes avanza y la fabricación de trajes para cientos, millares, decenas de millar y aun cientos de miles de individuos se realiza a la vez con el desarrollo de la industria pañera, se hace posible una economía cada vez mayor. Individuos aislados se consagran a fabricar determinados vestidos, y aun algunos, a fabricar ciertas prendas o determinadas partes de ellas. En vez de un sastre que corta un vestido con un par de tijeras y continúa fabricándolo en todas sus partes, hay cortadores que no hacen más que cortar veintenas de vestidos a la vez con grandes cuchillas; las operaciones de hilvanar, forrar, poner los botones, etc., son realizadas por gentes distintas que se consagran a hacer estas cosas únicamente, y cuyo trabajo es ayudado por poderosas máquinas cuyo uso se hace posible con la mayor escala y la mayor continuidad de empleo que esta concentración permite.

Esta concentración y especialización de la obra, con la división del trabajo, es la que acarrea el desarrollo de todo género de mecanismos economizadores de trabajo. La cualidad esencial de la máquina es su adaptación para realizar ciertas cosas especiales. El cuerpo humano, considerado como una máquina, es de todas las máquinas la mejor adaptada para realizar la mayor variedad de cosas. Mas para hacer sólo una, para el aumento de la cantidad a expensas de la variedad, el hombre puede construir máquinas que, dentro de un círculo más

angosto, son muy superiores a las herramientas que la Naturaleza le ha dado. Y el mismo principio rige el empleo de las fuerzas, que no son aquella de que puede disponer en sus músculos. La utilización del viento, de las mareas, de las corrientes o saltos de agua, del vapor y de la electricidad, de las atracciones y repulsiones químicas, depende de esta concentración.

Así, la división del trabajo implica y proviene de la concentración del esfuerzo para la satisfacción de los deseos. Comienza cuando hay dos individuos que cooperan; aumenta y produce cada vez mayores economías, con el aumento del número de los que cooperan.

Adam Smith, que comenzó su *Riqueza de las Naciones* considerando cómo aumenta la cooperación los poderes productores del género humano, cooperación que él denominó la «división del trabajo», se refiere a la economía que ésta produce, bajo tres epígrafes: 1.º, el aumento de pericia de los trabajadores. 2.º, la economía de tiempo por la mayor continuidad del empleo. 3.º, la economía obtenida por el uso de la maquinaria.

Pero con una más amplia y plena observación podemos acaso analizar mejor las ventajas que resultan de la cooperación del trabajo del modo siguiente:

A. La asociación del trabajo permite a un número de individuos realizar, por directa unión de sus facultades, lo que separadamente sería imposible.

B. La división del trabajo, con la concentración y cooperación que implica, permite que muchos (o un mayor número) hagan las cosas

con un menor gasto de trabajo del que podrían ser hechas por uno (o por un número menor):

1.º Economizando tiempo y esfuerzo, como en el anterior ejemplo donde un hombre invierte sólo una jornada para realizar lo que separadamente cuatro hombres tendrían que hacer.

2.º Utilizando los diferentes poderes de los individuos, de modo que quienes sobresalgan en fuerza física se consagren a cosas que requieren fuerza física, mientras aquéllos que les son inferiores en fuerza física hacen las cosas que requieren menos fuerza física, pero para las cuales son capaces exactamente lo mismo, produciendo así resultados netos iguales a los que daría la elevación de todos al más alto nivel de fuerza física; o que aquéllos que descuellan en otras cualidades hagan las cosas para las que estas cualidades son más adecuadas, elevando así, prácticamente, el nivel de la realización de todo al de las más altas cualidades de cada uno.

3.º Aumentando la pericia a causa de que aquéllos que hacen una mayor suma de obra de la misma clase están en condiciones de adquirir facilidad para ellas.

4.º Acumulando conocimientos. La misma tendencia que aumenta el saber incommunicable llamado pericia, tiende también a aumentar el saber comunicable propiamente llamado así, que consiste en un conocimiento de las relaciones de las cosas con otras cosas externas y que constituye un patrimonio del cuerpo económico o mayor Leviathan, trasmisible por la escritura o por medios análogos.

5.º Utilizando las ventajas de hacer las cosas en una gran escala en vez de hacerlas en pequeña escala, y de hacerlas sucesivamente en vez de hacerlas separadamente.

6.º Utilizando las fuerzas naturales e inventando y usando máquinas y procedimientos progresivos, para cuyo uso da ventajas la producción en gran escala.

△▽

Capítulo X

Cooperación. Sus dos clases

Exponiendo las dos clases de cooperación, y cómo el poder de una sobrepaja grandemente al poder de la otra

La clase de cooperación que, por el método de unión o el modo de su iniciación, es resultado de algo externo y puede ser llamada cooperación dirigida o consciente.-Otra que parte de dentro y que puede ser llamada cooperación espontánea o inconsciente.-Tipos de las dos clases y sus análogos.-Mecanismo de un barco totalmente aparejado y de un pájaro.-La inteligencia, que basta para la una, es incapaz para la otra.-El salvaje y el barco.-En la construcción de un barco se requiere la cooperación inconsciente.-La cooperación consciente no bastaría para la obra de la inconsciente.-El defecto inevitable del socialismo.-La razón de esto es que el poder mental es espiritual, y no puede ser sumado como puede serlo la fuerza física.-De la «fuerza humana» y de la «fuerza espiritual».-Ejemplos de la óptica.- Imposibilidad del socialismo.-La sociedad es un Leviathan mayor que el de Hobbes.

Hemos visto que hay dos formas o procedimientos por los cuales la cooperación aumenta el poder productivo. Si preguntamos cómo se realiza en sí misma la cooperación veremos que hay en esto también una distinción que hacer, y que la cooperación es de dos clases esencialmente distintas. La línea de distinción, en cuanto a lo que he llamado las formas de cooperación y estudiado en el anterior capítulo, se refiere al método de acción o manera de su realización; la línea de distinción en cuanto a lo que llamaré las dos clases de cooperación y que he de examinar en este capítulo, es en cuanto al método de unión o manera de la iniciativa.

Hay una clase de cooperación que proviene, como si dijéramos, de fuera, la cual resulta de la dirección consciente de una voluntad directora para un fin definido. A ésta la podemos llamar cooperación directa o consciente. Hay otra clase de cooperación que procede, por decirlo así, de dentro, que resulta de una correlación de acciones de voluntades independientes, no buscando cada una sino su fin inmediato y prescindiendo si no ignorándolo realmente, del resultado general. A esta la podemos llamar cooperación espontánea o inconsciente.

El movimiento de un gran ejército es un buen ejemplo de la cooperación de aquella clase. Aquí las acciones de muchos individuos están subordinadas, dirigidas por una voluntad consciente, siendo aquéllos, como si dijéramos, su cuerpo y ejecutando sus decisiones. El abastecimiento de una gran ciudad con toda la multitud de cosas que constantemente necesitan sus habitantes, es un buen tipo de cooperación de la otra clase. Esta clase de cooperación es mucho

más extensa, más bella, más vigorosa y delicadamente organizada que la cooperación implicada por los movimientos de un ejército; sin embargo, no se realiza por subordinación a una voluntad consciente que conozca el general resultado a que se dirige, sino por la correlación de acciones originadas en muchas voluntades independientes, cada una de las cuales se encamina hacia su propio fin limitado sin cuidarse ni pensar en el general resultado. Una de estas clases de cooperación parece tener su análoga en aquéllos concertados movimientos de nuestro cuerpo, que nosotros podemos dirigir conscientemente. La otra, en la correlación de aquellos innumerables movimientos de los cuales no tenemos consciencia, y que mantiene la fábrica humana, movimientos que, en su complejidad, delicadeza y precisión, trascienden mucho de nuestras facultades de dirección consciente, a pesar de lo cual esta cooperación de partes y funciones que forjan el cuerpo humano y mantienen la vida y vigor de éste, es creada y sostenida por aquellos perfectos ajustes recíprocos que concurren a una finalidad común.

Un hermoso ejemplo de cooperación de la primera clase, es proporcionado por el aparejo de un navío con las velas desplegadas. El noble barco, inclinándose graciosamente a impulsos de la brisa, bajo sus nubes de lona, camina levantando blancos surcos por su proa, y dejando una hormigueante estela en su popa. De pronto su foque vuela libre y su contrafoque se aplana, y el barco se inclina hacia el viento; sus vergas del trinquete giran y sus velas comienzan a vibrar, y, al fin, lo que era sus brazas de barlovento, son haladas en la guinda para desplegarlas por otro lado. Las otras velas, que recibían al principio el viento por detrás, comienzan a su vez a desplegarse; sus vergas son cambiadas y pronto comienzan a recibir el viento de distinto lado; y con cada lona y aparejo en su nuevo sitio, el barco

recobra otra vez su briosa marcha; principia a levantar espuma con su proa inclinándose hacia otro lado, para seguir su camino en una nueva dirección. Tan armoniosos son sus movimientos, tan aparentemente análogos a los de la vida, que los salvajes que ven por primera vez un barco de esta índole cerca de sus costas, lo toman por un gran pájaro que cambia su dirección con el movimiento de sus alas, como la gaviota o el albatros.

Y entre el barco y el pájaro hay ciertas semejanzas. Ambos tienen mecanismos en los que varias partes se hallan combinadas en relación con el conjunto y distintos movimientos están conexiónados en acción armónica. Y, en ambos, el movimiento es producido por los variables ángulos en que un mecanismo de articulaciones y ligamentos presenta superficies planas al choque del aire. En un pájaro, sin embargo, las diversas partes se mueven obedeciendo instintiva e inconscientemente al impulso de una voluntad consciente. Pero, en el barco, los movimientos de las partes son producidos por la acción distinta de voluntades conscientes que varían en número desde una o dos docenas, en un buque mercante, hasta varios centenares en un antiguo barco de guerra. Su cooperación es producida no instintiva e inconscientemente, sino por la obediencia inteligente a las órdenes inteligentes de una voluntad directora que prescribe a cada hombre su lugar y función, disponiendo cuándo, cómo y por quién ha de hacerse cada movimiento. El pájaro vira, porque cuando quiere virar los nervios y tendones responden directamente a los movimientos necesarios. El barco vira, porque las voluntades aisladas que manejan su timón y sus velas, obedecen conscientemente a los sucesivos mandatos que prescriben cada uno de los movimientos necesarios, dando desde la primera hasta la última orden necesarias para ellos. Una serie de inteligentes órdenes, conscientemente

obedecidas por aquéllos a quienes se dirigen, origina y relaciona los movimientos de las partes.

Ni podrían ser realizadas las maniobras de un barco sin tal dirección inteligente. Toda tentativa de sustituir con la acción independiente, sea cual fuere el deseo, la obediencia responsable a una dirección inteligente, produciría pronto, ciertamente, el resultado de la tradicional goleta de cabotaje tripulada por dos -el capitán y un compañero,- en la que el capitán que estaba timoneando, irritado por alguna imprevista maniobra de su compañero que tendía redes, le gritó: «Usted dirigirá su parte de esta goleta y yo la mía». Después de lo cual hubo un rechinar de cadenas en la proa y el compañero le gritó: «Capitán, yo he anclado mi extremo de esta goleta; usted puede seguir con el suyo a donde le parezca».

Ahora bien, gran parte de la cooperación del hombre para producir efectos sociales es de igual naturaleza que esta por la cual se maneja un barco. Implica la delegación en individuos del poder de disponer o dirigir lo que otros han de hacer, consiguiendo así por la acción común las ventajas de una inteligencia directora y armonizadora. Pero al par que la cooperación de esta clase es indispensable para producir ciertos resultados por la acción conjunta, es ineficaz o perniciosa para obtener otros resultados que impliquen series más largas y acciones o arreglos más complicados y delicados.

Para continuar nuestro ejemplo: El pájaro, por su estructura, es una máquina como lo es el barco; la voluntad consciente del pájaro dirigiendo ciertos movimientos voluntarios, lo hace subir o bajar, inclinarse en esta o en la otra dirección, ser impelido por la brisa o caminar contra ella; en una palabra, ejecutar todos los movimientos,

unas veces rápidos y otras lentos, pero casi siempre graciosos, de que la máquina del pájaro es capaz. Pero la voluntad consciente que rige el movimiento voluntario del pájaro, la inteligencia, que es el capitán de esta embarcación aérea, no se preocupa de la máquina misma, de sus consumados arreglos, ajustes y adaptaciones. Esto, no sólo trasciende infinitamente de la inteligencia del pájaro, sino de la más alta inteligencia humana. La unión de la ligereza con la fuerza, de la rigidez con la flexibilidad, de la gracia con el vigor, la idoneidad de los materiales, la conexión y relación de las partes, la economía de espacio, energía y función, las aplicaciones de lo que son para nosotros las más complejas y recónditas leyes físicas, hacen del pájaro, como máquina, algo tan superior a las mejores y más delicadas máquinas de construcción humana, como lo son las pinturas del gran maestro a los rudos esbozos trazados en una pizarra por el charlatán aprendiz.

El pájaro no es una construcción como lo son las máquinas hechas por el hombre. No se fabrica, sino que se desarrolla. Su primera forma tangible, en cuanto alcanzamos a ver, es una viscosidad que contiene una sustancia llamada yema, envuelta en un líquido pegajoso, la clara. Bajo ciertas condiciones y sin influjos externos, salvo el de un apacible y sostenido calor, las moléculas de la sustancia contenida comienzan, por alguna influencia interior y en apariencia espontáneamente, a organizarse en células y las células a formar tejidos y huesos, y sucesivamente corazón y pulmones, espina dorsal y cabeza, estómago e intestinos, cerebro y nervios, alas y pies, piel y plumas, hasta que, al fin, una pequeña cosa viviente picotea su envoltura dejando una cascara vacía, y con un escaso alimento y corto sueño, un leve enderezamiento de las falanges y crecimiento de las plumas, el yo de esta cosa, el nuevo capitán de la nueva embarcación

aérea comienza a manejar el timón y las velas y los remos, hasta que «habiendo aprendido a maniobrar» y acostumbrado a medir la distancia y a la sensación del movimiento, se resuelve intrépidamente a dirigirse y remontarse, a conquistar su alimento, a digerirlo, a vivir su vida y propagar su especie.

Los propios salvajes se admiran a veces del misterio del huevo como el hombre civilizado se admira a veces de los misterios de las cosas comunes, porque para ellos, como para nosotros, aquél encierra un insoluble misterio. Pero es el barco, no el pájaro lo que excitaría más su sorpresa y su admiración, porque el salvaje vería en el barco, en cuanto lo examinara de cerca, no una cosa que se desarrolla, sino una cosa que ha sido hecha, una más alta expresión del mismo poder que él ejercita en sus rudas construcciones. No vería en aquél, cuando lo mirase de cerca, sino una canoa inmensamente mayor y mejor, y se sorprendería y admiraría como el que comienza a pintar se sorprende y admira ante el cuadro de un maestro, junto al cual pasaría sin advertirlo el que no tuviese la menor noticia de las dificultades del arte pictórico. En cuanto el salvaje comprendiera el género de cooperación necesario para el manejo de un barco, atribuiría la construcción del barco a una cooperación de la misma clase. Puesto que una canoa mayor que la que un hombre puede construir, puede ser construida por el mismo hombre si logra unir el esfuerzo de todos para cortar, transportar, hender y ahuecar un gran tronco, le parecería a nuestro salvaje que de este mismo modo ha sido construido el barco de la civilización. Y la admiración que este barco excitara en él, sería hacia los hombres que lo tripulan, a quienes, naturalmente, tomaría por los hombres que lo han construido, o al menos por los hombres que pudieran construirlo. La superioridad del barco sobre las canoas rudas que le son familiares, la atribuiría a la

superioridad de las cualidades personales de aquéllos y hasta a su mayor saber, maestría y poder. En realidad, le parecerían verdaderos dioses.

Sin embargo, el salvaje se equivocaría. La superioridad del barco no indica la superioridad de los hombres individualmente. Si vinieran a tierra por la pérdida del barco y de todo su contenido, esos hombres estarían más desvalidos que la mayor parte de aquéllos, y encontrarían mayores dificultades para hacer hasta una canoa. Aunque hubiera salvado herramientas y provisiones, sólo después de gran esfuerzo conseguirían construir una tosca, pequeña embarcación, inhábil para un viaje largo y para el mal tiempo, y en ningún aspecto comparable con su barco. Porque un barco moderno es más un crecimiento que una construcción directa en cuanto que entre la clase de cooperación requerida para producirlo y la que basta para la de una canoa, hay una diferencia que indica algo no distinto por completo de la diferencia que existe entre una obra de la Naturaleza y una obra del hombre.

La cooperación requerida para hacer una gran canoa o para tripular un barco es extremadamente sencilla comparada con la que implica la construcción y equipo de un bien construido barco de primera clase. La coordinación, conforme a los planos del arquitecto naval, de las partes y materiales separados que componen un barco tal, requeriría, después de que han sido reunidos, alguna cooperación directa. Pero si la cooperación de esta clase podría bastar aún para colocar y ensamblar las partes, después de que han sido hechas y reunidas ¿cómo podría bastar para hacer aquellas varias partes desde las formas en que la Naturaleza ofrece sus materiales y reunirlos en el lugar donde aquéllos han de ser utilizados?

Considerad las maderas, las tablas, las berlingas; el hierro y acero de varias clases y formas; el cobre, el bronce, los pernios, tornillos, clavos, cadenas; las maromas de acero, cáñamo y algodón; las lonas de varias fibras textiles; los bloques, manubrios y molinetes; las bombas, los botes, los sextantes, los cronómetros, los catalejos, los barómetros y los termómetros, cartas, almanaques náuticos, cohetes y bengalas; alimentos, vestidos, herramientas, medicinas, utensilios, y todas las varias cosas que sería fatigoso especificar, que contribuyen a la construcción y aprovisionamiento de un buque de vela de primera clase de tipo moderno, para no decir nada de la complejidad mayor aún, de un vapor de primera clase: La cooperación directa nunca podría, y no está en la naturaleza de las cosas que lo pudiera, hacer y juntar tal variedad de productos, implicando tantos de ellos el uso de maquinarias costosas, de consumada pericia, y la existencia de productos y procesos subsidiarios.

Cuando un constructor de barcos recibe la orden para uno de estos barcos no envía hombres al bosque, unos para cortar robles, otros pino amarillo, otros pino blanco y otros fresnos y otros lignum-vitae; no envía directamente algunos a las minas de hierro y otros a las de cobre y otros a que traigan el mineral, y, otros aun, a que arranquen el carbón con que estos minerales van a ser fundidos, y el betún para calafatear el barco; a otros a plantar el cáñamo y a otros a plantar el algodón; a otros a alimentar gusanos de seda; a algunos a hacer cristales, a otros a matar animales para obtener sus cueros y sebos, a otros a obtener resinas, aceites, pinturas, papeles, fieltros y mercurio. Ni intenta dirigir la multitud de operaciones por las cuales estas materias primas han de adquirir las formas y combinaciones exigidas y han de ser juntadas en el lugar donde se va a construir el barco. Tarea semejante superaría el saber y las facultades de un Salomón. Lo que

hace es utilizar los recursos de una más alta civilización, sin los cuales se encontraría desamparado, y utilizar para sus fines una cooperación inconsciente, por la cual, sin su dirección ni dirección general alguna, el esfuerzo de muchos hombres que trabajan en muchos diferentes lugares y en ocupaciones que comprenden casi todo el campo de una industria minuciosamente diversificada, animado cada uno por el ansia de obtener la satisfacción de sus personales deseos por el camino que le es más fácil, han aportado los materiales y productos necesarios para hacerlos coincidir en un buque como éste.

Compra a varios traficantes en tales cosas, cuadernas, vigas, tablones, leños, velas, cables, cuerdas, botes, linternas, banderolas, instrumentos náuticos, bombas, hornillas, y probablemente usa diverso constructor para las distintas partes de la obra de construcción del casco, tales como el calafatearlo, forrarlo, pintarlo, etc., hacer las velas y aparejar los palos. Y cada uno de estos separados órdenes de colaboración y producción se subdividen y ramifican en otros órdenes que tienen a vez su necesaria relación todavía con otros grupos. Tan insuficiente es el tiempo de una vida para adquirir, o un solo cerebro tan incapaz de retener la variedad de conocimientos necesarios para la construcción y equipo de un barco de vela moderno, que ya va resultando anticuado por el todavía más complejo buque de vapor, que yo dudo que el hombre mejor informado sobre estos asuntos, aunque se tome doce meses para estudiarlos, pudiera dar ni siquiera el nombre de las varias clases de trabajos independientes que implica.

Un barco moderno, como un ferrocarril moderno, es un producto de la civilización moderna; de aquella correlación de esfuerzos individuales en que consiste esencialmente lo que llamamos civilización; de aquella cooperación inconsciente que no procede de

una personal dirección, como si dijéramos de fuera, sino de su propio desenvolvimiento, como si dijéramos de dentro, por la relación de los esfuerzos individuales, buscando cada uno la satisfacción de los deseos individuales. Un simple amo de hombres, aunque pudiera disponer de los servicios de millones de éstos, no podría hacer un barco semejante sino en una civilización preparada para ello. Un Faraón, que construye pirámides, un Genghis Khan que levanta montañas de cráneos, un Alejandro, un César ni siquiera un Enrique VIII, podrían hacerlo.

La clase de cooperación de que he puesto un ejemplo con el manejo de un barco es muy sencilla. Sería fácilmente explicada salvo las dificultades del lenguaje, a los malayos, somalíes, hindúes o chinos, o a los hombres que manejaban las galeras romanas, o los barcos primitivos. Pero aquella clase de cooperación implicada por la construcción de tales barcos, es materia más honda y más compleja. Ordenarla y producirla sobrepuja el poder de una dirección consciente. No puede ser adelantada o mejorada por ningún esfuerzo del poder de dirigir las acciones conscientes de los hombres, como la voluntad consciente del individuo no puede añadir una línea a la estatura de éste. Lo único que la dirección consciente puede hacer para ayudarla, es dejarla obrar libremente, darle libertad para desenvolverse, dejando libres a los hombres para buscar la satisfacción de sus propios deseos por los medios que les parezcan mejor. Intentar aplicar aquella clase de cooperación que requiere dirección de fuera, a la obra propia de aquella clase de cooperación que requiere dirección desde dentro, es como pedirle al carpintero, que puede construir un gallinero, que construya también el pollo.

Esto es el fatal defecto de todas las formas del socialismo, la razón del hecho que toda observación muestra, de que cualquiera tentativa de llevar la regulación y dirección consciente más allá de la reducida esfera de la vida social en que es necesaria, inevitablemente produce daños, hiriendo aun a aquello que se intenta auxiliar.

Y la razón de este gran hecho puede ser, a mi juicio, al menos en gran parte, percibida cuando consideramos que el elemento original de toda producción es el pensamiento o la inteligencia, el espíritu, no la materia. Este elemento espiritual, esta inteligencia o poder mental, según aparece en el hombre, no puede ser asociado o fundido, como puede serlo la fuerza material.

Dos hombres pueden tirar o empujar el doble que un solo hombre, y las fuerzas, físicas de 10.000 hombres adecuadamente dispuestas para ejercitarse, excederían 10.000 veces las fuerzas físicas de un hombre. Pero la inteligencia no puede sumarse así. Dos hombres no pueden tener dos veces más previsión que un solo hombre, ni un ciento de miles determinarse con un acierto 100.000 veces superior. Si es verdad que «en una multitud de consejeros está la sabiduría», lo es sólo en el sentido de que en un gran contraste de juicios y opiniones, las excentricidades y aberraciones son fácilmente eliminadas. Pero en esta eliminación, las cualidades necesarias para el juicio superior y la dirección pronta, se pierden también. Nadie ha dicho nunca, «en una multitud de generales está la victoria». Por lo contrario, el adagio es: «un mal general es mejor que dos buenos».

En la primera clase de cooperación, como por ejemplo, cuando diez hombres tiran del mismo cable en el mismo sentido, obedeciendo a la dirección de un hombre, hay una utilización de las fuerzas físicas

de diez en la dirección del esfuerzo mental de uno. Pero al mismo tiempo hay la pérdida, o por mejor decir, la no utilización de las fuerzas mentales de diez. El resultado no puede ser mayor que si los diez hombres que tiran estuvieran a la vez absolutamente desprovistos de inteligencia, fueran meros autómatas. Y fácilmente podemos darnos cuenta de tales extensiones, en la aplicación de los mecanismos para utilizar las fuerzas físicas naturales que el capitán de un barco hace, de modo que tocando una llave eléctrica da movimientos correspondientes al timón y a las escotas y a las abrazaderas, manejando el barco sin tripulación, con lo cual aproximamos mucho el mecanismo de un barco al mecanismo de un pájaro.

Pero en la clase de cooperación que yo he llamado espontánea, en que la dirección viene de dentro, lo utilizado en la producción no es meramente la suma del poder físico de las unidades, sino la suma de su inteligencia. Si se me permite usar durante un momento el término «poder humano» y el símbolo M, como expresión de la fuerza física que un individuo puede ejercer, y el término «poder mental» y el símbolo M' como indicación cuantitativa del poder individual de la inteligencia o pensamiento, el mejor resultado posible del esfuerzo de un ciento de miles de hombres en la cooperación de la primera clase, sería: 100.000, poder humano multiplicado uno, poder mental, ó 100.000 M M'; mientras el mismo número de hombres empleado en la segunda clase de cooperación sería: 100.000 poder humano multiplicado 100.000 poder mental, ó 10.000 millones M M'.

El ejemplo es tosco, pero puede servir para indicar la enorme diferencia que ofrecen las dos clases de cooperación, y que, a mi juicio, nace en parte importante, por lo menos, del hecho de que

mientras en la segunda clase de cooperación la suma de la inteligencia utilizada es la del conjunto de las unidades cooperantes, en la primera especie de cooperación lo es sólo en muy pequeña parte.

En otras palabras; sólo en la acción independiente puede ser utilizado el pleno poder del hombre. La subordinación de una voluntad humana a otra voluntad humana, aunque en ciertos órdenes puede asegurar la unidad de acción, allí donde la inteligencia es necesaria tiene siempre que motivar pérdida de poder productivo. Esto lo hemos visto atestiguado en la esclavitud y donde los Gobiernos han pretendido (lo cual es tendencia de todo Gobierno), limitar indebidamente la libertad del individuo. Pero donde la unidad del esfuerzo, o por mejor decir, la asociación del esfuerzo puede ser conseguida sin menoscabo de la plena libertad del individuo, puede también ser utilizado el conjunto del poder productivo y el resultado será inmensamente mayor.

El cansancio del tejido muscular que sobreviene a medida que los años de la vida corren ha privado al delicado mecanismo que un tiempo movía adecuadamente las lentes de mis ojos de lo que llaman los ópticos su poder de acomodación, de modo que para mi vista natural, los párrafos impresos que un tiempo leía cómodamente resultan ahora indistinguiblemente confusos.

Agujereando con un pequeño alfiler un pedazo de cartulina, y colocándola cerca de uno de mis ojos mientras cierro el otro, puedo apartar de mi vista tantos rayos de luz, que los pocos que penetren hasta mi retina no choquen unos con otros y pueda así ver las mismas páginas impresas durante algunos momentos, claramente. Pero esto

es mediante el sacrificio de rayos de luz aprovechable en todo caso. Ahora bien, por medio de un par de lentes adecuadamente contruidos que modifiquen la intersección de los rayos de luz como convenga a los ojos, yo puedo utilizarlos todos.

Intentar, en los asuntos sociales, conseguir por medio de la cooperación de la primera clase aquel alineamiento del esfuerzo que por ley natural pertenece a la cooperación de la segunda, clase, es como intentar conseguir por la cartulina y los alfileres la claridad de visión que puede obtenerse mucho mejor por los lentes. Tal es el intento de lo que propiamente se llama socialismo.

Imaginemos un conjunto de hombres en los cuales se intentara conseguir, por la dirección externa que implican las teorías socialistas, aquella división del trabajo que surge naturalmente en la sociedad donde los hombres permanecen libres. Para la inteligente dirección que esto necesita, tendrían que ser elegidos uno o varios individuos humanos, porque aunque existen ángeles y arcángeles en el mundo invisible para nosotros, no están a nuestra disposición.

Prescindamos de las dificultades que según la universal experiencia muestra surgen siempre en la elección de los depositarios del Poder, y olvidando la inevitable tendencia hacia la tiranía y la opresión de quienes mandan sobre los actos de otros, consideremos simplemente que, aunque fueran elegidos para estos fines los más sabios y mejores de los hombres, la tarea que habríamos puesto sobre ellos de disponer, cuándo, dónde, cómo y por quién, tarea implicada por la inteligente dirección y supervisión de las relaciones y combinaciones casi infinitamente complejas y constantemente cambiantes que entraña la división del trabajo según se realiza en una

sociedad civilizada. La tarea excede del poder intelectual humano más alto. Evidentemente, está tan por cima de la posibilidad de una dirección consciente, como lo está la correlación de los procesos que mantienen al cuerpo humano saludable y vigoroso.

Aristóteles, Julio César, Shakespeare, Newton, pueden con justicia ser tomados como ejemplos del más alto nivel en las facultades del espíritu humano. ¿Hubiera podido ninguno de ellos, si se hubiera entregado a su inteligencia consciente el *control* de los procesos que mantienen el organismo individual conservar la vida de su cuerpo un solo minuto? Newton, según cuenta la tradición, tapaba sus tabaqueras con los guantes de su mujer. ¿Qué hubiera sido del corazón de Newton si la ordenación de sus latidos hubieran dependido de la mente de Newton?

Nuestro pensamiento, esta inteligencia consciente que percibe, compara, juzga y quiere, aunque sean admirables y de mucho alcance sus facultades, es como el ojo que puede mirar los lejanos soles y las vías lácteas, pero que no puede ver su propio mecanismo. Este cuerpo nuestro en que nuestro espíritu está alojado, esta máquina infinitamente compleja y delicada, por medio de la cual el sentir y el pensar adquieren conciencia del mundo externo y su voluntad es transmitida a los movimientos, existe sólo por virtud de la inteligencia inconsciente que trabaja mientras la inteligencia consciente descansa; que está en vela mientras ésta duerme, que quiere, sin el concurso de ésta, y proyecta sin que ésta invente; de la cual casi no tenemos directo conocimiento y sobre la cual casi no tenemos directa intervención.

Y así es la espontánea cooperación inconsciente de los individuos que, integrándose en el organismo industrial, el Leviathan mayor que el de Hobbes, armoniza los esfuerzos individuales en la producción de la riqueza con enorme aumento del poder productivo, y distribuye el producto entre las unidades de que aquél está compuesto. La naturaleza y leyes de tal cooperación es lo que a la Economía Política toca determinar primeramente.

△▽

△▽

Capítulo XI

La función del cambio en la producción

Exponiendo que en el hombre la falta de instinto es suplida por una cualidad más alta, la razón, que le impulsa al cambio

La cooperación de las hormigas y las abejas es desde dentro y no desde fuera, por instinto y no por dirección.-El hombre tiene poco instinto, pero la falta de éste se halla suplida por la razón.-La razón se manifiesta en el cambio.-Esto basta para la cooperación inconsciente del cuerpo económico o mayor Leviathan.-De los tres modos de producción, el cambio es el más alto.-Error de los escritores de Economía Política.-El motivo del cambio.

Es un hecho curioso, que encierra sugerencias que nos conducirían más allá de nuestro propósito, que los seres vivientes más aproximados a la organización social del hombre no son aquéllos con los cuales estamos estructuralmente más ligados, sino los pertenecientes a especies muy distintas de la nuestra, los insectos. La

cooperación por la cual las hormigas y las abejas edifican casas y ejecutan obras públicas, se procuran y almacenan alimentos, hacen provisiones para las futuras necesidades, crían sus larvas, hacen frente a los asaltos de los enemigos y prevén daños generales, da a su vida social, una acentuada semejanza superficial con la de las sociedades humanas y las hace en esto, aparentemente, mucho más próximas a nosotros que lo están los animales con quienes estructuralmente nos hallamos más emparentados.

La cooperación por la cual se desenvuelve la vida social de tales insectos, a primera vista parece ser del género de lo que hemos llamado cooperación directa, en la cual la correlación en los esfuerzos de los individuos se logra, como si dijéramos, desde fuera, por la subordinación de cada una de dichas unidades a otras unidades, para conseguir la obediencia consciente en respuesta a una inteligente dirección. La monarquía republicana de las abejas tiene su reina, sus zánganos, sus trabajadores; las hormigas se alinean espontáneamente para marchar, para combatir o para trabajar, formando ejércitos combatientes o industriales.

Sin embargo, una más atenta observación nos muestra que esto es más en apariencia que de hecho, y que el gran agente de correlación de los esfuerzos que los insectos manifiestan, es algo que les imprime la unidad, no desde fuera, sino desde el interior de su propia naturaleza: la fuerza, poder o impulso que llamamos instinto, la cual, operando directamente sobre cada individuo, los lleva, como si dijéramos espontáneamente, a su lugar y funciones adecuadas con relación al conjunto, de modo parecido a la manera de operar las fuerzas vitales o germinativas dentro del huevo para relacionar las distintas células hasta dar por resultado el pájaro viviente.

Ahora bien, de este poder o impulso que llamamos instinto el hombre consciente tiene poco. Aunque las funciones involuntarias o inconscientes de su organismo corporal pueden ser ordenadas y mantenidas por aquél o por algo semejante a él, y aunque puedan del mismo modo proporcionar el *substratum* de lo que pudiéramos llamar su organismo mental; sin embargo, el instinto, tan fuerte en todas las categorías de la vida inferiores a él, parece en el hombre decaer y retirarse a medida que el más alto poder de la razón asume la dirección. La parte de instinto que aquél retiene, no bastaría ni siquiera para construcciones sociales como las de las abejas, hormigas o castores. Pero la razón, que en él ha sobrepujado al instinto, le proporciona un nuevo y aparentemente ilimitado poder de unir y relacionar esfuerzos individuales capacitándole y disponiéndole para comerciar con sus semejantes. El acto del cambio es el de desprenderse deliberadamente de una cosa con propósito de obtener otra cosa y como un medio para esto. Es un acto que implica previsión, cálculo, juicio, cualidades en que la razón difiere del instinto.

Todas las cosas vivientes que conocemos cooperan de algún modo y en algún grado. En cuanto alcanzamos a ver, nada de lo que vive puede vivir en sí mismo y para sí mismo exclusivamente. Pero el hombre es el único que coopera cambiando. Y puede distinguirse de todos los innumerables seres que con él usufructúan la tierra como el animal mercantil. De todos ellos, el hombre es el único que trata de obtener una cosa dando otra. Un perro preferirá un hueso grande a un hueso chico, y cuando no pueda conseguir ambos, conservará uno con preferencia al otro. Pero ningún perro ni otro animal dará deliberada y voluntariamente una cosa deseable por otra cosa deseable. Cuando entre dos cosas deseables se plantea la pregunta «¿cuál?»; su respuesta es siempre la respuesta del niño, «ambas»,

hasta que se ve obligado a dejar una para conservar otra. Ningún otro animal usa el cebo para atraer su presa; ningún otro animal planta semillas comestibles cuyo producto pueda recoger. Ningún otro animal da a otro aquello que le gustaría tener, para recibir en cambio lo que le gustaría más. Pero tal impulso viene naturalmente al hombre, con su madurez, y es uno de sus rasgos característicos.

El cambio es el gran agente por el cual se realiza lo que hemos llamado la espontánea o inconsciente cooperación de los hombres en la producción de riqueza, y por el cual las unidades económicas se sueldan en ese organismo social que es el mayor Leviathan. Para este cuerpo económico, este mayor Leviathan en el cual están incorporadas las unidades económicas, el comercio es lo que los nervios, o acaso los ganglios, son para el cuerpo individual. O para usar otro ejemplo: es a nuestros deseos materiales y facultades de satisfacerlos, lo que los alambres de un telégrafo o teléfono u otro sistema eléctrico es para este sistema, un medio por el cual los esfuerzos de una clase en un lugar, pueden ser convertidos en satisfacciones de otra clase en otro lugar, y así, el esfuerzo de las unidades individuales júntase y correlaciónase de modo que produzca satisfacción en lugar y forma más útiles, y en una suma que exceda enormemente a lo que de otro modo sería posible.

De los tres modos de producción que hemos distinguido, como adaptar, criar y cambiar, el último es aquél por el cual únicamente son aprovechables las más altas aplicaciones de los modos de adaptar y criar. Sin el cambio, la cooperación de los individuos en la producción de la riqueza no podría ir más lejos de allí donde puede ser conducida por el instinto natural que opera en la formación de la familia, o por aquella clase de cooperación en la cual las voluntades individuales se

subordinan a otra voluntad individual. Esto, evidentemente, no bastaría ni para el más bajo estado de civilización. Porque no sólo la esclavitud misma, que exige que los esclavos sean alimentados y vestidos, implica alguna especie de cambio, aunque muy inadecuada; sino que el trabajo de los esclavos tiene que ser completado por el cambio para permitir al dueño de esclavos el disfrute de algo más que las más primitivas satisfacciones. Sólo cambiando el producto de su trabajo podía el propietario de esclavos americanos proveerse de algo más de lo que sus propios esclavos podían obtener de sus propias plantaciones; y una sociedad fundada sobre la esclavitud, en que no hubiera cambio, difícilmente podría desarrollar otras artes que la construcción de las más toscas barracas y herramientas. Cuando hablamos de las pirámides y de los canales que fueron construidos por el trabajo forzado, olvidamos la gran cantidad de cambios que tales obras implican.

Muchos, si no los más de los escritores de Economía Política, han tratado del cambio como de una parte de la distribución. Pertenece, por el contrario, propiamente, a la producción. Es cambiando y al través del cambio como el hombre obtiene y es capaz de ejercer la facultad de cooperación por la cual, con el avance de la civilización, aumenta tan enormemente su capacidad productora de riqueza.

El motivo del cambio es el postulado primario de la Economía Política: el hecho universal de que el hombre busca la satisfacción de sus deseos con el menor esfuerzo. Esto conduce a los hombres por un universal impulso a buscar la satisfacción de sus deseos comerciando siempre que puedan obtener así la satisfacción del deseo con menos esfuerzo que por otro camino; y por virtud de las leyes naturales, tanto físicas como mentales, explicadas en el capítulo

Il de este libro, esté es, desde el origen mismo de la sociedad humana y aumentando con su progreso, el medio más fácil de procurarse la satisfacción del mayor número de deseos.

Y en adición a las leyes ya explicadas, aun hay otra ley o condición de la naturaleza relativa al hombre, de la que obtiene ventajas para el enorme acrecentamiento del poder productivo por medio del cambio.⁽²⁶⁾

△▽

Capítulo XII

Función de la competencia en la producción

Exponiendo que la competencia lleva el comercio, y por consecuencia los servicios, a su justo nivel

(La competencia es la vida del comercio.-Antiguo y verdadero adagio.-La creencia de que es un mal, proviene de dos causas: una mala y otra buena.-La causa mala se encuentra en la raíz del proteccionismo.-La ley de la competencia es una ley natural.-La competencia es necesaria para la civilización).⁽²⁷⁾

Que «la competencia es la vida del trabajo», es un adagio antiguo y verdadero. Pero en el sentir vulgar y en la literatura corriente son tantos los que suponen que la competencia es un mal, que vale la pena de examinar con alguna extensión su causa y oficio en la producción de la riqueza.

Esta suposición de que la competencia es un mal y una injusticia que debe ser restringida y realmente abolida en el más alto interés de la sociedad, nace en gran parte del deseo de los hombres de beneficiarse indebidamente a expensas de sus conciudadanos, torciendo las leyes naturales de la distribución de la riqueza. Esto es verdad respecto de la forma de socialismo conocida en tiempos de Adam Smith como sistema o teoría mercantil, y que aún existe, poco disminuida en su fuerza, bajo el nombre general de proteccionismo. En parte proviene también de un origen más noble, procediendo de una recta indignación contra la monstruosa desigualdad en la actual distribución de la riqueza en todo el mundo civilizado, acompañada del erróneo supuesto de que las desigualdades son debidas a la competencia.

No me propongo tratar aquí ni del proteccionismo ni del socialismo propiamente dichos, porque mi intención no es la de discutir ni refutar, sino meramente la de descubrir y explicar las leyes naturales que conciernen a la ciencia de la Economía Política. Pero la ley de la competencia es una de estas leyes naturales, sin cuya inteligencia no se puede entender completamente la economía o sistema por el cual aquella Inteligencia, a que tenemos que referir el origen de la existencia del mundo ha dispuesto que el progreso del género humano en la civilización sea un progreso hacia el general disfrute de riqueza literalmente ilimitada.

La competencia de los hombres con sus semejantes en la producción de la riqueza tiene su origen en el impulso para satisfacer los deseos con el menor gasto de esfuerzo.

La competencia es verdaderamente la vida del tráfico en un más profundo sentido del de que sea un mero facilitador del tráfico. Es la vida del tráfico, en el sentido de que su espíritu o impulso es el espíritu o impulso del tráfico o comercio.

△▽

Capítulo XIII

De la demanda y la oferta en la producción⁽²⁸⁾

△▽

Capítulo XIV

Orden de los tres factores de la producción

Exponiendo la conformidad de todos los economistas acerca de los nombres y del orden de los factores de la producción

Tierra y trabajo, elementos necesarios en la Producción.-Adición de un elemento compuesto: capital.-Razón de la insistencia en esta conformidad en cuanto al orden.

Todos los economistas dan como factores de la producción tres: tierra, trabajo y capital. Y, sin excepción que yo conozca, los enumeran en ese orden. Este es verdaderamente el orden natural, el orden de su aparición. El mundo, en cuanto la Economía Política lo considera, comienza por la tierra. La razón nos dice que la tierra, con todas sus facultades y potencialidades, aun incluyendo toda la vida vegetal y animal, existía antes de que el hombre fuese, y tuvo que existir antes de que éste pudiera ser. Pero que estuviera «sin forma y vacío» o ya animado con las más bajas formas de la vida, mientras no

hubiese en el mundo sino el elemento económico tierra no podía haber producción en el sentido económico, y no habría riqueza. Cuando el hombre apareció y el elemento económico trabajo fue añadido al elemento económico tierra, principió la producción, y su producto la riqueza, resultó. Más adelante (porque en los mitos y poemas, en que el género humano ha expresado cuanto el más sabio pudo decir acerca de nuestros más remotos principios, han gustado siempre de pintar una edad de oro desprovista de cuidados) o más probablemente, casi en seguida (porque en sus mismos comienzos, nuestra raza tiene que haber poseído aquella razón que es la cualidad característica del hombre), se vio el mayor poder que podía alcanzar empleando la riqueza en ayuda del trabajo, y apareció un tercer factor de la producción: el capital.

Pero debe anotarse una diferencia de naturaleza e importancia entre este tercer factor y los dos factores que le preceden. La tierra y el trabajo son factores originales y necesarios; no pueden resolverse el uno en el otro y son indispensables para la producción, siendo necesarios para la producción en todas sus formas. Pero el capital no es un factor originario. Es un compuesto o factor derivativo, resultante de la unión de los dos factores originales, tierra y trabajo, y resolviéndose en un final análisis en una forma del factor activo, trabajo. No es indispensable para la producción, siendo necesario, como antes hemos explicado, no en *todos* los modos de producción, sino solamente en *algunos* modos. Sin embargo, la parte que le corresponde en la producción es tan separable, y la conveniencia de distinguirla de los factores originales es tan grande, que ha sido propiamente considerado por los primeros escritores de Economía Política y sus sucesores como un factor separado; y los tres elementos por cuya unión es producida la riqueza en el estado

civilizado, se denominan y enumeran así: 1.º, tierra; 2.º, trabajo, 3.º, capital.

Podrá parecer superfluo al lector que haya insistido tanto sobre el orden de los tres factores de la producción, porque el que la madre tiene que preceder al hijo, no es más evidente que el que la tierra tiene que preceder al trabajo y que el trabajo tiene que preceder al capital. Pero he insistido en esta cuestión de orden, porque es la clave de confusiones que han llevado la enseñanza de la ciencia de la Economía Política al absurdo y a la estupidez. Cada uno de aquellos escritores que han condescendido en definir los términos que usaban ha admitido verdaderamente, en esas definiciones, el orden natural de los tres factores de la producción. Pero quien quiera que los siga verá que, sin que al parecer se den cuenta de ello, estos mismos pronto han incurrido en una inversión de dicho orden y haciendo literalmente al último primero, llegan a afirmar que el capital es el primer factor en la producción. El socialismo, que tan indebida preeminencia da al capital y que tan completamente a ciegas está todavía respecto de la verdadera naturaleza y funciones del capital, tiene la raíz de sus absurdos en las enseñanzas de los economistas clásicos.

Pero los resultados de esta confusión en cuanto a la naturaleza y orden de los factores de la producción serán más extensamente tratados cuando lleguemos a considerar la distribución de la riqueza. Aquí no es necesario sino puntualizar el orden verdadero de los factores de la producción y esclarecer lo que éstos son. Estudiémoslos uno a uno.

Capítulo XV

El primer factor de la producción: «tierra»

Exponiendo que la tierra es el factor natural o pasivo en toda producción

El vocablo «tierra».-«Propietarios».-El trabajo es el único factor activo.

El hombre produce extrayendo de la Naturaleza. Tierra, en Economía Política, es la denominación de aquello de donde el hombre extrae, de aquello que tiene que existir antes de que el hombre mismo pueda existir. En otras palabras: el vocablo tierra, en Economía Política, significa el elemento natural o pasivo de la producción, y comprende el conjunto del mundo externo accesible al hombre, con todos sus poderes, cualidades y productos, excepto apenas aquellas porciones de él que durante algún tiempo están comprendidas en el cuerpo humano o en sus productos, y que, por consiguiente, pertenecen temporalmente a las categorías hombre y riqueza, pasando otra vez al ser reabsorbidas por la Naturaleza a la categoría tierra.

El significado original y ordinario de la palabra tierra es el de superficie seca del Planeta, en cuanto distinta del agua o del aire. Pero el hombre, para distinguirse de los habitantes del agua o del aire, es primariamente un animal terrestre. La superficie seca del Planeta es su habitación, la única sobre la cual puede aventurarse, o mediante la que puede hacer uso de otro elemento u obtener acceso a cualquiera otra cosa o potencia material. Así, como término jurídico, tierra significa, no solamente la superficie seca del Planeta, sino todo lo que está por cima de ella y lo que puede estar debajo de ella, desde el zenit al nadir. Por la misma razón, la palabra tierra recibe análoga

extensión de significado cuando se emplea como un término de Economía Política, y comprende cuanto, teniendo forma material, el hombre ha recibido o puede recibir de la Naturaleza, es decir, de Dios.

Así, el término tierra, en Economía Política, significa el factor natural o pasivo sobre el cual y por el cual, o mediante del cual, el trabajo produce y únicamente puede producir.

Pero tiene que conservarse cuidadosamente en el pensamiento que la tierra es sólo un factor pasivo en la producción. Es una cosa, no una persona, y aunque la tendencia a la personificación conduce no sólo en poesía sino en el lenguaje común a usar de frases que atribuyen sentimientos y acciones a la tierra, es importante recordar que cuando nosotros hablamos de un paisaje risueño, hosco o agrio, de una tierra generosa o avara, de la tierra que da o que recibe, remunera o niega, o de la Naturaleza que tienta o prohíbe, ayuda o impide, estamos sencillamente empleando figuras del lenguaje más o menos forzadas o más o menos graciosas para expresar nuestros propios sentimientos, reflejándolos sobre objetos inanimados. En la producción de la riqueza, la tierra no puede actuar; sólo puede ser elemento sobre el que se actúa. Únicamente el hombre es el actor.

Ni se cambia o elimina este principio cuando usamos la palabra tierra como expresión de las personas que poseen la tierra. Los propietarios, como tales propietarios, son tan puramente pasivos en la producción como la tierra misma; no toman parte en producción alguna. Cuando Arturo Young habla de la magia de la propiedad convirtiendo las arenas en oro, habla usando el lenguaje figurado. Lo que quiso decir es que el efecto de la seguridad en el disfrute del producto del trabajo sobre la tierra induce a los hombres a emplear

ese trabajo con más asiduidad e inteligencia, y aumentar así el producto. La tierra no puede conocer si el hombre la mira como propietario o no, ni este hecho afecta en modo alguno a sus poderes. La arena es arena y el oro oro, y la lluvia cae y el sol relumbra, tan poco afectados por las consideraciones morales que los hombres admiten como el alambre del telégrafo lo está por el significado de los mensajes que al través de él pasan, o como la roca lo está por el trino de los pájaros que vuelan sobre ella.

Hablo de esto, porque aunque su definición de tierra como factor en la producción es precisamente la que yo he dado, en los tratados de Economía Política más prestigiosos hay una tendencia constante a suponer que los propietarios, por medio de su propiedad sobre la tierra, contribuyen a la producción.

Que las personas a quienes llamamos propietarios pueden contribuir con su trabajo o su capital a la producción, es, naturalmente, verdad; pero que contribuyan a la producción como propietarios y por virtud de esta propiedad es tan ridículamente imposible como lo sería la creencia de un lunático en que su propiedad de la luna es la causa de la brillantez de ésta.

No podríamos, aunque quisiéramos, ni lo haríamos aunque pudiésemos, eludir enteramente las metáforas; pero en Economía Política tenemos siempre que atribuirles cuidadosamente su verdadero significado.

△▽

Capítulo XVI

El segundo factor de la producción: trabajo

Exponiendo que el trabajo es el factor humano o activo en toda producción

El vocablo trabajo es el único factor activo en la producción de riqueza, y de naturaleza espiritual.

Todas las acciones humanas, o al menos todas las acciones humanas conscientes, tienen su origen en el deseo, y su fin o mira es la satisfacción del deseo. La acción intermediaria por la cual el deseo consigue llegar a su satisfacción es el esfuerzo. El nombre económico de este esfuerzo es trabajo. Es el factor activo, y desde el punto de vista humano, el factor primario o iniciador en toda producción: aquél que siendo aplicado a la tierra, origina todas las transformaciones que conducen a la satisfacción del deseo que es posible al hombre obtener en el mundo material.

En Economía Política no hay para este esfuerzo otro nombre que trabajo. Es decir, el término trabajo comprende todo esfuerzo humano en la producción de la riqueza, sea cual fuere su medio. En el lenguaje común hablamos frecuentemente de trabajo cerebral y de trabajo manual como si fueran dos clases distintas de esfuerzo, y de trabajo se habla frecuentemente como si sólo implicara esfuerzo muscular. Pero en realidad, toda forma de trabajo, es decir, toda forma del esfuerzo humano en la producción de la riqueza por cima del que el ganado pudiera realizar requiere el cerebro humano tan verdaderamente como las manos del hombre, y sería imposible sin el ejercicio de facultades mentales por parte del trabajador.

El trabajo, de hecho, es únicamente físico en su forma externa. En su origen es mental o, en análisis estricto, espiritual. Es

verdaderamente el punto en el cual, o el medio por el cual el elemento espiritual que reside en el hombre, el Yo o esencia, principia a ejercitar su intervención sobre la materia y el movimiento, y a modificar el mundo material conforme a sus deseos.

Así como la tierra es el factor natural o pasivo en toda producción, el trabajo es el factor humano o activo. Del mismo modo es el factor iniciador. Toda producción resulta de la acción del trabajo sobre la tierra, y de aquí que pueda decirse verdaderamente que el trabajo es el productor de toda riqueza.

△▽

Capítulo XVII

El tercer factor de la producción: capital

Exponiendo que el capital no es un factor primario, sino que procede de la tierra y del trabajo, y es una forma o empleo de la riqueza

*El capital es, esencialmente, trabajo elevado a un más alto poder.-
Dónde puede y dónde tiene que ayudar al trabajo.-Por sí solo es
impotente.*

Los factores primarios de la producción son trabajo y tierra, y de su unión dimana toda producción. Su producto concreto es riqueza, que es tierra modificada por el trabajo de modo que se adapte o sea mejor adaptada para la satisfacción de los deseos humanos. Lo que usualmente distinguimos como el tercer factor de la producción, capital, es, como hemos visto, una forma o empleo de la riqueza.

El capital, que no es en sí mismo un elemento distinguible, sino que debe recordarse siempre que consiste en riqueza aplicada a auxiliar el trabajo en una posterior producción, no es un factor primario. Puede haber producción sin él y tiene que haber habido producción sin él, puesto que no puede haber aparecido en primer término. Es un factor secundario y compuesto, que viene después como resultado de la unión del trabajo y la tierra en la producción de riqueza. Es, en esencia, trabajo elevado por una segunda unión con la tierra a un tercero o más alto poder. Pero es para la vida civilizada tan necesario e importante que justificadamente se le ha concedido en Economía Política el puesto de un tercer factor para la producción. Sin el uso del capital, el hombre no podría elevarse sino muy poco sobre el nivel de los animales.

En el capítulo II de este libro he clasificado ya los varios modos de la producción en tres grupos: adaptando, criando y cambiando. Ahora bien, en el primero de estos modos, que he llamado adaptando, el cambio de productos naturales en forma o en lugar de modo que se adapten a la satisfacción de los deseos humanos, el capital puede ayudar al trabajo y en la más alta forma de este modo tiene que ayudar al trabajo. Pero no es absolutamente necesario, al menos en las más bajas formas. Se puede capturar algunos de los más pequeños y menos poderosos animales y obtener los frutos naturales y los vegetales, fabricar algunas toscas guaridas y vestidos, y adaptar algunas rudas formas de riqueza, desde el mundo mineral, sin aplicación de capital.

Pero en el segundo y tercero de estos tres modos, los denominados criando y cambiando, el capital tiene que ayudar al trabajo, es indispensable. Porque no puede haber cultivo de plantas o

cría de animales, a menos que vegetales o animales previamente elevados a la categoría de riqueza se consagren, no al consumo que da directa satisfacción a los deseos, sino a la producción de más riqueza; y no puede haber cambio de riqueza a menos que alguna parte de ella sea aplicada por sus dueños, no al consumo, sino al cambio por otra riqueza o por servicios.

Debe observarse que el capital, por sí mismo, nada puede hacer. Es siempre un factor subsidiario, nunca iniciador. El factor iniciador es siempre el trabajo, es decir: en la producción de la riqueza, siempre el trabajo emplea al capital; nunca es empleado por el capital. Esto no sólo es verdad literalmente, cuando por el término capital significamos la cosa capital.

También es verdad cuando personificamos el término y significamos por él, no la cosa «capital», sino los hombres que poseen capital. El capitalista puro y simple, el hombre que solamente dispone de capital, tiene en sus manos el poder de ayudar al trabajo para producir. Pero, exclusivamente como capitalista, no puede ejercitar este poder. Únicamente puede ser ejercitado por el trabajo. Para utilizarlo tiene él propio que ejercitar, al menos, alguna de las funciones del trabajo o que poner su capital, en ciertas condiciones, al servicio de aquéllos que las ejercitan.

Hablo de esto porque es costumbre, no sólo en el lenguaje vulgar sino en muchos escritores de Economía Política, hablar como si en la producción el capital fuese el factor iniciador y como si el capital o los capitalistas empleasen al trabajo; cuando de hecho, cualquiera que sea la forma del convenio para el uso del capital, es siempre el trabajo

el que origina la producción y el ayudado por el capital, nunca el capital el que origina la producción y es ayudado por el trabajo.

Nunca se retendrá demasiado en la mente que el trabajo es el único productor, tanto de riqueza como de capital. La apropiación no puede producir nada. Su único poder es el de afectar a la distribución con el castigo de dificultar la producción. Aquélla puede poner riqueza o capital en las manos del apropiante, cogiéndolos de las de otros; pero nunca puede engendrarlos.

△

Libro IV

La distribución de la riqueza

Porque «Marte es un tirano», como Timoteo dice; pero la justicia, según Píndaro, «es el verdadero soberano del mundo». Las cosas que Homero nos dice que los reyes reciben de Júpiter, no son máquinas para conquistar ciudades o barcos con proas de bronce, sino leyes y justicia; éstas tienen que guardar y cultivar aquéllos. Y no es al más guerrero, al más violento y sanguinario, sino al más justo de los príncipes, al que llama aquél el discípulo de Júpiter. -*Plutarco, Demetrius.*

△▽

Introducción al libro IV

Conforme al antiguo uso, he dividido la Economía Política, para su estudio, en tres grandes partes: primera, «La naturaleza de la riqueza»; segunda, «Las leyes de la producción», y tercera, «Las leyes de la distribución». Habiendo recorrido las dos primeras grandes

partes, y visto la naturaleza de la riqueza y las leyes de su producción, llegamos ahora a las leyes de la distribución.

En aquella parte de la Economía Política en que ahora entramos está la entraña de todas las controversias económicas. Porque en todas las disputas relativas a la naturaleza de la riqueza y a la producción de la riqueza, se encontrará finalmente que tienen su verdadero campo en la distribución de la riqueza. De aquí que ésta, como veremos, sea la parte de la Economía Política más llena de confusiones. Pero si avanzamos cuidadosamente, asegurándonos a medida que marchemos del significado de las palabras empleadas, no encontraremos verdadera dificultad.

△▽

Capítulo I

Concepto de la distribución

Exponiendo el significado y usos de la palabra distribución; el lugar y significado económico del vocablo y que se refiere sólo a leyes naturales

Etimología y usos de la palabra.-Cambio, consumo e impuestos, no son propiamente parte de la Economía Política.-Necesidad de un estudio de la distribución.-Es la continuación y el final de lo que principia en la producción y, por consiguiente, la parte última de la Economía Política.-El significado usualmente asignado a distribución como término económico, y su verdadero significado.

La palabra distribución viene del latín, *dis*, separadamente, y *tribuo*, dar, o *tribuere*, conceder.

El significado común de distribución difiere del de división, porque abarca juntamente con la idea de una separación en partes la idea de una proporción o reparto de estas partes y es, por tanto, el de una división en o una división entre.

Así, la división de trabajo, deberes o funciones, es la asignación a cada cooperador de una parte separada en la consecución de un resultado total; la distribución de alimento, de limosnas o de un depósito, implica la concesión de una adecuada parte del conjunto a cada uno de los beneficiarios; la distribución de gas, de agua, de calor, de electricidad en un edificio o en una ciudad, significa el envío de una corriente a cada partícipe, según su respectiva cuota; la distribución de rocas, plantas o animales sobre el Planeta, implica la idea de causas o leyes que los han llevado a los lugares donde ahora se encuentran; la distribución de peso y tensión en un edificio o armazón implica la idea de una división de la masa total o de la presión entre las varias partes; distribución, en lógica, es la aplicación de un término a todos los miembros de una clase tomada separadamente, de modo que lo que se ha afirmado o negado del conjunto no es solamente afirmado o negado de todos ellos colectivamente, sino de cada uno considerado independientemente; la distribución de cosas en categoría o especies o géneros en las ciencias es la clasificación de ellas con referencia a su semejanza o desemejanza en ciertos respectos de forma, origen o cualidades.

Lo que se llama la distribución de valijas en una oficina de correos, es lo contrario o complemento de lo que se llama la recogida de

valijas. Consiste en la separación en sacos o en cajas conforme a su destino común de la valija matriz preparada para su transmisión, o en una separación análoga de la valija matriz recibida para entregarla.

Lo que se llama la distribución del tipo en una imprenta es lo contrario completamente de lo que se llama la composición del tipo. En la composición, el cajista coloca en un «bastón» las letras y espacios formando palabras. Compuesta y justificada una línea mediante colocación de espacios que den la «medida» exacta, aquél procede a componer otra línea. Cuando su componedor contiene tantas líneas como le conviene tener, las vacía en una «galerada», desde la cual esta materia es finalmente «impuesta» en una «forma». Hechas tantas impresiones como se desean desde la «forma» sobre el papel (o sobre una «matriz» si se emplea algún procedimiento de «estereotipia») lo que, hasta llegar a su destino de imprimir fue «materia viva», se convierte, en la terminología del oficio de impresor, en «materia muerta», y para que los tipos movibles puedan ser usados otra vez en la composición el cajista procede a distribuirlos. Si la composición se ha convertido en «pastel» por un accidente que desarregla el orden de las letras de las palabras, la «distribución» es una operación muy fastidiosa, puesto que ha de mirarse cada letra separadamente. Pero si no, el compositor, convertido ahora en distribuidor, toma en su mano izquierda, de modo que lo pueda leer, tanta parte de la «materia muerta» como le sea posible tener cómodamente, y comenzando por el extremo derecho de la línea superior, desliza con el índice y hace caer de su mano derecha una palabra o palabras, leyéndolas tan rápidamente como le sea posible y moviendo su mano sobre la caja, deja caer cada letra, espacio o blanco sobre su cajetín correspondiente, del cual puede fácilmente tomarlos más tarde para renovar la composición.

Este es el sistema de componer y distribuir tipos desde los tiempos de Gutenberg hasta hoy. Pero las máquinas de componer comienzan ahora (1896), a suplir la obra de las manos. En éstas, la composición se realiza oprimiendo una llave como en las máquinas de escribir. En las máquinas de componer, el oprimir una llave hace que las letras caigan en su sitio, la justificación se realiza después a mano y la distribución se efectúa girando el tipo en torno de un cilindro donde, por dientes a él incorporados, son llevados hasta sus respectivos receptáculos. En las máquinas de fundición de tipos, cada tipo es formado a medida que se oprime la llave, y en vez de ser distribuido es vuelto a fundir. En las máquinas de componer líneas o linotipias la composición es de matrices, la línea es automáticamente justificada por cuñas que aumentan o disminuyen el espacio entre las palabras y es fundida la línea entera por un chorro de metal en fusión. En éstas no hay distribución. Las líneas, cuando ya no son necesarias, se arrojan a un receptáculo de fundición.

Como ya se ha hecho observar, la distribución de la riqueza en Economía Política no comprende el transporte y el cambio, como la mayoría de los economistas supone, ni tampoco hay razón lógica alguna para tratar del cambio como de una parte separada de la Economía Política, según hacen aquellos escritores que definen la Economía Política como la ciencia que trata de las leyes que regulan la producción, distribución y *cambio* de la riqueza, o, como algunas veces dicen, la producción, *cambio* y distribución de la riqueza. El transporte y el cambio están propiamente incluidos en la producción, siendo una parte del proceso por el cual los objetos naturales son, mediante el esfuerzo del trabajo humano, mejor adaptados para satisfacer los deseos del hombre.

Ni tampoco hay razón lógica alguna en la división del dominio de la ciencia de la Economía Política para hacer que a aquella parte que trata de la distribución de la riqueza, sigan otras partes que traten del consumo de la riqueza y de los impuestos, como han hecho algunos de los más recientes y menores economistas. La tributación es materia de leyes humanas, mientras que el asunto propio de la ciencia es la ley natural. Ni la ciencia de la Economía Política se relaciona con el consumo. La ciencia está completa y acabada; el fin para el que se inicia la producción está alcanzado, cuando se efectúa la distribución.

La necesidad de estudiar la distribución de la riqueza en la Economía Política, proviene del carácter cooperativo de la producción de la riqueza en la civilización. En el más rudo estado de la Humanidad, cuando la producción es efectuada por unidades humanas aisladas, el producto de cada unidad llega, con el acto de producción, a estar en poder de esta unidad, y no hay distribución de riqueza ni necesidad de estudiarla. [\(29\)](#)

Pero en aquel alto estado de la Humanidad en que las unidades separadas, movida cada una a la acción por el afán de satisfacer sus deseos individuales, cooperan a la producción, necesariamente nace, cuando ha sido obtenido el producto, el problema de su distribución.

La distribución es, efectivamente, la continuación de la producción - la última parte del mismo proceso del cual la producción es la primera parte. Porque el deseo que impulsa el esfuerzo en la producción es el deseo de satisfacción, y la distribución es el proceso por el cual lo que se trae a la existencia por medio de la producción es llevado hasta el punto en que produce la satisfacción del deseo,- cuyo punto es el fin y móvil de la producción.

En una división lógica del dominio de la Economía Política, lo referente a la distribución de la riqueza es la parte final. Porque el principio de todas las acciones y movimientos que la Economía Política es llamada a estudiar, está en el deseo humano. Y su fin y móvil es la satisfacción de dicho deseo. Cuando éste se alcanza, la Economía Política ha concluido, y aquél es alcanzado con la distribución de la riqueza. Con lo que se hace de la riqueza después de haber sido distribuida, la Economía Política nada tiene que ver. Podría tomarla en cuenta después, sólo en el caso de que reingrese en el campo de la Economía Política como capital, y esto sólo como un original e independiente factor. Lo que los hombres prefieran hacer con la riqueza que entre ellos es dividida puede concernir al individuo o puede concernir a la sociedad de que éstos forman parte, pero no concierne a la Economía Política. La rama del saber que considera la última disposición de la riqueza, puede ser instructiva o útil. Pero no está incluida en la Economía Política, que no abarca todo conocimiento o cualquier conocimiento, sino que tiene como ciencia separada un claro y bien definido campo.

Si movido por un deseo de patatas yo cavo, o las planto, escardo o cosecho, o como miembro de una gran asociación cooperativa, el cuerpo económico, en que consiste la civilización, yo siervo o acepillo, o pesco o cazo, o toco el violín o predico sermones para satisfacer a otra gente que en recompensa me da patatas o el medio de obtener patatas, el conjunto de las transacciones iniciadas en mi deseo de patatas se ha concluido cuando obtengo las patatas o, mejor aún, cuando son puestas a mi disposición en el lugar fijado por mi deseo. Que prefiera cocerlas, asarlas, tostarlas o freírlas, echárselas a los perros o alimentar con ellas a los cerdos, o utilizarlas como semillas, o dejarlas pudrirse, comerciar con ellas para obtener otros alimentos u

otras satisfacciones, o transmitir parte de ellas a otra persona como un donativo, o bajo promesa que en su tiempo ésta me dará otras patatas u otras satisfacciones, es algo ajeno y por cima de la serie de transacciones que, originándose en mi deseo de patatas, han terminado y concluido en la obtención de patatas.

Como término de Economía Política, dicese de la distribución que usualmente significa la división de los resultados de la producción entre las personas o clases de personas que han contribuido a ella. Pero esto, como hemos visto, es un error, porque el significado efectivo es la división en categorías correspondientes a las categorías o factores de la producción.

Al entrar en esta rama de nuestro estudio, debe recordarse lo que en el libro primero yo expuse extensamente, y que aquí es particularmente necesario conservar en la mente: que las leyes, cuyo descubrimiento es el fin propio de la Economía Política, no son leyes humanas, sino leyes naturales. Porque de aquí se sigue que nuestra indagación acerca de las leyes de la distribución de la riqueza no es una indagación de las leyes civiles o de los preceptos humanos que aquí y ahora, o en otro tiempo y lugar, prescriben o han prescripto cómo ha de dividirse la riqueza entre los hombres. Con esto nada tenemos que ver, a menos que los utilicemos para ejemplo. Con lo que nosotros tenemos que ver, es con aquellas leyes de la distribución de la riqueza que pertenecen al orden natural, leyes que son parte de aquel sistema o combinación que constituye el organismo social o cuerpo económico, en cuanto se distingue del cuerpo político o Estado, el mayor Leviathan que aparece con la civilización y que se desarrolla con el progreso de ésta. Estas leyes naturales son, en todos tiempos y lugares, las mismas, y aunque puedan ser contrariadas por

las disposiciones humanas, no pueden ser nunca anuladas o torcidas por éstas.

Es más indispensable conservar esto en el pensamiento, porque en lo que ha pasado por tratados científicos de Economía Política, el hecho de que son las leyes naturales y no las leyes humanas a las que la ciencia de la Economía Política se refiere, ha sido absolutamente ignorado y hasta completamente negado al tratar de la distribución de la riqueza.

△▽

Capítulo II

Naturaleza de la distribución

Exponiendo el error de afirmar que la distribución es materia de leyes humanas; que las leyes naturales de la distribución se manifiestan, no en la riqueza ya producida, sino en la producción sucesiva; y que son leyes morales

Razonamiento de John Stuart Mill acerca de que la distribución es materia de leyes humanas.-Testimonios del carácter anticientífico de la Economía universitaria.-El error que implica y la confusión que manifiesta.-Ejemplo de los beduinos y de la sociedad civilizada.-Las leyes naturales de la distribución no obran sobre la riqueza ya producida, sino sobre la producción futura.-Razón de esto.-Ejemplo del sifón y analogía con la sangre.

Los Principios de Economía Política de Mill son considerados, a mi juicio, aun hoy, como la mejor y más científica exposición de la

Economía Política clásica escrita hasta ahora. Y como deseo presentar en su forma más vigorosa las opiniones que he de contradecir, trasladaré de aquella obra los argumentos por los cuales se supone que las leyes de la distribución de que la Economía Política trata son leyes humanas. Mill comienza con este razonamiento la segunda gran división de su obra, libro II, titulado de «La distribución», que sigue a su «Introducción» y a los trece capítulos consagrados a la producción, y establece así el principio fundamental al que trata de ajustar el conjunto de su estudio sobre la distribución, el principio de que la distribución es asunto de instituciones humanas exclusivamente:

«Los principios establecidos en la primera parte de este tratado se distinguen, en ciertos aspectos, vigorosamente de aquéllos en cuyo estudio vamos a entrar ahora. Las leyes y condiciones de la producción de la riqueza participan del carácter de verdades físicas. No hay en ellas nada facultativo o arbitrario. Donde quiera que el género humano produce, tiene que producir por los modos y bajo las condiciones impuestas por la constitución de las cosas externas, y conforme a las propiedades inherentes a su propio organismo y a su estructura mental...

Pero no ocurre así con la Distribución de la Riqueza. Este es asunto de instituciones humanas exclusivamente. El género humano, una vez las cosas a su disposición, puede usar individual o colectivamente de ellas como le plazca. Puede ponerlas a disposición de quien quiera y en cualesquiera condiciones. Además, en el estado social, en cualquier estado excepto el de aislamiento, cualquiera disposición acerca de ellas sólo puede realizarse por el consentimiento de la sociedad o, mejor aún, por el de aquéllos que

disponen de su fuerza activa. Aun aquella persona que ha producido una cosa por su esfuerzo individual, sin ayuda de nadie, no puede disponer de ésta sino con permiso de la sociedad. No sólo la sociedad puede arrebatársela, sino que los individuos podrían y querrían arrebatársela con sólo que la sociedad permaneciera pasiva; si ésta no lo impide, o en masa, o empleando y pagando gente con el fin de impedir que aquél sea perturbado en la posesión. La distribución de la riqueza, por consiguiente, depende de las leyes y costumbres de la sociedad. Las reglas por las que se determina, son las opiniones y sentimientos que la parte directora de la sociedad establece, y son muy distintas en los diferentes tiempos y países y pueden ser aún más distintas si el género humano así lo decide.

Las opiniones y sentimientos de los hombres no son, indudablemente, materia de azar. Son consecuencias de las leyes fundamentales de la naturaleza humana combinadas con el actual estado de saber y experiencia, y las condiciones existentes de las instituciones sociales y de la cultura intelectual y moral. Pero las leyes de la generación de las opiniones humanas, no caen dentro del asunto de que nos ocupamos. Son parte de la teoría general del progreso humano, asunto más extenso y más difícil de investigar que la Economía Política. Aquí estamos considerando, no las causas, sino las consecuencias de las reglas conforme a las cuales es distribuida la riqueza. Aquéllas, por lo menos, están poco sujetas al arbitrio y tienen el carácter de leyes físicas casi tanto como las leyes de la producción. Los seres humanos pueden regir sus propios actos, pero no las consecuencias de sus actos, ya para sí propios ya para otros. La sociedad puede sujetar la distribución de la riqueza a las reglas que a su juicio sean mejores; pero cuales sean los resultados prácticos que se deriven de la operación de estas reglas, tienen que ser

descubiertos como cualesquiera otras verdades físicas o mentales, por la observación y el razonamiento.

Procedamos, pues, a considerar los diferentes modos de la distribución del producto de la tierra y del trabajo que han sido adoptados en la práctica o pueden ser concebidos en teoría.» [\(30\)](#)

En toda la balumba de tratados económicos que he examinado, ésta, hecha por un hombre hacia el cual tengo gran estima, es la mejor tentativa de explicación que conozco de lo que verdaderamente se significa en Economía Política por leyes de la distribución. Y no es pequeño testimonio de la superioridad de Mill sobre aquéllos que desde el tiempo de Adam Smith le han precedido, y aquéllos que desde su propio tiempo le han seguido con los tratados que en nuestros colegios y escuelas gozan de autoridad, que aquél haya sentido que estaba obligado a intentar esa explicación. Pero esta tentativa pone de relieve claramente el carácter anticientífico de lo que ha pasado y pasa todavía como exposiciones de la ciencia de la Economía Política. En ella se dice deliberadamente que las leyes cuyo descubrimiento es el objeto de la Economía Política, son, en la primera parte de las indagaciones de ésta, leyes naturales, pero en la última y prácticamente la más importante parte de aquellas indagaciones, leyes humanas. Una Economía Política de esta clase es tan incongruente como la imagen que turbó a Nabucodonosor, con la cabeza de oro y los pies parte de hierro y parte de barro, porque en la primera parte, su asunto capital es la ley natural, y, en la última, y prácticamente más importante, la ley humana.

Examinemos este razonamiento cuidadosamente, porque está hecho en favor de la Economía Política corriente por un hombre que

desde su año duodécimo ha sido solícitamente instruido en lógica sistemática, y que antes de que escribiera esto había alcanzado la más alta reputación como lógico por una gran obra de lógica sistemática enseñada y aceptada hoy por los profesores de Economía Política, en las Universidades y Colegios donde cursan la lógica sistemática como una parte de sus estudios.

Hacer este examen es ver que la plausibilidad del razonamiento viene de esta proposición capital: «El género humano, una vez las cosas aquí, puede hacer de ellas individual o colectivamente lo que guste». Evidentemente, esto es lo que en el pensamiento de Mill mismo y en el de los profesores y estudiantes que desde entonces han seguido sus principios de Economía Política, les ha parecido prueba incontestable de que aunque las leyes de la producción puedan ser leyes naturales, las leyes de la distribución son leyes humanas. Porque en sí misma, esta proposición, es un axioma. Nada, verdaderamente puede ser más claro que «los hombres, una vez las cosas aquí, pueden individual o colectivamente hacer de ellas lo que gusten». Es decir, que una vez producida la riqueza, las leyes humanas pueden distribuirla como la voluntad humana ordene.

Sin embargo, aunque esta proposición de que el género humano, una vez las cosas a su disposición, puede hacer de ellas lo que guste es en sí misma irrefutable, el razonamiento en que se introduce es un relevante ejemplo de la falacia llamada por los lógicos *petitio principii*, o petición de principio. La cuestión que Mill discute, es si lo que en Economía Política se llama la distribución de la riqueza es asunto de ley natural o de ley humana, y lo que hace es citar el hecho de que en aquello que en la ley humana se llama distribución de la riqueza los hombres pueden hacer su gusto, e inducir de aquí que la distribución

de la riqueza, en el sentido económico del término, es asunto de ley humana, «un problema de instituciones humanas exclusivamente».

Tal falacia no hubiera sido Propuesta Por Mill, que era un lógico eminente, ni hubiera corrido entre los lógicos cultos que, desde su tiempo, separándose de la lógica, han escrito tratados de Economía Política, si no hubiera sido por el hecho de que en la Economía Política clásica, la verdadera naturaleza de la distribución de la riqueza, ha sido obscurecida y el problema de su relación con las leyes naturales absolutamente ignorado. Permitidme probar esto:

El significado original de la palabra distribución es el de división en o entre. La distribución es, por tanto, una acción que presupone un esfuerzo de la voluntad e implica un poder de dar que lo haga efectivo. Ahora bien, en cuanto a las cosas que ya están aquí, es decir, en cuanto a la riqueza que ha sido ya producida, es perfectamente claro que su división o distribución entre los hombres es determinada enteramente por la voluntad humana, apoyada por la fuerza humana. Con tal distribución la Naturaleza no se relaciona y no toma parte en ella. Las cosas ya existentes, la riqueza ya producida, pertenece a la naturaleza sólo en lo que hoy los lógicos llamarían su accidente, la materia. Pero aunque todavía están sujetas a leyes materiales, tales como la ley de la gravitación, quien las poseerá o disfrutará es asunto simplemente de la voluntad o fuerza humanas. Los hombres pueden ponerlas a disposición de quien quieran, o en las condiciones que les plazca.

Así, la distribución en este sentido, la distribución de las cosas ya existentes, es verdaderamente asunto exclusivo de la voluntad y poder humanos. Si yo quiero conocer la ley de la distribución en este sentido

de ley humana, no puedo acudir a la Economía Política sino que donde las instituciones reguladoras no se hayan desenvuelto o estén perturbadas, tengo que mirar, la voluntad de los más fuertes. Cuando se trata de sociedad civilizada, hay instituciones humanas que deciden entre quiénes será dividida la riqueza, como por ejemplo, en el caso de un insolvente, en el caso de una herencia o en el caso de propiedad discutida, y las leyes civiles que rigen tal distribución se encontrarán en el estatuto, escrito o impreso, en las decisiones de los jueces o en las tradiciones de sus necesidades comunes. Esto ocurre en los casos de disputa autoritariamente resuelta por los tribunales, y se realiza por los jueces y magistrados u otros funcionarios que disponen del poder coactivo del Estado con sus sanciones de embargo de la propiedad y de las personas, multas, prisiones y muerte.

Pero desde su más ruda expresión, donde lo que se obtiene es

«La vieja regla de oro,
...el sencillo plan,
que cada uno tomará aquello para que tenga poder,
y conservará lo que pueda»,

a las sociedades donde existen los más complicados mecanismos para la declaración y el mantenimiento de las leyes humanas de la distribución, tales leyes de la distribución siempre están y siempre tienen que estar basadas sobre la voluntad y fuerza humanas.

¿Cómo, pues, podemos hablar de leyes naturales de distribución? Las leyes de la Naturaleza no están escritas, ni impresas, ni grabadas en pilares de piedra o de bronce. No hay Parlamento, ni Asamblea, ni Congreso para establecerlas, ni jueces para declararlas, ni funcionarios para imponerlas. ¿Qué, pues, es lo que nosotros

significamos por leyes naturales de la distribución de la riqueza?
¿Cuál es el modo o método por el cual, ajeno a la intervención humana, puede decirse que la riqueza es distribuida por ley natural y sin intervención humana entre los individuos o clases de individuos? Esta es la dificultad que no habiendo sido esclarecida en las obras de Economía Política, ha dado plausibilidad al supuesto en que, la Economía clásica ha caído al afirmar que las únicas leyes de la distribución de que la Economía Política puede tratar, no son, en manera alguna, leyes naturales, sino leyes humanas, afirmación que tiene que dar por conclusa cualquier ciencia de la Economía Política en la producción.

Leyes de la Naturaleza, como se explicó en la primera parte de esta obra (libro I, cap. VIII), son los nombres que nosotros damos a las invariables uniformidades de coexistencia y sucesión que encontramos en las cosas externas y que nosotros llamamos *leyes de la Naturaleza* porque nuestra razón percibe en ellas el testimonio de una voluntad originaria anterior y superior a la voluntad humana. Permitidme que llame en ayuda de esto al más potente instrumento de la Economía Política, el experimento imaginativo, para ver si no encontramos testimonio de tales leyes de la Naturaleza, las únicas leyes de que una verdadera ciencia de la Economía Política puede tratar en el problema de la distribución de la riqueza.

Una alteración en las arenas del desierto descubre a una tribu errante riqueza producida en una civilización muerta desde ha mucho: anillos, monedas, brazaletes, piedras preciosas y mármoles delicadamente tallados. Las cosas están aquí, han sido producidas. Los hombres de la tribu pueden, individual o colectivamente, hacer con ellas lo que les plazca; pueden ponerlas a disposición de quien

gusten y en cualesquiera condiciones. La Naturaleza no intervendrá. La desierta arena o el desierto espacio, los vientos que los envuelven y cruzan, el sol y la luna y las estrellas que brillan sobre ellos, los seres vivientes que rondan o se deslizan por ellos no harán manifestación alguna, sea lo que fuere lo que los beduinos prefieran hacer con la riqueza que extraen, que ya hace siglos fue producida.

Pero las cosas recientemente producidas este día o este minuto, están tan verdaderamente aquí como las cosas producidas hace siglos. ¿Por qué los hombres no podrán hacer individual o colectivamente con ellas lo que les plazca, ponerlas a disposición de quien gusten y en las condiciones que prefieran? Podrían hacerlo así sin mayor resistencia por parte de las cosas mismas o de la naturaleza externa que el que encuentra el pillaje de las tumbas egipcias por los beduinos. ¿Por qué los hombres civilizados no saquean los productos de la granja, de la mina o del molino en cuanto aparecen? La ley humana no opone dificultades a tal acción colectiva, porque la ley humana no es más que una expresión de la voluntad humana colectiva, y cambia o cesa con los cambios de esta voluntad. La ley natural, en cuanto está comprendida en lo que llamamos ley física, tampoco opone objeción: las leyes de la materia y la energía, en todas sus formas y combinaciones, no se cuidan de la propiedad humana.

Sin embargo, no se necesita ser economista para comprender que, si en cualquier país, los productos de una civilización viviente fuesen tratados como los beduinos tratan los productos de una civilización muerta, el rápido resultado sería fatal para esa civilización; serían la miseria, el hambre y la muerte del pueblo, individual y colectivamente. Este resultado vendría con absoluta independencia de la ley humana. Igual sería que la apropiación de «las cosas existentes» sin la

voluntad del productor se hiciera contra la ley humana o bajo la sanción de la ley humana; los resultados serían los mismos. En el momento en que los productores vieran que lo que ellos producían podía serles arrebatado sin su consentimiento, cesarían de producir y comenzaría la penuria. Evidentemente, pues, este inevitable resultado no es consecuencia de la ley humana, sino consecuencia de la ley natural. No una consecuencia de las leyes naturales de la materia y del movimiento, sino una consecuencia de leyes naturales de diferente clase, leyes no menos inmutables que las leyes naturales de la materia y del movimiento.

Porque las leyes naturales no están todas comprendidas en lo que llamamos leyes físicas. Al lado de las leyes de la Naturaleza que se refieren a la materia y energía, hay también leyes de la Naturaleza concernientes al espíritu, al pensamiento y a la voluntad. Y si tratáramos los productos útiles de la granja, la mina, los molinos, las fábricas, como podríamos tratar los productos de una civilización muerta, sentiríamos la resistencia de una inmutable ley de la Naturaleza cuando nos pusiéramos en contradicción con la ley moral.

Esto no es decir que cualquiera división de la riqueza que los hombres, individual o colectivamente, prefieran hacer, será estorbada o impedida. Una vez aquí las cosas, una vez existentes, están a la absoluta disposición de los hombres actuales, y «aquéllos pueden ponerlas a disposición de quien gusten y en cualesquiera condiciones». Cualquiera resistencia de la ley moral de la Naturaleza a su acción, no se manifestará en sí misma o en relación con aquellas mismas cosas, pero se manifestará en lo futuro restringiendo o impidiendo la producción de tales cosas. Estas, una vez producidas, están, pues, aquí, ya existentes y pueden ser distribuidas como los

hombres quieran. Pero las cosas sobre las cuales las leyes naturales de la distribución ejercen su dominio, no son las cosas ya producidas, sino las cosas que están siendo o van a ser producidas.

En otras palabras, la producción en Economía Política no puede ser concebida como algo que avanza durante algún tiempo y después se detiene, cuando su producto, la riqueza, ha venido al ser; ni puede ser concebida como algo relativo exclusivamente a una producción que está acabada y hecha. La producción y distribución juntamente, deben ser concebidas en realidad como algo continuo, parecido, no a la extracción de agua de un cubo, sino a la extracción de agua por medio de un grifo o, mejor aun, a la conducción de agua hasta una cumbre por medio de una cañería curva o sifón, del cual, el brazo más corto, corresponde a la producción y el más largo a la distribución. Está en nuestra mano obstruir el brazo más largo de la cañería en cualquier punto intermedio y tomar el agua que ya está allí, pero en el momento en que lo hagamos, la continuidad de la corriente se interrumpe y el agua cesa de fluir.

Producción y distribución son, de hecho, no cosas diferentes, sino dos partes mentalmente distinguibles de una misma cosa: el esfuerzo del trabajo humano para la satisfacción del deseo humano. Aunque materialmente distinguibles, están tan estrechamente relacionadas como los brazos del sifón. Y como la salida del agua por la rama más larga del sifón es la causa de la entrada del agua por la más corta, así la distribución es, realmente, la causa de la producción, no la producción la causa de la distribución. En las circunstancias habituales las cosas no son distribuidas porque han sido producidas, sino que han sido producidas a fin de que puedan ser distribuidas. Así,

interrumpir la distribución de la riqueza es interrumpir la producción de la riqueza, y muestra sus efectos disminuyendo la producción.

Usemos nuevamente la analogía con nuestro organismo corporal. La sangre está con el cuerpo humano en las mismas relaciones que la riqueza con el cuerpo social, distribuyendo al través de todas las partes del organismo físico potencias afines a las que lleva la riqueza al través del organismo social. Pero aunque los órganos que distribuyen esta vital corriente son distintos de los órganos que la producen, sus relaciones son tan íntimas, que toda seria intervención en la distribución de la sangre, es necesariamente intervenir en su producción. Si dijéramos de la sangre que pasa al gran órgano impelente, el corazón: «ha sido producida, está aquí y podemos hacer de ella lo que queramos», y actuando conforme a esta frase, desviáramos su curso al través de los órganos de de la distribución, a la vez cesaría de funcionar la gran bomba, y los órganos de producir la sangre perderían su poder y comenzarían a descomponerse.

Y así como taladrar el corazón y desviar del natural curso de su distribución la sangre ya producida es acarrear la muerte del organismo físico del modo más rápido y cierto, así, interrumpir la ley natural de la distribución de la riqueza es acarrear una muerte parecida del organismo social. Si buscamos la razón por la cual se han arruinado ciudades y han muerto civilizaciones, la encontraremos en esto.

△▽

Capítulo III

La percepción común de la ley natural en la distribución

Exponiendo la percepción común e inextirpable de las leyes naturales de la distribución

Mill admite la ley natural en su razonamiento acerca de que la distribución es materia de leyes humanas.-Secuencia y consecuencia.- La voluntad humana y la voluntad manifiesta en la Naturaleza.- Inflexibilidad de las leyes naturales de la distribución.-Impotencia de la voluntad humana para afectar a la distribución.-Prueba de esto en las tentativas de influir en la distribución restringiendo la producción.- Confusión de Mill y su elevado carácter.

Era imposible que un hombre de la agudeza lógica y del saber de John Stuart Mill aceptara, defiriendo a las opiniones preconcebidas, y justificara por tan transparente sofisma, una conclusión tan incongruente como la de que mientras las leyes de la Economía Política relativas a la producción son leyes naturales, las referentes a la distribución, son leyes humanas, sin tener, al menos, un vislumbre de la verdad. Y algo semejante a un destello parcial encontramos en la última parte del razonamiento que en el anterior capítulo hemos trasladado por entero.

Para presentar esto más claramente, dejadme reproducirlo otra vez, poniendo entre paréntesis las frases a que hace referencia y escribiendo con bastardilla las palabras merecedoras de una especial atención directa.

«Tenemos que considerar aquí (en Economía Política), no las causas, sino las *consecuencias* de las reglas (humanas), conforme a las cuales la riqueza puede ser distribuida.

Aquellas (*consecuencias*), por lo menos, dejan tan poco margen al arbitrio y tienen carácter de leyes físicas, tanto como las leyes de la producción. Los seres humanos pueden regular sus propios actos, pero no las *consecuencias* de sus actos, ya para sí mismos ya para otros. La sociedad puede sujetar la distribución de la riqueza a cualesquiera reglas que crea las mejores, pero los *resultados prácticos* que provendrán de la oposición de estas reglas, tienen que ser descubiertos como cualesquiera otras verdades físicas o mentales por la observación y el razonamiento».

Aquí tenemos lo que apenas podía esperarse del autor del *sistema de Lógica*, de Mill, un ejemplo de aquel uso impropio de la palabra consecuencia, cuando lo que realmente significa es secuencia, a que me he referido en el capítulo VIII del libro I.

Recordaré lo que se dijo: «Una secuencia es: lo que sigue. Decir que una cosa es secuencia de otra es decir que tiene con su antecedente una relación de sucesión o de venir después, pero no es necesariamente decir que esta relación es invariable o causal. Pero una consecuencia es lo que se sigue *de*. Decir que una cosa es consecuencia de otra, es realmente decir que tiene con su antecedente, no sólo una relación de sucesión, sino de invariable sucesión, la relación propiamente llamada de efecto a causa».

Nuestra propensión a preferir la palabra más fuerte, lleva el lenguaje común al frecuente uso del vocablo consecuencia, cuando lo único que verdaderamente se significa es secuencia, o a hablar de un resultado como de consecuencia de algo que sabemos que no puede ser más que uno de los elementos causales para producirla. Si un muchacho rompe un cristal tirando una piedra a un gato o un hombre

se ahoga bañándose, estaremos propicios a hablar de una cosa como consecuencia de otra, aunque sabemos que constantemente están tirando piedras a los gatos sin romper cristales y que los hombres se bañan sin ahogarse, y que el resultado en estos particulares casos no es debido a la acción humana únicamente, sino a la concurrencia de esta con otras causas, tales como la fuerza y dirección del viento o la marea, la atracción de la gravitación, etc. Esta tendencia a un vago uso de la palabra consecuencia es de pequeña o ninguna importancia en el lenguaje común, en el cual, lo que realmente se significa, se entiende bien; pero se convierte en una fatal fuente de confusiones en los escritos filosóficos en que es necesaria la exactitud, no sólo para que el escritor sea entendido por el lector, sino para que él mismo pueda realmente entenderse.

Ahora bien, ¿cuáles son las cosas de que Mill habla aquí como de consecuencias de las reglas humanas conforme a las cuales puede ser distribuida la riqueza: las cosas que (y no las causas de las reglas humanas) tenemos, dice él, que considerar en Economía Política y que, nos dice, que tienen el carácter de leyes físicas, tanto como las leyes de la producción y «han de ser descubiertas como cualesquiera otras verdades mentales por la observación y el razonamiento? Estas siguen y son así secuencia de la acción humana, o como Mill posteriormente las denomina, «resultados prácticos», apareciendo con invariables uniformidades en el actual desenlace de los esfuerzos de los hombres para regular la distribución de la riqueza. Sin embargo, aunque son secuencias, no son evidentemente consecuencias de la acción humana. Decir que los seres humanos pueden regular sus propios actos, pero no lo que se sigue de esos actos, es negar las leyes de la causalidad. Desde el momento en que estas invariables uniformidades que aparecen en los resultados prácticos o secuencias

de la acción humana no pueden ser relacionados como efectos con la acción humana como causa, no son aquéllas, propiamente, consecuencias de la acción humana, sino consecuencias de algo independiente de la acción humana.

La verdad que Mill vagamente percibe y confusamente establece en estas cláusulas, está en contradicción directa con su afirmación de que la distribución de la riqueza es asunto de instituciones humanas exclusivamente. Es que la distribución de la riqueza no es materia de instituciones humanas exclusivamente y no depende de las leyes y costumbres sociales únicamente; pues aun cuando los seres humanos puedan regular sus propios actos relativos a la distribución de la riqueza y forjar para sus actos las leyes que la parte directora de la sociedad desee, sin embargo, los resultados prácticos no dependerán de esta acción humana únicamente, sino de ésta combinada y dominada por otro más permanente y poderoso elemento: algo independiente de la acción humana que modifica los resultados prácticos de la acción humana hacia la distribución de la riqueza, como la gravitación modifica la trayectoria de una bala de cañón.

Ahora bien, estas invariables secuencias que surgen en los resultados prácticos de la acción humana, y que nosotros sólo conocemos como efectos y no pueden referirse a la acción humana como causa, estamos obligados por la mental necesidad que pide una causa para cada efecto a referirla a un antecedente causal en la naturaleza de las cosas, que es, como se explica en el libro I, lo que llamamos una ley de la Naturaleza. Es decir, las invariables uniformidades que modifican los efectos de toda acción humana, según Mill confusamente reconoce en aquellas cláusulas, son precisamente lo que percibiéndolas como manifestaciones de una

voluntad más alta que la humana, llamamos leyes de la Naturaleza o leyes naturales.

La definición de una ley de la Naturaleza, por Mill (*Sistema de Lógica*, libro III, capítulo IV), es: una uniformidad en el curso de la Naturaleza, comprobada por lo que se considera una inducción suficiente y reducida a su más sencilla expresión. Así, si la observación y el razonamiento descubren en los fenómenos actuales o resultados prácticos de la acción humana en la distribución de la riqueza, uniformidades que estorban o destruyen el efecto de la acción humana, no conforme exactamente con ellas, estas son las leyes naturales de la distribución, tan claramente como las secuencias o uniformidades análogas que la observación y el razonamiento descubren en los fenómenos de la producción son las leyes naturales de la producción. Y aquello acerca de lo cual Mill vagamente discurrió y confusamente escribió, son claramente las mismas leyes naturales de la distribución que él dice que no existen.

En verdad, la distribución de la riqueza no es «asunto de instituciones humanas únicamente» más que lo es la producción de la riqueza. Que los seres humanos pueden regular sus propios actos es tan verdad en un caso como en otro, pero sólo en el mismo sentido y en el mismo grado. Nuestra voluntad es libre. Pero la voluntad humana únicamente puede afectar a la naturaleza externa aprovechándose de las leyes naturales de las que el nombre mismo que les damos entraña el reconocimiento de una voluntad más alta y más constante. Un muchacho puede arrojar una piedra o un artillero disparar un cañonazo a la luna. Si el resultado dependiera únicamente de la acción humana, ambas, la piedra y la bala, llegarían a la luna. Pero el imperio de la ley natural-sin cuya conformidad ni aun acciones

como dirigir una piedra o disparar un cañón pueden realizarse,- continúa modificando los resultados y haciendo caer ambas otra vez al suelo, la una a pocos pies, la otra a pocos millares de pies.

Y las leyes naturales que la Economía Política descubre, llamémoslas leyes de la producción o leyes de la distribución, tienen la misma prueba, la misma sanción y la misma constancia que las leyes físicas. Las leyes humanas cambian, pero las leyes naturales permanecen las mismas ayer, hoy y mañana, indefinidamente; manifestaciones para nosotros de una voluntad que, aun cuando nosotros no podemos conocerla directamente por medio de los sentidos, podemos, sin embargo, ver que nunca se obscurece ni duerme y reconocer que no cambia en un tilde o ápice.

Si puedo probar que esta inflexibilidad ante el esfuerzo humano es la característica de las leyes de la distribución que la Economía Política trata de descubrir, habré probado final y concluyentemente, que las leyes de la distribución no son leyes humanas, sino naturales. Para probarlo no es necesario sino apelar a hechos de conocimiento vulgar.

Ahora bien, las tres grandes leyes de la distribución, reconocidas por todos los economistas, aunque algunas veces las coloquen en diferente orden, son: la ley de los salarios, la ley del interés y la ley de la renta. Entre esos tres elementos o factores es dividido, por ley natural, el total resultado de la producción. Naturalmente que yo no quiero decir que la ley humana no pueda tomar algo de aquella parte que, conforme a la ley natural de la distribución, debe ser disfrutada por un hombre o grupo de hombres y dársela a otros, porque, como ya he dicho, toda riqueza o cualquier riqueza, desde el momento en que

está producida, se halla enteramente a la disposición de la ley humana y los hombres pueden hacer con ella lo que gusten. Lo que quiero decir, es que la ley humana es absolutamente impotente para alterar directamente la distribución, de modo que el trabajador, como tal trabajador, gane más o menos salarios; el capitalista, como tal capitalista, más o menos interés, y el propietario, como propietario, más o menos renta, ni alterar de ninguna manera las condiciones de la distribución fijadas por la ley natural bajo las condiciones económicas existentes. Esto se ha procurado una y otra vez por los más fuertes gobiernos y todavía trátase de hacerlo, en cierta medida, pero siempre inútilmente.

En Inglaterra, como en otros países, se ha intentado en varias épocas regular los salarios por la ley, unas veces disminuyéndolos y otras aumentándolos, por bajo o por cima del nivel fijado en aquella época por la ley natural. Pero se encontró que en aquel caso ninguna ley pudo impedir que el trabajador pidiera y los patronos pagaran más que este tipo legal, cuando la ley natural, o como usualmente se dice, la ecuación de la demanda y la oferta, hacen los salarios más altos; y que ninguna ley, ni aun apoyada por concesiones en auxilio de los salarios, como se hizo en Inglaterra durante los comienzos de esta centuria, pudo en el caso opuesto mantener los salarios a un tipo más alto. Lo mismo ha ocurrido con el interés. Ha habido innumerables intentos de mantener bajo el interés, y el Estado de Nueva York conserva todavía en sus Códigos una ley limitando, aunque con innumerables agujeros, el tipo del interés al seis por ciento. Pero tales leyes nunca han triunfado, ni tampoco ahora consiguen mantener el interés por bajo del tipo natural. Los prestamistas reciben y los deudores pagan este tipo en forma de ventas, premios, descuentos y bonos, donde la ley les prohíbe hacerlo abiertamente. Así también en

el caso de la renta. El Parlamento británico ha intentado recientemente reducir la renta agrícola en ciertos casos en Irlanda, estableciendo funcionarios con facultades para fijar «renta equitativa» que será pagada por el arrendatario al propietario. En ciertos casos han rebajado los ingresos de ciertos propietarios, pero no han disminuido la renta. Simplemente han dividido lo que antes iba al propietario entre él y los colonos existentes, y un nuevo colono tiene que pagar parte de renta al propietario y parte, como arrendamiento, al colono existente, pagando por el uso de la tierra tanto como le hubieran exigido si esta tentativa de reducir la renta no hubiera sido hecha.

Y lo mismo ha acontecido con los esfuerzos de las leyes humanas para fijar y regular los precios, los cuales contienen las mismas grandes leyes de la distribución en formas combinadas. La ley humana es siempre poderosa para que se haga la voluntad de los hombres con lo ya producido, pero no puede afectar directamente a la distribución. Esto sólo puede lograrse al través de la producción.

Nada, en verdad, puede ser más incompatible con las percepciones comunes que esta noción en que los economistas profesionales han caído, de que la distribución de la riqueza es *menos* asunto de la ley natural que la producción de la riqueza. El hecho es (la razón de este hecho será estudiada después) que las percepciones comunes de los hombres admiten la inmutabilidad de las leyes naturales de la distribución más exacta y más ciertamente que la de las leyes naturales de la producción. Si miramos a la legislación por la cual la parte directora de nuestras sociedades ha procurado afectar a la distribución de la riqueza, encontraremos que (como si tuviera conciencia de su incapacidad para ello), rara vez, si lo ha hecho alguna, ha tratado de afectar directamente a la distribución de la

riqueza; pero ha procurado influir indirectamente al través de la producción.

Una Isabel o un Jacobo de Inglaterra desearon alterar las fórmulas prácticas de la distribución de la riqueza en favor de un Essex o un Villiers y, para conseguirlo, impusieron restricciones sobre la producción de las cintas de oro o las cartas de juego. Un zar ruso deseó alterar la distribución de la riqueza en favor de uno de sus boyardos y persiguió este fin dando a su favorito la propiedad de una extensión de tierra, y prohibiendo a los campesinos que la abandonaran, impidiendo así que se dedicaran a la producción sino en los dominios de aquél. O para acercarnos más al presente en tiempo y lugar, un Carnegie o un Wharton desearon alterar la distribución en su favor, tan ampliamente que pudieran fundar bibliotecas y dotar cátedras de Economía Política (?); procuraron lograrlo obteniendo del Congreso que restringiera la producción de hierro y acero o níquel, imponiendo sobre ellos derechos de importación.

Pero no es únicamente en las frases que yo he transcrito donde Mill acusa una vaga percepción de que las leyes de la distribución de la riqueza que a la Economía Política corresponde propiamente descubrir, son leyes naturales, no leyes humanas. Aunque no rectifica su aserto de que «la distribución de la riqueza depende de las leyes y costumbres de la sociedad» y formalmente procede «al estudio de los diferentes modos de distribución del producto de la tierra y el trabajo que han sido adoptados en la práctica o pueden ser concebidos en teoría», sin embargo, lo encontramos después (en el libro II, capítulo III, sección primera), hablando de leyes conforme a las cuales «el producto se distribuye a sí propio por la espontánea acción de los intereses a que concierne». Si hay leyes, conforme a las cuales *e/*

producto se distribuye a sí mismo, éstas, ciertamente, no pueden ser leyes humanas. El rey Canuto, hemos dicho, trató una vez, por un edicto, de hacer volver las corrientes; pero, ¿quién ha soñado jamás que por un ukase o un *iradé*, una ley del Parlamento o una resolución del Congreso, se pudiera conseguir que el producto, sean casas, metales, trigo, heno o aun cerdos o ganado, se *distribuya espontáneamente*?

La verdad es que, en la larga discusión acerca de la distribución de la riqueza, que en los *Principios de Economía Política*, de John Stuart Mill, sigue a lo que he citado, nunca se acomoda aquél a lo que terminantemente ha establecido de que la distribución es materia de disposiciones humanas únicamente y depende de las leyes y costumbres sociales; ni tampoco se ajusta a lo que confusamente admite: que es materia de ley natural. Pasando a un estudio del origen de la propiedad privada en la ley humana, y principiando por el Comunismo y Socialismo, los Morabitos, Rapistas, los discípulos de Luis Blanco y de Cabet, Sansimonismo y Fourierismo, divaga mezclando lo que propiamente pertenece a la ciencia de la Economía Política con discusiones sobre la competencia y costumbres, esclavitud, propietarios rurales, aparceros, colonos, los medios de abolir el arrendamiento rural y los remedios populares para los bajos salarios, sin dar claramente las leyes de la distribución ni decir cuáles sean. Y el lector que desee descubrir lo que el más capaz y el más sistemático de los economistas clásicos toma por leyes de la distribución de la riqueza tiene que acompañarle al través de esta masa de disertaciones contenidas en unos cuarenta capítulos o más de seiscientas páginas y, finalmente, obtenerlas por sí propio, sólo para encontrar, cuando lo logre o crea que lo ha logrado, que no se corresponden entre sí.

Como he dicho, sólo hablo de John Stuart Mill como del mejor ejemplo de lo que ha pasado como exposición científica de la Economía Política. La misma ausencia de verdadero método científico, que es decir la misma falta de orden y precisión, encontramos al tratar la distribución en todos los tratados de la escuela de economistas ahora llamada Escuela Clásica, de la que Mill puede considerarse el punto culminante. Y se halla en grado aun peor en la llamada escuela histórica o austriaca, que desde recientes años ha sucedido a la escuela de Mill en todas nuestras grandes Universidades. Realmente se encuentran tan por bajo de los predecesores, hacia los que afectan desdén, que ni siquiera intentan mostrar orden y precisión. A cualquiera le inspiraría un contraste económico análogo al del «Hiperión a un Sátiro», de Hamlet, comparar los *Principios de Economía Política*, de John Stuart Mill, con los más presuntuosos de los recientes *Principios de lo Económico*.

△▽

Capítulo IV

La verdadera diferencia entre las leyes de la producción y las de la distribución

Exponiendo que la distribución se refiere a la ética, y la producción no

Las leyes de la producción son leyes físicas.-Las leyes de la distribución, leyes morales.-Referentes sólo al espíritu.-Por esta razón se conoce más rápida y claramente el carácter inmutable de las leyes de la distribución.

Mill está evidentemente equivocado en la distinción que trata de hacer entre producción de la riqueza y distribución de la riqueza, con respecto a la índole de las leyes cuya investigación se propone esta parte de la Economía Política.

Pero hay una importante diferencia entre ellas que, aunque aquél no lograra percibirla, probablemente yace en el origen de su vaga noción de que las leyes de la producción y las leyes de la distribución son de diferentes clases. Es que en la rama de la ciencia que trata de la distribución de la riqueza las relaciones de la Economía Política con la ética son más claras y más estrechas que en la rama que trata de la producción.

En una palabra, la distinción entre las leyes de la producción y las leyes de la distribución no es como erróneamente enseñan los profesionales de la Economía Política, que uno de los grupos de leyes son leyes naturales y el otro leyes humanas. Ambos conjuntos de leyes, son leyes naturales. La verdadera distinción se puntualiza en el último capítulo, y es que, las leyes naturales de la producción son leyes físicas y las leyes naturales de la distribución son leyes morales. Y esto es lo que nos permite ver en la Economía Política más claramente que en cualquiera otra ciencia que el gobierno del universo es un gobierno moral que tiene su cimiento en la justicia, o, para expresar esta idea en términos adecuados a las sencillas inteligencias, que el Señor nuestro Dios es un Dios justo.

Al considerar la producción de la riqueza tratamos de leyes naturales de las que sólo podemos preguntar qué son, sin aventurarnos a suscitar la pregunta de qué deben ser. Aun cuando pudiéramos imaginar un mundo en que seres como nosotros pudieran

existir y satisfacer sus deseos materiales de otro modo que aplicando el trabajo a la tierra bajo relaciones de uniformes secuencias, no distintas substancialmente de aquellas invariables secuencias de materia, de movimiento, de vida, de ser, que denominarnos leyes físicas, no podemos aventurarnos a aplicar a estas leyes físicas, de las cuales sólo podemos decir primariamente que existen, ninguna idea de deber. Aun en materias respecto de las cuales podemos imaginar diferencias considerables entre las uniformidades físicas que observamos en este mundo y aquéllas que tienen que existir en un mundo en otros respectos semejante a éste-tales, por ejemplo, como habrían de producirse por un cambio en la distancia de nuestra tierra al sol o en la inclinación de su eje en la elíptica o en la densidad de su envoltura atmosférica o aun por un cambio en tales uniformidades que nos parezcan envolver excepciones de una más general uniformidad, como la excepción del agua al enfriarse respecto de la ley general de contracción, excepción que causa una expansión en el punto de congelación-, nada hay en ellas que se refiera al derecho o a la justicia o que suscite en nosotros ninguna idea de derecho o deber.

Porque la idea del derecho o la justicia, el reconocimiento de derecho o deber, no tiene conexión ni relación con dos de los tres elementos o categorías en que mediante el análisis podemos resolver el mundo, según lo presentan a la conciencia nuestras facultades discursivas. Es decir, equidad o justicia, derecho o deber, no tienen relación ni pueden tenerla, ni con la materia ni con la energía, sino únicamente con el espíritu. Presupone voluntad consciente y no puede extenderse más allá de los límites en los cuales reconocemos o suponemos una voluntad con libertad para obrar.

Así es que, al considerar la naturaleza de la riqueza o la producción de la riqueza, no nos ponemos en contacto directo o necesario con la idea ética, la idea de equidad o de justicia. Sólo cuando pasamos o tratamos de pasar por cima de las invariables uniformidades de materia y movimiento a que damos el nombre de leyes de la Naturaleza, y las reconocemos en nuestro pensamiento como manifestaciones de un espíritu original o creador, para el cual nuestro nombre común es Dios, en sus relaciones con otros seres, aunque inferiores, esencialmente espirituales, puede tener esta idea de equidad o justicia puesto en aquella rama de la Economía Política que trata de la naturaleza de la riqueza o de las leyes de su producción.

Pero en el momento en que pasamos desde el estudio de las leyes de la producción de la riqueza al estudio de las leyes de la distribución de la riqueza, la idea de deber o derecho se convierte en primaria. Toda consideración de distribución entraña el principio ético; es necesariamente una consideración de derecho o deber, una consideración en que la idea de equidad o justicia va envuelta desde el primer instante. Y esta idea no puede ser verdaderamente concebida como limitada o sujeta a cambios, porque es una idea o relación como la idea del cuadro o del círculo o de las líneas paralelas que tienen que ser las mismas en cualquier otro mundo, por muy separadas que estén en espacio o tiempo, que en este mundo. No carece de razón el que, en nuestro uso vulgar de las palabras, hablemos de un hombre justo como de un «hombre cabal» o un «hombre recto». Como Montesquieu dice:

«La justicia es una relación de congruencia que realmente existe entre dos cosas. Esta relación es siempre la misma en cualquier ser que se considere, sea Dios, o un ángel, o el último de los hombres».

Esta es, a mi juicio, la razón del hecho a que en el capítulo segundo de este libro me refería: la de que el inmutable carácter de las leyes de la distribución es aún más rápida y claramente conocido, que el inmutable carácter de las leyes de la producción. Príncipes, políticos y Parlamentos intentan influir en la distribución, pero siempre tratan de hacerlo no afectando directamente a la distribución, sino afectando a la distribución indirectamente por medio de las leyes que directamente tocan a la producción.

△▽

Capítulo V

De la propiedad

Exponiendo que la propiedad se funda en la ley natural

La ley de la distribución tiene que ser la ley que determine la propiedad.-John Stuart Mill reconoció esto, pero, extendiendo su error, trató la propiedad como materia de instituciones humanas únicamente. Cita y examen de su afirmación.-Su teoría utilitaria.-Sus contradicciones posteriores.

Puesto que la distribución de la riqueza es una asignación de propiedad, las leyes de la distribución tienen que ser las leyes que determinen la propiedad de las cosas producidas. O, Para decirlo de otro modo, el principio que da la propiedad tiene que ser el principio que determina la distribución de la riqueza. Así, las que en Economía Política podemos llamar ley de la propiedad y ley de la distribución, no son únicamente leyes de la misma clase, surgiendo del mismo principio, sino que, en realidad, son diferentes expresiones de la misma ley fundamental. De aquí que considerando el origen y base de la propiedad, vengamos otra vez a la cuestión de si es la ley natural o

son las leyes humanas las que a la ciencia de la Economía Política toca descubrir. Decir que la distribución de la riqueza es asunto de legislación humana exclusivamente, es decir que la propiedad no puede tener otra base que la ley humana; mientras que admitir cualquier base de la propiedad en las leyes de la Naturaleza es decir que la distribución de la riqueza es asunto de ley natural.

Otro testimonio de la superioridad de John Stuart Mill en perspicacia lógica es que parece haber sido el único de los economistas prestigiosos que han reconocido esta necesaria relación entre las leyes de la distribución y el origen de la propiedad.

La sección preliminar de su libro *Distribución*, sección de la cual ya he tomado copiosas citas, procede a considerar el origen de la propiedad, y los primeros dos capítulos de este libro se titulan *De la Propiedad*.

Pero persevera en el error. La misma falta de discriminación que le lleva a tratar de la distribución como asunto exclusivo de leyes humanas, le conduce a tratar de la propiedad como materia exclusiva de instituciones humanas. Por eso su estudio de la propiedad no le ayuda, como en otro caso lo haría, a ver la incongruencia del concepto de que mientras las leyes de la producción son leyes naturales, las leyes de la distribución son leyes humanas, sino que da a este error la apariencia plausible que un error puede comunicar a otro. Las contradicciones y confusiones pueden ser señaladas en su discusión de la propiedad lo mismo que en su discusión de la distribución.

Esto se manifiesta en el párrafo preliminar de su estudio sobre la propiedad, libro II, cap. I, sección 2.^a, que es como sigue:

«La propiedad privada, como institución, no debe su origen a ninguna de aquellas consideraciones de utilidad que cooperan al mantenimiento de ella, una vez establecida. Se conoce bastante de las edades primitivas, ya por la Historia, ya por los análogos estados sociales de nuestro tiempo, para saber que los tribunales (que siempre han precedido a las leyes) fueron originalmente establecidos, no para determinar derechos, sino para reprimir violencias y acabar con contiendas. Con este objeto capital a la vista, aquéllos dieron, naturalmente, suficiente eficacia legal a la ocupación primera, tratando como agresor a la persona que primitivamente inicia la violencia para arrebatarse o intentar arrebatarse a otro la posesión. La preservación de la paz, que fue el objeto primitivo del gobierno social, se alcanzó así. Mientras que confirmando a aquéllos que ya lo poseían, aún lo que no era fruto de su personal esfuerzo, se dio a ellos, y a otros, una incidental garantía de que serían protegidos en lo que lo era».

Niego todo esto. Está en completa contradicción con los hechos. Permítame el lector examinarlo y considerarlo. En la primera cláusula se nos dice que la propiedad privada no fue originada por consideraciones de utilidad. En la segunda, que los «Tribunales (que siempre preceden a las leyes) fueron establecidos originalmente, no para definir derechos, sino para reprimir las violencias y terminar contiendas». En la tercera, que estos lo hicieron tratando como agresor a la persona que inició la violencia. En la cuarta, que la preservación de la paz fue la finalidad primitiva de tales Tribunales, y que asegurando la posesión donde ésta no era justa, incidentalmente aseguraron la posesión donde lo era.

Así, la primera cláusula, afirma que la propiedad privada no se originó por consideraciones de utilidad, y las tres cláusulas sucesivas

que sí se originó por ello. Porque cuando toda consideración de justicia es eliminada, lo que queda como razón para preservar la paz, por la represión de la violencia y el término de las contiendas, ¿no es la consideración de utilidad? Lo que Mill nos dice es que la sociedad primitivamente actúa conforme al principio del maestro de escuela, que dice: «Si veo que alguien se pelea, no me detendré a preguntar quién tiene razón o no, sino que castigaré al muchacho que dé la primera queja, porque no quiero que haya desorden en la escuela». Si esto no es sustitución del principio del derecho por el principio de utilidad, ¿qué es? y a esta contradicción suya, Mill añade que, confirmando la posesión injusta, la sociedad garantiza incidentalmente la posesión justa. Algo tan imposible en la naturaleza de las cosas como que dos ferrocarriles se pasasen el uno al otro en un mismo trayecto.

El hecho es que Mill, en su estudio de la propiedad, secundó el afán de aquella filosofía utilitaria que trata de hacer que el principio de conveniencia reemplace al principio de justicia. El hombre no puede hacer compatible esto más de lo que puede vivir sin respiración, y Mill, en su intento de cimentar la institución de la propiedad sobre la ley humana, es llevado, a pesar de sí propio, al conocimiento de la ley moral y a hablar de recto y torcido, de derecho y no derecho, de justo e injusto. Ahora bien, estos son vocablos que implican una ley natural de moralidad. No pueden tener significado alguno si la conveniencia es la base de la propiedad y la ley humana su garantía. Las contradicciones de este párrafo se muestran en todo el estudio de la propiedad a que sirven de introducción. Aunque se esfuerza en considerar la propiedad como asunto exclusivo de instituciones humanas una y otra vez, sin embargo, encontramos a Mill forzado a

abandonar esta posición y apelar a algo superior a las instituciones humanas: la equidad y la justicia.

Así, en lo que sigue al párrafo primero que he citado, encontramos afirmaciones enteramente contradictorias con la noción de que la propiedad tiene su origen en la conveniencia y es determinada por leyes humanas.

En la sección siguiente a aquélla en que nos dice que el origen de la propiedad no está en la justicia, sino en la conveniencia, no en el deseo de definir derechos, sino en el deseo de reprimir la violencia, se dice (las bastardillas son mías):

«Las organizaciones sociales de la Europa moderna comienzan por una distribución de la propiedad que fue el resultado, no de una *justa* participación o adquisición de la laboriosidad, sino de conquistas y violencias. Y a pesar de lo que la laboriosidad ha venido haciendo durante siglos para modificar la obra de la fuerza, el sistema conserva todavía muchos y grandes vestigios de su origen. Las leyes de la propiedad nunca, hasta ahora, se han conformado con el principio sobre el que se asienta la *justificación* de la propiedad privada. Aquéllos han hecho propiedad de cosas que nunca *debieron* ser propiedad, y propiedad absoluta, donde sólo una propiedad especial *debiera* existir».

Aquí se nos dice que, como cuestión de hecho, las leyes humanas sobre la propiedad no se originan en el propósito de reprimir la violencia, sino en la violencia misma; que aquéllas nunca se han conformado con lo único que nosotros podemos entender como ley natural de la propiedad, sino que han violado esta ley natural, tratando como propiedad cosas que conforme a ella no lo son. Porque decir

que una ley humana debe ser diferente de lo que establezcan los Parlamentos, es decir que hay una ley natural por la cual las leyes humanas son contrastadas.

Cuál es verdaderamente esta ley natural de la propiedad, por la cual toda disposición humana es contrastada, Mill muestra poco después que tiene conciencia de ello, porque dice:

«En toda defensa que se hace de la propiedad privada, se supone que ésta significa la garantía para los individuos de los frutos de su propio trabajo y abstinencia».

Y esta base de un derecho natural de propiedad, un derecho que no es afectado por ninguna disposición humana y es independiente de éstas, se establece después aun más definida y claramente:

«La institución de la propiedad, cuando se limita a sus esenciales elementos, consiste en el reconocimiento en cada persona de *un derecho* a la exclusiva disposición de lo que él o ella han producido por sus propios esfuerzos, o recibido, ya como donativo, ya por equitativos convenios, sin fuerza o fraude de aquéllos que lo produjeron. El fundamento del conjunto es el derecho de los productores a lo que ellos mismos han producido. El *derecho* de propiedad implica, pues, la libertad de adquirir por contrato. El *derecho* de cada uno a lo que él ha producido entraña un *derecho* a lo que ha sido producido por otros, si es obtenido por el libre consentimiento de éstos».

Después de haber hecho estas concesiones a la ley natural, Mill se vuelve otra vez hacia la ley humana y apela al «imperativo categórico»

de Kant, el *deber* de la ley moral para dar sanción bajo ciertas circunstancias a la ley humana, declarando que:

«La posesión que no ha sido legalmente discutida dentro de un moderado número de años, *debe ser*, como lo es por las leyes de todas las naciones, un título completo».

Así, reconociendo durante un instante la incongruencia de hacer la posesión legal, es decir, la posesión por virtud de la ley humana, equivalente a la posesión por virtud de la ley natural, continúa:

«Es casi innecesario indicar que estas razones para no inquietar actos de justicia de fecha antigua, no pueden aplicarse al sistema o instituciones injustas; porque una ley o uso malos, no son un acto malo del pasado remoto, sino una perpetua repetición de actos malos, mientras la ley o la costumbre permanezcan.

Ahora bien, Mill mismo ha hablado siempre de la propiedad como de un sistema o institución, lo cual es cierto. Y él, precisamente, ha afirmado antes que los actuales sistemas o instituciones de la propiedad tienen su origen en la violencia y la fuerza, y, por consiguiente, son ciertamente a sus propios ojos, injustos y malos. De aquí que lo que nos acaba de decir es, en claro idioma inglés, que no puede alegarse la razón de la prescripción en defensa de la propiedad condenada por la ley natural o moral. Esto es perfectamente verdad, pero está en completa contradicción con el aserto de que la propiedad es asunto de leyes humanas.

△▽

Capítulo VI

Causas de la confusión acerca de la propiedad

Exponiendo por qué y cómo los economistas caen en confusiones respecto de la propiedad

Mill, cegado por la afirmación previa de que la tierra es propiedad.- Aquél establece primero el verdadero principio de la propiedad, pero lo encubre después sustituyendo la palabra «tierra» en sentido económico por la misma palabra en su sentido vulgar.-Los diferentes sentidos de la palabra, ilustrados desde el muelle del puerto de New York.-Esfuerzos de Mill para justificar la propiedad de la tierra, con el único resultado de justificar la propiedad de la riqueza.

Permitidme que me detenga un momento antes de continuar en el examen del razonamiento de Mill. ¿Qué es lo que mantenía perplejo a este hombre, instruido en lógica y pensador probo, conduciéndole a tan completas contradicciones y confusiones cuando trató de buscar la base de la propiedad? Es evidentemente lo mismo que ha impedido a todos los economistas profesionales, a los que le han precedido y a los que le han seguido, establecer clara y sólidamente las leyes de la distribución o del origen de la propiedad. Es un supuesto previo que no se han decidido a abandonar: el supuesto de que la tierra tiene que ser incluida en la categoría de propiedad, dando puesto en las leyes de la distribución a la renta de los propietarios. Desde el momento en que la ley natural no puede admitir la propiedad de la tierra, han sido llevados a tratar de la distribución y de la propiedad como materia de institución humana exclusivamente para sostener este supuesto previo.

Mill, que aun cuando ofuscado por su filosofía utilitaria es, en muchos aspectos, el más elevado de todos esos escritores, inició su

investigación de la distribución de la propiedad con el mismo supuesto previo, para usar nuestra frase corriente, «con la misma cuerda atada a su leño». Se acostumbró como los demás lo han hecho -desde el verdaderamente grande Adam Smith hasta los más recientes proveedores de absurdos económicos en jerga anglo-germana- a mirar la propiedad de la tierra como la más cierta, la más permanente, la más tangible de todas las propiedades, aquella que los abogados llaman propiedad *real* y que, en el lenguaje vulgar, donde la palabra «propiedad», sin calificativo, significa usualmente propiedad territorial, es admitida como la más alta expresión de la propiedad. Y su lógica no fue bastante fuerte para permitirle siquiera que pusiese sus rudas manos sobre aquello que para ingleses de su clase y de su tiempo era la más sagrada de las instituciones, lo que la misma Arca de la Alianza para el piadoso hebreo. En verdad, se acercó tanto discutiendo esto, que suscitó el espanto de sus contemporáneos, que en él vieron el más radical de los radicales por expresiones que bordeaban la verdad. Pero siempre se abstuvo de proclamarla.

La base real de la propiedad, la verdadera ley fundamental de la distribución es tan clara, que nadie que intente razonar puede ignorarla completa y lógicamente. Es la ley natural que da el producto al productor. Pero esto no puede abarcar la propiedad de la tierra. De aquí el persistente esfuerzo para encontrar el origen de la propiedad en la ley humana y su base en la conveniencia. Es indudable, que aun donde Mill habla de propiedad en general, como lo ha hecho en lo que hasta ahora yo he comentado, la verdadera causa de sus confusiones y contradicciones, es que siempre piensa en la propiedad de la tierra; pero el fracaso de su tentativa para poner esta especie de propiedad bajo la única justificación posible de la propiedad, el derecho del

productor al producto, es aún más absolutamente clara cuando llega como hace en el cap. II, sección 3.^a, a tratar especialmente de ella.

Principia admitiendo otra verdad enteramente incompatible con derivar la propiedad de la conveniencia, diciendo:

«Nada está contenido en la propiedad, sino el derecho de cada uno a sus propias facultades».

Y después de algunas prolijas disquisiciones sobre el legado y la herencia, que no comentaré aquí para no distraer al lector del principal asunto, continúa otra vez:

«Siendo el principio esencial de la propiedad asegurar a todas las personas lo que han producido por su trabajo, y acumulado por su abstinencia, este principio no puede aplicarse a lo que no es producido por el trabajo: la materia bruta de la tierra».

La abstinencia no es hacer, sino no hacer, una restricción del consumo. Siendo el principio esencial de la propiedad asegurar a todas las personas lo que han producido por su trabajo, éste comprende, naturalmente, lo que habiendo sido producido por el trabajo es después acumulado por la abstinencia. Estas palabras «y acumulado por su abstinencia» son superfluas, no teniendo ni peso ni sitio en el razonamiento; pero su introducción es significativa en cuanto a la disposición de suponer que el capital es, más que el trabajo, el factor activo de la producción.

Pero aunque algo superflua en frases, esta afirmación es verdadera y clara. En el conflicto existente en el pensamiento de Mill, parece que la idea de que la base de la propiedad está en la ley natural al admitir el principio de que la propiedad no puede aplicarse a

la tierra, ha dominado por fin, tanto la noción de que su base está en la ley humana, como el supuesto previo de que proviene dicha noción.

Pero esto es apenas por un instante. En la inmediata cláusula, no párrafo, y en la misma línea de la página impresa, el supuesto previo que le ha confundido recobra su poder, y Mill procede a explicar que el principio de la propiedad se aplica a la tierra. Hace esto porque en realidad, aunque sin duda inconscientemente, es un juglar de las palabras. Pero como su razonamiento es el arsenal discursivo para los economistas clásicos, lo citaré por entero, distinguiendo con bastardilla las cláusulas ya citadas:

«Siendo el principio esencial de la propiedad asegurar a todas las personas lo que han producido por su trabajo y acumulado, por su abstinencia, este principio no puede aplicarse a lo que no es producto del trabajo, las materias brutas de la tierra. Si la tierra derivase su poder productivo totalmente de la Naturaleza y en modo alguno del trabajo, o si hubiera algún medio de distinguir lo que proviene de cada una de dichas fuentes, no sólo no sería necesario, sino que sería suma injusticia dejar que los dones de la Naturaleza fuesen acaparados por los individuos. En realidad, el uso de la tierra en la agricultura, tiene que ser, durante algún tiempo, exclusivo por necesidad; ha de permitirse que coseche la misma persona que ha arado y sembrado; pero la tierra puede ser ocupada por una estación sólo como entre los antiguos germanos, o puede ser distribuida periódicamente a medida que aumente la población; o el Estado podrá ser el propietario universal y los cultivadores sus colonos, ya a plazo, ya indefinidamente.

Pero aunque la tierra no es el producto de la industria, lo son las más de sus cualidades valiosas. El trabajo, no sólo es requisito para usarla, sino casi igualmente para prepararla, el instrumento. Se requiere, frecuentemente, trabajo considerable al principio para allanar la tierra que ha de cultivarse. En muchos casos, aun allanada, su productividad es totalmente efecto del trabajo y del arte. La llanura de Bedford, produjo nada o casi nada hasta que se la drenó artificialmente. Las marismas de Irlanda, hasta que se hizo lo mismo con ellas, sólo pudieron producir turba. Uno de los suelos más estériles del mundo, compuesto del mismo material que los arenales de Goodwin, el país de Waes en Flandes, ha sido tan fertilizado por la industria, que se ha convertido en uno de los más productivos de Europa. El cultivo requiere también edificios y empalizadas que son, totalmente, producto del trabajo. Los frutos de esta actividad no pueden ser recogidos en un período corto. El trabajo y el gasto son inmediatos; el beneficio se desparrama sobre muchos años, quizá sobre todo el tiempo futuro. Un colono no emplearía este trabajo y este gasto, cuando extraños, y no él, hubieran de beneficiarse de aquéllos. Si ha de emprender tales mejoras, tiene que contar ante él con un período suficiente para aprovecharse de ellas; y no hay medio tan seguro de contar siempre con un período suficiente, como siendo su posesión perpetua.

Estas son las razones que justifican, desde el punto de vista económico, la propiedad de la tierra».

Este razonamiento comienza afirmando que el principio de la propiedad no *puede* aplicarse a la tierra; termina asegurando que *puede*. El lenguaje es ambiguo, porque Mill incurre en una práctica peligrosa, donde la exactitud es importante: el empleo de

paráfrasis en vez de vocablos económicos, tales como «materias brutas de la tierra» y «dones de la Naturaleza», por tierra; «industria» por trabajo, y «cualidades valiosas» ⁽³¹⁾ por cualidades útiles o poderes productores. Pero si se examinan cuidadosamente estas razones que da para justificar lo injustificable, se ve que su plausibilidad se forma del mismo modo que un juglar parece que cambia un reloj en un nabo, la sustitución de una cosa por otra, mientras la atención está distraída. En este caso la sustitución es de un sentido de una palabra por otro sentido diferente de la misma palabra.

La palabra tierra, como antes expliqué, tiene dos sentidos: uno es el de aquella superficie seca y sólida del Globo que se distingue del agua o del aire, o el de aquella materia cultivable del Planeta, que se distingue de la roca o la arena, del hielo o la marisma. En este sentido hablamos frecuentemente de «tierra mejorada» o «tierra hecha»; el otro, el sentido económico de la palabra, es el de elemento natural o pasivo de la producción, abarcando el conjunto del mundo externo, con todos sus poderes, cualidades y productos, distinguiéndolo del elemento humano o activo, trabajo, y del sub-elemento, capital. En este sentido no podemos hablar de «tierra mejorada» o «tierra hecha». Tales frases implicarían contradicción de términos.

Ahora bien, en el razonamiento que acabamos de citar, Mill se desliza del uno al otro sentido de la palabra tierra, no sólo en el mismo raciocinio, sino en la misma cláusula y hasta desde el nombre a su pronombre, sin advertirlo el lector, y al parecer, sin que él mismo se dé cuenta.

El comienzo de esta sustitución aparece en los *síes* de la segunda cláusula. *Sí*, dice Mill, la tierra derivase todo su poder productivo de la

Naturaleza y en modo alguno del trabajo, o *si* hubiese algún medio de distinguir lo que se deriva de cada fuente, sería una injusticia dejar que la tierra fuese acaparada por los individuos.

¿Por qué estos *síes*? Mill escribe aquí como un economista, en una obra titulada *Principios de Economía Política*, y con el fin en ese particular sitio de descubrir si desde el punto de vista económico hay alguna justificación de la propiedad de la tierra. Tierra, como vocablo de Economía Política, *significa* el elemento de poder productivo que es derivado de la Naturaleza y en modo alguno del trabajo. Tiene ese significado y no puede tener otro. El principio fundamental de la Economía Política es la distinción entre el poder productivo derivado totalmente de la Naturaleza, para el cual el vocablo es tierra, y el poder productivo derivado del esfuerzo humano, para el cual el vocablo es trabajo. Si la razón no puede encontrar «medio de distinguir lo que se deriva de cada fuente», la Economía Política se hace imposible, y confundir esa distinción equivale al abandono de la Economía Política.

Esto es precisamente lo que hace Mill, cuando en la primera cláusula del párrafo inmediato nos dice que «aunque la tierra no es producto de la industria, lo son la mayor parte de *sus* cualidades valiosas». Abandona la Economía Política escamoteando en el pronombre el sentido en que usa la palabra tierra en el nombre, y cayendo con visible inconsciencia en el vago sentido del lenguaje vulgar. Cuando dice que la tierra no es el producto de la industria, usa la palabra en el sentido económico. Pero cuando dice que las cualidades de la tierra son el producto del trabajo, está usando la palabra en aquel ambiguo sentido ordinario en que hablamos de «tierra mejorada» o «tierra hecha». Porque, ¿qué cualidad de la tierra

en sentido económico de la palabra es producto del trabajo? ¿La gravitación? ¿La extensión? ¿La cohesión? ¿Las afinidades o repulsiones químicas? ¿Lo son las cualidades que se manifiestan en la generación, germinación y crecimiento? Porque el propio Mill, en el primer capítulo del libro primero de sus *Principios de Economía Política*, declara que el poder primario del trabajo, el único por el cual el hombre puede obrar sobre el mundo externo, consiste en aquel poder de contracción muscular por el que puede en corta medida impulsar o detener el movimiento de la materia, añadiendo:

«El trabajo, pues, en el mundo físico es empleado siempre y exclusivamente en poner objetos en movimiento; las propiedades de la materia y las leyes de la Naturaleza, hacen todo lo demás».

Estas propiedades de la materia, estas leyes de la Naturaleza que cuando el trabajo cambia de lugar las cosas hacen todo lo demás, son cualidades de la tierra en el sentido económico de la palabra tierra. ¿Dice Mill que *aquellas* sean alguna vez el producto de la industria? No puede decir esto. El hecho es, que abandonando el sentido económico de la palabra tierra, recurre a aquel ambiguo sentido dialógico de la palabra en que hablamos de «tierra mejorada» o «tierra hecha». Y es con ejemplos de «tierra mejorada» y de «tierra hecha», como pasa a demostrar que las cualidades de la tierra son productos del trabajo.

Permitidme que ponga un ejemplo, porque las confusiones a que sucumbió Mill están siendo incrustadas, en estos años finales del siglo, en la mente de los jóvenes por un millar de «profesores de Economía Política».

Escribo estas páginas en el muelle de Long Island, donde la bahía de New York se retrae hacia lo que se llama los Estrechos, casi en frente del sitio donde nuestros ladrones legalizados, los funcionarios de Aduanas, abordan a los buques que llegan para pedir a los forasteros que presten su primer juramento en América, y donde si los perjuros coloreasen la atmósfera el aire sería más azul que lo es el firmamento en este hermoso día. Me vuelvo desde mi máquina de escribir hacia la ventana, y me embriago con un gozo que parece no saciarse nunca en el glorioso panorama.

«¿Qué ve usted?» Si en la conversación corriente me preguntaran esto, naturalmente diría: «Veo tierra y agua y cielo, barcos y casas, ligeras nubes, y el sol dibujando los contornos de éstas sobre los verdes prados de Staten Island, e iluminándolo todo».

Pero si la pregunta se refiere a los vocablos de Economía Política, yo diré: «veo tierra y riqueza». Tierra, que es el factor natural de la producción; y riqueza, que es el factor natural transformado por el esfuerzo del factor humano, trabajo, de modo que se adapte a la satisfacción de los deseos humanos. Porque el agua y las nubes, el cielo y el sol, y las estrellas que aparecerán cuando el sol se ponga, son, en la terminología de la Economía Política, tan tierra como la superficie seca del Planeta a la que circunscribimos el significado de la palabra en el lenguaje ordinario. Y la ventana a través de la cual miro; las flores del jardín; los árboles plantados en el huerto; el buey que paca cerca de aquéllos; el muelle bajo la ventana; los barcos anclados cerca del muelle y los pequeños remolcadores que cruzan junto a ellos; los vapores trasatlánticos que surcan el canal; los repletos barcos de placer que pasan; los remolcadores con ristras de barcazas; el fuerte y las casas del opuesto lado de los Estrechos; el faro que

pronto comenzará a mostrar su ojo centellante desde Sandy Hook; el gran elefante de madera de Coney Island y el gracioso arco del puente de Brooklyn, que puede divisarse desde un pequeño altozano; todo cae juntamente bajo el vocablo económico riqueza-tierra, modificada por el trabajo de modo que sirva para la satisfacción de los deseos humanos. Cuanto de este panorama estaba antes de que el hombre viniera aquí y permanecerá después que se haya ido, pertenece a la categoría económica tierra, mientras que todo lo que ha sido producido por el trabajo pertenece a la categoría económica riqueza, mientras retenga su cualidad de proveer a los deseos humanos.

Pero en el muelle del otro lado, frente a la ventana, hay una pequeña parcela rectangular de superficie seca, evidentemente ganada al agua acumulando rocas y piedras. ¿Qué es esto? En el lenguaje ordinario es tierra en cuanto se distingue del agua, e indicaría inteligiblemente su origen hablando de ello como de «tierra hecha». Pero en las categorías de Economía Política no hay sitio para tal frase «tierra hecha». Porque el vocablo tierra se refiere única y exclusivamente a los poderes productivos derivados totalmente de la Naturaleza y en modo alguno de la industria, y cuanto sea y en la medida que lo sea derivado de la tierra por el ejercicio del trabajo, es riqueza. Este trozo de superficie seca elevado sobre el nivel del agua amontonando piedras y cascote es, en la categoría económica, no tierra, sino riqueza. Tiene tierra debajo y alrededor, y los materiales de que está compuesto han sido extraídos de la tierra; pero en sí mismo es, en el lenguaje propio de la Economía Política, riqueza; lo mismo que los barcos que diviso no son tierra, sino riqueza, aunque también tienen tierra abajo y alrededor de ellos, y están compuestos de materiales sacados de la tierra.

Ahora bien, aquí está la evidente confusión del pensamiento de Mill, que lo ha extraviado haciéndolo pasar desde la terminología de la Economía Política al lenguaje de la conversación ordinaria. La llanura de Bedford, que es tierra que ha sido drenada; los pantanos cultivables de Irlanda, que son tierra que tiene una capa de suelo puesto sobre ella; las granjas mejoradas a que se refiere, que son tierra allanada o preparada por el trabajo, todas ellas pertenecen a la misma categoría económica de aquel pequeño trozo de «tierra hecha», visible desde mi ventana. Ninguna de las cualidades que aquél considera en ellas son, en modo alguno, tierra en sentido económico, sino riqueza; no el libre don de la Naturaleza, sino el producto fatigosamente logrado del trabajo. En esto y en toda la extensión de estas cualidades, pero no en más, esto es, en la medida en que son riqueza, no tierra, son propiedad; no porque el agente humano pueda añadir cualidad alguna al factor natural tierra, sino a causa de la ley natural de la propiedad, que da al productor la propiedad de lo que su trabajo ha producido.

Parece que Mill pensaba que había demostrado la justificación de la propiedad de la tierra, pero las razones que da justifican únicamente la propiedad del producto del trabajo; así, en su propio caso, añade un notable ejemplo a la verdad de lo que antes había dicho: «que en toda defensa que de ella se hace, se presume que la propiedad significa la garantía para los individuos de los frutos de su propio trabajo».

△

Libro V

Moneda.-El medio de cambio y la medida del valor

△▽

Introducción al libro V

La naturaleza de este libro es, realmente, la de un complemento del libro II, *La Naturaleza de la Riqueza*. En mi primer plan, fue para mí materia de perplejidad si la discusión acerca de la moneda había de seguir a la discusión del valor, con que tan íntimamente relacionada está o, por lo menos, si había de seguir a la discusión relativa a la definición de la riqueza. Pero el tratar la cuestión de la moneda en el libro II, al través de todas las investigaciones que las actuales confusiones parecen requerir, no sólo hubiera extendido desproporcionadamente aquel libro, sino que hubiera hecho necesaria la anticipación de algunas conclusiones más lógicas y convenientemente alcanzadas en el libro III y en el libro IV. Determiné por consiguiente, al fin, como el mejor plan para el lector de este libro, contestar brevemente, en el último capítulo del libro II, a la pregunta relativa a las relaciones del dinero con la riqueza que el término de la discusión acerca de la naturaleza de la riqueza permitía esclarecer con certidumbre, y diferir un más amplio examen de la cuestión de la moneda hasta después de que hubiesen sido tratadas tanto la producción como la distribución de la riqueza. Hemos llegado ahora a este punto y continuando como si fuera el capítulo XXI del libro II, *La Naturaleza de la Riqueza*, procedo a discurrir sobre el medio de cambio y la medida del valor.

△▽

Capítulo I

Confusiones acerca de la moneda

Exponiendo las divergencias en el pensamiento común y entre los economistas acerca de la moneda

Confusiones actuales acerca de la moneda.-Su causa.-Cómo desembrollarlas.

No hay idea o instrumento social con que los hombres civilizados estén más general y personalmente familiarizados que la moneda. Desde la primera infancia a la última edad, todos los hombres la usamos en el pensamiento y en el lenguaje y en las diarias transacciones, sin ninguna dificultad práctica para distinguir lo que es moneda de lo que no lo es. Sin embargo, en cuanto a lo que es realmente y a lo que realmente hace, hay, tanto en el pensamiento vulgar sobre materias económicas como en los escritos de los economistas titulados, las más amplias divergencias. Esto es particularmente visible en los Estados Unidos en el tiempo en que escribo. Durante veinte años, la cuestión de la moneda ha sido profusamente discutida, y antes aun ha habido períodos análogos de largas discusiones, desde los comienzos de las colonias americanas, para no decir nada de lo que se ha discutido en Europa. Sin embargo, la actitud de los Congresos, de los Parlamentos y de los Estados, de los partidos políticos y de la prensa, demuestran que no se ha llegado todavía a nada semejante a una conclusión clara acerca de los principios fundamentales. En cuanto a la vasta literatura sobre la materia impresa durante los últimos años, toda tentativa para extraer de ella una opinión aceptada respecto del oficio y leyes de la moneda conduce al resultado expuesto por un hombre inteligente que hace poco lo intentó, a saber: «Mientras más lee uno, más se tiene la sensación de que todo conocimiento firme acerca de este asunto está por cima de nuestra comprensión».

Hasta la última Enciclopedia americana (de Johnson, 1896), da esta definición: «La moneda es aquella clase de medio circulante que tiene un valor intrínseco y que si no fuera usada como medio de circulación seguiría siendo riqueza». Así hay quienes dicen que la moneda, realmente, consiste en el metal precioso, y que todo lo que local o temporal o parcialmente pueda usarse como moneda, sólo puede ser usado como tal en cuanto representación de aquellos metales. Sostienen que el papel moneda, que ahora constituye tan gran parte de la circulación en el mundo civilizado deriva su valor de la promesa expresa o implícita de convertirse en uno u otro de esos metales, y para asegurar tal conversión se mantienen ociosas grandes cantidades de dichos metales preciosos, almacenados por los gobiernos y los bancos.

De los que aceptan esta opinión, unos sostienen que el oro es la única moneda verdadera y natural en el actual período de la civilización al menos, mientras otros afirman que la plata tiene tantos o quizá más títulos para ese puesto y que de la desmonetización de ésta resultan los más graves males.

Por otro lado, hay quienes dicen que lo que hace moneda a una cosa es el precepto o fiat del Gobierno, de que será considerada y recibida como moneda.

Y también hay quienes aun sostienen que cuanto puede ser usado en el cambio para facilitar el tráfico es moneda, incluyendo así, en el significado de este vocablo, las letras, cheques, libranzas, etc., expedidos por los particulares, tan plenamente como la moneda acuñada o los billetes emitidos por los Gobiernos a los bancos.

Muchas de las contradicciones y confusiones que existen en el pensamiento vulgar proceden de la presión de los intereses personales, introducida en el problema por las relaciones de deudor y acreedor. Pero las confusiones que prevalecen entre los economistas profesionales tienen un origen más profundo. Resultan evidentemente de las confusiones que existen en las doctrinas y enseñanzas económicas en cuanto a la naturaleza de la riqueza y la causa del valor. La moneda es la común medida del valor, la común representación y el común medio de cambio de la riqueza. Sin tener idea clara del significado del valor y naturaleza de la riqueza, no podemos evidentemente formarnos idea clara de la naturaleza y funciones de la moneda. Pero desde el momento en que hemos esclarecido en los capítulos precedentes el significado de los términos valor y riqueza, estamos ahora en disposición de indagar la naturaleza, funciones y leyes de la moneda, Es innecesario malgastar tiempo intentando desenredar la maraña de contradictorias afirmaciones, de hechos y confusiones de criterio, de que la literatura corriente sobre este asunto está henchida. El verdadero procedimiento de toda investigación económica es observar y trazar la relación de aquellos fenómenos sociales que son visibles ahora y para nosotros. Porque las leyes económicas tienen que ser tan invariables como las leyes físicas, y así como el químico o el astrónomo sólo pueden partir confiadamente de las relaciones que ven aquí y ahora existentes, para inferir las que han existido o existieron en otro tiempo y lugar, sólo así puede hacerlo el economista.

Sin embargo, considerándolo hallamos que estas divergencias en las definiciones de la moneda nacen más de diferencias de opinión en cuanto a lo que debe ser considerado y tratado como moneda, que de diferencias en cuanto a lo que es actualmente la moneda, como

cuestión de hecho. Los hombres que más difieren al definir la moneda no tropiezan con dificultades para ponerse de acuerdo en cuanto a lo que se significa por moneda en las diarias transacciones. Desde el momento en que no podemos encontrar una opinión aceptada unánimemente por los economistas, nuestro mejor plan es buscarla entre las gentes vulgares. Para ver lo que usualmente se significa por moneda, sólo tenemos que anotar las características esenciales de aquello que todos nosotros convenimos en considerar como moneda en nuestros negocios.

Después de que hayamos visto lo que la moneda es realmente, y cuáles son las funciones que desempeña, nos hallaremos en situación de determinar cuáles son las mejores formas de moneda.

△▽

Capítulo II

El concepto común de la moneda

Exponiendo que el uso común de la moneda es comprar cosas con ella y que su carácter esencial está, no en su materia, sino en su uso

El uso de la moneda es cambiarla por otras cosas.-Compra y venta.- Ejemplo de unos viajeros.-La moneda no vale más que las demás cosas.-Pero es más fácilmente cambiabile.-Cambio sin moneda.-Los cheques, etc., no son moneda.-Diferente moneda en diferentes países.-Pero la moneda no es hecha por el fiat del Gobierno.-No consiste necesariamente en oro y plata.-Ni necesita valor intrínseco.-Su cualidad esencial y su definición.

Cuando nos hallamos perplejos acerca del significado de un vocablo económico, nuestro mejor plan es procurar obtener un consenso de opinión acerca de lo que es realmente la cosa y qué función desempeña efectivamente.

Si he convenido con otro pagarle moneda, el concepto común de lo que es moneda no permitiría que mi compromiso quedara satisfecho ofreciéndole madera, ladrillos, servicios o barras de oro o plata, aun cuando, estimadas estrictamente, fuesen estas cosas iguales en valor a la moneda prometida. Mi acreedor puede tomar dichas cosas en vez de las que he convenido en pagarle. Pero tendría razón para oponerse a su posesión, y su objeción, si la explicara completamente, se fundaría en esto: «Convino usted en pagarme en moneda. Con moneda puedo comprar cuanto otro tenga para vender y pagar cualquier deuda que yo tenga. Pero lo que usted me ofrece no es moneda. Es algo que yo tomaría si hubiera de darle un uso personal. Pero no tengo uso personal a que dedicarlo, y para encontrar quien me dé por ello lo que necesito, tengo que encontrar alguien que necesite esta especial cosa y hacer un trato con él. Lo que usted me propone me produciría, por consiguiente, molestia, riesgo y pérdidas, no previstos en nuestro convenio». Y la justicia de esta objeción sería reconocida por todo hombre recto.

En esto -en la facilidad con que puede pasar de mano en mano cancelando obligaciones o transfiriendo propiedad,- reside la característica real de la moneda. No es la naturaleza intrínseca de la cosa, sino el uso a que es aplicada lo que da su carácter esencial a la moneda y constituye la distinción entre ella y las demás cosas. Hasta los niños reconocen esto. Tengo amigos con pequeñuelos de cuatro o cinco años y mostrándoles un trozo de azúcar cuando les pregunto:

«¿para qué es esto?» Responden: «esto es para comer». Si les muestro un sombrero o un par de zapatos, dicen: «esto es para usarlo». Si les enseño un juguete, dicen: «es para jugar con él». Pero si les enseño una moneda, dirán -aunque para ellos todavía todas las monedas sean peniques- «esto es para comprar cosas con ella».

Ahora bien, en esto el pequeñuelo, dará una definición de la moneda, que cualesquiera que puedan ser nuestras teorías monetarias todos admitimos prácticamente. El para qué de la moneda, es comprar otras cosas. Aquello que por virtud de este uso es moneda, puede ser o no capaz de otro uso. Esto es secundario. Porque mientras una cosa está reservada para el uso de comprar cosas, todo uso incompatible con este se excluye.

Podemos, por ejemplo, aplicar terrones de azúcar al uso de comprar cosas. Pero en el momento en que un terrón de azúcar se aplica al uso de comérselo, su uso de comprar cosas termina. Así, si un billete es usado para encender un cigarro, o una moneda de oro invertida en orificar una muela, o convertida en una lámina de oro, su uso como moneda está destruido. Hasta cuando la moneda acuñada se usa como adorno, su uso como moneda está impedido durante ese tiempo.

En una palabra, el uso de la moneda, cualquiera que sea la materia de que esté forjada, no es satisfacer directamente el deseo, sino satisfacerlo indirectamente por medio del cambio con otras cosas, No comemos, ni bebemos moneda, ni consumimos moneda. La transmitimos, es decir, compramos otras cosas con ella. Estimamos la moneda y la buscamos, no por sí misma, sino por lo que podemos obtener desprendiéndonos de ella y con el propósito de

desprendernos de ella. Esto es verdad hasta cuando la moneda es atesorada, porque la satisfacción que al atesorante da es la conciencia de conservar a su disposición aquello que fácilmente podremos comprar cuando deseemos tenerlo.

El chicuelo que yo he supuesto no conocería, probablemente, el significado de la palabra comercio, que es: transferencia voluntaria de cosas deseadas por cosas deseadas. Pero conocerá la cosa, habiéndose familiarizado con ella en los pequeños comercios que se realizan entre los chicos, de piedras por estampas, azúcar por juguetes, o en las transacciones basadas en el «haré esto para ti, si haces esto para mí». Pero de tales cambios hablaría, probablemente, como de negocio o trueque o promesa, reservando las palabras comprar y vender para los cambios en que se emplea la moneda.

En este uso de las palabras, el muchacho se acomodaría a una práctica que se ha hecho común entre los escritores más cuidadosos. En el más amplio sentido, comprador y vendedor distinguen sencillamente al que da y al que recibe en el cambio; y en este más amplio sentido es en el que Adam Smith usa las palabras y aún continúan usándose en poesía o expresiones poéticas. Pero tanto en el común lenguaje como en Economía Política, se ciñen ahora más generalmente las palabras comprar y vender a los cambios en que se da o promete moneda, hablando de un cambio en que no media la moneda como de una permuta, negocio o simplemente como de un cambio. Donde la moneda es una de las cosas cambiadas es donde la transacción se llama una compra y venta; la parte que da moneda por otra cosa, se denomina comprador, y la parte que da la otra cosa por el dinero, se llama vendedor.

En este uso consideramos habitualmente la moneda como si fuera el más notable o el más importante lado de los cambios en que las cosas que no son moneda son dadas por moneda, aquel lado del cambio del cual o hacia al cual el impulso inicial procede. Y hay otra costumbre que señala la misma tendencia. Entre las masas de nuestro país al menos, y presumo que hay la misma costumbre en todas partes, las buenas maneras exigen que cuando se transmite moneda en una transacción de cambio, el receptor de la moneda indique por frases como la de «gracias» un sentido de beneficio u obligación.

La razón de dichas dos costumbres se encuentra, a mi juicio, en el hecho de que la moneda es la cosa en que se estima usualmente la ganancia o provecho; la cosa que, usualmente, puede ser más fácil y ciertamente cambiada por otra cosa. Así, cualesquiera dificultades que pueda haber en el cambio de particulares mercancías o servicios por otras mercancías o servicios, es más sentida, generalmente, al cambiarse por moneda. Hecho este cambio, todo cambio subsiguiente de la moneda por las cosas que últimamente constituyen el objeto de nuestro deseo es relativamente fácil. Esto hace que, a quienes no se fijan, les parezca que lo apetecido en el cambio es la moneda y que quien obtiene moneda en cambio de otras cosas se halla en una posición mejor que la del que obtiene otras cosas en cambio de la moneda.

Para ver en qué difiere realmente la moneda de otras cosas que tienen poder cambiable o adquisitivo, permitidme imaginar cierto número de hombres que intentan un viaje al través de una comarca donde no tienen personales relaciones. Parten, por ejemplo, de New York, en un hermoso día para hacer por las carreteras una dilatada excursión, de cien o doscientas millas. Para sufragar los gastos de la

excursión, se proveen de cosas cambiables de diferentes clases. Uno tiene un caballo de valor; otro, algunas mercancías como tabaco o té; otro, barras de oro y plata; el otro, un cheque, letra de cambio o un libro talonario, y, un quinto, tiene moneda corriente. Estas cosas, todas, representan la misma suma de valor, pero en la primera parada para refrescar y descansar se verá la gran diferencia que existe entre ellas en cuanto a las facilidades para ser cambiadas.

El único medio que el hombre del caballo tiene para pagar el más leve sustento para el hombre o las bestias sin vender su caballo por moneda o cambiarlo por cosas muy difíciles de transportar, será trocarlo por un caballo de menos valor. Claro está, que no podría ir muy lejos en este camino, porque aún prescindiendo de las pérdidas incidentales del trueque de caballos, si persistiera en ese procedimiento bajo la presión de su deseo pronto se encontraría reducido a un animal que apenas pudiera tenerse a sí mismo.

Aunque de todas las mercancías estancadas, el tabaco y el té son probablemente las que más fácilmente pueden dividirse y transportarse, el turista que tratara de pagar su viaje con ellos, encontraría muchas dificultades. Si no se resuelve a vender de contrabando su stock por el dinero que le den, habrá convertido virtualmente su excursión de placer en un vagabundeo de buhonero, y sin decir nada del peligro que correría de ser arrestado por infracción de las leyes federales o locales sobre licencias, encontraría muchas dificultades, pérdidas y molestias para hallar los que quisieran dar alguna de las cosas particulares que él necesita por las que él tiene.

Y aunque el oro y la plata son, de todas las mercancías, aquéllas que tienen un valor más uniforme y seguro, sin embargo, el hombre

que se llevó lingotes, apenas encontraría, después de haber abandonado la ciudad, nadie que pudiera decirle el verdadero valor de ellos, o que quisiese tomarlos en cambio de mercancías o servicios. Para cambiarlos completamente a un tipo razonable, habría que buscar algún platero de la ciudad que pudiera contrastarlos y pesarlos, y el cual, aunque podría ofrecer darle un reloj o una alhaja o componerle el reloj, en cambio, difícilmente tendría las mercancías o servicios que nuestro viajero necesitara, a disposición de éste. Para obtener lo que necesitara dando lo que tiene sin recurrir a la moneda, tendría necesidad de hacer toda clase de cambios intermedios.

En cuanto al hombre que dispone del libro de cheques o libranzas o letras de cambio, se encontraría en la peor situación de todos. Donde no fuera conocido no le servirían sino como otros tantos papeles blancos, a menos que encontrase alguien que pudiera atestiguar acerca de su buen crédito o que aceptara el gasto de telegrafiar para comprobarlo. Repetir esto en cada lugar de parada, como sería necesario si su viaje continuaba en las mismas condiciones en que se inició, sería demasiado para la paciencia y resistencia de un hombre corriente.

Pero el hombre con moneda no encontraría dificultades desde el principio al fin. Cuantos tienen una mercancía que cambiar o un servicio que prestar, tomarán su moneda gustosamente y probablemente le dirán «gracias» al recibirla. Él será el único que pueda realizar la jornada sin dilaciones, molestias y pérdidas por razón de los cambios.

Lo que de este pequeño experimento imaginativo podemos inferir, no es que la moneda sea la más valiosa de todas las cosas. Esto,

aunque mucha gente lo ha aceptado vagamente, implicaría un error de la misma clase que el que entraña el supuesto de que una libra de plomo es más pesada que una libra de plumas. Lo que podemos deducir lógicamente de nuestro experimento, es que, de todas las cosas cambiables, la moneda es la más fácilmente cambiabile, y verdaderamente, esta fácil cambiabilidad es la característica esencial de la moneda.

Sin embargo, no tenemos sino que extender nuestro ejemplo de modo que imaginemos a nuestros viajeros llevando consigo fuera del país la misma moneda que tan fácil les ha sido cambiar dentro, para ver que la moneda no es una substancia, ni en todo tiempo y lugar, la misma substancia.

Lo que es moneda en los Estados Unidos no es moneda en Inglaterra. Lo que es moneda en Inglaterra no lo es en el Continente. Lo que es moneda en uno de los Estados continentales, puede no serlo en otro, y así sucesivamente. Aunque en lugares de cada país, muy frecuentados por viajeros de otros países, la moneda de ambos países puede circular a la vez, como la moneda americana con la inglesa en las Bermudas; o la moneda canadiense con la americana en las Cascadas del Niágara; o la moneda india, la inglesa, la francesa, la egipcia en Port Said; sin embargo, el viajero que desee traspasar tales fronteras monetarias con algo fácilmente cambiabile por las cosas que pueda necesitar, tiene que proveerse de moneda del país. La moneda que le ha servido en el país que acaba de dejar se convierte en otro país donde usan una diferente moneda en simple mercancía desde el momento en que deja la frontera monetaria, mercancía que le será ventajoso trocar con algún tratante en tales mercancías por dinero del país.

¿Es, por consiguiente, la moneda una materia de simple regulación gubernamental? Es decir, ¿puede un estatuto o fiat gubernamental, como muchos sostienen hoy, prescribir qué moneda será usada y a qué tipo correrá?

Para aquéllos de nosotros que vivieron o visitaron California entre los años de 1862 y 1879, es innecesario mirar más allá de nuestros propios país y tiempo, para ver que no. Durante aquellos años, mientras la moneda del resto de la Unión era un papel más o menos depreciado, la moneda de dicho Estado y la de la Costa del Pacífico en general, era el oro y la plata. El papel moneda del Gobierno general era usado en la compra de sellos de correo, el pago de contribuciones interiores, la de las costas judiciales de los Tribunales federales y la de aquellos Tribunales del Estado en los cuales no había contrato específico y para los envíos al Este. Pero entre hombre y hombre y en las transacciones ordinarias, sólo pasaban como una mercancía.

Si se dice que el poder gubernamental no era plenamente ejercido en este caso, que el Gobierno de los Estados Unidos deshonraba su propia circulación fabricando bonos pagables y estableciendo derechos de Aduana sólo cobrables en oro, y que la ley sobre convenios específicos de California, virtualmente solo dio la garantía de los Tribunales del Estado al oro y la plata, podemos volvernos hacia ejemplos como el de la circulación de los confederados, como el de la circulación continental, como el suministrado por la circulación colonial anterior a la Revolución; como el de los asignados franceses, o hacia aquel cómico episodio en que la cáustica pluma del Dean Suif, escribiendo con un nombre supuesto, burló todo el poder del Gobierno británico en sus esfuerzos para inducir al pueblo irlandés a aceptar lo que realmente era una moneda de cobre mejor que la que éste usaba.

El Gobierno puede influir mucho en el uso de la moneda, como puede influir mucho en el uso del lenguaje. Puede disponer qué moneda darán y recibirán los funcionarios del Gobierno, o reconocerán como tal los Tribunales, del mismo modo que puede prescribir el lenguaje en que los documentos oficiales han de ser impresos o que se usará en las leyes y procedimientos legales, o que se enseñará a los alumnos en las escuelas públicas. Pero no puede prescribir lo que ha de usarse como medio común de cambio entre hombre y hombre en las transacciones que dependen del mutuo consentimiento, más de lo que puede prescribir en qué lengua enseñarán las madres a sus hijos a balbucear. En los muchos esfuerzos que los Gobiernos, limitados o absolutos, han hecho para conseguirlo, el poder del Gobierno ha fracasado señaladamente.

¿Diremos, pues, como muchos deducen de la impotencia del simple fiat del Gobierno, que el valor en cambio de cualquier moneda depende últimamente de su valor intrínseco, que la verdadera moneda del mundo, la única moneda efectiva y natural, es el oro y la plata, uno solo o ambos-porque los partidarios de la moneda de metal difieren en cuanto a esto, dividiéndose en dos campos opuestos: los monometalistas y los bimetalistas?

Este concepto es aun más completamente opuesto a los hechos que el de los creyentes en el fiat. El oro y la plata han servido durante el mayor tiempo y en el área más extensa, y todavía sirven, como materia prima de la moneda, y en algunas partes han servido y en otros lugares aun sirven como moneda. Este fue el caso, en cierta medida, de los primeros días de los Placeres de California, cuando todo mercader, hostelero, almacenista o traficante, iba provisto de una botella de ácido y de una balanza, y los hombres pagaban las

mercancías o el alimento, el hospedaje, las bebidas o las pérdidas, de las bolsas de cuero en que llevaban el polvo y las pepitas de oro. Este es, en parte todavía, el caso de algunas regiones de Asia, donde, como lo fue en algunos lugares de Europa, hasta el oro y la plata acuñados se toman al peso. Pero el oro y la plata no son la moneda del mundo. El viajero que intentara dar la vuelta al mundo pagando sus gastos con oro y plata en barras, encontraría la misma dificultad o dificultades análogas que las que hallaría en el campo que circunda a New York. Ni obviaría la dificultad llevando en vez de barras, oro y plata acuñados. Salvo unos pocos sitios, como en Las Bermudas y en las islas Haway, aquéllos serían también mercancías, no cambiables fácilmente cuando dejara los Estados Unidos.

La verdad es, que ni hay moneda universal ni jamás la ha habido, como no hay ni ha habido nunca en los tiempos que conocemos, un idioma universal.

En cuanto al valor intrínseco, es claro que nuestro papel moneda, que no tiene valor intrínseco, desempeña todos los oficios de la moneda, es en todos los sentidos tan verdadera moneda como la acuñada que tiene valor intrínseco; y que, aun tratándose de nuestra moneda acuñada, su valor circulatorio o valor moneda, no tiene en la mayor parte más relación con su valor intrínseco, que el que tiene en el caso de nuestro papel moneda. Y este es el caso actual en todo el mundo civilizado.

El hecho es que, ni el fíat del Gobierno, ni la acción de los individuos, ni el carácter o valor intrínseco de la materia empleada, ni ninguna otra cosa, puede hacer moneda o dejar de hacerla, elevar o

disminuir su valor circulante, sino en cuanto afecte a la disposición para recibirla como un medio de cambio.

En distintos tiempos y lugares, toda clase de cosas capaces de transferencia más o menos fácil, han sido usadas como moneda. Así, en San Francisco, en los primeros días, cuando la repentina marea del oro de las minas produjo una repentina demanda de moneda que no era fácil satisfacer, acuñaciones falsas, a sabiendas de que eran falsas, corrían de mano en mano como moneda, y en Nueva York, al principio de la guerra civil, cuando había una gran escasez de especies circulantes por haberse retraído de la circulación el oro y la plata, corrían de mano en mano, como moneda, sellos de correos, tickets de carruajes, tickets de pan y hasta billetes falsos, a sabiendas de que eran falsos.

¿Diremos que tienen razón los que sostienen que una verdadera definición de la moneda tiene que comprender todas las cosas que pueden emplearse en el cambio para evitar la permuta?

Ciertamente no podemos decir esto sin ignorar una verdadera y muy importante distinción: la distinción entre moneda y crédito. Porque una leve reflexión nos mostrará que los cheques, libranzas, billetes negociables y otras órdenes Y obligaciones transferibles que tanto economizan el uso de la moneda en el mundo comercial moderno, lo hacen sólo cuando van acompañadas por algo más que la moneda no requiere en sí misma. Este algo es la confianza o el crédito. Este es el elemento esencial de todos los mecanismos e instrumentos que nos dispensan de la mediación de la moneda sin que tengamos que recurrir a la permuta. Tan sólo por virtud de él, pueden aquéllos

ocupar el puesto de la moneda que en definitiva por aquéllos se promete pagar.

Cuando doy moneda por lo que he comprado, pago mi deuda. La transacción está completa. Pero no pago mi deuda cuando expido un cheque por la suma. La transacción no está completa. Simplemente doy una orden a alguien para que pague en mi lugar. Si no lo hace, sigo respondiendo ante la moral y ante la ley. De hecho, nadie tomará un cheque mío sin que le inspire confianza o crédito. Y aunque un semblante honrado, un buen traje y detalles manifiestos me permitan pasar un cheque pequeño a alguien que no me conozca sin que lo garantice algún conocido de él, podría tan fácilmente, y acaso más fácilmente, obtener su confianza cumplidamente. Igualmente, no puedo transmitir el cheque de otro o su nota, o su libranza o su letra de cambio en favor mío sin garantizarlo por el endoso, salvo a quien me conozca o a quien yo le haya sido presentado como hombre de buen crédito. Aun así, yo no hago un pago, transmito a otro, con mi personal garantía, una orden de pago.

Así pues, hay adscrita a la moneda, en el concepto común, una cualidad que claramente la distingue entre todas las formas del crédito. Aquélla es, en cuanto se refiere al que da la moneda, la clausura definitiva de la transacción. El hombre que da un cheque o letra de cambio, tiene que garantizar su pago y está obligado si no se paga; al paso que el librado, por su parte, conserva la facultad de detener en cualquier tiempo el pago, antes de que sea hecho de un modo efectivo. Hasta el hombre que da un caballo u otra mercancía en cambio, tiene, salvo con relación a ciertas cosas y con la observancia de ciertos requisitos, que garantizar el título y que aquello posee ciertas cualidades expresas o intrínsecas. Pero al transmitir la moneda, la

transacción está cerrada y concluida y ya no puede haber cuestión ni recurso. Porque el dinero está reconocido propiamente por las leyes civiles como el medio común de cambio.

Las cosas tales como cheques, libranzas, billetes, etcétera, aunque pueden dispensar, en gran medida, del uso de la moneda y economizarla mucho, lo hacen utilizando el crédito. El crédito, como facilitador del cambio, es más antiguo que la moneda, y acaso es aún ahora más importante que la moneda, aunque pueda ser convertido en moneda, como el oro se convierte en moneda. Pero aunque se pueda convertir en moneda, no es moneda en sí mismo, como el oro no lo es tampoco en sí mismo, y no puede, sin confusión, en cuanto a la naturaleza y funciones de la moneda, ser considerado como moneda.

Pues diremos ¿qué es moneda?

Evidentemente, la cualidad esencial de la moneda, no está en su forma o substancia, sino en su uso.

Como su uso no es el de ser consumida, sino el de ser cambiada continuamente, participa y facilita otros cambios como un medio o instrumento que sirve en una escala mayor para el mismo fin de ajustar y facilitar las transferencias para que sirven las fichas o contadores frecuentemente usados en los juegos de azar.⁽³²⁾

Este uso procede de un común o usual consentimiento o disposición a tomarla en cambio, no como representación o promesa de otra cosa, sino como completando el cambio.

La única pregunta que cada uno se formula a sí propio, al tomar moneda en cambio, es si podrá de igual modo transmitirla en cambio.

Si no duda de esto, la tomará; porque el único empleo que ha de darle a la moneda es transmitirla en cambio. Si tiene alguna duda acerca de esto, la tomará sólo con un descuento proporcional a la duda, o no la tomará.

Así pues, lo que convierte a algo en moneda, es el consentimiento o disposición común a aceptarla como un común medio de cambio. Cuanto tiene esta esencial cualidad en determinado lugar y tiempo, es moneda en ese lugar y tiempo, cualesquiera que sean las demás cualidades que le falten. Si una cosa carece de esta esencial cualidad en determinado lugar y tiempo, no es moneda en ese lugar y tiempo, cualesquiera otras cualidades que tenga.

Definamos la moneda:

«Todo lo que en un tiempo y lugar dados se emplea como medio común de cambio, es moneda en ese tiempo y lugar».

No hay moneda universal. Aunque el uso de la moneda es casi tan universal como el empleo de los idiomas, y en todas partes obedece a leyes generales, como las obedece el empleo de los idiomas, sin embargo, de igual modo que los idiomas difieren en tiempo y lugar, vemos que las monedas difieren. De hecho, como hemos visto, la moneda es, en una de sus funciones, una especie de lenguaje: el lenguaje del valor

△▽

Capítulo III

Medio de cambio y medida del valor

Exponiendo como el común medio de cambio se convierte en la común medida del valor y por qué no podemos encontrar una medida común en el trabajo

La moneda es lo que más se cambia.-Por qué no se mide el valor por el trabajo.-La respuesta de Smith no es satisfactoria.-La verdadera respuesta.-El trabajo no puede proporcionar una medida común y se prefiere las mercancías.-Supervivencias de medidas comunes.-La diferencia en las medidas comunes no impide el cambio.

En el último capítulo he definido la moneda: cuanto en un tiempo y lugar dados se usa como medio común de cambio. Esta es verdaderamente la cualidad primaria de la moneda. Pero derivándose de su empleo como el medio común de cambio, la moneda tiene otro uso estrechamente enlazado con aquél: el de servir como una común medida del valor.

La razón de esto es que el uso de la moneda como medio común de cambio, que es la causa de que sea estimada para el cambio y no para el consumo, hace de ella, entre todas las cosas cambiables, lo que en la sociedad civilizada se cambia más frecuente y comúnmente. Una dada porción de madera o carbón, por ejemplo, pueden ser usadas por el productor y no cambiarse nunca, por consiguiente, o pueden ser cambiadas una vez o acaso media docena de veces, desde el leñador o minero hasta que en las manos del consumidor alcancen el último fin para que fueron producidas: la combustión que suministra el calor. Así ocurre con las patatas, el trigo o el maíz. La mayoría de los caballos no son cambiados probablemente ni una vez durante sus días de trabajo, y sería un caballo vendido muchas veces

el que tuviera seis propietarios durante su vida. El algodón, la lana, el cáñamo y la seda, acaso pasen al través de una media docena de cambios, antes de asumir la forma de paño o vestido, y en esta forma pueden pasar al través de dos a media docena de cambios antes de llegar al consumidor. Y así ocurre con la leña o el hierro y la mayoría de las formas del papel, la carne o el cuero. No sólo el último propósito del cambio de tales cosas es su consumo destructivo, sino que están principalmente compuestas por cosas que si no son consumidas pronto perecerán o se perjudicarán.

La moneda, por otra parte, no está producida para consumirla, sino para cambiarla. Este, y no el consumo, es su uso. Y siempre buscamos para ella la materia menos expuesta a deteriorarse, además de que habitualmente es cuidadosamente guardada por quien durante algún momento la tiene en su poder. Al mismo tiempo que la moneda puede pasar frecuentemente en un solo día por más manos que los ordinarios artículos de riqueza pasen durante el total período de su existencia, el uso de la moneda en el pensamiento y en el lenguaje, como un símbolo de valor, la trae constantemente al pensamiento de aquéllos que la usan frecuentemente en su forma tangible. Así es que el valor de la moneda, que es el común medio de cambio en una sociedad, viene a ser para los individuos de esa sociedad mejor conocido que el valor de cualquiera otra cosa y de aquí que sea más fácil y constantemente elegida para comparar el valor de las demás cosas.

Pero aquí puede surgir una pregunta que yo deseo contestar plenamente: si, como expliqué en el libro II, el valor es en sí mismo una relación con el trabajo, ¿por qué no encontramos, no ya una

común medida del valor, sino una medida exacta y final del valor en el trabajo mismo?

Esta es una pregunta que deja perpleja a la gran mayoría de las teorías monetarias que se han formulado en los Estados Unidos, sin ser admitidas en las escuelas, y fue expuesta pero no contestada satisfactoriamente por Adam. Smith.

En un pasaje que antes cité por entero, ⁽³³⁾ Adam Smith, dice: «Pero aunque el trabajo es medida real del valor en cambio de todas las mercancías, no es la medida por la cual se estima comúnmente ese valor». Y pasa a explicar la razón de esto.

Pero al proponerse explicar este hecho, Adam Smith cae en confusiones por lo resbaladizo de sus vocablos y equivoca la verdadera razón. Aunque dice, en efecto, que el tiempo de esfuerzo no mide la calidad de ese esfuerzo, sin embargo, casi en la misma cláusula usa el tiempo como medida del esfuerzo, diciendo: «que toda mercancía es... más frecuentemente cambiada y por tanto comparada con otras mercancías, que con el trabajo», que «es más natural, por consiguiente, estimar su valor en cambio por la cantidad de algunas otras mercancías que por la del trabajo que con ellas se puede comprar» y que «la mayor parte de la gente entiende mucho mejor lo que se significa por la cantidad de una particular mercancía, que por una cantidad de trabajo», olvidando así lo que precisamente acababa de exponer, o sea que es el trabajo (en el sentido de esfuerzo) que la posesión de una mercancía ahorra el que determina el valor de todas las mercancías. Su intentada explicación del hecho de que la medida real del valor no es la común medida del valor, no conduce a más que a consignar que es más usual medir el valor por mercancías que por

trabajo. Esto no es explicación del hecho; es simplemente establecer el hecho. Nosotros no podemos explicar una costumbre o hábito diciendo que es natural o exponiendo que eso es lo usual. La verdadera explicación consiste en decir por qué parece natural y por qué ha venido a ser usual.

No obstante, a la luz de nuestra investigación previa, se ve clara la razón por qué la medida real del valor no puede ser su medida común. Estriba en la constitución humana. Nosotros adquirimos conciencia del esfuerzo por medio de la «fatiga y molestias» que implica la sensación del esfuerzo y, al fin, la fatiga y repugnancia que su continuación acarrea. Ahora bien, sentir es un afecto o condición de la individual percepción o yo, que sólo puede encontrar manifestación objetiva al través de la acción. Ni la madre puede conocer lo que sus pequeñuelos sienten más que al través de las acciones de éstos. Si aquélla puede decir que éste tiene hambre, o sueño, o dolor o está satisfecho y feliz, es sólo por ese medio.

Como hemos visto, el trabajo, en sentido de esfuerzo, es la verdadera, última y universal medida del valor; lo que toda cosa vale en cambio siempre está basado sobre una estimación de la fatiga y molestia adscriptas al esfuerzo que la posesión de aquella cosa ahorrará.

Pero esta es una estimación que, aunque cada uno puede hacerla por sí mismo, no puede comunicarla a otro directamente, toda vez que el sentimiento de debilidad o repugnancia, el desagrado hacia la «fatiga y molestia» que constituyendo la resistencia al esfuerzo es la medida de éste, sólo puede, en nuestra condición normal al menos, ser transmitido o expresado de uno a otro al través de los sentidos.

Nosotros hacemos continuamente esta estimación en nuestra propia mente, porque la memoria, que registra la experiencia del individuo, nos permite comparar el esfuerzo que ha requerido hacer o procurarse una cosa con el que ha requerido o procurado hacer o procurarse otra. Pero para expresar a otra persona mi idea de la suma de esfuerzo requerido para hacer o procurar una cosa particular, tiene que haber algo que nos sirva como una medida mutua de la resistencia al esfuerzo, es decir, la «fatiga y molestia» que el esfuerzo implica. Así, para comunicar a alguno que no sepa nadar, alguna idea del esfuerzo que requiere esto, tengo que compararlo con algún esfuerzo que nos sea familiar a ambos, como el de caminar. O si un forastero desea saber de mí qué esfuerzo tendrá que realizar para ir hasta cierto punto, le diré, si lo sé, la distancia y le daré alguna idea de carácter del camino, porque tendrá ya alguna idea del esfuerzo requerido para caminar una distancia dada en un camino ordinario. Si es un francés acostumbrado a los metros y kilómetros, que ninguno de nosotros puede traducir en pies y millas, aun podré comunicarle mi idea, diciéndole tantos minutos u horas de camino, porque todos los hombres tienen alguna idea del esfuerzo requerido para marchar durante cierto tiempo. Si no podemos encontrar ninguna nomenclatura común del tiempo, aun podré darle alguna idea señalando a la manecilla de mi reloj o al sol, o preguntándole de dónde ha venido y haciéndole comprender que la distancia que ha de recorrer aún es mayor o menor, o el camino más pesado o más fácil. Pero tiene que haber un punto conocido por ambos que nos proporcione una común medida para hacerme comprender de él totalmente.

Viceversa, una experiencia común del esfuerzo requerido nos dará, a falta de una medida más exacta, alguna idea de la distancia o superficie, como

«Una flecha desde la ventana de su casa
cae entre los sembrados de cebada».

o

«Ellos le dieron tierra de sembradura
que era de dominio público,
tanta como dos vigorosos bueyes
pudieran arar desde la mañana a la noche».

Ahora bien, aunque el esfuerzo es siempre la verdadera medida del valor, al cual todas las medidas comunes del valor tienen que referirse, sin embargo, para obtener una común medida del valor que nos permita comunicarnos a la vez la cantidad y la cualidad (la duración y la intensidad) del esfuerzo, tenemos que tomar algún resultado del esfuerzo, lo mismo exactamente que para encontrar una común medida del calor, luz, fuerza expansiva o gravitación tenemos que tomar una manifestación tangible de aquellas formas de energía. Porque las mercancías, siendo resultado del esfuerzo, son manifestaciones tangibles del esfuerzo, es por lo que se emplean general y naturalmente como medidas comunes del valor.

Aun donde el esfuerzo se expresa en tiempo, hay siempre por lo menos una implícita referencia a su realización o resultado. Cuando yo alquilo un hombre para trabajar para mí, al día, a la semana o al mes, en ocupaciones que dan un resultado tangible, como cavar o drenar, arar o cosechar, cortar árboles o hender leña, siempre es con cierta idea del resultado tangible que ha de obtenerse, o en otras palabras, de la intensidad tanto como de la duración del esfuerzo. Si no hallo resultado alguno, digo que no se ha hecho el trabajo, y si encuentro que los resultados no son los que debiera haber obtenido de un esfuerzo de intensidad razonable o habitual, con razonable o habitual saber o destreza, digo que aquello que realmente yo había convenido

en pagar no me ha sido otorgado. Y los hombres imparciales me apoyarán.

Yendo a desembarcar en San Francisco, un marinero, compañero mío, que no distinguía siquiera una guadaña de un pasador, se alquiló a un labrador en el tiempo de la siega, por cinco dólares al día. A su primer golpe con la guadaña la clavó tan honda en el campo, que por poco la rompe al sacarla. Aunque indignadamente protestó contra tan anticuadas herramientas, declarándolas fuera de moda y manifestando que él había usado las «guadañas patentadas, que tienen el pico vuelto», no encontró realmente injusto que el labrador no le pagara un centavo, porque conocía que el convenio por un día de trabajo era realmente un convenio por determinada cantidad segada.

De hecho, el medir el esfuerzo por el tiempo, implica en su esencia el medirlo por el resultado.

Vemos que esto es verdad aun donde no hay resultado concreto. Si alquilo a un botero o a un cochero para conducirme hasta cierto punto, siendo conocida la distancia me proporciona esta una idea precisa del esfuerzo requerido, y es lo más equitativo y para ambas partes, usualmente, el medio más cómodo que la estipulación sea sobre el resultado, o como los cocheros en Europa dicen, «a la carrera», que es un pago definido por un resultado definido. Pero hasta cuando tomo un bote o un coche sin idea fija de donde necesito ir y convengo en pagar por hora, hay un implícito acuerdo acerca de la intensidad del esfuerzo por que pago. Tanto el botero como el cochero, sentirán que no mantienen su convenio equitativamente, y yo ciertamente tendré la misma sensación, si aquéllos, con el propósito de «ganar tiempo», navegan o caminan a paso de tortuga.

Tan fuerte es la tendencia a tomar los resultados tangibles como la medida del esfuerzo, que aun allí donde la calidad es de más importancia que la cantidad, como en los trabajos literarios, la medida formal es, hasta en nuestras mejores revistas y periódicos, la página o columna, siendo compensadas las diferencias en calidad real o esperada, parte por la facilidad con que se acepta el artículo y parte por el mayor precio por página o columna.

En una palabra, aunque el esfuerzo, comprendiendo juntamente la cantidad y la intensidad, es siempre la verdadera y final medida del valor, sólo podemos tener una común medida del valor al través de las manifestaciones del esfuerzo. Por eso, siendo las mercancías expresiones tangibles del esfuerzo, se convierten en las más fáciles medidas comunes del valor y han sido usadas para ello desde los principios de la sociedad humana.

Aunque cualquiera mercancía, o para esto, cualquier servicio concreto puede ser usado como una común medida del valor en la extensión en que se reconoce que envuelve o expresa cierta suma de esfuerzo y tiene, por consiguiente, un valor definido, aunque no necesariamente fijo, la tendencia es siempre a usar para este fin la mercancía cuyo valor es reconocido más general y fácilmente. Y desde el momento en que la mercancía usada como *e*/medio común de los cambios viene a ser por este uso la mercancía cambiada más frecuentemente, y cuyo valor es reconocido más general y fácilmente, todo lo que sirva como *e*/medio común del cambio tiende por esto a convertirse en *la* común medida del valor, en cuyos términos los valores de las demás cosas son expresados y comparados. En las sociedades que han logrado cierto nivel de civilización, es siempre la moneda. De aquí que podamos definir la moneda mirando a sus

funciones como aquello que en cualquier tiempo y lugar sirve como *e*/común medio de cambio y *la* común medida del valor.

Ha de recordarse, sin embargo, que de estas dos funciones, la primera es el uso como medio común de cambio. Es decir, que el uso como medio común de cambio acarrea el uso como la común medida del valor y no al revés. Pero estos dos usos no se corresponden siempre exactamente.

Así, en Nueva York y en sus inmediaciones se puede todavía oír hablar de chelines de York (doce y medio centavos) como medida de valores pequeños. No hay tal moneda acuñada, porque este uso de un chelín ideal es una supervivencia de los tiempos coloniales. De igual modo, en Filadelfia se puede oír hablar de *fips* y *levies*, en Nueva Orleans de «medio real» y en San Francisco, de reales, supervivencias de la moneda española; y en el lejano Noroeste, de «pieles», una medida del valor puramente ideal, residuo del tiempo en que la Compañía de la bahía de Hudson traficaba con los indios en pieles. Durante la guerra civil, y algún tiempo después, se usaron simultáneamente en los Estados Unidos dos distintas medidas comunes del valor: el papel moneda y el oro. Pero desde la supresión de los pagos en especie, aunque el papel moneda constituye todavía el medio de cambio más ampliamente usado, el oro ha venido a ser en este país la medida común del valor. Y aunque el oro, la plata y el papel son en gran medida, y por lo común, simultáneamente empleados en todo el mundo civilizado moderno para proporcionar el medio común de cambio, la gran división monetaria es, entre los países que usan el oro como común medida del valor y los países que usan la plata.

Pero es aún evidente, como Adam Smith dijo, que el trabajo (en el sentido de esfuerzo) es «la verdadera medida del valor en cambio de todas las mercancías», «la única medida del valor universal y exacta, o el único tipo por el cual podemos comparar los valores de todas las mercancías, en todos los tiempos y lugares». Porque todavía es verdad, como dijo, que «el verdadero precio de una cosa, lo que una cosa realmente costaría al hombre que necesita adquirirla, es la fatiga y molestias de adquirirla. Lo que una cosa vale realmente para el hombre que la ha adquirido y que desea disponer de ella o cambiarla por alguna otra, es la fatiga y molestias que puede ahorrarse a sí propio y que puede imponer a otras personas.

Puesto que el trabajo es así la verdadera y universal medida del valor, cualquier cosa que un país use como la medida común del valor, puede significar pequeña dificultad para el comercio de su gente con la gente de otros países que use distintas medidas comunes del valor. Ni tampoco dentro de un país, la sustitución de una común medida del valor por otra común medida del valor acarrearía más que leves perturbaciones si no fuera por su efecto sobre los créditos y deudas. En esto se halla la principal fuente de las controversias y confusiones que rodean ahora el «problema de la moneda».

Antes de proseguir convendrá, por consiguiente, al menos en cuanto atañe a la idea de la moneda, examinar las relaciones del crédito con el comercio.

△▽

Capítulo IV

La función del crédito en los cambios

(Exponiendo que el progreso de la civilización economiza el uso de la moneda

Tendencia a estimar excesivamente la importancia de la moneda.- El crédito existió antes de que comenzara el uso de la moneda, y ahora es y siempre ha sido, el más importante instrumento de cambio.-Ejemplo de unos naufragos.-Error de Adam Smith acerca de la permuta.-El uso más importante hoy de la moneda es como medida del valor)⁽³⁴⁾.

He procurado explicar el concepto común acerca de la moneda y el papel que juega en los cambios, suponiendo cierto número de viajeros. Hice esto, porque en cambios pequeños e inmediatos, como los que un viajero tiene que realizar entre los extraños, es donde se percibe más claramente la utilidad peculiar de la moneda. No quiero suponer que las dificultades del tráfico en todos los lugares y tiempos sean tan grandes como las que en las vecindades de New York, al terminar la centuria XIX, hubiera encontrado un viajero para proveer a sus necesidades personales por medio del cambio. Por el contrario, hay todavía en el mundo partes donde un viajero puede encontrar un depósito de mercancías adecuadamente seleccionado, más fácil y ventajosamente cambiable que la moneda misma y las dificultades de la permuta han aumentado, no sólo con el mayor uso de la moneda, sino con progresos tales como los correos y vapores, los ferrocarriles, el telégrafo y el teléfono y con la mayor concentración de las poblaciones y de los cambios que resultan de ello. Aun en nuestra civilización, el tráfico tiene que haber sido un medio más eficaz del cambio en los tiempos que precedieron al gran desenvolvimiento

industrial del siglo XIX, que lo es ahora, porque la gente estaba más generalmente acostumbrada a ello. Los antiguos comerciantes viajeros, y aun los antiguos comerciantes extranjeros que enviaban sus barcos por todo el mundo marítimo, que negociaban extensamente y que organizaban ferias, de las cuales ahora solo tenemos débiles vestigios, pero que constituían una tan importante parte en la vida industrial de nuestros antecesores, daban lugar y ocasión para la reunión de aquéllos que deseaban hacer directamente cambios de mercancías por mercancías o servicios por servicios, de que ahora carecemos.

El efecto de la general adopción de los más complicados y mucho más eficaces procedimientos de una civilización adelantada, es siempre relegar al olvido los métodos más sencillos previamente usados. En pocos años nos hemos acostumbrado tanto al telégrafo eléctrico que estamos propensos a imaginar que, sin él, los hombres se verían reducidos para llevar mensajes a los medios de transporte por agua y tierra, y a olvidar que hubo telégrafo antes de que se soñara en el eléctrico. La comodidad de los fósforos ha hecho su uso tan universal, que los más de nosotros, si quedáramos reducidos a nuestros propios recursos, sin fósforos, encontraríamos las más serias dificultades para encender una pipa o fuego. Una partida cazadora de hombres civilizados, si por un accidente fuera privada de sus municiones, perecería de hambre antes de que pudiera matar una res aun donde éstas abundasen. Sin embargo, al principio de este siglo, los fósforos eran desconocidos, y los hombres mataban las reses antes de que las armas de fuego fuesen inventadas.

Y lo mismo ocurre con la moneda. Su uso es tan general en nuestra alta civilización, y su importancia tan grande, que estamos

prontos a estimar excesivamente su importancia y a olvidar que los hombres vivieron y progresaron antes de que se desarrollara la moneda, y al mismo tiempo, a deprimir la eficacia de los medios de cambio que no son la moneda y la suma de cambios que aun ahora se realizan sin usar de la moneda más que como un contador o denominador de valores.

No es sólo que la más sencilla forma del cambio y transferencia de las cosas deseadas en sí mismas por cosas deseadas en sí mismas todavía continúa con cierta extensión, sino que el progreso de la civilización, que en un primer período desenvuelve el uso de la moneda como medio de cambio, comienza en períodos posteriores a desenvolver medios que dispensan o economizan mucho este uso de la moneda. Los cambios entre los diferentes países se realizan todavía sin el uso de la moneda, y así ocurre en gran medida también, en los cambios interiores aun en la misma localidad. No sólo en los distritos rurales y aun en las pequeñas transacciones se comercia mucho sin transferencia efectiva de la moneda, sino que en muchas ciudades, en las mayores transacciones, aunque habitualmente se hable y piense de ellas como si implicasen la transferencia de la moneda, realmente se realizan sin ésta. La gente más rica, en efecto, usa relativamente poca moneda hasta en las transacciones personales, y yo creo, que un hombre de buen crédito que tuviera una cuenta corriente a su disposición, podría, si quisiera, vivir de año a año, aun en las grandes ciudades como New York (y con menos trabajo en las ciudades más pequeñas), sin que pasara al través de sus manos un penique de moneda efectiva. Sus ingresos, si no los recibía en pequeñas sumas, podrían figurar en cheques o en un medio análogo de transferencia: sus grandes gastos podrían naturalmente pagarse en cheques, y aun cosas como periódicos, tickes para coches

o ferrocarriles, sellos, etc., podría sin gran esfuerzo pagarlos de la misma manera.

Ahora bien, todo esto que economiza el uso de la moneda, y de lo cual solemos pensar que es, y realmente en algunas de sus formas lo es, el último desenvolvimiento de esa civilización que desde tiempo inmemorial se halla acostumbrada al uso de la moneda, es verdaderamente en esencia una vuelta a algo que tiene que haber estado en uso para facilitar los cambios antes de que la moneda cundiera entre los hombres. Este algo, es lo que llamamos confianza o crédito. El crédito es hoy, y en nuestra más alta civilización, el más importante instrumento de cambio; que debe de haber sido desde la primera aparición del hombre en este Globo el más importante instrumento de cambio tienen que verlo todos, si rechazan la hipótesis que invalida tanta parte de nuestra reciente filosofía y filosofía de la historia: la hipótesis de que el progreso de la civilización es un cambio en el hombre mismo, y admiten aún en el hombre prehistórico las mismas facultades razonadoras que todos sabemos que el hombre en los tiempos históricos mostró como inherentes a él en cuanto hombre.

Imaginemos cierto número de náufragos llegando a nado hasta una isla deshabitada, con un clima bastante bueno para permitirles sostener su vida. ¿Cuáles serían sus primeros cambios? ¿No estarían fundados sobre varias formas de la proposición: «daré u obtendré esto para ti, si tú das u obtienes esto para mi?»: Ahora bien, dónde y cuándo vinieran al mundo, esta tiene que haber sido la situación de los primeros hombres al venir, y todo lo que nosotros podamos discurrir con alguna certeza conduce a mostrar que estos primeros hombres tiene que haber sido necesariamente la misma clase de hombres que nosotros.

Si hay alguna diferencia de prioridad entre ellos, el crédito tiene, por la naturaleza de las cosas, que haber precedido a la permuta como un instrumento de cambio, y desde el principio tiene que haber ayudado a la permuta. ¿Qué cosa más natural que el hombre que ha matado un venado o hecho una gran pesca desee dar, ahora que tiene abundancia, en pago de una promesa expresa o implícita de que su vecino cuando sea afortunado del mismo modo se acordará de él? La organización de más complicadas y sutiles formas del crédito avanza con el desenvolvimiento de la civilización, pero el crédito tiene que haber empezado a ayudar al cambio en los principios mismos de la sociedad humana; y es en los linderos de las tierras vírgenes y en los lugares que nuevamente se van colonizando, más que en las grandes ciudades, donde todavía encontraremos sus formas directas jugando relativamente el más importante papel en los cambios.

Explicando el origen y uso de la moneda, Adam Smith encarece demasiado las dificultades de la permuta, y en esto ha sido seguido por casi todos los escritores que le han sucedido. Acerca de la condición de la sociedad, antes del uso de los metales como moneda, dice (Libro I, capítulo IV de la *Riqueza de las Naciones*):

«imaginemos que un hombre tiene de cierta mercancía más de lo que necesita, mientras otro tiene menos. Piensa el primero desprenderse gustosamente, y el segundo compraría una parte, de esto que le sobra. Pero si el segundo no tiene la suerte de poseer nada de lo que el primero necesita, no puede realizarse *ningún cambio entre ellos*. El carnicero tiene más carne en su tienda de la que él mismo puede consumir, y el cervecero y el panadero desean cada uno comprar una parte de aquélla. Pero éstos no tienen nada que ofrecer en cambio, salvo las diferentes producciones de sus respectivos

comercios; y el carnicero ya está provisto de todo el pan y de toda la cerveza que necesita de un modo inmediato. En este caso *ningún cambio puede hacerse entre ellos*. Aquél no puede ser su mercader ni éstos sus clientes y así se prestan uno a otros, recíprocamente, menos servicios.

.....

El hombre que necesita comprar sal, por ejemplo, y no tiene sino ganado que dar en cambio, tiene que verse obligado a comprar sal por el valor de todo un buey o de todo un carnero a la vez. Rara vez podría comprar menos de esto, porque lo que él tiene que dar en cambio, rara vez puede ser dividido sin pérdida; y si se propone comprar más, se ve obligado por las mismas razones, a comprar doble o triple cantidad, es, a saber: el valor de dos o tres bueyes o de dos o tres carneros; si, por lo contrario, en vez de bueyes o carneros tiene metales que dar en cambio, fácilmente puede proporcionar la cantidad de metal con la cantidad de mercancía que necesita de un modo inmediato.»

Aunque esta explicación de las dificultades que afectan a la permuta han sido parafraseadas por escritor tras escritor desde Adam Smith, hay en ellas una exageración tan enorme como ridícula. La diferencia de comercio entre el carnicero y el cervecero o el panadero, el hecho de que los hombres habitualmente consagren su trabajo a la producción de ciertas cosas en mayor cantidad de la que ellos mismos pueden consumir, implica una división en el trabajo que no podría lograrse donde el cambio fuera imposible, bajo las circunstancias que Adam Smith. supone. Y es evidente que tales circunstancias no opondrían dificultades insuperables al cambio, ni aun cuando una verdadera moneda hubiera comenzado a usarse. El carnicero, con la

carne de que dispone, no habría rehusado el cambio ofrecido por el cervecero y el panadero, porque estuviera ya provisto de todo el pan y cerveza que le hiciera falta de un modo inmediato; por el contrario, diría: no necesito inmediatamente pan y cerveza, porque ya estoy provisto, pero os daré la carne que necesitéis sobre vuestra promesa de darme su equivalencia en pan y cerveza cuando yo la pida. Ni sería para él necesario agotar su propia existencia de pan y de cerveza antes de pedirle al panadero o al cervecero el cumplimiento de sus promesas; porque desde el momento en que las necesidades de los hombres no pueden satisfacerse con carne, pan o cerveza solamente, necesitaría del sastre un vestido, del pastor un novillo, del carpintero una casa; y puesto que éstos no pueden tomar de una vez el pago pleno en una mercancía tan contingente como la carne, él podría realizar su parte en el cambio diciéndole al panadero y al cervecero que dieran a aquéllos otros proveedores el pan y la cerveza que le habían prometido.

Es decir, para un cambio no es necesario que ambas partes lo efectúen a la vez o con la misma persona. Una parte o lado del cambio industrial, puede ser efectuada de una vez y la otra parte o lado puede ser relegada a un tiempo futuro y transmitida a otra persona o personas por medio de la confianza y del crédito. Y por este sencillo y natural procedimiento y sin intervención del dinero, la sal podría ser cambiada por cantidad en de buey o carnero menores de las que se echarían a perder antes de que una sola familia pudiera consumirlas. La verdad es que las dificultades de incidencia de que Adam Smith habla aquí como si fueran inseparables de la permuta, son siempre evitadas por el uso del crédito, donde éste es posible. Sólo donde no se realizan otros cambios y donde no es probable que las partes a quiénes conciernen hayan de ponerse en contacto directo

o indirecto otra vez, como ocurre en el desierto o en el mar, es donde, dada la falta de incidencia, no puede efectuarse ningún cambio entre ellos ⁽³⁵⁾.

Es realmente entre aquéllos que se desconocen y no esperan encontrarse otra vez, donde la moneda desempeña su más indispensable oficio (como en los ejemplos puestos en el libro V, capítulo II). El uso de la moneda, por el cual los viajeros pueden conducir fácilmente los medios de proveer a sus necesidades, ha facilitado grandemente los viajes; sin embargo, con las letras de cambio y cartas de crédito, los cupones de Cook y los libros de cheques certificados, que tan ampliamente van desplazando a la moneda en el uso del viajero, vuélvese otra vez al uso del crédito.

La confianza o crédito es verdaderamente el primero de todos los instrumentos que facilitan el cambio; su uso precede, no sólo al uso de toda verdadera moneda, sino que tiene que haber sido coevo del aparecer el hombre. La confianza, el amor, la simpatía, pertenecen a la naturaleza humana. No es sólo que sin ellos el hombre nunca podría haber salido del estado salvaje, sino que sin ellos no se hubiera podido mantener a sí propio ni siquiera en estado salvaje. Si hubiera venido a la tierra sin ellos, habría sido inevitablemente exterminado por los animales vecinos o se hubiera exterminado a sí propio.

No ha habido necesidad de enseñar a los hombres a que confiaran unos en otros, salvo donde han sido engañados; y esto en nuestra civilización unilateral, donde las leyes para la cobranza de las deudas han debilitado la sanción moral que la opinión pública da, naturalmente, a la honradez, y una más profunda injusticia social produce una monstruosa desigualdad en la distribución de la riqueza,

es más frecuente que entre los pueblos primitivos en que el préstamo es, muy a menudo, garantido por la simple palabra. Tan natural es para los hombres confiar unos en otros, que aun el más desconfiado tiene que confiar constantemente en todos.

Y la confianza o crédito no es simplemente el primero de los agentes del cambio, en el sentido de prioridad; es también, como siempre lo ha sido, el primero en importancia. A pesar de nuestro uso extensivo de la moneda en los cambios, los realizados por ésta son pocos comparados con los que el crédito realiza. En los cambios internacionales, en absoluto no se usa la moneda, al par que la gran masa de los cambios interiores en todo país civilizado se efectúa dando y cancelando créditos. De hecho, el más importante uso de la moneda hoy no es como medio de cambio, aunque éste sea su primario uso. Es el de común medida del valor, su uso secundario. No sólo esto, sino que con el avance de la civilización, la tendencia es a hacer uso del crédito como moneda; acuñar, como si dijéramos, la confianza en la circulación y traer así al uso un medio de cambio más adecuado en muchas circunstancias para facilitar las transferencias que la moneda metálica. El papel moneda, tan ampliamente usado en todos los países civilizados, como medio común de cambio, es, en realidad, una acuñación de crédito o confianza.

△▽

Capítulo V

Génesis de la moneda

(Exponiendo que la ley de la satisfacción de los deseos con el menor esfuerzo, incita el uso progresivo del medio economizador del trabajo más aprovechable)

La moneda no es una invención, sino que la crea la civilización.-Se desarrolla con el aumento de los cambios.-El primer cambio es de mercancías generales.-Después, de las mercancías más adecuadas.-Después, de la moneda acuñada, cuyo valor como mercancía llega a olvidarse.-Ejemplo de la fabricación americana de dólares.-La disminución de los usos de la moneda-mercancía y las extensiones del crédito-moneda.-Dos elementos en el valor en cambio del metal acuñado: intrínseco o valor del metal en sí propio, y soberanía.-Significado de la soberanía.-El valor en cambio del papel moneda es soberanía.-La moneda no se emplea para el consumo, sino para el cambio.-Artículos patentados como medios de cambio.-Monedas mutiladas.-Cuando la disminución del valor del metal en la moneda no disminuye su valor circulante.-Lo esencial es que ambos representen el mismo esfuerzo.-Esta es la razón de que el papel moneda se cambie a la par por la moneda de metal de igual denominación) [\(36\)](#).

La moneda no es una invención, sino más bien un natural desarrollo o desenvolvimiento que se verifica con el progreso de la civilización, conforme a las percepciones y necesidades comunes. La misma ley fundamental de la naturaleza humana que compele al cambio, la ley por la cual procuramos satisfacer nuestros deseos con el menor esfuerzo, nos empuja a medida que los cambios aumentan a adoptar como un medio para ellos los instrumentos economizadores de trabajo más útiles.

Todo cambio es de servicios o de mercancías. Pero como las mercancías son en realidad servicios concretos, aquéllas proporcionan desde el comienzo el más fácil medio de cambio, desempeñando este

oficio y sirviendo de medidas del valor, no sólo para otras mercancías sino también para servicios directos.

Pero las mercancías (bajo cuyo nombre incluimos todos los productos del trabajo transferibles, que como tales tienen valor mientras retienen capacidad para proveer al deseo) difieren grandemente en su aptitud como medios de cambio. Los más adecuados para este uso son los menos perecederos, los que pueden pasar más fácilmente de mano en mano y trasladarse con más facilidad de lugar a lugar, que son más uniformes en sus artículos y más homogéneos en su estructura, de modo que puedan ser estimados con más certidumbre y divididos o sumados con menos gasto, y cuyo actual valor es, por su general uso, mejor conocido y más exactamente comprobado.

En proporción al conjunto de esas cualidades que se reúnen en una mercancía, hay una natural tendencia a usarla como medio de cambio para otras cosas, y este uso tiende a su vez al más amplio conocimiento y más exacta comprobación de su valor.

En las sociedades primitivas o en las fronteras de la civilización, donde no pueden obtenerse fácilmente mejores medios, los sellos, las conchas, la sal, las cuentas, el tabaco, el té, la menta y muchas otras de las mercancías menos perecederas y más transportables, han sido usadas de manera imperfecta y con limitada extensión, como medio común de cambio y medida común del valor, viniendo a ser así la moneda de aquel tiempo y lugar⁽³⁷⁾. Pero los metales y, particularmente los metales preciosos, reúnen tan bien todos los requisitos de un medio de cambio, que donde quiera que han sido bien conocidos, los hombres los han aplicado a este uso. Al principio,

indudablemente, eran pesados y acaso contrastados cada vez que pasaban de mano en mano; pero a medida que su uso en el cambio vino a ser más común, el mismo deseo de economizar trabajo que conduce al panadero a dar a su pan la forma y dimensiones de una libreta y una barra y al estanquero o vendedor de té a poner su mercancía en paquetes uniformes, tiene que haber llevado pronto al empleo de los metales usados como medio de cambio, a piezas de peso y ley determinados, de modo que pudieran pasar de mano en mano sin la molestia de pesarlos y contrastarlos. Hacer estas piezas de formas circular, puesto que es la más cómoda y la menos sujeta al desgaste por el manoseo, y facilitar el testimonio de que conserva todavía su materia primitiva troquelándolas por ambos lados y por el canto, son obvios procedimientos que parecen haber sido adoptados donde quiera que se ha logrado suficiente habilidad en las artes y se han usado los metales para este fin. Y así, por un natural desenvolvimiento en el uso, una mercancía peculiarmente idónea para este fin, se convierte al través de la moneda acuñada en la mercancía que sirve como común medio de cambio y medida del valor para todas las mercancías y servicios y que ha sido usada entre los pueblos y civilizaciones más adelantados durante largas edades y continúa en uso, aunque no en uso exclusivo en nuestros días.

Pero aunque el primitivo propósito de la acuñación es, podemos asegurarlo con fiabilidad, economizar las molestias del peso y contrastar la mercancía que se ha convertido en común medida de cambio, el general uso de este troquel, como testimonio del peso y la ley, tiene gradualmente el efecto de transferir la cualidad de fácil cambiabilidad desde la mercancía al cuño. La costumbre de pesar y contrastar se olvida; aún la cantidad de la materia comprendida en la moneda, se olvida o no es tenida en cuenta por la gran mayoría de

aquéllos que la usan, y la forma, dimensiones, color y dibujo del cuño, se convierten en las cosas que le dan su circulación. Un «águila» americana o pieza de diez dólares, contiene tantos granos de oro de cierta ley y se cambia por el valor del oro. Pero ni uno de cada diez mil que usan esta moneda y que conozcan su valor en relación con otras tantas cosas que tienen la costumbre de comprar y vender, saben cuantos granos de oro contiene. Un hombre, con una pieza de oro de diez dólares, no encontrará dificultades en los Estados Unidos para cambiarla equitativamente por cualquier cosa de la cual pueda necesitar, pero encontrará muchas dificultades para cambiarla equitativamente por la misma cantidad de oro en polvo o en lingotes, salvo que se dirija a una fábrica de moneda o a un tratante en barras.

Un curioso testimonio de esta tendencia a aceptar el signo mejor que la substancia, se da en la historia del comercio americano de dólares. Durante muchos años, gran parte de la exportación de plata a China ha sido en forma de pesos mejicanos, cuyo cuño se ha convertido allí en testimonio de cierto peso de plata. Pensando que podría conseguir en China el puesto de la acuñación mejicana, el gobierno americano acuñó en 1874 lo que fue llamado un dólar comercial. Era una moneda mejor concluida y más hermosa que el dólar mejicano, y contenía un mayor peso de plata. Pero los chinos preferían una moneda con cuyo uso se habían familiarizado, a una que era nueva para ellos, aunque la segunda era de mayor valor intrínseco. La tentativa fue un fracaso y después de una instructiva experiencia doméstica, de la cual no hay para qué hablar aquí, fue abandonada la acuñación de pesos comerciales.

Ahora bien, esta transferencia de la fácil cambiabilidad, desde la mercancía al cuño con la relegación parcial de la mercancía misma a

posición idéntica en el cambio que la que tienen otras mercancías, lo cual sobreviene como resultado del uso de la moneda acuñada, es asunto de gran importancia que conduce finalmente a un cambio completo en la naturaleza de la moneda empleada.

En la acuñación de metales preciosos, el uso de mercancías como medio de cambio parece haber alcanzado su más alta forma. Pero las mismas cualidades que hacen a los metales preciosos los mejor adecuados entre las mercancías para este uso, se juntan o pueden juntarse en más alto grado todavía a algo que, no teniendo forma material, puede pasar de persona a persona o de lugar a lugar sin el inconveniente de volumen o peso, o sin peligro de daños por accidente, desgaste o deterioro. Este algo es el crédito u obligación. Y a medida que el avance de la civilización sigue, la misma tendencia a buscar la satisfacción del deseo con el menor esfuerzo, que con cierto progreso de la civilización lleva al desarrollo de la mercancía moneda, conduce, en un posterior avance, a utilizar el crédito como moneda.

El movimiento en esta dirección puede distribuirse en tres períodos: 1.º, la mezcla en el sistema monetario del valor de obligación con el valor de producción; 2.º, el uso de la obligación o crédito representando una economía en la mercancía moneda; 3.º, el uso del puro crédito moneda.

Aquí estamos considerando sólo la moneda. El crédito, no sólo es un facilitador del cambio antes de que se utilizara moneda de ninguna clase, sino que el mismo progreso social que se muestra en el desarrollo de la moneda, se mostrará también en la extensión del crédito. Si el uso de la moneda sobrepuja al uso del crédito en algunos cambios, es sólo donde el uso del crédito es difícil e inconveniente, y

que facilitando el comercio en más extensas áreas de las que el uso de la primitiva forma de crédito hubiera permitido, aumenta también aquel conocimiento mutuo y aquel mutuo deseo de cambio que son necesarios para la extensión del crédito. Aunque la función primaria y local de la moneda es la de proporcionar un medio común de cambio, su función secundaria de suministrar una medida común de los valores se convierte pronto en la de mayor importancia, y la extensión del crédito en nuestra moderna civilización es muchísimo más vigorosa e importante que la extensión en el uso de la moneda como un medio de cambio. Mientras el uso de una particular moneda, como un medio de cambio, es todavía local, circulando la moneda de un país solo en muy limitada extensión en otros países, el desenvolvimiento del crédito ha sido tal, que el cambio de mercancías hasta los confines de la tierra y entre los pueblos que usan diferente moneda como medio de cambio se realiza por medio de él. Pero lo que ahora estamos considerando, no es este desenvolvimiento del crédito comercial, sino el modo por el cual el uso de la mercancía moneda se convierte en uso de moneda de crédito, o en otras palabras, el camino por el cual la acuñación del valor de producción como un conveniente medio de cambio, se convierte en la acuñación de valores de obligación.

La demanda de cualquier metal en cambio es, al principio, como la demanda de las demás cosas en cambio, una demanda del consumo, y su valor o tipo de cambio se determina por el coste de producirlo en forma mercantil. A medida que uno u otro de los metales principia a usarse como un medio de cambio, la mayor demanda de él continúa siendo, por algún tiempo aun, para el consumo, y cualquier cambio de forma de los metales hecha para adaptarlos a este nuevo uso implicará pequeño o ningún mayor coste que el de su ordinaria forma

comercial. Así el valor del metal usado como moneda no será al principio mayor que el del mismo metal dedicado al consumo. Pero cuando principia a acuñarse se requiere algún más trabajo para producir la moneda estampada o concluida, que para producir el mero lingote de forma comercial.

De aquí que haya o pueda haber dos elementos en el valor en cambio de la moneda de metal: 1.º, el valor intrínseco o el valor del metal mismo, que está regido por el coste de producción en forma mercantil, y 2.º, el coste del cambio desde esta forma a la de moneda concluida. Este segundo elemento, el cargo por acuñación, es llamado regalía, por la idea de que la acuñación de la moneda ha sido desde los primeros tiempos considerada como una función de la soberanía - del señor o amo- como representante de la sociedad organizada o Estado.

Hay dos diferentes modos por los cuales se ha acostumbrado a pagar por convertir una materia comercial en un producto concluido. Así, desde tiempo inmemorial hasta el presente en que la maquinaria ha principiado a revolucionar los métodos industriales, era costumbre en el hombre que necesitaba un traje comprar la tela, ir al sastre y pagarle por el trabajo de hacer con ésta el traje. No se suponía que el sastre había de quedarse con nada del paño, y si lo hacía se le llamaba «sisón». Durante el mismo tiempo, era por el contrario, costumbre universal para el molinero cobrar su paga guardándosela en parte de la materia llevada para la molienda. El labrador o comprador llevaba su grano a la molienda y recibía algo menos que su equivalente en harina, siendo la diferencia la paga que el molinero recibía por el servicio de triturarla. Los fabricantes que ahora han reemplazado tanto a los antiguos sastres como a los antiguos

molineros, compran las materias primas y venden los productos acabados.

Ahora bien, la conversión de metales en moneda acuñada parece que siempre ha sido pagada por el mismo procedimiento que la conversión del grano en harina, por un menoscabo o deducción en recompensa. Esta detracción o derecho de regalía, puede ser mayor o menor que el efectivo coste de la acuñación. Es lo que el Señor o Estado, que tienen el privilegio de acuñar, determina tomar por ello; la diferencia entre el tipo a que el metal es recibido o comprado, y el tipo a que es devuelto o emitido en moneda.

Si la acuñación de metales en moneda se hubiera dejado a la libre competencia de la iniciativa individual, el gravamen por esta conversión hubiera tendido al punto más bajo a que la moneda puede ser producida en cantidad suficiente para proveer a la demanda. Pero en cuanto sabemos, jamás ha sido este el caso. Siendo el objeto primario de la acuñación certificar el precio y ley, esto es notoriamente mejor asegurado por el cuño de la más alta y más extensamente conocida autoridad, que es el Soberano o Estado. Donde la acuñación está así monopolizada en las manos del soberano, el elemento que regula el valor de la moneda puede ser eliminado previamente por el acuerdo o práctica del soberano de devolver en moneda la suma plena de metal traído a las casas de acuñación, como ocurre hoy en algunos países con algunos metales, o puede ser extendido de tal manera que se convierta en el más importante de los dos elementos del valor de la moneda, rehusando el soberano acuñar en otras condiciones y excluyendo o prohibiendo otras monedas. En verdad, por la elección de algunas mercancías sumamente baratas como materiales de acuñación, éste puede venir a ser prácticamente el

único elemento de valor. Porque, como Ricardo indicó, el total valor en cambio del papel moneda, puede ser considerado como un gravamen de regalía.

La razón de esto es, que siendo la emisión de moneda un monopolio, el elemento del valor intrínseco puede ser parcial o enteramente eliminado sin pérdida de la utilidad, que consiste en el peculiar uso de la moneda. Las demás mercancías se usan consumiéndose. El uso de la moneda es cambiarla. Así, el carácter intrínseco de la moneda no tiene importancia para quien la recibe a fin de ponerla en circulación otra vez. La única cuestión que le concierne, es la relativa a la facilidad de otros para recibirla de él cuando necesita a su vez hacerla pasar. Y esta facilidad, donde la moneda acuñada se usa como la común medida de cambio, va asociada con el cuño, que se convierte en distintivo o sello de circulación.

Existen hoy ciertas mercancías que tienen grande y muy extendida venta en muy pulidos envases, con la marca de fábrica, como *Pear's Soap*, *Colman's Mustard*, *Baking Powder* y otros. La reputación en cuanto a la cantidad y calidad del contenido, que ha sido garantido por el envase que ostenta la marca de fábrica, da a sus fabricantes provechos tan considerables a menudo como los análogos de regalía. Porque durante poco tiempo y en cierta medida, estos provechos pueden aumentar disminuyendo la cantidad de la mercancía. Quienes la compran para venderla otra vez, no se darán cuenta al principio de la diferencia y seguirán comprándola como antes. Pero tan pronto como aquéllos lleguen a manos del consumidor, la diferencia será advertida y la demanda declinará, porque la demanda de aquéllos que compran tales cosas para venderlas otra vez proviene de la demanda de aquéllos que las compran para el consumo. Pero (y los

procedimientos a que se apela en los tiempos de repentina y aguda escasez monetaria puede sugerir esto), permítidme imaginar un dueño de artículos empaquetados que se usen como un medio de cambio. La creciente demanda originada por el nuevo y más amplio uso, permitiría al dueño de la marca de fábrica, restringiendo la oferta de aquello de que él tiene el monopolio, elevar el valor de los artículos tan por cima de la mercancía contenida, que ésta quedara fuera de todo consumo. Sin embargo, mientras la demanda de ella como medio de cambio continuase, sería usada para este fin y los dueños de la marca de fábrica, no sólo podrían sostener el precio, sino que podrían impunemente reducir la cantidad y calidad del contenido de sus paquetes hasta su mínima expresión. Porque desde el momento en que toda aceptación de una cosa en cambio es en realidad una compra de ella y toda transferencia de ésta en pago de una obligación o en recompensa de otra cosa, es en realidad una venta, la demanda de un artículo empleado sólo como medio de cambio, sería por entero con la mira de una venta subsiguiente, sería una demanda de comerciantes o mercaderes a quienes no importa el valor intrínseco de lo que ellos compran para venderlo otra vez, sino sólo su capacidad de ser vendido. En el ejemplo que he usado, la posibilidad de disminuir la cantidad o calidad de los paquetes sin disminuir su valor como medio de cambio, depende de haberse sustraído al uso del consumo y ser la demanda de ellos enteramente demanda para el uso en cambio. Porque en cuanto cualquier parte de la demanda fuera demanda para el consumo, la disminución en el valor de la mercancía operaría, refrenando la total demanda, para reducir al mismo tiempo el valor, no sólo de la parte usada para consumo, sino de la parte usada para el cambio.

Ahora bien, siendo la primera moneda acuñada moneda mercancía, la demanda de ella sería durante largo tiempo, en parte al menos, demanda para el consumo. En el más simple estado de las artes, la moneda sería, mucho más frecuentemente que ahora, convertida o fundida en objetos de plata y alhajas, ornamentos, etc., y, lo que acaso es más importante, continuaría usándose como mercancía en el cambio con otros países. Es probable que la acuñación de los soberanos más importantes tuviera un área de difusión mucho más amplia cuando el comercio internacional era menor que ahora. Porque aun cuando el área del comercio era más limitada que ahora, había un área proporcionadamente mayor sin ninguna moneda acuñada propia, y el desenvolvimiento del crédito como medio de cambio internacional, el uso de la moneda acuñada en ellos como una cómoda mercancía transportable, era, probablemente, relativamente mayor que ahora.

Ahora bien, la demanda de moneda acuñada para enviarla fuera, como el oro americano se envía a Inglaterra, así como la demanda de moneda para usarla en las artes, es una demanda para el uso en el consumo, y prontamente se manifestaría en una disminución del conjunto de la demanda y, consecuentemente, del valor, proporcionado a la reducción del valor mercancía de la moneda, por muy escrupulosamente que el trabajador de las casas de moneda guardara el secreto sobre el ardid del soberano que menoscabase su moneda acuñada.

Pero aun más importante es el hecho de que, aun para sostener el valor de la moneda acuñada, al mismo tiempo que se disminuye su valor intrínseco, es necesario que la oferta sea estrictamente limitada. Pero los soberanos, príncipes o repúblicas que han recurrido al

expediente de abatir su moneda acuñada, han hecho esto, generalmente, con el fin de trocar la misma suma de metal en más moneda circulante, más que con el de conservar la misma suma de moneda en circulación con el empleo de menos metales, o han sido incapaces de resistir a la tentación de hacerlo cuando han encontrado oportunidad.

Que el valor circulatorio de la moneda no necesita depender indispensablemente de su valor intrínseco, tiene que haber sido patente a los hombres reflexivos, en cuanto el uso habitual de la moneda acuñada ha hecho de sus signos y emblemas el aceptado título del valor de modo que pase de mano en mano sin comprobarlo y, usualmente, sin pesarlo. El hecho de que la moneda haya perdido algo de su valor intrínseco por el desgaste continuo circulando enormemente, tiene que haber hecho que el cercenar, limar, y adelgazar, primeros procedimientos de la acuñación, que destaca las figuras y bate los cantos, no hayan sido prohibidos, a menos que se completara con tales especulaciones mercantiles o tales disposiciones legislativas que aseguren la común conformidad en no aceptar tales monedas. Este mostraría, por sí mismo, que el valor circulante de una moneda, como cuestión de hecho, no se funda sobre el valor del material que contiene.

Así, el ministro y arbitrista de los soberanos, quienes parecen haber asumido en todas partes desde el principio el exclusivo privilegio de acuñar, tienen que haber visto una fácil y segura economía en riqueza a costa de la moneda, sustituyendo su materia por alguna parte de metales más baratos. De aquí provienen aquellas numerosas y repetidas reducciones en el valor de la moneda acuñada que tienen señalados capítulos en todas las historias monetarias; que

han reducido la libra esterlina inglesa a una fracción de su original equivalencia con la libra de troy y, en otros países, han producido una diferencia aun mayor.

En cuanto, a la más principal y más importante acuñación, estas tentativas han de terminar de tiempo en tiempo en un desastre, y en la final reunión del valor circulante con el valor mercancía, por la repudiación y retirada de la moneda rebajada y su reacuñación, o más frecuentemente, por la baja del valor circulatorio al nivel del valor mercancía.

Esto, sin embargo, no es un resultado necesario de un abatimiento de la moneda acuñada, como frecuentemente se supone. Un material de menos valor puede sustituir en la moneda acuñada a un metal de más valor, sin disminuir el valor circulante, con tal -y ésta es la condición esencial,- que continúe siendo tan difícil para quienes emplean en los cambios la moneda acuñada obtener la una como obtener la otra; o en otras palabras, que continúe representando el mismo esfuerzo.

Porque todo cambio es realmente el cambio del trabajo, y el tipo al que todas las cosas tienden a cambiarse por cualquier otra cosa, es determinado por la dificultad relativa de obtenerla. Si un billete del Banco de Inglaterra de diez libras, que prácticamente no tiene valor intrínseco, se cambia por diez soberanos de oro, que tienen un valor intrínseco de dicha suma de oro; si un billete del Gobierno de los Estados Unidos, de cinco dólares, que no tiene valor intrínseco, cinco dólares de plata que tienen un valor intrínseco de unos dos dólares y medio, y una moneda de cinco dólares que tiene un valor intrínseco de cinco dólares, se cambian en este país uno por otro o por igual suma

de mercancías o servicios de cualquier clase, es porque la dificultad de obtener tales cosas, la cantidad y cualidad del esfuerzo ordinariamente requerido para obtenerla, es precisamente la misma. Hágase alguna de aquellas cosas, en el más leve grado, más difícil de obtener que las otras, y se manifestará esto en la alteración del tipo a que se cambian. En este caso, decimos que la una exige un premio o que las otras padecen un descuento.

La dificultad de obtención que da el mismo valor a la moneda de oro, a la de plata y a los billetes de que hablamos, de manera que se cambian entre sí o por igual cantidad de otras cosas, es aunque de la misma intensidad, de diferentes clases. En la moneda de oro, es la dificultad de extraer de la mina el metal, refinarlo y transportarlo (porque ni en la Gran Bretaña ni en los Estados Unidos impone el Gobierno un recargo o realiza ninguna exacción de soberanía en la acuñación de oro). En la moneda de plata, es en parte la dificultad de obtener el metal y en parte la dificultad impuesta por las exclusivas condiciones conforme a las cuales acuñará el Gobierno dólares de plata, o, en otras palabras, por el derecho de señorío que demanda. En los billetes, es la dificultad impuesta por las restricciones asignadas a la emisión de tales billetes, las cuales pueden ser consideradas derecho de soberanía por completo. Lo que, en una palabra, da a los billetes o a las monedas acuñadas de poco valor intrínseco el mismo valor en cambio que la moneda de oro, es que el Gobierno respectivo que disfruta del monopolio de la acuñación en su país, no emitirá uno de ellos en condiciones inferiores a las que acompañan la emisión del otro, haciendo así igualmente difícil a todos los individuos el obtenerlo.

Lo que en todas partes ha originado el fracaso de las innumerables tentativas de reducir el valor intrínseco de la moneda principal y más

importante, sin reducir su valor circulatorio, no es la imposibilidad de la empresa, sino el hecho de que los soberanos que lo han intentado no se ajustaron, y acaso no podían ajustarse, a la condición necesaria para el triunfo: la limitación estricta de la oferta. Pero el propósito de los soberanos, fueran príncipes o repúblicas, al menoscabar la moneda acuñada, ha sido, o por el influjo de la tentación se ha convertido, no en el designio de que un metal de menos valor sirviera para la misma cantidad de moneda, sino en la emisión de una mayor cantidad de moneda con el mismo valor en metal. Así, en vez de restringir la oferta de moneda, hasta el punto en que la demanda de su empleo, como medio de cambio, mantuviera su valor en cambio, independientemente de la disminución de su valor intrínseco, procedieron desde luego a aumentar la oferta y a disminuir la demanda a la vez, y acarrearón la inevitable depreciación del valor circulante por nuevos aumentos de oferta, de modo que el valor circulante seguía las reducciones hechas en el valor intrínseco de la moneda.

(Principio idéntico a este que ha causado la depreciación en el asignado francés, la moneda continental, etc.)⁽³⁸⁾.

Este descenso del valor circulante con el descenso del valor intrínseco, cuando se conservaba aquél por la restricción de la oferta, es el que al través de sucesivas depreciaciones, ha reducido la libra esterlina inglesa a ser una fracción de su original equivalencia con la «libra troy», y en otros países ha originado diferencias aun mayores.

△▽

Capítulo VI

Las dos clases de moneda

(Exponiendo que la una proviene del valor de producción y la otra del valor de obligación

La moneda es peculiarmente la representación del valor.-Dos clases de moneda en el mundo más altamente civilizado.-La moneda mercancía y el valor de producción.-La moneda de crédito y el valor de obligación.-Del crédito moneda.-De la moneda mercancía.-Del valor intrínseco.-El oro acuñado es el único valor intrínseco ahora en circulación, como moneda, en los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania)[\(39\)](#).

Aunque el valor es siempre uno e igual poder, el de disponer de trabajo en cambio, hay, como hemos visto, con referencia a sus fuentes, dos clases diferentes de valor: el que procede de la producción y el que se deriva de obligación. Ahora bien, la moneda es realmente la representación del valor, el medio común o corriente al través del cual las cosas son cambiadas con referencia a su valor y la común medida del valor. Y correspondiendo y procediendo de esta distinción entre las dos clases de valor, encontramos que hay dos clases de moneda en uso en el mundo más civilizado moderno: una la que podemos llamar moneda mercancía, originada en el valor procedente de producción; y la otra, que podemos llamar moneda de crédito, originada en el valor procedente de obligación.

Esta distinción no tiene, naturalmente, relación con las diferencias de nombre, tales como las de libras, por los ingleses; francos, por los franceses, y dólares, por los americanos. Estas no son más que diferencias de nomenclatura. Ni tampoco coincide con las diferencias en la materia usada como moneda, por ejemplo, entre moneda de

metal y moneda de papel. Porque aunque todo papel moneda es moneda de crédito, no toda moneda de metal es moneda mercancía. Lo que se entiende por moneda mercancía, es moneda que se cambia por su valor como mercancía, es decir, que pasa corrientemente por no más que su valor intrínseco o valor de la materia de que está compuesta. Moneda de crédito es moneda que se cambia a un mayor valor que el de la materia de que está compuesta. En un caso, el total valor por el que la moneda se cambia, es el valor que tendría como mercancía. En el otro, el valor por el que la moneda se cambia es mayor que su valor como mercancía; y de aquí, que parte al menos de su valor en cambio como moneda, sea mayor por crédito o confianza.

Por ejemplo: un hombre que cambia trigo que vale diez dólares, por una moneda que contiene diez dólares de oro, hace en realidad una permuta. Cambia una mercancía por un valor igual de otra mercancía, sin otorgar crédito o confianza a nadie, sino teniendo en la moneda que ha recibido una mercancía que, independientemente de su uso como moneda, tiene un valor igual al que él dio. Pero el hombre que cambia trigo que vale diez dólares por un billete de diez dólares, recibe por esa mercancía del valor de diez dólares, lo que, como mercancía, sólo tiene el valor de un pedazo de papel, un valor prácticamente infinitesimal. Lo que le hace admitirlo gustosamente como un equivalente del trigo, es la fe o crédito o confianza de que puede darlo en cambio como moneda por el mismo valor. Si arroja la moneda al mar, pierde valor en la medida de diez dólares y el conjunto de la riqueza es disminuido en esta suma. Si quema el billete padece pérdida por valor de diez dólares, pero él solo. El conjunto de la riqueza, sólo está infinitesimalmente disminuido. El papel moneda es, en verdad, de la misma naturaleza que el cheque o la orden de un individuo o corporación, salvo (y en esto reside la diferencia que lo

hace moneda) que aquél tiene un más amplio y un más fácil crédito. El valor de la moneda acuñada de pleno valor intrínseco, como el valor del trigo es un valor que viene de producción. Pero el valor del papel moneda es, como el valor del cheque u orden, un valor de obligación.

La primera moneda en uso fue una mercancía moneda, y hay algunos países donde es todavía la moneda principal, y lugares acaso, donde es la única moneda. Pero en los países más altamente civilizados ha sido muy rebasada por la moneda de crédito. En los Estados Unidos, por ejemplo, la única mercancía o moneda de valor intrínseco, que está ahora en circulación, es el oro acuñado de los Estados Unidos. Nuestros dólares de plata tienen un valor intrínseco o de mercancía de sólo cincuenta centavos, y el valor de nuestra moneda subsidiaria es aún menor. El que éstas circulen en los Estados Unidos por el mismo valor que el oro, demuestra que su valor en cambio no se refiere a su valor intrínseco. Son, en realidad, monedas de crédito tanto como los cheques o billetes del Tesoro, diferenciándose en que el cuño, que atestigua su crédito y asegura así su circulación, está impreso, no sobre el papel, sino sobre una materia metálica. Sustituirlo por el que ahora es más barato de los metales, el acero, o eliminar enteramente el valor intrínseco, no perjudicaría en lo más leve su valor circulante. Lo que en este respecto es verdad de los Estados Unidos es también verdad de Inglaterra y Francia o de Alemania y de todas las naciones que han adoptado el oro como la común medida del valor. Su única mercancía moneda es ciertamente la moneda de oro; siendo las otras monedas suyas, monedas figuradas o de crédito. En los países que han conservado la plata como la común medida del valor, la moneda tipo es generalmente moneda mercancía, pero las monedas subsidiarias que tienen menos valor intrínseco son, en realidad, monedas de crédito.

FIN

ÍNDICE ALFABÉTICO

Agricultura

Animales

Aristóteles

Austriaca

Bacon

Bain

Baird

Beckford

Biddle

Bienes

Bisset

Bohm-Bawerk

Bowen

Buckle

Cairnes

Cambiabilidad

Cambio

Cambios

Capital

Carey

Carlyle

Causa

Ciencia

Civilización

Competencia

Conocimiento

Consecuencia

Consumo

Cooperación

Crédito

Cristo

Chambers

Deseo

Deuda

Dios

Distribución

Dupont de Nemour

Economía Política

Económico

Ego

Egoísmo

Enciclopedia Británica

Esclavitud

Esfuerzo

Espacio

Especies

Espíritu

Factor.

Fawcett

Filosofía

Fisiócratas

Histórica

Hobbes

Hombre

Impôt unique

Incremento

Inducción

Injusto

Interés

Jefferson

Jevons

Justicia

Leviathan

Ley

Librecambio

Macleod

Malthus

Malthusiana

Maquinaria

Marshall

Marx

Materia

McCulloch

Menger

Mill

Moneda

Monopolio

Montchretien

Montesquieu

Mundo

Natural

Naturales

Necesidades

Newcomb

Newton

Nicholson

Obligación

Ogilvie

Palgrave

Platón

Playfair

Plutología

Pobres

Precio

Privilegio

Producción

Propiedad

Propietarios

Proteccionismo

Quesnay

Quincey

Rae

Rendimientos decrecientes

Ricardo

Riqueza

Riqueza de las naciones

Roger

Ruskin

Salarios

Satisfacciones

Say

Schopenhauer

Secuencia

Senior

Servicio

Sintesis

Smart

Smith

Socialismo

Spence

Spencer

Stewart

Subsistencias

Teología

Thompson

Tiempo

Tierra

Torrens

Trabajo

Tradeunionismo

Tráfico

Transporte

Tributación

Turgot

Utilidad marginal

Utilitarismo

Valor

Voluntad

Wakefield

Wethake

Whately

Wieser



2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

